

DEL AUTOR DE EL TESTAMENTO MAYA

STEVE ALTEN

AL BORDE DEL  
INFIERNO



*"El petróleo es muy importante  
para dejarlo en manos de los árabes"*

HENRY KISSINGER



ViaMagna

Lectulandia

"El petróleo es muy importante para dejarlo en manos de los árabes"

## **HENRY KISSINGER**

*El Petróleo*

*Calienta y enfría nuestros hogares.*

*Nos permite alimentar a las multitudes.*

*Transporta los artículos al mercado.*

*Y permite que El Mundo avance.*

*Moviliza nuestros ejércitos.*

*Y eleva el mercado de valores.*

*Hace al rico más rico.*

*Los políticos reciben donaciones.*

*Las compañías petrolíferas consiguen incentivos fiscales.*

*Los terroristas consiguen financiación.*

*Para los seis mil millones de personas que poblamos este planeta,  
el petróleo es la esencia vital de la civilización.*

*Y ahora...*

*Se está agotando.*

Pero no te preocupes, esto es solo una novela...

La siguiente obra de ficción dejará de serlo alrededor del año 2012

### **ADVERTENCIA:**

La cuenta atrás ya ha empezado...

Año 2007, la guerra va mal, y el presidente Bush se niega a dar marcha atrás. Mientras tanto, la carrera nuclear iraní producirá uranio enriquecido en unos cinco años. Un uranio que podrá ser utilizado para fabricar cabezas nucleares. El Ejército de EEUU está demasiado desgastado para invadir Irán y no tiene respaldo para un ataque nuclear sin que haya provocación previa del mismo calibre. Si se produjera un ataque nuclear a una ciudad norteamericana, tendrían justificado el uso de medidas severas. Con ello acabarían con la insurgencia violenta en Irak y conseguirían inmensos beneficios con el petróleo. El coste moral sería impensable, pero el fin podría justificarlo...

Diciembre del 2011. Una consejera del Departamento de Seguridad Nacional amenaza con hacer público aquel plan...

# Lectulandia

Steve Alten

## Al borde del infierno

ePUB v1.0

NitoStrad 18.03.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Autor: Steve Alten

Título original: The shell game

Traducción de: Daniel Meléndez Delgado

Primera edición: octubre de 2009

## **Esta novela está dedicada a:**

Michael C. Ruppert, amigo, camarada autor y antiguo investigador del Departamento de Policía de Los Ángeles que arriesgó su vida para informar de la verdad,

y también a

Sibel Edmonds, Cynthia McKinney, Bill Douglas, Richard Gage, dr. Steven E. Jones, David Ray Griffin, Richard Heinberg, Matt Simmons, Matt Savinar, Carolyn, Becker, Jonathan Mark, Sander Hicks, Jack Blood, Kyle Henee, dr. Kevin Barrett, Kevin Ryan, John Heartson, Don Harkins, Don DeBar, Scott Halfmann, Cheri Roberts, William Rodríguez, Jason King, Tom Tvedten, Sander Hicks, Justin Martel, Les Jamieson, Michael Jackman, Peggy Brewster, Barrie Zwicker, Erik Lawyer, Gabriel Day, Carol Brouillet, Mia Hamel, Donald C. Meserlian, Paul Craig Roberts, Jon Gold, Chris Gruener, Cheryl Curtiss, Jodie Baltazar, Jarek Kupsc, Joseph Culp, Ken Jenkins, Ellen Mariani, Gerhard Bedding, Jim Smart, Jack Shimek, Paul Krik, Damon Bean, David Slesinger, Alian Giles, Janice Matthews, Michael Berger, Dylan Avery, Corey Rowe, Jason Burmas, Robert Bowman, Mike Palecek, Donald Stahl, Ray McGovern, Dwain Deets, Bill Veale, Don Plummer, Judy Shelton, Paul Zarembka, Penny Little, Peter Thottam, Ralph Schoenman, John Schuster, Frank Morales, J.F. Ranger, Alan Miller, James Hufferd, Janette MacKinlay, Donna Marsh O'Connor, Bob Mcilvaine, Jean Canavan, Edith Beaujon, Janette McKinlay Ted Walter, Justin Martell, Michael Jackman, Barbara Honegger, Michael Hasty, Ron Schalow, Daniel Sunjata, Michael Springmann, Barrie Zwicker, John Feal,

y a todas las demás personas que, contra todo pronóstico y a pesar de los enormes prejuicios, se han mantenido sin miedo al pie del cañón por una causa más importante... una investigación real de los sucesos del 11-S.

«LA MENTIRA HA SIDO  
CONDENADA, HA MUERTO,  
Y LA VERDAD  
SE ALZA EN SU LUGAR»

**ROBERT BROWNING**

# Un mensaje personal del autor

**PREGUNTA:** ¿Cómo consigue un desgarbado musulmán radical con barba que vive en una cueva de Afganistán eludir a la más poderosa fuerza aérea de la historia de la humanidad, en el espacio aéreo más protegido del planeta, el día del peor ataque terrorista... un ataque que conduciría a la invasión de Irak, un país que no tiene nada que ver con los sucesos del 11-S?

**RESPUESTA:** No lo hace.

Vale, Neo, puedes coger la pildora roja y ver la realidad tal como es en realidad, o coger la pildora azul y dejar este libro de nuevo en la estantería (o tirarlo en el cubo de basura más cercano si ya lo has comprado).

Los sucesos acontecidos el 11 de septiembre de 2001 siguen siendo un relato muy emotivo. Citando 911 Truth.org, quizá el mejor sitio web para recoger información precisa:

*«Comprender toda la verdad sobre el 11-S requiere dos despertares independientes. El primero, despertar a la fraudulencia del "relato oficial sobre el 11-S", es un proceso cerebral muy sencillo y sólo exige un pequeño estudio, lógica y curiosidad. El segundo paso, si embargo, afrontar conscientemente las implicaciones de este conocimiento (y lo que eso nos revela sobre nuestros medios de comunicación, nuestros políticos y nuestro sistema económico actual), es, sin duda, el despertar más difícil, y requiere un gigantesco ejercicio de coraje y emoción. (Como dice el proverbio chino: "No puedes despertar a un hombre que está fingiendo dormir".) En otras palabras, esta parte del camino depende más del carácter propio que de las pruebas.»*

Al borde del infierno fue editado en cartoné el 11 de enero de 2008. La edición en rústica no es el mismo libro. En la versión en cartoné (investigada y escrita entre el año 2004 y el 2007), el relato se acerca a la Administración Republicana en el poder cuando el siguiente ataque terrorista golpea América, dando a un presidente neoconservador el «derecho» a desencadenar la toma de represalias sobre Irán. Un año después de que el libro saliera al mercado, el candidato presidencial a quien yo había apoyado tomó el poder, y el antiguo vicepresidente, Dick Cheney, comenzó a hacer una serie de declaraciones que predecían otro ataque terrorista. Seis meses después, el presidente Barack Obama se presentó ante un auditorio egipcio y afirmó que no se habían producido conspiraciones en el 11-S.

Guau. Eso sí que es esperar demasiado.

Durante la guerra de Vietnam, cuando decenas de miles de jóvenes protestaron contra una guerra ideada para «proteger nuestra democracia del comunismo», el FBI dio con un inteligente modo de dividir y desorientar el movimiento de paz. Si tomas un galón de pintura blanca (la verdad) y le añades un cinco por ciento de pintura roja (mentiras), obtienes el Rosa Comunista [1]. Y nosotros, los patriotas americanos, odiamos el Rosa Comunista<sup>1</sup>. El FBI llamó a esta operación COINTELPRO (Contra INTeligence PROgram [2]), y sus sucios truquitos fueron totalmente efectivos.

**PREGUNTA:** ¿Cómo consigue un desgarbado musulmán radical con barba que vive en una cueva de Afganistán eludir a la más poderosa fuerza aérea de la historia de la humanidad, en el espacio aéreo más protegido del planeta, el día del peor ataque terrorista... un ataque que conduciría a la invasión de Irak, un país que no tiene nada que ver con los sucesos del 11-S?

**RESPUESTA:** ¿Tú qué eres, uno de esos chiflados del 11-S que creen que derribaron el WTC con armas láser, o que lanzaron un misil contra el Pentágono... o que fueron los judíos los que lo hicieron todo?

Sí, ahora sabemos que la Administración Bush mintió sobre la tortura, mintió sobre la contratación de fiscales generales, mintió sobre las armas de destrucción masiva... pero que Dios te ayude si alguna vez cuestionas el suceso que desencadenó realmente dos de las invasiones estadounidenses.

Yo no soy un teórico de la conspiración, ni un liberal de izquierdas. Durante la investigación para *Al borde del infierno* entrevisté a expertos y operativos extranjeros que sabían que el 11-S iba a suceder un mes antes de los ataques (un ex agente egipcio intentó advertir al FBI, al embajador estadounidense y a dos periódicos sobre Al-Qaeda, y fue totalmente desestimado). He trabajado en este libro durante tres años, y los hechos entreteljidos en la ficción me enfermaron físicamente. Tres meses después de terminar el manuscrito originar me diagnosticaron Parkinson. Sólo tenía cuarenta y siete años, y ningún antecedente familiar con esta enfermedad.

Eso sólo fue el principio...

Dos meses antes de que *Al borde del infierno* llegara a las librerías, comencé a recibir amenazas. Se colocaron fotografías de mi casa en Internet, así como el nombre de mi esposa, y nuestro número de teléfono, que no aparecía en las guías. Comencé a recibir llamadas telefónicas a las cuatro de la madrugada, y correos electrónicos amenazantes que divulgaban información privada. El mensaje era: «Sabemos quién eres».

Todo esto por una novela de ficción de un tipo que generalmente escribe sobre tiburones gigantes y profecías apocalípticas.

En el año 2008, parecía haber una censura no oficial en los medios de comunicación sobre todo lo que tuviera algo que ver con la Verdad del 11-S, o con



Ron Paul [3]. Las cadenas se negaban a discutirlo, o ridiculizaban el asunto. Se retiró mi invitación como autor a varios eventos, y mi publicista se encontró contra un muro de ladrillos de negaciones de apariciones.

Irónicamente, Al borde del infierno no trata sobre el 11-S; sino sobre por qué se permitió que ocurriera (o por qué se llevó a cabo, dependiendo de a quién te atrevas a preguntar). Y esa razón es el petróleo. El simple y aterrador hecho es que el mundo se está quedando sin petróleo, lo que significa que nos estamos quedando sin el irremplazable recurso que se necesita para alimentar a seis mil millones de personas de este planeta. Y todas las mentiras, tapaderas y fianzas empresariales no van a cambiar esa realidad.

Entonces, ¿por qué he reescrito un libro que no me ha dado nada más que dolor de cabeza y estrés?

Porque quiero que te despiertes antes de que se apaguen las luces. Quiero que estés preparado cuando las gasolineras se sequen, y cuando las estanterías de los supermercados se queden vacías... o, Dios nos ayude, antes de que una bomba nuclear explote en alguna de las principales ciudades estadounidenses. He abrazado a familiares de aquellos cuyas vidas fueron arrebatadas en el 11-S, y se merecen algo mejor. Tengo muchos leales lectores en el ejército, y se merecen volver a casa a salvo. Y sí, porque existe amenaza de otra operación de bandera falsa [4] (pregunta al sonriente exvicepresidente qué pasaría en las próximas elecciones de los Estados Unidos si esto ocurriera durante la legislatura de Barack Obama).

Bien, vamos a hacer este pequeño ejercicio una última vez:

**PREGUNTA:** ¿Cómo consigue un desgarbado musulmán radical con barba que vive en una cueva de Afganistán eludir a la más poderosa fuerza aérea de la historia de la humanidad, en el espacio aéreo más protegido del planeta, el día del peor ataque terrorista... un ataque que conduciría a la invasión de Irak, un país que no tiene nada que ver con los sucesos del 11-S?

**RESPUESTA:** No lo hizo. Lo hizo el vicepresidente Dick Cheney, que llevó a cabo una serie de ejercicios bélicos (originalmente planificados para últimos de octubre) durante la mañana del 11 de septiembre, lo que supuestamente dispersó a todos nuestros reactores caza lejos del Sector de Defensa Aérea Noroeste (NEADS) (donde se produjeron los cuatro secuestros). Fueron enviados sobre Alaska, Groenlandia, Islandia y Canadá. Uno de estos ejercicios, Vigilant Guardian [5], era una simulación de secuestro diseñada para imitar los sucesos que estaban teniendo lugar en ese mismo momento. Se insertaron veintidós señales de radar falsas sobre las pantallas de radar de la FAA [6] para que los controladores de vuelo no supieran cuál era la señal del avión secuestrado, y cuál la de los ejercicios bélicos. Y en cuanto a los reactores caza estacionados en la Base de las Fuerzas Aéreas Andrews, a apenas veinte kilómetros de Washington, D.C... fueron enviados a cientos de kilómetros de

distancia para que el Pentágono pudiera ser atacado... ochenta minutos después de que el World Trade Center fuera golpeado por los aviones comerciales.

¿Cómo fue Dick Cheney capaz de hacer todo esto desde su bunker de mando en la Casa Blanca?

Resulta que nuestro «vice» fue puesto a cargo de todos los ejercicios de instrucción bélica en mayo del 2001 por una directiva presidencial especial. Estos hechos (junto con un gran alijo de otras evidencias condenatorias), que fueron omitidos deliberadamente por Philip Zelikow, designado por Bush, nunca verán una sala de justicia, a pesar de los incansables esfuerzos de un grupo de solicitantes por la Verdad del 11-S de Nueva York.

¿Ya te estás cabreando?

Entonces... ¿quieres la pildora roja, o la pílora azul? Será mejor que te decidas ahora. Puede que tu vida dependa de ello.

**Steve Alten, Ed. D.**

---

*«Si Estados Unidos continúa empantanándose en una larga y sangrienta participación en Irak, y enfatizo lo que estoy a punto de decir, el destino final de este camino cuesta abajo seguramente será un conflicto frontal con Irak, y con gran parte del mundo islámico. Un escenario plausible para una colisión militar con Irán implicaría el fracaso iraquí para alcanzar los puntos de referencia, seguido de acusaciones de la responsabilidad iraní en este fracaso, y después alguna provocación en Irán, o un acto terrorista en los Estados Unidos del que se culpe a Irán, para culminar con una, digamos, «acción militar defensiva» contra Irán que sumergiría a una solitaria América en un lodazal cada vez más amplio y profundo, y que, finalmente, abarcaría Irak, Irán, Afganistán y Pakistán.»*

*Zbigniew Brezezinski, antiguo ministro de Seguridad Nacional para el presidente Jimmy Carter y actual ministro de política exterior del presidente Obama.*

*«Cuando lees tras sus palabras, casi parece que [el ex vicepresidente Cheney] estuviera deseando que este país fuera atacado de nuevo para demostrar que tenía razón.»*

*Leon Panetta, director de la CIA, en una entrevista del New Yorker en junio del 2009.*

*«Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas...»  
Apocalipsis 8:6*

# Prólogo

WASHINGTON D.C.

14 DE JUNIO DE 2009

La habitación del hotel está suntuosamente decorada con tejidos en color crema y alfombras a juego. Las cortinas turquesa están cerradas, bloqueando la vista del centro de Washington y de ojos entrometidos. Hay una pequeña mesa lateral repleta de bandejas calientes con fuentes cubiertas de aluminio, y el aroma de los huevos revueltos, el beicon y los bocaditos de patata invade la habitación. Ignorando las punzadas de hambre que gruñen en su estómago, el coronel Grame Turnbull, «el Toro», del ejército de los Estados Unidos, dirige su dura mirada azul a los dos civiles que hay sentados justo al otro lado de la mesa de conferencias. Ryan Gessaman, un cuarentón de facciones duras vestido con un traje oscuro y una pajarita a juego, había sido el asistente principal de Richard Perle, el antiguo presidente del Consejo Político de Defensa [7]. En los círculos de poder de Washington se le conoce como «el Príncipe de las Tinieblas», es íntimo amigo y consejero del antiguo secretario de Defensa, Ronald Rumsfeld, y un importante inversor de un gran número de compañías de defensa. Perle es, además, cofundador del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano (PNAC), un comité de expertos políticos neoconservadores establecido en 1997 que promueve el predominio americano en los sucesos del mundo.

Turnbull no reconoce a la acompañante de Gessaman, una aún inidentificada mujer con un espeso cabello rubio rizado hasta los hombros y unos penetrantes ojos color avellana, cuyo traje azul marino oculta parcialmente una estructura atlética.

—Coronel, ¿está seguro de que no podemos ofrecerle algo para desayunar?

—No, gracias, señor.

—Bueno, si cambia de idea... —Gessaman abre un documento sellado—. Sé que actualmente está estacionado en el campamento Anaconda. ¿Cuánto tiempo ha estado en Irak?

—Desde el principio. Comencé en Afganistán con el batallón de combate 187 del regimiento aerotransportado, los «Rakkasans». Las nuestras fueron las primeras botas que pisaron aquel suelo. Y lo mismo en Irak. Ne Desit Virtus [8]...

—Que no falte el valor —traduce la mujer—. ¿Cuándo le reclutó Inteligencia Militar?

—El día que los de Operaciones Psicológicas [9] descubrieron que hablaba árabe con fluidez.

—De modo que estuvo con Inteligencia Militar dos años, y después pasó a Contraespionaje. Parece que ha estado bastante ocupado... más de un centenar de

interrogatorios... —La mujer entorna los ojos—. Dígame, coronel, ¿qué es lo más interesante que ha descubierto hasta ahora de esas sesiones?

Turnbull frunce el ceño.

—No quiere saberlo.

—Póngame a prueba.

—En 2005, informé de que Bin Laden había escapado a Haudhramaut, en Yemen, y de que estaba siendo protegido por los sayyides. La información subió la cadena alimenticia, pero nunca pasó nada. Parece que los sayyides de Hadhramaut eran aliados de algunos miembros de la familia real saudí... ir tras él hubiera sido un insulto para nuestros amigos saudíes. Era mejor fingir que el enemigo número uno estaba escondiéndose en una cueva de Afganistán que enfrentarse al enemigo real, ¿eh?

La mujer asiente.

—Comparto su frustración, coronel. Extraoficialmente, la CIA llevó a cabo una valoración del impacto que supondría la captura de Bin Laden. A veces, los malos están mejor vivos que muertos.

—¿Es por eso por lo que estamos financiando a insurgentes sunitas que tienen lazos con Al-Qaeda? —Turnbull ve que sus expresiones cambian—. Sí, lo sé todo sobre eso, igual que el resto de Inteligencia Militar. No hay que ser cirujano cerebral para descubrir de dónde están sacando el dinero y las armas esos tipos.

—Es una situación complicada, coronel —contesta Ryan Gessaman.

—No cuando te están disparando.

—Los radicales chiitas deben ser contenidos.

—Mire, amigo, vamos a dejar algo claro: no me interesa la política, y el viejo principio de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» no va conmigo, a menos que su definición de la historia sea un periodo de tiempo de menos de cinco años. Apoyamos a Bin Laden para mantener a los soviéticos a raya. Apoyamos a Saddam para mantener a los iraníes a raya. ¿Ahora estamos apoyando a Al-Qaeda para evitar que Irak se convierta en un país chiita? ¿Aún os preguntáis por qué hoy en día no nos abrazan, precisamente?

La mujer fija la mirada directamente al frente, sin decir nada, aunque su silencio lo dice todo.

—Concentrémonos en Irak —dice Gessaman—. El presidente ha decidido enviar a las tropas a Afganistán. ¿Qué opina?

Una mirada glacial cruza los ojos de Turnbull.

—¿Quiere saber lo que pienso?

—Extraoficialmente.

—Extraoficialmente... —Turnbull sonrío con suficiencia—. El último oficial a cargo comenzó un incendio forestal; el nuevo parece ser mucho más listo y entiende

lo que pasa si tiras cerillas. Aun así, los problemas continúan siendo los mismos. ¿De dónde va a sacar el presidente esas tropas adicionales? ¿De los Boy Scouts? Estoy trabajando con soldados que han sido reciclados tantas veces que están empezando a demandar millas de vuelo. Mis hombres están tan quemados que un tercio de ellos no quiere tener que llevar un arma nunca más, y menos participar en operaciones de combate donde su presencia haga peligrar el bienestar de una sección militar entera. ¿Y los soldados de la guardia nacional, y de las reservas? Qué agradable sorpresa no decirles que el despliegue no comienza oficialmente hasta que sus botas golpean la arena, y eso quiere decir que los seis meses que su unidad pasó en la base de operaciones no cuenta.

—Dejando a un lado los principios morales, coronel, estamos preguntándole por su valoración de...

—¿Dejando a un lado los principios morales? La desilusión y la moral no hacen una buena mezcla en el campo de batalla. Nuestros chicos quieren terminar la misión, porque ya no están seguros de cuál es la misión. El mes pasado, mis soldados mataron a un tipo que estaba colocando una bomba al borde de la carretera. ¡Resultó que era un sargento del ejército iraquí, los tipos a los que se supone que estamos entrenando para que sean nuestro reemplazo! ¿Para quién demonios estamos luchando? En los últimos noventa días se han suicidado tres de mis cabos. Y eran valientes, extraordinarios soldados... cuando llegaron, hace tres periodos de servicio. Dos tomaban antidepresivos, y el tercero ya había intentado suicidarse diez semanas antes. Su oficial de salud mental y yo habíamos firmado personalmente una recomendación para que el soldado no volviera al servicio activo. La respuesta del oficial al mando fue que teníamos escasez de tropas, y la petición fue denegada.

—Lo sé, coronel —dijo la rubia—. Entendemos la gravedad de la situación, por eso es por lo que está usted aquí. Bien, si pudiera concentrar sus comentarios en las actividades del enemigo...

—Lo siento, señora, no recuerdo su nombre.

—No se lo he dicho. Los insurgentes, coronel.

—Los insurgentes son una pequeña pieza de un gran puzle. Hace dos años estábamos en mitad de una guerra civil sunita-chiita, y ahora estamos viendo señales cada vez mayores de un movimiento chiita diseñado para liberar un baño de sangre a escala nacional y dirigido contra las tropas americanas. El objetivo de la milicia es sacarnos de la zona verde con un señuelo, y después inmovilizarnos en barrios hostiles usando lanzagranadas propulsados de fabricación iraní. Como resultado, hemos cesado todas las patrullas militares. Mientras tanto, la población local sunita está siendo asesinada lentamente, o expulsada. Con la invasión de Irak, esencialmente hemos radicalizado a la comunidad musulmana por completo. Hemos convertido una sociedad secular en un país chiita.

—En su opinión, coronel, ¿qué grupo está provocando la mayor parte del daño?  
Turnbull mira con dureza a Gessaman.

«Están jugando conmigo, guiándome a alguna parte...»

—¿Qué grupo es el peor? Los escuadrones de la muerte chiita, el ejército Mahdi, la organización Badr... elija uno. Esencialmente, los grupos son entrenados por los iraníes. Van y vienen a su antojo, controlan los barrios, a veces las ciudades enteras, y la milicia iraquí y la policía les dan rienda suelta. Los civiles están demasiado asustados para aventurarse a salir de sus casas, y las zonas que solían ser mixtas ahora están segregadas por necesidad. Añades a eso la escasez perpetua de agua y electricidad, más un éxodo de diez mil iraquíes al día, y consigues una situación casi intolerable. Pero ya sabe todo eso, ¿no, señor Gessaman?

Gessaman no dice nada.

—Hablemos sobre usted, coronel. —La rubia ojea los documentos de su carpeta—. Sus progenitores son de las Tierras Altas de Escocia. Su familia llegó a América justo después de la Segunda Guerra Mundial. Su abuelo fue un héroe de guerra...

—Sí, señora. Luchó contra Rommel en el norte de África.

—De acuerdo con su biografía, descende de un largo linaje militar.

—El clan Turnbull ha luchado en todas las guerras desde que Piernas Largas [\[10\]](#) invadió Escocia. —El coronel sonríe—. Somos una especie salvaje, el único grupo de pependencieros que alguna vez ha tenido una recompensa sobre la cabeza de todo el clan.

—Hábleme de John Turnbull. —La rubia le dedica una sonrisa alentadora.

—John Turnbull... era un loco bastardo. De acuerdo con la tradición popular escocesa, John era famoso por haber matado más ingleses durante los asaltos de William Wallace que cualquier otro paisano que vistiera el kilt. Solía llevar a un mastín de cien kilos al campo de batalla. Una vez, decapitó a cuatro caballeros ingleses mientras su perro les mordía los brazos. Esa historia es cierta. Un tiempo después de eso, un pequeño bobo inglés de los llamados Kerr decapitó al perro, y John se perdió. Olvidó todo su entrenamiento y le cortaron el brazo, y después perdió la cabeza. Literalmente. La guerra es el infierno, ¿eh?

La rubia hizo un gesto señalando sus notas.

—De acuerdo con la historia escocesa, durante los siguientes doscientos años los Turnbull hicieron la guerra en territorio Kerr.

—Así es. Mire, nosotros, los de las Tierras Altas... nunca olvidamos una deuda.

—Mataron a un montón de gente en el proceso, imagino.

—Nada de lo que esté orgulloso. Pero a veces hay que hacer lo que hay que hacer.

—¿A mujeres y niños también?

El coronel sube la guardia.

«Ella es una infiltrada. De la CIA, seguramente. Cuidado, Toro, éste es un lobo

con piel de cordero...»

Ryan Gessaman interrumpe antes de que pueda contestar.

—Coronel, tiene razón sobre Irak. Se está convirtiendo en un lodazal. ¿Fue un error meterse ahí? Dejaremos que la historia decida. Pero el problema que se niega a permitir que la democracia arraigue en Irak es el mismo problema que amenaza a América... los radicales islámicos. Y todo está saliendo de Irán.

—¿Alguna vez ha escuchado el término «Waqf Islámico»? —pregunta la rubia—. Se refiere a un viejo precepto islámico que establece que los musulmanes tienen derecho a reclamar cualquier territorio que su gente conquiste a través de la fuerza. Cualquier conquista, incluyendo aquellas datadas un millar de años atrás.

—Ésa es una interpretación radical —contesta el coronel—. El waqf es el acto de entregar una propiedad a los líderes del Islam para ayudar a los pobres.

—Estamos tratando con los radicales, coronel. América tropezó en Irak, y los radicales islámicos aprovecharon el momento para extender sus tentáculos a través del mundo musulmán. Claro, la presencia de Obama puede haber afectado los resultados electorales del Líbano, pero Ahmadinejad está aún vivo y coleando en Irán, avivando las llamas de una peligrosa ideología en la que no importa masacrar a civiles musulmanes y no musulmanes por igual para conseguir sus objetivos. Estos radicales se han infiltrado en al menos cincuenta y cinco países distintos, y no estarán satisfechos hasta que hayan retomado o recapturado cada trocito de tierra, desde Madrid hasta el Medio Oriente. Su influencia se está extendiendo rápidamente a través del mundo árabe; cuanto más radical es la violencia, más poder ejercen.

Gessaman asiente.

—Esto es la Alemania nazi de nuevo, excepto que están matando por Alá, que es una causa mucho más poderosa que el Führer. Los radicales islámicos están ganando la guerra de mentes a través de un amplio programa de propaganda. Los niños en Palestina, Jordania, Irán y Arabia Saudí están siendo instruidos desde muy pequeños para despreciar Occidente. Los libros de texto y los vídeos musicales representan a los judíos y a los cristianos como animales chupadores de sangre, a los occidentales como adoradores de Satán. Tenemos vídeos de niños de primaria coreando por la Jihad y la oportunidad de inmolarsé en nombre de Alá. Y por muy mal que estén las cosas, van a ponerse mucho peor. De aquí a tres años podríamos ser testigos de ataques que, cual Armagedón, guiarían al final de las sociedades abiertas tal como ahora las conocemos.

—Tres años, coronel —repite la rubia—. En tres años Irán podría producir uranio enriquecido. Piense en cómo podría cambiar el Medio Oriente un Irán nuclear. Los saudíes demandarían armas nucleares, y después Egipto, Jordania, Siria... la distensión nuclear. Pero eso ni siquiera es lo peor de todo. ¿Cómo evitaríamos que Irán suministrase armas nucleares a los grupos terroristas? ¿Hay alguna duda de que



estos radicales islámicos llegarían a usarlas? ¿Recuerda lo impotente que se sintió el 11 de septiembre? Imagine que se despierta un día y descubre que un arma nuclear acaba de borrar del mapa Manhattan, o Chicago, o Filadelfia, o Miami...

—¡O a todas ellas a la vez! —dice Gessaman—. Secuestrar aviones y hacerlos volar hasta rascacielos requiere una larga planificación y habilidades específicas, y aun así no pudimos evitar que ocurriera. Meter a escondidas una docena de bombas de quince kilotones sería pan comido. Una docena de Hiroshimas, coronel. ¿Cree que Seguridad Nacional lo detendría? ¿Qué pasa con la inmigración? No podemos evitar que se cuelen por la frontera un millar de mexicanos al día, y ocho años después del 11-S nuestros puertos siguen estando virtualmente desprotegidos. Y usted sabe cómo son en Washington en lo que se refiere a las amenazas terroristas; los políticos siempre esperan hasta que algo malo ocurre antes de reaccionar. ¿Cree que los demócratas van a mantenernos a salvo?

Turnbull cierra los ojos, intentando imaginar ciudades americanas ardiendo lentamente, decenas de millones vaporizados, millones de muertos y agonizantes, la economía destruida, pánico en las calles.

—Esto es una pesadilla —dice la mujer—, e Irán es su eje primordial. Rumsfeld la jodió en Irak, sin duda, pero los neoconservadores tienen razón en una cosa: hay que ocuparse de las amenazas antes de que lleguen, y los patrocinadores del terror tienen que hacerse responsables. Sencillamente, no podemos consentir que el genio nuclear salga de la botella en el Golfo Pérsico.

El corazón del coronel Turnbull se desboca.

—¿Por qué estoy aquí?

—Está aquí porque conoce al enemigo, porque ha visto lo que puede hacer. Está aquí porque tiene acceso a los recursos que podríamos necesitar. —Ryan Gessaman cierra su carpeta—. Por un momento, coronel, quiero que se imagine que es el ministro de defensa. Mejor aún, el presidente Obama. Sus consejeros le acaban de decir, en unos términos que no dejan lugar a la duda, que, de aquí a tres años, Irán tendrá uranio enriquecido para construir y suministrar bombas nucleares a los radicales extremistas. ¿Cómo evitaría que los terroristas usaran esas armas para diezmar nuestro país y la sociedad occidental?

—Una invasión preventiva, supongo.

—Obama nunca hará eso —contesta Gessaman—, y, aun así, no funcionaría, al menos no con fuerzas convencionales. Usted mismo lo ha dicho... Irak es un desastre. Nuestras tropas están quemadas, el ejército tiene una peligrosa escasez de personal y los americanos necesitan salir del Golfo Pérsico. Aunque lo hiciera, necesitaría más de medio millón de soldados para invadir Irán, quizá más para mantener el control, y ninguno de nosotros confía realmente en que eso pueda ocurrir. ¿De dónde saca las tropas?

—Puede llamar a filas —sugiere la rubia, haciendo el papel de abogado de diablo. Gessaman agita la cabeza.

—La sociedad americana nunca estaría a favor de eso.

—De acuerdo —dice el coronel—, entonces no invadimos, simplemente desmantelamos sus instalaciones nucleares, como hicieron los israelíes con aquel reactor iraquí en el año 81.

—Una buena sugerencia —afirma Gessaman—, si no fuera porque, potencialmente, hay docenas de instalaciones, la mayor parte de ellas desconocidas, muchas bajo tierra. Y además tenemos los campamentos de entrenamiento terrorista, las bases militares... No, si hacemos esto tiene que ser todo o nada. Y recuerde lo que ha dicho antes... invadiendo Irak, lo que hemos hecho, esencialmente, es radicalizar a la comunidad musulmana. Los días de ataques preventivos sobre otro país han terminado... a menos que haya una razón.

—¿Se refiere a que nos ataquen primero?

—Exactamente. —Los ojos de la rubia se posan en Turnbull—. Al mundo le pareció bien que invadiéramos Afganistán después del 11-S. Hace dos años, participé en una reunión secreta entre el presidente Bush y sus principales consejeros de Seguridad Nacional sobre la reescritura de las reglas de la Guerra Fría. Las viejas reglas de disuasión no pueden aplicarse cuando se trata de armas nucleares. Antes de que su presidencia terminara, Bush anunció que, si alguna vez se detonaba un arma nuclear en suelo americano o aliado, los Estados Unidos harían al país que hubiera suministrado el material «totalmente responsable» del suceso. Creo que Obama suscribiría algo así.

El coronel Turnbull se seca una gota de sudor de la frente.

—¿Qué significa exactamente «totalmente responsable»?

—Se utilizó una terminología imprecisa a propósito, para permitir un ataque nuclear... o cualquier otro tipo de represalia. Si un ataque así fuera relacionado directamente con los iraníes a través del análisis forense nuclear, el resultado cambiaría el escenario geopolítico para siempre.

—Habla como Cheney... como si quisiera que nos atacaran.

Gessaman intenta descartar la acusación con una sonrisa.

—El ex vicepresidente sólo está preocupado por no mostrar a nuestros enemigos ninguna grieta en nuestra armadura. No olvidemos que fue la doctrina preventiva de la administración Bush la que mantuvo a salvo este país. Durante su mandato no se produjo ni un solo ataque.

—¿El 11-S no fue durante su mandato?

La rubia pierde la paciencia.

—Irán es una amenaza nuclear real, coronel. ¿Cree que los discursitos de «ciudadano del mundo» de Obama van a alterar los objetivos del Islam radical?

Una ráfaga de ansiedad provoca que el coronel enrojezca.

—¿Para quién trabajas?

La rubia se inclina hacia delante y baja la voz.

—Somos como usted, coronel, americanos leales que aman demasiado a este país como para verlo convertirse en un país socialista... o en una plaza de aparcamiento. Mire la Unión Europea, ellos conocen la importancia de la fuerza. En las últimas elecciones los conservadores han vuelto al poder. España, Bulgaria, Hungría, Letonia, Grecia, Irlanda...

—Vaya al grano.

—Irán está a punto de convertirse en una amenaza nuclear. El único modo en que podemos detenerlos es controlando las variables. Haciendo esto, podemos inutilizar el Islam radical de una vez por todas.

—¿Cómo?

—Minimizando el daño. Permitiendo que una ciudad objetivo sea destruida con armas nucleares.

El coronel Turnbull se echa hacia atrás en su silla, sintiéndose mareado.

—Está loca.

—Veinte bombas o una, coronel. Usted elige. La diferencia entre dejar que ocurra y hacer que ocurra podrían ser cincuenta millones de americanos muertos, y una ley marcial permanente. Sí, un ataque nuclear a una ciudad americana es un horrible precio a pagar, pero eso limitaría el daño y volvería las tornas sobre nuestros enemigos, dándonos la excusa perfecta para erradicar el elemento radical del Islam de una vez por todas. Esto cambiaría el mundo.

—A ver si lo he entendido. ¿Quieren permitir el ataque con armas nucleares a una ciudad americana para convertir Irán en una plaza de aparcamiento?

—No, por supuesto que no. Sólo atacaríamos los objetivos iraníes deseados. Las instalaciones nucleares, las bases militares, los emplazamientos de instrucción terrorista... sería un ataque preventivo para evitar una docena de ataques nucleares en ciudades americanas.

—Pero ¿exterminar a un millón de americanos? —El coronel se seca el sudor de la frente.

—Su abuelo luchó en la Segunda Guerra Mundial —le recuerda la rubia—. ¿Imagina lo que habría ocurrido si Roosevelt hubiera esperando otros seis meses antes de entrar en la guerra? Los británicos habrían estado perdidos, y el proyecto Manhattan habría sido postergado. Hitler habría completado sus experimentos con agua pesada [11]. Alemania habría ganado la guerra.

—Pero ¿permitir un ataque nuclear... en suelo americano?

—Nuevas noticias, coronel: Roosevelt sabía que los japoneses estaban preparando un ataque sobre Pearl Harbor, y, adivine... ¡Permitió que ocurriera!

—Eso he oído, pero nunca he querido creerlo.

—Créalo —dice Gessaman—. Los espías estadounidenses consiguieron los códigos enemigos meses antes. Estuvimos monitorizando sus comunicaciones mucho antes del 7 de diciembre de 1941. La guerra mundial fue el Irak de Roosevelt. Sabía que el Congreso y la población americana nunca aceptarían involucrarse en otra batalla en Europa, no a menos que algo drástico ocurriera... Un suceso tan terrible, tan atroz, que incitara una respuesta pública emocional y provocara una llamada masiva a las armas. Cuando descubrimos que los japoneses se estaban acercando, Roosevelt envió a las líneas aéreas al océano y permitió que la devastación de Pearl Harbor tuviera lugar. El presidente sacrificó a miles de americanos inocentes para que nuestro país se viera forzado a entrar en la guerra... Una guerra que la Casa Blanca provocó en secreto para darnos una oportunidad de vencer a un demonio que estaba amenazando al mundo entero.

La mirada del coronel se endurece.

—¿Y Bush? ¿Permitió el que el 11-S sucediera, del mismo modo?

Ryan Gessaman sonríe.

—Honestamente, coronel, no esperaba que alguien de su talla fuera un teórico de la conspiración.

La rubia se inclina hacia delante, y la conversación es tan abrumadora que ni siquiera los turgentes pechos bajo la blusa blanca de la mujer pueden distraer la atención de Turnbull.

—Coronel, esto es poco más que una conversación de un comité de expertos. El Pentágono participa en este tipo de retórica ocho días a la semana. Pero, afrontemos los hechos: los radicales islámicos quieren conseguir armas nucleares, y, con Irán entrando en el juego, las probabilidades hacen que la amenaza sea muy real. Creo que estará de acuerdo conmigo en que hemos sido relativamente afortunados desde el 11-S, pero nuestros puertos continúan desprotegidos, y nuestras patrullas fronterizas suspenden casi todas las pruebas que les lanzamos. Claro, podemos sentarnos y rezar para que nuestra red de inteligencia detenga la próxima oleada de ataques, pero no es necesario un equipo de terroristas para volar una ciudad, sólo se necesita un terrorista suicida con una única bomba atómica. Pero, si controlamos las variables, podemos destruir la amenaza.

—¿Qué variables controlan ustedes? —pregunta Turnbull—. Los republicanos han perdido la presidencia y ambas Cámaras. Obama no puede equivocarse, el partido republicano es percibido como el partido del «no», y los neo-conservadores como Cheney y Rumsfeld pueden considerarse afortunados sólo con mantenerse lejos de la cárcel.

Gessaman sonríe.

—Está malentendiendo el escenario, coronel. Estamos tratando con algunos de

los jugadores más importantes.

—Suficiente. —La rubia corta la conversación—. En cualquier caso, esto es hablar por hablar. Antes de que podamos siquiera considerar una acción, debe existir un plan, y nadie conoce esa área del mundo mejor que usted.

El coronel Turnbull se aclara la garganta.

—No es nada personal, señorita, pero tengo una familia que apenas me ha visto en los últimos años. Ya he finalizado mi tiempo en el infierno, así que, si no le importa, creo que será mejor que encuentre a otro hombre para ese trabajo.

La rubia se echa hacia atrás y su rostro enrojece.

—¿Cree que ha estado en el infierno? No tiene ni idea de lo que es el infierno, coronel. Mi tío abuelo falleció hace un par de años. Cuando tenía diez años, los nazis lo rodearon, junto a sus padres y hermanas, sus tíos, tías, primos y el resto de los judíos de su aldea y los metieron en camiones de ganado. Los afortunados se asfixiaron durante el trayecto a Auschwitz. Cuando llegaron al campo de concentración, las mujeres fueron separadas de los hombres y llevadas directamente a las cámaras de gas. Eso fue antes de que los nazis descubrieran que podían tener los hornos encendidos día y noche usando la grasa de la carne humana como combustible.

»Quizá le parezco una bruja sin corazón, coronel, y es posible que lo sea. Pero cuando vuelvo a casa por la noche, abrazo a un marido que me quiere y beso a dos niños pequeños a los que adoro, y si tengo que ser una bruja para asegurarme de que no son incinerados por algún chalado con turbante a quien han lavado el cerebro haciéndole creer que va a ir al paraíso si mata a los infieles... entonces lo seré.

Hace una pausa y mira por la ventana el centro de Washington.

—La semana pasada estaba viendo la CNN... Glenn Beck estaba entrevistando a Benjamin Netanyahu. Preguntaron al primer ministro israelí qué habían aprendido los judíos del Holocausto. ¿Sabe qué dijo? Dijo: «Cuando te dicen que pretenden aniquilarte, debes creerlo».

Fuerza una sonrisa, recuperando la compostura.

—Sé que es un hombre familiar, coronel, y por eso es por lo que está aquí. Quiero que imagine, por un momento, que usted y su familia viven en las Tierras Altas, hace un par de siglos, en el momento en el que Piernas Largas estaba preparando su invasión de Escocia. Si supiera que puede salvar a su país y a sus compatriotas sacrificando a un par de clanes para eliminar para siempre la amenaza inglesa, ¿lo haría?

El coronel Turnbull aprieta los dientes y los dañados nervios de su cuádriceps derecho provocan que su pierna tiemble.

—De acuerdo, señorita, ha conseguido a su hombre.

---

«Está documentado que todos los oficiales que estaban en la cima de la cadena de mando para responder a un ataque doméstico (George W. Bush, Donald Rumsfeld, Richard Myers, Montague Winfield) encontraron razonable hacer otra cosa durante los ataques, en lugar de asumir su responsabilidad y tomar decisiones. ¿Quién estaba realmente a cargo? Dick Cheney, Richard Clarke, Norman Mineta y la comisión del 11-S emitieron informes contradictorios en respuesta a los sucesos desarrollados, de modo que algunos (o todos) de ellos deben estar mintiendo.»

911TRUTH.ORG

«Si quieres llevar a la gente a la batalla, tienes que hacerles creer que hay una amenaza, que están en peligro. Esto es una parte esencial de la propaganda islámica.»

Itmar Marcus,

controlador de los medios de comunicación palestinos.

«Sabemos que está intentando adquirir por todos los medios armas nucleares, y creemos que ya ha reconstituido, de hecho, armas nucleares.»

Vicepresidente Dick Cheney,

sobre Saddam Hussein, el 16 de marzo de 2003.

INVIERNO 2011

«El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde»

Apocalipsis 8:7

«Sí, yo estuve en el antiguo edificio de la Oficina Ejecutiva durante esas reuniones, en un momento u otro todos nosotros estuvimos. BP, Chevron, Conoco-Phillips, Shell, Exxon-Mobil, U.S. Oil & Gas... pero sólo los directores generales. La CE fue dejada a un lado a propósito. Era la bandera roja, el factor de posible denegación. Todos nosotros sabíamos lo que estaba en juego. Habíamos visto los informes llegados de la Cuenca del Caspio, y todos ellos añadían cierta urgencia al plan de Cheney. Rumsfeld nos mostró imágenes por satélite de los yacimientos

petrolíferos, mientras Wolfowitz contaba algún sinsentido sobre que nuestros trabajadores estarían a salvo, que serían incluidos, mientras nos dirigía a través de calendarios sobre cuánto tiempo nos llevaría conseguir que el petróleo fluyera de nuevo, como si tuviéramos una bola de cristal. Los tipos de Brown and Root tenían mapas detallados de la infraestructura energética de Irak. Era evidente que habían estado trabajando en ello con la CIA desde el principio. Aquello era un gran círculo de idiotas, y yo lo único que hacía era asentir, preguntándome qué demonios estábamos haciendo allí. Quiero decir, Bush acababa de llegar al poder, y nadie pensaba realmente que el escenario que dibujaban pudiera tener lugar. Cinco meses más tarde los aviones golpearon las Torres Gemelas, y todo el mundo lo supo. Las subsiguientes vistas del senado... menuda pantomima. Quiero decir, ni siquiera se hizo que nadie prestara juramento.»

Ejecutivo del petróleo anónimo,  
sobre el secreto del vicepresidente Dick Cheney.

«La misma palabra "secreto" es repugnante en una sociedad abierta y libre; y nosotros somos gente que inherente e históricamente nos oponemos a las sociedades secretas, a los juramentos secretos y a los procedimientos secretos.»

Presidente John F. Kennedy.

# Capítulo 1

Irán afirma tener capacidad para construir una docena de misiles nucleares.  
Associated Press [\[12\]](#) 11 de diciembre de 2011.

TEHERÁN — El presidente iraní, Mahmoud Ahmadinejad, ha anunciado hoy que su país ha tenido éxito en el enriquecimiento del uranio para la construcción de una docena de bombas atómicas. «Durante más de una década hemos sido presionados por occidente y el régimen sionista para que restrinjamos nuestros esfuerzos por continuar siendo una potencia libre. Gracias a nuestro éxito al llevar el poder nuclear a nuestra gente, hemos dado el siguiente paso en el camino de la independencia. El programa de enriquecimiento de Irán produce ahora suficiente uranio para armar una docena de misiles nucleares... Lo suficiente para aniquilar a los enemigos que amenazan nuestras fronteras. Occidente ya no intimidará nunca más a la gran nación del Islam. El movimiento sionista será eliminado de un solo golpe, y las potencias occidentales que ocupan Irak de otro».

La administración Obama ha respondido al anuncio iraní afirmando que el gobierno de Ahmadinejad sólo ha tenido éxito llevando a su gente por «un peligroso camino de autodestrucción».

El reciente incremento de popularidad de Ahmadinejad entre sus propios ciudadanos, alimentado por la violencia continuada en Irak, le ha permitido cambiar la constitución iraní y extender su presidencia.

EDIFICIO DE LA OFICINA DEL SENADOR DIRKSEN

Habitación SD-366

12 de diciembre de 2011

9:06 A.M. GMT-5

VISTA ANTE EL COMITÉ DE ENERGÍA Y

RECURSOS NATURALES

Senado de los Estados Unidos

Congreso 110

—La vista va a comenzar. —El presidente de la comisión, David Keller, echa una mirada alrededor, a la abarrotada sala, y el senador de California se recuerda a sí mismo no mirar directamente a las cámaras de C-Span [\[13\]](#)—. Me gustaría dar las gracias a todos los asistentes, especialmente a los senadores que han elegido reunirse hoy aquí con nosotros para la primera de una serie de reuniones que espero que nos conduzcan a un cambio real en el papel que la energía juega en nuestra economía



global, el medio ambiente y la seguridad de nuestro país. A la luz de los recientes acontecimientos en Irán, no se me ocurre nada que pueda ser más importante.

»Las cuestiones en las que vamos a centrarnos hoy conciernen a las necesidades energéticas presentes y futuras tanto de los Estados Unidos como del resto del mundo, concretamente en lo que se refiere al petróleo y al gas natural. Si nuestros testigos compartieran con nosotros sus perspectivas sobre estas cuestiones en concreto, el comité y yo estaríamos agradecidos. Senador Poschner, creo que tiene algunas observaciones de apertura.

—Gracias, señor presidente, y gracias también a nuestros apreciados panelistas, que han anulado sus compromisos para poder estar en la sesión de esta mañana. —El senador republicano de Virginia se detiene para los aplausos y asiente a la mujer y a los cuatro hombres sentados en la mesa de los testigos, bajo el estrado principal. Se ajusta sus gafas de montura metálica y lee una declaración preparada—. Damas y caballeros, vivimos una época sin precedentes. La población mundial está creciendo al ritmo de un cuarto de millón de personas al día. Que seamos capaces de alimentar, vestir, educar, sostener y mantener a nuestra población, dependerá de nuestra habilidad para hacer frente a las demandas globales de energía.

»Poco ha cambiado durante los últimos veinte años. Los carburantes fósiles aún nos proporcionan suministros para el ochenta y cinco por ciento de nuestras necesidades energéticas, y el petróleo lidera la lista. Cada día, Estados Unidos consume aproximadamente veintidós millones de barriles de crudo, y esto representa un cuarto del consumo mundial total de noventa y cuatro millones de barriles diarios. Se espera que estas asombrosas cantidades se incrementen a un ritmo anual superior al dos por ciento, y que alcancemos los ciento siete millones de barriles de petróleo al día en el año 2020, mientras las economías de China, la India y otros países asiáticos continúan su aceleración sin precedentes como países industrializados...

Ashley Brown Futrell III, cariñosamente conocido entre sus familiares y amigos como «Ace», extiende su pierna izquierda bajo la mesa de los testigos. Con su uno noventa y cinco de altura y sus cien kilos de peso, el geólogo petrolero de cuarenta y cuatro años, que una vez fue estrella de fútbol de la universidad de Georgia, encuentra difícil permanecer sentado mucho tiempo en la misma posición. Su rodilla izquierda cruje como la gravilla bajo un tendón rotular dos veces reparado quirúrgicamente, y le duelen las articulaciones por su artritis crónica. Los días buenos puede recordar cada pase realizado durante su meteórica carrera universitaria. Los días malos, sólo el dolor.

Ace inclina la cabeza bruscamente hacia la derecha, y después de nuevo a la izquierda, hasta que la vértebra de su cuello encaja en su lugar. Entonces, metódicamente, se cruje cada nudillo, un dedo cada vez, mientras echa otra mirada rápida a su reloj.

«Nueve y diez. Aún quedan seis horas hasta mi llegada al aeropuerto Dulles. Una hora de vuelo hasta JFK, y después otra hora para recuperar mi equipaje y tomar un taxi que me lleve hasta la ciudad. Ocho horas... Ocho largas horas hasta tener a Kelli de nuevo en mis brazos. Se acabaron los viajes largos, Futrell, no importa lo que diga. Eso es todo.»

Ace juguetea con su Blackberry, ojeando las imágenes almacenadas en su galería de fotos. Kelli y sus dos niños sonriéndole, desgarrándole el corazón. Ha pensado en su mujer todos los días durante sus viajes al extranjero, y lo peor siempre llega al final de cada jornada de dieciocho horas, cuando se tumba en su cama, solo, en alguna habitación de hotel, mirando el ventilador del techo, y preguntándose si ella estará bien. Veintitrés días atormentado por la culpa que le provoca haberla dejado. Al menos una docena de veces pensó en tomar el siguiente vuelo a casa, pero su esposa había insistido en que aguantara. Aquella noche, por fin, compartirían la misma cama (una suite en Central Park), antes de conducir hasta su hogar en Long Island al día siguiente para ver a sus hijos.

Comprobó su reloj de nuevo.

Ace había conocido a Kelli Doyle durante su primer año de universidad en Georgia... Él, el segundón quaterback suplente, de repente pasó a un primer plano y conquistó a la despampanante rubia con sonrisa de chica de pueblo y disposición de matón de bar de carretera. Kelli había sido una de las mejores jugadoras de los equipos femeninos de hockey y lacrosse, una dura competidora que disfrutaba humillando físicamente a sus oponentes. Su relación había durado casi hasta la graduación, cuando Ace había pasado por su «época gris». Kelli, siempre concentrada en el éxito, siguió adelante sin él. Seis años más tarde la llama volvió a encenderse entre ambos cuando se encontraron en un evento para recaudar fondos en Orlando. Dos meses después, se casaron.

Catorce años de matrimonio, la mayoría de ellos buenos. Una casa, coches, dos hijos maravillosos, dos trabajos bien pagados en un momento en el que la economía estaba aún en confusión... El sueño americano, que ahora estaba amenazado por aquel maldito bulto en su pecho izquierdo. Cirugía, quimio, y un respiro de seis meses antes de extenderse. La segunda ronda de quimio la había dejado sin fuerzas, pero... ¿había sido suficiente? Ace había querido cancelar su viaje, pero ella había insistido, prometiéndole buenas noticias cuando regresara.

«Tres largas semanas... nunca más. Los de PetroConsultants pueden despedirme si quieren. Hay muchos otros trabajos.»

Se gira para mirar a los otros cuatro miembros del panel. Inmediatamente a su derecha está Ellen Wulf, directora asociada de la Administración de Información Energética, y a la derecha de ésta, Michael Bach-Marklund, socio mayoritario del Centro de Estrategia y Estudios Internacionales. Junto a él está Rodney Lemeni,

economista representante de Chevron/Texaco, y a continuación Christopher Santoro, asesor de la Asociación de Investigación Energética de Cambridge. La AIEC es una organización afiliada a la empresa en la que trabaja Ace,

PetroConsultants, y ambas están bajo el paraguas del siempre en expansión Grupo Energético IHS.

«¿Crees que alguno de ellos tiene que pasar fuera de su casa veintidós semanas al año?»

El senador Poschner sigue hablando y hablando, con voz monótona.

—Escuchen estas estadísticas. China está añadiendo la demanda energética equivalente a un país, de media, cada dos años. El año pasado añadieron otros cuarenta y cuatro mil megavatios... más de lo que es capaz de producir nuestra mayor compañía eléctrica, y aun así experimentan cortes de suministro en el sesenta por ciento del país. Además, la India ha...

Ace se remueve de nuevo en su silla mientras espera que el senador masque el tiempo que le han adjudicado. Ha trabajado como ingeniero petrolífero para PetroConsultants durante quince años, y ya ha oído todo aquello antes... Las estadísticas, las advertencias, las recomendaciones, los debates sin fin. Nunca ha dudado de la sinceridad de los senadores presentes. No lo hace ahora, y tampoco lo hizo seis años antes, cuando testificó por última vez ante el recién instalado Congreso Democrático. Pero convencer a un comité para que actúe es muy diferente a pasar rozando la legislación, y la administración Obama había perdido algunos escaños muy valiosos a mediados del 2010.

«Quizá debería renunciar. No es que no lo haya pensado. Estoy seguro de que podría encontrar trabajo en alguna de las principales compañías petroleras... A menos que, por supuesto, quemé el puente ahora mismo, aparte la cortina, le cuente al Congreso todo lo que sé... sí, como si fuera a servir de algo. La mayor parte de estos estúpidos reciben donaciones de campaña de aquellos que no van a sobrevivir a las elecciones del próximo año. Tú decides, Ace. Alimenta a tu familia, o húndete con un último destello de gloria...»

—Gracias, senador. Eso nos lleva a nuestro primer testigo del día. Ace Futrell es el administrador en Génova de PetroConsultants, ahora parte del Grupo Energético IHS. El equipo del señor Futrell ha estado recogiendo datos como parte del próximo informe que su organización está preparando sobre las reservas petrolíferas mundiales...

«¿Y en una universidad? Seguramente podría conseguir un trabajo decente como profesor. Por supuesto, tendríamos que recortar gastos. Dejar el coche, y olvidarnos del crucero Disney. Quizá podría coger algunos turnos de noche como cocinero en McDonald. Sería divertido. Acaban de subir el salario mínimo a 8.25 dólares. Eso debería ser suficiente para cubrir nuestra factura de la televisión por cable. ¿Y qué si

no podemos permitirnos el seguro sanitario, o la matrícula de la universidad, o el campamento de verano?»

—Señor Futrell, sé que ha estado en el extranjero estas últimas semanas. El comité le agradece que haya postergado su viaje a casa para estar con nosotros esta mañana. ¿Señor Futrell?

«...o la gasolina, o la comida...»

—Oye, Ace, es tu turno. —Ellen Wulf le da un golpecito en el hombro que lo lleva de vuelta a la realidad.

—Señor Futrell, le he preguntado si está preparado para testificar.

—¿Testificar? Sí, lo siento. Oh, y se pronuncia Fu-troll. —Ace se ajusta el micrófono y empieza a leer sus notas—. Señor presidente, senadores, es un honor para mí estar de nuevo con ustedes esta mañana. Se me ha pedido que desarrolle el tema de la producción global de petróleo, concretamente cuánto petróleo queda en las reservas mundiales. Acabo de volver de un largo viaje de campo en Medio Oriente y tengo conmigo los resultados preliminares de nuestros últimos datos, pero, antes de compartir esta información con el comité, creo que es importante que comprendamos algunas reglas básicas del juego. La primera es la ley fundamental de la energía, la Ley de Rendimientos Decrecientes. Cuando se instala la primera plataforma petrolífera sabemos muy poco sobre lo que puede producir un campo petrolífero, pero, para cuando se instala el último pozo, ya lo sabemos casi todo. El patrón es consistente y claro... Todas las reservas petrolíferas tienen su auge y caída en lo que M. King Hubbert, el padre de la geología del petróleo, descubrió que era una curva con forma de campana. El primer petróleo extraído de un pozo es la crema, la parte de más fácil acceso. Al final, la cuenca llega a su pico, y, a partir de ahí, la producción se aminora. Cuanto menor es el flujo, más difícil y costoso es extraerlo. Y sí, aunque la tecnología continúa incrementando el potencial a largo plazo de cada reserva, incluso la tecnología tiene sus limitaciones.

«Estás aburriéndolos, Futrell. No están aquí para resolver la crisis del petróleo, sólo para prolongarla.»

—El pico petrolero es un término que se refiere a la parte superior de la Curva de Hubbert, el punto en el que el fruto aún se recoge con facilidad entre las ramas bajas del árbol. El EUR [\[14\]](#) petrolero es la cantidad de petróleo que aún queda bajo tierra. Resumiendo, senadores: se necesita energía para conseguir energía. En este caso, petróleo para recuperar petróleo. Si se necesitan dos barriles de petróleo para extraer diez barriles, lo haces. Pero si el campo está en decadencia, y sólo puedes recuperar dos barriles, o menos, de esos dos barriles utilizados, no puedes seguir extrayendo, no si la energía que obtienes es negativa respecto a la energía invertida. Recuerden esto, senadores, porque significa que nos quedaremos sin petróleo mucho antes de que la última gota sea sacada del suelo.

»Hubbert predijo correctamente que la producción de petróleo crudo de los Estados Unidos tendría su pico entre 1966 y 1972. El pico real ocurrió en 1970, aunque fue necesario un año más antes de que el hecho se hiciera evidente. Desde entonces, hemos pasado de ser el mayor productor de petróleo a su mayor importador, un papel que ahora está siendo desafiado por China. Aunque aún tenemos reservas activas en el Golfo de México, para la mayor parte del suministro doméstico americano está casi terminado.

»¿Y qué pasa con el resto del mundo? Hubbert predijo que el pico petrolero mundial tendría lugar entre los años 2000 y 2005. ¿Lo hemos alcanzado? Sin duda. Desde el año 2003 no ha sido descubierta ni una sola zona de captación nueva que exceda los 500 millones de barriles. De acuerdo, entonces, ¿cuánto queda? Eso es un poco más difícil de predecir, dado que las compañías nacionales que exportan petróleo tienden a operar en secreto y con mentiras. Kuwait, por ejemplo, mintió recientemente en el informe de sus reservas para proteger sus cuotas de producción con la OPEP, una práctica común entre los países productores. Las compañías petroleras son igual de dañinas. Como tienen que pagar impuestos sobre las reservas, tienden a documentar nuevos descubrimientos en los viejos campos, una práctica que mantiene los precios pero que hace poco por las necesidades energéticas mundiales. Hace seis años, los ejecutivos de Shell tuvieron que dimitir después de que falsearan los números de las reservas petrolíferas ante los accionistas en cuatro mil millones de petróleo... Un «error de cálculo» estimado en ciento treinta y seis mil millones de dólares.

Ace baraja sus notas.

—Aquí hay algunos hechos que tienen un importante papel en la ecuación. Nuestra especie usa mil millones de barriles de petróleo cada diez días. Estados Unidos es responsable de un veinticinco por ciento de esa demanda. Aunque la administración Obama ha establecido políticas para conservar la energía y elevar al máximo los niveles de gas, mientras se reducen los gases con nocivos efectos invernaderos, los nuevos parámetros no tendrán efecto hasta el 2016. Mientras tanto, se espera que la demanda americana de petróleo, así como de gas natural y carbón, aumente otro cuarenta por ciento durante los próximos veinte años, y no somos los únicos. Como el senador Poschner ya ha mencionado, la demanda de energía de Asia, especialmente de China y la India, es gigantesca. Antes de 1990, las necesidades energéticas de China crecieron sólo la mitad de rápido que su producto nacional bruto, pero durante los últimos cinco años se ha producido un repentino aumento en la economía de China que ha provocado que su consumo de energía se cuadruple. Nosotros hemos contribuido a esa variable, nuestras importaciones han jugado un papel fundamental en la movilización de la fuerza de trabajo china. Concretamente, es preocupante el reciente cambio en China del carbón al petróleo y el gas natural, un

cambio que era necesario por los efectos de las emisiones de dióxido de carbono que han reducido la calidad del aire en las principales capitales. Como resultado, la demanda de China ha crecido de los catorce mil barriles al día en 2004, a sus niveles actuales de diecinueve millones de barriles, una cifra casi equivalente a la de Estados Unidos. Cuando uno piensa que la población china, mil cuatrocientos millones de personas, es cuatro veces mayor que la nuestra, no puede evitar preguntarse hasta dónde puede subir su demanda al final. Y como Estados Unidos, China recibe la mayor parte de su importación de petróleo de Arabia Saudí, seguida por Irán, Venezuela y Sudan.

—No es un secreto que estamos en competición directa con los chinos, señor Futrell —le interrumpe el presidente Keller—. Lo que a este comité le gustaría saber es cuánto petróleo queda, concretamente en Arabia Saudí, que parece ser el único país productor de petróleo que puede sustentar el incremento de la demanda global.

Ace asiente.

—Arabia Saudí es la clave, de eso no hay duda. Poseen cinco campos clasificados como extra-grandes, varios de los cuales llevan activos desde hace casi sesenta años. Ghawar es el campo petrolífero más grande del mundo, y está compuesto por varios extra-grandes. Tiene doscientos ochenta kilómetros de largo y entre veinticinco y treinta de ancho, y lleva activo desde 1951. Según reconocen los saudíes, establecen los parámetros de mantenimiento de sus pozos en una tasa de recuperación del setenta y cinco por ciento... la más alta, con diferencia, de la industria.

—Ayer, el comité escuchó una presentación expuesta por el señor Nansen Saleri, el director de Saudi Aramco [\[15\]](#) —interrumpió el presidente de nuevo—. De acuerdo con el señor Saleri, los saudíes han explotado y cerrado campos que podrían hacer frente a la demanda mundial hasta el 2054. Por la mirada que veo en su rostro, usted no parece convencido.

—No, señor, no lo estoy, y no soy el único. A pesar de sus gestos públicos, la familia real ha tomado medidas drásticas contra las inspecciones extranjeras de ambos pozos y tanques petrolíferos. Como resultado, nuestros datos reflejan cantidades de la cuenca que están, como mínimo, anticuadas. Y en cuanto a esos campos cerrados... Llevo escuchando esa cantinela durante años. En estos momentos, si la Casa de Saud me dijera que el pronóstico del tiempo en el desierto es cálido y soleado, seguramente me llevaría un chubasquero.

La afirmación envía una sonrisa a los rostros de los asistentes.

«Bien hecho, tontorrón. La industria de la comida rápida puede servirse de un hombre como tú...»

El senador republicano Bob Prichard, un partidario acérrimo de Texas de la industria petrolera, no parece divertido.

—Le recuerdo, señor Futrell, que la Casa de Saud ha sido amiga y aliada de este

país durante más de sesenta años. Además de ser nuestro principal proveedor de petróleo económico, han demostrado ser una influencia estabilizadora entre el resto de países de la OPEP, así como una de las pocas regiones de Medio Oriente que apoyan nuestra guerra contra el terrorismo.

«También fundaron la enseñanza del Islam radical, odian a los occidentales y diecinueve de sus ciudadanos secuestraron nuestros aviones. Ah, pero ¿qué son un par de miles de civiles muertos entre amigos...?»

—Le pregunto, señor, y para que conste, ¿está en posesión de alguna prueba física que refute la información presentada por Saudi Aramco?

—¿Prueba física? No, senador, pero aun así...

—Gracias, señor Futrell.

Ace aprieta los dientes, negándose a ceder.

—Senador, me ha invitado aquí para testificar, no para debatir sobre política. PetroConsultans acepta el hecho de que los países del tercer mundo han exagerado rutinariamente las reservas de petróleo. Durante el último año se descubrió que Venezuela, Dubai, Irán e Irak mentían. No estoy seguro de que nosotros seamos demasiado distintos. Después de todo, ¿cuántos miles de millones de dólares de las ayudas a Nueva Orleans fueron desviadas en secreto para reconstruir las plataformas petrolíferas dañadas por el huracán Katrina?

«Ups, eso se me ha escapado.»

Ace le devuelve la mirada al senador.

La conversación se pausa mientras el rostro del senador Prichard se vuelve de un profundo rojo.

—Señor presidente, solicito que se supriman esos comentarios para la emisión pública. Eso no tiene ninguna relación con el tema tratado en esta vista.

—Senador, mi intención era...

El presidente Keller lo interrumpe.

—Creo que le hemos entendido, señor Futrell. Por favor, concluya su testimonio con sus cifras definitivas.

Ace toma aliento profundamente, pero su presión sanguínea se niega a estabilizarse.

—Un comentario final, si me permite, señor presidente, para que conste. Aunque el comité finalmente promulgue medidas para reemplazar parte del cuarenta por ciento del petróleo utilizado en la generación de energía con gas natural, carbón, nuclear, o alguna otra forma de energía alternativa, actualmente no existen soluciones a corto o largo plazo para remediar nuestras necesidades ganaderas y de transporte. Déjenme ser cristalinamente claro: sin el petróleo usado en fertilizantes y pesticidas, la producción de los campos de maíz caería de ciento treinta celemines por acre a treinta. Lo mismo podría aplicarse al resto de cosechas, incluyendo el grano necesario

para alimentar al ganado. Es la gasolina la que mueve los tractores industriales que permiten que un dos por ciento de nuestra población alimente a trescientos millones de personas, y es la gasolina la que lleva estos artículos perecederos a los mercados. Cuando el petróleo deje de fluir, la población empezará a sufrir hambrunas... y esto, senador, es un hecho. El único modo de remediar esta pesadilla es invertir ahora en energías renovables y promulgar cambios políticos que reemplacen radicalmente la infraestructura de nuestro país, algo que requerirá un lapso de tiempo de diez años. En opinión de muchos expertos, estas medidas deberían haberse adoptado mucho antes.

El presidente Keller espera a que muera el aplauso de los asistentes.

—Sus recomendaciones serán debidamente anotadas. ¿Su estimación?

Ace saca un sobre cerrado de su maletín.

—Señor presidente, senadores, basándonos en todos los indicadores disponibles, incluyendo el reciente agotamiento de los campos del Mar del Norte, el colapso del campo Burgan de Kuwait y el decremento del treinta y cinco por ciento de la producción del extra-grande Cantrell, en México, PetroConsultants estima que los niveles mundiales de petróleo alcanzaron su pico en el verano del 2005, exacerbados, en parte, por las inesperadas pérdidas de los principales pozos iraquíes y por los ataques de los insurgentes sobre los oleoductos durante la segunda guerra del Golfo. Basándonos en la demanda actual y proyectada, la guerra que está teniendo lugar en el Medio Oriente, el patrón continuado de huracanes que están azotando el Golfo de México con una ferocidad cada vez mayor y los potenciales ataques terroristas que amenazan los oleoductos clave, anticipamos que el mundo agotará todas sus reservas de petróleo en el año 2017.

El silencio cae en la sala, seguido por una docena de conversaciones paralelas.

—¿Seis años, señor Futrell?

Ace asiente.

—O quizá, señor presidente, incluso antes.

---

«El secretario Rumsfeld declaró, además, que durante la mañana del 11-S había dado una conferencia ante los miembros del Congreso, en el Pentágono, en la cual les advertía que esperaran lo inesperable en cuanto a futuros ataques terroristas. Poco después de eso le entregaron una nota en la que se le informaba de que la Torre Norte había sido golpeada. A continuación, se le hizo saber que la segunda torre había caído. Y afirma que continuó con su charla hasta que el Pentágono fue atacado a las 9:38. Esto no tiene sentido. Si el secretario de Defensa estaba reunido con los congresistas conferenciando sobre ataques terroristas por sorpresa cuando se le informó de que dos aviones habían golpeado ambas Torres World Trade, es imposible



creer que continuara con su presentación sin reaccionar ante este "inesperado" ataque terrorista. El hecho de que ningún miembro de la comisión del 11-S haya examinado sus afirmaciones clama al cielo.»

Michael Kane, *Elephants in the Barracks: The Complete Failure of the 9/11 Commission*.

«Lo más importante para nosotros es encontrar a Osama bin Laden. Es nuestra prioridad número uno, y no descansaremos hasta que lo encontremos.»

Presidente George W. Bush, 13 de septiembre de 2001.

«No sé dónde está. No tengo ni idea, y en realidad no me importa. No es tan importante. No es nuestra prioridad.»

Presidente George W. Bush, 13 de marzo de 2002.

## Capítulo 2

AURORA, ILLINOIS

12 de diciembre de 2011

8:06 A.M. CST

—¡Mary Christ, llego tarde! ¿Dónde está el Sweet'n Low? [16] —Doug Dvorak, teniente de policía de Aurora, busca en los armarios y cajones de la cocina, dejando una estela de caos a su paso.

—He olvidado comprar —le grita su mujer desde la habitación—. Usa azúcar.

—¡No puedo! Acabo de empezar esa nueva dieta.

—Entonces usa miel.

—Es lo mismo que el azúcar.

—¡Entonces bébetelo solo! —Su esposa entra en la cocina con un rizador de pelo colgando de su cabello castaño—. ¿Desde cuándo haces dieta tú, de todos modos? Eres un milagro genético tal como eres.

—Estoy entrenándome para el maratón de primavera.

—Genial. Entonces puedes correr hasta el súper después del trabajo y comprar un reloj despertador nuevo.

—Ya te lo he dicho, puedo arreglarlo. —Llena su taza de café de los Chicago Bears y hace una mueca mientras bebe el amargo elixir.

—Entonces arréglalo esta noche. No puedo llegar tarde otra vez. —Limpia el café de la perilla de su marido y le da un beso—. Ten cuidado ahí fuera.

—Siempre lo tengo.

\*\*\*

La ciudad de Aurora es un suburbio de ciento sesenta y cinco habitantes repartidos en cuatro condados, seis distritos escolares y siete municipios, situado a sesenta y ocho kilómetros al oeste de Chicago. El río Fox divide el centro histórico en los distritos este y oeste, que acogen el renovado cine, así como varias iglesias y puentes que datan del siglo XIX.

El teniente Dvorak supervisa el Área Uno, qué engloba la zona oeste y el centro de Aurora. Además, dirige el programa de patrulla en bicicleta de la ciudad, y su equipo de respuesta especial.

Está a diez minutos de la comisaría de policía cuando recibe la llamada.

\*\*\*

Ray Henry ha sido el propietario y director general de Alquiler de Camiones

Aurora desde que volvió de Irak. Dvorak encuentra al antiguo sargento en su despacho, caminando tras su escritorio, con el teléfono móvil presionado contra la oreja.

Henry le hace una señal para que entre y le indica «un minuto» mientras escribe algunos números en un bloc de notas que ya está lleno de jeroglíficos.

—Bien, bien. Pero dile a Jerry que quiero ese camión aquí en una hora, y con pastillas de freno nuevas, o me llevaré el negocio a Kendall. —Henry cuelga—. Lo siento, Doug. Gracias por venir. ¿Cómo están Mary Christ y Simon?

—Bien. ¿Qué pasa?

—Seguramente nada, pero mi «intuición de soldado» está dándome la lata. Anoche vinieron dos clientes para comprar uno de nuestros camiones. Dos tipos de Medio Oriente, supuestamente estudiantes universitarios, que vivían en la misma dirección. La primera señal de alarma fueron sus carnés de conducir, ambos de Carolina del Sur. Hoy en día, incluso Bin Laden podría conseguir un carné en esa criba de seguridad. Además, se pusieron muy nerviosos cuando les dije que tenía que hacer fotocopias para mis archivos. La segunda señal fue que me pagaron en efectivo... 17.500 dólares al contado, para ser exacto.

—¿Qué tipo de camión compraron?

—De seis metros, una de esas unidades con control de temperatura que se usan para transportar perecederos.

—¿Dijeron para qué lo necesitaban?

—Para productos alimenticios, pero te aseguro que estaban mintiendo. Aquí tienes una copia de sus carnés. —Henry le tiende las fotocopias.

Dvorak lee los nombres.

—Jamal al-Yussuf, de veintisiete años. Ornar Kamel Radi, de veintinueve. Vale, lo comprobaré. —Se levanta para marcharse—. Diles a tus chicas que las veré el sábado en el entrenamiento de fútbol.

—Claro. Pero aún no te he contado la última señal que me alertó. Esos idiotas llevaban jerséis de los Cubs. ¿Quién se pone un jersey de los Cubs en diciembre? Sobre todo si tenemos en cuenta el modo en el que los Bears están jugando. ¿Tengo, o no tengo razón?

\*\*\*

El complejo de apartamentos es un edificio de dos plantas con fachada de ladrillo situado a diez kilómetros de la universidad DuPage. El teniente Dvorak comprueba que el camión refrigerado no está a la vista, y luego localiza a la casera, Dawn Darconte, una mujer de treinta y tantos años.

—Alquilaron el apartamento el pasado octubre. Me dijeron que eran estudiantes.

—¿Alguna vez le han dado problemas?

—No. Son muy reservados. Y me pagaron el año por adelantado.

—¿Eso no es algo inusual, tratándose de estudiantes?

—Es inusual tratándose de cualquiera.

—¿Alguna vez los ha visto con libros de texto?

—Trabajo a jornada completa en un videoclub. Podrían haber estado sacando de ahí una biblioteca entera, y yo seguramente no me habría enterado.

Lo guía escaleras arriba hasta el apartamento 2-D. Llama a la puerta varias veces. Espera.

No hay respuesta.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a esos chicos?

—Quizá hace una semana. El alto, Ornar, sale a correr por las mañanas. Tengo una llave. ¿Quiere que le deje entrar?

—Sin una orden de registro necesito el consentimiento del inquilino, o alguna evidencia de abandono. ¿Y su coche? ¿Está aún ahí fuera?

Ella se inclina sobre la barandilla para mirar.

—No, no está.

Dvorak busca en su bolsillo una tarjeta de visita.

—Llámeme si aparecen.

\*\*\*

El teniente Dvorak vuelve a su oficina a las once y cuarto. Para el mediodía, ya ha descubierto que ni Jamal al-Yussuf ni Ornar Kamel Radi están matriculados oficialmente en la universidad DuPage. Para las dos y cuarto confirma que ambos sospechosos habían cerrado sus cuentas bancarias en una oficina local de Citicorp, después de retirar más de 65.000 dólares. Una comprobación en los registros de depósito de ambos hombres de los últimos cuatro meses saca a la luz que todos sus ingresos provenían de un banco de las islas Caimán.

Para las seis y media de aquella misma tarde, el teniente Doug Dvorak tiene su orden de registro firmada.

---

«Cuando el NEADS (el Sector de Defensa Aérea Noroeste) fue informado del primer secuestro, miembros de su propia organización asumieron, inicialmente, que aquello era parte del ejercicio [de instrucción bélica]. Por ejemplo, el sargento mayor Maureen Dooley, líder de la sección ID, dijo al resto de miembros de su equipo: "Tenemos un secuestro en curso. Sacad las listas de control. El ejercicio ha comenzado". El comandante Kevin Nasypany expresó en voz alta: "Se supone que el secuestro no empezaría hasta dentro de una hora". Como los numerosos escenarios de

secuestro descritos en el documento de los "Ejercicios NORAD", no se produjo ninguna mención a este secuestro simulado que estaba programado para la mañana del 11 de septiembre en el Informe de la Comisión del 11-S.»

History Commons Groop, 14 de junio de 2009.

«El sistema de defensa aérea de Estados Unidos fracasó en el seguimiento de los procedimientos estándar para la respuesta a los vuelos de pasajeros desviados. Las distintas agencias responsables (NORAD, FAA, el Pentágono, USAF, así como la Comisión del 11-S) dieron explicaciones radicalmente distintas a este fallo (en algunos casos manteniéndolas durante años), como que varios oficiales debían haber mentido; pero nadie se hizo responsable. ¿Se había retirado la defensa aérea?»

911TRUTH.ORG

«Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.»

Apocalipsis 18:1-3

## Capítulo 3

EDIFICIO DE LA OFICINA DEL SENADOR DIRKSEN

Habitación SD-366

12 de diciembre de 2011

10:27 A.M. EST

VISTA PARA EL COMITÉ SOBRE ENERGÍA  
Y RECURSOS NATURALES

Senado de los Estados Unidos

Congreso 110

—¡Orden en la sala! —El presidente Keller golpea su maza hasta que la cámara se queda en silencio—. ¿Seis años, señor Futrell? Múltiples fuentes han asegurado a este comité en más de una ocasión que las reservas mundiales seguirán satisfaciendo la demanda al menos hasta el 2029. El mismo Informe de Perspectivas Energéticas Anuales de la Agencia de Información Energética afirma que...

—Con el debido respeto, señor presidente, las estimaciones de la AIE no están basadas en consideraciones técnicas. Aunque los datos del Departamento de Energía sobre el suministro actual y pasado tendieron a ser bastante precisos, las proyecciones futuras se prepararon para equipararse al anticipado crecimiento de las necesidades de suministro domésticas. Eran pronósticos con fines políticos, senador, nada más. Es como preguntar a un economista; lo único que se consigue son alegres expectativas no comprobadas.

La habitación se llena de nuevo de conversaciones paralelas. Ellen Wulf se gira para mirarlo.

—Oye, Ace, que estoy aquí.

—No es nada personal, Ellen. Lo que pasa es que tu departamento funciona como la sacarina... endulza artificialmente.

Keller golpea la maza hasta que el sonido resuena sobre el barullo.

—Señor Futrell, tengo una pregunta. Parece que todos los años escuchamos y leemos el descubrimiento de alguna nueva y enorme reserva, como aquella que se descubrió hace un par de años en la costa de Brasil.

—Eso es sólo un sinsentido, senador, perpetrado por la industria para atraer inversores potenciales. El campo brasileño que ha mencionado... fue el campo Carioca, descubierto en 2008 en la cuenca submarina Santos. Se perforó un pozo de prueba. Alguien afirmó que había escuchado una estimación de treinta y tres mil millones de barriles, y lo siguiente que supimos fue que se filtró a los medios de comunicación como un hecho comprobado, provocando que las acciones de BG

Group, Repsol y Petrobras subieran como la espuma. Extraer petróleo de un emplazamiento submarino mar adentro requiere plataformas muy caras, cada una cuesta unos ciento cincuenta millones. La especulación no rellenará su depósito de gasolina, senador, ni hará que las grandes compañías petroleras inviertan, a menos que estén absolutamente seguras de que van a recibir un reintegro positivo.

—Gracias por aclarar eso, señor Futrell. Tiene la palabra el senador Ashton.

El representante de Alabama parece bastante animado, teniendo en cuenta que es un hombre postrado en una silla de ruedas.

—Señor presidente, quiero retornar a la afirmación previa del señor Futrell. Sí, es innegable que el mundo llegará a quedarse sin petróleo, pero sugerir que el petróleo ha de agotarse en un plazo de seis años es, sencillamente, irresponsable. El año pasado, yo personalmente asistí a una conferencia sobre energía presentada por el Centro de Estrategia y Estudios Internacionales justo aquí, en Washington. Escuché los testimonios de numerosos expertos, incluidos los directores de Saudi Aramco, que presentaron mapas exhaustivos de sus campos petrolíferos. Las proyecciones de Saudi, que fueron respaldadas por varios peritos geológicos de Estados Unidos, refutan totalmente las «opiniones personales» del señor Futrell. Los cálculos por lo bajo indicaban reservas de seiscientos mil millones de barriles, sin contar una importante parte de la cuenca de Rub' Al-Khali que aún tiene que ser perforada. Por lo tanto, solicito formalmente que las estimaciones del señor Futrell sean eliminadas en la emisión pública.

—Lo segundo.

Ace se sienta de nuevo, medio atontado, mientras los republicanos y los demócratas discuten eliminar sus declaraciones de la grabación del evento.

El presidente Keller retoma el control del procedimiento.

—Cualquier acción se presentará a votación cuando el comité escuche los testimonios del resto de panelistas. Señor Santoro, me gustaría escuchar su opinión sobre las reservas saudíes.

—Gracias, señor presidente. —Christopher Santoro recoloca su micrófono para poder mirar desde la mesa a Ace—. El IEC ha realizado su propio examen de los campos petrolíferos saudíes en cuestión. Coincidimos con el senador Ashton en que esas reservas contienen más de seiscientos mil millones de barriles, más doscientos mil millones de barriles adicionales en fuentes aún por descubrir, y quizá otros cien mil millones en campos que han alcanzado su pico, pero que aún contienen reservas que pueden ser extraídas usando nuevas tecnologías. Eso son novecientos mil millones de barriles de petróleo, suficiente para satisfacer las necesidades globales hasta el 2035. Además, creemos que, a medida que la tecnología evolucione, las compañías petroleras continuarán perforando más profunda y precisamente, y creo que incluso el señor Futrell ha expresado estar de acuerdo en esto: nadie lo hace

mejor que los saudíes. Con su producción lenta y constante, Saudi Aramco ha expandido el ciclo vital de cada una de sus grandes reservas, que tienen rangos de agotamiento que apenas superan el uno o dos por ciento al año. Claro, nos encantaría que los saudíes abrieran las válvulas y doblaran su producción, pero enviar un exceso de petróleo al mercado podría desestabilizar la industria. Los saudíes saben esto y usan sus amplias reservas para estabilizar los precios. Aun así, tal como la historia nos ha demostrado siempre que ha existido una crisis, ya sea un huracán en el Golfo o un invierno riguroso en Japón, el flujo de petróleo siempre se ha incrementado para compensar la demanda. Basándonos en los estudios de la IEC, y tomando en consideración las nuevas tecnologías de extracción y las fuentes de energía alternativas que están entrando en juego, confiamos en que las reservas globales duraran hasta el 2043, quizá hasta el 2050.

Varios miembros del comité aplauden la intervención.

Rodney Lemeni, economista de Chevron/Texaco, medio levanta la mano y añade:

—Estoy de acuerdo con el señor Santoro, siempre que las compañías petroleras continúen recibiendo un fuerte respaldo y apoyo del gobierno de los Estados Unidos.

«Sí, porque las compañías petroleras necesitan un par de miles de millones de dólares más de nuestros impuestos cada trimestre 2 para poder mantener las luces encendidas...»

Ace levanta la mano.

—Señor presidente, no existe lugar para el error; nuestro análisis de los datos ha tomado en cuenta todos los factores, incluyendo la mejora de las tecnologías de extracción. Por supuesto, no hemos añadido los campos sin abrir ubicados en las instalaciones vacías saudíes, y la razón es... que aún tenemos que ver alguna prueba geológica o sísmica que nos demuestre lo que hay realmente ahí abajo.

—Sí, pero dada la vastedad de los campos y su proximidad a Ghawar, ¿no sería posible asumir que es más de lo mismo?

—Señor, si he aprendido algo en mis quince años en este negocio es que, si algo no huele bien, es que apesta.

—Senador Thornton, ¿desea contestar?

Robert Thornton, el senador republicano de Alaska, se inclina hacia su micrófono y se dirige al comité.

—Quiero agradecer a nuestros distinguidos invitados que hayan asistido a la sesión de esta mañana. Después de escuchar los comentarios del señor Futrell, espero que nuestros amigos demócratas estén ya convencidos de que perforar la Reserva Natural Ártica no es una opción, sino una necesidad crítica para satisfacer las necesidades energéticas presentes y futuras de nuestro país. Como la gobernadora Palin dijo: «Perfora, chico, perfora».

La referencia a Sarah Palin provoca respuestas encontradas entre los asistentes.



—¿Respuestas? Sí... Señor Futrell.

Ace agarra el micrófono, con su psique totalmente entregada a la batalla.

—Con el debido respeto al senador Thornton, aunque algunos «expertos» han declarado que se han encontrado cantidades cercanas a los dieciséis mil millones de barriles de petróleo en la Reserva Natural Ártica, los números del peritaje geológico estadounidense son mucho más precisos, y se expresan en petróleo EUR, no en volumen. Hay menos del suministro de un año de petróleo recuperable en el Ártico, y lo poco que hay está repartido en pequeñas bolsas, en zonas que no tienen carreteras, ni oleoductos, ni infraestructuras de ningún tipo. Se necesitarían al menos diez años para llevar ese suministro al mercado, y apenas haría mella. Las existencias árticas no son más que una tirita, una pequeña, cara y, en mi opinión, políticamente motivada tirita.

«Y ahora, ¿quién es el jefe, senador? ¿Yo, o la Reina Alce?»

—¿Cómo se atreve, señor?! —ladra el senador Thornton—. ¡Ésta es una vista bipartidista! Nos hemos reunido para buscar soluciones, no votos, y no voy a ser reprendido por un...

«¿Un qué? ¿Un futuro cocinero?»

Ace tiene las axilas empapadas en sudor, aunque se niega a romper el contacto visual con Thornton, que está respaldando la carrera presidencial de Sarah Palin para las próximas primarias republicanas.

El presidente Keller le permite divagar otro minuto.

—¿Senadora Henk?

La señora Danelle Henk, la senadora demócrata de Louisiana, ofrece una maternal sonrisa al panel.

—Gracias, señor presidente. Me gustaría que nuestros panelistas comentaran los recursos de energía no convencional, concretamente el aceite pesado y las arenas bituminosas. Tengo entendido que estos recursos pueden ser importantes suministradores de combustible.

Ellen Wulf es la primera en contestar.

—Senador, la AIE pronostica el equivalente a doscientos mil millones de barriles de petróleo en las arenas bituminosas de Alberta, en Canadá. Aunque el procesado de las arenas bituminosas no es barato, creemos que su producción potencial compensa el gasto. Además, se ha hablado de la expansión de un nuevo campo en Venezuela.

—De acuerdo, señor Futrell, pero sea breve.

Ace siente que su rostro enrojece.

—No pretendo ser un aguafiestas, señor presidente, pero creo que es importante que el comité conozca todos los hechos. A pesar de la presión estadounidense, Canadá duda en incrementar las operaciones con arenas bituminosas debido a la naturaleza de esta labor. El alquitrán no fluye del suelo como lo hace el petróleo. Es

necesaria una tecnología que emita agua caliente para separar las delgadas capas de petróleo de la arena, a la vez que se añade un destilador de petróleo para convertir el alquitrán en crudo sintético. Básicamente, es una operación minera, pero produce cantidades ingentes de aguas residuales contaminadas. Además, es costoso en términos de energía, ya que requiere más del veinte por ciento de la producción total de gas natural de Canadá, sacrificio que es comprensible que se nieguen a realizar. En cuanto a Venezuela, aunque el cinturón petrolífero del Orinoco contiene una de las mayores acumulaciones de betún del mundo, los pronósticos de crudo sintético, basándonos en la tecnología actual, son sólo del cinco al diez por ciento. Una vez más, todo se reduce a la economía.

—¿Y el combustible sintético, señor Futrell? —pregunta el senador Bill Rawlins, veterano de la primera Guerra del Golfo—. El senado lleva debatiendo las virtudes del combustible sintético subvencionado desde que tengo uso de memoria.

«Ésa es una pregunta trampa, y una muy buena, por cierto.»

—Senador, el combustible sintético no es más que un enorme truco creado por un puñado de compañías avariciosas que encontraron en ello un modo de aprovecharse de un incentivo fiscal promulgado por el Congreso en la década de los 80. El combustible sintético se fabrica usando bromuro y carbón, pero las empresas poseedoras de las cincuenta y tantas plantas que existen en Estados Unidos (y uso el término «planta» sin excesivo rigor) lo único que están haciendo es rociando carbón con combustible diesel o alquitrán de resina de pino, con lo que recogen gigantescos créditos fiscales de una laguna jurídica que el senado se niega a cerrar. El subsidio está enterrado en la sección 559 del Proyecto de Ley de Ayudas Fiscales, y el lobby del combustible sintético, que usa el orwelliano nombre de «Consejo para la Independencia Energética», gasta unos dos millones de dólares anuales para mantenerlo vigente.

El senador Rawlins sonríe con satisfacción.

—Gracias, señor Futrell. Quizá nuestros amigos del otro lado tomarán nota de sus comentarios.

El senador Keller examina la sala.

—Éste es un asunto que tendremos que abordar en otro momento. Sin embargo, ya que estamos hablando de combustibles fósiles alternativos, me gustaría escuchar la opinión del panel sobre energía eólica y solar, y sobre el resto de recursos potenciales. Señor Bach-Marklund.

—Gracias, señor presidente, y gracias a usted también, senador Ashton, por acompañarnos en la conferencia del año pasado. El Centro de Estrategias y Estudios Internacionales ha presentado su informe sobre los pronósticos actuales respecto a las soluciones de energías alternativas a los combustibles fósiles. El gas natural es el combustible alternativo más importante, ya que actualmente nos proporciona casi un

cuarto de nuestras necesidades energéticas, una cifra ligeramente menor en el resto del mundo. El gas natural puede ser quemado limpiamente con maquinaria de combustión interna, el desafío es desarrollar una capacidad de almacenaje que haga factible su utilización en automóviles. El gas natural comprimido no puede ser contenido en un tanque de gasolina, y el gas natural líquido requiere temperaturas extremadamente bajas para su almacenaje. Por otra parte, el gas natural, como el petróleo, es un recurso finito. Aunque la AIE estima que el suministro durará hasta el 2050, los analistas de la industria están de acuerdo en que seguramente nos quedaremos sin él antes del 2025. Esto es debido a que los nuevos campos tienden a ser más difíciles de encontrar, y son mucho más pequeños, por lo que se agotan antes. A diferencia del petróleo, el gas no decae. Se apaga cuando se agota. El gas natural puede ser importado enfriándolo hasta su estado líquido, a menos 260 grados Fahrenheit; sin embargo, el nitrógeno líquido requiere tanques y puertos especiales, de los cuales sólo tenemos tres en Estados Unidos.

»La energía eólica podría ser nuestra fuente renovable más prometedora para el abastecimiento de electricidad, y la tecnología continúa avanzando, gracias a las últimas turbinas capaces de producir hasta tres megavatios. Actualmente, el viento suministra menos del dos por ciento de las necesidades energéticas de América, aunque países como Dinamarca han alcanzado niveles tan altos como el diez por ciento. Para contribuir con una cantidad significativa, la industria necesita fondos adicionales para resolver ciertos desafíos tecnológicos, y gran parte de nuestras líneas de transmisión tendrían que ser modernizadas para poder llevar la energía eólica a la población. Como el señor Futrell ha indicado, el compromiso supondría alterar significativamente la infraestructura de nuestro país.

»La energía solar proporciona actualmente menos de un uno por ciento de las necesidades domésticas. Como la eólica, la energía solar es limpia y renovable, y su tecnología continúa mejorando con los nuevos paneles de películas finas y los revestimientos fotovoltaicos, cuyo coste está reduciéndose significativamente. Los suizos están cerca de terminar su nueva celda solar sensibilizada por colorante de titanio, lo que podría producir los paneles fotovoltaicos más económicos hasta la fecha.

»La energía hidráulica abastece actualmente el tres por ciento de las necesidades energéticas globales (un nueve por ciento aquí, en Estados Unidos), pero su expansión está bastante limitada, debido a que los ríos que pueden alojar presas ya están siendo explotados. Los proyectos microhidráulicos que utilizan ríos y afluentes más pequeños podrían abastecer a las comunidades menos pobladas.

»La energía geotermal sigue estancada. La energía nuclear está también estancada, debido a los costes, a los residuos radioactivos y a las posibilidades potenciales de que estas instalaciones sean objetivo de ataques terroristas. La nuclear

suministra actualmente un veinte por ciento de nuestra electricidad, pero menos de un cuatro por ciento de nuestras necesidades energéticas totales.

»De todas las fuentes de energía alternativa disponibles hoy día, sólo existen dos que puedan reemplazar o complementar al petróleo como combustible usado en el transporte. El primero son las celdas de combustible de hidrogeno. A pesar de que los híbridos siguen vendiéndose bien, cambiar a una comunidad basada totalmente en el hidrógeno exigiría un cambio en nuestra infraestructura de un billón de dólares. El hidrógeno es además muy combustible, y las grandes empresas no están dispuestas a desembolsar inversiones sustanciales en tecnología a menos que vean un compromiso total por parte del gobierno federal.

»Más prometedor es el etanol, o E85, una mezcla compuesta por un ochenta y cinco por ciento de etanol y un quince por ciento de gasolina. En Brasil, el E85 ya ha reemplazado a la gasolina pura en las estaciones de servicio. La mayor parte de los americanos no lo saben, pero todos los coches americanos nuevos poseen motores de combustible flexible, lo que significa que el consumidor puede alternar entre el E85 y la gasolina sin tener que hacer modificaciones. Ya que el etanol se genera a partir de la harina de maíz o el azúcar, es un combustible limpio, bueno para los agricultores y bueno para el medio ambiente. Pero convertirse en un país que se sirva del etanol también exige un serio compromiso por parte del gobierno federal para hacer cambios en nuestra infraestructura, en este caso, en el sector agrícola.

—Gracias, señor Bach-Marklund. Y estoy de acuerdo, este comité debe examinar el etanol y algunas de las otras alternativas que ha mencionado. Señor Futrell, cada vez que levanta la mano me echo a temblar.

La audiencia se ríe.

—Créame, senador, me gustaría tener buenas noticias que añadir, pero este comité y esta administración necesitan sacar la cabeza de la tierra, y si tengo que ser yo quien dé las noticias aleccionadoras, lo haré. Respecto al E85, no es práctico. El etanol es un combustible obtenido a partir del alimento, y el alimento exige cantidades ingentes de energía para crecer. Las reservas estadounidenses de trigo son ya peligrosamente bajas. Varios cientos de millones de personas en China están al borde de la hambruna. Y hay que recordar que gran parte de estos recursos alimenticios también alimentan a nuestro ganado.

»El gas natural es vital para la electricidad, pero no puede ser usado para los vehículos, a menos que quieras conducir hasta el supermercado atado a una bomba.

—De acuerdo, uh... gracias. Antes de que hagamos una pausa para el almuerzo, tenemos tiempo para un último ponente. El presidente da la palabra al senador de Pensilvania.

El senador Edward R. Mulligan espera hasta que la sala se silencia.

Ace garabatea sobre sus notas, pensando de nuevo en sus planes de viaje.

Siguiendo el guión habitual, la vista sobre energía había degenerado de un ejercicio de investigación a otro de poses y discursitos. El Congreso seguirá bromeando políticamente durante meses, pero postergará las decisiones de «gran impacto» hasta después de las elecciones presidenciales del 2012. El público seguirá quejándose sobre los altos costes de la energía y el combustible, y el tema seguramente se discutirá mientras en bambalinas las empresas con contratos importantes en juego harán donaciones de ocho cifras a aquellos candidatos que compartan sus «intereses mutuos».

Al final, el Congreso, seguramente, hará un proyecto de ley cargado de incentivos fiscales diseñados para animar a las grandes petroleras a que exploren. Quizá se produzca un nuevo desarrollo de infraestructuras y se concedan un par de subvenciones a los sospechosos habituales. Pero, al final, no habrá soluciones generadoras de impacto a largo plazo, no habrá compromisos en infraestructura a gran escala... nada que evite el desastre.

El senador Mulligan se aclara la garganta.

—Señor presidente. Hoy no voy a leer ningún discurso preparado, pero quiero hacer un par de comentarios. Como ya sabéis, mi padre fue siempre un hombre que iba al grano, y, si estuviera en esta sala, creo que diría que todo esto de las excavaciones, las perforaciones y la recolección de datos es algo perteneciente al pasado que finalmente seguirá su propio curso. Los americanos están abastecidos. Joder, estoy harto de políticas energéticas que confían en países del tercer mundo, la mitad de los cuales preferirían vernos muertos.

»Los coches eléctricos y las células de combustible de hidrógeno no son más que quimeras. De acuerdo con la universidad de California, se necesitan más de mil cien galones de hidrógeno gaseoso para igualar la energía de un solo galón de gas. Hay setecientos millones de vehículos alimentados por combustión interna en el planeta... ¿Alguien cree de verdad que las células de combustible son la respuesta?

Ace deja de garabatear, completamente atento ahora al ponente.

—Señor presidente, camaradas miembros del comité, tenemos un grave conjunto de problemas frente a nosotros... Una economía mundial en decadencia, empujada hasta el borde del precipicio por el repentino final de la era de los combustibles fósiles. Hay doscientos millones de chinos muriéndose de hambre, y la sequía está asolando muchas áreas del planeta. Si queda por aquí alguien de la administración Bush que piense que la guerra de Irak tuvo algo que ver con el 11-S y las armas de destrucción masiva, tengo unos terrenos pantanosos de excelente calidad en Scranton que estoy deseando vender. No, amigos míos, el señor Futrell tiene razón. O afrontamos este problema como un país y un planeta unido, o terminaremos aniquilándonos los unos a los otros para asegurarnos la última gota de petróleo, el último acre de comida, la última reserva de agua. ¿Cómo podemos evitar esto?

Ahorrando. El presidente Carter predicó el ahorro en 1973 cuando la OPEP decidió atarnos en corto y cortar el grifo, pensando que podían dictar una política exterior para América, y el cambio fue notorio. Bueno, ¿no es eso lo que está ocurriendo ahora? Mis colegas republicanos podrían afirmar, correctamente, que podríamos volver a la administración Ford, cuando el vicepresidente Rockefeller lanzó un plan para desarrollar las fuentes de energía alternativa. Por supuesto, Dick Cheney ayudó a desbaratar esos planes hace treinta y cinco años, y él y sus amiguetes se han beneficiado mucho de esas políticas desde entonces. Pero ahora es nuestro turno, y todos nosotros somos responsables. En este planeta somos seis mil millones de personas, y ya no tenemos capacidad energética para abastecer nuestras necesidades. Tenemos que poner fin a las guerras en Afganistán e Irak, porque ya no podemos permitirnoslas ni desde el punto de vista económico ni desde el energético. Y sobre todo, tenemos que aceptar el hecho de que ya no podemos mantener el nuevo crecimiento. Eso quiere decir, compañeros demócratas, que el imperio americano debe reducirse... así como el resto del mundo. O aceptamos ese hecho, o terminaremos hundiendo este bote salvavidas al que llamamos Tierra, y ahogándonos juntos. Es nuestra responsabilidad, como funcionarios electos, planear medidas radicales que conserven nuestros recursos, así como potenciar las granjas solares y eólicas, y cualquier otro medio que podamos permitirnos, para salvaguardar tanto petróleo como podamos para la alimentación y el transporte.

»Estoy seguro de que entre nosotros hay gente que no está interesada en hacer reducciones ni en sacrificarse. Prefieren ir a la guerra. Debemos unirnos contra estos psicópatas del poder, o hacer frente a sus soluciones: guerra nuclear, ataques biológicos, genocidios... o la eliminación de las clases bajas a través de hambrunas sistemáticas. Una cosa está clara: cuando las luces se apaguen y no haya comida en el supermercado, todas las personas de esta sala serán culpables.

Ace Futrell no puede evitar una sonrisa de admiración. Por fin un político, quizá un candidato presidencial, con cojones para enfrentarse a los peces gordos.

«Es una pena que no tenga ninguna posibilidad.»

---

«La vida es aquello que te va sucediendo mientras estás ocupado haciendo otros planes.»

John Lennon.

«El Centro de Control de Tráfico Aéreo de Washington sabía del primer avión antes de que éste golpeará el World Trade Center. Aun así, el tercer avión pudo volar haciendo ochos sobre Washington D.C. una hora y cuarenta minutos después de que

el centro de Washington fuera informado de los secuestros. Después de volar en círculos en este restringido espacio aéreo, controlado y protegido por el Servicio Secreto, que tenía una línea telefónica abierta con la AAF, ¿cómo es posible que este avión pudiera estrellarse contra el Pentágono? ¿Por qué no fue evacuado el Pentágono? ¿Por qué tardó tanto en responder nuestra Fuerza Aérea? ¿Qué hizo nuestro país aquella mañana, en una postura militar defensiva?»

Kristen Breitweister, viuda del 11-S, en un testimonio prestado ante el Comité de Inteligencia del Senado, el 18 de septiembre de 2001.

«El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.»

Apocalipsis 8:8

## Capítulo 4

AURORA, ILLINOIS

12 de diciembre de 2011

8:03 RM. CST

—Unidad Uno en posición.

—Unidad Dos en posición.

—Recibido. Vamos a entrar. —El teniente Dvorak hace un gesto de asentimiento a sus policías. El oficial al mando abre el apartamento 2-D, y el segundo y tercer hombre entran despacio, con las armas y las linternas preparadas.

Un examen rápido del apartamento de dos habitaciones confirma que los ocupantes han abandonado el lugar. Dvorak entra, seguido de otro policía que lleva un kit de forense. Mira alrededor.

El salón, que tiene forma de L, y la zona del comedor son pequeños. Una televisión de plasma de treinta y tres pulgadas está colocada sobre una pared desnuda, frente a un sofá de segunda mano. La lámpara del comedor cuelga sobre un suelo vacío. El balcón, con vistas al aparcamiento, está cubierto por cortinas marrones. La cocina está llena de envases vacíos de comida rápida.

—Teniente, hemos encontrado algo.

Dvorak se dirige a las habitaciones y entra en el dormitorio principal. Uno de sus policías ha levantado el colchón, dejando a la vista el somier... y un ordenador portátil.

TABERNA DEL RESTAURANTE GREEN

Nueva York

8:03 P.M. EST

El comedor está abarrotado, y en su cálido aire circula el aroma de la sopa de langosta y del filet mignon. Las mesas están ocupadas por clientes embutidos en jerséis que almuerzan entre un mar de abrigos, paquetes, delicados cuadros y candelabros. Las heladas ventanas brillan con las luces navideñas, y todo se multiplica en un frenesí de cristal grabado y espejos.

Ace serpentea entre los clientes y camareros mientras se abre paso por el pasillo de espejos hasta la Sala Castaño, uno de los tres comedores con vistas al jardín central.

Kelli Doyle está sentada, sola, en una mesa para dos, mirando su reflejo en un enorme reloj de arena. Lo que queda de su cabello rubio, que una vez fue espeso y rizado, se ha reducido a mechones resacos escondidos bajo una peluca, recogida en



una cola de caballo. Su debilitado cuerpo se desploma contra la silla tapizada, buscando un equilibrio contra el dolor. Aún tiene la piel marcada por los abrasantes residuos de la quimio, que quemó el cáncer, al igual que todo lo demás con lo que el claro elixir tuvo contacto.

Mira la tenue decoloración del interior de sus brazos... marcas de las quemaduras de su cuarto y último ciclo. La quimioterapia es una carrera de resistencia contra la muerte en la que el cuerpo se come a sí mismo desde el interior, mientras la mente sale y entra de la demencia, un proceso interrumpido sólo por espasmódicos episodios de vómito. Lo único que la ha mantenido adelante ha sido su autodeterminación, la moralidad de sus elecciones ha sido la que le ha dado una nueva fuerza. Lo que no te mata...

—Hola, desconocida. —Ace sonrío a su esposa, pero no obtiene respuesta—. ¿Kel?

La frágil rubia levanta la mirada y en su delgado rostro aparece una sonrisa.

—Hola. —Se levanta y casi se desploma entre los brazos de su marido—. Has estado lejos tanto tiempo...

—Pero ahora he vuelto a casa para quedarme. ¿Y bien? ¿Qué ha dicho el doctor Eastburn?

Sus ojos brillan.

—El hemograma es normal. Está remitiendo.

Ace la abraza de nuevo, sintiendo cómo se clavan las costillas de su esposa bajo su abrazo. La batalla de Kelli, que ha durado dos años, ha hecho mella emocional en ella, el vivir siempre con la incertidumbre. La remisión... es una pena de muerte conmutada.

—Ace, cariño, ¿estás bien?

Ace se aparta, y el grueso jersey de lana de Kelli deja pelusas en su sombra de barba.

—¿Que si estoy bien? Acabas de darme el mejor regalo de Navidad que un tipo como yo podría esperar.

—Siéntate, hay más. —Busca en su bolso y saca un sobre que coloca sobre la mesa—. Feliz navidad.

Secándose una lágrima pérdida, se quita el abrigo y acerca su silla a la de Kelli.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Ace abre el sobre y mira fijamente los billetes.

—¿Un crucero?

—A las Bahamas. Sólo tú y yo. Mi madre dice que ella cuidará de los niños.

—¿Estás lo suficientemente fuerte para viajar?

—Me las apañaré. Necesito salir un poco.

—Ambos lo necesitamos.

Kelli estudia su expresión.

—¿Qué ha pasado en Washington?

—Nada.

—Mentiroso. Lo contaste todo, ¿verdad? Sabía que lo harías. ¡Bien por ti!

—No ha servido para nada. La mitad de mis comentarios fueron eliminados de la emisión pública, y la otra mitad refutados por los senadores que están siendo financiados por el lobby petrolero.

—Quizá yo pueda ayudarte a entregar el mensaje. —Aprieta la mano de su marido—. Ace, he escrito un libro.

—¿Un libro? ¿Qué clase de libro?

—Unas memorias que lo cuentan todo.

Su corazón da un salto.

—¿Cosas de la CIA, o de los días en la Casa Blanca?

—Ambas. Principalmente, me concentro en el periodo que pasé trabajando en la sucursal de Apoyo Estratégico.

—Nunca me has contado demasiado sobre aquello.

—Apoyo Estratégico era el brazo de espionaje clandestino del Pentágono, y fue creado por Rumsfeld y Cheney después del 11-S. Básicamente, éramos un ala independiente de Operaciones Especiales que no tenía supervisión del Congreso. Cheney nos usaba como si fuéramos sus asesinos privados.

—¿Tú has matado a alguien?

—Yo, personalmente, no, pero mis manos están manchadas de sangre. Todo aquello fue una iniciativa conservadora impulsada por Dick Cheney, que creía que la Irán-Contra fracasó sólo porque la CIA y el Pentágono estaban involucrados y el secreto no pudo mantenerse.

—A esos tipos no les importaba un comino la Constitución ni la ley, ¿no?

—Digamos que tenían una visión muy concreta del modo en el que el Medio Oriente debía ser reordenado, e Irak era sólo el principio. Apoyo Estratégico permitió que los neo-conservadores operaran en secreto, fuera de la jurisdicción de la CIA. Justo después de que Cheney abandonara el poder, me hicieron encargada de la organización de un... Bueno, llamémosle plan de contingencia de Medio Oriente. Es suficiente con decir que no era algo bueno.

—¿Cómo era de malo?

Ella lo mira directamente a los ojos.

—Tan malo como es posible.

Ace siente que su vello se eriza.

—¿Y estás segura de que quieres hacer pública esa información?

—Mi alma ya está manchada, Ace. No me di cuenta de ello hasta que empecé a

estudiar la Cábala. El cáncer... su causa y efecto. Estas memorias serán un modo de advertir a la gente, de exponer el complot antes de que suceda lo que nunca debería ocurrir.

—¿Qué complot?

—No puedo contártelo.

—¿No puedes contármelo, pero vas a publicarlo?

—Sí... Es decir, no, no voy a publicarlo... voy a distribuirlo en Internet. Pero no puedo hacerlo aún. Todavía estoy reuniendo detalles. Llevo fuera de juego los últimos ocho meses.

—Entonces, ¿cómo sabes que aún está ocurriendo?

—Por la misma razón por la que tú sabes que nos estamos quedando sin petróleo. Estás en las trincheras... oyes cosas. Para poder hacer lo que quiero hacer, voy a necesitar tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Contra Apoyo Estratégico, contra los neoconservadores? ¿Contra la industria de combustibles fósiles al completo? —Ace se masajea el creciente dolor de sus sienes—. Kelli, no soy Supermán, sólo un tranquilo Clark Kent, un tipo normal que intenta sacar adelante a su familia.

—Cada Clark Kent lleva un Supermán en su interior.

—¿Más Cábala?

—No te rías. Esa ha sido mi cuerda de salvación. Y no cambies de tema. Te conozco, Ace. Estás tan cansado de esos políticos inútiles como yo. ¿Cuántas veces has testificado ante el Congreso? ¿Cuántas veces los has advertido? El sistema se ha roto. Y nos hundirá con él... a menos que actuemos.

—¿Y cómo propones exactamente que hagamos eso? Los federales poseen los bancos, los bancos se van a la cama con las grandes petroleras, los neoconservadores se van a la cama con los funcionarios de defensa, que a su vez se acuestan con los medios de comunicación... Y el resto del mundo está haciendo cola para acostarse con el rey Sultán. Elimina a Sultán, y encontrarás otros quinientos reyes haciendo cola, con dagas envenenadas, para ocupar su lugar, respaldados por casi un trillón de dólares en activos saudíes, un cuarto del petróleo que queda en este planeta, y, oh, sí, ¿he mencionado a la Casa Blanca? ¿O también vas a reescribir sesenta años de política estadounidense en tus memorias?

—Admito que es todo un desafío.

—No, ir a la luna fue un desafío. Esto es más parecido a una masacre.

—¿Como lo de tu primer partido? ¿Georgia-Tennessee?

—Ahórrate el discurso.

—Menudo partido. Primero Gary Archer se rompe la pierna, después la defensa se derrumba, y el entrenador se ve obligado a sacar al quarterback suplente, Clark Kent.

—Vale, ya es suficiente.

—Perdíais diecisiete a tres, y la defensa de los Vol te atacaba en cada jugada. Ace, te lo juro, tenías a tantos tipos persiguiéndote que parecía una fuga de prisión. El juego estaba terminado, y todos los que estábamos en el estadio Sanford lo sabíamos... excepto mi hombre. Cada vez que te tumbaban conseguías levantarte, dando palmadas y gritando, animando a las tropas.

—En serio, si lo que pretendes es una noche de sexo, conmigo ya la tienes asegurada.

—Entonces todo cambió. Tercera base, y desde la nada, ¡boom!, echas a correr... cincuenta y dos yardas... ¡primer down! Ni siquiera lo vieron venir, al flacucho chico blanco de West Virginia.

—Yo no era flacucho.

—Otra carrera, otro primer down, y dejaste a la defensa de Tennessee tiritando. La cobertura sobre tus compañeros se alivió, Mark se quedó solo detrás, y tú lo clavaste con un láser de treinta yardas... ¡touchdown! Todo el mundo se volvió loco, pero tú eras la calma en la tormenta, porque viste todo aquello antes de que ocurriera. El público volvió a implicarse en el juego, nuestra defensa aguantó, y tú conseguiste la pelota de nuevo. A veinte segundos del final aseguraste el partido. Nos resucitaste de entre los muertos.

—Perdimos en la prórroga.

—Yo creo que el esfuerzo de un hombre contra los pronósticos no sólo cambió el partido, sino que cambió la temporada. El equipo, de repente, creyó en sí mismo de nuevo, y conseguisteis llegar a la Orange Bowl. No es poco. No tuviste miedo. Y yo adoraba esa parte de ti.

—¿Adorabas?

—Adoro. Quería decir adoro.

—Ambos sabemos lo que querías decir. —Se mira las mangas y las tres pequeñas cicatrices blancas que atraviesan el interior de sus muñecas. Cinco centímetros de largo. Veintitrés años de edad... su letra escarlata.

—Supongo que todos los Supermán tienen su kriptonita, ¿eh, Lois?

—Ace... No pretendía...

—Sí, lo pretendías. Has dicho todo lo que ha cruzado ese confabulador cerebritito tuyo, y has pretendido decir todo lo que has dicho.

Se apartan el uno del otro cuando el camarero los interrumpe,

—Buenas noches, señor. ¿Desea algo para beber?

—Arsénico. Deje la botella.

Kelli le lanza una mirada.

—Coca-cola.

—¿Señora?

—Otro botellín de agua, por favor.

El camarero se marcha.

—Ace...

—Eso fue hace mucho tiempo, Kelli, una vida entera. Las cosas cambian. Yo no soy la misma persona, esto no es un partido de fútbol, y no hay ninguna «S» en mi pecho. Cuéntaselo a la gente equivocada, y las balas empezaran a volar... y éstas vendrán del lado americano de la ecuación.

—Tengo algo en mente.

—Y yo te he dicho que no estoy interesado. —Se frota los párpados—. Mira, estoy cansado. Ambos lo estamos. Ahora mismo, lo único que quiero es que estemos juntos.

—Eso no funciona así. Tengo acceso a información que podría cambiar las vidas de un montón de personas. Tengo una responsabilidad...

—Mi primera responsabilidad es mi familia.

—Con más razón...

—Joder, Kelli, ¡he dicho que no!

Ace aparta la mirada.

Kelli mira a su marido.

«Quizá estaba equivocado. Algunas cicatrices son tan profundas que nunca desaparecen.»

Kelli coge su mano.

—Oye, lo siento.

—Nunca sabes cuándo parar.

—He dicho que lo siento. ¿Vas a estar de morros toda la noche?

—Esto es peligroso. Debido a mi pequeña diatriba en Washington, van a vigilarme de cerca. Y, técnicamente, tú aún eres parte de la maquinaria de Cheney.

—Exactamente. Sé dónde están escondidas las minas, y dónde están enterrados los cuerpos.

—No vamos a seguir discutiendo eso, fin de la historia.

Los ojos de Kelli se endurecen.

—No, Ashley Futrell, déjame decirte cómo va a terminar de verdad la historia. Van a pasar cosas. Cosas malas. Cosas como las que ocurrieron el 11-S, pero a una escala distinta. El mundo se ha convertido en un yesquero, y hay gente en ambos bandos de la ecuación tirando cerillas.

—Y a alguna de esa gente tú y tu prima los ayudasteis a llegar al poder.

—Ya me he declarado culpable, y ahora quiero hacer algo al respecto. Algo radical. El reloj está avanzando, Ace, la cuestión es... ¿Estás preparado para volver al partido?

\*\*\*

Una hora después están en el exterior, respirando el frío aire de invierno. El aperitivo de conversación ha convertido su cena en algo desagradable, y apenas han hablado una palabra durante el plato principal.

Ace levanta el brazo para llamar un taxi.

—No, caminemos, por favor.

Se dirigen al norte, con Central Park a su derecha. La noche bulle con el tráfico de Manhattan y las luces festivas.

—Ace, siento haber estropeado la noche. Es sólo que... he estado pensando en cosas.

—Ya lo veo. Es una pena que no pensaras en esas cosas mientras trabajabas para Dick y Rummy.

—Ya basta. —Bloquea su camino—. Basta de golpes bajos esta noche, ¿de acuerdo? Vamos a pasar juntos esta noche. Arreglaremos el resto por la mañana.

Ace ve la urgencia en sus ojos.

—Vale. Basta de peleas.

Ella señala al otro lado de la calle, a la esquina noroeste de la 72 y el edificio Dakota.

—Ahí fue donde dispararon a John Lennon. Demos un paseo por el parque. Quiero ver el monumento conmemorativo.

Antes de que Ace pueda hacer alguna objeción, ella ya está dirigiéndolo hacia el este, a través de Central Park. Siguen un estrecho camino que se abre a un claro, un jardín estéril por el frío. Un mosaico compuesto por piedras de todo el mundo yace ante ellos, un tributo al músico y activista de paz. La palabra Imagine es visible bajo la luz de la luna.

Dos mujeres están dejando flores, colocándolas entre otras que se han acumulado desde el último aniversario de la muerte de Lennon, sólo una semana antes. Las mujeres asienten a Ace y Kelli, y después se alejan por el camino.

Ace mira el monumento.

—Todavía puedo recordar el día que murió.

Kelli aprieta su mano.

—Tuvo la idea correcta. ¿Qué crees que haría Lennon si estuviera vivo todavía? ¿Crees que se mantendría firme? ¿Se mudaría a Montana?

—Seguramente daría un concierto y haría que la gente se concienciara. Organizaría un mitin político, o algo así.

—¿Crees que conseguiría algo?

—No lo sé. Quizá contra Nixon tendría una oportunidad, pero no contra estos tipos. Tienen las raíces demasiado profundas.

Kelli se acerca más.

—Ace, el único modo de evitar que la sociedad caiga por el precipicio es un

cambio radical. Piensa en ello.

Antes de poder responder, Kelli se inclina y lo besa apasionadamente, sorprendiéndolo.

Después de un largo momento se aparta y lo abraza, con lágrimas en los ojos.

—Te quiero, Ace. Sé que has estado sufriendo, y sé que lo que pasó hace años te ha cambiado, pero la fuerza que te hacía especial... está aún en tu interior, esperando para salir. Sé que suena cursi, pero ¿no es el momento de que encuentres el camino de vuelta a casa?

Ace empieza a responder cuando las sombras se mueven, atrayendo su atención.

El hombre es alto, al menos de uno noventa y cinco. Alto y delgado. Lleva un chubasquero oscuro y las manos enterradas profundamente en los bolsillos. Sus ojos oscuros y sus cejas espesas son apenas visibles bajo el gorro de nieve de lana de los N.Y. Giants. Bien afeitado. Europeo.

El pelo se le eriza cuando el desconocido se acerca. Un intenso olor a aftershave llega primero, seguido por palabras que se deslizan tras un resto de acento ruso.

—Nunca fui fan de los Beatles, ¿sabéis? Me gustaban más los Rolling Stones.

Una falsa sonrisa.

Un cegador destello de luz, acompañado de un doble chasquido en el gélido aire de diciembre, y el sonido se silencia.

La frágil mano de Kelli se suelta del abrazo de Ace. Él la sostiene mientras cae, con la mente a mil por hora. Todo se mueve de modo surrealista y su pulso es un atronador sonido de tambores en sus oídos. La dolorida expresión de su amada queda congelada en el tiempo. Sus ojos, instintivamente, buscan al extraño (desaparecido) incluso mientras un constante hilo de sangre se desliza entre sus dedos, calentando la mano con la que sujeta la espalda de su agonizante esposa. Presiona su rostro contra su mejilla mientras la sangre sube por su laringe, ahogando sus últimas palabras.

Un último latido... y ella muere.

Ace amordaza sus emociones, incapaz de comprender lo que acaba de pasar... lo que está aún pasando. La realidad explota. Hace añicos la noche con un grito gutural, y es incapaz de apartarse del cuerpo roto de su esposa. Sus gritos refutan al huido asesino, maldiciéndolo, enfureciéndose, con el alma rota y su existencia sumida en una tormenta de locura, en un abismo tan profundo que nunca encontrará el camino de vuelta a casa.

Para Ashley Futrell, «Ace», el tsunami acaba de llegar. El mundo tal como lo conocía ha desaparecido... y nunca volverá a ser el mismo.

---

«Nuestra sociedad está dirigida por dementes con objetivos demenciales. Creo que estamos siendo gobernados por maníacos con fines maníacos, y creo que es

probable que se me tome por loco por expresar esto. Ésta es la verdadera locura de todo esto.»

John Lennon.

«Un anteproyecto (Reconstrucción de la Defensa de América) escrito en septiembre del 2000 por el comité de expertos neoconservadores, Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, fue aprobado por Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush y Lewis Libby. El plan muestra que el gabinete de Bush pretendía tomar el control militar de la región del Golfo estuviera o no Saddam Hussein en el poder.»

Michael Meacher, MP, ministro de Medio Ambiente de Inglaterra (1997-2003), extracto de

«La guerra contra el terrorismo es una falacia»,  
The Guardian, 6 de septiembre de 2003.

«¿Cómo es posible que el Pentágono fuera atacado una hora y veinte minutos después de que comenzaran los ataques? ¿Por qué no hubo respuesta de la base de las fuerzas aéreas Andrews, a sólo dieciséis kilómetros de distancia, y sede de la Guardia Aérea Nacional, responsable de la defensa del cielo sobre la capital del país? ¿Cómo consiguió Hani Hanjour, un hombre que fracasó como piloto de Cessna en su primer vuelo en un Boeing, ejecutar una difícil maniobra acrobática para golpear el Pentágono? ¿Por qué golpeó el ataque el ala recién renovada, que estaba casi vacía y no alojaba ninguna dependencia principal?»

911TRUTH.ORG



# Capítulo 5

FBI - OFICINA CENTRAL DE CHICAGO

S. Canal St.

15 de diciembre de 2011

1:37 P.M. CST

Ubicada en el edificio de la aduana americana en el centro de Chicago, la división del FBI de Chicago está compuesta por treinta y seis equipos dispuestos para la investigación de contrainteligencia y terrorismo, así como del crimen organizado, de los delitos relacionados con drogas, de los crímenes violentos y de los delitos de guante blanco. En sus modernas instalaciones también está localizado el Laboratorio Regional de Informática Forense (LRIF), que se ocupa de examinar y analizar ordenadores y sistemas relacionados con el terrorismo, la pornografía infantil y el resto de formas de delitos cibernéticos.

La ciencia informática forense es la disciplina que adquiere, preserva, recupera y presenta los datos criminales que han sido procesados electrónicamente. Ahora que los ordenadores personales han aumentado su capacidad de almacenamiento de treinta a sesenta gigabytes (treinta gigas de datos impresos crearían un montón de papeles de sesenta pisos de altura), los nuevos métodos de entrenamiento deben combinarse con la tecnología para ayudar a los examinadores a determinar qué archivos son críticos, sobre todo teniendo en cuenta las limitaciones temporales y las imposiciones judiciales.

De los siete examinadores forenses que existen actualmente en el LRIF de Chicago, Steven Klemz ha sido el último en incorporarse. Klemz ha sufrido seis semanas de instrucción, y más de dos meses ocupándose sólo de historiales de conversación y pornografía en Internet. Hace tres días, su director, Adrian Neary, le entregó el ordenador que habían confiscado en el apartamento de los sospechosos iraquíes. De repente, la vida del joven empleado había cobrado sentido. Le habían dado una oportunidad. Estaba en el juego: contraterrorismo.

El tiempo era lo primordial... el director Neary quería devolver el ordenador al apartamento de los sospechosos, que estaba siendo vigilado por el departamento de policía local. La primera acción del agente Klemz había sido copiar los documentos del portátil a una SAN. Abreviatura de Storage Area Network, Red de Áreas de Almacenamiento. Básicamente, el programa es un sencillo depósito usado por los examinadores para descargar grandes cantidades de datos.

Una vez que tuvo los datos copiados, Klemz comenzó a ordenar los documentos y los mensajes de correo electrónico, usando un programa para traducir del árabe al inglés. Se negaba a dejar las instalaciones, comía en su escritorio y echaba siestas de

una hora cuando el agotamiento lo golpeaba. Aun así, seguía adelante, construyendo un perfil de los individuos a través de los sitios web que visitaban y de su correspondencia electrónica.

Ambos sospechosos nacieron en Irak. Jamal al-Yussuf era chiita y vivía en Bagdad. Era artista y había estado haciendo cursos de diseño gráfico. Además era fotógrafo, y su portfolio on-line era oscuro y descriptivo: amputados yaciendo en calles cubiertas de polvo, policías armados con ametralladoras, explosiones lloviendo sobre vecindarios civiles mientras el bombardeo arranca trozos de estuco. A través de los blogs y los mensajes de correo electrónico interceptados, el agente Klemz había descubierto que Jamal había perdido a su padre y a su abuela en los primeros asaltos aéreos de la invasión de 2003. Su hermano de once años, Kudair, había sido herido por la metralla de un coche bomba, y Jamal había llevado al chico en brazos tres kilómetros hasta el hospital. Describía, con espeluznante detalle, que el hígado del chico se salía de entre sus dedos por la herida que tenía abierta en el abdomen. Su pequeño hermano había muerto en la sala de espera.

Omar Kamel Radi era sunita y alto, un poco más de uno noventa y ocho. Había sido portero de fútbol en Haditha, un pueblo agrícola junto al río Éufrates, y esperaba jugar en el equipo nacional. Después de la invasión estadounidense, el barrio de Omar se había convertido en un campo de batalla entre las tropas americanas y los insurgentes iraníes. Una explosión al borde del camino destruyó la casa de su familia, y había dos niños documentados entre los muertos. Los militares no ofrecieron detalles del suceso ni del recuento de muertos.

Dos civiles. Dos hombres con un motivo... su propio tormento personal, desencadenado por la invasión americana.

El agente Klemz perdió su entusiasmo por el proyecto. Dejó de leer los mensajes y permitió que el programa ordenara la correspondencia usando palabras clave. Aquella noche se iría a casa, comería algo caliente y dormiría en su propia cama.

«Debería llamar a mamá...»

La parpadeante alerta roja atrae su atención... se ha detectado un archivo de vídeo codificado. El agente Klemz avisa al director, sin apartar los ojos de la pantalla mientras el ordenador del laboratorio resuelve los códigos de encriptación y abre el archivo.

Bien afeitado, y con cicatrices de la cabeza a los pies, el director del FBI en Chicago, Adrian Paul Neary, había pasado sus primeros diecisiete años en el FBI trabajando como agente de campo junto a la brigada antidroga, pero después de que tres sospechosos armados con alambre de espino lo acorralaran, se había visto obligado a aceptar un trabajo de oficina. El cuerpo del director del FBI aún mostraba las señales del ataque, incluyendo una cicatriz de seis centímetros y medio en su barbilla que pasaba claramente sobre su labio.

Neary se une al agente Klemz en su despacho, y los dos hombres miran el vídeo.

La escena de apertura, tomada por una cámara de mano, es una clase de escolares árabes de entre cinco y siete años de edad... cantando una canción. Neary escucha atentamente. Traduce: «Los árabes son amados, y los judíos son perros».

—¿Esto es lo que enseñan a sus hijos?

—Los adoctrinan en el odio a edades muy tempranas.

La escena cambia hasta una ceremonia de graduación. Hombres-bomba, con los rostros cubiertos por máscaras negras y chalecos llenos de explosivos plásticos corean en árabe: «Muerte a América, muerte a Israel».

Neary agita la cabeza.

—La psicosis del odio.

La siguiente escena es mucho más perturbadora. Una pequeña niña palestina sostiene una pistola Glock de nueve milímetros mientras canta ante el pequeño público reunido: «¡Quiero morir por Shaleed! ¡Quiero morir por Shaleed! ¡Quiero morir por Shaleed!».

El agente Klemz niega con la cabeza.

—No es mayor que mi sobrina de siete años. ¿Qué están enseñando a esos crios?

—A morir por Alá.

Uno de los sospechosos, Jamal al-Yussuf, aparece a continuación, vestido con ropa de combate. Está solo en una habitación de paredes desnudas, con un catre visible en una esquina. Sin mirar a la cámara, se arrodilla para orar. Hace una reverencia. Se vuelve para mirar a la cámara con un objeto en la mano.

Es el cráneo de un niño.

El agente Klemz se estremece.

Al-Yussuf recita algo ante la cámara.

Neary traduce: «Llamamos a las puertas del cielo con las calaveras de los judíos... con las calaveras de los americanos».

—Encantador.

Neary da una palmadita en el hombro a su compañero.

—Emite una orden de busca y captura. Quiero que encuentren a esos dos.

«Todos los partidos políticos de América cometen errores abismales en lo que se refiere a la energía y a la economía. No pueden dar malas noticias a la gente y suprimen a aquellos que lo intentan. De hecho, creo que ya no tenemos tiempo para un acercamiento al estilo Jefferson; deberíamos tirar todas estas arcaicas estructuras políticas, palabras de moda e ideologías por la ventana y comenzar con una hoja de papel nueva. Hemos entrado en un nuevo paradigma humano. Servía y sirve de poco seguir perfeccionando el gobierno y la filosofía de la Época Industrial en esta nueva era.»

An American Energy Policy, de Michael C. Ruppert.

«Varias agencias extranjeras aliadas informaron con todo detalle al gobierno de los Estados Unidos de un próximo ataque, detalle que incluía el tipo y los posibles objetivos del ataque, el nombre de la operación (la Gran Boda) y los nombres de ciertos hombres que más tarde serían identificados entre los perpetradores. Varios individuos estuvieron en posesión de conocimientos concretos por adelantado, y algunos de ellos intentaron advertir a los Estados Unidos antes del 11 de septiembre. Algunas importantes personas recibieron advertencias para que no volaran durante la semana anterior y el día 11 de septiembre.»

911TRUTH.ORG

«El mayor enemigo de la verdad, muy a menudo, no es la mentira, deliberada, artificial y deshonesto, sino el mito, persistente, persuasivo y poco realista.»

Presidente John F. Kennedy.

Extracto del libro: Al borde del infierno:

Una disculpa a los supervivientes

por Kelli Doyle,

Consejera de Seguridad Nacional  
de la Casa Blanca (2002-2008)

Sinceramente, espero que esto os asuste.

Recuerdo el momento en el que me di cuenta por primera vez, el momento en el que fui consciente de que algo iba realmente mal. En un momento estás bien, con la mente consumida por las cosas más triviales, y al siguiente...

Esos primeros momentos son los más duros, aquellos en los que la mortalidad te golpea como una tonelada de ladrillos. «¿Cáncer? ¿Puede operarse? ¿Y la quimio? Bueno, entonces, doctor, ¿qué puede hacer?»

Y en cierto punto, a través de las lágrimas y de la congoja en el pecho, expulsas las palabras que nunca hubieras imaginado tener que pronunciar: «¿Cuánto me queda?».

Es duro escuchar la respuesta, quizá más duro que la sentencia de muerte en sí misma, porque, aunque el médico se equivocara, aunque errara por una semana, o un mes, o incluso un año, en realidad no importa... sabes que tu reloj está avanzando. Por supuesto, siempre ha estado avanzando; lo lleva haciendo desde tu nacimiento. Nacemos en un instante y morimos en un instante, y nuestra vida, nuestros preciados

momentos, quedan entre ambos, y, nos guste o no, nadie sobrevive a ello.

En lo que respecta a la mortalidad, ser humano es tanto una bendición como una maldición. Somos conscientes de los límites de la vida, y nos vemos obligados a procesar algo que nunca hemos comprendido totalmente. El primer estadio al enfrentarse a la muerte es la negación, una fase en la que entrarás tú mismo dentro de un momento. Esto progresa hasta la culpa, y luego hasta la rabia. Golpeas las paredes con los puños, le das una patada al perro y maldices a Dios, mientras te preguntas: «¿Por qué yo?». Al final, negocias y tratas de hacer las paces con tu creador, porque lo necesitas ahora más que nunca. Y si eres un luchador, luchas hasta el último momento.

Eso es lo que quiero que hagas. Quiero que luches. ¡Quiero que actúes! Porque el reloj está avanzando, y las campanas están doblando, ¡y doblan por ti! Están doblando por tus hijos, y por tus familiares y amigos, y por todos tus seres queridos y conocidos... por todos los seres humanos a los que conozcas, o hayas conocido, o nunca vayas a conocer. Este planeta lo compartimos seis mil millones de personas, y pronto (muy pronto), todos y cada uno de nosotros, excepto una pequeña élite, vamos a morir.

Esto es cierto, será una muerte masiva. Para la mayoría de vosotros sucederá gradualmente, tan gradual como meterse en una olla gigante de agua fría y encender el fuego. Al principio no sabrás que está pasando algo, y después, lentamente... lenta y dolorosamente, como un gotero intravenoso de quimio quemándote las venas, te darás cuenta de que, de esta sentencia de muerte, no hay escapatoria, de que el caos que te rodea no va a terminar, de que la comida que queda en tu frigorífico y en tus estantes no durará demasiado, y de que tú, y tu familia, vais a morir de hambre.

O de frío.

O seréis incinerados por un arma de cuyo impacto nunca habéis oído hablar. O sucumbiréis a un virus que nunca habías padecido. Estarás tan desvalído como las víctimas del tsunami que golpeó Indonesia el día después de la navidad del 2004, o como las almas perdidas del huracán Katrina, abandonadas sin comida ni agua en una inundada Nueva Orleans... Pero esta vez no habrá rescatadores, y la CNN no cubrirá el suceso, porque no habrá electricidad que alimente sus cámaras... ni tu televisor. Disparar al mensajero no ayudará. Llámame mentirosa, refutar mis advertencias, maldecir mi existencia... no va a cambiar nada. Los frenos se han roto, y la civilización está siendo distraída... está siendo instruida para mirar por el espejo retrovisor mientras nos lanzamos por el acantilado... Estás demasiado ocupado con las pequeñas cosas de tu vida para ver lo que está ocurriendo.

¡Abre los ojos! ¡Lee las señales! Ya ha comenzado... Los movimientos de apertura ya se han jugado en el gran tablero de ajedrez político:

La crisis del petróleo de 1973: el primer bocado de lo que está por venir.

Los años de la administración Reagan-Bush: la corrupción sonrío tras el movimiento.

Irán e Irak: una guerra diseñada para controlar temporalmente el centro del tablero.

La invasión de Kuwait por Saddam: la manipulación de un peón.

El crecimiento del fascismo islámico: un cáncer que se extiende en el mundo musulmán.

Las reuniones secretas sobre energía del 2001: nuestro camino hacia la autodestrucción, argamasado con avaricia.

La manipulación tras el 11-S: el sacrificio de un noble caballero.

La invasión de Afganistán: un amago de conquista en Irak... nuestro aciago descenso hacia el abismo.

La elección de Hamas, el engaño de Hezbolá: los tentáculos de Irán.

Intentos de golpes de estado. Elecciones amañadas. Leyes «para proteger al público» sacadas directamente de una novela de George Orwell...

El colapso de la economía global, primera parte.

La partida aún no ha terminado, pero el resultado se ha decidido hace mucho, y pronto caerá la última pieza, aunque no lo hará del modo en que los autoproclamados autócratas esperan. Cuando el castillo de naipes se derrumbe, todo el mundo perderá, y los mansos serán quienes hereden la tierra, o, al menos, lo que quede de ella. En cuanto a mí, para entonces llevaré mucho tiempo muerta, y aun así, el cáncer que atenaza mi cuerpo habrá sido una bendición disfrazada, porque me ha dado una fuerza nueva... Me ha dado perspicacia para poner en movimiento mi propia y pequeña serie de sucesos, la cual podría evitar parte del Armagedón que se cierne sobre nosotros, incluso quizá me ayude a recuperar mi alma.

Para mí es demasiado tarde. Para mis hijos, para mis seres queridos... para ti, doblo estas últimas campanas de advertencia: el final de la civilización, tal como la conocemos, está en el horizonte, un tsunami de muerte se acerca...

¡Y tú estás dormido en la playa!

---

«Por lo tanto, pedí al vicepresidente Cheney que supervisara el desarrollo de una fuerza nacional coordinada para que pudiéramos hacer el mejor trabajo posible protegiendo a nuestra gente de un daño catastrófico.»

Presidente George W. Bush, alterando un antiguo protocolo al colocar al vicepresidente a cargo de todos los programas y agencias federales que tenían relación con el terrorismo.

8 de mayo de 2001

(cuatro meses antes de los sucesos del 11 de septiembre).

«El ejército estadounidense y otras autoridades planearon, o realmente desarrollaron, una respuesta defensiva a todos los elementos del escenario del 11-S durante el año anterior al ataque... incluyendo secuestros múltiples, explosiones suicidas y un ataque al Pentágono. Los distintos ejercicios bélicos militares planeados con antelación, y desarrollados durante la mañana del 11 de septiembre, incluían simulaciones de una crisis aérea doméstica, de un avión estrellándose contra un edificio gubernamental y de una emergencia a gran escala en Nueva York. Si esto fue sólo una increíble sucesión de coincidencias, ¿por qué la investigación oficial evitó la cuestión? Existen pruebas de que los ejercicios bélicos crearon confusión sobre si los sucesos que se estaban desarrollando eran "reales o ejercicios". ¿Sirvieron los ejercicios bélicos como tapadera para un sabotaje a la defensa aérea y/o a la ejecución de un "trabajo desde el interior"?»

911TRUTH.ORG

«El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.»

Apocalipsis 8: 10-11

# Capítulo 6

CAPILLA DEL CEMENTERIO GRAMERCY

Nueva York

16 de diciembre de 2011

10:22 A.M. EST

El barnizado féretro de nogal descansa austeramente sobre su carro con ruedas de acero. Su presencia es un agujero negro emocional que arrastra el alma de Ace. Sus entrañas tiemblan ante el peso del objeto... no podrá soportar estar en su presencia mucho más tiempo, ni contemplarlo junto a la tumba cuando su mujer sea bajada hasta su lugar de descanso final. Demasiado débil para moverse, continúa sentado en el lugar de honor que le han designado, con su brazo izquierdo abrazando de modo protector a su hijo de ocho años, Sam, y su mano derecha entre las manos de su hija de trece años, Leigh. Los padres de Kelli, Sharon y Bruce, están sentados detrás de él, junto al abuelo de Kelli, Fitch. Ace nota la fuerza de estas presencias, aunque en su interior sigue siendo una isla de furia abrasadora.

Desde su asiento ve a la prima hermana de Kelli, Jennifer Wiener, ocupando la precedencia. Durante años, las dos habían sido conocidas en los círculos internos de Washington como Butch y Sundance, sobrenombres cariñosos asignados por el estratega político más importante del partido republicano, Karl Rove, que a su vez era llamado Flor de Estercolero [17] por el segundo Bush que consiguió llevar al poder. Kelli, por supuesto, era «Butch», una antigua analista de la CIA que fue ascendida en el 2002 a supervisora de la región del Golfo en el Consejo de Seguridad Nacional. Jen era «Sundance», una estratega de campaña que fue entrenada por Rove para supervisar los «puntos calientes» de las elecciones, los escaños que eran vitales para que el partido republicano mantuviera el control de las Cámaras. Después de las elecciones de 2006, Jennifer había dejado la política y había aceptado un bien pagado puesto en una importante compañía farmacéutica especializada en vacunas contra el virus de la gripe. Como su prima, Jennifer sabía dónde estaban escondidas las minas, y dónde estaban enterrados los cuerpos... y el tesoro.

Ace observa a Jennifer mientras ésta guía a los invitados, aceptando sus condolencias.

Divorciada, y recién entrada en los cuarenta, Jennifer tiene casi la misma edad que su fallecida prima, y está cortada por el mismo patrón. Saluda a cada asistente como si estuviera cerrando un trato.

—Jen, represento a Monsanto. La junta envía sus condolencias y me ha pedido que te pregunte si la policía ha pillado ya a ese bastardo. Si hay algo que podamos hacer...



—Jennifer, ¿cómo lo llevas? Katherine envía todo su cariño. No ha podido venir por el juicio, ya sabes, pero dice que te llamará la semana que viene para hablar sobre la financiación de una carrera hacia el Congreso en su nuevo estado. Las cosas en Florida no salieron bien... a pesar de que trabajó muy duro.

—Señorita Wiener, lamento su pérdida. ¿Me recuerda? Laura Whisenant. Trabajamos juntas en la campaña del 2002 de Saxby Chambliss. El viejo Max Cleland nunca llegó a enterarse de quién lo había derrotado.

Trajes negros, rostros sin nombre. Lágrimas de cocodrilo y sonrisas de gato de Cheshire... Todo el mundo estaba estableciendo contactos.

Ace lo ve todo. Esconde lo que siente, añadiéndolo a la rabia que alimenta su fuego.

—Usted es el marido, ¿verdad?

Levanta la mirada y evalúa al representante de Monsanto que, de algún modo, ha conseguido escabullirse de Jennifer para invadir su isla de dolor privada.

—Uno de los miembros de nuestra junta, Owen Hollifield, me ha pedido que le diera personalmente sus condolencias. El señor Hollifield trabajó con el señor Rumsfeld en 1977, cuando era consejero delegado en J. D. Searle. Trabó amistad con su esposa años después, cuando...

—Gusano.

El hombre le dedica una media sonrisa nerviosa.

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

—¿Es que estás sordo? Te he llamado gusano. Eso es lo que eres, ¿no? —Los ojos de Ace se clavan en la media sonrisa, provocando que aparezcan gotas de sudor en la frente del hombre.

Sintiendo una perturbación en su universo, Jennifer se acerca a la inminente tormenta.

—Señor, si he dicho algo que...

—¿Sabías que tu colega, Rumsfeld, fue contratado por J.D. Searle sólo para que usara su influencia política en Washington y coaccionara a la FDA [\[18\]](#) para que aprobara el aspartamo, a pesar del hecho de que todos los estudios legítimos demostraron que provocaba tumores cerebrales en las ratas, además de otros muchos problemas de salud? Los científicos de la FDA se negaron y formaron un jurado indagatorio contra J.D. Searle por presentar resultados falsos. Pero eso no detuvo a Rummy...

Jennifer se coloca entre ambos.

—Ace, déjame ocuparme de esto...

—En lugar de eso, esperó hasta que Reagan prestó juramento. El nuevo presi seleccionó a uno de sus amiguetes para que dirigiera la FDA. ¿Y adivinas qué pasó después?

—Ace, para.

—América consigue una nueva toxina en su suministro alimenticio, los chicos ricos se hacen mucho más ricos, y a mi esposa, que bebía un montón de refrescos light, ¡le diagnostican un cáncer!

El representante intenta alejarse, pero queda atrapado en el cortejo fúnebre mientras busca la salida más cercana.

—¡Corre, Forest, corre! —Su sangre aún está hirviendo. Hace una señal al director del funeral—. Señor Goldstein, en esta ceremonia está oficialmente prohibida la permanencia de cualquiera asociado con Capitol Hill, Monsanto, o cualquier otra empresa de cabrones.

—¡Ace, ya es suficiente!

—¡Cállate, Jen! —Se gira para mirar a la multitud que está reunida formando grupos de conversación al fondo de la capilla—. Por favor, todos los bastardos que estáis intercambiando tarjetas de visita al fondo, atendedme. Sí, todos vosotros.

La habitación se queda en silencio.

—Gracias por vuestras condolencias. Ahora, sanguijuelas, si tenéis la amabilidad de arrastraros de vuelta al interior de vuestras limusinas, o debajo de vuestras piedras, a la familia y amigos de Kelli nos gustaría despedirnos de ella en paz.

Expresiones aturcidas. Nadie se mueve.

Jennifer echa a Ace una mirada ponzoñosa y después, rápidamente, arría al grupo hacia el exterior.

Ace vuelve a su asiento y recibe un asentimiento de agradecimiento de Bruce Doyle mientras abraza a sus hijos.

\* \* \*

Una fría lluvia cae de un cielo más marrón que gris. Los dolientes se apiñan bajo un palio de paraguas negros, mientras escuchan distraídamente cómo un rabí dirige sus oraciones y el féretro de Kelli desciende hasta la tierra.

El dolor es un vacío que sólo el tiempo puede llenar; en los momentos en los que crece puede tragarte por completo, y cuando decrece y te da un respiro aumenta de nuevo cuando menos te lo esperas para tenderte una emboscada con un recuerdo que habías olvidado hacía mucho. La muerte de uno de tus padres provoca reflexión, la muerte de un hijo puede resquebrajar tu fe...

La muerte de una esposa obliga al cambio.

Ace se estremece cuando el féretro que contiene los restos de su mujer desaparece de su vista.

¿Qué puedes hacer cuando tu existencia se ha hecho añicos en un momento, cuando el dolor es tan intenso que no puedes soportar estar en el interior de tu propia

piel, cuando cada momento de consciencia está consumido por un vacío sin fin? ¿Cómo puedes seguir adelante cuando estás tan cansado de vivir que simplemente desearías desaparecer, cuando la única razón que tienes para no beber hasta la inconsciencia es tu nueva responsabilidad como único progenitor, porque el dolor de tus hijos es mucho más importante que el tuyo, y su inocencia es un ancla emocional que te obliga a soportar cada infernal segundo?

Durante días, Ace Futrell ha llorado sólo en privado. Con los detectives y los médicos, con su familia y amigos, se ha mantenido duro como una roca. Pero mientras susurra su último adiós a su alma gemela y acoge a sus hijos entre sus brazos, sabe que ya no va a llorar más. Cuando sube a la limusina de nuevo, otra emoción inunda lentamente su interior... una tan gélida que cree que va a asfixiar su corazón.

¿Cómo apagas un fuego que arde en tu interior como un horno, alimentando una rabia tan abrasadora que consume todos tus pensamientos, tu lógica y tus lágrimas?

Sólo hay un modo...

Venganza.

Hoy, la rabia de Ace Futrell consolidará la nueva misión de su vida... Encontrar al asesino de su mujer, asesinar al asesino...

Castigar a los responsables de la destrucción de su familia.

---

«Lo que nosotros queremos no es una Arabia unida, sino una desmembrada Arabia, dividida en principados bajo nuestra soberanía.»

Lord Crewe, estadista británico, 1858-1945.

«El petróleo es demasiado importante para dejárselo a los árabes.»

Henry Kissinger.

«La verdad es que Estados Unidos quiere erradicar nuestra religión e identidad islámica.»

Nagi Al-Shihabi, editor periodístico egipcio, 2004.

# Capítulo 7

AEROPUERTO INTERNACIONAL

WASHINGTON DULLES

Dulles, Virginia

16 de diciembre del 2011

2:35 P. M. EST

El avión Boeing 747 aterriza con dos ruidos sordos, ruidos que son causados por los spoilers (pequeñas laminas articuladas situadas a lo largo de la parte superior de las alas) al suspenderse en la corriente de aire para ahogar la elevación del avión y mantener la aeronave en el suelo. Para evitar entrar en la terminal principal del aeropuerto, el piloto hace que el vehículo ruede por la pista de aterrizaje hasta un hangar privado... una embajada temporal para el importante visitante y su séquito de viaje.

Sultan bin Abdel Aziz (gobernante de Arabia Saudí, cabeza de la familia Al Saud, monarca absoluto del país con mayor producción de petróleo del mundo y guardián de los dos santuarios sagrados del Islam) se relaja en el interior de la sauna privada del jumbo con dos de la docena de «azafatas» que lo han acompañado en el viaje desde Riad. Mientras el 747 aminora la velocidad hasta detenerse, el monarca sale de la sauna y entra en la ducha, donde sus seguidoras desnudas lo lavan y después lo secan.

Ya refrescado, Sultan se desliza en una bata de seda y entra en la suite principal, una cámara completa con una gigantesca cama, una televisión con pantalla plana de cincuenta y dos pulgadas y una lámpara de araña de cristal. Habla en árabe con su hijo, el príncipe Bandar bin Sultan, embajador de los Estados Unidos, a través de su sistema de comunicación interno.

—¿Está ahí?

—Sí. Está en el hangar, esperándote para la reunión.

—Dile que estoy terminando un asunto importante. Despiértame en dos horas.

\*\*\*

Scott Swan termina de comprobar el correo en su Blackberry y mira la hora: 4:47. El presidente de Industrias Tech-Well, un funcionario de defensa reclutado recientemente por el Grupo Carlyle, lleva esperando en el hangar del aeropuerto casi tres horas, y su paciencia se está agotando.

«Asquerosos saudíes bastardos... No tienen ningún respeto por el tiempo de los demás.»

\*\*\*

El Grupo Carlyle es una firma privada de inversión de valores cuyos activos financieros, estimados entre treinta y cincuenta mil millones de dólares, son superados sólo por la habilidad de sus miembros para influir directa e indirectamente en la política mundial. Fue fundado en 1987 por David Rubenstein, un consejero de política interior del presidente Carter, junto con sus compañeros William E. Conway, Daniel A. D'Aniello y Stephen L. Norris. La lista de socios, consejeros y asociados del Grupo Carlyle es como un Quién es quién global de ricos y bien conectados. Sus poderosos jugadores incluyen a los ex presidentes George H. W. Bush y a su hijo George; a los antiguos secretarios de Estado James Baker III y Colin Powell; al que fue primer ministro de Gran Bretaña, John Major; a Park Tae Joon, el antiguo primer ministro de Corea del Sur; al ex ministro de defensa Donald Rumsfeld y a Frank Carlucci (ex director de la CIA), así como a una amplia lista de embajadores, jefes de estado y agencias reguladoras de todo el mundo.

Aunque la influencia política ayudó a lanzar la compañía, fue el dinero de la Casa de Saud el que propulsó al Grupo Carlyle a su altura actual.

La primera transacción de Carlyle con la familia real tuvo lugar en 1991, cuando el príncipe Al-Waleed bin Talal, el mayor accionista individual de Citicorp, compró casi seiscientos millones de dólares de acciones de Carlyle. Esta inversión abrió las compuertas a los saudíes, que fueron guiados por el ex presidente Bush, James Baker y John Major, tres líderes mundiales que habían apoyado a Arabia Saudí durante su estancia en el poder. Desde ese momento, el Grupo Carlyle comenzó a vender de todo, desde aviones de vigilancia aérea hasta sistemas bélicos. Los beneficios de estas operaciones les permitieron comprar LTV, Harsco y BDM International, y venderlos más tarde a TRW, Boeing y Lockheed Martin. Durante la primera guerra del Golfo, los funcionarios de defensa de Carlyle consiguieron importantes contratos para apoyar a la Fuerza Aérea Real Saudí mientras a la Corporación Vinnell, al borde de la bancarrota, le caía del cielo un gran contrato para modernizar la Guardia Nacional Saudí (después de un viaje de Carlucci a Arabia Saudí). Reclutando jugadores clave de antiguas administraciones de la Casa Blanca, así como subordinados actuales del Pentágono y la CIA, el Grupo Carlyle se ha convertido en algo más que una exitosa firma inversora; se ha convertido en todo un sistema de arbitraje político... en una entidad de operaciones bursátiles que confía en su información interna y en su

«persuasión de acceso» para pronosticar la estabilidad política de sus actividades en el extranjero.

Para que el comercio «normal» sea legal, debe estar basado en la publicación de la información disponible. Sin embargo, en lo que se refiere a los antiguos presidentes y secretarios de Estado, la zona blanca y negra a veces se vuelve gris. El Grupo Carlyle usa esta área gris como una coraza contra lo desconocido en sus

inversiones en bonos de gobiernos extranjeros, o en los contratos relacionados con el petróleo y las armas en zonas que son susceptibles de entrar en un conflicto bélico. Gracias a su acceso directo a la Casa Blanca, los consejeros de Carlyle no sólo obtienen información interna, sino que tienen la capacidad de influir en la política interior y exterior. Como árbitro del juego, Carlyle ha minimizado los riesgos que supone comprar empresas en apuros, a las que levanta y después vende con enormes beneficios.

\*\*\*

Scott Swan guarda su Blackberry y coge un ejemplar de la revista Times de hace dos meses. La portada publicita la continua lucha mundial para controlar la Gripe Aviar, que de nuevo amenaza con convertirse en una pandemia global. Lee por encima el artículo, y una sonrisa crece en su rostro cuando descubre que las compañías farmacéuticas afirman que están ahora trabajando en una vacuna.

«Las acciones suben otro dólar, y el virus seguramente mutará el próximo abril...»

Aparta la revista Times cuando el príncipe Bandar bin Sultan entra en el despacho del hangar.

—Señor Swan, mi padre se reunirá con usted ahora. Lamento profundamente la espera.

El ejecutivo fuerza una sonrisa.

—Los negocios son los negocios. —Swan besa el hombro cubierto de seda del príncipe. Agarra su maletín, lo sigue hasta el exterior del despacho, y ambos suben la escalerilla portátil que guía al interior del 747.

Sultan bin Abdel Aziz, que ahora lleva su tradicional thobe blanca con ghotra a juego, recibe a su invitado en el estudio.

—Señor Swan. Masaa al-Khair.

—Masaa an-noor.

—¿Qué tal está su jefe?

—Le envía sus saludos.

—Pero el presidente ha decidido no recibir a su mayor inversor en persona.

—Debido a la naturaleza de esta reunión, creyó que sería mejor que viniera yo solo. Oficialmente, esto es sólo una visita de cortesía entre ambos. No tiene nada que ver ni con Tech-Well ni con Carlyle.

—Comprendido. —El rey hace un gesto a su hijo y al visitante para que tomen asiento—. Aun así, me incomodan ciertos elementos de esta transacción. Si vamos a seguir adelante necesito garantías adicionales.

—Recuerde que fue usted quien acudió a nosotros.

—Me preocupa la coordinación.

—¿Preferiría esperar hasta que su país sea invadido por Irán o aplastado por una revolución islámica?

—Me sentiría más cómodo si el presidente Obama no estuviera en el Despacho Oval.

—Se aproximan las elecciones.

—¿Está de broma?

Swan mira los avariciosos ojos del rey.

—Obama no será un problema.

Sultan levanta una ceja.

—¿Hay algo que deba saber?

—Los acontecimientos cambian las elecciones, su Alteza. El mundo está en una encrucijada, y su emirato necesita estabilidad. Estamos en un momento delicado, y las cosas empeorarán a menos que actuemos ahora. Nos hemos visto forzados a tomar decisiones difíciles... decisiones terribles, pero haremos lo que tengamos que hacer. Historiadores aún no nacidos alabarán nuestro valor.

—La casa de Saud no puede verse implicada...

—No habrá cabos sueltos.

—¿Y si algo sale mal?

—No lo hará.

—¿Ahora eres un enviado de Alá?

Scott enrojece.

—Yo sólo soy un intermediario. Sin embargo, he oído que existen planes... de contingencia, por si se producen imprevistos. No tengo permiso para decir nada más.

—Señor Swan, yo también tengo un plan de emergencia... La economía de Estados Unidos es mi plan de emergencia. Si algo sale mal... si un blogger empieza a vender teorías conspiratorias, por ejemplo, o si un antiguo agente de la CIA escribe un libro contándolo todo... —Los ojos del rey brillan—. Entonces, la Casa de Saud reevaluará la permanencia de América en Medio Oriente... y la OPEP no seguirá vendiendo petróleo en dólares americanos.

El rostro de querubín del rey ofrece una sonrisa glacial.

Swan se aclara la garganta.

—Disfrute de su visita con el presidente.

## BALTIMORE, MARYLAND

Jamal al-Yussuf yace en una cama extraña, en una habitación extraña, mirando el techo, y el desasosiego que siente le recuerda su propia infancia en Irak. Desde que puede recordar, su padre le hizo dormir debajo de la cama, porque era el mejor lugar donde se podía estar en caso de que la casa se desplomara, o de que los jets

americanos rompieran la barrera del sonido. Debajo de la cama, Jamal estaría protegido de los cristales que podrían salir disparados. Debajo de la cama, estaría seguro.

Era el año 1991, y Jamal tenía siete años. Cuando estaba debajo de su cama, noche tras noche, intentaba pensar en qué había hecho mal para merecer aquello. Cuando los aviones americanos se acercaban, y las sirenas comenzaban a sonar, se metía los dedos en las orejas y cantaba sus canciones favoritas tan alto como podía, como su madre le había enseñado. Una vez le había preguntado cuándo podía dejar de cantar. Ella había respondido: «Cuando yo vaya a por ti, Jamal».

Los inviernos eran lo peor, porque se hacía de noche más rápido, y hacía mucho frío. Saddam había cortado la electricidad para entorpecer la puntería del enemigo, y Jamal ni siquiera tenía permitido encender una linterna para leer. Noche tras noche, la familia se acurrucaba junta mientras escuchaba la BBC en la radio, esperando oír nuevas noticias sobre la guerra. En cierto momento comenzó a racionarse el agua, y cuando las tuberías explotaron en uno de los bombardeos, la madre de Jamal tuvo que empezar a hervirla para hacerla potable... sin electricidad.

También estaban los viajes para hacer compras. Toda la familia se apiñaba en un coche y se recostaba en el asiento trasero mientras el padre de Jamal conducía a través de calles diezmadas para encontrar víveres. En una ocasión había visto la masacre por la ventanilla, los cuerpos envueltos en sanguinolentas sábanas blancas junto a la carretera, y la gente llorando y gritando junto a ellos. Mientras volvía a esconderse en el asiento, comenzó a cantar, deseando estar de nuevo en su lugar seguro.

Veinte años más tarde, Jamal nota ese mismo miedo familiar mordeándole los intestinos. Agarra su almohada y la manta, se tumba en el suelo, se hace un ovillo bajo el somier metálico de la cama y murmura su canción favorita hasta que cae dormido.

---

«Siempre puede conseguirse que la gente haga lo que los líderes quieren. Es fácil. Lo único que tienes que hacer es decirles que están siendo atacados y acusar a los que buscan la paz de poco patriotas y de estar poniendo el país en peligro. Y esto funciona igual en todos los países.»

Herman Goring, en los Juicios de Nuremberg.

«Podría ocurrir mañana, podría ocurrir la semana que viene, podría ocurrir el año próximo, pero lo que es seguro es que seguirán intentándolo. Y tenemos que estar preparados.»



Vicepresidente Dick Cheney.

«El 13 de agosto de 2002, la CIA terminó un análisis clasificado de seis páginas (apodado "Tormenta Perfecta") que describía los peores escenarios que podían tener lugar después de la eliminación de Saddam Hussein por parte de los estadounidenses. De acuerdo al entonces director de la CIA, George Tenet, esto fue relegado al fondo de un grueso libro de referencia que fue entregado al equipo de Seguridad Nacional del presidente Bush para una reunión que había de tener lugar el 7 de septiembre de 2002, y donde la guerra de Irak era el tema principal.»

Walter Pincus, The Washington Post, junio de 2007.

# Capítulo 8

MONTAUK, NUEVA YORK

16 de diciembre de 2011

5:22 P. M. EST

La aldea costera de Montauk representa una extensión de tierra de veintisiete kilómetros cuadrados que limita al sur con el océano Atlántico y al norte con el estrecho de Long Island. El hogar de los Doyle-futrell es un moderno edificio de dos plantas, con tejas de madera de cedro, ubicado en Hither Hills, a poca distancia de la playa. En el interior, las paredes de arce y los suelos de bambú mantienen una decoración playera, mientras que las dos chimeneas crean cierto efecto de estación de esquí... Una estética práctica a la que han dado buen uso durante los duros meses de invierno de Montauk.

Los dolientes se han reunido en el salón. Se calientan junto a la chimenea principal mientras comen y se consuelan los unos a los otros con recuerdos de la fallecida. A menudo el nombre de Ace aparece en un susurro:

—Viaja demasiado. ¿Quién va a quedarse con los niños? ¿El ama de llaves?

—¿Y la enfermera de Kelli?

—No, era parte de un servicio temporal. Ace tendrá que conseguir una de esas niñeras internas.

—Deberían mudarse. Un pueblo costero no es buen lugar para criar a unos niños.

\*\*\*

El estudio está en la segunda planta. Hay estanterías en tres de las paredes, y un escritorio con forma de L situado entre dos ventanas con vistas al océano. El viento aulla, amenazando tormenta, tras el cristal. Un reloj Zaanse holandés continúa su relajante cadencia desde su lugar sobre un gastado sofá cama. La inscripción en el reloj dice: Nu Elck Syn Sin. Escrito en holandés arcaico, el refrán fue traducido por quien se lo regalo como «A cada uno lo suyo».

Ace sigue aislado en su despacho, a solas con sus pensamientos. Se echa hacia atrás en su sillón de cuero y sus ojos se posan en una fotografía familiar navideña que fue tomada años atrás y que descansa en una esquina de su escritorio.

«Todos sonriendo. Todos sanos. ¿Por qué no aprecié esos momentos cuando debería haberlo hecho? Si pudiera dar marcha atrás al reloj...»

Llaman dos veces y Jennifer abre la puerta.

—¿Puedo entrar?

Ace señala el sofá. Jennifer cierra la puerta tras ella y toma asiento.

—¿Estás escondiéndote?

—Los amigos de los chicos están por ahí. Necesitaba un respiro.

—Es comprensible. ¿Te traigo algo de comer?

—Quizá más tarde.

—Siento lo de antes. Quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. Ya sabes, con los chicos.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer? Quiero decir, sé que Kelli y tú habíais hablado sobre ello. Estoy segura de que hicisteis planes.

—Hablamos sobre ello.

—¿Y?

—Las cosas han cambiado. —Sus ojos se clavan en ella, entregando el mensaje.

—Ace, estás enfadado, y tienes derecho a estarlo, pero deja que la policía se ocupe de esto.

—La policía no se está ocupando de nada. Es el FBI el que está a cargo. Caso cerrado.

—¿Qué se supone que significa eso?

—¿Tengo que explicártelo? —Ace se levanta. Cierra la puerta—. Fue sancionada, Jennifer. Alguno de sus viejos compañeros de Washington, sin duda. Quizá alguno de los buitres que estaban volando en círculo en el funeral.

—¿Es por eso por lo que has explotado? Ace, esto es ridículo. ¿Por qué iban a ir contra Kelli?

—¿Me lo dices tú?

—Esto es una locura.

—Entonces supongo que estoy loco.

—No, pero estás bajo un montón de estrés. ¿Qué te parece si me mudo aquí un par de semanas? Podría ayudarte con los chicos, y tú podrías volver al trabajo...

—Me han despedido.

—¿Qué?

—Me han llamado esta mañana. Dejaron el mensaje en el contestador. Aparentemente, he cabreado a los tipos de Washington. Ha sido muy amable por su parte esperar hasta el día del funeral, sabiendo que no estaría en casa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Necesitas dinero?

—Estaremos bien. Tu prima se ganaba bien la vida. Pagó por ello al final.

—¡Ya es suficiente! No existe ninguna conspiración...

Una llamada en la puerta. El pomo cerrado de la puerta se mueve.

—Ace, ¿estás ahí dentro?

Ace quita el seguro de la puerta y abre a Bruce Doyle. Su suegro está pálido.

—Hijo, creo que será mejor que bajes.

\* \* \*

Las cuatro furgonetas están aparcadas en su patio delantero. Los ocupantes, todos vestidos con chaquetas negras con las letras «FBI» en amarillo, están ya descargando el equipo. El jefe del equipo espera impaciente en la puerta delantera.

—Señor Futrell, soy el agente especial Geordie McGillivray, del FBI. Tengo órdenes de registrar la propiedad.

—¿Órdenes de quién?

—Del Departamento de Seguridad Nacional.

—¿Seguridad Nacional? ¿Por qué? ¿De qué va todo esto?

—No tengo libertad para dar esa información.

—Entonces dígame qué están buscando.

—No tengo libertad para dar esa información.

—¡Entonces será mejor me que enseñes una puta orden de registro!

—Seguridad Nacional no necesita tener orden de registro cuando se refiere a actos que pretenden intimidar o coaccionar a la población civil.

Jen agita la cabeza.

—Maldita Ley Patriótica [19].

—¿Crees que mi familia va a coaccionar a la población civil?

—Lo siento, señor, no tengo libertad para dar esa información.

Ace siente que su presión sanguínea está a punto de estallar.

—No dejas de usar la palabra «libertad». Me pregunto si realmente sabes lo que significa.

Jennifer entra en la conversación.

—¿Esto está relacionado de algún modo con la muerte de mi prima?

—Lo siento, señora, no puedo responder ninguna de sus preguntas en este momento. Ahora, sean tan amables de retroceder y dejarnos realizar nuestro trabajo.  
—Hace un gesto de asentimiento a los dos agentes armados del FBI que se disponen a entrar, cada uno con un pesado maletín.

—Hoy ha sido el funeral de mi esposa. Tengo la casa llena de invitados.

—Mis condolencias. Aun así, sea consciente de que todos los invitados que se encuentren actualmente en la propiedad serán registrados. Cooperen e intentaremos hacer esto lo menos invasivo posible.

—¿Cooperar? ¿Invadís mi hogar, os negáis a decirme por qué estáis aquí, o qué estáis buscando, y queréis que coopere? ¿Has escuchado hablar de la Constitución alguna vez, colega? ¡No se escribió para que la usaran como felpudo!

El agente McGillivray toca el walkie-talkie que lleva en su hombro derecho.

—Seguridad, tenemos una situación difícil. Entrada norte.

Antes de poder reaccionar, otro agente aparece en la puerta con un táser en la mano. Apunta a Ace con la negra arma aturdidora y dispara.

¡Zap!

El rayo azul de electricidad penetra instantáneamente en la piel a través de la ropa de Ace y sacude su sistema nervioso como un cubo de agua helada. Su visión se llena de relámpagos violetas, y su cuerpo se convierte en una gelatina electrificada al golpear el suelo.

El agente especial McGillivray mira al círculo de invitados que se ha reunido.

—¿Alguien más tiene algo que objetar? Bien. Entonces, en orden, me gustaría que formaran una línea contra aquel muro, con un brazo de distancia entre cada uno. No hay nada que temer. Esto es un asunto de seguridad que probablemente no tiene nada que ver con ustedes.

La sensibilidad vuelve. Ace consigue sentarse en el suelo, pero aún nota calientes impulsos eléctricos en las puntas de los dedos. A través de sus ojos llorosos, ve que su hija baja corriendo la escalera.

—¡Papá! ¿Por qué están haciendo esto? Papá, ¿estás bien?

Ace asiente, pero aún es incapaz de formar palabras.

—Señorita, póngase contra la pared con los demás.

—Papá, ¡están llevándose todo! ¡Mi ordenador, y todos mis CD y DVD! ¿Por qué están haciendo esto?

—Todo va a ser inspeccionado y devuelto. Ahora, alinéese con los demás. —El agente del FBI agarra a la chica de trece años por el brazo.

—¡Quítame las garras de encima! —Leigh se libera y retrocede hasta la escalera.

El hombre de seguridad gira, apuntando a la adolescente con su arma aturdidora.

«¡No!» Una oleada de adrenalina levanta a Ace del suelo. Sus manos temblorosas agarran el arma, giran el cañón en el momento en el que se produce la descarga... y el rayo azul golpea al agente McGillivray, que cae al suelo entre espasmos.

Un codo golpea a Ace en la cara. El antiguo quarterback consigue zafarse y empuja al agente del FBI contra el espejo del pasillo. Sus reflejos se hacen añicos.

Y entonces todo se vuelve negro y Ace Futrell se hunde en un mar de terciopelo a medianoche.

«Los procedimientos normales de la AFF para responder a la menor desviación en los protocolos de control del tráfico aéreo se siguieron rutinariamente, y sin complicación, sesenta y siete veces entre septiembre del 2000 y junio del 2001, antes de que el Pentágono desarrollara una enrevesada nueva norma el 1 de junio de 2001. Esta orden daba el poder de toma de decisiones y protocolos de acción, que normalmente ostentaban comandantes del ejército, al ministro de Defensa. ¿Por qué? Cuando el avión del golfista Payne Stewart no respondió a las transmisiones de radio durante apenas unos minutos (25 de octubre de 1999), los cazas llegaron en sólo unos minutos. ¿A qué se debe la enorme diferencia entre las respuestas de 1999 y 2001, si

era obvio que existía una grave emergencia que había sido además sobradamente reconocida? Parte de la explicación yace en unos ejercicios de instrucción bélica, dirigidos por varias agencias gubernamentales, que fueron deliberadamente superpuestos el día 11 de septiembre y que insertaron señales falsas en las pantallas de radar del Sector de Defensa Aérea Noroeste (NEADS). Estos ejercicios eran ejercicios de vuelo real con aeronaves que simulaban ser aviones comerciales secuestrados, y, efectivamente, confundieron y paralizaron la respuesta de los leales pilotos interceptores que podrían haber asumido la iniciativa aquel día, a pesar del protocolo, si hubieran sabido a dónde ir.»

Michael C. Ruppert, de *Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil*.

Extracto del libro:

Al borde del infierno:

Una disculpa a los supervivientes

por Kelli Doyle,

Consejera de Seguridad Nacional de la Casa Blanca

(2002-2008)

Antes de entrar a trabajar en la Casa Blanca, y mucho antes de mis años en la CIA, tuve que decidir entre licenciarme en Historia o en Relaciones Internacionales. Aún puedo recordar a mi primer profesor recitando de memoria el manido cliché, «La historia está escrita por los vencedores». Entonces era joven e impresionable, y creía en ello.

Ya no. En la guerra que se avecina no habrá vencedores, sólo supervivientes.

Es para ellos para quienes escribo estas memorias. Si saben cómo comenzó todo, entonces no repetirán nuestros errores. El hecho de que fuera yo quien tomó muchas de esas decisiones me da una perspectiva única para arrojar luz sobre lo que ocurrió en realidad.

Eso no me exonera, en modo alguno, de lo que hice.

La política nunca me interesó, pero el poder... eso era otra cosa. Aspiraba a estar entre la élite. Llevaba la competición en la sangre. En la universidad era una atleta, y tanto mi equipo de hockey como el de lacrosse estaban siempre entre los veinte mejores. Durante cuatro gloriosos años, mi mundo consistía en entrenamientos, partidos, viajes, más entrenamientos, clases, fiestas y esfuerzos para mantener mi calificación media, para poder continuar la carrera.

Durante mi último año en la universidad de Georgia desarrollé un terrible temor a graduarme y tener que entrar en el mundo real. ¿Qué iba a hacer?

El matrimonio era una opción. Mi prometido era una fulgurante estrella del

equipo de fútbol, pero, aunque lo quería mucho, él estaba pasando por sus propias tribulaciones, lo que ponía nuestra relación en un segundo plano. La facultad de derecho era una posibilidad, pero mi ego, alimentado por la competición, demandaba algo fuera de lo ordinario. Cuando llegó la jornada de orientación profesional fui de caseta en caseta, y sólo una opción destacaba sobre el resto, una que no había considerado nunca: la CIA.

La CIA era, y aún es, la organización más poderosa y secreta del mundo. Su presupuesto se oculta incluso al Congreso, y pocos entienden realmente la extensión de su poder. Tiene su propio ejército de mercenarios. Tiene sus propias corporaciones que influyen en las guerras, y en Wall Street. Seducido por mi próxima licenciatura en Relaciones Internacionales (y mis tres semestres de árabe), el encargado de admisiones me prometió un régimen de instrucción que supondría un reto físico para mí, así como viajes a tierras exóticas y la posibilidad de servir a mi país.

Esa última parte selló el trato. Había competido en las Olimpiadas júnior y en los mundiales, y mi alma estaba envuelta en estrellas y barras. Dos semanas después de graduarme en la universidad de Georgia, me trasladé a Washington para realizar los exámenes necesarios para recibir mi autorización como agente de campo. En otoño comencé mi instrucción. Para primavera, ya estaba en «la Granja».

La Granja es el campamento Peary, una reserva militar ubicada en el condado de York, Virginia. La CIA y Operaciones Especiales usan esta reserva de abundante vegetación como instalación de entrenamiento. Para despejar los 9.275 acres que abarcaba, los federales habían tenido que reubicar dos pueblos enteros... Bigler's Mili y Magruder. La Granja tiene su propio aeropuerto y un férreo sistema de seguridad, y a excepción de nuestras reuniones en Buck, hamburguesería y local de striptease, las actividades en el campamento Peary se mantenían lejos del ojo público.

Y por una buena razón. Entre otras cosas, la Granja es el lugar donde la CIA entrena a sus asesinos. El programa combina armas y agudeza mental con ejercicios de entrenamiento clandestino, y para las reclutas femeninas, un trato especial... una celda de interrogación que separa a las Gi-Janes de las Martha Stewarts. Yo era de las primeras, lo soporté, y pronto estuve preparada para la batalla en Medio Oriente.

Era el año 1990.

La CIA no se ocupa de la política. Nuestro trabajo es proporcionar inteligencia al presidente de los Estados Unidos, y a sus consejeros, y, una vez que las normas se han determinado, nuestro trabajo es ejecutarlas.

Sí, los vencedores escriben la historia, pero la historia y la verdad son dos entidades separadas. Entré en la CIA porque creía en América. Creía en la moralidad de la verdad. Justificaba los golpes de estado sobre gobiernos extranjeros, y las tácticas que usábamos porque, oye, nosotros éramos los buenos, ¿no? El fin justifica los medios... y la democracia estaba en juego. Dejemos que la libertad reine.

Es duro aceptar la verdad. Las mentiras no hacen añicos la realidad y los sueños, eso sólo lo hace la verdad. Y la verdad era... que el presidente había mentido.

Todos los presidentes mienten. Roosevelt mintió sobre Pearl Harbor. Lyndon Johnson mintió sobre los torpedos vietnamitas que golpearon los barcos americanos en el golfo de Tonkin. Reagan mintió sobre la Irán-Contra. Clinton mintió sobre sus asuntos personales en el Despacho Oval. Supongo que incluso George Washington mintió (seguramente ni siquiera tenía un cerezo).

Pero fueron las mentiras de Bush y Cheney en la Casa Blanca, tras los sucesos del 11 de septiembre de 2001, lo que nos guió a la invasión de Irak y a una encrucijada en la civilización occidental que te afectara a ti, y a tus seres queridos, y a mil millones más de personas inocentes.

¿Sabía la comunidad de inteligencia estadounidense que se acercaba un ataque de Al-Qaeda?

Por supuesto que lo sabíamos. Bin Laden estaba en nuestro radar desde el primer bombardeo del World Trade Center. Además del FBI, la CIA y la Casa Blanca recibieron no menos de una docena de advertencias de agencias de inteligencia extranjeras de que los Estados Unidos podrían ser atacados. El servicio de inteligencia alemán especificó la semana del 9 de septiembre. El presidente ruso, Vladimir Putin, incluso envió una delegación a Washington que incluía información de que el World Trade Center sería golpeado por un avión secuestrado.

No sólo se ignoraron estas advertencias, sino que ninguno reconoce haberlas recibido... incluso después de que Putin apareciera en MS-NBC el 15 de septiembre detallando su aviso.

Los inversores de Wall Street sabían a ciencia cierta que algo gordo iba a ocurrir. Un día antes de los ataques, los inversores locales y extranjeros colocaron un número de «puts» (apuestas financiera de que un stock va a caer) sin precedentes en las compañías aéreas y en otras que sufrirían pérdidas devastadoras; en algunos casos más de noventa veces por encima de lo normal. Estas transacciones financieras significaron más de quince mil millones de dólares en compra/venta de acciones con información privilegiada, hecho que fue investigado con poco entusiasmo antes de ser descartado por los investigadores y los medios. Estos últimos, manipulados por la Administración Bush, estuvieron dictando qué historias extender, y cuáles ahogar.

¿Intentamos detener los ataques?

Sí, pero evitaron que lo hiciéramos. Los agentes del FBI, tanto de Minneapolis como de Phoenix, que estuvieron cerca de exponer el complot fueron entorpecidos por un único supervisor (Dave Frasca) que más tarde recibiría un ascenso por sus acciones. A continuación, el día de los ataques, la junta directiva, bajo la dirección personal del vicepresidente Cheney, planeó y dirigió cinco ejercicios de instrucción bélica que deliberadamente apartaron a los cazas interceptores del corredor aéreo



noroeste mientras insertaban señales falsas en las pantallas de tráfico aéreo para simular, qué casualidad, aviones comerciales secuestrados. Los cazas militares que normalmente interceptaban aviones en cuestión de minutos fueron retrasados unos inconmensurables ochenta minutos. La mayoría ni siquiera entraron en la refriega. Mientras los pilotos y los controladores de tráfico aéreo intentaban desesperadamente distinguir lo que era real de lo que era simulado, un administrador de la AAF destruyó «accidentalmente» las grabaciones de los sucesos de aquel día trágico... y posteriormente, fue ascendido.

Esto son hechos... pero apenas suponen la punta de un sucio iceberg. Por supuesto, nada de esta información se trató en las vistas del 11-S.

Mientras la sociedad permanecía aterrorizada, los miembros clave del congreso que se oponían a los planes de la administración recibieron por correo paquetes de ántrax, cuyas esporas letales, según se determinó más tarde, no se habían originado al otro lado del charco, sino en laboratorios de la CIA.

Una voz de la oposición que se negó a ser intimidada (el senador Paul Wellstone) murió convenientemente en un accidente de avión.

Estas «coincidencias convenientes» tuvieron lugar repetidamente en todos los hechos que condujeron y sucedieron a las actividades del 11 de septiembre. Casi ninguno fue suficientemente investigado; casi todos fueron encubiertos con secretos, bloqueados con castigos. Fueron eliminados reveladores párrafos del informe sobre el 11-S, y a pesar de que éste fue el mayor error en la historia del servicio de inteligencia, nadie fue reprendido o castigado.

Prefieras creer en «teorías de coincidencia», o en «teorías de conspiración», la verdad es que miles de americanos inocentes fueron sacrificados el 11 de septiembre de 2001. Pero el enemigo real no era Osama bin Laden, ni sus islamistas radicales.

Fue nuestra adicción al petróleo.

El petróleo ha pasado de ser una fuente de energía barata que engendró una era industrial, un boom tecnológico y una explosión de población, a un producto que actualmente determina la política exterior... y con ello, la vida y la muerte de millones de personas. Y, aun así, es un recurso que se está agotando, y este tema ha afectado a todos los presidentes desde Jimmy Carter.

Entonces, ¿por qué no reemplazamos el petróleo?

Desafortunadamente, esto no es tan fácil. Las fuentes de energía alternativa han recibido falsas alabanzas y escasas inversiones, mientras que trillones de dólares de nuestros impuestos continúan invirtiéndose en combustibles fósiles y en opciones militares que aseguren que nuestras perforadoras están donde tienen que estar para asegurarse hasta la última gota.

En lo que se refiere al petróleo y sus suministradores, nuestra política exterior se retuerce como un pretzel orwelliano. En su primera declaración tras los sucesos del

11 de septiembre, George Bush declaró: «O estáis con nosotros, o estáis con los terroristas». Esta postura de blancos y negros tomó múltiples tonos de gris después de que los chiitas llegaran al poder en Irak, y después de que Hezbolá se alzara en el Líbano, amenazando a nuestros suministradores principales de petróleo... los saudíes (el país de origen de los secuestradores, no lo olvidemos). En un esfuerzo para bloquear a los chiitas tanto en Irak como en el Líbano, la Administración Bush comenzó secretamente a encauzar miles de millones de dólares para la «reconstrucción» hacia los grupos de resistencia sunita... también conocida como Al-Qaeda.

Esto es correcto. Cinco años después de que atacaran los Estados Unidos, la misma organización terrorista que debimos erradicar fue «contratada» para sofocar el alzamiento chiita desencadenado por nuestra propia invasión de Irak.

No estoy escribiendo estas memorias para hacer una declaración política, o un ataque a un partido político. Pretendo exponer la verdad que rodea a la adicción al petróleo de nuestro país... una adicción que financia a nuestros enemigos, destruye nuestras ciudades y pronto guiará a la aniquilación de millones de inocentes.

---

«Los hombres, para hacer algo malo, deben convencerse de que lo que están haciendo es bueno.»

Alexander Solzhenitsyn,  
novelista y ganador del premio Nóbel.

«La muerte más honorable es por asesinato. Y el asesinato más honorable y el martirio más glorioso se produce cuando un hombre es asesinado por Alá.»

Hassan Nasrallah,  
General de Seguridad de Hezbolá.

«La Casa blanca presionó deliberadamente a la EPA para que hiciera unas falsas declaraciones públicas en las que aseguró que era seguro respirar el aire tóxico de la Zona Cero. Esto contribuyó a un número de casos de enfermedad y fallecimientos aún desconocido que demuestra que la administración considera que las vidas de los ciudadanos americanos son prescindibles en favor de ciertos intereses.»

911THRUTH.ORG

«Un niño maleducado es un niño perdido.»

Presidente John F. Kennedy

# Capítulo 9

Revolucionarios atacan base aérea saudí

Associated Press: 16 de diciembre de 2011

RIAD, Arabia Saudí. Rebeldes armados con explosivos han destruido un escuadrón de reactores caza F-15 y dos escuadrones de helicópteros de ataque Agusta Bell (AB) 205-S y 212-S que estaban alojados en la base aérea de Riad. Ashraf, un nuevo grupo revolucionario que afirma representar la oprimida voluntad colectiva del pueblo saudí, ha asumido la autoría de los ataques.

En un comunicado publicado por el periódico clandestino Rai Al Nas, uno de los líderes del grupo declaró: «Ashraf se opone a la hipocresía de la monarquía saudí, cuyos miembros roban a los ciudadanos de nuestro país los recursos que Dios les dio. Ashraf se opone, además, a los clérigos radicales Wahhabi, cuya brutalidad ha impuesto el reino de terror desencadenado por la monarquía saudí. Ashraf está dispuesto a negociar la venta de los recursos de la población a los países occidentales una vez que las raíces de la democracia arraiguen en Arabia, pero esto sólo puede conseguirse arrebatando a la familia real su poder absoluto».

Un comandante de las Reales Fuerzas Aéreas Saudíes (RSAF) afirma que la seguridad podría ser reforzada en otras bases militares, y que cree que los arrestos son inminentes.

AEROPUERTO INTERNACIONAL

WASHINGTON DULLES

Dulles, Virginia

16 de diciembre de 2011

8:25 P.M. EST

El camión refrigerado había sido pintado en azul marino con una franja amarillo canario. Las letras blancas de sesenta centímetros de alto identifican al proveedor como Manjares de Oriente Medio. Hay un número telefónico gratuito y una lista variada de degustaciones. La matrícula robada es de Maryland.

Omar Kamel Radi es el conductor, y Jamal al-Yussuf está junto a él en el asiento del pasajero. Ambos hombres llevan uniformes que los identifican como empleados. Cada uno lleva una tarjeta de identificación. Jamal agarra una carpeta con una hoja de trabajo que detalla un enorme pedido, encargado por el jefe de cocina de Sultan. A pesar del gélido aire que entra por las ventanillas medio bajadas, ambos hombres están sudando.

Omar se detiene en la puerta de seguridad del aeropuerto. Se seca una gota de

sudor de sus pobladas cejas mientras baja la ventanilla para hablar con el guardia.

—Entrega. Hangar 12-D.

El guardia alumbra el interior de la cabina con su linterna.

—Apagad el motor y bajad. Tengo que inspeccionar la mercancía.

\* \* \*

Un hombre de piel cetrina vestido con uniforme de guardia de seguridad del aeropuerto observa la escena que se está desarrollando desde su coche, aparcado a sesenta metros al este de la puerta. Shane Torrence, veterano de Apoyo Estratégico, se enciende un cigarrillo y después habla a su walkie-talkie.

—La comida está aquí.

\* \* \*

Jamal al-Yussuf camina hasta la parte de atrás del camión refrigerado y entrega la hoja de pedido al guardia. Omar abre las puertas. Extiende y baja la plataforma elevadora. Un intenso aroma a curry sale del camión. El alto sunita sube al interior, seguido por el guardia.

Hay dos cámaras frigoríficas de aluminio aseguradas al suelo, cada una de dos metros y medio de largo, un metro y medio de ancho y un metro veinte de profundidad. Omar abre los cuatro cierres y levanta la tapa del primero, revelando suficiente comida para alimentar a treinta personas. Hay kebabs de ternera y bandejas de pollo, empanadas rellenas de patata y carne, y gran variedad de aperitivos, salsas y postres, todo envuelto en plástico transparente.

Al guardia se le hace la boca agua.

—Tiene buena pinta. Abre el otro.

El iraquí obedece. En el interior hay dos corderos enteros, despellejados y sazonados, envueltos en plástico.

—Qué asco. Ciérralo.

Omar cierra las cámaras mientras el guardia saca su radio y pide un coche de seguridad.

—Soy Becker, de la doce. Necesito que escoltéis un camión de reparto hasta el Hangar D.

Los dos repartidores suben de nuevo al camión. Guardan la plataforma y entran en el terreno del aeropuerto. Un coche de policía blanco en el que se lee «Seguridad del Aeropuerto» los conduce a través de la pista junto a los hangares, hasta que llegan al edificio 12-D.

\* \* \*

El agente de seguridad Marco Fatiga observa los dos vehículos que se aproximan al hangar que temporalmente aloja al 747 saudí. Como su compañero, Shane Torrence, el nativo del Bronx ha sido asignado a los dos iraquíes como «fantasma».

Un miembro del Servicio Secreto se une a Marco en el exterior del hangar.

—¿Otra entrega?

Marco asiente.

—Estos árabes sólo entienden de comida y mujeres.

El camión atraviesa las puertas del hangar. Un grupo de seis árabes sale del 747. Descargan las dos cámaras mientras el jefe de seguridad saudí firma la hoja de pedido y paga al conductor alto.

—Espera aquí. Nuestro personal de cocina vaciará las cámaras y te las traerá de nuevo.

Veinte minutos más tarde, los seis saudíes empujan las cámaras vacías por la rampa de descarga del jumbo. Los dos repartidores se unen a ellos y cargan y aseguran las cámaras al fondo del camión refrigerado.

Nadie se molesta en examinar los contenedores vacíos.

Marco Fatiga se acerca a Omar cuando éste intenta cerrar las puertas traseras del vehículo. Las manos del antiguo futbolista están temblando, lo que dificulta la tarea.

El oficial de seguridad lo hace por él.

—Será mejor que dejes la cafeína, chico. No querrás tener un accidente, ¿verdad?

Los ojos de los dos hombres se cruzan por un breve momento. El conductor asiente con nerviosismo y sube al interior del camión. El vehículo de seguridad del aeropuerto guía al proveedor a la salida del Dulles.

Cuarenta minutos más tarde, el camión entra en la Interestatal 66, dirección oeste.

TIVERTON, ONTARIO

8:12 P.M.

El camión de cerveza canadiense continúa hacia el sur a lo largo de la calle King, a través de Tiverton, camino de

Kincardine. El conductor echa un vistazo a la Granja Eólica Huron, a su izquierda. Cinco enormes turbinas de viento de 1.8 megavatios salpican el paisaje como gigantes molinillos blancos. El ex oficial de las fuerzas aéreas y agente de la CIA, que ahora trabaja como freelance para miembros de Apoyo Estratégico, agita la cabeza.

—Limpia, gratis y sencilla. Nunca tuvo ninguna oportunidad.

\* \* \*

Michael Tursi, «el Turco», nació en Hinton, West Virginia, un viejo pueblo

ferroviario asentado a los pies de las montañas Apalache, donde los ríos Bluestone y Greenbrier se encuentran con el río New. Su madre, Mary, trabajaba como subdirectora y profesora de lengua en el colegio local. Su padre, Patrick, era oficial de policía cuando no estaba cumpliendo con su deber en la Guardia Nacional. Para Michael, hijo único, la vida había estado bien reglamentada; los deberes y el estudio eran prioritarios, seguidos de la iglesia y los deportes. Era una típica familia americana de clase media, un estilo de vida que iba bien a los padres de Mike, pero que dejaba al hijo de ambos con ganas de más.

Todo cambió después del 12 de junio de 1977.

Fue el último día de colegio. Mary Tursi estaba patrullando los pasillos, intentando conferir cierta organización a los últimos momentos de caos, cuando se encontró con George Nathalia, un chico de trece años a quien había suspendido un mes antes por haber llevado al colegio un cuchillo de caza, en un intento fallido de impresionar a una posible novia. Esta vez, George había llevado algo más letal... un revólver de calibre .25 que había cogido de un baúl de su padre. George afirmó más tarde que nunca tuvo la intención de disparar a Mary Tursi, que él sólo había querido mostrar el arma a sus compañeros, pero que, mientras forcejeaban por la posesión del arma, ésta se había disparado, hiriendo de muerte a la subdirectora de treinta y nueve años de edad.

Cuando un profesor es asesinado, la conmoción posterior asola el distrito escolar completo, creando una pesada sensación de vulnerabilidad que, a menudo, tarda años en desaparecer. Los efectos en la familia de la víctima son, por supuesto, mucho más profundos. Para Michael, que entonces tenía quince años de edad y había sido criado para respetar la ley, esta palabra, repentinamente, perdió todo su sentido. Se suponía que a la gente buena no debían pasarle cosas malas... ésas no eran las reglas con las que le habían enseñado a vivir. Durante los siguientes dos años, Michael cayó en un estado de depresión cada vez más profundo, y el que una vez fue estudiante de matrícula de honor suspendió los cursos y abandonó el equipo de béisbol. Su padre lo educó en casa para que pudiera obtener el diploma. Acudió a psiquiatras, tomó psicotrópicos, pero nada parecía funcionar.

Desesperado por devolver el rumbo a su hijo, Patrick lo convenció para que se alistara en la Fuerzas Aéreas Americanas. Tres semanas después, Michael Tursi, que ya tenía 18 años, se metió en un autobús camino de la Base de las Fuerzas Aéreas Lackland, en San Antonio, Texas.

El primer día de Mike comenzó con la llegada a la base, a la una de la madrugada, y terminó veintitrés horas después, la noche siguiente. El entrenamiento básico está diseñado para separar a los débiles de los fuertes, destruyendo a los reclutas y después reconstruyéndolos. La actividad física es castigadora, y la presión mental la empeora. Los alistados que no lo soportan son enviados a casa. Demasiado a menudo,

un par de chicos se suicidan para no cargar con la vergüenza del abandono. Durante las ocho semanas que pasó Tursi allí, su escuadrón sufrió una tentativa de suicidio y un éxito, cuando un recluta se lanzó desde la ventana de la tercera planta durante la formación matinal.

La instrucción básica enseña a los reclutas el método adecuado para combatir y matar. Los ejercicios de inteligencia se mezclan con un estricto régimen físico, lo que añade cierto estrés adicional. Para Michael Tursi, el entrenamiento consiguió restaurar su competitiva voluntad de destacar, y rápidamente se dio cuenta de que las Fuerzas Aéreas podían abrirle puertas... puertas que lo sacarían de la vida de mediocridad que siempre había temido.

Un día, a Tursi se le ordenó que acudiera a un edificio administrativo. Allí le colocaron en una habitación que sólo tenía una silla, un escritorio y un radiocasete. Un comandante le informó de que tenía que escuchar las cintas, que incluían varias lenguas, y transcribir lo que pensaba que el hablante estaba comunicando. Era un test de aptitud lingüística, y la puntuación de Tursi fue extraordinaria, lo que le garantizó un puesto en Washington como intérprete.

En lugar de eso opositó para electrónica.

Después de graduarse en la instrucción básica (donde le concedieron su apodo, El Turco), Michael fue asignado a la Base de las Fuerzas Aéreas Sheppard, en Wichita Falls, Texas, donde pasó los siguientes catorce meses entrenándose como técnico analista de balística nuclear.

\* \* \*

Tursi sale de la autopista y entra en una carretera de acceso que lleva a la Central Nuclear Bruce Power. Detiene el camión en el punto de control de seguridad y saluda con la mano al guardia que se está acercando a él.

—Paulie, ¿cómo fue la fiesta?

—No tengo ni idea. Esas cosas son sólo para los peces gordos.

—Bah, quién las necesita, ¿eh? Aquí tienes, para ti y los chicos. —Tursi coge la caja de puros del asiento del pasajero y se la tiende al agradecido guardia—. Son cubanos, un regalo de uno de mis habituales. Dejé de fumar hace años. Aun así, es agradable poder comprarlos directamente. Me encanta Canadá.

—A menos que necesites una histerectomía. Mi pobre hermana tuvo que esperar seis semanas...

—Sí, eso es una mierda. Escucha, llego tarde. Voy a por esos barriles vacíos.

—Claro, claro. Adelante.

Tursi se despide y entra en las instalaciones. Se dirige al muelle de carga.

\* \* \*



La planta energética Bruce, la primera central nuclear de propiedad privada, está compuesta por dos plantas generadoras, cada una con cuatro reactores nucleares CANDU. Abreviatura de Canadá Deuterio Uranio, los reactores CANDU usan uranio sin enriquecer natural en su diseño, y necesitan óxido de deuterio, o «agua pesada», como refrigerante y moderador.

El uranio es un metal de alta densidad que se cree que se formó durante una supernova hace más de seis mil millones de años, cuando una estrella que terminaba su ciclo de vida se plegó y explotó, liberando desintegración radioactiva y detritos que finalmente alcanzaron la Tierra. El Uranio puede encontrarse en las rocas y en el agua del mar, y es el productor del calor existente en el interior de la corteza terrestre.

El número de partículas (neutrones) en el núcleo designa las distintas formas (isótopos) de uranio. Cuando el núcleo de un átomo de uranio se divide, libera una gigantesca cantidad de energía. Esto, además, emite neutrones que provocan la división de otro núcleo de uranio cercano, liberando más energía, en lo que suele llamarse reacción nuclear en cadena. El isótopo U-235 (92 protones + 143 neutrones = 235) se usa en la fisión nuclear porque contiene abundante energía que se calienta cuando se divide. Es este calor el que se usa para provocar el vapor que pone en marcha la turbina del reactor nuclear.

De los dos tipos de uranio que se encuentran en la naturaleza, es el raro isótopo U-235 el que se usa en las bombas nucleares. El uranio natural contiene menos de un uno por ciento de U-235. Para poder ser usado en explosivos nucleares, debe estar enriquecido hasta conseguir un noventa por ciento de U-235, y sólo un diez por ciento de U-238. El otro material fisible que se usa en las armas nucleares es el Plutonio-239, una sustancia obtenida a partir del bombardeo de uranio-238 con neutrones en un reactor nuclear. Casi inexistente en la naturaleza, el plutonio es una de las sustancias conocidas más tóxicas, y la inhalación de apenas una milésima parte de un gramo provocaría la fibrosis masiva de los pulmones. Cinco kilos de U-235, o un poco menos de plutonio, es lo único que se necesita para alcanzar la masa crítica en una bomba nuclear.

Para que un reactor CANDU funcione con uranio sin enriquecer es necesario el uso de aguas pesadas como medio. El agua pesada es agua en el que los átomos de hidrógeno han sido reemplazados con deuterio. La producción de medio kilo de agua pesada exige ciento cincuenta y cuatro toneladas de agua corriente. Debido a que el agua pesada puede, además, ser utilizada para enriquecer el U-235 hasta convertirlo en uranio de graduación nuclear, la producción y distribución del agua pesada está estrictamente vigilada.

¿El mayor productor mundial de agua pesada? La Planta de Aguas Pesadas Bruce, en Tiverton, Ontario.

\* \* \*

Tursi conduce hasta dejar atrás el economato, y entonces dirige el enorme diesel hasta que su flanco izquierdo está alineado con el muelle de carga. Richard Weldon

Small, el capataz, está esperándolo impaciente mientras eleva la puerta lateral del vehículo.

—Ha habido... problemas. Mi hombre sólo ha podido llenar diecisiete barriles.

—Ése no fue nuestro acuerdo.

A pesar de las frías temperaturas, Small está sudando.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido. Tuvimos menos de una hora.

Tursi mira los veinte barriles, que habían sido colocados apresuradamente en cinco palés. Camina hasta el cuarto palé y, al azar, selecciona un barril.

—Ábrelo.

—No tenemos tiempo. Mi supervisor...

Tursi desengancha un instrumento con forma de trinquete de su cinturón y lo usa para abrir el barril. Saca un analizador químico de veinticinco centímetros del bolsillo de su chaqueta de esquiar y moja el extremo metálico en el claro líquido que contiene el barril. Comprueba el lector: Deuterio.

—Nos conocemos desde hace seis años. ¿No confías en mí?

—No confío en nadie que pueda joderme. —Tursi saca un grueso sobre del bolsillo de su pantalón—. Veinte mil. Asegúrate de que tu hombre lo recibe, o pasarás el resto de tu vida mirando sobre tu hombro.

Small echa un vistazo al montón de billetes. Después los dos hombres empujan los barriles hasta el interior del camión y los aseguran entre los otros diez barriles de cerveza.

Seis horas y dos paradas para descansar más tarde, Michael Tursi guía el camión de cerveza a través del puente Ambassador hasta Detroit.

---

«Quienes pueden renunciar a su libertad esencial para obtener una pequeña seguridad temporal no merecen ni libertad ni seguridad.»

Benjamin Franklin.

«Mueller, director del FBI, galardonó personalmente a Marion Bowman (Spike) con una citación presidencial y un extra en efectivo que suponía aproximadamente el veinticinco por ciento de su salario. Bowman, jefe de la Unidad de Seguridad Nacional del FBI, es la persona que se negó a pedir una orden especial para la búsqueda de las pertenencias de Zacarias Moussaoui tras los ataques del 11-S. El galardón llegó poco después del informe de la investigación sobre el 11-S para el

Congreso, que decía que la unidad de Bowman había dado a los agentes del FBI de Minneapolis "una información inexcusablemente confusa y poco precisa" que era "evidentemente falsa".»

Doug Grow, de «FBI Performs A Nasty Little Sequel To Whistle-Blower Saga»,  
The Minneapolis Star Tribune, 22 de diciembre de 2002.

«Un país que teme dejar que su población juzgue la verdad y la mentira en un mercado abierto es un país que teme a su población.»

Presidente John F. Kennedy.

# Capítulo 10

LONG ISLAND, NUEVA YORK

17 de diciembre de 2011

7:12 A.M. EST

Ace se incorpora con lentitud, inmediatamente consciente del dolor en su cabeza. Tiene el estómago vacío y un poco revuelto, después de haber vomitado en el coche de policía. El recuerdo del calor de las repetidas descargas de electricidad está desapareciendo, pero le han dejado un desagradable gusto metálico en la boca.

Hay dos hombres más en la celda. Un musculoso cincuentón está tumbado en un catre y usa su arrugada chaqueta deportiva como almohada. En el suelo hay un universitario, al parecer sin conocimiento.

Ace levanta la mirada al oír pasos que se aproximan. Usando las barras de hierro, se incorpora del suelo justo cuando el guardia abre la puerta de su celda. Acompañando al oficial de policía hay un tipo desgarrado de unos cuarenta años, con el rizado cabello marrón grisáceo a juego con su traje.

Jeffrey Gordon, socio mayoritario de Cubit, Gordon & Furman, Abogados, saluda a su amigo de juventud con una mirada preocupada y un abrazo rápido.

—Se ha dispuesto una fianza. Vamos a llevarte a casa.

—¿Qué pasa con...?

Jeff niega con la cabeza.

—Aquí no.

\* \* \*

Diez minutos más tarde están en el coche de Jeffrey, abriéndose camino a través del tráfico de hora punta.

—¿Pero cómo pueden entrar en mi casa sin una orden de registro?

—Ley Patriótica, artículo 213: Cualquier agencia de orden público puede entrar en cualquier hogar o negocio, esté el propietario en el interior o no, haya sido notificado el propietario o no, y usar cualquier prueba confiscada para arrestarlo con cargos. Es legal.

—Es fascismo, eso es lo que es. ¿Qué demonios ha pasado con la Cuarta Enmienda?

—Se la cargaron en el 2001. El artículo 202 establece que los federales pueden leer tus mensajes de correo electrónico, y el artículo 216 les permite interceptar las llamadas telefónicas.

—¡Joder! ¿Cómo demonios ha podido aprobar el Congreso...?

—Cheney y Ashcrof la pusieron en marcha antes incluso de que el Congreso la hubiera leído. Ni siquiera se había impreso cuando se convocó la votación. En resumen, los federales pueden hacer básicamente lo que quieran, siempre que afirmen que el sospechoso es parte de una investigación por terrorismo.

—¿Terrorismo? Jeff...

—Lo sé, lo sé. ¿Qué pasa con Kelli? ¿Estaba trabajando en algo que pudiera haber asustado a alguien?

Ace piensa en la noche en la que su esposa fue asesinada.

—No lo sé —miente—. Kelli nunca me hablaba demasiado de su trabajo. Jeff, ¿estoy metido en un lío muy gordo?

—El FBI ha retirado la denuncia por agresión después de que les amenazara con contar a los periódicos todo lo del funeral. Pero tienes que tener cuidado. He representado a otros clientes que eran objetivo de los federales, y probablemente no estaría mal que fueras un poco paranoico a partir de ahora. Asume que te están vigilando veinticuatro horas al día, que han pinchado tus líneas telefónicas, que han interceptado tu correo electrónico. De hecho, apártate de Internet hasta que las cosas se tranquilicen. Y nada de transacciones financieras que parezcan aunque sea remotamente fuera de lo normal. Tendrán acceso a tus tarjetas de crédito, a tus cuentas bancarias... a todo. Con un poco de suerte, esto será sólo un antiguo vestigio de la administración Bush, quizá se han puesto paranoicos porque Kelli trabajo para ellos hace años. La verdad es que cabreaste a mucha gente en el funeral.

—Son un saco de gusanos.

—De gusanos con poder. —Jeffrey entra en la autopista y mira a su amigo—. He oído que has perdido tu trabajo.

—Sí. También cabreé a algunos allí.

—¿Necesitas un préstamo?

—Gracias, no, estamos... Estoy bien. Sólo estoy un poco abrumado ahora mismo. Si te soy sincero, estoy más preocupado por los niños.

—Gay y yo iremos a visitarte dentro de poco. Llevaremos a Jesse y a Rayna. Mientras tanto, déjame escarbar un poco por ahí, a ver qué puedo encontrar.

LA CASA BLANCA

Washington, D.C.

17 de diciembre de 2011

2:20 P.M. EST

Barack Obama, el presidente número cuarenta y cuatro de los Estados Unidos, se sienta impasible ante el escritorio de madera de seiscientos kilos construido con madera rescatada hace mucho del navio británico de Su Majestad la Reina Resolute.

Obama está solo en el Despacho Oval, mirando distraídamente las puertas de cristal que dan al patio Rose Garden. La cuarta tormenta de nieve importante del invierno se ha posado en el noroeste esa tarde, y ya han caído casi cinco centímetros. El jardín, bajo las cargadas nubes grises, está cubierto de blanco, y el pronóstico del tiempo ha advertido que caerán veinticinco centímetros más y que las temperaturas bajarán hasta situarse bajo cero.

«Morirá gente... ocurre en cada tormenta. Los accidentes de tráfico se llevarán a unos pocos, y una docena de ancianos que no pueden permitirse pagar la factura eléctrica morirán congelados.»

Ya han pasado dos horas desde que Obama abandonó su reunión con Sultan bin Abdel Aziz, pero aún puede oler el fuerte aroma del aftershave del hombre en sus solapas. Y algo más persiste en el aire del Despacho Oval.

«¿Qué pasará cuando las luces se apaguen para siempre, cuando el calor haya desaparecido? ¿Cuando las cocinas no funcionen y no pueda encontrarse comida en todo Washington? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la gente se manifieste en Washington?»

Barack Obama asumió la presidencia gracias a la resolución de los americanos a un cambio. Esperaba que su administración fuera una montaña de desafíos mayor de la que ningún otro líder mundial había encarado nunca: un déficit de un trillón de dólares, bancos en quiebra, mercados financieros en la ruina, la industria automovilística americana amenazando con hundirse, grandes corporaciones declaradas en bancarrota, el mercado de valores con mínimos históricos, crecimiento del desempleo, dos costosas guerras... y la amenaza de una Irán y una Corea del Norte nucleares. Si a todo eso se suma la amenaza de una pandemia de gripe porcina, no es de extrañar que el cabello del presidente esté ya encaneciendo. Reparar el daño era el equivalente a hacer un puzzle tridimensional, el lugar de cada pieza afectaba a la integridad de la estructura completa. Eso significaba que algunas promesas electorales tendrían que ser sacrificadas como peones en un tablero de ajedrez, que una batalla tendría que ser estratégicamente perdida para asegurarse una victoria mayor más adelante... la hipocresía que pudiera percibirse estaría destinada a irritar a un grupo de electores que estaban concentrados en su propio conjunto de prioridades.

Y a veces había que hacer un sacrificio incluso mayor, a veces la verdad tenía que ser enterrada, o alterada, para prevenir una avalancha. Como la masa sumergida de un iceberg, la verdad era la amenaza invisible que podía hundir el barco.

La verdad del 11-S.

La verdad sobre las cada vez menores reservas petrolíferas mundiales.

Se estaban desarrollando batallas por el poder en todo el mundo, y cada una de ellas ponía a prueba y evaluaba la resolución de la nueva administración... y al mismo tiempo sus rivales locales continuaban atacando las políticas del presidente sin

otra razón que colocar el éxito de su partido en los sucesos en los que él fracasara. Mientras tanto, el ex presidente Bush y su amaestrador, el vicepresidente Cheney, continuaban lanzando granadas desde los flancos, en un intento de reescribir la historia reciente... y de difuminar las ilegalidades que rodeaban su propio legado.

A pesar de los esfuerzos de Obama, los problemas alrededor del globo se amontonaban, encabezados por el punto caliente de Oriente Medio. En Irak, un avispero de violencia sectaria entre los sunitas y los chiitas, espoleados por los mullahs y radicales islamistas, sigue siendo una espina en el talón de una democracia en ciernes que impide que el presidente reduzca significativamente el número de tropas en la región. Después de sofocar su propio alzamiento democrático, Irán y su deseo de desarrollar armas nucleares (respaldado por subterfugios salidos de Rusia y China) continúa siendo una grave amenaza para Irak, Arabia Saudí, Siria e Israel.

La situación se alimenta de la úlcera del presidente todos los días. La actual guerra en Irak ha dictado cambios en la política de Estados Unidos sobre Oriente Medio, que ahora respalda los regímenes dictatoriales «moderados» de Egipto, Jordania y Arabia Saudí, que están usando su salafismo fundamentalista para extender el conflicto entre sunitas y chiitas en el Líbano, en un intento de desestabilizar Siria. Mientras tanto, la posibilidad de un acuerdo de paz entre israelíes y palestinos que podría guiar a una nación palestina amenaza con ser desbaratada por un agresivo primer ministro israelí que parece haber sido arrastrado a la fuerza a la mesa de negociaciones, por la negativa de Hamás y Hezbolá a aceptar el derecho de Israel a existir, y por los líderes iraníes, que siguen proporcionando armas convencionales a ambas facciones radicales, cuyas acciones sólo sirven para mantener a su propio pueblo como rehén.

El comodín de esta ecuación siguen siendo Arabia Saudí y sus dictadores reales, que continúan jugando con ambos bandos para conseguir sofocar los disturbios tanto dentro como fuera de sus fronteras. Aunque una Irán nuclear amenazaría las fronteras del reino, la Casa de Saud está pudriéndose desde el interior, y su decadencia procede de décadas de avaricia y abominables abusos contra los derechos humanos. La promesa de unas elecciones abiertas ha disminuido hasta convertirse en explosiones de mano dura generadas más como exhibición pública que como cambio democrático. El pueblo saudí, que una vez estuvo determinado a participar en el futuro de su propio país, se ha enconado en la servidumbre, rota ya toda esperanza de romper el monopolio de poder de la familia Saud... al menos mientras los reyes estén respaldados por los países industrializados importadores de petróleo. La brecha entre los señores saudíes y la empobrecida población se amplía cada día que pasa, y en el interior de este vacío de descontento, el fundamentalismo islámico crece, alimentado por la masacre que están llevando a cabo los iraníes con la población sunita de Irak.

Tras negarse a «despilfarrar» los beneficios de su país en los servicios básicos

necesarios para construir una economía moderna, la Casa de Saud ha decidido, en lugar de eso, someter la voluntad de su pueblo. Para ocuparse de la amenaza islámica, los reyes no han tenido más remedio que sobornar a los líderes musulmanes, quienes a cambio han estado utilizando estos nuevos recursos financieros para atacar Occidente.

Mientras tanto, hay un movimiento creciente entre los republicanos del Congreso para sofocar a los extremistas islámicos, con neoconservadores como Dick Cheney, Karl Rove y los expertos de Fox News tocando los tambores para una invasión de Irán. Las opciones militares han sido planeadas y discutidas en secreto, pero el presidente se niega a ser empujado a otro costoso compromiso... uno que sabe que está alimentado por el deseo del grupo PNSA [20] de controlar Oriente Medio, y sus cada vez menores existencias de petróleo.

Para formar este puzzle en tres dimensiones, el presidente debe distender la situación en Oriente Medio, retirando simultáneamente la presencia militar en Irak, mientras dirige a Estados Unidos a un futuro sin combustibles fósiles que conducirá a una nueva economía ecológica.

La cuestión es cómo conseguir que los dinosaurios del sector financiero se extingan silenciosamente.

El presidente sonríe para sí mismo.

«Dinosaurios y petróleo... una metáfora apropiada. Seguramente será necesario que caiga otro asteroide para que la sociedad avance.»

Sus pensamientos son interrumpidos por la voz de su secretaria en el intercomunicador.

—Señor presidente, son las dos y media.

—Gracias, Sophia. —El antiguo senador se endereza la corbata y sale a través del despacho de su secretaria, desde donde entra en la cámara del Consejo.

En la mesa de conferencias ya están sentados su Jefe de Personal, los directores de la CIA y Seguridad Nacional, el secretario de Estado, los ministros de Energía y Defensa, y el vicepresidente. Todos se levantan cuando él entra para ocupar su lugar en el centro, de espaldas a los ventanales a prueba de balas.

—Buenas tardes. Espero que todo el mundo esté bien. Como sabéis, el rey Sultan y yo hemos pasado varias horas juntos esta mañana, discutiendo la situación del Golfo Pérsico. Me ha asegurado que los recientes disturbios en Riad fueron un incidente aislado, y que las tensiones se han disipado. Desafortunadamente para el rey, no miente demasiado bien.

El vicepresidente fuerza una sonrisa.

—Señor presidente, ¿cuál ha sido la respuesta del rey Sultan a nuestra oferta?

—Los saudíes están de acuerdo en incrementar la producción de petróleo un millón de barriles al día, comenzando el 1 de marzo.



Aplausos y sonrisas alrededor de la mesa.

El presidente asiente.

—Esto será un buen empuje para la economía, y sin duda para nuestro número de votos, pero, como siempre, tiene un precio. Por una parte, el rey Sultan afirma que los disturbios civiles no son tema de preocupación. Por otra, quiere utilizar nuestros recursos para contener un nuevo movimiento rebelde, Ashraf. El rey Sultan afirma que Al-Qaeda está detrás del grupo y quiere la ayuda de la Agencia de Seguridad Nacional para la identificación y captura de sus líderes.

El director de la CIA, David Schall, sonríe con satisfacción.

—Si el rey está tan preocupado por Al-Qaeda, ¿por qué sigue permitiendo que sus fondos pasen a través de su sistema bancario? En cuanto a Ashraf, nos ocupamos de las actividades de esta agrupación en una reunión celebrada hace unas seis semanas. No es un movimiento radical islámico. De hecho, es un movimiento democrático civil, uno que está ganando popularidad entre los trabajadores extranjeros de los campos petrolíferos saudíes. Hasta ahora han concentrado sus ataques exclusivamente en emplazamientos de Saudi Aramco.

—Eso los convierte en una amenaza para nuestros intereses —estipula Howard Lowe, el director de Seguridad Nacional.

—No lo discuto —responde Schall—. Sin embargo, no es Al-Qaeda, ni parte de una influencia beduina. Estamos tratando con un grupo que desciende de Muhammad, pensadores modernos que se oponen tanto al tradicionalismo de Wahhabi como a la monarquía saudí. El movimiento recibe apoyo financiero del príncipe Alwaleed bin Talal, que ha sido muy crítico con la Casa de Saud y Saudi Aramco durante años. El príncipe es pro-americano, aunque se traiciona a sí mismo cuando habla de los palestinos. Se licenció en Menlo College [21]. Terminó su master en Siracusa. En el pasado se mantuvo lejos de la política saudí y enfocó su energía en la construcción de un gran negocio internacional llamado Kingdom Holding Company. Son grandes inversores de Apple, AOL y Motorola, y tienen acciones en una docena de importantes cadenas hoteleras. Forbes listó recientemente a Bin Talal como el cuarto hombre más rico del mundo... detrás de Sultan, por supuesto. Fue su donación tras el 11-S la que fue rechazada por Giuliani, pero el príncipe ha contribuido regularmente con varias instituciones americanas. Si es un radical, lo es sólo en el contexto de oposición a la Casa de Saud.

—Bin Talal también ha hecho grandes inversiones en agrupaciones de entretenimiento, incluida la agencia de noticias de Rupert Murdoch —replica el director Lowe—. Eso le proporciona un espacio para difundir por todo el mundo cualquier mensaje que elija.

—¿Y qué mensaje sería ése? ¿Derechos humanos? —El presidente mira a su alrededor—. Creo que deberíamos encontrar un modo de apoyar al movimiento

Ashraf.

—Con el debido respeto, señor presidente —replica su vicepresidente—, eso sería increíblemente arriesgado. Irán ya está favoreciendo las exportaciones de petróleo a China. Si el rey descubre que estamos apoyando a sus enemigos...

—El rey Sultan está apoyando a nuestros enemigos —contesta Benjamin Simon. El Jefe de Personal filipino-americano mira a Joe Biden, que está al otro lado de la mesa—. Tú leíste el PDB [22] de la semana pasada. La mayor parte de los fondos de Al-Qaeda, así como los de otros regímenes radicales islámicos, provienen de corporaciones controladas directamente por la Casa de Saud, o de cuentas de su banco central.

—Sí, como contrapeso a las políticas que favorecen a los Estados Unidos. Los saudíes temen el castigo. Pero si el rey Sultan nos invita a extirpar el movimiento Ashraf, quizá podamos aprovechar la oportunidad para colocar cabezas nucleares en nuestras bases saudíes... contra la amenaza iraní. ¿No está de acuerdo, secretario Kendle?

—Sí. —Joseph Kendle, el ministro de Defensa de Obama, pasa su gruesa mano por su corto cabello pelirrojo—. No podemos quedarnos de brazos cruzados mientras los iraníes apuntan nuestras bases militares con sus misiles nucleares. Si eliminar a un par de líderes de Ashraf nos permite hacer eso, yo diría que lo hiciéramos.

—No. —El presidente nota el reflujo ácido asándose en sus entrañas—. Colocar misiles balísticos en Arabia Saudí sería extremadamente peligroso. Los musulmanes podrían percibirlo como un preludio para la Yihad. En cuanto a ayudar al rey Sultan a librarse de sus enemigos, aquí tenemos, por fin, un grupo que podría conducir a un cambio en la moralidad de Arabia Saudí... ¿y nuestra primera respuesta va a ser liquidarlos? ¿Qué estamos fomentando allí, chicos? Si de verdad tienen petróleo, tendrán que vendérselo. ¿Por qué atacar a un grupo que podría por fin instituir alguna reforma? ¿No es para eso para lo que se supone que entramos en Irak?

Después de un momento, Patricia Moreau, la ministra de Energía, habla.

—Ciertamente, vale la pena considerarlo, señor presidente. Al mismo tiempo, la revolución significa cambio, y el cambio requiere tiempo. Ashraf está en la costa oeste de Arabia Saudí, pero son los beduinos quienes controlan el este, y es allí donde están los mayores campos petrolíferos. Ahora, con la economía mundial aún recuperándose, el dramático giro a la derecha que ha tenido lugar en la Unión Europea y la inestabilidad en Irak e Irán, por no mencionar Venezuela y Nigeria, ¿realmente podemos permitirnos la incertidumbre en el reino Saudí? La Casa de Saud lleva en el poder mucho tiempo, y están respaldados por los beduinos. Dudo que Ashraf llegue alguna vez a controlar las ciudades del Mar Rojo, y menos aún el país entero. Y si se produce realmente una revolución, esa puerta se abrirá hacia ambos lados. La anarquía presenta a los iraníes una oportunidad para obtener un fuerte punto

de apoyo en el país. Derrocar la monarquía ahora guiaría a un ataque islámico.

—Bin Talal forma parte de la monarquía, señora Moreau.

—Sí, señor. Una voz entre miles. Quizá hay otros príncipes deseando unirse a él bajo las circunstancias apropiadas, pero es poco probable. Afrontémoslo, la monarquía ha estado mimando a millonarios que han aprendido a matar su propia voluntad. Y Bin Talal puede apoyar la revolución desde la distancia, pero no hemos visto ninguna señal que nos haga pensar que está interesado en luchar por el pueblo.

Un par de asentimientos de acuerdo.

El presidente no está listo para retroceder aún.

—Decidme, ¿qué debería hacer Estados Unidos si las calles de Arabia Saudí estallaran en gritos y peticiones de democracia, como hicieron en Teherán en 2009? En aquel momento perdimos la oportunidad. ¿Cuál debería ser nuestra respuesta si Ashraf toma la Meca y Medina? El odio musulmán contra la Casa de Saud rivaliza con su odio por occidente. ¿Cuánto tiempo más podremos apoyar a la monarquía?

—Con el debido respeto, señor presidente —responde el vicepresidente—, la Casa de Saud no caerá, no con nuestro apoyo.

—Nixon y Carter dijeron lo mismo del Sah de Irán. —El presidente comprueba su reloj—. Tengo prevista una llamada con el Primer Ministro. Dejaremos esto por ahora.

Los miembros del consejo se levantan para marcharse. Mientras la cámara se vacía, el presidente detiene al director de la CIA.

—David, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Sí, señor.

A solas con el presidente, Schall cierra la puerta.

—Una reunión interesante, señor presidente. Ha lanzado el cebo realmente bien. Porque es obvio que está pasando algo.

—Planes en el interior de más planes. El rey Sultan está preparado.

—¿Para qué me necesita?

—Pat Moreau tiene razón. Lo último que necesitamos justo ahora es un vacío de poder en Arabia Saudí, pero la extensión de esa amenaza está lastrada por la cantidad de petróleo que aún queda realmente en las reservas usables. Lo que necesito es información... datos concluyentes, no el tipo de informes que suelen venir del Departamento de Energía.

—De acuerdo. Ghawar y el campo aún sin explotar son la clave.

—¿Cómo descubriremos lo que hay ahí abajo? ¿Quién puede saberlo?

—Nadie a quien podamos conseguir. Sin embargo... Conozco a alguien que podría ayudar.

—¿Quién es?

—Lo conocí hace varios años en una fiesta. Su esposa nos presentó. Se llama Ace

Futrell. Trabaja para PetroConsultants, o al menos lo hacía hasta que tiró de la manta en la vista sobre energía.

—Haz que tu gente lo localice.

—Señor, eso será... complicado. Su esposa era Kelli Doyle.

—Maldita sea...

—Para empeorar las cosas, Seguridad Nacional abrió un archivo sobre Futrell horas después de que Doyle fuera asesinada. Si los hago dar marcha atrás...

—Eso enviará señales de advertencia a nuestros amigos neoconservadores.

—Sí, señor.

El presidente reflexiona sobre ello.

—Ocúpate de ello. Personalmente.

---

«Cuando estás ahogándote no dices: "Estaría increíblemente agradecido si alguien me viera ahogándome y viniera a ayudarme", sólo gritas.»

John Lennon.

«Está claro que las autoridades estadounidenses hicieron poco, o nada, para prevenir los ataques del 11-S. Se sabe que al menos once países proporcionaron a los Estados Unidos advertencias anticipadas sobre los ataques del 11-S. Dos expertos del Mossad fueron enviados a Washington en agosto del 2001 para alertar a la CIA y al FBI... La lista que proporcionaron incluía los nombres de cuatro de los secuestradores del 11-S, y ninguno de ellos fue arrestado.»

Michael Meacher, MP, Ministro de Medio Ambiente de Gran Bretaña (1997-2003), en «The War on Terrorism is Bogus», TheGuardian, 6 de septiembre de 2003.

«Los hombres que fueron identificados como los líderes del 11-S estuvieron bajo vigilancia años antes, sospechosos de terrorismo, por autoridades estadounidenses y aliadas... entre las que se encuentran la CIA, el programa militar estadounidense «Able Danger», las autoridades alemanas, la inteligencia israelí y otros muchos. Dos de los presuntos líderes de los que se supo que estaban bajo vigilancia de la CIA vivían además con un agente del FBI en San Diego, pero esto se supone que es otra coincidencia más.»

911TRUTH.ORG

# Capítulo 11

GARY LEE SCHAFER, DIRECTOR

Unidad Fundamentalista Radical

Sección de Contraterrorismo y

Oriente Medio FBI-HQ

29 de diciembre de 2011

Director Schafer:

Este mensaje de correo electrónico servirá como seguimiento de las comunicaciones con origen en FBI-Chicago entre el 14/12 y el 27/12/11. FBI-Chicago ha confirmado que el sospechoso Jamal al-Yussuf ha recibido ingresos desde una cuenta de las Islas Caimán por un total de 112210\$. El sospechoso Omar Kamel Radi ha recibido ingresos por un total de 117540\$. Durante las últimas tres semanas ambos sospechosos han vaciado sus cuentas bancarias. Ninguno ha sido visto desde entonces.

Hemos recibido confirmación de la división de Apoyo Estratégico (AE) en Irán indicando que ambos sospechosos habrían sido reclutados de la Qods iraní (Guardia Revolucionaria Islámica) en algún momento entre diciembre del 2007 y abril del 2008. La foto vigilancia confirma al sospechoso Jamal al-Yussuf en la base de instrucción Imam Ali, ubicada al norte de Teherán (calle Alborz Kouh), entre abril del 2007 y diciembre del 2009. Un informador de AE coloca al sospechoso Omar Kamel Radi en la base de entrenamiento Bahonar, cerca de Karaj Dam, en Teherán (autopista Chalous) entre junio del 2007 y diciembre del 2009.

Inmigración confirma que el sospechoso Jamal al-Yussuf llegó a los Estados Unidos (Nueva York) en febrero del 2011. El sospechoso Omar Kamel Radi lo hizo dos meses más tarde (abril del 2011). Ambos sospechosos se encontraron en septiembre en Aurora.

Con esta nueva información, solicitamos:

- Vigilancia electrónica para reubicar a los sospechosos.
- Supervisión del FBI de las actividades de los sospechosos.
- Vigilancia de la NASA de la actividad en los teléfonos móviles de los sospechosos.

Respetuosamente,

Adrián Paul Neary, Director

FBI-Chicago

El director Schafer relee el mensaje por tercera vez, con el pulso acelerado.

\* \* \*

Aunque en un principio se preparó como ingeniero de sistemas informáticos, Gary Lee Schafer fue reclutado nada más salir de la universidad por la Agencia de Investigación Federal para trabajar en la División de Seguridad Nacional en los cuarteles generales del FBI. Después de completar su instrucción en Quantico, Virginia, fue destinado a Nueva York para que se concentrara en investigaciones criminales y de espionaje. Allí diseñó programas para contrarrestar el terrorismo doméstico y prevenir el uso de armas de destrucción masiva contra la población del país y su infraestructura crítica.

Lo que parecía una prometedora carrera descarriló en 1993.

El 26 de febrero, una bomba de media tonelada detonó en el aparcamiento situado bajo el World Trade Center. La explosión mató a seis personas e hirió a más de mil. Si la furgoneta que transportaba la bomba hubiera sido aparcada un par de metros más cerca de una columna de apoyo principal, la torre entera podría haberse derrumbado.

El FBI tardó poco en detener a un sospechoso, Mohammad Salameh, que estúpidamente había intentado recuperar la fianza de cuatrocientos dólares de la furgoneta alquilada. Más conspiradores fueron rápidamente capturados en lo que parecía ser una buena racha del FBI.

En realidad, el FBI había errado al seguir las pistas de un caso previo que habría evitado el ataque. Y fue su joven y prometedor agente Gary Schafer quien denunció el hecho.

El 5 de noviembre de 1990, Meir Kahane, fundador de la radical Liga para la Defensa Judía, estaba dando una conferencia antiárabe en un hotel de Nueva York cuando El Sayyid Nosair, un inmigrante egipcio de treinta y seis años de edad, hirió al rabí de un disparo mortal en el cuello. Nosair era parte de un grupo de musulmanes que despreciaban tanto a Israel como al líder egipcio Hosni Mubarak. Cuando se registró la residencia de Nosair, la policía descubrió manuales para-militares, mapas y diagramas de edificios, incluido el del World Trade Center.

El agente Schafer creyó que las pruebas indicaban que una cédula terrorista musulmana había planeado el asesinato de Kahane, y que había más ataques en el horizonte. Desafortunadamente, los supervisores de Schafer se mostraron reacios a expandir su investigación, apostando en su lugar por un encarcelamiento rápido.

Cuando comenzó el juicio a Nosair, se produjeron revueltas en el exterior de los juzgados y amenazas de muerte contra el juez y los abogados. Con el fin de descubrir más cosas de los musulmanes, el FBI contrató a un informador, Emad Salem, un antiguo oficial del ejército egipcio de cuarenta y tres años, para que se infiltrara en el

grupo. Salem, al final, se convirtió en el guardaespaldas de Sheik Abdul Rahman, un clérigo radical musulmán. La CIA, mientras estuvo en Pakistán reclutando musulmanes para luchar contra los soviéticos en Afganistán, a finales de los 80, subvencionó a Rahman

Por increíble que parezca, el jurado declaró a Nosair no culpable de la acusación de asesinato, pero culpable de la posesión de un arma de fuego (el arma asesina que mató a Kahane). Mientras tanto, Salem continuó su labor como informador del FBI, enviando la información directamente al agente Schafer, algo por lo que le pagaban quinientos dólares a la semana.

Durante el verano de 1992, Salem les advirtió de que el grupo musulmán estaba planeando un atentado en Nueva York. El agente Schafer reportó la información de Salem, pero sus supervisores del FBI estaban convencidos de que el informador estaba mintiendo para conservar su trabajo, así que decidieron terminar el trato.

Seis meses después el World Trade Center fue atacado.

Después del suceso, el FBI volvió a contratar a Salem y le prometió un millón de dólares si revelaba alguna prueba de un complot terrorista adicional. En lugar de eso, Salem grabó, en secreto, sus conversaciones con los agentes del FBI, lo que señaló directamente a los jefes del agente Schafer como responsables de no haber prestado atención a sus advertencias anteriores. Muchos acusaron a Schafer de haber instigado a Salem para que realizara las grabaciones.

El FBI quedó doblemente avergonzado cuando descubrió que los contenidos obtenidos del apartamento de Nosair años antes contenían pistas importantes que habrían sacado a la luz los planes del atentado.

A pesar del hecho de que los terroristas musulmanes estuvieron cerca de asesinar a miles de americanos, no hubo una investigación del Congreso sobre los errores del FBI. El director, Louis Freeh, fue elogiado, y varios agentes recibieron recomendaciones.

El agente Schafer, sin embargo, sufrió el destino compartido por muchos otros soplones: su prometedor carrera se estancó para siempre.

Durante los siguientes dieciséis años, las propuestas de promoción de Gary Schafer fueron sistemáticamente olvidadas, de modo que se vio obligado a sentarse y observar cómo agentes menos cualificados subían la escalera de mando del FBI. Entonces, seis meses atrás, Schafer se encontró con Jeff Anders, su viejo compañero de piso en Quantico. Anders lo invitó a un viaje de submarinismo a las Caimán, y pronto comenzaron a hablar de negocios.

Como Shane Torrence y Marco Fatiga, Apoyo Estratégico había reclutado a Anders después de tres servicios militares en Oriente Medio. Anders contó a Schafer que había ayudado a que Apoyo Estratégico estableciera una red de espionaje en Irán. Estaba preparándose una operación de vigilancia local, una que exigía un leal par de

ojos en el FBI-HQ. Si Schafer estaba interesado, podía llegarse a un acuerdo.

Anders preparó una reunión entre Schafer y Graeme Turnbull, un coronel retirado que había servido en Irak. Dos meses después, el director de la Unidad Fundamentalista Radical del FBI decidió retirarse inesperadamente y le ofreció el puesto a Gary Lee Schafer, así como un aumento sustancial de su sueldo.

\* \* \*

Calmando sus nervios, Schafer responde el mensaje.

Director Neary:

La CIA e Inteligencia Militar estiman que la Qods iraní recluta a más de treinta mil ciudadanos extranjeros al año, incluyendo a individuos no mercenarios de Arabia Saudí, Bahrein, Afganistán, Jordania, Irak y varios países europeos. Dadas las circunstancias, la información que su departamento ha entregado al FBI-HQ no justifica los costosos dispositivos de vigilancia solicitados.

La continua monitorización de las transacciones bancarias de los sospechosos, y el uso de la identificación, debería reestablecer las nuevas localizaciones de los sospechosos. Infórmeme directa e inmediatamente de cualquier progreso.

G.L. Schafer, Director

Schafer relee su respuesta varias veces y después pulsa ENVIAR. Apaga su ordenador, sale de su despacho, informa a su ayudante de que va a hacer una pausa para comer y baja en el ascensor hasta la planta baja.

Un paseo de quince minutos lo lleva hasta la cabina telefónica de la biblioteca. Marca el número memorizado, deja que suene tres veces, cuelga y luego espera sesenta segundos antes de llamar de nuevo.

—Habla.

—Chicago está en la pista.

—Comprendido.

La comunicación se corta.

---

«Las familias del 11 de septiembre que lucharon y finalmente obtuvieron una investigación independiente (la Comisión del 11-S) plantearon más de cuatrocientas preguntas que la Comisión del 11-S adoptó como si fueran un mapa de ruta. La gran mayoría de estas preguntas fueron completamente ignoradas en las vistas de la Comisión, así como en el informe final. Los miembros de la Comisión del 11-S mostraron increíbles conflictos de intereses. Las familias pidieron la reasignación del director ejecutivo Philip Zelikow, miembro de la Administración Bush y amigo



íntimo de Condoleezza Rice, pero fueron ignorados. Max Cleland, uno de los miembros de la Comisión, dimitió, definiéndola como una "estafa" y un "lavado de cara". El Informe de la Comisión del 11-S es notable precisamente por sus obvias omisiones, distorsiones y falsedades... ignoró cualquier cosa incompatible con el relato oficial, desterró las cuestiones importantes a pies de página, e incluso descartó la aún sin resolver pregunta de quién financió el 11-S como "de poca importancia práctica".»

911TRUTH.ORG

«No vamos a hacer tratos. Si alguien quiere un acuerdo, emitiremos citaciones. ¡Ése es el trato!»

Max Cleland, senador de Georgia y miembro de la Comisión Kean del 11-S, en referencia a un trato con la Casa Blanca de Bush para permitir que un grupo de comisionados escogidos a dedo tuvieran acceso al Boletín Presidencial Diario (Cleland, posteriormente, dimitió de la Comisión).

# Capítulo 12

MONTAUK, NUEVA YORK

3 de enero de 2012

2:25 P.M. EST

Una blanca niebla cae sobre Montauk. Es el resultado de un encuentro entre un frente cálido fuera de temporada y el frío océano. Ace, con los pies descalzos, un pantalón corto y una gruesa sudadera de los Georgia Bulldogs, lanza un balón a su hijo. El muchacho de ocho años está vestido con ropa similar. Al antiguo quarterback, cada lanzamiento le provoca una punzada de dolor en la rodilla izquierda, la que había sido intervenida quirúrgicamente. Ignora el dolor mientras sigue disfrutando del juego.

Después de veinte minutos, el chico se cansa y vuelve a la casa, a jugar con la videoconsola.

Ace se reúne con su hija, Leigh, que ha estado observándolos desde una duna de arena y sacándoles fotos con su cámara digital.

—¿Has sacado alguna buena?

—Qué va, la luz es malísima. —Señala la rodilla izquierda de su padre, articulación que muestra cicatrices de quince centímetros—. ¿Te duele?

—No.

—Estabas haciendo muecas de dolor.

—Es que estoy anquilosado. Pero estoy bien.

—Debió dolerte cuando te la rompiste.

—Ostras, claro. Un defensa de ciento treinta kilos me bloqueó y se me enganchó la zapatilla en el césped. La rodilla se dobló hacia atrás, y dicen que el crujido se pudo oír desde las gradas.

—¿Alguna vez has deseado poder volver atrás en el tiempo? Ya sabes... para jugar de nuevo.

—No.

—Vamos, papá. Para revivir tus días de universidad, cuando eras el tipo popular del campus.

—Ése no era yo.

—Mamá me contó historias. Decía que eras realmente bueno, y que te habrían fichado si no te hubieras lesionado.

—Exagera. Sólo fui una nube pasajera.

—¿Eso qué significa?

—Que alcancé la cima y caí. —Mira la expresión de Leigh; no está satisfecha—. Cuando jugaba en el instituto era reserva, igual que cuando fui a Georgia. Sabía que

realmente no tenía ninguna posibilidad de ser titular, y menos de llegar a ser profesional. Pero seguí entrenando, y en los siguientes dos años mi cuerpo creció. Pase de 83 a 100 kilos justo antes de mi primer año de universidad. Estaba en buena forma. La fuerza de mi brazo se había incrementado, y eso atrajo la atención del entrenador durante las pruebas de primavera.

»De cualquier modo, cuando llegó el primer partido me convocaron como tercer quarterback. Primer tiempo, primera jugada y bam... todos nuestros quarterback estrella cayeron. En el tercer tiempo perdimos la defensa. Vi al entrenador mirando alrededor, y, de repente, me sacó al campo. Había mucho ruido, todo estaba ocurriendo muy rápido, e íbamos perdiendo. Nuestros receptores no conseguían quedarse solos, así que, al final, decidí echar a correr. Corrí tan rápido que casi me salí de las zapatillas... seguramente porque estaba muerto de miedo. Pero las cosas comenzaron a ir bien después de aquella jugada, y lancé un par de pases buenos. Terminamos remontando. De repente parecía que yo era el siguiente Kurt Warner.

—¿Quién es Kurt Warner?

—Jugaba en St. Louis Rams. Pasó de ser empleado de un supermercado a quarterback estrella de los campeones de la Super Bowl.

—Guau, papa, podrían haber hecho una peli sobre ti, ¿eh?

—Lo siento, chica. Las películas tienen finales felices. Mi carrera tuvo... inconvenientes.

Leigh señala las estrechas cicatrices blancas que atraviesan el interior de las muñecas de su padre.

—¿Esos inconvenientes?

Ace fuerza una sonrisa.

—Sí.

—¿Cómo te las hiciste?

Ace mira el Atlántico, su oscura superficie aún está cubierta por la niebla. Nunca había hablado a su hija de su intento de suicidio, nunca había sentido que fuese el momento correcto.

—Es difícil de explicar. Fue una época confusa... todo ocurría demasiado rápido. Tienes que entenderlo, yo realmente no era tan bueno... no, eso no es verdad. Era bueno, pero me faltaba experiencia. Cuando el entrenador me hizo titular nadie esperaba demasiado, pero, cuando seguimos ganando, la presión aumentó, y de repente estábamos jugando la Orange Bowl, y con posibilidades para el Campeonato Nacional. Fue un gran momento. El fútbol universitario en el sur... es una locura. Para sus seguidores no es un pasatiempo, es una religión. No podía caminar por el campus sin ser acosado. No podía estudiar, no podía comer, no podía pensar. Había estudiantes, admiradores, periodistas y aficionados asediándome día y noche; todo el mundo quería algo mío, y me ofrecían regalos, dinero, mujeres... como te digo, era

una locura. Cuando llegó la Orange Bowl, yo era un saco de nervios, y las manos me temblaban tanto por la adrenalina que apenas podía sostener el balón. Perdí el balón en la primera jugada. En mi segundo pase lancé una intercepción. El entrenador me mantuvo hasta el medio tiempo, y después me dejó en el banquillo. A esas alturas, el juego ya estaba perdido.

Ace se frota las cicatrices de la muñeca derecha.

—Los atletas becados tienden a despreciar a los suplentes, y yo había reemplazado a dos populares jugadores. Necesité toda la temporada para ganarme el respeto de mis compañeros de equipo, y lo perdí en la primera mitad de aquel partido. Los siguientes meses fueron malos. Recibía llamadas amenazadoras a media noche, me amenazaron de muerte un par de veces... incluso una vez alguien me pincho las ruedas del coche. En cualquier caso, después de las pruebas de primavera, aún era titular. Durante nuestro primer partido amistoso mi propia defensa me placó.

—¿Así es como te lesionaste la rodilla?

—Sí. Supongo que mis compañeros estaban mandándome un mensaje.

—Eso es horrible.

—El entrenador expulsó a aquel tipo y me ayudó con la rehabilitación, pero aquello me jodio mentalmente. Aquella primavera comencé a tener ataques de pánico. Me acostaba para dormir y de repente no podía respirar. El médico del equipo me recetó pastillas para dormir. Entonces comencé a tener ataques durante el día.

—¿Dónde estaba mamá mientras pasaba todo eso?

—Ocupada con el lacrosse. Siempre que mencionaba los ataques de pánico, me daba una palmadita en la nuca y me decía que me animase. Ya conoces a tu madre. Éramos jóvenes, éramos inmortales. Las cosas por las que yo tenía que trabajar tan duro... ella las conseguía sin esfuerzo. Los grandes atletas no tienen ansiedad. Ella no podía entenderlo.

—¿Y qué pasó? ¿Jugaste al fútbol durante tu último año?

—Lo intenté, pero los ataques de pánico empeoraron. Era como... como estar atrapado en tu propia piel. Supongo que era miedo. Miedo al fracaso. Miedo a decepcionar a todo el mundo de nuevo. Lo enfoqué mal, ahora lo sé. Debería haber hablado con alguien, haber tomado antidepresivos. Una noche no pude soportarlo más, así que decidí abrirme un par de venas y tomar un largo baño caliente.

Las lágrimas manaron de los ojos de Leigh.

—¿Quién te encontró?

—Tet. Mark Tetreault. Era nuestro tight end, y mi mejor amigo. Él me salvo la vida.

—¿Tet? ¿Es el que murió en el 11-S?

—Sí. Trabajaba en una compañía aseguradora que tenía sus oficinas en una de las plantas superiores. Perdieron a un montón de gente. El calor del combustible del

avión... decían que estaba tan caliente que la carne se fundía. La gente saltaba desde las ventanas, pero Tet no... el aguantó, sin duda guiando a sus compañeros hasta las zonas seguras, pero no había lugar a donde ir. —Ace se aclara la emoción de la voz.

—Papá...

—Ha pasado mucho tiempo, Leigh. No tienes por qué preocuparte.

Ella se acerca más a su padre. Ace le pasa un brazo por los hombros y la abraza con fuerza. Durante varios minutos, ambos escuchan el sonido de las olas.

Ace mira a su derecha. Se tensa cuando descubre al hombre que hay junto al agua, a treinta metros de ellos.

—Leigh, vuelve a casa. Yo iré en un momento.

Leigh camina con dificultad por la arena hasta llegar a un estrecho paseo entarimado que corta los juncos. Ace se pone su sudadera y se aproxima a la silueta que está vestida con una cazadora negra, pantalones de sport y zapatos a juego.

—Hola, Ace. Vamos a dar un paseo. —El director de la CIA, David Schall, camina por la orilla hacia el este—. Quiero que sepas que siento mucho lo de Kelli. Era más que una compañera, era una amiga.

—¿Quién la mató?

—Sinceramente, no lo sé.

—Eres el jefe de la CIA. Descúbrelo.

—Vamos a hablar de ti. ¿Por qué soltaste todas aquellas chorradas en las vistas del senado el mes pasado?

—No lo sé. Quizá estaba cansado de repetir la misma vieja mierda.

—El presidente cree que sabes más de lo que dices.

Ace deja de caminar.

—¿Es de eso de lo que va esta reunión? Y yo que pensaba que ibas a contarme por qué Seguridad Nacional está...

—Puedo conseguir que entres de nuevo en el juego.

—¿Y qué juego es ése?

David continúa andando.

—El presidente necesita saber cuánto petróleo queda en las reservas saudíes. Si tuvieras recursos ilimitados, ¿podrías descubrirlo?

—Por recursos ilimitados te refieres a...

—Ilimitados.

—¿Y yo qué consigo a cambio?

—Tu antiguo puesto de trabajo en PetroConsultans, con un aumento.

—Paso.

—Y Seguridad Nacional te dejará en paz.

Ace se detiene.

—¿Eso es cosa tuya?

—No. Pero tu esposa estaba poniendo a un montón de gente nerviosa con algo. ¿Te atreves a hacer una suposición?

Una ola rompe cerca de la orilla, lavando los pies desnudos de Ace y empapando los zapatos de vestir y los calcetines del director de la CIA.

—¡Joder!

—Vale, David. Si quieres la información, puedo proporcionártela, pero éstas son mis condiciones, y no son negociables. Quiero al asesino de Kelli. Quiero su nombre y dónde encontrarlo. Dame eso y yo te daré toda la información.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes, eres la jodida CIA. Eres el bastardo que empieza las guerras. Y David, la próxima vez que ordenes a mi abogado que me haga encontrarme contigo en la playa, al menos ponte sandalias y unos vaqueros, ¿eh? Estás ridículo.

---

«Dave Frasca (supervisor de Agentes Especiales del FBI) no sólo no compartió la información sobre Moussaoui con otras agencias de inteligencia u orden público, sino que, además, ¡nunca reveló a los agentes de Minneapolis que la División Phoenix estaba, desde hacía tres semanas, al tanto de todos los agentes de Al-Qaeda que estaban tomando parte en cursos de vuelo con propósitos terroristas! Es imposible creer que Dave Frasca actuara por libre, que poseyera toda esa información y no hiciera nada con ella, a menos que se le ordenara que actuara así. Los agentes del FBI de Minneapolis intentaron incluso tender una trampa a Dave Frasca y avisar al Centro de Contraterrorismo de la CIA. El resultado final fue que el personal de los cuarteles generales del FBI (Frasca y algunos superiores desconocidos) castigó a los agentes de Minneapolis por hacer la notificación directa sin su aprobación. Yendo incluso más allá, Frasca "rebajó" la aplicación de la orden de busca y captura, eludiendo información sobre las conexiones extranjeras de Moussaoui que había prometido incluir a los agentes de Minneapolis. Además, hizo dañinos cambios al texto proporcionado por los agentes de Minneapolis, consiguiendo, de ese modo, y de acuerdo con uno de los agentes de Minneapolis, "prepararlo todo para el fracaso".»

Steve Moore, en «11-S: ¿Presciencia o Decepción?»,

Global Outlook, número 2.

El supervisor de Agentes Especiales, Dave Frasca, fue más tarde ascendido a subdirector de sección de Operaciones Terroristas Internacionales, Sección I.

# Capítulo 13

CARBONDALE, ILLINOIS

3 de enero de 2012

8:47 P.M. CST

La furgoneta blanca se dirige al este por la calle principal, justo por debajo del límite de velocidad, antes de girar al sur y entrar en un barrio residencial. Los letreros magnéticos del vehículo lo identifican como perteneciente a una empresa de mejoras para el hogar de Decatur, Illinois.

Mike Tursi comprueba la hora. Llega cuarenta minutos antes, y eso le da una oportunidad para examinar el vecindario antes de hacer la entrega.

\* \* \*

Michael Tursi tenía veintiún años cuando llegó a la Base Aérea Sheppard, en Michita Falls, Texas, para empezar su instrucción como Técnico Analista de Misiles Balísticos... TAMB, para abreviar. Después de catorce meses de intenso entrenamiento, el Turco conocía todas las partes que componían un misil balístico intercontinental. Después de la graduación, se le dieron treinta días de permiso antes de partir a la Base de las Fuerzas Aéreas Vanderberg, en Santa María, California, para sus prácticas de instrucción con cabezas nucleares.

La entrada de Tursi en Vanderberg comenzó con el visionado de películas clasificadas que detallaban los efectos de la radiación termonuclear. El Turco y sus compañeros quedaron horrorizados al ser testigos de la muerte de los soldados americanos de la década de los 50 que, haciendo el papel de «ratas de laboratorio», habían sido expuestos a explosiones nucleares. Los afortunados habían sido vaporizados por la detonación, y el resto había muerto lentamente, agonizando por el envenenamiento radioactivo.

Una vez estuvieron preparados mentalmente, comenzó el entrenamiento. Las simulaciones escenificaban todos los accidentes posibles, incluyendo el lanzamiento y la recuperación de un misil real que fue lanzado sobre el Pacífico.

Después de su graduación en Vanderberg, Tursi, por fin, recibió su primer emplazamiento oficial... la Base de las Fuerzas Aéreas Little Rock en Arkansas. Era el año 1983, la era de la Guerra Fría y de las tensiones entre los miembros del «Escuadrón de Dios».

Little Rock era uno de los puntos clave, ya que contenía docenas de silos de misiles balísticos con misiles nucleares Titan II. Después de llegar a la base, a Tursi se le asignó una habitación y una brigada. Todos los miembros del equipo del Turco

tenían que conocer el trabajo de los demás, por si se necesitaba un lanzamiento y el operario estaba herido, muerto, o por si se había «rajado» ante la perspectiva de disparar un arma diseñada para matar a millones de personas. Los simuladores de instrucción se usaban para examinar a cada individuo y equipo, y la brigada del Turco siempre había obtenido un AC (Altamente Cualificado).

Lo peor eran las alertas. Entrar en alerta significaba levantarse a las cuatro de la mañana, llegar al cuartel general del escuadrón a las cinco y media, y pasar por las rutinas de seguridad. Cada silo subterráneo estaba conectado con un túnel donde los equipos se reunían. Para poder entrar, un operario tenía que llamar al equipo que estaba en su interior con la contraseña correcta y el código de emergencia (este último en caso de que algo fuera mal). Los operarios, durante una alerta, van fuertemente armados. Ni siquiera la policía tiene autoridad sobre un TAMB en alerta.

Al llegar a la entrada subterránea, sólo se permitía que uno de los operarios entrara en el portal exterior para introducir el código. Una vez dentro, el equipo de reemplazo completaría un VRD (Verificación de Reemplazo Diario), que significaba entrar físicamente en el silo de los misiles e inspeccionar las partes críticas del misil balístico intercontinental, incluida la cabeza nuclear. Al trabajar en el silo, Tursi podía sentir realmente el calor que emanaba de la cabeza nuclear. Y a medida que se adentraba en el silo, el olor del combustible y el oxidante se hacía más fuerte.

Durante la alerta, un equipo TAMB era sellado en el interior del búnker de misiles durante un mínimo de veinticuatro horas. En una ocasión, las torres refrigeradoras del silo de Tursi se apagaron y la temperatura se elevó hasta niveles críticos, lo que forzó a su equipo a quedarse con el misil balístico intercontinental noventa y seis horas hasta el que sistema fuera arreglado. En esa ocasión, el accidente se evitó.

Los misiles balísticos intercontinentales exigen mantenimiento. El Servicio de Transferencia Propulsor (STP) era una rutina que exigía que un equipo cambiara el combustible y el oxidante de cada parte del misil. Era un procedimiento peligroso, porque los misiles balísticos tienen una piel muy fina que puede ser perforada con facilidad. Se necesitan dos largas llaves inglesas, que van unidas por trabillas a los cinturones de herramientas de los técnicos, para aflojar el tubo de abastecimiento del misil Titan II. Como suele pasar, el olvido más pequeño a menudo conduce al mayor de los accidentes.

El equipo de Tursi estaba terminando un STP cuando un operario, que había olvidado sujetar su trinquete a su cinturón de herramientas, tiró accidentalmente la pesada herramienta. La llave cayó en el silo, golpeó el muro y dio contra el misil, agujereando el tanque inferior del mismo. El combustible manó a borbotones del Titan II, formando un charco en el suelo del silo.

Michael Tursi sabía que la explosión era inminente, pero se quedó junto a la cabeza nuclear y desconectó rápidamente los circuitos electrónicos con la esperanza



de evitar que el artefacto nuclear detonara cuando el fuel se inflamara.

Cuando la base entró en fase de aislamiento y alerta roja, la emergencia alcanzó un estado crítico, y el equipo de Tursi evacuó el silo. Michael esperó hasta el último momento posible, y después corrió al jeep que les esperaba. Minutos después de despejar la zona de perímetro, el combustible explotó, y la detonación hizo saltar por los aires la puerta de veinte toneladas del silo hasta un kilómetro de distancia. El humo y los escombros cubrieron kilómetros en cada dirección, pero la cabeza nuclear no detonó.

Si lo hubiera hecho, una sección importante de Arkansas hubiera sido vaporizada y contaminada.

No se permitió que la prensa se acercara a menos de quince kilómetros de la base. El personal que vivía en el interior del aro de seguridad, o se quedó en casa o fue arrestado. Al amanecer encontraron la cabeza nuclear, con la carcasa arrugada y el instrumento nuclear aún intacto.

No se concedieron medallas, la historia se tapó y la causa real del incidente se mantuvo bajo la manta. Durante los siguientes cinco años, la Guerra Fría terminó, el inestable Titan II quedó desfasado y Michael Tursi se quedó sin trabajo. Pero su cabeza fría había sido debidamente tomada en cuenta por inteligencia militar.

Dos días después de dejar Little Rock, Arkansas, el Turco fue reclutado por la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, y su primera asignación fue... la CIA.

\* \* \*

Michael Tursi recorre la calle tres veces, dando la vuelta por rutas distintas antes de seguir, finalmente, la carretera hasta su término en la calle sin salida. La furgoneta es alquilada, y su matrícula de Maryland está asignada a un vehículo propiedad de Dubai Ports World, de Baltimore.

Tursi aminora la velocidad al aproximarse a una casa de una sola planta y tres habitaciones ubicada en una parcela irregular. Un camino de cemento guía a un garaje de tres plazas que el ocupante usa como taller. El patio trasero está densamente arbolado, ya que es parte del Parque Nacional Shawnee. Las aguas verdosas del lago Deer se ven a lo lejos.

La casa pertenece al profesor Eric Mingyan Bi.

\* \* \*

El profesor Bi, experto en fisión nuclear y ahora catedrático de la Universidad Southern Illinois, nació hace sesenta y dos años en Qingdao, China, y llegó a Estados Unidos con sus padres cuando tenía diez años. El padre de Eric Bi era chino, un ingeniero civil que trabajó en muchos proyectos de presas hidroeléctricas. La madre

de Bi, Adzumi, era japonesa, y su familia procedía de Urakami, un suburbio de Nagasaki, ubicado en Kyushu, la isla más al sur de las cuatro islas principales japonesas. El padre y el tío de Adzumi tenían un importante negocio de importación/exportación en el puerto cuando ella era pequeña, y su clan fue «reclutado» por la marina del Emperador para organizar travesías de abastecimiento durante la Segunda Guerra Mundial.

El 6 de agosto de 1945, el Imperio Japonés cayó cuando la ciudad de Hiroshima fue abrasada por un «fuego en el cielo». Inmediatamente después del ataque atómico americano, el padre de Adzumi sacó un billete para que su esposa y sus hijos dejaran la isla.

Tres días después, a las 11:02 a.m. del 9 de agosto, una bomba nuclear aún más potente llamada Fat Boy [23] fue lanzada sobre Nagasaki. El primer objetivo había sido Kokura, pero las nubes habían oscurecido la visión del piloto. El arma explotó directamente sobre Urakami, vaporizando el pueblo, así como el extremo norte de Nagasaki. En un abrir y cerrar de ojos, treinta y nueve mil personas fueron exterminadas. El doble sobrevivió durante semanas al letal envenenamiento radiactivo, y el padre y los tíos de Adzumi estaban entre ellos.

Adzumi se estableció en China cuando tenía diecisiete años, en el momento en el que Japón finalmente se rindió a los Aliados. Catorce años después, su marido llevó a su familia a Estados Unidos para poder estudiar ingeniería sísmica. Como hijo único, Eric creció escuchando a su madre contar aquellos últimos y horribles días de la guerra... relatos que animaron al chico a aprender cómo aprovechar aquel increíble poder. Después de un máster y un doctorado en física, Eric pasó tres años en el Laboratorio Nuclear Los Alamos, en Nuevo México, tutorado por Wen Ho Lee, un científico nuclear que fue más tarde acusado de robar secretos militares para China.

Wen Ho Lee fue exonerado, y la sospecha de espionaje se dirigió entonces al profesor Eric Mingyuan Bi.

\* \* \*

Tursi conduce la furgoneta lentamente por el camino y aparca a un metro y medio de las puertas cerradas del garaje. El Turco sale de su vehículo con una pequeña caja de cartón en las manos.

El profesor Bi sale de su cocina y se pone un abrigo.

—Llegas temprano.

Tursi asiente.

—Vamos dentro a charlar.

Eric Bi abre la entrada lateral del garaje y dirige al agente de Apoyo Estratégico al interior. Hay un Ford Explorer negro aparcado en la plaza central. Una cortadora de césped y un quitanieves ocupan otra de las plazas. Hay herramientas colgadas en

una de las paredes. Nada fuera de lo normal, excepto que el garaje está climatizado y aislado.

Tursi le entrega la caja de cartón. El profesor seca la humedad de sus gafas de montura metálica y abre la caja. Escarba entre los montones sellados en plástico de billetes de cien dólares.

—¿Doscientos mil?

—Está todo ahí. Puedes contarlos más tarde. Conseguirás el resto cuando hagas la entrega final. Vamos a ver el colex.

Bi vuelve a meter los fajos de billetes en la caja y dirige a Tursi hasta un armario de almacenamiento. Aparta una carretilla y retira la deteriorada alfombra, exponiendo el suelo de madera. Usando una palanca que cuelga tras la puerta, suelta tres de las tablas del suelo. Varios peldaños de cemento guían al sótano.

El profesor chino entra primero para encender las luces, y Tursi lo sigue.

La habitación tiene casi treinta metros cuadrados, un techo de cuatro metros y muros emplomados sin ventanas. Un generador de propano de 16000 vatios ocupa una de las esquinas de la habitación, y un contenedor de plomo del tamaño de una lavadora pequeña está colocado en el muro opuesto, junto a otro contenedor de plástico de tamaño similar. Un traje aislante yace sobre el respaldo de varias sillas.

En el centro del sótano hay un objeto inmenso... un tanque rectangular de hierro de dos metros de alto y de profundidad, y tres metros de largo. Treinta agujeros del tamaño de pelotas de béisbol cubren el lado izquierdo del tanque, y cada agujero aloja un donut de goma. El tanque no tiene puesta la cubierta superior, y revela una vaina interna de metal que divide el tanque en dos. La vaina es porosa y tiene agujeros del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. En el fondo del tanque hay una serie de elementos caloríficos, cuyos aislados cables eléctricos salen del tanque y se conectan al generador.

En el lado derecho del tanque hay una tubería que llega hasta dos centrifugadores de dos metros de alto, ambos interconectados.

Michael Tursi mira el interior del tanque, desconcertado.

—No sé, Bi, ¿estás seguro de que esta cosa va a funcionar?

—Funcionará. ¡Te garantizo que funcionará!

—Vale, relájate, hazme un resumen de la explicación.

—Lo que tienes aquí es un colex... una unidad de intercambio diseñada para convertir, o enriquecer, el uranio-235 hasta uranio-238. —El profesor Bi señala el lado izquierdo del tanque—. Las barras de combustible del U-235 se colocarán en esos agujeros, y el uranio sin enriquecer se colocará en el interior del tanque. El tanque contendrá el agua pesada, así como una mezcla de ácido nítrico, hidróxido de amonio, ácido hidrofúorico y flúor. Los elementos caloríficos calentarán el agua hasta unos precisos 250 grados Fahrenheit. Entonces se creará una reacción química

que convertirá el U-235 en hexafluoruro de uranio, o UF-6.

El físico señala los dos altos centrifugadores colocados en el exterior del tanque principal.

—Este primer centrifugador arrastrará el UF-6 a través del muro poroso, separando el U-238 enriquecido del uranio-235 empobrecido. Este segundo centrifugador tiene dos salidas distintas. El uranio-238 enriquecido se elevará y será absorbido por esta primera toma, y después se almacenará en un tanque de plomo, hasta que haya suficiente. El TJ-235 empobrecido será arrastrado hasta esta salida de abajo y almacenado en un contenedor distinto. El proceso se repite hasta que haya suficiente uranio enriquecido para crear nuestros dos paquetes.

—¿Cuánto tardarás en hacer el trabajo?

—Cada barra de combustible podría producir un gramo de uranio enriquecido al día. Treinta barras de combustible, treinta gramos al día, así que calcula unos seis meses. ¿Cuándo vas a entregarme las barras de combustible?

—Pronto.

—No puedo salirme del plazo.

—Tú asegúrate de que todo lo demás está preparado. Bi asiente, nervioso, deseando que el peligroso hombre se vaya.

—Ven, te enseñaré dónde tienes que poner la manguera.

Tursi sigue al profesor de vuelta por la escalera, hasta el garaje. Bi desatranca una tapa rectangular situada en la parte de debajo de la puerta del garaje.

—Mete la manguera por aquí.

El Turco sale del garaje. Usando su llave electrónica, abre las dobles puertas traseras de la furgoneta.

Asegurado sobre el suelo hay un contenedor de almacenamiento de polietileno de mil galones lleno del agua pesada que ha sacado de la planta de energía canadiense. En la parte inferior del contenedor y conectados a él hay sesenta metros de manguera.

Tursi toma el extremo de la manguera y lo pasa a través del agujero en el suelo del garaje. En el interior, el profesor Bi coge el extremo. Pasan varios minutos, y entonces Bi da unos golpecitos en la ventana del garaje, lo cual indica que está preparado.

El Turco abre la válvula y libera las aguas pesadas. Se apoya contra la furgoneta y enciende un cigarrillo... sin percatarse de que cada uno de sus movimientos está siendo grabado.

\* \* \*

En la casa de dos plantas situada justo en frente, al otro lado de la calle, el agente del FBI Elliott Green trabaja en un escritorio improvisado en la habitación principal, cuyas ventanas dan a la casa del profesor Bi. Green, a sus cuarenta años, ha pasado

los dos últimos en un trabajo de oficina en la división del CCI (Crímenes Contra la Infancia) en Springfield, Illinois. El objetivo del agente siempre había sido trabajar en contraterrorismo, pero las vacantes en el FBI de Chicago son pocas, y muy espaciadas. Puesto que sabía que su joven agente necesitaba un cambio desesperadamente, el supervisor de Green, un antiguo policía llamado Charles Jones, le había ofrecido un puesto de campo... un trabajo que, originariamente, había salido del Departamento de Energía. Green había aceptado encantado.

El «trabajo de campo» había resultado ser un trabajo de investigación sobre el profesor Eric Mingyuan Bi.

Elliot Green había ocupado la casa al otro lado de la calle del físico nuclear asiático-americano durante dos meses, después de comprarla a través de una empresa falsa ubicada en Florida a su propietario original, una viuda de ochenta y dos años. Para endulzar el trato y apresurar su mudanza a una residencia de ancianos local, la empresa había estado de acuerdo en comprar la casa con todos los muebles.

Aunque Green disfrutaba de su nueva situación, echaba de menos a su esposa y a su hijo de seis años. Odiaba el olor a «vieja» que flotaba en el aire y se negaba a sentarse en cualquier mueble, o a usar la vajilla que estaba cogiendo polvo en los desconchados muebles amarillos de la cocina. Vivía casi exclusivamente en la habitación principal, que había renovado con una capa de pintura blanca, alfombras nuevas, una cama y un mueble multimedia, cuya televisión de pantalla plana estaba conectada a las cámaras de circuito cerrado que vigilaban las actividades al otro lado de la calle.

Después de dos meses de vigilancia continua, el agente del FBI sabía a qué hora se despertaba el profesor Bi cada mañana, sabía qué comía para desayunar, su horario de clases en la universidad, dónde almorzaba y con quién hablaba en la facultad. Hasta ahora, no había encontrado nada fuera de lo normal sobre lo que informar, excepto que Bi pasaba muchas horas en su garaje de tres plazas, que era también su taller de bricolaje... Hasta esta noche.

Green observa la escena mientras se graba y reproduce en el monitor. Hace zoom en el cuadrado rostro del hombre mientras éste busca algo en el interior de su furgoneta. Después de veinte minutos, las puertas traseras del camión de mejoras del hogar se cierran y el conductor sube de nuevo al vehículo.

La furgoneta se aleja... el agente Green se queda trabajando.

«Fuentes militares estadounidenses han dado al FBI información que sugiere que cinco de los supuestos secuestradores de los aviones que se usaron en los ataques terroristas del martes recibieron instrucción en instalaciones militares de seguridad norteamericanas durante la década de los noventa. [Mohammed Atta] pudo haber sido entrenado en estrategia y tácticas en la Academia de las Fuerzas Aéreas de

Montgomery, Alabama, según declaró otro oficial de alto rango del Pentágono.»  
NEWSWEEK, 15 de septiembre de 2001.  
«Debéis confiar en nosotros. Somos hombres honorables.»  
Richard Helms, director de la CIA (1971).

Extracto del libro:

Al borde del infierno:

Una disculpa a los supervivientes

por Kelli Doyle,

Consejera de Seguridad Nacional de la Casa Blanca  
(2002-2008)

El próximo 11-S tendrá lugar un ataque nuclear. En un infernal instante de crueldad, millones de americanos inocentes serán convertidos en polvo. Peor destino tendrán aquellos que escapen de la explosión inicial. Ciegos, con la carne abrasada hasta los huesos, yacerán, esperando, durante horas y días, agonizando mientras rezan para que el Ángel de la Muerte se los lleve.

Si vives en una de las ciudades objetivo, tus días pueden estar ya contados. ¿Estás de viaje de negocios? ¿Visitando a unos familiares? La vida es un juego de azar. Hazme caso, sé de lo que hablo. Algunos se hacen ricos, otros padecen cáncer, y si ésa es la voluntad de Dios, que así sea. Pero los sucesos del 11 de septiembre de 2001, y los ataques aún más devastadores que están por llegar, no tienen nada que ver con el Todopoderoso... No, estas muertes son parte de una gran confabulación premeditada, planeada y financiada por una minoría moral convencida de que sólo ellos han sido bendecidos con el poder de llevar a cabo el trabajo del creador.

No puedo darte la fecha exacta del ataque, ni puedo decirte dónde va a suceder, pero puedo presentarte las circunstancias que nos guiarán por ese camino de destrucción... y lo que puedes hacer para evitarlo.

\*\*\*

Para comprender cómo hemos llegado a este punto, empezaremos con una breve lección de historia... que llamaremos «Levantamiento y caída del Homo Petroleum». El petroleum, por supuesto, es petróleo, y lo estamos consumiendo más rápido de lo que tardamos en poder extraerlo del suelo. El petróleo alimenta la economía, la economía pone en funcionamiento al ejército, y fue la combinación de estas tres cosas lo que dio a luz a los tres grupos que se disputan el control de Oriente Medio: la Casa de Saud, los neoconservadores y los extremistas islámicos.

Los tres jugaron un papel en los sucesos del 11-S, y los tres estarán involucrados

cuando una detonación nuclear borre del mapa una ciudad americana.

Comencemos con la Casa de Saud.

El rey Sultan bin Abdel Aziz, el (anticipado) séptimo gobernante de Arabia Saudí, es el último miembro superviviente de los «Siete Sudairi», los siete hijos de Hassa bint Ahmad Sudairi, la esposa favorita de Abdul Aziz bin Abdul Rahman al Saud, más conocido como Ibn Saud. Los libros de historia representan a Ibn Saud, el fundador del Reino de Arabia Saudí, como un líder natural, un hombre devoto a su fe, un sabio visionario que unificó la península árabe y que usó los recursos de su país para beneficiar a su pueblo.

Ibn Saud no fue ni un unificador ni un hombre sabio, y ni siquiera era descendente de la realeza. Ibn Saud era una bestia asesina cuya familia llegó al poder gracias a su fortuita relación con una potencia extranjera; su riqueza fue un hallazgo que no se había ganado, y que le llevó al poder absoluto y a la fragmentación de su país.

La historia de la península árabe data de hace más de cinco mil años, desde las distintas tribus semíticas... ancestros de los acadios, sirios, hebreos y árabes. En aquel entonces, la religión entre las tribus árabes se componía de distintas formas de paganismo, aunque muchos árabes se convirtieron finalmente al judaísmo y cristianismo. Más tarde, en el año 622 d.C, un hombre llamado Muhammad [\[24\]](#), nacido en la familia de Banu Omar, comenzó a predicar una nueva religión monoteísta que se adhería a las enseñanzas de Abraham y que rechazaba la idolatría. Obligado a dejar su hogar en la Meca, Muhammad y sus seguidores consolidaron la base de su poder en Medina, y ocho años más tarde los musulmanes volvieron para capturar la ciudad por la fuerza. Muhammad murió dos años después, y fue sucedido por su suegro, Abu Bakr.

Animado por las conquistas musulmanas, el Islam se extendió rápidamente. La Meca se convirtió en la capital espiritual del Islam, y Medina en su centro administrativo, religioso e intelectual. Durante los siguientes mil años, diferentes sectas musulmanas lucharon por el control de Arabia, pero todas fueron aplastadas por el levantamiento de los mongoles, y finalmente del Imperio Otomano, que controló la región hasta el siglo XV.

En 1745, un advenedizo llamado Muhammad bin Saud, emir del pueblo de Dariya en Nejd (Arabia central), unió sus fuerzas con un líder espiritual llamado Muhammad ibn 'Abd al-Wahhab, que predicaba una violenta y severa interpretación del Islam. Durante los siguientes setenta años, el movimiento «Wahhabi» y la Casa de Saud llevaron a cabo una yihad (guerra santa) a través de Arabia, antes de tener que retroceder en 1818 ante los turcos otomanos y sus aliados egipcios.

Los Saud y los Wahhabis retrocedieron hasta Riad, que se convirtió en su capital. En 1890, el titiritero de la Casa de Saud, Abdul Rahman bin Faisal, fue obligado a

abandonar Riad, y la familia Saud fue enviada al exilio en Kuwait.

En 1901, el hijo de Abdul Rahman, Ibn Saud, de veintiún años, sucedió a su padre y reclamó la tierra de su familia. Un año más tarde, el ejército de Saud recapturó Riad, después de asesinar al gobernador de Rashidi. Durante los siguientes años, Ibn Saud conquistó la mitad de Nejd, sólo para ser obligado a retroceder, una vez más, cuando el Imperio Otomano ayudó a su antiguo enemigo, la Casa de Rashidi.

La Primera Guerra Mundial cambió la suerte de Ibn Saud, y, con ello, el destino del mundo moderno.

Los intereses británicos en la península árabe habían crecido desde finales del siglo XIX. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, los líderes británicos creyeron que era necesario representar a una de las cuatro familias árabes en el gobierno, con la esperanza de quitar el control de la región a los turcos.

Ibn Saud no estaba enlazado con los descendientes de Muhammad, y eso lo hacía la marioneta perfecta para satisfacer las necesidades inglesas. Entre 1911 y 1914, Ibn Saud usó su nueva vía de suministros de dinero y armamento británico para convertir su hermandad Ikhwan (una secta de los beduinos wahhabi) en una multitud con sed de sangre. Aunque los líderes rivales árabes habían intentado modernizar su pueblo a través de la ganadería y el comercio, la Casa de Saud practicó el ghazzu... asaltos violentos en tribus vecinas. Animado por los británicos, los despiadados seguidores de Saud quemaron a miles de personas y decapitaron a otras tantas. Y después exponían sus cráneos clavados en las puertas de las ciudades. Las mujeres fueron esclavizadas por miles, y a menudo eran dadas como regalo a los aliados.

Como matón exclusivo de Inglaterra, Ibn Saud invadió Arabia Occidental, atacando a los hachemitas y al resto de familias. Capturó el Jebel Shammar en 1921, la Meca en 1924 y Medina en 1925. Por el camino, sus seguidores Ikhwan saquearon ciudades enteras, masacrando adultos y niños, y asesinando a cualquier líder religioso que no compartiera sus estrictas creencias wahhabi. En un intento de obtener legitimidad, Ibn Saud llegó a contratar a un jeque religioso egipcio para fabricar un árbol familiar que enlazara el linaje de Saud con el profeta Muhammad. En 1932 nombró oficialmente a su nueva región conquistada «Arabia Saudí», y se declaró a sí mismo rey.

Los ikhwan wahhabi eran fanáticos que servían para mantener a la Casa de Saud en el poder. Una cruel y atrasada secta que no toleraba las innovaciones del siglo XXI, ni tampoco la presencia de no musulmanes en Arabia Saudí. Ansiosos por forzar la conversión de otros, los ikhwan cometieron masacres que aniquilaron a más de un millón de personas.

Aunque se llamaba a sí mismo unificador, Ibn Saud no tenía interés alguno en unificar a los árabes. Desorganizado y carente de educación formal, el rey Ibn Saud



gobernó su país desde una tienda, y extendió su semilla entre otras treinta tribus. Tuvo docenas de esposas, incluso más concubinas y esclavas, y a menudo presumía de que había desflorado vírgenes por centenares.

La Casa de Saud gobernaba Arabia Saudí con puño de hierro, y mantenía el poder en el interior de su familia. Las provincias estaban regidas por miembros de la familia. No se permitía que gobernara nadie ajeno. Para controlar las ciudades más avanzadas de Hijaz, Ibn Saud fundó el CAVEP... el Comité para el

Avance de la Virtud y la Eliminación del Pecado, aplicado por sus brutales wahhabi. La gente era azotada en público por llevar perfume, joyas o indumentaria occidental, y se exigió que todos los hombres llevaran barba. Si un miembro del CAVEP quería a una mujer en matrimonio, no podía ser rechazado. El sistema legal Hijaz fue abandonado, y las leyes tribales de la secta wahhabi gobernaban el día a día. Respaldado por los clérigos wahhabi, por los británicos y por un estipendio mensual, Ibn Saud continuó gobernando con su beduino estado policial.

Y entonces, en 1933, todo cambió.

Los geólogos sospechaban desde hacía mucho que el este de la península árabe tenía petróleo, pero nadie sabía cuánto. Ibn Saud había otorgado la primera concesión de petróleo a Inglaterra en 1923, pero se había hecho poco con ella. En 1928, el trato se anuló y Standard Oil of California (SOCAL) entró en escena, comprando la concesión vencida por doscientos cincuenta mil dólares.

Las reservas petrolíferas del este de Arabia Saudí estaban ubicadas en zonas profundas que hacían su acceso muy costoso, y la proximidad a las corrientes de agua proporcionó a SOCAL un método práctico de llevar el petróleo al mercado. Con la introducción de SOCAL en la zona, Harold Ickes, el ministro de Interior de Estados Unidos, comenzó a presionar a Ibn Saud con dinero y otras contribuciones financieras que iban al bolsillo personal del rey.

En 1936, SOCAL asignó su concesión a su subsidiario, California Arabian Standard Oil Company (CASOC), una aventura empresarial de Arabia Saudí que finalmente se convirtió en la Arabian American Oil Company (ARAMCO). Al final de la Segunda Guerra

Mundial, ARAMCO tenía una producción diaria de trescientos mil barriles, y los Estados Unidos reemplazaron oficialmente a Inglaterra como patrocinadores de Ibn Saud. Pero a diferencia de los británicos, que a menudo dictaban a sus suministradores de petróleo cómo debían ser reinvertidos los beneficios en la economía del país y el sistema educativo, los Estados Unidos no hicieron demandas de ese tipo a la Casa de Saud. De los cuatrocientos millones recibidos entre 1946 y 1953, Ibn Saud no devolvió casi nada al pueblo saudí. Decenas de millones de dólares se gastaron en suntuosos palacios. Se conducían coches caros hasta que se quedaban sin gasolina, y entonces se dejaban en la cuneta, para ser reemplazados en

lugar de reabastecidos. Los miembros de la familia recibían enormes estipendios mensuales, y los sobornos estaban a la orden del día.

El rico se hizo más rico, y el pobre... más oprimido.

Siempre temeroso de sus vecinos, Ibn Saud usó beneficios del petróleo para provocar guerras. Egipto fue forzado a la contienda con Siria, Siria con Irak. Ésta sería una práctica continuada durante las siguientes siete décadas; estaba diseñada para mantener la influencia de Arabia Saudí sobre la región.

Ibn Saud murió a la edad de cincuenta y dos años, dejando atrás un centenar de esposas, cuarenta y dos hijos y mil quinientos príncipes, además de un país sin infraestructura, construido totalmente en el nepotismo, y un legado de inmoralidad. Bajo su «liderazgo», los ciudadanos de Arabia Saudí continuaron siendo pobres, sin educación, sin cobertura médica y bajo la amenaza constante de sus clérigos wahhabi.

El hombre que se proclamó a sí mismo rey fue sucedido por el mayor de sus hijos vivos, Saud, un paleta cuya corrupción moral sobrepasaba incluso a la de su padre. Saud se casó más veces que Ibn, tenía un apetito insaciable por el ridículo y se sabía que le gustaba saciar sus deseos sexuales con chicos jóvenes. Finalmente, fue reemplazado tras su intento de asesinato del presidente egipcio Nasser, que estaba ganando popularidad en la región.

Para su tercer rey, la casa real eligió al segundo hijo mayor de Ibn Saud, Faisal, que sabía mejor cómo esconder la inmoralidad de su reino al ojo público. Faisal sobornó a periódicos árabes para que hicieran correr historias sobre sus logros, y, después, respaldado por Estados Unidos, usó la riqueza del país para animar a Yemen a que se opusiera a Nasser en Egipto, ganando así puntos con los musulmanes.

La política interior de Faisal continuó aplastando la voluntad de su propio pueblo. Con la excusa de reducir los estipendios a la realeza, confiscó casi el noventa y cinco por ciento de los terrenos públicos y entregó enormes parcelas a miembros de la familia, incluyendo una extensión valorada en dos mil millones para su esposa, Iffat. Faisal además, animó a los miembros de su casa a que crearan sus propios negocios, usando el petróleo para fundar sus empresas. Desde ese momento, los contratos del gobierno saudí no pueden obtenerse sin un príncipe como socio.

Los Estados Unidos conocían la injusta política de la Casa de Saud, pero la nueva dependencia de América de las importaciones de petróleo «animó» a sus líderes a mirar hacia otro lado. Por su parte, Faisal comprendió el delicado equilibrio que suponía mantener una identidad árabe y musulmana, a la vez que mantenía dividido Oriente Medio. Después de que Egipto atacara Israel en 1973, y fuera vencido una vez más, el rey consiguió el apoyo árabe al cortar el suministro de petróleo a Occidente. El reinado de Faisal terminó dos años más tarde, cuando fue asesinado por uno de sus sobrinos, que estaba vengando la muerte de su propio padre (una ejecución ordenada por el rey por «motivos religiosos»). Fue reemplazado por el

príncipe heredero Khalid, cuyo primer acto como rey fue señalar tres de los restantes Siete Sudeiri, Nayef, Sultan y Fahd (el que se consideraba el último príncipe heredero), para que tomaran los principales cargos ministeriales. Los familiares que no eran del linaje Sudeiri fueron rechazados. Fue un golpe de estado entre la realeza de la Casa de Saud, y esto creó aún más inquina en la familia.

En 1982, Khalid sufrió un ataque al corazón fatal, y el príncipe Fahd fue coronado rey. Entre los hombres de estado occidentales y los diplomáticos extranjeros, Fahd se ganó reputación de vago e iletrado. Era conocido por sus hábitos con la bebida y las apuestas, y sus excesos personales no tenían parangón, ni siquiera en la Casa de Saud. Su palacio costó tres mil millones, tenía una flota de veinticinco Rolls Royce, cinco Boeing 747, y su séquito viajaba con doscientas toneladas de equipaje. Sus frecuentes viajes a España costaban más de cinco millones al día, y una vez perdió ocho millones en una sola noche en Monte Cario. Bajo su reinado, la princesa principal de la Casa de Saud recibió pagos de cien millones al año, y otros miembros menos importantes de la familia se llevaron cuatro millones. Fahd tenía más de cien esposas, incontables prostitutas, y, en un viaje a Los Ángeles, él y sus acompañantes gastaron decenas de miles de dólares en Viagra. Bajo el reinado de Fahd, y a pesar de la entrada de cientos de miles de millones de petrodólares, el gobierno Saudí entró en un déficit federal masivo.

Para contrarrestar estos gastos, el rey Fahd creó un nuevo programa para permitir que la realeza desviara miles de millones más de los recursos de su país. Bajo la excusa de «proteger sus fronteras», Arabia Saudí comenzó a importar armas, y cada trato llenaba los cofres de sus vendedores occidentales, y los bolsillos del príncipe, como «intermediario» de la operación. Las comisiones iban de diez millones a mil millones de dólares, y desde un punto de vista práctico, eran un derroche de recursos. El ejército saudí carecía tanto del personal como del entrenamiento necesario para manejar este tipo de armamento, que, importado de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, era a menudo incompatible.

Debido a la primera guerra del Golfo, la Casa de Saud compró más de cien mil millones de dólares en armas, muchas de las cuales fueron dispuestas (y disfrutadas) por el ministro de Defensa y futuro rey, el príncipe heredero Sultan. Defraudó suficiente dinero para ganarse el título de «hombre más rico del mundo». Las compras de Sultan incluían cazas F-15 americanos y Tornados británicos, acorazados Bradley y misiles tierra-tierra de largo alcance chinos. Sultan, además, comisionó la construcción (a través de la familia Bin Laden) de ciudadelas militares y bases que, hasta hoy, continúan virtualmente vacías. Más de doscientos navios fueron comprados para la Marina Real Saudí, incluidos ocho submarinos, media docena de fragatas, nueve botes patrulleros Peterson y cuatro corbetas, ¡aunque todo el personal de la marina podía meterse en un solo bote de veinte personas! Cientos de vehículos

militares se entregaron, y después se dejaron en el desierto para que se pudrieran.

La hipocresía de la acumulación militar tanto del rey Fahd como del rey Sultan consistía en que ninguno de los gobernantes tenía intención de crear una presencia militar nacional fuerte. Aunque Arabia Saudí continuaba siendo un país rodeado de enemigos potenciales, eran los enemigos en el interior de sus fronteras (el oprimido pueblo saudí) los que habían sido siempre la mayor amenaza del monopolio de poder de la Casa de Saud. A pesar de los cientos de miles de millones de petrodólares que entraban en el país, el desempleo alcanzaba el treinta por ciento, no existía seguridad social y los servicios públicos, incluidos la electricidad y el teléfono, estaban siempre al borde del corte de suministro. Mientras la economía se acercaba al colapso, la realeza se hacía más rica, y la población más rebelde.

Pero la revolución en Arabia Saudí no es una conquista fácil. Miles de familiares ocupan puestos gubernamentales claves, entre los que se incluyen puestos en las fuerzas aéreas, así como en el ministerio de Defensa. Debido al miedo de la realeza a ser secuestrada, sólo un príncipe, o un familiar cercano, puede convertirse en piloto. Y aunque la Casa de Saud continuaba beneficiándose de los miles de millones gastados en el ejército, la familia real había preferido no construir una armada capaz de derrocar su propio régimen, en lugar de eso prefirió colocar sus sofisticadas armas en las manos de sus treinta y cinco mil Guardias Nacionales Beduinos Wahhabi, supervisados por el príncipe heredero. El ejército Saudí, de menor número, continúa establecido en las afueras de las principales ciudades del país, para evitar revueltas.

Cuando éstas tuvieron lugar, las represalias saudíes fueron rápidas y abominables. Conspiradores acusados habían sido públicamente decapitados, torturados, e incluso lanzados desde aviones. Aquellos que luchaban por salarios mayores habían sido encarcelados. Los líderes religiosos habían sido ejecutados. Los periodistas que denunciaban cualquier sentimiento antigubernamental sencillamente desaparecían. Cualquiera podía ser arrestado en cualquier momento sólo por parecer «sospechoso». Las peticiones de las organizaciones pro derechos humanos para visitar a detenidos, o investigar brutalidades, fueron rechazadas. Estaba bien documentado que a los prisioneros se les arrancaban las uñas de las manos y los pies, y otras descripciones gráficas de tortura.

Aun así, los Estados Unidos se niegan a actuar; mientras Arabia Saudí provea a América de petróleo barato, la Casa de Saud continuará en el poder. Pero la presencia militar de América en el Golfo es una espada de doble filo. El fundamentalismo radical islámico prohíbe la presencia extranjera en Arabia Saudí, y esto pone a la Casa de Saud en conflicto directo con su propia guardia Nacional Wahhabi. Para aplacar a los ulemas [25], los Saud fundaron las madrassas... escuelas que enseñaban el fundamentalismo radical y el odio a los americanos, judíos y cristianos. El islam radical está prosperando, y no sólo en Arabia Saudí. Irán sigue siendo la mayor

amenaza de la región, ya que los fundamentalistas han ganado apoyos en Jordania, Kuwait, Sudan, Egipto, Marruecos e Irak.

Y si esto sigue así, ésta es la rueda de la demencia:

Debido a su adicción al petróleo, Occidente sigue usando su influencia para mantener a la Casa de Saud en el poder.

La Casa de Saud sigue apoyando a los radicales islámicos, para mantenerse en el poder y para no arriesgarse a convertirse en objetivo de sus ataques.

Para ganar el apoyo de su movimiento, los radicales islámicos han jurado destruir Occidente... tomando como objetivo a Irak y a su población sunita.

Al mismo tiempo, la propia población de Arabia Saudí, paralizada desde hace mucho bajo el pulgar de sus opresores teocráticos, no puede llevar la democracia real a la región mientras la Casa de Saud reciba el apoyo de Estados Unidos.

Durante décadas, esta rueda de intereses en conflicto ha seguido girando, aplastando los derechos humanos y las vidas inocentes a su paso, alimentada por la avaricia, guiada por políticos que tienen poder gracias a un mundo industrial que usa un libro de contabilidad para determinar los derechos civiles a partir de errores sociales. Añade a esta ecuación los ochocientos cincuenta billones que los saudíes han invertido en empresas americanas y obtendrás una poderosa palanca extranjera en la economía estadounidense.

Pero ¿qué hace el adicto cuando ya no quedan más drogas? ¿Qué hace el camello cuando el adicto ya no lo es? Las últimas piezas del tablero están en juego... un peón, disfrazado de rey, es guiado a su último movimiento por un jugador oculto... que va a dar jaque mate a la civilización.

---

«Se sospecha que el primer secuestro tuvo lugar no más tarde de las 8:20 a.m., y el último avión secuestrado se estrelló en Pensilvania a las 10:06 a.m. Ni un sólo caza fue enviado a investigar desde la base de las Fuerzas Aéreas Andrews, sólo a quince kilómetros de Washington D.C., hasta después de que el tercer avión golpeará el Pentágono, a las 9:38 a.m. ¿Por qué no? La FAA tenía procedimientos de intercepción estándar para aerolíneas secuestradas antes del 11-S. Entre septiembre del 2000 y junio del 2001, el ejército estadounidense envió cazas en sesenta y siete ocasiones para que persiguieran aeronaves sospechosas. Es una exigencia legal de los Estados Unidos que, una vez que un avión se ha desviado significativamente de su plan de vuelo, se envíen cazas a investigar. ¿Fue esta pasividad el resultado de la indiferencia de las personas al mando, o de la ignorancia de la evidencia? ¿O es posible que las operaciones de seguridad aérea se hubieran pausado deliberadamente el 11 de septiembre?»

Michael Meacher, antiguo ministro de medio ambiente británico, de «The War on

Terrorism Is Bogus»,  
The Guardian, 6 de septiembre de 2003.

«Bin Laden había estado bajo vigilancia durante años: todas sus llamadas telefónicas habían sido pinchadas, y Al-Qaeda había sido penetrada por los servicios de inteligencia Americanos, pakistaníes, saudíes y egipcios. No podrían haber mantenido en secreto una operación que exigía tal grado de organización y sofisticación.»

Mohammed Heikal,  
antiguo ministro de exteriores egipcio.

# Capítulo 14

MANHATTAN, NUEVA YORK

7 de enero de 2012

12:14 P.M. EST

El bloque de apartamentos Upper West Side ubicado en la calle 72 ofrece una vista total de Central Park a la mayoría de sus inquilinos. El apartamento de Jennifer Wiener está en una de las plantas superiores, una vivienda de dos habitaciones con suelo de madera, chimenea y balcón por la que paga un alquiler mensual de seis mil dólares.

La antigua estratega política del partido republicano está vestida con ropa deportiva, sentada en el suelo del vestidor de su dormitorio, entre grandes cajas de mudanza. Ya ha llenado dos de las cajas con bolsos y zapatos, y está avergonzada por la cantidad de zapatos y accesorios que ha acumulado a lo largo de los años... y eso que ni siquiera ha comenzado a empacar su colección de botas.

—Ya lo he decidido; definitivamente, me mudo a Florida. De ahora en adelante, sólo llevaré sandalias.

El timbre de la puerta señala otra interrupción. Maldiciendo en voz alta, se abre camino a través del revoltijo de cajas que abarrotan su habitación y el pasillo, horrorizada ante el montón de porcelana que aún espera su atención sobre la mesa del comedor.

Jennifer mira por la mirilla y abre la puerta.

—Ace, ¿qué estás haciendo aquí?

—Tengo que hacer un par de recados en la ciudad y he pensado que quizá podríamos hablar. ¿Puedo...?

—Sí, claro. —Le deja entrar, y de repente es consciente de su vestimenta—. Dame un minuto para cambiarme.

—Estás bien.

—¿Estás de broma? Ni siquiera me he peinado. Siéntate. Vuelvo ahora mismo. — Corre de nuevo hasta el dormitorio.

Ace entra en el salón. Se las arregla para encontrar los cuatro mandos a distancia multimedia, pero rápidamente se rinde al intentar descubrir cuál de ellos es el de la televisión. Enciende la pantalla plana a mano y aparece la CNN.

«... el virus de la gripe aviar continúa su mortífera extensión por el sur de Asia. En el ámbito político, la comisión electoral de Iowa se ha fijado para finales de esta semana, seguida por las primarias de New Hampshire, aunque aún es difícil predecir qué candidato republicano de los ocho será elegido para retar al presidente Obama. Muchos consideran al senador Crist como el favorito, pero su apoyo a los programas

del presidente puede jugar en su contra. Otro de los favoritos es el gobernador Prescott, que recientemente ha recibido el refrendo de Newt Gingrich. De los seis candidatos restantes, sólo el senador Cubit...»

Jennifer vuelve, con su cabello azabache recogido hacia atrás y un toque de maquillaje en el rostro.

—Vale, ya me siento humana. ¿Qué pasa?

—¿Dónde está tu portátil?

—Seguramente enterrado bajo un montón de basura. ¿Por qué?

—Alguien me ha enviado hoy el enlace de un vídeo. Quiero que lo veas.

Jennifer frunce el ceño y después lo guía hasta la mesa del comedor, donde localiza el portátil bajo un montón de sábanas.

—Entra en YouTube y escribe Rockefeller revela a Aaron Russo el fraude del 11-S.

—¿Russo? ¿El tipo aquel del cine que se presentó a gobernador de Nevada hace un tiempo? Pensaba que había muerto.

—Antes de morir, hizo esta entrevista con Alex Jones.

—Ace, Alex Jones es un chalado «conspiranoico».

—Ve el vídeo.

Le da al play a regañadientes. El antiguo productor cinematográfico y liberal aparece en la pantalla.

«El objetivo último de esa gente es crear un único gobierno mundial dirigido por la banca... dirigido por los banqueros. Y lo están haciendo por partes... la constitución europea es una de ellas. Ahora están intentando hacer lo mismo en América con North American Union. Y quieren crear una nueva moneda llamada Amero. Su plan es crear un único gobierno mundial, donde todo el mundo tenga implantado un chip RFID [26]... el dinero estará en esos chips... así que no habrá moneda... y todo esto que quieren llevar a cabo viene directamente de Rockefeller.»

—Ace, ¿has venido hasta aquí para hacerme ver una locura «conspiranoica»?

—Se refiere a Nick Rockefeller, un fiscal que intentaron reclutar para el Consejo de Relaciones Internacionales.

—Ace, ¿tienes idea de lo ocupada que estoy?

—Shh... ¡escucha esta parte!

«Rockefeller me contó que iba a ocurrir algo, once meses antes del 11-S... pero nunca me dijo qué iba a suceder exactamente. Y aparte de eso, que íbamos a invadir Afganistán para poner oleoductos en el Mar Caspio e Irak para recuperar los campos de petróleo; y que íbamos a establecer una base en Oriente Medio para hacerlo partícipe de un nuevo orden mundial, y a ir a por Chávez en Venezuela. Y después ocurrió lo del 11-S. Él me dijo que íbamos a mandar soldados para que buscaran a gente en las cuevas en Afganistán, Pakistán y sitios así, y que iba a existir una guerra



basada en el terror, donde no existiría enemigo real, y que todo sería una enorme falsa, pero que ése sería el modo en el que el gobierno conseguiría la aprobación de los americanos...»

Jennifer detiene el vídeo.

—Así que uno de los Rockefeller es clarividente. ¿Y qué?

—No me trates con condescendencia, Jen. Kelli y tú conocíais bien a esos tipos. Quiero saber de qué va el tema.

—¿Qué tema? ¿La conspiración del nuevo orden mundial?

—No. El Consejo de Relaciones Internacionales. ¿Estuvieron involucrados en el 11-S?

—Ufff... —Agarra una manta de lana tejida a mano, vuelve al cuarto de estar y se enrosca en el sofá. Ace se sienta frente a ella en una mecedora de bambú—. Mira, hay tres comités de expertos importantes en el mundo occidental: el Consejo de Relaciones Internacionales, la Comisión Trilateral y el Grupo Bilderberg. Estas organizaciones incluyen políticos de ambos partidos, científicos, y sí, millonarios como los Rockefeller, entre sus miembros. Casi todos los presidentes y candidatos presidenciales son, o han sido, miembros. El CRI fue creado por la Administración Woodrow Wilson y el consejero del presidente, Edward House, que seguramente era marxista. House jugó un papel decisivo en la aprobación de la Ley de Reserva Federal, que permitía que un banco central privado creara moneda estadounidense en lugar del Congreso. Naturalmente, los banqueros consiguieron mucho dinero gracias a esta ley, así que no es una coincidencia ni una conspiración; la creación de todas estas instituciones financieras globales forma gran parte de la agenda del CRI.

—¿Qué pasa con los medios de comunicación?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Son miembros?

—No es un secreto. Entra en su página web, tienen una lista de sus miembros. Periódicos, televisión, revistas. David Rockefeller es el presidente de la junta.

—De acuerdo con Aaron Russo, es un presidente con planes.

—Todo el mundo tiene planes. Tú planeaste venir aquí. Eso no significa que formaras parte de la conspiración para derrumbar el World Trade Center.

—Si todos esos poderosos políticos, banqueros y medios de comunicación son miembros, ¿por qué nunca he oído hablar de esos grupos?

—Creo que acabas de responder tu propia pregunta.

—Hablame de la Comisión Trilateral.

—Rockefeller y Zbigniew Brzezinski la pusieron en marcha en 1970. Brzezinski cree en un gobierno global. La Comisión Trilateral se usó para desarrollar relaciones económicas y defensivas entre Norteamérica, Europa Occidental y Japón.

—Pero eso no son gobiernos. Son sólo... comisiones.

—Comisiones fundadas por los agentes de bolsa más poderosos del mundo. Éstos son los que manejan el cotarro, Ace. Nadie llega a ser presidente sin su bendición. Acuérdate de Jimmy Carter. ¿Cómo crees que un oscuro granjero de cacahuets, gobernador de Georgia, llegó a ser presidente? Más aún, mira a Ron Paul. En 2008, ese tipo recaudo más dinero que cualquier otro republicano, y llevó un mensaje que era atractivo para los votantes jóvenes. Pero cometió dos errores: desafió públicamente la legalidad de la Ley de Reserva Federal y dijo que terminaría la guerra tan pronto como llegara al poder. El CRI está dirigido por los bancos de la Reserva Federal, así como por las principales empresas que se benefician de la guerra. Antes de que pudiera decir «censurado», los medios de comunicación dejaron de decir el nombre de Ron Paul. Incluso lo dejaron fuera del debate.

—Mencionaste a un tercer grupo.

—Bilderberg. Básicamente es otro grupo de elitistas con planes globales, éstos con raíces en Europa Occidental.

—¿Obama?

—¿Que si es miembro? No lo sé. Pero su administración está llena de ellos, incluyendo a Brezinzski. No lo juzgues con dureza... el tipo aún sigue vivo. JFK decidió que quería desmantelar la CIA y está bajo tierra. —Jennifer sonrío—. Ups, más teorías conspiratorias.

—Hipotéticamente, ¿podría un candidato independiente, digamos un tipo como el senador Mulligan, ganar alguna vez la presidencia?

—¿Y seguir siendo independiente? No es muy probable. Tendría que ser multimillonario. Incluso así, seguramente lo reclutarían o lo matarían. Como cualquier otra cosa en esta vida, ganar las elecciones, esencialmente, es cuestión de dinero. El dinero compra el mensaje. El mensaje consigue que los candidatos sean elegidos. Ni la verdad, ni la política, ni el currículum, ni las condecoraciones militares... el mensaje. En lo que se refiere a dar su voto, la mayoría de los americanos se acercan a las urnas creyendo que están votando a alguien que comparte sus propios valores, o que asegurará sus necesidades. La realidad es que la mayor parte de las políticas de los candidatos están pensadas para satisfacer los intereses de sus votantes. Consiguen ser elegidos gracias al mensaje. Dame suficiente dinero para bombardear los medios y conseguiré que Elmer Fudd sea elegido, siempre y cuando sea capaz de ir a la iglesia de vez en cuando, y de perder su ceceo.

—¿Y si uno de los candidatos basara toda su campaña en un plan radical para reemplazar y conservar los combustibles fósiles? Sé que Obama ha dado marcha atrás a un montón de acciones tomadas por Bush, pero el Congreso ha hecho también demasiados tratos a escondidas, debilitando su política energética para satisfacer al partido republicano. Lo que necesitamos ahora son cambios radicales, una economía basada en energía ecológica y en conservación, un plan energético orientado a las

instalaciones locales y a la energía alternativa... incluso una nueva metodología de alimentación, usando granjas orgánicas y reestimulando el suelo, no estas industrializadas ciudades-granja basadas en el petróleo y abonadas con esteroides dirigidas por Monsanto. En lugar de quemar la ciudad para salvarla, la reduciremos para hacerla más eficiente. Piensa en ello, Jen. Dejaremos de depender de Oriente Medio, dejaremos de sufrir guerras falsas basadas en el terror.

—Eso nunca ocurrirá, Ace.

—¿Por qué no?

—Porque estás jugando con los beneficios. Los poderes nunca lo permitirían. ¿Esperas que esos reyes sacrifiquen una habitación de su palacio por el bien de sus siervos? A los reyes no les importan una mierda sus siervos. Ni en Arabia Saudí, ni en Occidente.

—¿No? Bueno, hay un viejo refrán que dice: «Si la gente no temiera al gobierno, el gobierno temería a la gente».

—¿Vas a liderar una revolución?

Ace mira por la ventana del balcón que da a Central Park, cuyos caminos y puentes quedan camuflados bajo una fresca manta de nieve. Desde donde está casi puede ver el lugar donde asesinaron a su mujer. Las palabras de Kelli vuelven a su mente ahora, como si su mensaje hubiera sido elaborado precisamente para ese momento: «El único modo de evitar que la sociedad caiga por el precipicio es un cambio radical...».

—Ésa es la razón por la que me mudo —dice Jennifer, malinterpretando su expresión—. Ya no puedo soportar mirar por esa ventana.

Ace se gira para mirarla, momentáneamente sorprendido. Durante unos breves segundos, Jennifer es la hermana gemela de su esposa, una versión con el cabello más oscuro... antes de la quimioterapia.

—Ace, ¿estás bien?

—La noche en la que Kelli murió estaba intentando advertirme sobre algo. Dijo que iba a ocurrir algo malo.

—¿Le contaste eso a los de Seguridad Nacional?

—¿Antes o después de que me dejaran inconsciente? No, Jen, no dije nada. Por lo que sé, podrían haber sido ellos quienes la sentenciaron a muerte.

—Qué tontería.

—¿Sabías que estaba escribiendo un libro?

—¿Qué clase de libro?

—Unas memorias. No llegó a enseñármelo, pero me imagino que hay un montón de gente en Washington que no estaba precisamente ilusionada con la idea.

—¿Y crees que la mataron por eso? Venga, Ace. Decenas de antiguos miembros de las cámaras y de generales escriben memorias cada año. Y ninguno de ellos ha

sido castigado, como tú dices.

—Kelli decía que iba a producirse otro ataque, algo mucho peor que el 11-S.

—¿Extremistas islámicos?

—Harán que parezca eso, pero serán los neoconservadores los que muevan los hilos.

—¿Kelli dijo eso?

—Con otras palabras. Quería que la ayudara. Quería exponer el complot.

—¿Cómo?

—Durante los últimos seis años, mis equipos de PetroConsultant han estado recogiendo datos nuevos sobre las reservas petrolíferas mundiales. El mes pasado les dije a un grupo de senadores que nos quedaríamos sin petróleo en un lapso de entre cinco y siete años. Pero ¿y si estoy equivocado? ¿Y si el final está mucho más cerca de lo que pensamos?

—Estás exagerando.

—¿Seguro? Menos de un año antes del 11-S, Dick Cheney comenzó a concertar todas esas reuniones secretas sobre energía. Kelli estuvo en esas reuniones. ¿Y si el 11-S y la invasión iraquí fueron sucesos premeditados, puestos en marcha por los neoconservadores como excusa para asegurarse las últimas reservas de petróleo?

—Ya estamos otra vez...

—Escúchame. Cheney se ha pasado los últimos tres años acusando al presidente de ser débil con los terroristas. ¿Y si no está sólo intentando defender sus políticas ilegales? ¿Y si sabe que se acerca otro ataque, manipulado por los poderes que ya no están en el poder?

—Ace...

—Si un ataque tuviera lugar antes de las elecciones de noviembre, ¿quién ganaría la presidencia?

—Seguramente, el partido republicado. Pero todo esto no tiene sentido... es la teoría de la conspiración número 101, directamente sacada de Alex Jones y Prison Planet. Tú no eres un chalado «conspiranoico», Ace. Deja de pensar como uno de ellos.

Jennifer golpea una caja con el pie, enviando libros por todas partes.

—Por una vez, Jennifer, ¿podrías escucharme con una mente abierta?

Jennifer agarra la manta, insegura. Conoce el pasado de Ace, y cómo reacciona bajo presión.

«El asesinato de Kelli. La pérdida de su empleo. El arresto. En ese estado mental, es capaz de cualquier cosa...»

Ace toma aliento profundamente y se calma.

—Mi mejor amigo murió en la Torre Norte. Trabajaba en una de las firmas inversoras de las plantas superiores. Dejó una esposa y tres hijos.

—Lo siento.

—Mientras él y sus compañeros morían entre las llamas, los gusanos que conocían los ataques se llevaron un buen pellizco a través del comercio interior. Es por eso por lo que estaba allí tan temprano aquel día, estaba intentando terminar el papeleo de la noche anterior. Yo no creo en teorías conspirativas, Jennifer, pero la mierda que nos contaron desde Washington no tenía sentido. ¿Recuerdas al golfista Payne Stewart? Su avión privado fue interceptado por los cazas de las Fuerzas Aéreas en cuestión de minutos después de desviarse del rumbo, y aun así esos cuatro aviones comerciales no fueron interceptados, y uno de ellos se las arregló para volar en círculos sobre el espacio aéreo más protegido del planeta antes de golpear el Pentágono. La metedura de pata más grande de la historia militar... ¿y nadie perdió su trabajo? Mi amigo murió porque un montón de gente se equivocó y no actuó... o fueron instruidos para no actuar, y ahora mi esposa ha muerto por las cosas que sabía. Tú misma acabas de decirme que la gente que tiene el poder haría cualquier cosa para mantenerse ahí.

—Nunca he hablado de asesinar a gente.

—¿Cuánta gente ha muerto a causa de nuestra invasión de Irak? ¿Un millón? Asesinar a gente es lo que haces cuando invades un país con excusas falsas. Tu prima murió creyendo que iba a pasar algo de nuevo, y por eso la creo.

—Creo que deberías irte. Hablo en serio, Ace. Por favor, vete.

—Bien. —Se dirige a la puerta—. Por cierto, te equivocas en algo. No todas las cosas de esta vida son cuestión de dinero. Kelli necesitó un cáncer para darse cuenta de ello.

Se marcha... y Jennifer da un portazo a su espalda.

---

«No es necesario un contratista para tener derecho a un reembolso.»

Rhonda James, portavoz de el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos, refiriéndose al hecho de que Halliburton recibiera un reembolso casi total en un disputado contrato de 2.41 mil millones de dólares para transportar petróleo y reparar las instalaciones petrolíferas en Irak.

«El presidente ha nombrado a Barbara Bodine directora de Irak Central. Muchos en el gobierno están molestos con el nombramiento, debido al bloqueo de la investigación USS Cole, que algunos dicen que habría descubierto la confabulación del 11-S. Su error fue no disculparse, o admitir que estaba equivocada.»

WASHINGTON TIMES, 10 de abril de 2003

(Bodine fue más tarde despedida por hacer un mal trabajo).

«Si los demócratas fueron capaces de llevar a cabo la guerra del terror, entonces creo que yo debería estar cantando en "American Idol".»

Vicepresidente Dick Cheney, 24 de marzo de 2006.

«El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.»

Apocalipsis 8:12

# Capítulo 15

BALTIMORE, MARYLAND

9 de enero de 2012

5:07 P.M. EST

El área residencial de Madison Square-Oliver, en el centro-este de la ciudad de Baltimore, está formada por treinta y dos manzanas de casas de ladrillo, ubicadas en calles y callejones estrechos que datan de principios del siglo XIX. Es, principalmente, un barrio afro-americano, salpicado de colegios, parques de bomberos, alguna ocasional iglesia de piedra y un par de negocios pequeños. Es una zona que se tambalea entre el deterioro urbano y la reconstrucción.

Jamal al-Yussuf sale del pequeño supermercado con dos bolsas de plástico. Puede sentir los ojos de los locales diciéndole que no pertenece a aquel sitio. Un duro viento de invierno atraviesa su chaqueta de lana, recordándole lo mismo.

Una sirena, aullando en la distancia, envía sus pensamientos de vuelta a Bagdad.

\* \* \*

Como muchos de sus paisanos, Jamal nació en la pobreza. La guerra de Irak con Irán había sido larga y violenta, y le había robado un primo y dos tíos. El conflicto había exterminado a toda una generación de personas. La amenaza americana de 1991 había llevado el terror a su hogar, seguida por una década en la que habían vivido con los recursos mínimos.

Pero nada podría haber preparado a Jamal para la violencia que se aproximaba.

Jamal tenía diecinueve años cuando Bush hijo desafió públicamente a Saddam. Como era chiita, Jamal no estaba interesado en luchar por el régimen, pero los oficiales militares a los que había sido asignado amenazaron con disparar a cualquiera que no luchara contra los invasores extranjeros. Le dieron un uniforme y un rifle, y lo enviaron a Safwan, un puesto de vigilancia militar a varios kilómetros de la frontera. Había algunos soldados profesionales entre sus tropas, pero los oficiales sunitas con mayor instrucción se mantenían cerca de Bagdad.

Cuando aparecieron los primeros aviones americanos, Jamal se puso muy nervioso, pero no se produjeron bombardeos, sólo un borrón de papeles blancos cayendo del cielo. Los panfletos advertían al ejército iraquí de que no luchara, que Saddam sería vencido y que era mejor rendirse.

Jamal no quería luchar, pero nadie confiaba en los americanos. El padre de Bush había llevado a Saddam al poder, y más tarde había liderado la lucha para derrocar al dictador, pero fue detenido en seco. No era un secreto que los americanos habían

llegado para dominar la región y llevarse el petróleo iraquí. La mayoría de los iraquíes odiaban a Saddam, pero tampoco querían a los americanos. Lo único que querían era gobernar ellos mismos su propio país, libres de interferencias extranjeras.

Una noche, Jamal estaba de servicio cuando una ráfaga ensordecedora golpeó el puesto... Los marines estadounidenses habían abierto fuego con sus obuses de 155mm. Jamal tiró su arma y huyó. Minutos más tarde, el puesto de observación explotó en una enorme bola de fuego.

La noche se convirtió en un infierno en erupción, mientras los helicópteros americanos volaban bajo para lanzar sus misiles. Siguieron horas de explosiones, y había incendios por todas partes. Jamal corrió por las calles, cubiertas de cadáveres achicharrados y camiones ardiendo en los que los cuerpos de los soldados se habían fundido, literalmente, por las explosiones.

Aquello no fue una batalla, fue una masacre, y Jamal no quería formar parte de ella. Se despojó de los restos de su uniforme, robó una motocicleta y condujo de vuelta a Bagdad mientras las ametralladoras hacían agujeros en el aire y las columnas de grasiento humo negro crecían desde los edificios derrumbados. Los supervivientes se tambaleaban por las calles. Aquellos que aún tenían extremidades ondeaban banderas bancas ensangrentadas.

Jamal volvió a la casa de su familia al amanecer, pero la guerra lo había seguido hasta casa. La explosión de una bomba había derrumbado el techo y los escombros habían aplastado y matado a su padre. La madre de Jamal estaba gritando... su hermano menor estaba gravemente herido, tenía la barriga abierta. Jamal lo cogió y corrió a través de las calles destrozadas por la batalla hasta el hospital. Su mano era lo único que mantenía los órganos del chico en el interior de su cuerpo. Su hermano murió antes de que Jamal pudiera conseguirle atención médica.

Los siguientes días fueron un caos, los aviones americanos siempre sobrevolándolos, las bombas siempre explotando en un mundo que se había vuelto loco. No había electricidad, ni agua, apenas había suficiente comida, y el caos reinaba en todas partes. Cuando los bombardeos se alejaban, Jamal y sus primos tomaban las calles y saqueaban las tiendas como ratas hambrientas.

Para finales de semana, los ocupantes habían llegado.

Irak es un país sectario compuesto de árabes chiitas, sunitas y kurdos, que son sunitas con un perfil étnico distinto. Bajo el reinado de Saddam, la élite sunita había gobernado el país, a pesar de que los chiitas representaban el sesenta por ciento de la población. La invasión de los Estados Unidos puso fin a esa disposición, y los chiitas se movieron rápidamente para intentar conseguir el poder gracias a su superioridad numérica.

Para agravar el caos estaban los insurgentes chiitas de Irán, que vieron una oportunidad para inyectar su influencia fundamentalista en la vecina Irak. La



estabilidad fue interrumpida también por Abu Mousab al-Zarqawi, el líder de al-Qaeda en Irak, un extremista sunita. Además estaban los comodines... los clérigos radicales como Muqtada al-Sadr, que gobernaba su ejército Mahdi de chiitas violentos. Mientras las tropas estadounidenses luchaban por mantener el orden en esta tormenta de facciones nacionales e internacionales en competición, la población iraquí batallaba por sobrevivir.

Al ser chiitas, Jamal y su familia eran miembros de la pobre clase trabajadora iraquí. En realidad, una invasión americana hubiera sido bienvenida... hasta las primeras horas del ataque, en las que las bombas iraquíes mataron a tres de sus familiares. Devastados por estas pérdidas, Jamal y su familia intentaron arreglárselas en una ciudad gobernada por los vándalos, en una nueva existencia carente de seguridad y de las comodidades más sencillas.

Meses después de la invasión, a los residentes de Bagdad se les suministró por fin un plan de energía que proporcionaba unas escasas dos horas al día de electricidad. En los días cálidos, las temperaturas podían alcanzar unos ardientes cuarenta y nueve grados. Para aquellos que tenían generadores, encontrar combustible se convertía en un problema incluso mayor. En un país que poseía una de las mayores reservas de petróleo de Oriente Medio, la gente estaba obligada a esperar largas colas en las gasolineras para poder repostar. Aunque la milicia americana y la élite del gobierno siempre parecían tener combustible. Ocasionalmente, Jamal y sus amigos podían comprar gasolina en el mercado negro, pagando más de doscientos cincuenta dinares iraquíes por litro, veinte veces más de lo que se pagaba en época de Saddam.

Los americanos instituyeron el toque de queda a las 6:00 p.m., así como un límite horario de conducción. Sin electricidad, la madre de Jamal resolvió preparar la comida en el calentador de queroseno. Se bañaban con agua fría, porque en el hogar de los al-Yussuf no había electricidad para calentar el agua. Cenaban a la luz de las velas, y después Jamal leía a sus sobrinos y primas pequeños. Se levantaba a las cuatro y media de la mañana para unirse a sus amigos en la cola de la gasolinera, que a menudo era de un kilómetro de larga. El frío era insoportable, y muchas veces la estación de servicio se quedaba sin gasolina antes de que llegara su turno. Los días buenos conducían de vuelta en el coche del primo de Jamal, pero la mayoría de los días tenían que caminar.

Mientras esperaba en la cola, Jamal escuchaba rumores de insurgencia. Algunos estaban convencidos de que la carencia de gasolina había sido provocada por los americanos para limitar el número de vehículos en las carreteras. Otros creían que los candidatos locales estaban aprovisionándose de cara a las inminentes elecciones, para poder proporcionar gasolina más tarde y aparecer así ante el pueblo como héroes.

El cebo de los insurgentes iraníes, que ofrecían quinientos dólares americanos al mes a los chutas locales por atacar coches de policía y tanques americanos con sus

lanzagranadas, estaba siempre presente. Jamal se sintió tentado, pero desconfiaba de sus ofertas.

A medida que pasaban los meses y los años, la vida en Bagdad mostraba señales esporádicas de mejoría. Aun así, había siempre una palpable sensación de ansiedad en el aire. Los residentes mostraban que su pasajero semblante de normalidad podía ser roto en añicos en el siguiente minuto por una explosión.

Una mañana, la familia de Jamal estaba caminando por una calle cubierta de basura cuando se encontraron con un objeto metálico que sobresalía de entre la suciedad. Dos soldados americanos se dieron cuenta y, en cuestión de minutos, el área fue acordonada. Mientras se reunía la multitud, llegó un equipo de demolición y afirmó que era un AEI (Artefacto Explosivo Improvisado). Los soldados hicieron que los civiles retrocedieran varios cientos de metros, y entonces la explosión más ruidosa que Jamal había oído nunca golpeó aquel vecindario de Bagdad. Las ventanas se hicieron añicos, los niños gritaron. Pero, cuando el polvo se asentó, Jamal vio que todo el mundo estaba bien. Mientras pasaban junto al humeante cráter de la carretera, Jamal dio las gracias con un asentimiento a dos de los soldados.

Las elecciones trajeron un nuevo tipo de aprensión. Las listas de candidatos estaban compuestas tanto por gente afiliada a los americanos, liderados por el menospreciado Ahmad Chalabi, como por jeques tribales cuya repentina aparición en la política iraquí amenazaba con convertir el estado secular del país en uno que bordease el fanatismo religioso. Para aumentar la incredulidad Iraquí... cada lista electoral tenía que ser confirmada por Ali al-Sistani, un ayatolá nacido en Irán.

Ser confinado en el interior de una ciudad con el constante asedio de extranjeros armados que no hablan tu idioma crea una incómoda sensación entre los locales. Muchos iraquíes creían que, si una explosión no los había herido o matado, lo harían las fuerzas de seguridad americanas o iraquíes. Y siempre existía el horrible miedo a ser llevado a Abu Ghraib como yihadista sospechoso. A pesar de los conflictos de los que se informaba, los sunitas y chiitas habían coexistido pacíficamente en Irak a través de su historia compartida, a menudo interrelacionándose a través del matrimonio. Pero cuando el gobierno es inestable y se carece de seguridad, los grupos raciales y religiosos tienden a reunirse buscando protección, incluso aunque eso signifique congregarse con los elementos más extremistas de una secta.

La falta de seguridad siempre parecía mantener la vida tambaleándose entre la promesa de la democracia y la expectación del caos. Uno podía sentirse orgulloso de ser testigo de la construcción de nuevas tiendas y áreas residenciales, y aun así ver, junto a ellas, estructuras gubernamentales que continuaban siendo armatostes bombardeados.

La psique de Jamal también estaba tambaleándose, y sus pensamientos estaban dominados por el temor a perder más miembros de su familia. A medida que el

tiempo pasaba, su visión se aclaró. Sus primos tomaron las calles para vender sus mercancías y comenzar a ganarse la vida decentemente, y Jamal se las arregló para conseguir un trabajo en la construcción. Las colas de espera en las gasolineras se hicieron gradualmente más cortas, la electricidad permanecía activa durante más tiempo... la vida parecía estar mejorando realmente.

Entonces, a últimos de febrero del 2006, yihadistas extranjeros, vestidos como policías iraquíes, colocaron explosivos en el interior de la mezquita chiita de al-Askari. El santuario de la cúpula dorada era uno de los lugares santos del Islam para los chiitas, y su destrucción provocó un frenesí de represalias contra las mezquitas sunitas. Entre la violencia, un grupo de jóvenes de Bagdad dispararon a un vehículo de combate estadounidense, desarmándolo. Al ver a los chicos celebrándolo, un helicóptero americano descendió en picado y disparó... Una ráfaga de balas mató a los jóvenes que estaban en plena celebración.

Dos de los sobrinos de Jamal estaban entre los muertos, y Jamal fue testigo de la masacre. Había sido un momento en el que la realidad se rasgó, incluso peor que cuando había llevado a su hermano moribundo en sus brazos. El reinado de Saddam era opresivo, pero mantenía a raya la anarquía. Ahora que la presa se estaba rompiendo, la sangre de los niños inocentes estaba en las manos de todos, y Jamal al-Yussuf ya no podía soportar estar en su propia piel.

Tenía que atacar, tenía que hacer algo...

Dos días después, se marchó a Teherán.

\* \* \*

Cuatro manzanas al norte, dos al este, y ya está de vuelta en la casa de piedra oscura con la puerta de aluminio negro. Sube los peldaños de cemento cubiertos de nieve y abre la puerta.

Jamal entra en la cocina y deja la compra sobre el mostrador de linóleo barato, donde encuentra la nota.

Esta noche: 7:30 P.M.

Terminal Marina Dundalk

Autopista Broening 2700

---

«Para el 2012 necesitaremos cincuenta millones de barriles [de petróleo]

adicionales al día.»

Dick Cheney, vicepresidente (cincuenta millones de barriles es equivalente a mas de seis veces la producción diaria de petróleo de Arabia Saudí en 2006).

«Admitiré que hubo... actuaciones contradictorias.»

Presidente George W. Bush, refiriéndose a su presupuesto del 2006, en el que se destinaron veintiocho millones de dólares para la investigación de combustible renovable...

después de su discurso sobre el Estado de la Nación del 2006, en el que hacía un gran énfasis en el uso de fuentes de energía alternativa.

Contradictoriamente, el ministerio de Interior recompensó a las compañías petroleras con una reducción fiscal de siete mil millones de dólares por perforar en terreno público.

«El cambio es la ley de la vida. Y aquellos que sólo miran el pasado, o el presente, ciertamente, van a perder el futuro.»

Presidente John F. Kennedy.

# Capítulo 16

MONTAUK, NUEVA YORK

9 de enero de 2012

9:12 RM. EST

Ace sube la escalera casi a rastras, con la rodilla izquierda dolorida por los ejercicios y la parte baja de la espalda rígida por la artritis. Desde la planta de abajo puede oír las risas de las adolescentes en la habitación de Leigh. Se dirige a la habitación de Sam y abre la puerta.

Su hijo está dormido en la litera de abajo, con las luces apagadas y la televisión encendida. Su equipo de hockey, humedecido por el sudor después de las dos horas de entrenamiento de hoy, está tirado en el suelo.

«Será mejor que limpie esto antes de que Kelli...»

Ace se detiene. Hace eso muchas veces, su mente aún no se ha acostumbrado a su nueva realidad... un padre solo. Hay una parte de él que aún espera que su mujer salga de la habitación con su chándal favorito, u oír su voz quejándose de que «nadie recoge sus cosas», o escucharla reír mientras habla con alguna amiga por teléfono.

Mira a Sam y ve los rasgos de Kelli en el rostro del chico. Aunque Leigh se parece a Ace (tranquila, introvertida), Sam ha salido a su madre, y la personalidad de ésta vive en él. Consolado y entristecido por el pensamiento, Ace cubre al chico con la manta, apaga la televisión y sale de la habitación.

Siguiendo las risas, atraviesa el pasillo hasta el dormitorio de Leigh. Llama a la puerta dos veces, y entonces echa un vistazo a su hija y a sus dos amigas. Están reunidas alrededor de su nuevo ordenador, riéndose ante los mensajes instantáneos de otro grupo de adolescentes.

—¿Leigh?

—No pasa nada, papá, sabemos quiénes son.

—Son chicos de nuestra clase, señor Futrell —añade la mejor amiga de Leigh, Olivia.

—Está bien. Pero recuerda lo que hemos hablado. —Ace cierra la puerta, agradecido por la distracción que le proporcionan a su hija sus amigas. Leigh ha interiorizado su dolor por la pérdida de su madre, y el tiempo aún no ha empezado a sanar la herida. Son las amigas de la adolescente las que se han convertido en la fuerza estabilizadora de su vida.

Se dirige a su despacho y enciende la televisión. Están emitiendo el final del partido Knicks-Cavaliers.

El teléfono suena. Ace comprueba la identificación de la llamada... Jeffrey Gordon.

—Ey, tío, ¿qué pasa?

—Se me ha antojado un helado. ¿Te hace?

Ace se sienta, con la adrenalina al máximo.

—Sí, claro.

—Te recojo en quince minutos.

Viviendo bajo el microscopio de Seguridad Nacional, con las líneas pinchadas y su correo electrónico monitorizado, Ace se ha visto obligado a codificar palabras, frases, y a planear sus propios trucos de prestidigitador para dirigir sus asuntos fuera del alcance del ojo federal.

Coge una vieja chaqueta de color marfil del gancho tras la puerta y abandona su oficina, cruza el pasillo y mete la cabeza en la habitación de Leigh.

—Cariño, Sam está dormido. Voy a salir un rato con el tío Jeff.

—Papá, ¿qué llevas puesto?

—¿Qué pasa? Es cómodo.

—Es blanco. No eres un viejo, ponte la chaqueta de cuero que te compró mamá.

—Claro. Volveré pronto. Ocúpate de todo, ¿vale?

Ignorando el consejo de moda de su hija, baja las escaleras mientras se cierra la chaqueta y espera en el exterior a que su amigo lo recoja.

\* \* \*

A seiscientos ochenta kilómetros, moviéndose en una órbita estática sobre Long Island, está el satélite espía Onyx. Dirigido por la Oficina de Reconocimiento Nacional (ORN), una de las dieciséis agencias que conforman la Comunidad de Inteligencia de Estados Unidos (CIEU), el satélite es tan grande como un autobús y pesa más de quince toneladas. El satélite espía posee un panel solar de cuarenta y cinco metros y una antena de radar, todo alojado alrededor de su radar de apertura sintética (RAS), un sistema de impulsos que crea su propia iluminación, permitiendo que las imágenes sean procesadas durante el día o durante la noche, y en las peores condiciones climatológicas. Como parte de un programa de satélites altamente clasificado, y conocido colectivamente como Future Imaginery Architecture (FIA), ONYX fue duramente criticado hace siete años por miembros del Comité de Selección del Senado, por su alto precio (cuarenta mil millones de dólares) y por su incapacidad para penetrar los búnkeres subterráneos donde Irán y Corea del Norte alojan sus instalaciones nucleares. A pesar de estas objeciones, el programa fue financiado por los comités correspondientes tanto de la Cámara como del Senado.

\* \* \*

Desde su laboratorio en los cuarteles generales del ORN en Chantilly, Virginia, el oficial técnico Garret Matsuura observa un vídeo en tiempo real que está siendo grabado de su sujeto, Ashley Futrell, «Ace». El japonés-americano de cuarta generación, empleado del ORN, ha sido asignado a Ace justo un mes antes, y ha estado coordinando las actividades del sujeto con su agente de Seguridad Nacional. Matsuura no sabe por qué su jefe está tan interesado en el antiguo trabajador de PetroConsultant, ni por qué su caso en concreto ha sido clasificado como «UMBRA», una inusual designación de alto secreto para la vigilancia doméstica de un ciudadano americano.

Matsuura termina los restos de su cena mientras el sujeto sube al asiento del pasajero de un Chevy Astrovan matriculado a nombre de la señora Gay Gordon, esposa del abogado neoyorquino que es amigo íntimo del hombre. El ordenador identifica al conductor como Jeffrey Gordon, el tipo que ha contactado con Futrell por teléfono veinte minutos antes.

Reconocimiento por satélite se mantiene con el vehículo mientras éste entra en el aparcamiento de una franquicia de helados. Los dos hombres permanecen a la vista junto a la ventanilla lateral del establecimiento y proceden a efectuar sus pedidos.

Matsuura bosteza.

«Gente normal viviendo vidas aburridas. Pasad de los helados con sirope caliente e id a un club de strip-tease o algo así, tíos. Me estáis matando de aburrimiento.»

Los dos hombres vuelven a la furgoneta con sus postres. Después de varios minutos, el conductor sale del aparcamiento y se dirige al norte durante tres manzanas. Después se detiene en un Mini-Mart. Mientras Gordon echa gasolina, Futrell entra en el establecimiento para usar el baño.

\* \* \*

Ace abre la oxidada puerta de metal y entra en el servicio de hombres.

El director de la CIA está ya dentro. David Schall cierra la puerta tras él, y entonces tiende a Ace un sobre.

En el interior hay fotos, todas en blanco y negro, tomadas desde una lente telescópica. Con las manos temblorosas, Ace mira fijamente el rostro del asesino de su esposa.

—Se llama Scott Santa, se escribe «S-a-n-t-a», pero se pronuncia «Shanta». Es ruso. Se mudó a Estados Unidos cuando era adolescente, y sirvió en la Guardia Costera como telegrafista antes de ser ascendido a oficial de embarque con acceso autorizado a asuntos de alto secreto. Sirvió en dos navios, un cúter de alta resistencia de sesenta y cinco metros de eslora, procedente de New Bedford, y un reemplazador de balizas de cincuenta y cinco metros de Homer, Alaska. El reemplazador fue el

primer navio que llegó al lugar donde el Exxon Valdez sufrió el derrame.

—Ve al grano.

—Hace doce años dejó la Guardia Costera y aceptó un puesto en la Corporación Vinnell. Se le asignó la instrucción de la Guardia Nacional Saudí.

—¿Vinnell? Espera... Vinnell es parte de la CIA.

Schall asiente, en parte avergonzado.

—Puedes imaginarte cómo ha picado esto mi propia curiosidad, y, antes de que digas nada, no, la CIA no ha sido quien ha castigado a tu mujer.

—Pero es evidente que alguien lo hizo. ¿Dónde está ese hombre ahora?

—No estamos seguros, aunque sospechamos que ha vuelto a Arabia Saudí... después de lo de Nueva York. Lo único que sabemos es que dejó Vinnell hace ocho meses. Ahora hace negocios en Jiddah y Riad, con armas pequeñas y cosas de ese tipo.

Ace se quita la chaqueta y baja la cremallera de un compartimento oculto en el forro. Mete el sobre en ese espacio, cierra la cremallera y luego vuelve a ponerse la chaqueta.

—Sospecho que nuestros caminos se cruzarán cuando esté en Arabia Saudí.

—Eso es asunto tuyo; hablemos ahora del mío.

Ace busca en el bolsillo delantero de su pantalón y saca varias páginas de notas. Se las entrega a Schall, que las lee rápidamente por encima.

—Estás de broma, ¿verdad? Esto es prácticamente una operación militar.

—Sí, bueno, por algo lo llaman el Lugar Vacío [27]. Rub al-Khali cubre seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados. ¿Crees que sólo íbamos a colocar un par de cartuchos de dinámica y a recoger una lectura sísmica? Es un lugar desagradable, una extensión sin fin de dunas de arena que se hielan durante la noche, a menudo con temperaturas cercanas al cero.

—¿No hay ningún modo de refinar la búsqueda?

—Yo la he refinado. Vamos a concentrarnos sólo en la esquina sur, cerca de los campos de Kidan, Shaybah y Ramalah. Además, echaremos un vistazo a lo que queda en Ghawar, el campo de petróleo más grande del mundo. Con esas lecturas geológicas podré compilar una tasación bastante precisa de lo que queda realmente en las reservas saudíes.

El director de la CIA se guarda la información en el bolsillo.

—Espero que seas consciente de que me llevará meses organizar todo esto.

—He pensado en mediados de abril. —Ace abre la puerta del baño para marcharse.

Schall lo agarra por el brazo.

—No lo has entendido, ¿verdad, tío? El presidente necesita esta información ahora, no dentro de tres meses.



—Entonces dile al presidente que le pregunte al rey Sultan. Mientras tanto, quítame a Seguridad Nacional de la espalda, tal como me prometiste, o no hay trato.  
Soltando su brazo, Ace abre la puerta del baño y sale a la noche.

---

«Los principales obstáculos para investigar el terrorismo islámico fueron los intereses de las empresas petroleras estadounidenses y el papel jugado por Arabia Saudí en este asunto. Todas las respuestas y todo lo necesario para dismantelar la organización de Osama bin Laden puede ser encontrado en Arabia Saudí.»

John O'Neill, experto en contraterrorismo del FBI  
(O'Neill fue asesinado durante los ataques  
del World Trade Center del 11-S).

«Las investigaciones del 11-S sacaron a la luz el "Puente Aéreo de Bin Laden" durante el periodo sin vuelos, e ignoraron los antiguos lazos comerciales que unen a la familia Bush con la fortuna de la familia Bin Laden. Una empresa en la que ambas familias tienen intereses, el Grupo Carlyle, mantuvo su reunión anual el 11 de septiembre, con la asistencia de George Bush Sr., James Baker y dos hermanos de Osama bin Laden.»

911TRUTH.ORG

«La posesión no es nueve décimos de la ley. Es nueve décimos del problema.»  
John Lennon.

# Capítulo 17

TERMINAL MARINA DUNDALK

Baltimore, Maryland

11 de enero de 2012

8:25 A.M. EST

Con setenta y dos kilómetros de muelles, en la cuenca del río Patapsco, el puerto de Baltimore data de principios del siglo XVIII, momento en el que se convirtió en la puerta de entrada oficial para el comercio de tabaco entre Inglaterra y los colonos. El puerto de Baltimore es uno de los mayores puertos de Estados Unidos, y sus noventa y cuatro embarcaderos cargan y descargan hasta ciento setenta y cinco barcos al día.

Jamal al-Yussuf trabaja en el perímetro de seguridad en la entrada principal de la terminal Dundalk, comprobando la identificación y las órdenes de trabajo de los camioneros que hacen recogidas y entregas. Durante el día, divide su tiempo de oración entre varias mezquitas locales, pidiendo fuerzas a Alá. Se ha apuntado a un gimnasio de su barrio y hace ejercicio tres veces a la semana. Ha hecho un par de amigos, pero, debido a su instrucción con los Qods, no se permite profundizar en estas relaciones. En un plazo de tres meses espera recibir su primer ascenso, lo que le permitirá comprobar los contenedores de carga de barcos procedentes de puertos extranjeros.

Hasta entonces, espera el momento oportuno, asegurándose de ser siempre puntual y respetuoso con sus supervisores.

Son casi las ocho y media de la mañana cuando sale de su turno de noche, con un largo fin de semana por delante. Llega a casa en autobús cuarenta minutos más tarde, y la furgoneta blanca con el letrero de mejoras del hogar ya está aparcada en el exterior de su edificio de apartamentos. Omar Kamel Radi está en el asiento del conductor, vestido con un mono de trabajo y una chaqueta de franela.

—Buenos días, perro.

—¿Qué me has llamado?

—Perro. Entre la gente de color es un término cariñoso.

—Es un insulto si viene de la boca de un sunita. No vuelvas a dirigirte a mí de ese modo, nunca más.

Jamal sube al lado del pasajero. Intenta reclinar el asiento completamente para dormir, pero los dos enormes contenedores de almacenamiento que están justo detrás de él hacen que esto sea imposible. Se acurruca contra la puerta, y se coloca la gorra de lana sobre los ojos.

—No me despiertes, perro sunita, o te rajaré de un modo que hará que ni tu propia madre te reconozca.

\* \* \*

Omar Kamel Radi nació en Haditha, un pueblo agrícola de noventa mil habitantes ubicado junto al río Éufrates, a doscientos veinticinco kilómetros al noroeste de Bagdad. Aunque la capital iraquí y su fortificada zona verde han pavimentado el camino hacia una nueva constitución, Haditha se ha transformado en un bastión de insurgentes. Aquí es el muyahidín quien decide quién cobra, qué ropa puede vestir la gente, qué música pueden escuchar... y por último, quién vive y quién muere.

Al amanecer, los insurgentes iraníes llevaban a cabo ejecuciones públicas en la entrada de la ciudad, en el puente Haqlania, apodado «El puente de los agentes», una referencia mortuoria relativa al número de agentes americanos que han sido decapitados. Se reúnen pequeñas multitudes, cada decapitación o desmembramiento es filmado, y los DVD se distribuyen más tarde, ese mismo día, en el mercado Souk.

Cuando Haditha, que una vez fue parte del triángulo sunita, cayó en manos de los insurgentes chiitas, se convirtió en uno de los mayores fracasos de la invasión americana. Es allí donde Tawhid al-Jihad, el jefe iraquí de Al-Qaeda, permanece virtualmente incuestionable, e incluso ser sospechoso de apoyar a los americanos es una invitación a la muerte. Como la mayoría de la gente que vive en Haditha, Omar y su familia eran sunitas, y aunque no se oponían a los insurgentes, tampoco los apoyaban.

Todo cambió el 19 de noviembre de 2005.

Fue poco después de las siete y cuarto de la mañana. Cuatro Humvees [28] con marines estadounidenses de la compañía Kilo estaban patrullando el área residencial cuando fueron bombardeados. El cabo Miguel Terrazas, de veinte años de edad, murió en el ataque. Cinco sospechosos (ocupantes de un taxi) se dieron a la huida.

Quizá fue el estrés de lidiar con una situación imposible, los aparentemente eternos turnos de servicio, o la repetida exposición a tantos derramamientos de sangre sin sentido, pero el asesinato de Miguel Terrazas provocó que la estabilidad moral de los soldados americanos se quebrara. Los marines abrieron fuego y abatieron a los sospechosos, y entonces, inexplicablemente, comenzaron a arrasarlo todo. Iban de casa en casa, entrando a la fuerza y destrozando el mobiliario mientras alineaban a hombres, mujeres y niños para su ejecución. Cuando la matanza terminó, veinticuatro iraquíes yacían muertos, diecinueve habían sido despertados a punta de pistola. Entre las víctimas había varios niños... y la esposa embarazada de Omar.

La verdad sobre la masacre se escondió a la opinión pública americana durante meses, aunque esto provocó revueltas en Haditha que se extendieron por Irak. Tristemente, sorprendentemente, a pesar de lo horrible que había sido el ataque, fue todo rápidamente tragado por el continuo baño de sangre diario que provocaban los hombres-bomba suicidas, las decapitaciones, los secuestros y la violencia sin

restricciones que se llevaba a quinientos iraquíes cada semana.

Pero, para Omar Kamel Radi, el mundo se había hecho añicos sin solución. Semanas de dolor finalmente se convirtieron en una fría y dura rabia.

Un día se encontró con un viejo amigo de la escuela. Después de saludarlo, su amigo le contó que se había unido a un grupo de resistencia política que recibía fondos de Irán, y que lo habían enviado a reclutarlo. El viejo Omar hubiera rechazado la oferta sin dudar, pero ahora todo había cambiado.

Tres meses después de que su esposa y su hijo nonato fueran asesinados, Omar Kamel Radi se unió a los Qods, una unidad terrorista con base en Irán.

JIDDAH, ARABIA SAUDÍ

11 de enero de 2012

12:37 P.M. Hora local

La ciudad portuaria de Jiddah está ubicada junto al Mar Rojo, en el oeste de Arabia Saudí, en una zona conocida como el Hijaz. A pesar de sus tres siglos de historia, Jiddah es ahora un moderno centro comercial que cuenta con un aeropuerto internacional y grandes autopistas que la conectan con otras ciudades sauditas.

Muchos de los Hijazi que habitan la ciudad de Jiddah son musulmanes Ashraf... descendientes directos de Mohammed. Cada año, decenas de miles de estos peregrinos utilizan las carreteras de Jiddah en su viaje hacia la ciudad santa de la Meca. Viven del mar y trabajan como mercaderes y comerciantes, y el suyo es un estilo de vida más occidentalizado que el de sus primos beduinos.

Las comunidades tribales conocidas como beduinas están dispersas al este, en el Najd, una región árida de Arabia Saudí que aloja Riad, la capital saudí. Al sur, y al suroeste, hay un desierto sin poblar conocido como Rub al Khali (el Lugar Vacío), hogar del mayor campo petrolífero del mundo: Ghawar.

\* \* \*

El Palacio del Mar Rojo es un hotel de siete plantas ubicado en el distrito comercial de Jiddah. Scott Santa sale del ascensor del hotel y atraviesa el vestíbulo principal hasta salir al sol árabe.

Siguiendo un camino de cemento, el alto asesino ruso se abre camino hasta la piscina, mirando demasiado a menudo la pantalla digital de su reloj Casio.

«Las doce y treinta y nueve...»

Santa localiza una tumbona vacía en la sombra y la mueve para poder ver a dos mujeres asiáticas con bikinis de rayas azules y blancas que están sentadas junto al hidromasaje. Pide una copa a un camarero y comprueba su reloj de nuevo.

«Las doce y cuarenta y dos.»

Santa saca el teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones y lo enciende.

«Las doce y cuarenta y cuatro.»

El teléfono suena una vez.

—Adelante.

La voz americana en su oído es sorprendentemente clara, teniendo en cuenta que está a medio mundo de distancia.

—Va para allá. La primera semana de abril.

—¿Por qué tan tarde?

—Es inevitable.

—Esto reduce nuestro tiempo de acción considerablemente.

—Ocúpate de ello.

Santa sonrío a las mujeres asiáticas. Una se ríe. La otra le sonrío en respuesta.

—Vale, estaré esperando.

PRIMAVERA

2012

---

«Las olas de una nueva revolución islámica se extenderán pronto en el mundo entero.»

Presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad, 2006.

«Nosotros no tememos el futuro, porque estamos intentando darle forma.»

Presidente George W. Bush, 2006.

«Espero un gran futuro para América... un futuro en el que nuestro país equipare su fuerza militar con nuestra contención moral, su riqueza con nuestra sabiduría, su poder con nuestra determinación.»

Presidente John F. Kennedy.

«Ante el nuevo descenso (global) del nueve por ciento, necesitamos aproximadamente ocho millones de barriles al día de nueva producción (de petróleo) para compensar este declive. Como ha dicho repetidamente, en incontables conferencias, uno de los mayores expertos energéticos del mundo, que además es el mayor inversor en energía del mundo, "Necesitamos encontrar al menos tres nuevas

Arabias Saudíes para compensar el declive".»

Michael C. Ruppert, *An American Energy Policy*.

# Capítulo 18

Irán arma misiles anti-radar con cabezas nucleares

Associated Press: 19 de abril de 2012

TEHERÁN. El ejército iraní ha afirmado hoy que ha cargado nueve de sus misiles anti-radar Fajr-3 con cabezas nucleares. Cada misil balístico es capaz de viajar dos mil kilómetros mientras evita misiles anti-misiles. El general Hossein Salami, jefe de las Fuerzas Aéreas de la Guardia Revolucionaria iraní, ha declarado: «A la primera señal de ataque, la gran nación del Islam devolverá el golpe a sus enemigos, asolando las ciudades sionistas y las bases militares occidentales hostiles de Irak y Arabia Saudí. Allahu akbar, Dios es grande».

El secretario de Prensa, Kris Hamilton, antiguo oficial de la marina estadounidense, fue firme en la respuesta de la Administración Obama: «El presidente toma estas últimas amenazas muy en serio. Aunque atacar Irán nunca ha sido la intención de Estados Unidos, no dudaremos jamás en prestar ayuda a nuestros aliados en la región, ni descartaremos el uso de armas tácticas nucleares si percibimos una grave amenaza».

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha declarado que una agresión iraní en la región no sería tolerada, sino, de nuevo, detenida y sancionada.

MONTAUK, NUEVA YORK

21 de abril de 2012

9:37 A.M. EST

—¡Papá, la limusina del aeropuerto está aquí!

—¡Ya voy! —Ace tira dos camisetas más en el interior de su ya abarrotada maleta y obliga a las cremalleras a cerrarse.

Leigh le da su pasaporte.

—No pierdas esto.

—No lo haré. Sólo estaré fuera ocho días. La tía Jen se quedará aquí.

—Haz lo que tengas que hacer, nosotros estaremos bien.

—Papá, la limusina...

—¡Sam, ya voy! —Ace da un abrazo a Leigh y después baja las escaleras, hacia donde Jennifer y su hijo están esperando. Entrega su maleta al conductor de la limusina—. Ahora mismo salgo.

Sam le da un abrazo rápido.

—¿A dónde vas esta vez?

—A Abu Dhabi.

—Ese sitio no existe.

—Está en los Emiratos Árabes Unidos. Búscalos.

—¿Me traerás algo cuando vuelvas?

—Si me das otro abrazo.

El chico se lo da y después corre escaleras arriba para jugar a la videoconsola, dejando a Ace solo con Jennifer.

—No te preocupes —dice ella.

—Siempre lo hago. —La abraza—. Jen, escucha...

—Somos familia, Ace. Ahora vete, antes de que pierdas el avión.

Se inclina y la besa en los labios, y entonces se aparta, avergonzado.

—Lo siento... la costumbre.

Ella ve la confusión en sus ojos y sonríe mientras Ace sale por la puerta, corriendo hacia el coche que le espera.

## CARBONDALE, ILLINOIS

El tanque está en el búnker de cemento, zumbando suavemente. Elevándose desde el lado izquierdo del contenedor rectangular de hierro hay treinta barras de combustible de uranio, tomadas del reactor nuclear iraní.

El profesor Eric Bi, protegido en el interior de algún tipo de anticuado traje aislante, retira cuidadosamente una húmeda pasta de color café de la parte de arriba del segundo centrifugador. Suavemente, vacía el alijo de uranio enriquecido en el enorme contenedor en la esquina opuesta del sótano.

«Tan delicado. Tan poderoso. Una fuerza de la naturaleza, aprovechada por el hombre...»

El profesor de física devuelve la valija al contenedor y después vacía el contenedor más pequeño del fondo, que contiene uranio empobrecido, en el depósito de plástico, para su eliminación.

«Treinta barras de combustible, cada una capaz de producir un gramo de U-238 enriquecido al día. Se necesitan tres horas de trabajo al día, multiplicadas por seis meses...»

Eric Bi vuelve a al contenedor principal y usa sus herramientas para amasar el residuo del U-235 enriquecido hasta formar una pasta espesa... una pasta que después calentará y solidificará.

«Ciento ochenta días, tres horas al día... eso son quinientas cuarenta horas de trabajo... divididas entre dos millones de dólares... son tres mil setecientos dólares a la hora. No está mal para un trabajo a media jornada.»



La pasta se hace tan maleable como la arcilla húmeda. Bi la arrastra hasta uno de los dos depósitos de uranio enriquecido con forma de pelota de golf que ha recogido, perdiéndose en sus pensamientos.

«Tengo que empezar a trabajar en el mecanismo activador. Lo quieren unido a un teléfono móvil... bastante fácil. Hay que soldar los cables desde el teléfono hasta la cubierta de voladura. Eso debería ser suficiente para activar el C-4.»

Los ojos de Bi brillan mientras se pone a trabajar en el segundo depósito.

«Sesenta y siete años desde Nagasaki. La última bomba puso fin a una guerra mundial, la próxima comenzará una. ¿Qué diría madre si estuviera viva? ¿Estaría orgullosa de su único hijo, o avergonzada? Pero esto no tiene nada que ver con el pasado, ni con la venganza, madre. Esto tiene que ver con el futuro. Esto es para detener la dominación occidental, están en juego las vidas de miles de millones de personas...

No, madre, lo que estoy haciendo ahora no es por Japón... ¡esto es por China!»

\* \* \*

Al otro lado de la calle, el agente del FBI Elliot Green lee el periódico de la mañana mientras termina su café y su tostada con mantequilla. La imagen del garaje del profesor Bi continúa siendo una constante en la televisión de pantalla plana, igual que lo ha sido cada mañana durante las últimas catorce semanas.

El sonido del teléfono móvil rompe su rutina matinal.

—¿Sí?

—Señor Green, ¿está disponible para el señor Jones?

Elliot tira el periódico a un lado.

—Sí, por supuesto.

Un momento después, Chuck Jones, director de la oficina del FBI en Springfield, aparece en el teléfono.

—Elliot, siento no haberte relevado aún, pero estamos escasos de personal.

—Lo entiendo.

—El ordenador ha identificado a uno de los visitantes de nuestro amigo. Te estoy mandando el archivo ahora mismo. Además, estoy investigando el asunto con nuestros amigos de Washington. Infórmame si se produce algún otro contacto.

¿Washington? El corazón de Green se acelera mientras agarra su portátil.

Los «visitantes» habían sido tres empleados de una empresa de mejoras para el hogar de Decatur. El «supervisor», que había llegado la noche del 3 de enero, había enviado a dos trabajadores a la residencia de Bi dos semanas más tarde, en la misma camioneta blanca. Habían descargado láminas de escayola y un par de cajas de madera de aspecto pesado marcadas como «Estantes». Todo había sido metido en el interior del garaje, mientras el profesor indicaba al hombre más alto dónde quería que

se hiciera el trabajo.

Lo habían terminado en dos horas... todo desarrollado tras la puerta cerrada del garaje. Cuando los hombres se marcharon, se llevaron con ellos el viejo muro de escayola y las dos cajas, ahora vacías.

Elliot Green había esperado hasta que el profesor Bi se marchó a la universidad la mañana siguiente para echar un vistazo a través de la ventana del garaje. Una rápida comprobación visual había verificado que las paredes interiores habían sido reemplazadas por otras nuevas, así como por un par de nuevos muebles. En ese momento, había asumido que las pesadas cajas sólo contenían esto último.

Green había enviado las imágenes de los rostros de los tres hombres al FBI de Springfield para su identificación. Después de todo este tiempo, ya casi se había olvidado de la petición.

Abre el mensaje de correo electrónico de Chuck Jones y descarga el archivo codificado.

Nada sobre los dos trabajadores, pero el rostro del capataz aparece en la pantalla, así como su identificación.

Nombre del sujeto: Michael Tursi.

Graduado con honores: Técnico Analista de Misiles Balísticos - Base Sheppard de las Fuerzas Aéreas.

Graduado con honores: BMAT - Instrucción Avanzada - Base Vanderburg de las FA.

Destino: Little Rock, AR.: Misiles nucleares Titan II.

Dispensa honoraria: Agosto 1986.

Paradero actual: UMBRA

Elliot mira fijamente la información. El hecho de que Michael Tursi tenga una amplia instrucción en misiles nucleares no es tan perturbador como la clasificación UMBRA... Por encima de Alto-Secreto.

Fuera lo que fuera lo que el profesor Bi estuviera haciendo en ese garaje, tenía el apoyo de al menos un miembro de una división del servicio de inteligencia.

CAMPUS DE LA UCLA

Los Angeles, California

Omar Kamel Radi camina a través de la zona sur del campus de la UCLA. Se dirige al centro de actividades estudiantiles. Aunque ocasionalmente asiste a las clases, no es un estudiante. Piensa a menudo en matricularse, especialmente cuando ve los entrenamientos del equipo de fútbol. Se imagina a sí mismo jugando, y sueña despierto con caminar cogido de la mano con alguna de aquellas rubias animadoras

americanas.

El apartamento de Omar está a un paso del campus. Le sorprende que los estudiantes puedan permitirse esos alquileres... una cantidad que supera a tres meses de salario en Irak. Nunca podría permitirse el apartamento con su salario actual... trabajando como operario de mantenimiento en el edificio de Bank Tower, en el centro de Los Ángeles. Pero el dinero ya no es una preocupación.

Los días son fáciles para Omar, y el campus le ofrece una paz que nunca había experimentado en Nasiriyah. Es la noche la que rasga su alma, el momento en el que los sueños vuelven a él, golpeándolo de nuevo contra la tierra.

Camina hacia el este por la avenida Manning y se detiene frente a un pequeño gimnasio para ver una clase de aeróbic que se está desarrollando. La monitora, una atlética rubia de unos treinta años, dirige a un grupo de nueve mujeres y dos hombres a través de una serie de patadas y puñetazos.

La clase termina un par de minutos después.

Omar entra en el gimnasio. Espera hasta que los alumnos se marchan y después se aproxima a la mujer.

—Eres muy buena. ¿Cuándo me costaría... si quisiera entrenar contigo?

La monitora de aeróbic se seca con una toalla, con los ojos fijos en el alto hombre de Oriente Medio.

—Las clases cuestan veinte dólares por sesión, pero tienes que matricularte en el gimnasio. ¿Es sólo para ti, o también para tu esposa?

—Mi esposa... —Los ojos de Omar se llenan de lágrimas—. Murió hace seis años. Un accidente de automóvil.

—Oh, dios... lo siento mucho. —Extiende la mano—. Susan Campbell.

—Omar al-Saddat.

—¿Saddat? ¿Eres pariente de ese tipo egipcio?

—¿Has oído hablar de mi tío abuelo, Anwar?

—¿No fue asesinado?

—Sí.

—Guau. Bueno, escucha, espero que te unas a nosotros. Doy clases todas las mañanas de siete y media a diez y media, de lunes a viernes.

—Gracias, Susan Campbell. Te veré mañana.

Ella le ofrece una sonrisa de adiós. Después agarra su bolsa del gimnasio y se dirige a la puerta.

El corazón de Omar se hincha cuando la observa marcharse. Pasará las próximas seis horas en el centro comercial, comprando su equipo deportivo, la ropa para las clases... y un par de sábanas nuevas y un edredón a juego para su cama.

«Hay suficiente petróleo (en el Golfo de México) para repostar casi ochenta y cinco millones de coches durante treinta años.»

Barney Bishop, miembro del lobby petrolero.

«Su archivo predictivo ha sido desastroso. En la tierra de los ciegos, los fidedignos datos de la OPEP o no son fiables, o no existen. La OPEP debe proporcionar datos de la producción de cada campo, y de cada pozo, detalles presupuestarios, e informes de ingeniería independientes. El mundo entero asume que Arabia Saudí puede satisfacer las necesidades energéticas de todos, y a buen precio. Si esto no funciona, no hay plan B. Lo único que tenemos es Arabia Saudí.»

Matthew R. Simmons,

presidente de Simmons and Company International,

una firma de inversión especializada en energía, 2006.

«El doctor Colin Campbell, un importante geólogo petrolero, ejecutivo retirado y uno de los expertos más respetados en materia de picos petroleros, escribió a este autor recientemente sobre su nuevo libro, *The Atlas of Oil and Gas Depletion*, que había intentado presentar una fiable representación estadística de los patrones de agotamiento alrededor del globo. Dijo que, en lo que se refería a las cantidades de las reservas, tal como eran presentadas por las compañías y los países, "los únicos números que son ciertos son los números de página".»

Michael C. Ruppert, *An American Energy Policy*.

# Capítulo 19

ABU DHABI, EAU

Oriente Medio

23 de abril de 2012

7:56 Hora local

La masa continental de Arabia Saudí domina la península árabe. Su costa oeste se extiende hasta los bancos del Mar Rojo, y su costa este se encuentra con el Golfo Pérsico. Aunque la región norte del reino limita con Irak y Jordania, hay tres países árabes que forman una «bota» en la esquina sur saudí, separándola del Mar Árabe: Yemen, Omán y los Emiratos Árabes Unidos (EAU).

Los Emiratos Árabes Unidos están ubicados en la boca del Golfo Pérsico, apretados en el empeine de la «bota» saudí. EAU, considerado uno de los países árabes más modernizados y liberales, está formado por siete estados independientes: Abu Dhabi, Dubai, Ajman, Fujairah, Ras al Khaimah, Sharjah y Umm al Qaiwain. Un Consejo Supremo de Gobernantes, compuesto por los emires de los siete estados, señala al primer ministro y a su gobierno.

Abu Dhabi es la capital, y el mayor de los siete emiratos. Su extensión continental, que incluye casi doscientas islas, constituye casi el ochenta por ciento de los EAU. Su reserva petrolífera fue descubierta en la década de los cincuenta, y para 1962, Abu Dhabi se había convertido ya en el primer emirato en exportar su oro negro. Aunque a diferencia de Arabia Saudí, Irak e Irán, Sheikk Zayed, presidente de los EAU, reinvirtió las riquezas en el desarrollo de su país, transformando Abu Dhabi, y su ciudad hermana, Al Ain, en ágiles áreas occidentalizadas con relucientes horizontes, parques y jardines, espléndidas calzadas y un moderno aeropuerto internacional. El emirato de Dubai, sin embargo, se convirtió en una meca de entretenimiento y ocio, y atrajo a famosos de todo el mundo.

\* \* \*

Ya ha atardecido cuando Ace Futrell, portando su maleta de cuero, sale del vestíbulo climatizado del Baynunah Hilton Tower, en el centro de Abu Dhabi. Para cuando llega al bordillo de la acera, la humedad ya ha adherido la camisa vaquera de manga larga a su espalda.

Una línea de taxis ocupa la entrada. Ace se dirige al último vehículo, cuyo conductor está inclinado sobre el capó del coche, leyendo un periódico árabe.

—Necesito un taxi.

—Hay otros disponibles. Estoy de descanso.

—Voy al autódromo, y tengo prisa.

El taxista no levanta la mirada.

—Tengo una corazonada sobre la cuarta carrera. ¿Apostamos?

—De acuerdo. —Ace sube en la parte de atrás, y el árabe lanza improperios a los otros conductores mientras mete el taxi en el tráfico de la ciudad.

\* \* \*

Una hora más tarde, el paisaje se difumina contra un horizonte de color rosa y oro mientras viajan hacia el oeste a través de la autopista de la costa. A la derecha de Ace está el Golfo Pérsico, cuya costa contiene lagos poco profundos que se vacían con cada marea. Los corales están cubiertos de manglares, así como de amplias alfombras negras de algas que parecen polución de petróleo.

A la izquierda de Ace, corriendo tierra adentro, están las salinas conocidas como sabkha. Más allá de las salinas hay amplias extensiones de dunas de arena que ruedan como olas de color crema hacia el suroeste, dirigidas por los predominantes vientos del noroeste.

El sol desaparece, dando paso a un cielo nocturno de terciopelo y a temperaturas más frías. En la distancia, Ace puede ver áreas de luz resplandeciente que señalan las refinerías de petróleo de Arabia Saudí. Un indicador de carretera señala que la frontera Saudi/Qatar está a doce kilómetros por delante. La autopista está vacía, a excepción de unos pocos vehículos dispersos.

Sin aviso previo, el conductor detiene el taxi en mitad de la carretera y se gira en su asiento para mirar a su pasajero americano.

—Sal.

—¿Aquí? ¿En mitad de la nada?

Saca el arma y apunta a Ace. Una ola de temor eriza su piel.

—Cruza el sabkha hasta las dunas. —El árabe le hace una señal con el arma—. ¡Muévete!

Ace agarra su maletín y sale del coche. El taxi, inmediatamente, ejecuta una U en el asfalto y se aleja a toda prisa, dejando a su pasajero varado en mitad de una autopista vacía junto a un desierto.

Un gélido viento sopla desde el mar, trayéndole recuerdos de la costa de Montauk, y de sus hijos.

«Muévete, colega. Estás a un millón de kilómetros de casa.»

Se sube la cremallera de la chaqueta, se ajusta el cuello y cruza corriendo la autopista vacía, hacia las salinas.

Quince minutos después alcanza las primeras dunas. Comienza a subirlas, maldiciendo en voz alta cuando la corriente de arena le llena los zapatos, y el esfuerzo de caminar por la pendiente se registra en su rodilla quirúrgicamente

reparada. Las ráfagas de viento aúllan en sus oídos, y la arena rasga su piel expuesta como si fuera virutas de cristal.

Cuando alcanza la cima, mira hacia el desierto que se extiende hasta donde alcanza la vista. A lo lejos hay un pequeño oasis de luz... la refinería Abqaiq, la planta estabilizadora de petróleo y gas más grande del mundo. Ubicada a cuarenta kilómetros del Golfo Pérsico, Abqaiq puede procesar hasta trece millones de barriles de petróleo crudo al día. Ace sabe que su producción actual es sólo la mitad de esa cifra, lo que aun así representa el ochenta por ciento de la producción total de Arabia Saudí al día, gran parte de la cual sale del supergigante conocido como Ghawar.

En su extensión de mil seiscientos kilómetros cuadrados, el campo petrolífero Ghawar contiene treinta estaciones de bombeo alimentadas por seis generadores que transportan el petróleo crudo a través de una red de tuberías hasta las plantas de separación de gas y petróleo de Abqaiq. Estas plantas toman el crudo ácido (petróleo que contiene ácido sulfhídrico y dióxido de carbono) y filtran sus impurezas. Una vez «purificado», el petróleo crudo es bombeado hasta Ras Tanura, la principal refinería del Golfo Pérsico, donde se prepara para su exportación. Además de ser una refinería, Abqaiq funciona como una ciudad pequeña, con una población de dos mil doscientas personas provenientes de América, Arabia Saudí y otros países. El complejo está rodeado por una protegidísima verja de seguridad, y sólo el personal de Aramco y sus familiares pueden vivir allí.

Ace aparta sus ojos de Abqaiq y se concentra en la amplia expansión de oscuro desierto que se extiende ante él. En alguna parte está Ghawar, cuyos secretos tienen secuestrado al mundo entero.

Un movimiento más abajo... capta su ojo. Ace mira con detenimiento.

Descansando en un barranco, como un gigante escorpión negro, está el helicóptero AH64-D Longbow Apache.

---

«Con el ritmo actual de crecimiento de la demanda, sólo China consumirá en diez años el cien por cien de las exportaciones mundiales actualmente disponibles.»

Oficial petrolero anónimo, octubre de 2005.

«¿Conoce la diferencia entre reservas estimadas, reservas probables, reservas comprobadas y reservas recuperables? Están teniendo en cuenta historias inventadas para elevar el valor de las acciones y pedir dinero, o atraer inversores. Eso no tiene nada que ver con cuánto petróleo queda en el suelo. He visto variar esos números hasta un trescientos por ciento en un único campo o región. Por supuesto, los medios de comunicación americanos no explican esto. La verdad sobre las estadísticas de las

reservas es que suelen ser parte de libros de contabilidad, en lugar de honestos análisis científicos. Las compañías petroleras tienen que pagar impuestos sobre sus reservas, así que usan cantidades más pequeñas cuando informan sobre ellas. Pero, cuando se trata de informar a los inversores y a los medios, usan números mayores para animar a los consumidores, elevar los mercados e inflar el precio de sus acciones.»

Michael C. Ruppert, an American Energy Policy.

«Mi padre montaba en camello, yo conduzco un Rolls Royce, mi hijo viaja en un jet privado, y su hijo montará en camello.»

Proverbio árabe.



## Capítulo 20

ABU DHABI, EAU

Oriente Medio

23 de abril de 2012

11:16 P.M. Hora local

Dirigido por sus dos motores de mil setecientos caballos, el helicóptero Apache planea a seis metros de una corriente sin fin de dunas, con el morro bajo y la cola alta, volando como una avispa. El piloto, el teniente D.L. Garst, está sentado en la cabina de mando de la parte de atrás, con su casco «inteligente» adornado con sensores de visión nocturna y enlazado a una torreta rotatoria situada sobre el morro del Apache. La torreta se mueve cuando Garst mueve la cabeza, y sus sensores ópticos transmiten el vídeo directamente a una lente monocular situada frente al ojo derecho del piloto. Con el izquierdo, el teniente examina sus paneles interiores, que incluyen un procesador de señales de radar enlazado a una bóveda ubicada en el mástil, sobre los rotores principales de la aeronave. La bóveda del radar transmite ondas de radio milimétricas en todas direcciones, identificando y enfocando cualquier objeto en el interior del rango del Apache.

Cuando el helicóptero militar toma tierra, las dunas se vuelven de un profundo color rojizo y comienzan a elevarse como montañas. El color oscuro es el resultado de la delgada capa de arcilla gris de la arena, que se oxida en un herrumbroso óxido de hierro al contacto con el clima árido.

Ajustando el plato oscilante, el piloto altera la inclinación de las aspas, incrementando su altitud mientras continúa su vuelo.

—Señor, estamos aproximándonos al extremo noroeste del Lugar Vacío. ¿Cómo va por ahí arriba?

Ace Futrell está sentado en el puesto de mando delantero, rodeado por suficiente armamento para borrar del mapa una ciudad pequeña.

—Bien... bien. ¿Qué pasará si nos encontramos con los malos?

—Los evitaremos.

—Podría lanzarles un misil.

—Eso no será necesario.

—¿Y los beduinos? Suelen disparar a las aeronaves.

—Señor, estamos blindados con Kevlar, lo suficientemente grueso para parar un proyectil de 12.7 mm. Relájese y disfrute del viaje.

A lo lejos, Ace puede discernir señales luminosas... Las estaciones de bombeo situadas alrededor de Ghawar... La mayor reserva de petróleo que existe y ha existido en el planeta.

\* \* \*

Los hidrocarburos que formaron el petróleo y el gas natural comenzaron siendo algas, materia orgánica y plancton que aparecieron en los cálidos mares del periodo jurásico, hace diez millones de años. Esta biomasa se acumuló lentamente en sumideros estancos, y finalmente se asentó en rocas sedimentarias. A través de ciertas reacciones químicas, la biomasa se convirtió en kerógeno, una sustancia orgánica sólida y cerosa.

La temperatura subterránea se incrementa catorce grados Fahrenheit cada trescientos metros de profundidad, y fue entre dos mil y cinco mil kilómetros donde los sedimentos que contenían kerógeno, cocinados durante millones de años, se «desintegraron» para formar petróleo. El gas natural, que requiere una temperatura y presión mayor, a menudo se encuentra en los depósitos de la misma roca fuente, sólo que a mayores profundidades.

Las reservas de petróleo se formaron, y continúan, bajo gigantescas presiones, hasta que son destapadas. Cuando un extractor agujerea el alijo, la presión permite que el crudo mane hacia arriba, a través de las tuberías, hasta la superficie, por lo que el petróleo ligero fluye con mayor facilidad que el viscoso petróleo pesado. Cuando el petróleo se reduce, la presión, naturalmente, aminora, y se necesita inyectar agua o gas en la reserva para mantener la producción. Los escapes en la superficie también son usuales, y el del foso de alquitrán La Brea, en Los Ángeles, instigado por la actividad tectónica de la falla de San Andreas, es un claro ejemplo.

De todos los campos petrolíferos del mundo, sólo cuatro han producido alguna vez más de un millón de barriles de crudo al día: la segunda mayor reserva, el campo Burgan en Kuwait (degradado después de su colapso en 2005), la tercera mayor reserva, el campo Cantrell de México (degradado después de su colapso en 2008), Da Qing, en China, y Ghawar, en Arabia Saudí, cuya producción es mayor que la producción combinada de los otros tres gigantes. Este mega-supergigante, que fue descubierto en 1948, el mayor de los seis campos de los que se obtiene casi toda la producción de Arabia Saudí, está ubicado en el cuadrante sureste del reino Saudí, junto al Lugar Vacío, cerca del Golfo Pérsico. Tiene forma de media de mujer, corre de norte a sur, y su reserva tiene doscientos ochenta kilómetros de largo, y entre veinte y treinta kilómetros de ancho. Su tanque consiste en dos cimas estructurales subparalelas, separadas sólo por una silla con forma de óvalo. Aunque es un único campo, está dividido en seis secciones. De norte a sur, éstas son Fazran, Ain Dar, Shedgum, Uthmaniyad, Haradh y Hawiyah.

La producción de Ghawar, que comenzó en 1951, tuvo su pico en 1981 con 5.7 millones de barriles al día, una estadística de producción que fue más tarde restringida por «razones de mercado». Desde entonces, Aramco, la compañía

energética nacional saudí, se ha visto obligada a inyectar más y más agua marina en la reserva para forzar la salida del crudo. Este «corte de agua» sobrepasó el cincuenta y cinco por ciento en el 2004, lo que significa que más de la mitad del flujo del supergigante es ahora agua salada. Se estima que Ghawar, un campo responsable del sesenta por ciento de todo el petróleo producido por Arabia Saudí, está agotándose a un ritmo del ocho por ciento al año.

\* \* \*

El Apache aterriza tras un cuadrante de escarpes rocosos y dunas de arena, barrera natural que sirve como cobertura para dos tiendas de camuflaje y un vehículo médico blindado AMTV [29]. El AMTV es un pesado camión de batalla designado para tratar a los soldados heridos bajo la protección del blindaje. Pintada en su loneta de camuflaje hay una cruz roja. Anclada a su techo hay una parabólica.

Ace sale del puesto de mando delantero, ayudado por un soldado sanitario vestido con uniforme de camuflaje.

—Señor, el comandante Watkin le está esperando.

Ace es guiado al interior de la tienda principal, que aloja dos generadores portátiles que dan electricidad a una serie de ordenadores. Un técnico militar está sentado en uno de los puestos, siguiendo el acercamiento de un satélite que orbita alrededor de la tierra, mientras otro técnico vigila la pantalla del radar. En el centro hay un mapa computarizado de Arabia Saudí, vigilado por un hombre alto de uniforme caqui, con el pelo canoso y muy corto.

El comandante Matthew Watkin, «Swatkin», comenzó su carrera en el ejército estadounidense en 1994 como ingeniero de combate. El nativo de Virginia ha pasado las dos últimas décadas en Kuwait, Afganistán, Irak y, ahora, Arabia Saudí, coordinando las operaciones militares para Apoyo Estratégico con Kellog, Brown & Root [30]. La atención del comandante está concentrada en el mapa y el walkie-talkie presionado contra su oído, pero sus ojos se apartan del tablero cuando Ace entra en el puesto de mando.

—Espera, acaba de llegar. —El mayor se seca la palma de la mano contra los pantalones, ignorando la mano extendida de Ace—. ¿Eres Futrell?

—Sí, señor.

—Matthew J. Watkin. Felicidades, Futrell, ahora ocupas la primera posición en mi lista de odios personales. Ha sido un fastidio haber pasado los tres últimos meses coordinando esta pequeña aventura tuya, teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo operábamos con EC.

—¿EC?

—Especulaciones científicas. ¿Tienes idea del infierno por el que me has hecho pasar? Repartir ciento cincuenta hombres en cinco mil kilómetros de desierto,

conseguir dos docenas de MQ-1 Predator, y un satélite GPS dando vueltas continuamente por este desierto dejado de la mano de dios, todo para que tú puedas recoger un puñado de datos. Tres localizaciones, setecientos explosivos, todo preparado para detonar en intervalos de diez segundos... ¿Es que tengo cara de ser el coreógrafo de las jodidas Olimpiadas árabes?

La rabia recorre las venas del cuello de Ace.

—Lo que estamos buscando no es una letrina, comandante. Es una reserva, la mayor del mundo. Reduzca los explosivos a la mitad, y necesitaremos el doble de receptores. Y en cuanto a lo de estar en su lista de odios, el puto mundo entero está en mi lista de odios ahora mismo, así que si tiene una EC mejor sobre cómo llevar a cabo lo que me han ordenado hacer, sin empezar una yihad, mis oídos están abiertos, Matthew J. Watkin.

—Sigues teniendo la misma mala ostia. —En el rostro del comandante aparece una amplia sonrisa—. No me recuerdas, ¿no? Partido de Carolina del Sur. Te pateé el culo dos veces en el último pase antes de que hicieras el touchdown de la victoria. Prácticamente me clavaste la pelota en la maldita cabeza, cabronazo.

Ace sonríe.

—Watkin... Swatkin Watkin. Defensa, número 57. Un artista del juego sucio. Ese último plaque fue falta. Prácticamente me metiste el casco por el esternón y me lo sacaste por el culo. Todavía me duele cuando me levanto a mear por la noche.

—Al menos te dejé un buen recuerdo. —Watkin extiende su mano—. Bienvenido a la isla de la fantasía, Ace, a la tierra de los disparates. Gobernada por Mickey Mouse y su familia de roedores reales. Tenemos unos doce minutos antes de que nuestro satélite pase, tiempo suficiente para que me expliques todo esto.

Watkin lo dirige hasta el mapa computerizado de la región sureste de Arabia Saudí. El campo petrolífero Ghawar aparece de color verde oliva contra el negro desierto, y su silueta está bordeada por oscuras señales luminosas de color rojo. Dos inmensas áreas verde oliva más (irregulares y con forma de óvalo) ocupan el Lugar Vacío más al sur.

—Todo está en su lugar, como indicaste en tus instrucciones. Doscientos explosivos en los emplazamientos del Lugar Vacío, trescientos más en Ghawar. Desplegar nuestros equipos en el campo de Ghawar parecía una maniobra difícil, pero resultó ser más fácil de lo pensado. Disfrazamos a nuestros chicos con uniformes de Aramco. La mayoría de los obreros que trabajan en los campos son expatriados, de todos modos, así que, ¿quién iba a darse cuenta? Robamos dos de sus camiones pesados y dejamos a los hombres en sus puestos cuando oscureció. Pusimos las cargas tal como estaba planeado y los geófonos en menos de dos horas. Los emplazamientos en el Lugar Vacío... eso fue un coñazo.

—¿Estás seguro de que las ubicaciones están en los intervalos correctos?

—Cada localización fue triangulada usando un MQ1-Predator, y fue verificada por GPS. Ahora quizá te gustaría explicarme cómo se supone que funciona todo esto.

—Se llama inspección sísmica de reflexión. Esencialmente, estamos usando los explosivos para crear un examen TAC [31] tridimensional de la geología, usando ecolocalización. Los geófonos miden el tiempo que tarda en viajar la energía sísmica liberada por las detonaciones de las superficies, algo parecido a tirar una piedra en un lago y examinar las ondas. La energía sísmica se refracta, o se curva, en la subsuperficie, y después se refleja, y ese reflejo produce un pico en la geología de la subsuperficie, creando una imagen tridimensional. Estos datos pueden ser grabados por los sismógrafos, cargados al satélite GPS y después descargados al ordenador principal... lo que me recuerda que será mejor que prepare mi interfaz.

Ace abre su maletín y saca su portátil. Enciende el aparato y lo conecta al ordenador principal usando varios cables de alta velocidad.

—¿Y eso nos dirá lo que hay ahí abajo?

—Asumiendo que todo vaya bien. Mi portátil procesará los datos, haciendo comprobaciones cruzadas con la sismología descargada de la presión del flujo de Ghawar, su producción de petróleo y los porcentajes de petróleo y agua... Información que mi equipo reunió el año pasado. Eso debería darnos una estimación bastante precisa de cuánto crudo queda en el tanque de Ghawar. En cuanto al Lugar Vacío, o hay una gran reserva de petróleo ahí abajo, o no la hay. Sea una cosa o la otra, por fin lo sabremos.

El oficial que está siguiendo el satélite interrumpe,

—Dos minutos.

—Entendido. —El comandante Watkin aparta a Ace—. Los geófonos están preparados para detonar dos minutos después de que la selección haya sido completada. Dejaremos detrás un montón de cráteres del tamaño de letrinas, y poco más. Sin embargo, es posible que nuestro centro de mando sufra algunas represalias.

—¿Qué clase de represalia?

—De los tipos buenos. Hace algunos años, cuando Al-Qaeda comenzó a lanzar sus ataques sobre las refinerías de Aramco, el departamento de Defensa decidió colocar una docena de sus patrullas de AP en la zona este de la provincia saudí. Cuando empiecen los fuegos artificiales, los chicos de Apoyo Estratégico correrán a Ghawar como abejas a la miel. Nuestra presencia puede ser justificada, pero los saudíes saben quién eres, y sumaran dos y dos rápidamente. Mis órdenes son esperar hasta que envíes tu informe a nuestros amigos de Washington y después sacarte de aquí cagando leches.

—Sesenta segundos.

—¿Qué llevan exactamente esas patrullas de AP?

—Suficientes SAM para derribar un aeródromo de 747. Primero dispararán, y

después comprobarán las placas de identificación.

—No hay nada como trabajar en el mismo equipo.

—Treinta segundos.

—Comandante, todas las unidades están sobre los objetivos.

—Da la orden.

—El radar está despejado.

—Diez segundos. Nueve... ocho... siete...

Ace se acerca al tablero computerizado, con el corazón desbocado.

—Cinco... cuatro... tres... dos...

Cuando llega a «uno», un par de luces rojas parpadean en los tres emplazamientos objetivo del mapa... otro par, uno al este y otro al oeste del primer par, parpadea diez minutos después... la secuencia se repite cada diez segundos, y cada explosión activa una ola sísmica que provoca que las subsecciones reflejadas de las tres geologías subterráneas brillen en color verde en el ordenador principal.

—¿Radar?

—Aún despejado, señor.

Los datos fluyen en el monitor del ordenador de Ace, mientras tres imágenes separadas comienzan a materializarse como una imagen de resonancia magnética evolucionando en la pantalla. Las detonaciones completan rápidamente el límite norte de Ghawar, y después continúan al sur por los flancos este y oeste de la reserva.

—Comandante, estoy detectando actividad en Abqaiq. Dos helicópteros, ambos de Aramco.

Ace se seca una gota de sudor de la frente.

Las detonaciones del Lugar Vacío siguen rodeando su objetivo, el campo Ghawar, con una tercera carga de explosivos, que se materializa lentamente en el ordenador.

—Los helicópteros de Aramco están rodeando Ghawar, comandante. A sesenta y cinco kilómetros, y acercándose.

Watkin guiña un ojo a Ace.

—No te preocupes, sólo son ratones. La amenaza real son los tipos que están cerniéndose sobre nosotros y que no podemos ver.

—Dos minutos.

Los objetivos del Lugar Vacío completan sus análisis sísmicos simultáneamente, y los explosivos de Ghawar siguen moviéndose al sur. Ace rápidamente teclea una serie de órdenes, haciendo un análisis de los datos.

El último par de explosiones de Ghawar converge una sobre otra, corriendo para encontrarse en el límite sur del campo.

—¿Ace?

—Tengo las primeras dos imágenes, comandante, estoy esperando a que termine la grande.

—Los helicópteros saudíes se aproximan rápidamente. Veinticinco kilómetros.  
El último conjunto de explosivos detona.  
—Oficial, ¿está preparado nuestro piloto?  
—Sí, señor.  
—Señor Futrell, el bombardeo se aproxima.  
—Datos recibidos. El ordenador está analizándolos ya.  
—Los helicópteros saudíes están a doce kilómetros.  
—¡Lo tengo! —Ace examina apresuradamente el informe completo.

#### Campo Ghawar

Tanque: 277 mil millones de barriles  
Recuperación estimada: 75%  
Total: 208 mil millones de barriles

#### Lugar Vacío

Tanque: 310 mil millones de barriles  
Recuperación estimada: 65%  
Total: 201 mil millones de barriles

Reservas comprobadas combinadas: 409 mil millones de barriles

El comandante Watkin se inclina sobre su hombro.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? ¿Invierto en molinos de viento, o puedo seguir disfrutando de mis canales porno por satélite?

Ace mira fijamente los datos, estupefacto.

—Los saudíes... no estaban mintiendo. Las reservas son fuertes.

—Qué horror —dice Watkin, con sarcasmo—. Otros veinte años en el desierto, viendo como esos tipos con toallas en la cabeza se gastan nuestro dinero. Carga tu informe, y salgamos de aquí.

Ace codifica la información y la transfiere a un archivo de seguridad antes de enviar por correo electrónico el informe a David Schall, en los cuarteles generales de la CIA. Apaga su portátil, lo mete en su maletín y se apresura tras el comandante hasta el Apache que les espera.

Watkin le da una palmada fuerte en la espalda mientras sube a la cabina de mando delantera, que está abierta.

—Me he alegrado de verte, tío. Acuérdate de mí la próxima vez que te levantes a mear.

Ace se gira para responder, pero el comandante ha desaparecido.

Segundos más tarde, el Apache levanta el vuelo, apresurándose en dirección sureste sobre las dunas desiertas.

Ace echa atrás la cabeza y cierra los ojos.

«Después de todos estos años, ¿cómo he podido estar tan equivocado? El Lugar Vacío... claro, ésa siempre ha sido una variable desconocida, ¿pero Ghawar? Aramco ha inyectado quinientos millones de barriles de agua marina en la reserva desde 2004 para mantener presión suficiente para sacar la mitad de esa cantidad en crudo. Este escape tiene que estar fluyendo hacia el oeste, aunque eso apenas se ha registrado en el examen sísmico. La columna de petróleo original era de cuatrocientos metros de espesor. Hace seis años era de menos de cuarenta y cinco metros. ¿Cómo demonios puede contener Ghawar...?»

La alarma suena en el interior de la cabina de mando, alejando los pensamientos de Ace mientras el Apache, de repente, hace un ascenso vertical.

—¡Misiles de superficie! ¡Agarraos! —El piloto activa el interceptador de radar Longbow, y sus variables frecuencias infrarrojas confunden el vuelo del misil térmico, proporcionándoles unos preciados minutos mientras se elevan hacia el este. Después bajan de vuelta a la tierra.

Ace abre la consola cuando dos misiles más aparecen en su pantalla.

El Apache se inclina y el repentino movimiento clava a Ace contra el respaldo de su asiento. El vómito crece cuando su estómago se estruja como en un torno, y se libera cuando giran y se inclinan de nuevo. En su vista todo está girando, las dunas arremeten contra ellos como olas en un océano, y las alarmas desgarran el aire, las luces de la consola parpadean en mortíferos montículos...

—¡Esto no va bien! ¡Amerizaje forzoso! ¡Agarraos!

Ace se sujeta, con sus intestinos saltando mientras el Apache desciende en picado, roza una duna de arena, gira, y se destroza al caer hasta convertirse en un objeto inmóvil. El impacto sacude la realidad hasta transfigurarse en inconsciencia mientras la capa de Kevlar se arruga sobre Ace Futrell como una lata de aluminio aplastada.

---

«La Ley Patriótica fue escrita antes del 11-S. Seguridad Nacional y el "Gobierno en la Sombra" se desarrollaron mucho antes del 11-S, y los planes ideados para rodear a los disidentes y para suprimir los disturbios civiles habían estado en las agendas durante décadas. El 11-S fue usado como pretexto para crear una nueva autoridad ejecutiva extra-constitucional, para declarar a cualquiera un "enemigo a combatir" (incluidos ciudadanos americanos), para retener a las personas indefinidamente sin habeas corpus y para introducir a esas personas en prisiones secretas donde se practica la tortura.»

911TRUTH.ORG

«La política interior sólo puede vencernos; la política exterior puede matarnos.»  
Presidente John F. Kennedy.



«Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!»

Apocalipsis 8:13.

Extracto del libro:

Al borde del infierno:

Una disculpa a los supervivientes

por Kelli Doyle,

Consejera de Seguridad Nacional de la Casa

Blanca (2002-2008)

El próximo gran ataque terrorista será una detonación nuclear. ¿Puede evitarse la muerte de millones de inocentes y otra guerra en Oriente Medio? Para responder a esto, tenemos que comprender cómo ha cambiado nuestro papel en la política del Golfo Pérsico.

Antes de la doctrina Bush-Cheney-Rumsfeld, la política americana en Oriente Medio siempre había intentado fomentar la estabilidad para permitir que el petróleo fluyera sin impedimentos. La estabilidad exigía mantener un equilibrio de poder entre los árabes y los musulmanes, mientras Occidente y la antigua URSS tiraban de los hilos de sus representantes. Los comunistas tenían Egipto y Siria. Israel, que era la única democracia de Oriente Medio, se convirtió en la fuerza americana en la zona, y Arabia Saudí, en nuestro enlace con la OPEP.

Las primeras nubes de tormenta aparecieron en el horizonte cuando Egipto y Siria, equipados con armas soviéticas, atacaron Israel en Yom Kippur, en 1973. Aunque en un principio los pillaron con la guardia baja, las fuerzas israelíes se repusieron y condujeron a ambos invasores tras las fronteras de 1967. Fue una derrota abrumadora para el mundo árabe, y colocó a los saudíes en una posición delicada entre sus colegas árabes. Para salvaguardar su honra, los saudíes estuvieron de acuerdo con un embargo de petróleo americano.

Aunque la crisis de petróleo del 73 fue creada artificialmente, sus efectos tambalearon la economía estadounidense. Las largas colas en los surtidores obligaron a los americanos a considerar fuentes de combustible alternativas. Se colocaron paneles solares en el tejado de la Casa Blanca, se realizaron mejoras en el kilometraje del gas, y desde la administración Carter se animó al ahorro. Fue un momento que podría haber cambiado el curso de la historia, pero, desgraciadamente, el movimiento murió cuando la administración Bush llegó al poder y los saudíes liberaron un exceso de petróleo barato al mercado.

Fue en ese momento cuando el gobernante que era marioneta de la CIA en Irán (el sha) fue derrocado y reemplazado por el ayatolá Khomeini. El movimiento fundamentalista islámico iraquí cambió el equilibrio de poder en Oriente Medio, animando a que otros grupos musulmanes se levantaran contra Occidente... una amenaza directa a los saudíes.

Irán, con su teocrático régimen fundamentalista islámico, siempre había sido enemigo de Irak, un estado secular árabe. Irak estaba gobernado por el severo Saddam Hussein y su partido Ba'ath. Apoyado por la administración Carter y respaldado por acuerdos financieros secretos con Arabia Saudí, Saddam lanzó un ataque sobre Irán, una guerra que enfrentó al segundo mayor productor de petróleo del mundo contra el número tres. Cuando la producción de petróleo disminuyó, la Casa de Saud elevó su propia producción, manteniendo los precios bajos y prolongando la guerra.

Llega la administración Reagan-Bush. La Casa Blanca no sabe a qué facción apoyar; Irán, cuyos fundamentalistas han secuestrado a varios ciudadanos americanos, o Irak, con su brutal dictador. Una guerra prolongada podría servir para debilitar a ambos países, pero Reagan, que públicamente ha tomado la postura de combatir a los islamistas, no podía mostrarse apoyando a Irán. Así que se preparó una estrategia de cobertura, una que permitiría a la administración Reagan-Bush tanto enviar armas a Irán a través de Israel, como derrocar al gobierno izquierdista de Nicaragua apoyando a los rebeldes de derecha conocidos como la Contra.

Para llevar a cabo esta estrategia, la CIA comenzó a traficar con drogas.

La Cámara de Representantes estadounidense ya había votado 411 a 0 la prohibición de cualquier financiación de la Contra, y el Departamento de Defensa y la CIA tenían, por ley, la prohibición de involucrarse en cualquier operación de apoyo a la Contra. Para eludir esta prohibición, la administración Reagan usó el Consejo de Seguridad Nacional para «elevar la financiación» de la Contra. Estos acuerdos fueron supervisados por el coronel Oliver North, que había establecido una relación de colaboración comercial con Manuel Noriega, magnate de la droga de Panamá. Durante la siguiente década, la CIA transfirió veintiocho aviones de carga C-130 Hercules desde el departamento de Defensa al Servicio Forestal estadounidense, y desde allí a las manos de «contratistas privados», para transportar enormes cantidades de cocaína desde Colombia, México, Panamá y otros países productores de droga al interior de Estados Unidos. Miles de millones de dólares en cocaína se abrieron camino en barrios urbanos americanos como Los Ángeles, y los beneficios de esto financiaron la Contra... Las víctimas de esta política inmoral fueron, principalmente, chicos negros e hispanos.

Para complicar este acuerdo ilegal estaba el rey Fahd de Arabia Saudí, que quería ser pagado por su parte del trato con centenares de misiles Stinger. Evitando al

Congreso una vez más, la administración Reagan convocó «medidas de emergencia» para pagar su deuda con la Casa de Saud.

Para hacer estos pagos ilegales, la CIA acudió al Banco de Crédito y Comercio Internacional (BCCI). Fundado por Agha Hasan Abedi, un banquero pakistaní, el BCCI era una elaborada corporación multinacional formada por una impenetrable serie de conglomerados comerciales, subsidiarios, bancos y afiliados que se las arreglaban para evitar auditorías y reguladores. Tenían oficinas en más de cincuenta países del tercer mundo, y contratos clave con todo el mundo, desde primeros ministros y presidentes, hasta sus esposas y amantes. Operaban libres del control gubernamental. En 1977, el BCCI comenzó a ejercer influencia en la política estadounidense con la compra del Banco Nacional de Georgia a su presidente, Bert Lance, un amigo íntimo del presidente Carter. Usando estas corporaciones como tapadera, el BCCI traficó en secreto con dinero y armas. El banco tenía su propia agencia de espionaje, e incluso su propia división paramilitar, conocida como la «Red Negra». El BCCI proporcionaba las falsificaciones de documentos y cartas de crédito necesarias para comprar armas, y gracias a esta red internacional de terror, la Casa Blanca de Reagan financió a la Contra e intensificó la guerra Irán-Irak.

Pero hubo otra operación de cobertura que haría impacto en Oriente Medio y en el resto del mundo.

En julio de 1979, el presidente Carter comenzó una campaña secreta para proporcionar ayuda militar a los muyahidines, rebeldes afganos que estaban luchando contra los soviéticos en Kabul. Los soviéticos se tragaron el cebo y cruzaron la frontera hasta Afganistán, y, de repente, Rusia se vio envuelta en su propia guerra de Vietnam. La Casa de Saud apoyó estas actividades de guerrilla, porque apoyaban tanto al Islam como a Occidente contra los ateos soviéticos. Cuando la administración Reagan llegó al poder, la Casa Blanca incrementó la ayuda a estos «luchadores por la libertad», provocando que los soviéticos gastaran incluso más recursos en el conflicto.

¿Quién era el líder de estos rebeldes afganos? Osama bin Laden.

En 1983, las cosas no iban bien para Saddam e Irak, cuyo ejército había reaccionado usando armas químicas compradas a compañías occidentales contra los iraníes. Para mantener el equilibrio y prolongar la guerra, la administración Reagan comenzó a suministrar secretamente al régimen de Saddam helicópteros, bombas y obuses... una violación clara de la Ley de Control de Exportación de Armas. Además, dieron a Saddam trajes de combate nucleares, biológicos y químicos, sofisticados sistemas de orientación, y componentes para sus plantas químicas. Como resultado, en 1985 la guerra se inclinó de nuevo a favor de Irak, provocando que la Casa Blanca respondiera de nuevo, esta vez vendiendo más de quinientos misiles TOW a Irán.

Con el tiempo, la situación cambió de nuevo, y una vez más, la Casa Blanca reaccionó.

En febrero de 1986, la Administración Reagan lo preparó todo, en secreto, para que la Casa de Saud vendiera a Saddam aviones de combate británicos, así como quinientas bombas MK-84, cada una con una carga explosiva de mil kilos. Pero los iraquíes se morían de ganas de usar su nuevo regalito, así que la Casa Blanca envió al vicepresidente George H. W. Bush a Oriente Medio en una «misión de paz». El antiguo director de la CIA (y futuro presidente) se marchó a Jordania con dos objetivos: el primero, suministrar inteligencia militar a Saddam para que usara su fuerza aérea para atacar objetivos iraníes; el segundo, conseguir que Irán liberase a los rehenes americanos a cambio de cuatro mil misiles. En un plazo de cuarenta y ocho horas, tuvo éxito en ambas empresas, y la guerra entre Irán e Irak alcanzó nuevos niveles de destrucción masiva.

Mientras tanto, la Casa de Saud seguía apoyando las operaciones de la Casa Blanca. La familia real, cuyos ingresos por el petróleo sobrepasaban los ciento quince mil millones de dólares al año, tenía depositados más de cien mil millones en entidades financieras estadounidenses. Los bancos de América estaban usando su nueva influencia para prestar dinero a otros bancos tercermundistas. Los negocios de Estados Unidos se aprovecharon pronto de esto, y compañías como AT & T, Proctor and Gamble e IBM recibieron préstamos de cientos de millones de dólares. El comercio de armas entre los dos países se incrementó, y la Casa de Saud compró F-15, misiles Stinger y aviones de carga c-130... y cada venta proporcionaba diez millones en comisiones para el príncipe saudí que intermediaba en el trato. Los ricos se estaban haciendo más ricos, los iraníes y los iraquíes estaban muriendo, y el pueblo saudí estaba construyendo su odio por la familia real... y sus copatrocinadores americanos.

En marzo de 1988, Saddam lanzó bombas químicas desde helicópteros estadounidenses en el pueblo de Halabja, una ciudad iraquí en territorio iraní, matando a más de cinco mil kurdos. No fue la primera vez que se usaron armas químicas, pero esta vez los iraníes llevaron periodistas a la escena, y el mundo reaccionó, por fin. En agosto hubo un cese en las hostilidades, y cinco meses más tarde, George H. Walker Bush tomó la presidencia.

La guerra entre Irak e Irán había terminado en un punto muerto, pero había dejado a Saddam con un ejército de un millón de hombres y respaldado por sofisticado armamento estadounidense. El presidente Bush siguió usando el BCCI para financiar al dictador iraquí, lo que le permitió iniciar programas de armamento químico, biológico y nuclear. En 1990, Saddam se jactó de tener suficientes armas químicas para consumir a la mitad de Israel, una afirmación poco meditada que finalmente obligó a Washington a reaccionar. Después de proporcionar a Saddam más de cinco

mil millones de dólares en ayuda militar, la marioneta se había vuelto demasiado poderosa, y ahora era necesario bajarle un poco los humos. Kuwait sería el cebo.

Al final de la guerra entre Irak e Irán (violando las cuotas de la OPEP), Kuwait comenzó a liberar más petróleo al mercado. El precio del crudo cayó, afectando directamente a Saddam, cuyo país necesitaba desesperadamente el dinero para reconstruir su infraestructura. Para más inri, Kuwait estaba extrayendo el petróleo de los campos de Rumaila, una zona ubicada parcialmente en Irak. Aunque no necesitaba el dinero, Kuwait demandó de repente que Irak pagara un préstamo de ocho mil millones de dólares que Saddam había obtenido durante la guerra... todo mientras dirigía públicamente reuniones con el ministro de Asuntos Exteriores iraní y miembros de la CIA.

Saddam no tenía medios para pagar el préstamo, de modo que Kuwait vendió los títulos de préstamo con un gran descuento, previniendo que Irak obtuviera préstamos en el mercado internacional. Durante los siguientes dieciséis meses, los oficiales iraquíes intentaron poner fin a su disputa por las fronteras, pero los saudíes se negaron a permitir que una comisión árabe interviniera. Fue un juego de presiones a la vieja usanza que obligó a Saddam a recurrir a su viejo aliado, los Estados Unidos.

Mientras las tropas iraquíes se congregaban a lo largo de la frontera kuwaití, el presidente Bush envió a April Glaspie, la embajadora estadounidense en Irak, a una reunión con Saddam el 25 de julio de 1990. Glaspie dio a Saddam el permiso de América para elevar el precio del petróleo, provocando una disputa entre los países árabes. Cuando la embajadora preguntó al dictador qué más quería, Saddam contestó que la voluntad de su país era reclamar Shatt al Arab, una región de Irak que era entonces parte de Kuwait. La respuesta de Glaspie fue que «Kuwait no tiene relación con América». En resumen, Estados Unidos acababa de dar a Saddam luz verde para invadir Kuwait.

El 2 de agosto de 1990, Irak invadió Kuwait. En respuesta, el rey Hussein de Jordania preparó una reunión de los jefes de estado árabes, con el fin de evitar otra guerra. Saddam estuvo de acuerdo en retirar los veinte mil soldados iraquíes de Kuwait. Parecía que una solución pacífica estaba al alcance de la mano.

Entra en escena el ministro de Defensa estadounidense, Dick Cheney. El 6 de agosto, Cheney y su séquito se reunieron con el rey Fahd y sus ministros, proporcionándoles fotos por satélite de la CIA y el NSC que mostraban doscientos mil soldados iraquíes preparados para atacar Arabia Saudí! Cheney pidió al rey que permitiera la entrada de tropas americanas a su país. Cuando el príncipe heredero Abdullah se alarmó, Cheney insistió en que Arabia Saudí estaba en peligro de caer en una invasión iraquí-yemení.

Cuatro días después, los jefes de estado árabes, guiados por el rey Fahd y el presidente de Egipto, Mubarrak, misteriosamente votaron contra la mediación en la

disputa entre Irak y Kuwait. Las subsiguientes resoluciones de la ONU sólo sirvieron para poner a Saddam entre la espada y la pared.

Kuwait no era una democracia. Era un régimen oligárquico islámico rico en petróleo dirigido por la familia real al-Sabah, quienes, como la Casa de Saud, violaban por sistema los derechos de sus propios ciudadanos. Sabiendo que la opinión pública americana nunca apoyaría una invasión liderada por Estados Unidos para liberar otro régimen represivo, la administración Bush recurrió a la empresa de relaciones públicas Hill & Knowlton, que recibió un pago de 10.7 millones por parte de una organización llamada «Ciudadanos por una Kuwait Libre». Craig Fuller, el presidente de la firma, había sido el jefe de personal de George Bush cuando éste fue vicepresidente de Ronald Reagan. Después de varios intentos fallidos de conectar con el pueblo americano, la compañía fabricó una noticia en la que se informaba de que los soldados iraquíes habían sacado a trescientos doce bebés de sus incubadoras y los habían dejado morir en el suelo de un hospital de la ciudad de Kuwait. La firma incluso se sacó de la manga un testigo... una niña kuwaití de quince años que testificó ante el Congreso de los Derechos Humanos del 10 de octubre. Este «testigo» era en realidad la hija de Saud al-Sabah, el embajador de Kuwait en los Estados Unidos.

Durante las siguientes cinco semanas, el presidente Bush usó la historia de las incubadoras no menos de media docena de veces en sus discursos. Los engañados americanos cambiaron de opinión.

El 16 de enero de 1991, el presidente Bush desarrolló la Operación Tormenta del Desierto, una guerra diseñada para «liberar» a la monarquía de Kuwait.

Saddam se rindió el 27 de febrero. George Bush consiguió lo que quería... Irak ya no era una amenaza para la Casa de Saud. Pero el presidente detuvo bruscamente la invasión de Irak, y este movimiento irritó a muchos miembros neoconservadores de su partido, entre ellos Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz.

Mientras tanto, Osama bin Laden había usado el estipendio anual americano de setecientos millones en asistencia militar para construir una amplia instalación de instrucción al este de Afganistán. El ejército de Bin Laden había crecido hasta llegar a veinticinco mil soldados, con representantes extremistas islámicos de más de una docena de países. La debilitación de Irak, el país secular más poderoso de la región, creó un vacío que fue rápidamente llenado por los fundamentalistas islámicos de Bin Laden, que se oponían a la presencia occidental en Arabia Saudí.

La propia política exterior de los Estados Unidos había dado a luz, indirectamente, a Al-Qaeda...

«Royal Dutch Shell sorprendió a sus inversores cuando anunció inesperadamente que rebajaba su estimación de reservas probables un veinte por ciento.»

Washington Monthly, junio de 2005.

«De acuerdo con un informe restringido elaborado por el boletín informativo Petroleum Intelligence Weekly (PIW), los registros internos kuwaitíes revelan que las reservas de petróleo del país están muy por debajo de la cantidad oficialmente establecida de noventa y nueve mil millones de barriles. El informe de PIW afirma que las reservas restantes probables y sin probar de petróleo hacen un total de cuarenta y ocho mil millones de barriles, cincuenta y un mil millones menos de lo que habían afirmado previamente. Otro modo de decirlo es que la cantidad de reservas de petróleo estimado acaban de caer un cinco por ciento... el equivalente a casi veinte meses de la producción y el consumo mundial acumulado, basándonos en el uso mundial actual de petróleo de casi ochenta y cuatro millones de barriles al día».

Byron W. King, Boletín energético, 25 de enero de 2006.

«El agotamiento de las reservas existentes de petróleo es pronunciado y está en aceleración. En 2005 se informó de que treinta y tres de los cuarenta y ocho mayores países productores de petróleo habían entrado en declive. Los datos compilados en 2008 muestran que, de los cincuenta mayores países productores de petróleo del mundo, cuarenta y dos han pasado su pico y están en decadencia. En otras palabras, nueve grandes países productores de petróleo pasaron sus picos de producción en los últimos tres años. Indonesia, uno de los miembros fundadores de la OPEP, está ahora importando petróleo para cubrir sus necesidades domésticas.»

Michael C. Ruppert, an American Energy Policy.

# Capítulo 21

«Parálisis. Del tipo que impide el movimiento, pero permite que el dolor se filtre en el sistema nervioso.

Ceguera. Una espesa oscuridad... filtrada por fragmentos de luz lunar.

Silencio. Antinatural... dominado por el ruido en su cabeza, un desahuciado zumbido, que da paso a... la inconsciencia.»

## TARDE

Ace parpadea y, cautelosamente, mueve los brazos. Está en el vestuario de Georgia, sobre la mesa de masaje, mientras el equipo médico examina sus constantes vitales y su entrenador se inclina sobre él.

—¿Estás bien, hijo? Te has llevado un buen golpe.

—Lo han noqueado, entrenador. Ha terminado.

—No... estoy bien, entrenador, ¡puedo jugar! ¡Déjeme volver!

—¿Que te deje volver? Hijo, ¿no has causado ya suficiente daño?

Los dos hombres se ríen, y el sonido resuena en su cerebro.

\* \* \*

—¡Ah! —Ace abre los ojos. Está en una habitación subterránea, tendido sobre un colchón desnudo. Fragmentos de luz solar se filtran a través de los tablones que hay sobre su cabeza, proveyéndole de una tenue luz gris. Cuando descubre que puede mover los brazos se siente aliviado... hasta que se da cuenta de que están sujetos al suelo de cemento con grilletes.

Su cabeza ha sido vendada. Un dolor sordo lo recibe mientras se sienta, con los ojos concentrados en su guardián árabe, que está sentado en una silla plegable. Una ametralladora descansa sobre su regazo, y hay un refrigerador junto a sus pies. El hombre le ofrece una mirada vacía. Extiende un brazo y da unos golpes con los nudillos en la puerta cerrada a su espalda.

Momentos después, otro árabe entra en la habitación. Va vestido con el tradicional thobe de seda blanca. Es bajito y delgado, tiene el cabello y los ojos negros, y la tez cetrina.

—¿Cómo te sientes? —Su inglés es suave y elocuente, señal de una educación americana.

—¿Quiénes sois?

Saca una botella de agua del refrigerador y se la lanza a Ace.

—Tienes una contusión y algunas magulladuras menores. El piloto se rompió un



brazo, y sus quemaduras de segundo grado están siendo tratadas. Lo mantienen sedado en otra habitación.

—¿Qué queréis de mí?

—Eso, Ace Futrell, depende de ti. —El árabe sonríe ante la sorpresa de Ace—. Sí, sé quién eres. También sé quiénes son tu esposa y tus hijos, dónde está tu casa de Long Island, cómo fueron tus días de gloria en la universidad, y tus recientes problemas con PetroConsultants. Tu primera reacción será asumir que soy parte de una agencia de espionaje, y así era, pero esta información me ha llegado de primera mano, a través de un amigo muy leal.

El árabe atraviesa la habitación y quita la manta de una pieza de mobiliario que resulta ser una televisión combi. Presiona el play. La imagen se hace nítida.

¡Es su esposa! Por el aspecto de Kelli, el vídeo debió grabarse en los últimos dieciocho meses, la quimioterapia acababa de empezar a robarle el cabello y los diez kilos de músculo. Está sentada en una sala de estar (su sala de estar), y el árabe está sentado junto a ella, vestido con un jersey y pantalones vaqueros.

—Hola cariño. Si estás viendo esto, bueno, entonces hay muchas posibilidades de que... de que me haya pasado algo malo y ya no esté por aquí. Antes de que llegues a alguna disparatada conclusión, o de que te dejes llevar por ese famoso temperamento tuyo, déjame presentarte a un amigo... a un amigo de confianza. Éste es Ramzi Iskander Karim. La familia de Ramzi es de Egipto, aunque él ha sido educado en Estados Unidos. Ramzi y yo nos conocimos en el campamento Peary. Se unió a la CIA casi al mismo tiempo que yo. Es cierto, es un agente de la CIA... disculpa, ex agente. En breve, Ramzi va a compartir cierta información muy importante contigo. Necesito que confíes en él, Ace.

Kelli asiente a Ramzi en el vídeo, quien entiende su señal y deja la habitación, ofreciéndole privacidad.

El Ramzi actual se dirige a otra sección del sótano.

Kelli mira a Ace desde la pantalla de televisión.

—Esto es duro. Uno vive su vida, deseando poder volver atrás en el tiempo para deshacer ciertas cosas... y corregir otras. Lo siento, Ace. Siento no haber estado allí durante tu último año en Georgia, cuando pasaste por aquel infierno, siento no estar allí ahora, y haberte dejado solo para criar a Leigh y a Sammy. Sobre todo, cariño, siento tener que involucrarte en todo esto. Si... si hubieras tenido otra profesión, si hubieras sido entrenador de fútbol, o profesor... pero el hecho es que tu profesión está directamente relacionada con todo lo que está pasando, y para evitar que algo horrible ocurra, necesito tu ayuda. Ahora sólo confío en un par de personas, Ace, y Ramzi es uno de ellos. Por favor, escucha lo que tiene que decirte, y ayúdalo, si no por mí, por los niños.

Hace una pausa, escondiéndose de la cámara para secarse las lágrimas.

Ace está llorando también.

—He estado involucrada en algunas cosas malas. El mundo puede ser un lugar horrible... y a veces te ves arrastrado por esa fealdad. No sabes cuán a menudo he deseado haberme casado justo después de salir de la universidad. Las cosas hubieran sido tan diferentes... Me arrepiento de demasiadas cosas, Ace, cosas que se han enconado en mis intestinos durante los últimos seis años... no me extraña que el cáncer empezara justo ahí.

Kelli contiene una carcajada.

—Seguramente estarás diciéndote a ti mismo: «¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con mi esposa?». El cáncer y la cábala me han dado una nueva perspectiva de la vida. Sé que te gustaría apartarme de mis clases de cábala, pero es eso lo que me ha obligado a mirarme a mí misma con dureza. La cábala dice que nuestra energía negativa es lo que nos separa de Dios. Cuando pasaste por lo de Georgia, la tensión, el miedo... seguramente era un sentimiento parecido a estar en prisión. Soy consciente de que son mis propias elecciones las que me han encarcelado, y ahora creo que todos nosotros estamos destinados a hacer grandes cosas... cosas que afectarán positivamente a otros. Ésa es la llave para escapar de nuestras prisiones, Ace, hacer cosas buenas. Todo lo que decimos y hacemos importa, todas las acciones negativas y positivas que llevamos a cabo afectan a los demás.

»He estado involucrada en algunas cosas malas, y ahora necesito hacerlas bien. Ace, el mundo está recorriendo un peligroso camino. Por una parte, tenemos una secta de radicales islamistas cada vez mayor, compitiendo por la atención del mundo árabe. Por otra parte, está el grupo de carroñeros radicales... capitalistas que creen que el único modo de traer el cambio es a través del cañón de un arma. Ego, avaricia y superioridad moral... cada facción empuja a la otra, cada lado extiende el dedo acusador mientras empuja el mundo hacia el Armagedón. Sé que suena melodramático, pero fui parte de ello, y ahora quiero hacer todo lo que pueda para cambiarlo.

Se acerca más a la cámara.

—Algo malo va a ocurrir, cielo, a menos que lo saquemos a la luz e inutilicemos la maquinaria que lo alimenta. He estado trabajando activamente en soluciones. Ramzi es parte de ello. Él necesita tu ayuda. Le he dicho que tú le ayudarías. Le he dicho lo fuerte que eres. Eres fuerte, Ace, nunca dudes eso. Las cosas van a ponerse mal, pero bajo cada roca de malestar se esconde una oportunidad de cambio. Todos nosotros somos enviados de Dios, Ace, podemos hacer cosas buenas. Ésta es la lucha de tu vida, pero yo estaré contigo en cada momento. Te quiero, Ace.

La imagen desaparece.

Ace mira la oscura pantalla, emocionalmente vacío. Se seca las lágrimas, con las entrañas temblorosas.

Ramzi vuelve y apaga la televisión.

—Dejó sus memorias en un CD-ROM. Tendrás que leerlas aquí. Es demasiado peligroso que las lleves contigo mientras viajas. Lo siento. Sé que esto debe ser duro para ti.

—¿Duro? —Las palabras se quedan atrapadas en su garganta—. ¿Por qué fue asesinada Kelli? ¿Quién dio la orden? ¿En qué demonios estabais trabajando vosotros dos?

—En resumen, en la prevención de la Tercera Guerra Mundial. —Ramzi da una orden en árabe al guardia. El hombre abre los grilletes de Ace y después abandona la habitación.

—Ace, ¿alguna vez has oído el termino shihadah?

—No.

—Shihadah significa la bendición de Dios a aquellos que mueren en la yihad menor. La palabra yihad no significa guerra, se traduce como «esfuerzo», o «lucha». La yihad mayor es la lucha interior para ser una persona mejor. La yihad menor es la defensa de la comunidad, ya sea con palabras o con hechos. Algunos musulmanes están tan desesperados por defender su comunidad que están dispuestos a usar tácticas terroristas que están estrictamente prohibidas por la doctrina islámica.

»Cuando estudié en Estados Unidos, recuerdo haber leído el relato de los Hatfield y los McCoy, dos familias cuya rivalidad se convirtió en una contienda violenta. En muchos aspectos, su rivalidad me recuerda al conflicto entre sunitas y chiitas... dos facciones que tienen muchas cosas en común, en guerra debido no tanto a un conflicto interno como externo, exacerbado por un historial de violencia extrema. Oriente Medio permanece dividido por esta contienda, y el resto del mundo elige un bando basándose en qué país le suministra el petróleo.

—¿Y tú de qué lado estás?

—Estoy con la mayoría inocente, aquellos que sólo buscan vivir en paz. —Ramzi abre una botella de agua y se bebe la mitad—. Mi familia era oriunda de Aswan, la ciudad egipcia más bella, una pequeña comunidad asentada en la orilla sureste del Nilo. Mi padre poseía un restaurante flotante. Cada día, turistas en botes de pesca llegaban para cenar pescado fresco y escuchar música nubia durante la puesta de sol. Cuando tenía nueve años, un grupo de radicales prendió fuego a nuestro barco, destruyendo todo lo que poseíamos. Una de mis hermanas sufrió graves quemaduras. El hermano de mi padre era un médico que vivía en la Meca y nos invitó a mudarnos con él mientras trataba a mi hermana. Así que dejamos Egipto y comenzamos a vivir en el reino gobernado por Al Saud.

»Mi padre era un devoto musulmán. Su familia era parte de la tribu Al Hashem, descendientes directos del profeta Mohammed. Estas tribus son conocidas colectivamente como Ashraf, y los individuos como mi padre son llamados Shareef.

Mi padre era un poderoso hombre de negocios, pero no estaba preparado para lo que nos esperaba en Arabia Saudí.

»A pesar de la opinión occidental, la mayoría de los musulmanes son pacíficos. Como cualquier otro país o religión, son los elementos radicales los que provocan las malas reputaciones. A través de su historia, el elemento wahhabi del Islam se ha opuesto violentamente a cualquier cosa que vieran como bida, un término peyorativo que se refiere a cualquier comportamiento que se desvíe de las enseñanzas fundamentales del Corán. Su visión puritana condena cualquier cosa considerada occidental, incluida la televisión, el teléfono, la música y las películas. A pesar de esto, esta secta religiosa neoconservadora fue esencial en la creación de la monarquía saudí. Sus tácticas de mano dura son las que mantienen a los ciudadanos saudíes bajo control.

»Lo que existe hoy día en Arabia Saudí es una identidad árabe secuestrada por la hipocresía de la realeza, que mantiene su dominación a través de la fanática brutalidad de sus clérigos wahhabi, quienes, por otra parte, miran hacia otro lado cuando la familia real pisotea el Corán tras los muros de su palacio, bebiendo, apostando y yendo con mujeres. El control sigue siendo la llave del poder para los extremistas. Es por esto por lo que, en lugar de enseñar la palabra de Dios, las escuelas religiosas y las mezquitas ahora enseñan el odio. En Palestina y el Líbano, en Irán e Irak, los judíos son el demonio personificado, y los estadounidenses sus acólitos. A los niños árabes se les lava el cerebro desde pequeños. El odio es el ingrediente necesario del gobierno para permitir que estos regímenes opresivos mantengan el poder en una sociedad cerrada. Esta psicosis de violencia es una distracción planeada para atenuar el deseo de libertad del pueblo.

»Después de la recuperación de mi hermana, mi padre, deseoso de estar cerca del agua, abrió un restaurante en Jiddah. Un día, un príncipe saudí visitó nuestro establecimiento. Era un hombre que se había ganado una reputación por desflorar vírgenes. El príncipe se fijó en mi hermana, de doce años, y envió a uno de los miembros de su séquito para negociar un precio con mi padre. Mi padre escupió al mensajero y ordenó al resto que se marcharan. Un par de horas después, la «mutawa», la policía religiosa wahhabi, visitó nuestro restaurante. Mi padre fue golpeado, arrestado y llevado a prisión. Para traerlo de vuelta a casa, mi hermana se ofreció al príncipe, que la mantuvo en su palacio durante seis meses. Mi padre fue finalmente liberado, después de ser maltratado por Ali Shams, el torturador saudí, durante casi un año. Vivió sus últimos días postrado en una silla de ruedas.

«Cuando tenía diecisiete años me uní al Rai Al Nas, un periódico independiente que denunciaba las atrocidades de la Casa de Saud. Ser capturado trabajando en el periódico significaba una muerte segura. Temiendo que su único hijo fuera decapitado, mi padre dispuso mi educación en Estados Unidos.

—¿Te uniste a la CIA para luchar contra los Saud?

—Me uní porque creía que podía servir para algo. Estaba equivocado. La CIA es sólo otra herramienta de Occidente que permitirá que la familia real mantenga el control mientras siga suministrando petróleo barato. Ese suministro pronto llegará a su fin, llevando al mundo a una encrucijada. Sin petróleo, la Casa de Saud caerá, y la pregunta es... ¿Quién llenará el hueco? El crecimiento del Islam radical aterroriza a la realeza, pero, en lugar de mostrarse firme frente a esta amenaza, han elegido sobornar a sus líderes, proporcionándoles dinero y armas. Las ideologías radicales se extienden con facilidad porque la clase media ha perdido la voluntad de aplastarlas, o porque la gente se ha visto obligada a elegir entre el menor de dos males. Para el árabe común, el fascismo americano es mucho peor que el fascismo islámico. Todo el mundo sabe que los invasores occidentales sólo se preocupan por robar nuestro petróleo. Con la invasión de Irak, los Estados Unidos eliminaron a la poca gente que se hubiera alzado contra el fascismo islámico. Y así el cáncer se extiende, desde Irak hasta Egipto y Jordania, desde Arabia Saudí hasta Siria y el Líbano.

»Irán es el lobo que está a las puertas. Aunque nunca desafiarían a Estados Unidos o Israel en una guerra convencional, una nueva estrategia apareció con el éxito de Al-Qaeda y la Intifada. La fuerza de los americanos e israelíes es también su debilidad... su apreciación de la vida, cosa que los terroristas no tienen. Hezbolá ataca escondido entre mujeres y niños, mofándose de los israelíes para que ataquen, y así pueden aprovecharse del baño de sangre para ganar simpatías para su causa... que no es la paz, sino la violenta erradicación de todos los judíos y no musulmanes de Oriente Medio. Al-Qaeda planea sus próximos atentados, enviando al mundo el mensaje de que el Islam puede hacer caer a una superpotencia con un pequeño grupo de guerreros que usan cortadoras de cartón y utensilios domésticos comunes.

»Todo eso está a punto de cambiar. La decisión de Irán de enriquecer su uranio ha abierto la caja de Pandora. Hay un temor creciente entre las agencias de inteligencia de Washington, porque los extremistas islámicos, suministrados por Irán, puedan usar bombas portátiles para desatar un holocausto nuclear en ciudades estadounidenses. Tu esposa estuvo involucrada en un plan de contingencia radical... un golpe preventivo nuclear en el que una ciudad americana sería borrada del mapa por una célula terrorista, y su éxito se convertiría en una excusa para aplastar el movimiento islámico en Irán. Kelli ayudó a poner el plan de contingencia en movimiento, y entonces se puso enferma. Cuando Obama fue elegido, y los demócratas tomaron el poder de ambas cámaras, los neoconservadores expulsados de la presidencia vieron el suceso que iba a tener lugar como un modo de recuperar la Casa Blanca.

»Es por eso por lo que Cheney ha estado prediciendo públicamente otro ataque... incluso yendo tan lejos como para afirmar que será un arma nuclear. Y fue la negación de Obama de reabrir «viejas heridas», negándose a una nueva investigación

del 11-S, lo que envalentonó a sus enemigos. Al permitir la libre acción de los culpables, Obama, Pelosi, Reid y los demócratas han dado, inadvertidamente, luz verde a nuestra peor pesadilla.

»Ahora nos toca a nosotros sofocar la tormenta.

Ace observa a Ramzi mientras éste levanta una alfombra persa. Usando dos palancas metálicas, suelta un bloque de cemento del suelo y lo levanta, revelando una caja fuerte de alta tecnología construida en el interior de los cimientos. Rotando el scan retinal de seguridad, introduce una combinación y después presiona su frente contra el instrumento, exponiéndose al examen del láser azul.

El sistema de seguridad de la caja verifica su identificación y se abre.

—Tenemos dos frentes de terror que deben ser descarrilados para evitar un holocausto nuclear. Mi papel es ofrecer al pueblo árabe una tercera opción... una verdadera democracia, una que venga desde el interior; en esencia, una revolución. El movimiento Ashraf es esta revolución... un movimiento real de la clase media y de los pobres, pero que sólo puede tener éxito si obtiene el control de las verdaderas armas de poder de la realeza... el petróleo saudí y la fortuna que robaron al pueblo saudí.

El antiguo agente de la CIA abre la puerta de la caja de seguridad y saca lo que parece ser una caja de CD-ROM negra.

—¿Estás familiarizado con un programa llamado Promis?

—No.

—Promis es el ojo que lo ve todo. Su creador fue un americano llamado Bill Hamilton. Hace varios años,

Hamilton desarrolló un diccionario computarizado para la NASA que traducía del vietnamita al inglés. Más tarde, decidió crear un nuevo programa... algo distinto, algo que pudiera rastrear el movimiento de la gente alrededor del mundo. Cumplió su sueño cuando dejó la NASA y compró una empresa llamada Inslaw, una entidad sin ánimo de lucro que desarrollaba software diseñado para comparar casos legales y acciones judiciales con testigos potenciales y sus familias. En 1981, Hamilton había mejorado ya el programa para que pudiera entrar casi en cualquier red informática, buscando utilidades, compañías telefonías, aerolíneas y otros servicios para rastrear la ubicación de un objetivo comparando las actividades de un sujeto, sus amigos, familiares y socios. Hamilton intentó vender el programa (Promis) al Departamento de Justicia, pero sin demasiado éxito.

»Lo que Hamilton nunca supo fue que el Departamento de Justicia había hecho copias de Promis y que las había distribuido a la comunidad de inteligencia estadounidense. La CIA vio Promis como un modo de rastrear el patrón de blanqueo del dinero de la mafia, así como una herramienta para espiar a los magnates de la droga colombianos. Una copia del programa terminó finalmente en manos de Earl

Brian, un hombre que había trabajado con Reagan cuando éste fue gobernador de California. Brian tenía contactos con el Mossad de Israel. En aquel momento, el Mossad estaba profundamente inmerso en la primera Intifada Palestina. Brian fue presentado a Rafi Eitan, un hombre de negocios israelí que, finalmente, mejoró el diseño de Promis. El nuevo Promis se convirtió en un disco que podía ser usado en un ordenador personal, correlacionando datos a increíbles velocidades. Y lo que fue más ingenioso aún, Eitan hizo que un colega equipara Promis de un modo oculto... con un chip que, sin ser detectado por el usuario, permitiría que los servicios de inteligencia israelí vigilaran todas las actividades del usuario huésped.

»La compañía de Earl Brian, Hadron, se puso en marcha para vender el programa de seguridad a los gobiernos extranjeros. Jordania fue el primero en morder el cebo. Una vez instalado en los cuarteles generales del ejército en Amman, Promis se enlazó a un sistema de rastreo de manufactura francesa que los jordanos estaban usando para seguir las actividades del OLP [32]. Gracias a Promis, los israelíes podían ahora rastrear a los líderes del OLP, lo que ayudó a Mossad a combatir la Intifada.

»Los usos potenciales de la red espía Promis eran enormes, pero los recursos de Eitan y Brian eran limitados. Introdujeron a Robert Maxwell, presidente de Degem Computers, de Tel Aviv. Usando las oficinas de la compañía en América del Sur, Maxwell comenzó a vender Promis a gobiernos extranjeros y jefes de estado, incluyendo al líder del OLP, Yasser Arafat. De la noche a la mañana, Promis dio a las comunidades israelíes y americanas acceso a todo, desde los archivos de inteligencia militar del bloque soviético, a los movimientos de miles de terroristas sospechosos... y a las actividades monetarias que involucraban a la banca y a las instituciones financieras de todo el mundo.

—¿Qué pasa con Bin Laden?

—Ah, sí... Bin Laden. Un agente del FBI, Robert Hanssen, usó sus contactos rusos para vender a Al-Qaeda el programa Promis. Promis nos dio acceso a los movimientos y actividades de Bin Laden, pero Promis también dio a Al-Qaeda la habilidad de vigilar nuestras propias investigaciones, así como una herramienta financiera para acceder a su propio dinero. Hanssen fue, más tarde, encarcelado por espionaje, pero el daño ya estaba hecho.

—Entonces el 11-S... la Casa Blanca debía conocer la confabulación.

—Por supuesto que lo sabían. Pero las mentiras van más lejos de los sucesos de aquel día. Promis dio a sus propietarios acceso a todos los programas informáticos, así como a las herramientas para alterar los datos. De todos los ordenadores, Ace.

La sangre abandona el rostro de Ace.

—Las elecciones presidenciales...

Ramzi asiente.

—Las máquinas de voto son recontadas y controladas por ordenadores, y están

manufacturadas por compañías que apoyan exclusivamente a candidatos del partido republicano. Florida en el año 2000, Ohio en el 2004. ¿Todavía te preguntas por qué estos estados aún se niegan a ordenar el voto en papel, a pesar de las repetidas controversias? Los poderes fácticos, en un intento de mantener un margen, bloquean consistentemente todos y cada uno de los recuentos electorales, y sus decisiones son respaldadas por jueces señalados por el mismo sistema.

Ace se tumba sobre el colchón, se siente mareado.

—Si Promis le dio a Kelli acceso a todo... ¿eso incluiría los datos de Aramco?

—No sólo de Aramco, sino de casi todas las compañías petroleras y conglomerados energéticos nacionales tercermundistas. Así se reveló la verdad del planeta sobre las reservas de petróleo que quedan. Cheney lo sabía ya en el año 2000. Ésa es la razón por la que se negó a publicar los detalles de sus reuniones sobre energía. Por supuesto, la CIA ya sabía que las reservas iraquíes habían alcanzado su pico hacía mucho, igual que las reservas iraníes. La postura iraní sobre su nuclearización debería haber sido desbaratada hace mucho tiempo. Inicialmente, fue una reacción a la construcción encubierta de bases militares en Irak. Esto es un ejemplo excelente sobre cómo una reacción extremista da a luz a una reacción equivalente, pero opuesta.

Ace se sienta.

—Cuando me encontraste en el desierto acababa de completar un examen sísmico. Mis datos indican que Ghawar aún tiene grandes reservas de petróleo, y también el Lugar Vacío.

—¿De quién son esos datos? ¿Quién realizó los tests?

—El ejército.

—¿De qué división?

—Apoyo estratégico.

—AE es una organización que fue establecida por Donald Rumsfeld. Los neoconservadores la usan para mantener las cosas lejos de los ojos y oídos entrometidos de otras agencias de inteligencia. Ahora dime, ¿cómo se llevaron a cabo las pruebas?

—Fue una enorme operación militar, con cientos de hombres y setecientas explosiones controladas. No entiendo cómo...

—¿Viste a esos hombres? ¿Fuiste testigo de esas explosiones?

Ace se siente mareado.

—No. Lo único que vi fueron luces en una maldita pantalla de ordenador... Bastardos, ¡me tendieron una trampa! No se produjo ninguna explosión, ¿no? Sólo un montón de datos falsificados que querían que enviara a Washington.

—Y tras haberlos enviado, te conviertes en alguien prescindible. Afortunadamente, los beduinos no son tan competentes con sus SAMs como sus



homólogos americanos. ¿Quién te envió a Arabia a recoger esos datos?

—Schall, el director de la CIA. El presidente quiere iniciar una nueva política de energía alternativa, algo con gancho. Pero primero necesitaba datos precisos sobre las reservas saudíes.

—En lugar de eso, el titiritero te conduce a un informe que indica que el crudo es abundante. ¿Quién se beneficiaría de tal mentira?

—Los sospechosos habituales. Las compañías petroleras. La realeza saudí.

—Sí, pero estás olvidando al verdadero demonio. Hay otra facción tirando de las cuerdas, el mismo grupo que es responsable de la manipulación de los sucesos del 11-S.

—¿Los neoconservadores?

—Apoyados por la banca. Una vez que Irán caiga bajo la dominación estadounidense, el resto de países con radicales islámicos serán los siguientes de la lista, comenzando con el país que controla la única reserva de petróleo importante que queda en el mundo...

—Arabia Saudí. —Ace agita la cabeza, abrumado por todo lo que está oyendo—. Las grandes reservas saudíes justificarían una invasión... asumiendo que la realeza estuviera al tanto de este plan de contingencia.

Ramzi asiente.

—La amenaza de Irán ha obligado a la Casa de Saud a confiar en los neoconservadores. Kelli creía que el ataque preventivo ocurriría poco antes de las siguientes elecciones presidenciales, lo que permitiría que los republicanos, una vez más, usaran el miedo como su carta de triunfo.

—¿Dónde caerán las bombas? ¿Cuáles son las ciudades objetivo?

—No lo sabemos. Ni sabemos si las armas entrarán de contrabando en el país.

—¿Por qué iban a entrar de contrabando? Si los neo-conservadores tienen acceso a...

—Los neoconservadores no serán quienes aprieten el gatillo. Dos radicales islamistas han sido elegidos como marionetas cuyas cuerdas llevarán el rastro hasta Irán. Los residuos nucleares serán la evidencia clave... el residuo de uranio enriquecido puede ser rastreado hasta su fuente original. En este caso, las barras de combustible usadas por un reactor nuclear iraní. A Kelli la mantuvieron apartada tanto de este circuito como del modo en el que sería llevado a cabo.

—Vale, entonces iremos al FBI y les haremos sellar los puertos.

—Hay trescientos diecisiete puertos de entrada a los Estados Unidos. Seguridad Nacional inspecciona apenas un siete por ciento de las cargas, y sólo en los puertos oficiales. Los yates, los cruceros de recreo, los jets privados... incluso con Promis, es imposible señalar dónde y cómo meterán las armas nucleares en el país.

Ace siente que las venas de su brazo izquierdo se constriñen por la presión.

—Vale, entonces, ¿cuál es el plan? Mientras tú estés ahí fuera intentando instigar una revolución, ¿cómo evitaremos nosotros que esos maníacos hagan desaparecer una ciudad americana?

—De dos modos. Primero, expondremos el complot usando las memorias de Kelli. Lo serviremos en Internet y en los medios de comunicación, y forzaremos que se convierta en un tema electoral.

—Acabas de decir que Obama y los demócratas no tocarán el tema, y el partido republicano dará la vuelta a cualquier cosa que digamos tachándola de teoría conspiratoria. Además, los medios oficiales evitarán la historia como a la peste. No... lo que necesitamos es un candidato presidencial independiente, alguien con cojones para exponer la verdad sobre el petróleo y que cuadre estos hechos con la amenaza de otro ataque terrorista, exponiendo al titiritero antes de que ocurra el suceso.

—¿Conoces a algún político así?

—Quizá. ¿Cuál era la segunda opción de acción que mi esposa tenía en mente?

—Eso... es un poco más peliagudo. Colapsar la infraestructura financiera de ambos, los terroristas y sus apoyos neoconservadores.

—¿Cómo?

—Usando Promis. El programa puede infiltrarse en cualquier ordenador, incluidos los de las instituciones financieras. Kelli usó Promis para rastrear el dinero sucio usado por las organizaciones terroristas. Los días previos al 11 de septiembre, y justo antes del momento en el que la primera torre caía, los inversores habían estado emitiendo puts sobre acciones contra las compañías que tenían algo que ver con los ataques. Esto ya lo sabías, ¿no?

—Mi mejor amigo, Mark... murió revisando esas transacciones.

—Kelli usó Promis para rastrear la actividad, casi quince mil millones de dólares ensangrentados que finalmente encontraron su camino hacia las cuentas bancadas de las grandes empresas, de las instituciones financieras, de la realeza saudí, de los señores de la droga afganos, de los pertenecientes a los lobbys, e incluso de algunos políticos. Las inversiones combinadas de los culpables suman más de un trillón de dólares. —Ramzi levanta la caja de CD-ROM—. Promis puede acceder a cada centavo de cada cuenta (éste era el plan de Kelli) y usar esos fondos para financiar la revolución. Los datos están almacenados en este disco de Promis. Kelli dijo que tú tenías el modo de poner el plan en marcha... un antiguo compañero tuyo, creo... uno que tenía el nivel de sofisticación necesario para acceder, esconder y redirigir los fondos.

Ace agita la cabeza mientras otra pieza del puzzle de su esposa cae en su lugar.

—Un antiguo compañero... uno que ella ayudó a conseguir la libertad condicional. Para alguien que estaba luchando contra el cáncer por su vida, la verdad es que se las arregló para tirar de un montón de cuerdas.

—Kelli era, efectivamente, un milagro de la naturaleza, pero no bajas la guardia. Lo que tu esposa ideó es extremadamente peligroso. Los antiguos contactos de Kelli en AE te tienen a ti y a tu familia en el punto de mira. No puedes llevar Promis contigo cuando viajes. Los preparativos tendrán que hacerse para mandarlo por adelantado a tu contacto en los Estados Unidos. ¿Y bien? ¿Nos ayudarás?

Ace se frota los ojos.

«¿Realmente existe una confabulación para lanzar una bomba atómica sobre una ciudad americana? Si me involucro, eso significa que pondré a los niños en peligro. Ya estoy bajo vigilancia... el ataque en el Apache significa que ahora soy prescindible. Si elijo ser proactivo, entonces quizá pueda ayudar a desbaratar los planes. Si no hago nada, una bomba nuclear podría borrar del mapa una ciudad entera... además de que la gente que me quería muerto, aún me quiere muerto. Ya lo han intentado una vez, y ellos mataron a Kelli.»

—Antes de que acceda a seguir con esto, hay algo que quiero. Hay un antiguo agente de la CIA, un hombre llamado Scott Santa, un ruso-americano. Trabajó para Vinnell. Creo que está aún en el Golfo Pérsico. Y quiero que lo encuentres para mí.

—¿Al asesino de Kelli? —Ramzi agita la cabeza—. Eso es muy peligroso. Es mejor que nos ocupemos de él nosotros mismos.

—¡No! Tengo que ser yo. Quiero mirar al demonio en sus ojos mientras le quito lo que él me quitó a mí.

—Ace, el hombre al que buscas es un asesino profesional, y cuenta con el apoyo de varias agencias de inteligencia. Es demasiado arriesgado. Kelli no lo aprobaría.

—No se lo estoy pidiendo a ella.

Ramzi ve la mirada en sus ojos.

—Muy bien. Pero tienes que entenderlo, la maquinaria neoconservadora... ellos también tienen Promis. Serás observado y seguido cada minuto. Tienes hijos, y ellos siguen siendo tu punto débil. Quizá tengas que hacer algunas concesiones para mantenerlos a salvo. No podrás saber a dónde se los llevarán. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? Si te pillan, esta gente sabe cómo conseguir información.

Ace asiente, y el pulso golpea su garganta mientras recuerda la advertencia grabada de Kelli.

«La lucha de tu vida...»

---

«Si una nación espera ser ignorante y libre, espera lo que nunca ha existido y nunca existirá. La gente no puede estar a salvo sin información.»

Thomas Jefferson.

«El 10 de septiembre de 2001, Donald Rumsfeld anunció una "guerra contra el derroche", después de que una auditoria interna descubriera que el Pentágono estaba "perdiendo" 2.3 trillones de dólares en activos no contabilizados. El 11 de septiembre, esto fue olvidado.»

911TRUTH.ORG

«El año pasado, [Ion Sancho, presidente del condado de Leon, durante las elecciones de Florida] descubrió lo que supuestamente era imposible... que las pantallas táctiles y los escáneres ópticos de los sistemas electorales Diebold tenían graves defectos de seguridad. Sancho desafió a los hackers a que entraran en sus máquinas de voto cuatro veces. Todas ellas lo consiguieron. Sancho levantó las alarmas. La secretaria de Estado de Florida, Sue Cobb, seleccionada por Jeb bush, lo ignoró. Y más tarde se llevaron una subvención federal de quinientos sesenta y cuatro mil dólares por desactivar la maquinaria de votación activa.»

Howard Goodman, Ft. Lauderdale Sun Sentinel,  
26 de marzo de 2006.

## Capítulo 22

GARY LEE SCHAFER, DIRECTOR  
Unidad Fundamentalista Radical  
División de Oriente Medio y Contraterrorismo  
FBI - Cuarteles Generales  
24 de abril de 2012

Director Schafer:

Le reenvío la grabación de vigilancia presentada por el Agente Especial Elliot Green (155-16533-17) que confirma que el sospechoso, el profesor Eric Mingyuan Bi (archivo #112-11292-377), se puso en contacto con un sujeto clasificado UMBRA (Tursi, Michael R.) el 3 de enero de 2012. La naturaleza de esta reunión parece ser la entrega e instalación de un muro de escayola y unos estantes de almacenamiento para el garaje, seguramente una tapadera para el transporte de los contenidos de dos grandes cajas de madera sin identificar en el garaje de Bi varias semanas después. Teniendo en cuenta que el sujeto, Bi, es profesor de física nuclear, y que está asociado con dos incidentes independientes de espionaje de secretos nucleares, por la presente pido permiso para llevar a caso una búsqueda FISA en el garaje del sujeto.

Charles Jones, director, FBI: Springfield, Illinois  
(155-63775-17)

Gary Schafer maldice para sí mismo. Relee el mensaje de correo electrónico por tercera vez antes de darle a contestar.

Director Jones:

Gracias por reenviar la grabación de vigilancia. Como sabe, UMBRA exige una autorización especial muy por encima de su rango actual. Investigaré el asunto y tomaré las medidas apropiadas. Por favor, continúe con su diligente vigilancia del sujeto, Bi, e infórmeme directamente a mí de cualquier nuevo descubrimiento.

G.L. Schafer, director.

Schafer pulsa ENVIAR. Piensa en borrar el mensaje, pero lo medita mejor e imprime una copia para archivarla con el resto de documentos de Eric Bi. Después, levanta el teléfono y marca la extensión de su ayudante, Jim Leary.

—Jim, hazme un favor y saca el expediente del Agente Especial Elliott Green. Creo que recibió la instrucción en Springfield, Illinois.

BRIDGEVIEW, ILLINOIS

25 de abril de 2012

8:44 A.M. CST

La ciudad de Bridgeview está ubicada justo al oeste de Chicago, y en sus seis kilómetros cuadrados habita una población de quince mil personas, incluida una amplia y activa comunidad musulmana.

La mayoría de estas familias sólo buscan mantener una identidad islámica. Envían a sus hijos a la madrassah local, donde los niños y las niñas son segregados mientras estudian el Corán. Muchos rezan en la mezquita de Bridgeview, la cual, con el paso de los años, ha atraído a miembros de la Hermandad Musulmana, un grupo de militantes que, a menudo, ha condenado la cultura americana, ha rezado por los hombres-bomba suicidas y prefiere una interpretación del Islam más fundamentalista.

\* \* \*

El Chevy Trailblazer del 2009 está aparcado en el exterior del banco. Su ocupante, Jamal al-Yussuf, está leyendo el Corán... mientras espera.

Un segundo vehículo aparca cerca. Omar Kamel Radi golpea con los nudillos la ventanilla del pasajero del camión. Jamal abre la puerta para que su compañero iraquí entre. Los dos hombres intercambian un abrazo rápido.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero realmente me alegro de verte. ¿Cómo van las cosas por Los Angeles?

—Bien. El tiempo es estupendo.

—No creo que sonrías por el tiempo.

Omar asiente.

—He conocido a alguien, una monitora de aeróbic. Es rubia y muy hermosa. Le he dicho que soy estudiante de intercambio de El Cairo y que curso ingeniería. He comprado varios libros de texto. Incluso voy a clase.

—Eso es muy peligroso. Si nuestro mecenas lo descubre...

—Mi mecenas es un cabrón perezoso. A veces me deja notas, pero nunca lo he visto.

\* \* \*

Shane Torrence y Marco Fatigo están en una furgoneta aparcada al otro lado de la calle, frente al banco. Los dos agentes de Apoyo Estratégico han estado vigilando a sus sujetos y realizando escuchas desde que los iraquíes entraron en Estados Unidos, nueve meses antes.

—¿Has oído eso, Marco? Tu chico cree que eres un cabrón perezoso.

La puerta lateral de la furgoneta se abre de par en par. Michael Tursi tiende un café y una bolsa de donuts a cada hombre, reservándose la que queda en la bandeja de cartón.

—Creo que me he perdido la reunión de nuestros alegres musulmanes.

—Árabes —le corrige Torrence, dando un bocado a un donut de chocolate y crema—. Hay árabes y musulmanes. Éstos dos son árabes.

—Se puede ser las dos cosas a la vez, capullo.

—El Turco tiene razón —dice Marco, bebiendo su café—. Tu chico, Shane, es un chiita, definitivamente, un musulmán. Omar, el chico al que le estoy haciendo de canguro... es un árabe sunita. Saddam era sunita y odiaba a los musulmanes. Resulta que la razón principal por la que estaba dando la vara con el tema de las armas de destrucción masiva era Irán, no Estados Unidos. Tenía más miedo de una invasión chiita que de cualquier cosa que nosotros fuéramos a hacer.

—Cierra la puta boca. —Tursi mete un cargador nuevo en su arma—. Lee el maldito dossier, Marco. El tuyo es un sunita convertido al Islam. Por lo que a mi respecta, todos éstos son paquetes-bomba con toallas en la cabeza. Quedaos aquí. Voy a dar una vuelta. —Sale de la furgoneta y cierra la puerta.

Marco busca en su bolsa de donuts.

—¿Por qué está tan borde?

—El FBI lo ha pillado en una grabación de vigilancia, de enero, en la casa de Bi.

—Joder. ¿Dónde demonios está Schafer?

—No lo sabe. Fue una operación del Departamento de Energía, nada que ver con contraterrorismo. Pero ya conoces al Turco. No dormiré hasta que deshaga el entuerto.

\* \* \*

De vuelta en el Chevy Trailblazer, el buen humor de Omar se ha convertido en frustración.

—No lo entenderías, Jamal, tú eres chiita. Sois gente del desierto, desobedientes de Dios. Sois descreídos que seguís las enseñanzas de Ali, el sobrino del profeta Mohammed. Ningún chiita regirá nunca Irak.

—Y tú eres un perro sunita —replica Jamal—. ¿Acaso Irak era mejor con Saddam?

—Saddam era excesivamente cruel, lo admito, pero los iraquíes continúan unidos sólo por la ley de la espada. Y yo no siempre he despreciado a tu gente. Fueron los americanos quienes nos dividieron. El ejército que entrenaron estaba formado sólo por chiitas y kurdos. No se permitió ningún sunita entre los rangos superiores, como si temieran que fuéramos a sacar a Saddam de la cárcel.

—Si crees en lo que dices, ¿por qué estás aquí?

La mirada de Omar se pierde por la ventanilla del pasajero.

—La ocupación no durará para siempre. Cuando los americanos se marchen, los iraníes entrarán. Me niego a ver a mi país dirigido por los clérigos islámicos.

—Aun así te uniste a la Guardia Revolucionaria Islámica.

—¿Qué otra opción tenía? Haditha, Anna, Qaim, Rawa, Ramadi... todos cayeron ante rebeldes islámicos peores que los talibanes. Los americanos no tienen ni idea de con quién están combatiendo, así que disparan a todo el mundo. Si no fuera por el dinero que le envió a mi familia, no estaría aquí.

—¿Ésa es la única razón por la que estás aquí? ¿Por el dinero?

Omar se vuelve para mirar a Jamal.

—Al principio quería venganza, ahora quiero algo mejor para mi familia. ¿Eso es tan malo? Con el dinero que les envió podrán abandonar Irak.

—Yo no. Si muero shahid, iré a un lugar en el cielo junto al resto de mensajeros de Dios. ¿Existe mayor gloria?

Omar se ríe.

—¿Crees que Alá te dejará entrar al cielo después de haber asesinado a mujeres y niños inocentes? Tú no morirás shahid. Tú buscas venganza por tu padre y tu hermano, y por tus jóvenes primos. La venganza no forma parte de la ley islámica ni del martirio, da igual lo que diga Al-Qaeda.

—El clérigo que me reclutó en Teherán me dijo que este trabajo lanzaría un buen golpe a la agenda militar de occidente. Por eso estoy preparado para morir.

—Jamal, ésta no tiene por qué ser una misión suicida.

—Shahid no es suicidio. ¿Es que besar a tu rubia novia americana te ha convertido en un tonto y un cobarde?

—Contén tu lengua y escucha. Cuando estuve en Teherán escuché rumores sobre que muchos de los Diecinueve Magníficos estaban aún vivos. Mohamed Atta y Salem Al Hazni...

—Y Saeed Alghamdi, y los dos Alshehris, sí, ¡yo también lo he oído! En Qods muchos preguntaron sobre el comportamiento de Atta. Se cuestionaban si realmente era un musulmán devoto. He leído historias sobre que bebió, y visitó bares y clubs de striptease la noche antes de los ataques. Nuestro instructor se confió a nosotros y nos contó que Atta y el resto de planificadores... que esos hombres ni siquiera estuvieron en los aviones. Habían estado viajando con pasaportes falsos y tenían órdenes de aparecer la noche antes en público, ebrios y gritando insultos a los infieles, para atraer la atención sobre ellos. Nos dijo que esos hombres no eran tontos, que habían permitido a propósito que sus permisos de conducir fueran fotocopiados, que incluso utilizaron ordenadores de bibliotecas públicas para enviar por correo electrónico mensajes sin encriptar. Todo para dejar pistas falsas al FBI.



—¡Es verdad! —Omar salta en su asiento—. Sus apartamentos... ¿Por qué dejarían una información tan ridícula sobre el robo de aviones, como si desearan que los pillaran? ¡Las autoridades afirmaron incluso haber encontrado el pasaporte de Atta entre los escombros del World Trade Center! ¿Te imaginas? La prensa americana informó de todo esto, y los infieles se tragaron todas las mentiras.

—El portátil. Sí, yo también he pensado en eso. ¿Y por qué tenemos que conducir dos días hasta esta ciudad, sólo para enviar dinero a nuestras familias?

Los dos hombres permanecen en silencio, perdidos en sus pensamientos.

Jamal comprueba su reloj.

—El banco ha abierto. ¿Quieres ir tu primero o voy yo?

—Adelante, chiita. Los mártires antes que los rebeldes. Yo todavía tengo algo por lo que vivir.

HOSPITAL AMERICANO - DUBAI, EAU

Oriente Medio

26 de abril de 2012

6:13 A.M. Hora local

La luz de las estrellas. Deslumbra... y desaparece. Deslumbra, desaparece...

«Ya viene.»

Ace abre los ojos. A través de su visión borrosa puede discernir una habitación gris y una alta silueta que se inclina sobre él para tomarle el pulso.

—Ah, está despierto. Buenos días, amigo. Me llamo Gary Groves. Soy uno de los médicos del hospital americano.

—¿Estoy en Estados Unidos?

—Lo siento, no, está en Dubai. Enfermera, encienda las luces, por favor.

La habitación se ilumina, obligando a Ace a entornar los ojos.

—La policía local le encontró deambulando cerca de la autopista. Agotamiento por el calor, demencia... sin identificación. ¿Puede decirnos su nombre?

—Futrell. Ashley Futrell.

—Bien, señor Futrell, tiene una fea herida en la cabeza. Parece que se la hizo hace unas veinticuatro horas. Debe haber estado deambulando por ahí fuera durante bastante tiempo. ¿Puede recordar lo que pasó?

—Yo estaba... en un taxi. Por la noche. Me dirigía a... a Aqua Dunya, para ver el buque Perla del Desierto. Por error dejé mi cartera en mi hotel...

—¿Qué hotel? —Un oficial de policía de Dubai entra en la habitación.

—El Baynunah Hilton.

—Continúe.

—El conductor se enfadó porque yo no tenía dinero. Me sacó del taxi y me dejó

en la cuneta. Estábamos en mitad de la nada. Exigió que le diera mi portátil como pago. Cuando me negué, comenzamos a forcejear. No recuerdo demasiado después de eso.

—¿Qué hace en los Emiratos Árabes?

—Soy geólogo petrolero, y recientemente me he quedado sin trabajo. Vine aquí buscando empleo.

—Siento que haya tenido problemas —dice el oficial—. Antes de que quede libre, necesito que rellene un informe policial.

—Sí, claro. Después creo que me gustaría irme a casa.

---

«Tras la disputa por los puertos de Dubai, la administración Bush contrató un conglomerado empresarial de Hong Kong para ayudar a la detección de materiales nucleares en el interior de las cargas de los navios que pasaban desde las Bahamas a los Estados Unidos, u otros sitios. La administración tenía conocimiento del contrato con Hutchison Whampoa, LTD., que implicaba que, por primera vez, una compañía extranjera estaría involucrada en la supervisión de un sofisticado detector de radiación estadounidense en un puerto extranjero, sin la presencia de los agentes aduaneros americanos. Un informe de inteligencia militar estadounidense, marcado "secreto", identificaba a Hutchison, en 1999, como portador de un riesgo potencial de contrabando de armas y otros materiales prohibidos desde las Bahamas a Estados Unidos.»

Associated Press, 23 de marzo de 2006.

«Los hombres que ejercen el poder hacen una indispensable contribución a la grandeza del país, pero los hombres que cuestionan el poder hacen una contribución igualmente indispensable, especialmente cuando ese cuestionamiento es desinteresado, porque ellos determinan si usamos el poder, o es el poder el que nos usa a nosotros.»

Presidente John F. Kennedy.

## Capítulo 23

AEROPUERTO INTERNACIONAL JFK

Ciudad de Nueva York, Nueva York

28 de abril de 2012

1:27 P.M. EST

Dirigido por las autoridades portuarias de Nueva York y Nueva Jersey, el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy (JFK) está ubicado en la región suroeste del condado de Queens, Ciudad de Nueva York, en la Bahía de Jamaica, sobre 4930 acres. El aeropuerto procesa más pasajeros y carga aérea que ningún otro puerto de entrada de los Estados Unidos, y se ocupa de la mayor parte de las llegadas internacionales, entre ciento cincuenta y ciento sesenta aeronaves al día. El Equipo de Vigilancia de Contrabando del JFK procesa seis millones de paquetes anualmente, y confisca enormes cantidades de productos de consumo falsos, moneda sin declarar y narcóticos ilegales, acercándose a casi ochocientas incautaciones de droga a la semana.

Como ovejas de una manada, Ace y los otros pasajeros del vuelo 201 de Aerolíneas Emirato pasan por la aduana, cansados por el viaje de catorce horas. Intentando adivinar qué cola se mueve más rápido, Ace se pone detrás de una docena de americanos más... y espera.

Ramzi había dejado a Ace en un tramo de autopista cercano a Dubai. Habían repasado su historia una docena de veces, una que habían creído que ofrecía las mejores oportunidades para evitar una investigación oficial estadounidense. El piloto del Apache sería trasladado a otra instalación médica dos días después de la llegada de Ace a Nueva York.

La cola se mueve hacia adelante cuando una familia de cinco personas es guiada a través de una cortina de la Cruz Roja.

Ace se frota el brazo izquierdo y siente un dolor en sus venas parecido al producido por un catéter, provocado por el estrés.

«Me querían muerto... ¿qué pasará ahora? ¿Creerá la CIA que caminé durante kilómetros por el desierto, después del accidente? ¿Tuvo Schall algo que ver con eso? ¿Aceptaré mi informe sobre los campos de petróleo, o planea llevarme ante el Senado como testigo? ¿Sospechan que Promis ha sido introducido mediante contrabando en el país?»

—Siguiente.

Ace tiende a la oficial aduanera su pasaporte.

—¿Algo que declarar?

—No.

Pone un sello en su pasaporte.

—La segunda cortina está abierta. Quítese la chaqueta y súbase la manga.

—¿Para qué?

—Vacuna contra la Gripe Aviar. Siguiendo.

—Espere, ¿para qué necesito...?

Ella le indica un cartel informativo, ofreciéndole el aspecto cansado de quien ha respondido una y otra vez a la misma pregunta, durante cuarenta horas a la semana.

Todas las personas que entren en Estados Unidos deben ser vacunadas contra la Gripe Aviar.

—Siguiendo.

Ace se mueve hasta la segunda de las seis cortinas con el emblema de la Cruz Roja. Una enfermera, identificada por su placa como Beth Newman, lo dirige hasta una silla vacía.

—Buenas tardes. Dónde lo prefiere... ¿en el brazo o en el trasero? —Levanta una larga aguja hipodérmica.

—¿No lo tiene en pastilla?

—Seguridad Nacional afirma que están trabajando en ello. La verdad es que haría mi vida más fácil.

—¿Qué es esa cosa? ¿Cómo sé que es seguro?

Ella le entrega un folleto.

—Esto lo explica todo. Ahora, a menos que quiera volver al país desde donde haya volado, le pondré la dosis. ¿Brazo o trasero?

—Como homenaje simbólico a Seguridad Nacional, pínchame en el culo. —Se quita el cinturón, deja caer sus pantalones y ofrece ceremoniosamente su nalga izquierda a la enfermera Newman.

Ésta le pincha con la aguja.

—¡Ay! ¿Tan mala es la amenaza de esta gripe, de todos modos? La última vez fue la Gripe Porcina. Parece que cada pocos años hay una pandemia diferente.

—Potencialmente, ésta es realmente grave. He oído que se han producido una docena de brotes en Asia y Europa. El peor se ha producido en una pequeña comunidad francesa. Ha matado casi a la mitad de los infectados. Esta noche, cuando se vaya a la cama, debería dar gracias a dios por la industria farmacéutica americana.

Ace se sube los pantalones y se va de allí, sintiéndose mal de repente.

CARBONDALE, ILLINOIS

3:47 P.M. CST

La repentina llamada despierta con un sobresalto a Elliott Green, que se estaba echando la siesta. El agente del

FBI comprueba su reloj y verifica que el profesor Bi no volverá de su partida de bolos hasta dentro de otra hora. Se dirige escaleras abajo, con el arma metida en la parte de atrás de sus vaqueros azules.

El técnico de televisión es un italiano de piel oliva y cabello oscuro, con sombra de barba.

Green abre la puerta.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Shane Torrence le muestra su identificación del FBI falsa.

—Sólo si eres el agente Green. Jerry Bobo, soy tu relevo. —Entra en la casa y mira alrededor—. Aquí huele a vieja.

—A mí me lo vas a decir. —Green cierra la puerta tras él—. No te esperaba hasta el próximo martes.

—Puedo marcharme.

—No, no, estoy más que preparado. —Green lo conduce hasta la habitación principal, en la planta de arriba. El dormitorio es un oasis de aparatos electrónicos con dunas de colada sucia—. Siento el desorden.

—No te preocupes. —El oficial de AE examina la habitación y ve los CDROM—. Supongo que estás ansioso por llegar a casa.

—No puedes ni imaginártelo.

—Explícamelo todo rápidamente y podrás irte.

MONTAUK, NUEVA YORK

11:47 P.M. EST

Los chicos están en la cama, dormidos, después de haber sobrevivido a los abrazos de su padre y a las preguntas sobre el colegio. Ahora Ace y Jennifer están solos en el salón familiar.

—Hace una noche estupenda. ¿Quieres dar un paseo por la orilla?

Ella sonríe.

—Sí, aunque pensaba que ya habrías tenido suficiente arena para una temporada. Déjame coger mi abrigo.

\* \* \*

La luna está en cuarto creciente, y su resplandor se filtra tras una bruma de nubes. Durante un breve momento, Ace está de nuevo en el desierto saudí, solo en el tramo vacío de autopista. Su vida, que una vez fue una rutina de trabajo, viajes y liguillas de

hockey, ahora parece estar saltando hacia delante en un caótico episodio cuántico, y todo a partir del asesinato de su esposa.

«Cuatro meses y medio desde que Kelli murió... ¿cómo es posible? Desde el funeral... todo ha sido como un mal sueño. ¿Cuándo voy a despertar? ¿Cómo puedo superar el dolor, si ella me ha buscado desde el más allá para ponerme en un camino que nadie sabe a dónde va? ¿Cómo sé, siquiera, si ese plan nuclear es cierto? ¿Porque ella lo ha dicho en una cinta? ¿Porque algún antiguo colega suyo me haya enseñado un CD-ROM, incluyéndolo en un inverificable relato de conspiración? Quizá estamos quedándonos sin petróleo, y sí, existe la posibilidad de un ataque nuclear terrorista, pero ¿Irán realmente tendrá los cojones necesarios para armar a estos tipos? ¿Es realmente necesario que arriesgue mi vida, que deje huérfanos a Leigh y Sammy? Esta misión suya suena a suicidio.»

Suicidio.

La palabra agita su interior. Después de su intento durante la universidad, Ace despertó en una habitación de hospital, con las muñecas vendadas y los brazos atados con correas a las rejas de la cama. Había gritado, sintiéndose solo y humillado. Kelli estaba de viaje, pero Tet estaba a su lado, como siempre, apoyándolo, sin juzgarlo.

—Vale, Ace, la has jodido. Y ahora olvídale. Entiende lo que ha pasado y sigue adelante. Recuerda lo que grita siempre el entrenador cuando alguien mete la pata: «Atráelos, reúnelos y concéntrate en la siguiente jugada».

«Suicidio...

El suicidio tiene mucho que ver con el miedo y el dolor... Podía elegir... la angustia de tener que seguir adelante, frente a una alternativa menos dolorosa. La vida contra la muerte.»

Ahora se le pedía que eligiera de nuevo... esta vez arriesgando su vida, y la de sus seres queridos, para prevenir lo inimaginable.

—Ace, ¿estás bien? No has dicho una palabra.

Se gira hacia Jennifer.

—Sí, bien. La verdad es que no quería contártelo a ti, pero... —Mira alrededor. Ambos están solos en la playa, expuestos en la desierta orilla—. Sentémonos ahí, junto a las dunas.

—Vale. —Lo sigue hasta las dunas y se sienta junto a él. Sus siluetas quedan ocultas por la arena y los juncos—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que querías contarme?

—Esto tiene que quedar entre nosotros. Lo que voy a decir puede disgustarte. No quiero que hagas nada, sólo que me escuches.

Se lo cuenta todo... desde su entrevista con el director de la CIA al porqué real de su estancia en el Golfo Pérsico. Describe el vídeo de Kelli y el programa Promis, y el futuro ataque que está siendo orquestado por los neoconservadores. Ella permanece estoica durante todo el relato, con los músculos de la mandíbula tensos tras sus

dientes apretados.

Cuando termina, Jennifer sigue con la vista fija en el océano.

—¿Jen?

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Tu opinión, por una vez. Tu trabajaste con Kelli... erais Butch y Sundance. ¿Hay algo de verdad en lo que acabo de contarte?

Ella contiene una carcajada mientras se aparta mechones de cabello oscuro, y lágrimas, de sus ojos.

—Soy idiota. He venido aquí pensando que quizá querías estar a solas conmigo... ya sabes, por otra razón. En lugar de eso, hemos vuelto a otra de tus teorías conspiratorias.

—¿A qué te refieres? Oh, guau, yo no... Quiero decir, estaría...

—Olvidalo.

—No, Jen, escucha. Lo que pasa es que ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza y...

—Cállate... —Aparta la mirada—. Respondiendo a tu pregunta, sí, hay algo de verdad en ello, pero no en lo que tú piensas. Algunos de los individuos más radicales de la administración Bush, la gente de Rummy, hablaron con Kelli sobre eso hace años. Le pidieron que identificara las zonas de población clave tanto en Irán como en Arabia Saudí. Pero era sólo un ejercicio bélico, nada más.

—¿Objetivos para qué?

—Para armas biológicas y químicas, sobre todo. Algo que podría exterminar a la población...

—Y dejar la infraestructura intacta. —Ace siente que su brazo izquierdo se tensa de nuevo.

—Era sólo hablar por hablar, Ace. En el Pentágono ocurre todo el tiempo. En cuanto al vídeo de Kelli, recuerda que tu esposa no era exactamente estable estos últimos años. El cáncer, pensar en morir, dejándote a ti y a los niños, y todo eso de la Cábala... de repente todo eso la hizo sentirse culpable por algo. Mi consejo... déjalo estar. Cheney es un bala perdida, y todo el mundo lo sabe. Keith Olberman debería darle las gracias por su subida en las encuestas. En cuanto a Irán, saben que es suicida armar una organización terrorista con uranio enriquecido. Y sobre esto de la crisis del petróleo, se resolverá solo.

—¿Se resolverá solo? Todavía no lo entiendes, ¿no? No se trata de colas de espera en los surtidores de gasolina, o de una subida de precios. No existe un sustituto para el petróleo. Cero, nada. Deberíamos haber escogido otro camino hace una década, seguramente hace dos décadas, pero no lo hicimos. Sin petróleo, no podremos producir suficiente comida para alimentar a las masas, y menos para hacer llegar los productos al mercado. No podremos calentar nuestros hogares, ni conducir

nuestros coches. Sin petróleo, la economía se colapsará por completo, al final. Si el último productor dejara de enviar petróleo mañana, en cuestión de meses un millón de personas moriría de hambre o por complicaciones médicas sólo en la ciudad de Nueva York. Transporte, electricidad, economía... el ejército. Tus colegas neoconservadores lo sabían, Jen, después de todo, la mayoría de ellos trabajaron en la industria del petróleo. La crisis del petróleo justificó tres mil americanos muertos. Hay una razón por la que estamos aún en Afganistán e Irán, y no es construir una democracia. Quizá las cosas podrían haberse tranquilizado, pero la economía cayó, y los bastardos avariciosos que provocan la mayor parte de los problemas del mundo no están dispuestos a retroceder. En lugar de eso, ven una oportunidad en un Nuevo Orden Mundial. Lo único que necesitan es el empujón final, otro 11-S, pero un poco mayor esta vez... Un 11-S que amplifique nuestras represalias y convierta Irán e Irak en una estación de servicio Exxon/Mobil. ¿Cuánta gente inocente será incinerada esta vez? Muchos menos de los que morirán al final, después de que nos quedemos sin petróleo. Éstos podrán contarse por billones. Llámalo lógica contable. Para esos bastardos sin corazón, es algo obvio.

—¡Para! Lo que estás diciendo... es demasiado absurdo. Y el presidente Obama nunca permitiría que algo así sucediera.

—No estará por aquí. Ya verás. Será sacrificado, como Kelli y Tet. Como los americanos que murieron en esos aviones y en esos edificios.

—¡Ya basta! —Kelli se aleja, siguiendo el camino de vuelta a la casa y dejándolo solo con unas teorías de conspiración que ni siquiera él cree.

«Así se hace, idiota. Lo único que quería ella era un poco de afecto. En lugar de eso, le has dado el fin del mundo.»

---

«Ellos creen que tienen razón. Ésa es una de las características del fundamentalismo... "Creo que tengo razón porque estoy cerca de Dios, y todo el que esté en desacuerdo conmigo está inherentemente equivocado y, por lo tanto, es inferior".»

Presidente Jimmy Carter,  
comentando el cristianismo fundamentalista.

«Halliburton ha conseguido lo imposible. Realmente, han hecho un trabajo peor con el segundo contrato de petróleo iraquí del que hicieron con el original contrato ilegal.»

Rep. Henry A. Waxman.  
Comité de la Cámara sobre la Reforma Gubernamental,



comentando un informe de quince páginas elaborado por los auditores, en el que se afirmaba que Halliburton infló intencionadamente sus facturas, usando cálculos ocultos para cargar al gobierno estadounidense con costes que nunca se habían producido (19 de marzo de 2006).

«Lo que cuenta no es la gente que vota; sino la gente que cuenta los votos.»  
Stalin.

# Capítulo 24

GIMNASIO PAUL CROSS

Centro Cívico Carl McNeely

Shelbyville, Indiana

6 de mayo de 2012

4:27 P.M. EST

Christine Jordan, directora de campaña del presidente Obama, se inclina sobre su jefe mientras su maquilladora aplica una base fresca bajo sus ojos.

—Nuestra presencia es importante, señor presidente. Aunque tengamos una ventaja de tres candidatos sobre los republicanos, ellos aún tienen la atención de los medios. No podemos desaparecer mientras ellos continúan con su ataque.

El presidente asiente, con los ojos cerrados y los párpados temblorosos.

Christine aparta a un lado a la maquilladora.

—Roxanne, está pálido, como si acabara de recibir una sesión de quimio. ¿No puedes arreglarlo?

Roxanne Dunlap, superviviente de un cáncer de ovarios, le lanza una antipática mirada.

—Está sudando, Tina. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Son las luces —replica el presidente débilmente.

—Está enfermo —interviene Mario Childress, el jefe de seguridad de metro noventa y ciento diez kilos del presidente—. Ha dicho que tenía dolor de cabeza.

—Estaré bien.

—Por supuesto que sí —dice Christine, arreglando su cabello rubio oscuro frente al espejo—. El gimnasio está abarrotado, los equipos de televisión están preparados. Un discurso rápido y estaremos en la limusina y de vuelta al Air Force One en menos de dos horas.

—No sé, Tina —añade Roxanne—. No tenía buen aspecto antes del maquillaje.

—Hay veintisiete delegados de distrito de la Convención Estatal de Indiana esperando para verlo, con dolor de cabeza o sin él. Éste es un estado clave.

El presidente asiente. Tiene el pulso acelerado, la piel fría y húmeda, y el dolor está volviendo de nuevo a su cabeza.

—A la hora acordada te presentarán a Luke Messer. Es el director ejecutivo del partido democrático de Indiana. Representa al distrito 57. Luke es un hossier [33] de sexta generación, así que he metido algunas referencias de fútbol en tu Teleprompter.

—Baloncesto —murmura el presidente.

—¿En serio? En cualquier caso, Shelbyville fue también cuna de nacimiento de Thomas Hicks. Fue el vicepresidente número veintiuno, después de Grover Cleveland

y... ¿señor presidente?

—Oh, mierda... —Roxanne agarra la cabeza de Obama mientras ésta cae hacia atrás. Con un único movimiento, el hombre del Servicio Secreto salta y agarra al presidente con la mano izquierda mientras activa simultáneamente con la mano derecha un pulsador de alerta que hay sobre su hombro. Aparta a la maquilladora y coge al presidente con ambos brazos. Lo baja cuidadosamente hasta el suelo mientras una docena de agentes entra en la habitación con el equipo médico del presidente.

## AUTOPISTA DE ATLANTIC CITY

Nueva Jersey

5:07 P.M. EST

El Chevy Astrovan azul marino serpentea a través de la convergencia de carriles junto a la salida de Haddonfield cuando ésta se une con la Ruta 42-sur. Ace echa un vistazo al poste de kilometraje, bombeando adrenalina.

«Doce kilómetros más. Será mejor que esté allí.»

Había comenzado el viaje aquella mañana... un aparentemente inocente trayecto hasta la tintorería, seguido por una parada en el supermercado. Había aparcado en un garaje subterráneo. Después visitó la tienda de deporte para comprar unas rodilleras de hockey para Sammy, se pilló un café y un donut, y después volvió a la plaza de aparcamiento... a la del coche de Jeffrey Gordon, que tenía las llaves ocultas tras la llanta del neumático delantero derecho. Mientras su amigo salía del garaje en el Corvette de Ace, Ace esperó otros quince minutos antes de salir del aparcamiento del supermercado en la furgoneta familiar de Gordon.

Se había dirigido al sur, paralelo a la autopista de peaje de Nueva Jersey, antes de coger la interestatal 95, para continuar al sur a través de Filadelfia. El desvío había añadido una hora extra al viaje, pero no había tenido otra opción, porque sabía que los radares de la autopista registrarían la matrícula del coche de Jeff, y esa información podría ser recibida por Seguridad Nacional.

\* \* \*

El plan de Ramzi, evitar el próximo 11-S exponiéndolo al público, no convencía demasiado a Ace. Si había algo que los neoconservadores habían demostrado era que, controlando las facciones clave del gobierno y los medios de comunicación, uno podía irse de rositas incluso tras las más flagrantes violaciones del código penal, de la conducta moral y de la ley americana. La Constitución podía pisotearse sin repercusiones. Las elecciones podían ser falsificadas, y los que denunciaban la verdad, ridiculizados. El vicepresidente podía, incluso, disparar a un hombre en la

cabeza sin tener que ser sometido a un interrogatorio policial en la escena del crimen.

Había sido la habilidad de Promis para rastrear y mover el dinero de los tipos malos lo que, al final, había convencido a Ace para aceptar la misión. Con los datos de Kelli y el acceso de Promis, Ace podía interpretar un papel global de Robin Hood, usando el dinero sucio del mundo para crear fuentes de energía alternativas que, en última instancia, podrían evitar el desastre. Por una vez, los culpables y los avariciosos tendrían que pagar por sus crímenes... en todos los sentidos de la palabra.

Se lo debía a Mark.

\* \* \*

Ace aminora la velocidad cuando pasa junto al poste kilométrico 37.

«Ahí... justo delante.»

Hace una señal con las luces a un coche aparcado al otro lado de la carretera. Un hombre con barba, de constitución grande, con pantalones cortos beige y una sudadera verde oscura de los Filadelfia Eagles sale de detrás del capó alzado y le hace una señal con los brazos pidiéndole ayuda.

Ace se detiene.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Qué comes, qué adivinas? —Kenneth Franklin Keene Jr. sube al interior de la furgoneta y da un golpe en el hombro de su antiguo compañero—. Me alegro de verte, Ace.

Ace sigue conduciendo, acompañado ahora por el olor del tabaco y del acre sudor.

—Veo que te has dado a la buena vida. Te has abandonado totalmente.

—He estado en la cárcel, capullo.

—Veo la tele. ¿Los prisioneros no tienen acceso a salas de pesas, no pueden hacer ejercicio en el patio, o algo así? Se supone que eras un atleta.

—Eso fue hace veinte años, idiota, y yo era el puto pateador. ¿Y quién eres tú para hablar? Yo al menos vivo relajado. A ti parece que te gusta desayunar estrés.

—En eso tienes razón. Ey, tira el cigarrillo, éste no es mi coche.

—¿Me has enviado a la puta versión neoconservadora del monstruo de Frankenstein y ni siquiera puedo fumar?

—Pareces agotado.

—¿Agotado? Tío, supere el agotamiento hace una semana. La única razón por la que estamos hablando es porque tu señora me ayudó a conseguir la condicional.

—Y yo que pensaba que estarías salivando ante la oportunidad de coger un buen pellizco.

—El dinero sólo sirve de algo si estás vivo para gastarlo. Kelli estaba jugando con fuego. Localizó todos los negocios de drogas, todas las ventas encubiertas de armas y todas las operaciones de blanqueo de dinero en las que los federales han metido la

mano desde 1982. La heroína salida de Afganistán, los misiles SAM vendidos a los saudíes... Nombra una organización terrorista y te mostraré cómo fueron financiados, qué compraron, las cuentas bancarias por las que el dinero ha pasado y qué transacción hizo más rico a Ricky Ricón. Esta cosa es una telaraña global de los canallas y poderosos. Si lo haces público, te comerán vivo.

—¿Y mi plan?

Keene sonríe.

—¿Te refieres a robar su dinero?

—Es dinero ensangrentado. Lo nuestro sería una reapropiación.

—Reapropiación. Buena palabra. Muchos de mis compañeros estaban en la cárcel por la misma razón. Mira tío, soy un hacker. Y aquí no hay nada que hackear. Kelli lo hizo por nosotros. Pero, incluso con Promis, no puedes mover sin más un trillón de dólares, no sin mandar un montón de señales luminosas. Esto tiene que ser hecho con sigilo, hay que sangrarlos en silencio durante semanas (incluso meses), enmascarando cada transacción y borrando todo rastro del dinero. Además, tenemos que montar pistas falsas, crear historias... todo lo que sea necesario para enmascarar el dinero antes de poder moverlo a una cuenta legal sin levantar sospechas. Se necesita un artista de verdad para hacer eso, un experto en COBOL.

—¿Qué es COBOL?

—Es el acrónimo de Common Business Oriented Language [34], el primer lenguaje de programación universal. Los bancos solían escribir todos sus códigos en COBOL, y la mayoría de las instituciones financieras aún lo hacen, especialmente en los países del tercer mundo donde se esconde gran parte de esa pasta. COBOL fue, además, el primer lenguaje de programación ordenado por el Departamento de Defensa.

—¿Tienes a alguien en mente?

Keene sonríe.

—Oh, claro. La reina COBOL. Su nombre es...

—No me lo digas... es mejor que no lo sepa. ¿Podría hacer el trabajo?

—Tío, ella es una pitón. Durante lo del Y2K hizo una fortuna escribiendo código para proteger sistemas. Con la información de Kelli, y Promis como sistema de recogida, podría crear un gusano COBOL que se introduciría en cada cuenta y transferiría electrónicamente los fondos a través de una matriz tan compleja que ni siquiera Magellan [35] podría encontrar el camino de vuelta a casa. Una vez descargado en el Banco Comercial Nacional de Arabia Saudí, seremos capaces de...

—Guau... ¿eso tiene que ser descargado en un banco saudí?

—Es el punto de inserción perfecto. El BCN es el mayor banco de Oriente Medio. Casi todo el dinero sucio se origina o pasa a través de él en su camino a otra institución financiera. Es el centro neurálgico de casi todas las transacciones de Al-

Qaeda financiadas por los príncipes saudíes, y estamos hablando de centenares de billones. Carga el gusano, y fluiría hacia delante como un big-bang... Como un millón de tentáculos. Llegará casi a un millón de instituciones financieras, y nosotros retiraremos cada sucio dólar... al final.

—¿Al final?

—Una vez más, es necesaria una progresión constante. Sólo lo suficiente para mantener a los auditores ocupados sin alertar a los federales.

—¿Cómo planeas entrar en el banco saudí y cargar el gusano?

—Eso es cosa tuya, señor quaterback, no mía.

—¿Esperas que entre en la mayor institución financiera de Arabia Saudí, que me acerque a un ordenador y que cargue un programa?

—Es nuestra única opción real. Quizá tu señora iba a hacer eso ella misma, no lo sé. Necesitarás al menos veinte minutos en el terminal... treinta como mucho. Una vez que el gusano esté en el sistema, no habrá quien lo detenga. Todo lo demás será cuestión de tiempo, el dinero americano se quedará en Estados Unidos, y las inversiones extranjeras permanecerán en el extranjero. De ese modo no comenzaremos colapsando la economía... excepto, por supuesto, en el caso de los estados que patrocinan el terrorismo. En esos casos, tiraremos de la cisterna y los veremos desaparecer por el retrete como si fueran zurullos.

—¿Qué hay para ti?

—Kelli me asignó quince millones de dólares, pero mi socio y yo esperamos el triple de esa tarifa, o no hay trato.

—¿Cuarenta y cinco millones? ¿Por un trabajo de programación?

—¿Tienes idea de lo que conlleva esto? Estamos hablando de decenas de miles de horas de trabajo. Necesito poner en marcha toda una organización, una empresa legal o un grupo de expertos informáticos ilegales en los que se pueda confiar, sin darles ninguna pista de lo que están haciendo en realidad. Pero la recompensa tiene que justificar el riesgo, y el riesgo es la muerte. Una vez que los poderes fácticos descubran que están siendo sistemáticamente robados, vendrán a por nosotros.

—¿Y qué pasa con el dinero para empezar? Necesitarás alquilar algún sitio, comprar ordenadores... Seguramente podría conseguirte veinte de los grandes.

—Mira, tío, de eso es de lo que estoy hablando. Saca algo más de un par de cientos de dólares de tu cuenta, y los federales caerán sobre tu culo. No, el dinero que usaremos está ya en una caja de seguridad, escondida debajo de las baldosas bajo tu secadora. La combinación es el día del mes en el que tú, Leigh y Sammy nacisteis, en orden cronológico.

Ace mira a Keene, estupefacto.

—Kelli me lo contó el día que me pusieron en libertad. No dijo cuánto había, y yo sabía que no tenía que preguntar, pero, obviamente, llevaba planeando esto mucho

tiempo.

—Obviamente.

—Entonces, ¿a dónde va a ir a parar todo ese dinero ensangrentado, Robin Hood? ¿Tienes una lista?

Ace busca en el interior de su bolsillo, saca un diskette y se lo entrega a Keene.

—Los primeros setecientos millones tienen que ser repartidos en una serie de quinientas veintisiete cuentas accesibles sólo por la prima de Kelli, Jennifer. La siguiente remesa se invertirá en empresas de energía alternativa. Después de eso, en programas educativos y organizaciones benéficas de todo el mundo. He destinado cuatro mil millones para la Fundación contra el Cáncer Lance Armstrong.

—Joder. Eso va a comprarte un montón de pulseritas, ¿eh?

—Eso solía cabrear mucho a Kelli, incluso antes de ponerse enferma, que el Pentágono gastara setenta mil millones de cada presupuesto en Irak, mientras cientos de miles de americanos morían cada año de cáncer. Centavos para la gente, dólares para la guerra.

—Esto va a ser una puta Navidad.

—La Fundación de Familiares del 11-S se lleva un buen ingreso, así como los grupos de Emergencias y el programa de Servicios al Veterano.

—Estoy seguro de que la familia de Mark apreciara el gesto.

—Verás otro nombre familiar más en la lista. He dispuesto cinco millones en una cuenta a nombre de Mitch Wagner. Asegúrate de que consigue los fondos sin problemas.

—¿Wagner? Wags, ¿nuestro viejo placaje izquierdo? ¿Por qué?

—Wags no lo sabe todavía, pero él y su esposa van a acoger a mis hijos.

—Oh. —Por primera vez, Keene siente el peso de la conversación.

Pasan junto al poste de kilometraje 26, y otra señal que indica ocho kilómetros hasta la estación de servicio Frank S. Farley.

—Ace, hay algo más. Kelli te dejó un mensaje codificado.

—¿Qué tipo de mensaje? ¿Qué decía?

—Era un mapa, de algún lugar de Canadá. Insistió mucho en que fueras allí.

—¿Ir a Canadá? ¿Para qué?

—Quería que encontraras a alguien llamado Casper.

—¿Casper? Es una broma, ¿verdad?

—No lo creo. Usó la expresión: «Por las almas de nuestros hijos».

—Eso es una locura. Tengo a Seguridad Nacional pegada al culo. ¿Cómo espera que cruce la frontera sin que me atrapen?

—Ella, bueno, te dejó un pasaporte falso y un carné de conducir. Yo lo imprimí y plastifiqué... Stephen.

—¿Stephen?

—Stephen Murphy. Ésa es tu nueva identidad. Eres un canadiense que vive en Melbourne, Australia, y te dedicas al negocio de la seguridad de los sistemas de gas.  
—Keene busca en el bolsillo de sus pantalones y saca una bolsa de plástico que contiene los dos documentos—. Tu esposa era increíble, ¿eh?

—Increíble.

Ace sigue el carril izquierdo hasta la estación de servicio.

—K. J., cuento contigo. Si hacemos esto, no puedes joderla.

—Ey, tío, estoy limpio.

—No lo estabas contra Tennessee.

—¡No me jodas! Eso fue un mal pase, y aun así golpeé el poste de gol desde cuarenta y ocho yardas. ¿Y quién demonios eres tú para hablar, Señor Tres Intercepciones Y Un Fumble En La Orange Bowl? Preocúpate por cómo te las vas a apañar para entrar en ese banco saudí.

Ace aparca. Los dos antiguos compañeros de equipo salen del coche sin despedidas informales, interpretando su papel para posibles ojos entrometidos. Keene se dirige a la gasolinera y Ace camina hacia el edificio principal para usar el baño.

Hay una multitud reunida alrededor de una televisión, y sus expresiones aturridas lo dicen todo.

—Una vez más, por si acaban de unirse a nosotros, el presidente Barack Obama ha sido ingresado en un hospital de Indiana después de sufrir lo que los doctores creen que ha sido una apoplejía. El presidente continúa en coma. El vicepresidente se dirigirá a la nación esta tarde.

Ace mira fijamente la pantalla, mientras la sangre abandona su rostro.

«Esos bastardos... ya ha comenzado.»

---

«Desearía que el mundo árabe entrara en el mundo del uso pacífico de la energía nuclear a toda velocidad.»

Amr Moussa, líder de la Liga Árabe, 29 de marzo de 2006.

«Hoy, un importante objetivo de las fuerzas defensivas de la República Islámica de Irán se ha llevado a cabo con las exitosas pruebas de lanzamiento de un nuevo misil con mayor capacidad técnica y táctica que los producidos previamente.»

General Hossein Salami, Jefe de las Fuerzas Aéreas y de la Guardia Revolucionaria de Élite de Irán,

comentando la prueba de lanzamiento de un nuevo misil multicabeza no detectable por radar, capaz de alcanzar las bases de Israel y Estados Unidos en Oriente Medio.



1 de abril de 2006.

«El mundo ahora es muy diferente. Los hombres tienen en sus manos mortales el poder para abolir todas las formas de pobreza humana, y todas las formas de vida humana.»

Presidente John F. Kennedy.

## Capítulo 25

MONTAUK, NUEVA YORK

6 de mayo de 2012

11:51 P.M. EST

Ace conduce el Corvette a través de las oscuras calles de su vecindario. Gira a la izquierda y su pulso se acelera cuando ve el sedan negro aparcado frente a su casa.

«Mierda... deben haber pillado a K.J. ¿Y si hicieron un trato con él? Me traiciona y se marcha. El tipo está en libertad condicional, ¡no debería haber confiado en él!»

Aminora la velocidad y sigue conduciendo por el lado izquierdo de la calle. Baja su ventanilla y coloca la bolsa de plástico que contiene el pasaporte y el carné de conducir falso en su mano izquierda. Se acerca al buzón de un vecino, lo abre y mete la bosa en el interior, todo eso sin frenar.

Vira bruscamente alrededor del sedan y aparca en la entrada de su casa. Las luces de su coche ciegan momentáneamente al director de la CIA, que está ya aproximándose desde el camino de piedra que conduce a la puerta delantera de los Futrell.

La mente de Ace vuelve a un recuerdo lejano... Kelli enseñándole cosas sobre expresiones faciales, lenguaje corporal y contacto visual.

«La posición de la cabeza es muy importante. No la inclines, y no levantes la barbilla. Mira directamente a tu interrogador, sin apartar nunca la mirada, te diga lo que te diga.»

Mantiene las luces encendidas un momento más, sólo para molestar a David Schall, y después sale del coche deportivo. Levanta la mirada y ve a Jennifer observando desde detrás de la cortina de una ventana de la planta de arriba.

—Director Schall, ¿es que usted nunca duerme?

—¿Dónde has estado hoy, Ace?

—En la marcha del orgullo gay, en un mitin comunista... lo de siempre.

—¡Responde a la pregunta!

Ace le devuelve la mirada.

—En Atlantic City. Hay una tienda de submarinos en Arctic Avenue. Le gustaría. Se llama la Casa Blanca. A diferencia de la de Washington, estos tipos realmente hacen un gran servicio público.

—¿Espera que crea que ha cogido el coche de su amigo para una excursión de seis horas sólo para comprar un sándwich?

—De lomo con queso, y son los mejores del planeta. Reciben panecillos recién horneados cada hora desde una panadería cercana. —Ace busca por la ventanilla abierta del asiento del pasajero y saca una pesada bolsa de papel. Media docena de

submarinos de sesenta centímetros y sándwiches de lomo sobresalen por la parte de arriba—. Te ofrecería uno, pero la verdad es que no me caes bien.

—Cogiste el coche de Gordon.

—¿Todavía están rastreando mi ubicación? Pensaba que teníamos un trato. —Ace se acerca, mirando a Schall directamente a los ojos—. No es que sea asunto tuyo, pero Jeff tenía que entretener a un importante cliente y no quería coger el coche de su mujer, así que le presté el mío.

—Estás jugando a un juego peligroso.

—¿Juego? ¿Qué juego? Hice tu recado y casi me matan. Para mi sorpresa, resultó que en Arabia Saudí queda un montón de petróleo. Quién sabe, quizá comience a trabajar para Saudi Aramco.

—¿Cómo te las arreglaste para cruzar sesenta millas de desierto?

—No lo hice. El helicóptero se estrelló. Lo siguiente que sé es que estaba en un hospital de Dubai. Obviamente, alguien me sacó de entre los restos. Suponía que había sido uno de tus chicos.

—¿Ramzi Karim?

—¿Quién?

«Clava los ojos, no apartes la mirada.»

—Mientes muy mal, Ace. Karim es un ex agente de la CIA que está causando un montón de problemas en el Golfo Pérsico. Por ahora, sabemos que era amigo de tu mujer. Amigo íntimo. Del tipo de amigo con el que se pasa la noche, o eso he oído.

—Que te jodan, a ti y a tus juegucitos. —Ace lo aparta a un lado y se dirige a la casa.

—Encontraron al piloto del Apache, Ace. Estaba muerto. Un único disparo en el corazón.

Ace se detiene.

—Te estás metiendo en terrenos pantanosos, amigo. Estoy dándote un consejo gratis. Sé listo y tómallo. Encuentra otro trabajo, cuida a tus hijos y apártate de este embrollo antes de que alguien que te importe salga herido.

Ace se traga la bilis que sube por su garganta. Permanece en silencio mientras la adrenalina atraviesa su cuerpo, provocando que todos y cada uno de sus nervios y músculos tiemblen. Se niega a moverse, y espera en silencio mientras el sedan sale de su camino y se aleja.

CARBONDALE, ILLINOIS

7 de mayo de 2012

10 :12 A.M. CST

Elliot Green conduce lentamente hasta pasar la casa del profesor Bi y aparca su

Subaru a dos casas de la residencia en la que ha vivido durante los últimos seis meses. Sale del coche, se quita su chaqueta deportiva y se la tiende a su esposa.

—Sólo será un minuto.

—Elliot, si llegamos tarde a la ceremonia, mi hermana no volverá a hablarme en la vida, y eso te convertirá en hombre muerto. —Carol Green inclina el espejo retrovisor hacia ella y se aplica una nueva capa de carmín.

—Era el cuchillo del Ejército Suizo de mi abuelo. No puedo dejarlo ahí. Además, conozco la rutina de ese tipo. No volverá a casa hasta dentro de varias horas.

Green camina apresuradamente hasta pasar la casa del vecino, y entonces corta por el patio delantero de la casa de vigilancia. Llama a la puerta varias veces. Espera. Mira la casa de Eric Bi, al otro lado de la calle.

«Algo es distinto.»

Llama a la puerta de nuevo. En ese momento localiza las llaves de repuesto bajo la maceta y entra en la casa.

—¿Hola? —No hay respuesta.

«¿Estará durmiendo?»

Se apresura escaleras arriba hasta la habitación principal. La puerta del dormitorio está abierta. La cama, ropa blanca... nada de equipamiento de vigilancia... ¡Todo ha desaparecido!

Baja las escaleras corriendo y sale por la puerta delantera. Esquiva un coche mientras cruza la calle corriendo hasta el garaje del profesor Bi. Mira por la ventana.

No hay coches. No hay herramientas. ¡Vacío!

Maldiciendo en voz alta, cruza el camino hasta la puerta lateral que conduce a la cocina. Echa un vistazo al interior y no ve nada.

Camina rápidamente de vuelta a su coche, abre la puerta del lado de su mujer y busca en la guantera.

—Elliot, ¿qué estás haciendo?

—Quédate aquí. —Una búsqueda rápida y encuentra lo que busca... una larga y delgada pieza de metal que se curva al final como un instrumento de dentista. Localiza el destornillador de cabeza plana y se lo mete en el bolsillo. Coge su arma.

—¡Elliot, no hagas esto! ¡Recuerda lo que pasó hace seis años!

Ignora a su mujer y cruza la calle corriendo, con su camisa de vestir ya empapada en sudor. Prueba la puerta de la cocina, verifica que está cerrada, y entonces inserta el destornillador en la cerradura. Gira y suelta la tapadera de la cerradura, abriendo un ligero hueco que le permite acceder con la ganzúa. Suavemente, tantea el camino, empujando y levantando cada par de clavijas, y escuchando hasta oír el familiar click de la clavija superior cuando encaja en su lugar y abre la cerradura.

Green entra, con el arma preparada,

—¿Hola?

Se mueve de habitación vacía a habitación vacía, con el pulso cada vez más acelerado.

La puerta delantera se abre, y Green da la bienvenida al cegador baño de luz con el cañón de su revolver.

—¡Alto!

—¡Ahh! —Sorprendida, Denice Webb, «Daisy», derrama un poco de café Starbucks hirviendo sobre su brazo desnudo, añadiendo intensidad adicional a su ya ensordecedor grito.

—¿Dónde está Bi?

—¡No dispare!

—El profesor Bi, el tipo que vive aquí. ¿Dónde está?

—Le juro que no lo sé. Mi marido, Ken... compró esta casa a un agente inmobiliario hace una semana. Por favor, señor...

«Vendió la casa... ¡Bi se ha ido! La has cagado, imbécil.»

Green se golpea a sí mismo la frente y baja el arma. Mira alrededor.

—Vale, ese agente inmobiliario, ¿dónde puedo...?

Grita cuando el café caliente le golpea la cara. Green tira el arma, retorciéndose de dolor, y entonces levanta la mirada a tiempo para ver a la medio italiana, medio india choctaw, cargando contra él como un rinoceronte malencarado de noventa kilos.

—¡FBI! ¡Soy del FBI! —Busca su tarjeta de identificación y se cubre mientras la furiosa mujer le propina varios golpes en el cuerpo y un rodillazo en la cara.

## FLAGSTAFF, ARIZONA

Ubicada en una elevación de dos mil kilómetros, Flagstaff, en el norte de Arizona, es un pequeño pueblo rodeado de desierto, acunado entre los bosques de pino ponderosa y las cimas nevadas del área volcánica de San Francisco. En el centro del pueblo está el Flagstaff histórico, un área de galerías de arte y restaurantes, tabernas y tiendas, popularizada por el flujo anual de turistas. La mayor parte del año la población se asienta entre las fronteras de las interestatales 17 y 40, esta última comúnmente conocida como Ruta Histórica 66.

El edificio de cemento está ubicado en la zona este de Flagstaff, no lejos del Econolodge, de General Motors y de media docena de establecimientos de comida rápida. El edificio fue recientemente cedido a una firma privada de Tampa, Florida, aunque uno difícilmente se daría cuenta de esto, debido a su fachada entablonada y a las señales de «Prohibido el paso».

Un único vehículo ocupa el aparcamiento... una caravana blanca que ha sido aparcada por allí casi cada día durante la última semana. El letrero identifica a la empresa del propietario como Calefacción y Aire Acondicionado Smith. El

trabajador, un hombre asiático de unos sesenta años, ha sido visto entrando y saliendo del edificio, recogiendo ocasionalmente comida para llevar de los restaurantes locales. La única señal visible de un inquilino preparándose para mudarse son las nuevas cámaras de seguridad montadas sobre las dos entradas cerradas.

El profesor Eric Bi está dentro, trabajando en el interior de un hueco con un traje antirradiactivo. El techo del hueco, que anteriormente había contenido un ascensor, ha sido sellado en su planta baja con una lámina de plomo de quince centímetros de espesor. Dos deshumidificadores están conectados al fondo del hueco, absorbiendo la humedad del frío aire. El maletero de un Buick Electra de 1967 ha sido recubierto de plomo y reconvertido en una caja de almacenaje.

En un banco de trabajo situado delante del físico nuclear hay un cubo de plexiglás de noventa centímetros con unos guantes de goma añadidos. Colgada justo sobre este cubo hay una esfera de diez kilogramos, aproximadamente del tamaño de un pomelo grande. Durante los siguientes meses, el profesor Bi usará sus herramientas para dar forma y pulir esa bola de uranio enriquecido 235 y su gemela, preparando el material fisible para su destino final entre el resto de componentes de la bomba Atómica Especial de Munición y Demolición Mk-54... que sin duda estará incluida en el oscuro capítulo de la historia del hombre moderno.

VERANO

2012

---

«Mientras los detalles del plan del 11-S no queden totalmente al descubierto, no podremos determinar si Moussaoui tiene suficientes conocimientos sobre los 747-400 para intentar realizar un ataque con ese tipo de avión.»

Harry M. Samit, agente del FBI de Minnesota,  
pidiéndole inútilmente a su supervisor que actúe con celeridad  
respecto a Zacarias Moussaoui,  
uno de los planificadores de los ataques terroristas  
del 11 de septiembre de 2001.

«El agente especial Supervisor del FBI Michael Maltbie, quien extrajo información esencial a la solicitud de la orden de búsqueda del FBI de Minnesota, ha sido ascendido a supervisor de campo.»

SALON, 3 de marzo de 2003.

«Pasquale D'Amuro, el jefe de la unidad contraterrorista de la ciudad de Nueva

York antes del 11-S, ha sido ascendido al puesto más importante de la oficina de contraterrorismo.»

TIME Magazine, 30 de diciembre del año 2002.

## Capítulo 26

LAGO GEORGE, NUEVA YORK

6 de agosto de 2012

11:51 P.M. EST

El lago George, una vía fluvial de unos cincuenta kilómetros de largo sita en la parte nororiental del estado de Nueva York, se creó al final de la última era glacial, cuando los depósitos de hielo condenaron dos ríos que fluían de norte a sur desde el Valle Adirondack.

Diez mil años después, este Rey de los Lagos Americanos serviría de punto estratégico en las batallas entre los algonquin y los iroquois, los franceses y los indios, y los ingleses y los colonialistas durante la revolución americana. Allí donde se vertió sangre una vez, ahora familias al completo disfrutaban de las sendas de excursionismo, los museos, las playas, los parques acuáticos y el alquiler de embarcaciones.

Ace y Kelli habían estado llevando a sus hijos al lago George desde que Leigh era una niña. La visita del último verano se había visto interrumpida por el tratamiento de radioterapia de Kelli. Ahora, tras la marcha de su esposa, Ace había dudado sobre si debían volver al lago, preocupado por si Leigh y Sam sobrellevarían bien las primeras vacaciones familiares sin su madre. Al final optó por ir, pero decidió alquilar una cabaña en la orilla, en lugar de la que solían alquilar en una de las doscientas cuarenta y cinco islas que plagaban el lago. Leigh le había pedido a su padre permiso para llevar a una amiga, pero Ace no se lo dio, y en lugar de eso optó por invitar a sus suegros.

Por supuesto, Ace ya había sopesado la posibilidad de incluirlos en sus planes semanas antes. Convencidos de que Ace había perdido sus facultades tras el asesinato de su hija, era todo lo que podían hacer para intentar arreglar la situación, en lugar de contratar a un abogado con el fin de reclamar la custodia de sus nietos. Jennifer había presionado para convencerlos de que lo mejor era que todos se llevaran bien, y al final accedieron, pero tan sólo por los niños, y por la posibilidad de que realmente su yerno hubiera perdido la cabeza.

En cuanto a Jennifer, de repente cambió su parecer respecto a las teorías conspirativas de Ace. Llegó a la conclusión de que tenían bastante que ver con las insinuaciones que había sobre los recientes problemas de salud de Barack Obama, los cuales habían dejado al presidente en una condición anímica estable, pero grave. Fuentes confidenciales habían revelado que, discretamente, se habían realizado varios cambios muy sutiles en la seguridad de la zona residencial de la Casa Blanca. Cambios entre los que se incluía la contratación de personal farmacéutico para



supervisar la medicación que tomaba el presidente para su tensión sanguínea.

Con un largo periodo de recuperación por delante, la primera dama decidió que su marido no podía afrontar un segundo mandato. Así, el vicepresidente Biden dirigía ahora la nación. Después de una semana de deliberaciones, la secretaria de estado, Hillary Clinton, rechazó la oferta de ocupar la vicepresidencia del partido. Competiría con Biden durante la Convención Democrática Nacional.

En el bando republicano, Ellis Prescott, ex-gobernador de Florida, se había asegurado la candidatura con sus promesas de reducir el déficit y recortar los gastos del gobierno a la mitad mientras se restauraba la seguridad nacional. También tenía planeado dejar los santuarios naturales en manos de las compañías petroleras.

Mientras tanto, el senador Edward Mulligan, del estado de Pensilvania, había aceptado la candidatura por el Partido Verde. Con el presidente Obama obligado a abandonar la carrera, se realizó un esfuerzo de base con el objetivo de conseguir ser el tercer partido candidato en las elecciones de los cincuenta estados. Sin embargo, carecía de los medios financieros necesarios para ser un desafío serio, pocos expertos creyeron en la posibilidad de que igualara el record de votos de Ross Perot en el 92.

\* \* \*

Éste era el final de otro ajetreado día en el lago George, el noveno que llevaban en la cabaña, y la molestia que Ace Futrell había estado sintiendo en su garganta durante la última semana estaba empeorando. Ya fuera durante los ratos de pesca en el bote o durante el viaje en globo de tres horas que había hecho esa tarde, le estaba costando verdaderos esfuerzos contener sus emociones en presencia de sus hijos. Incluso hubo un momento en el que Leigh se dio cuenta de que su padre se estaba desmoronando, pero él supo disimularlo contando una anécdota sobre la primera visita de la familia al lago.

Aquella noche habían cocinado las capturas del día: truchas frescas, seguidas por unas cuantas moras tostadas al fuego de la hoguera. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ace cuando abrazó a sus hijos y les deseó buenas noches. Luego se retiró a leer mientras ellos se dormían en el interior de la cabaña.

Ahora, justo cuando dan las once de la noche, el lugar está tranquilo y en silencio. Pero Ace se siente al borde de un precipicio mental. Las circunstancias, más allá de su control, parecen obligarle a tomar una decisión que posiblemente le impedirá ver a sus hijos de nuevo.

A pesar de que el tic-tac del reloj de pared parece estar exigiéndole esa decisión final, él continúa debatiendo el tema internamente, incluso cuando saca sus zapatillas deportivas al porche, donde Bruce y Sharon están esperándole. Su suegra le da un frío abrazo antes de volver dentro.

Bruce espera en las escaleras del porche mientras Ace se pone las zapatillas.

—He aparcado la furgoneta que he alquilado a un lado del camino, como me pediste. Tu equipaje está en la parte de atrás.

—Gracias. Dejad que los niños duerman un par de horas antes de despertarlos. Aseguraos de que lean la carta, y lo del dinero. Tal y como acordamos, Jen os contará el resto cuando las cosas estén más seguras. Y en lo que respecta a mi amigo, simplemente decidles que es un primo segundo mío. Dadle tres horas, y después tú y Sharon desapareced, y con eso quiero decir que desaparezcáis de verdad. Id a algún lugar en el que nunca hayáis estado, ni mencionado. Mandaos las tarjetas de crédito y los permisos de conducir a la consigna postal que os dije. Una vez salgáis a la carretera, usad tan sólo los nuevos carnés de identidad que os he dado, y...

—... y nada de correos electrónicos o llamadas, ya lo sabemos. ¿Puedes al menos darnos una pista de a dónde vas?

—No. Si todo sale bien, estaré de vuelta en diez días, pero si algo sale mal...

—¿Qué es lo que puede salir mal? —dice Leigh, que aparece envuelta en un albornoz, justo detrás de la puerta de celosía del porche.

La abre, haciendo rechinar las bisagras, y sale fuera.

—Papá, ¿vas a algún lado?

Ace siente que un sudor frío empapa todo su cuerpo.

—Cariño, tan sólo es un viaje de negocios.

—¿Te vas ahora, de repente, en mitad de la noche, sin despedirte? ¿A dónde vas?

—Shhh, vas a despertar a tu hermano. Ahora no puedo explicártelo, pero...

—Dijiste que las cosas podían salir mal. ¿Qué es lo que puede salir mal? ¿Por eso has estado tan raro estos días?

Bruce le pasa un brazo por encima y le dice:

—La abuela y yo os lo explicaremos todo, vuelve dentro y...

—¡No! —contesta ella, apartándose de un empujón—. Papá, me estás asustando. ¿Dónde vas? Y no me mientas. ¿Tiene todo esto algo que ver con lo que le pasó a mamá?

—Ven aquí —le dice él a su hija mientras la abraza. Las palabras le queman la garganta—. Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo? Hay cosas que es mejor que no sepas. El abuelo te contará lo que pueda. Quiero que escuches atentamente lo que te tiene que decir.

La chica ha empezado a llorar; teme no volver a ver a su padre de nuevo.

—Vas a volver, ¿no? No nos irás a dejar, ¿verdad?

—Volveré Leigh, te lo prometo —le contesta él, abrazándola y besándola en la mejilla—. Cuida de Sammy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dice ella, abrazándole de nuevo, para luego irse a toda velocidad dentro de la cabaña.

Bruce aprieta el hombro de Ace.

—Estarán bien. Tú haz lo que debas hacer.

Los dos hombres se terminan abrazando. Después Ace sale del porche para desaparecer en el bosque, cubierto por la oscuridad de la noche.

ELSMERE, DELAWARE

7 de agosto de 2012

9:08 A.M.

Jennifer conduce un coche que acaba de alquilar en el aeropuerto de Filadelfia. Sigue las señales que le conducen rumbo sur hacia la interestatal 95.

Por petición propia, la entrevista ha sido acordada en un lugar apartado, lejos de los encuestadores, voluntarios y, sobre todo, de los siempre vigilantes ojos de la prensa. Después de un viaje de cuarenta minutos hacia Delaware, sale por la carretera 141 en Elsmere. A continuación se dirige hacia el norte a través de Kirkwood mientras busca un edificio con toldos azules. Cinco minutos después ha llegado. Aparca en un parking privado perteneciente a los bufetes de Doroshow, Pasquale, Krawitz y Bhaya.

El edificio tiene al menos medio siglo de antigüedad. Está reformado como edificio de oficinas. Jennifer entra, da su nombre en recepción y se sienta en la sala de espera, junto a una vieja chimenea.

—¿Señora Wiener? —le dice un gentil caballero de acento italiano, con la más cálida de sus sonrisas—. Soy Bob Pasquale. ¿Ha tenido muchos problemas para dar con el sitio?

—No —le contesta ella, estrechándole la mano.

—Elsmere es un pueblo muy pequeño. Nuestros clientes prefieren ir a nuestras oficinas del centro de Wilmington. Si me sigue, nos encontraremos con los demás subiendo estas escaleras.

El socio fundador de la firma de abogados la conduce hasta la segunda planta, donde se encuentran con dos agentes de los servicios secretos vestidos de negro. Uno registra sus pertenencias mientras el otro la inspecciona con un sofisticado detector de metales. Cuando están satisfechos, le permiten entrar en las oficinas privadas de Robert Pasquale.

El senador Edward R. Mulligan, candidato por el Partido Verde a la presidencia de los Estados Unidos, está sentado en el sofá de cuero, con la corbata desanudada y las mangas de la camisa recogidas hasta el codo. Está escuchando a un hombre bastante alto, con la cabeza afeitada, perilla y un acento de Georgia que casi le aseguraba el voto de los baptistas del sur. A su lado, dos trajeados más y una mujer, la única mujer, que finge interés mientras termina los restos del desayuno.

Esta mujer, Suzie Perlman, esboza una enorme sonrisa cuando ve entrar a Jennifer

en la oficina.

—¡Aleluya! ¡Ha llegado la caballería! Senador Mulligan, ésta es Jennifer Wiener, aunque nosotros siempre la hemos llamado Sundance.

El senador se levanta para estrecharle la mano.

—Gracias por volar hasta aquí. Éste es nuestro jefe de campaña, Silas T. Whitener —dice, presentándole al hombre calvo. Éste estrecha su mano, tal vez con demasiada fuerza—. César Díaz, nuestro director regional.

—Sí, nos conocimos en la convención del 2008.

—Mi jefe de personal, Aaron Coombs —dice, presentándole a otro hombre corpulento, mucho más amable a la hora de dar la mano—. A nuestra chica, Suzie, ya la conoce, ¿no?

—El hecho de que nos llamara nos sorprendió un poco, si hemos de serle sinceros —dice Whitener al mismo tiempo que le ofrece una silla vacía—. No estoy seguro de en qué puede ayudarnos, pero estaremos más que felices de escucharla.

El senador Mulligan reprende ese comentario con una mirada.

—Lo que Silas quiere decir es que nos sentimos bastante optimistas después de las últimas encuestas. Por primera vez, las grandes cadenas han aceptado retransmitir nuestra convención.

—Las últimas encuestas les dan un veintidós por ciento.

—Lo cual no está nada mal —contesta como un resorte Whitener—. Una buena actuación en la convención haría...

—Haría que siguieran siendo los terceros. Prescott y Clinton tienen un arsenal diez veces más grande que el suyo. Afróntenlo, su campaña va a trompicones. A menos que tengan algún as en la manga al que acudir en los próximos meses, su carrera habrá terminado antes de noviembre.

Whitener intenta replicar, pero Mulligan lo acalla con un gesto.

—Veamos las cosas con perspectiva, señora Weiner. Estamos haciendo esta carrera como grupo independiente.

—Entonces será mejor que se pongan mejores metas, porque yo, si juego, es para ganar. Estoy aquí porque van a empezar a introducirse en unas aguas geopolíticas muy tumultuosas, y los Neocons [36] prefieren la fuerza donde lo que se necesita es tacto. América necesita dirigir al mundo occidental hacia un nuevo rumbo. La pregunta es si ustedes van a tener las agallas de sostener el timón.

—La escucho.

—La razón por la que tienen pocas posibilidades más que una bola de nieve en el infierno es porque hacer una coalición con los demócratas es una idea peor que la de intentar adiestrar a una mofeta. América eligió a Barack Obama porque vieron que era un hombre con visión. Desafortunadamente, cuando se precisaron cambios radicales, tuvimos que acudir a los republicanos moderados. Para que pueda ganar,

tiene que llevar un nuevo mensaje de esperanza al pueblo americano, y ese mensaje no es conseguir más pozos petrolíferos. Cuando le pregunten por Irak, usted les dirá que fuimos allí a por petróleo, pero que, puesto que no necesitamos más petróleo, nuestro chicos y chicas podrán volver a casa, y que cualquiera que se niegue a la idea de que nuestros hijos vuelvan a casa, no es ni patriota ni padre. Cada vez que las Ratas le atosiguen con preguntas sobre Dios, gays o lanzagranadas, repetirá esta frase exactamente: «Estas elecciones son demasiado importantes para el futuro de nuestra nación como para quedarnos atascados en esa montaña de mierda de caballo republicana».

El senador Mulligan mira a su alrededor en busca de opiniones.

—¿Mierda? ¿De verdad quiere que use esa palabra?

—Sí, exactamente.

Cesar Díaz sacude su cabeza negativamente.

—Perderá el apoyo cristiano.

—Nunca han tenido el apoyo cristiano. Deje que el público americano le vea como el tío sensato que es usted, no el pusilánime que estos quiero-y-no-puedo han hecho de usted. Abra su mente, pero mantenga el mensaje. Cuando le pregunten sobre Kyoto, les dirá que firmaremos, incluso si China no lo hace. Así dejaremos a China aislada. Tragarán, se lo aseguro. En sus grandes ciudades apenas se puede respirar. Cuando los periodistas le arrinconen con el tema del aborto, mírelos fijamente a los ojos y dígalos: «Estoy a favor de despenalizar el aborto, pero sólo si empezamos también a trabajar para que nuestros adolescentes reciban una mejor educación sexual, advirtiéndoles de los peligros del sexo sin protección». Cuando le pregunten sobre la guerra contra el terror, vuelva al mensaje energético, hable de cómo América es una adicta a los combustibles fósiles, una adicción alimentada por los arribistas del petróleo, gente como Ellis Prescott y su compañero de tropelías, los cuales han ayudado a que nuestra política exterior quede totalmente encadenada. El mensaje que debe enviar es sencillo: Hay que acabar con la adicción. Crearemos un programa de doce pasos para desintoxicarnos. Al decimotercer paso llevaremos a nuestro país de vuelta a donde estaba antes de la aparición de los arribistas y los políticos autocomplacientes. Repetirá eso cada día en cada entrevista, en cada debate, y así, y sólo así, llegará a la Casa Blanca.

Suzie Perlman aplaude las palabras de Jennifer con fuerza.

Sin embargo, César Díaz no parece tan entusiasmado.

—¿Y el dinero?

—Llegará.

—¿Cómo?

—Conozco a un montón de bobos ricachones que están temerosos de ver a Dick Cheney rondando de nuevo el Ala Oeste [37]. Lo cual nos lleva al último punto, que

supone una ruptura grave del trato. Vamos a tener que deshacernos de los Neocons. Cada vez que Prescott saque el tema de la seguridad nacional, usted debe atacar, preguntándole a su vez por qué la parte radical parece querer otro 11-S. De hecho, debe hacer preguntas también sobre el informe oficial del 11-S, y antes de que tengan tiempo de responderle, diga que, como presidente, lo primero que hará será formar una nueva comisión de investigación.

Jennifer echa un vistazo a su alrededor. Los hombres parecen totalmente perdidos, pero Suzie está sonriendo entre dientes.

—Bobos ricachones, ¿eh?

—Con unas carteras muy grandes, y un montón de amigos.

El senador Mulligan sonríe.

—¿Cuándo puede ponerse manos a la obra?

---

«Aquellos que esperen cosechar la bendición de la libertad deben, como hombres, padecer la fatiga de soportarla.»

Thomas Paine.

«Se encontraron las cajas negras de los aviones en la Zona Cero, de acuerdo con las declaraciones de los dos primeros entrevistados y la de un oficial del JNST (Junta Nacional de Seguridad de Transporte), pero éstas "desaparecieron" mágicamente, y su existencia fue negada por el Informe de la Comisión de Investigación del 11-S. Los oficiales de los Estados Unidos destruían u omitían evidencias (como esas cintas grabadas por los controladores de tráfico aéreo que controlaban los vuelos de Nueva York).

Los informantes (como Colleen Rowley, Sibel Edmonds y el teniente coronel Anthony Shaffer) fueron silenciados, intimidados, amenazados o sancionados, mandando así una clara señal a otros que pudieran estar decidiendo si dar a conocer lo que sabían o no. Los oficiales que "olvidaron" fueron ascendidos (como Myers y Eberhard, así como Frasca, Maltbie y Bowman, en el FBI). Las familias del 11-S que aceptaran la compensación a las víctimas no podían iniciar ningún tipo de litigio con la intención de hacer nuevos descubrimientos. Aquellos que no aceptaron la ayuda y quisieron llegar a la verdad a través de vías judiciales vieron que sus casos quedaban consolidados bajo un mismo juez (el Juez Hallerstein) para ser sobreseídos.»

911truth.org

# Capítulo 27

TERRANOVA/HOPEDOLE

7 de agosto de 2012

Había sido una noche muy larga.

A base de hacer de tripas corazón y de fuerza de voluntad, Ace había dejado atrás a sus hijos. Tan sólo la incertidumbre de no saber si volvería a verlos de nuevo superaba el temor que sentía hacia lo que le esperaba. Sumido en sus emociones, no tardó mucho en perderse, una vez que las luces de la cabaña quedaron cubiertas por la densidad y la oscuridad del bosque. Finalmente, logró encontrar un camino, pero no era el correcto, y al seguirlo se apartó aproximadamente medio kilómetro del camino principal, lugar donde su suegro había dejado la furgoneta alquilada. Para cuando localizó el vehículo y pudo dejar las inmediaciones del complejo por la interestatal 87, era casi la una de la mañana.

Condujo en silencio durante muchas horas, viajando hacia el norte por la autopista Adirondack, con la frontera canadiense siempre presente en algún lugar más adelante.

A veces el enfado por la situación en la que se encontraba se hacía insoportable, y su cuerpo se convulsionaba de ira mientras golpeaba con el puño contra el volante. Se obligó a controlarse cuando llegó a la frontera canadiense. Allí enseñó su carné de conducir falso y luego salió del coche para que los guardias fronterizos pudieran hacer un registro del vehículo, utilizando espejos sujetos a una varilla para mirar por debajo del chasis.

Después de contestar algunas preguntas de seguridad, se le permitió seguir a través de la aduana hacia la autovía 15 de Quebec, por la que continuó conduciendo hacia el norte, en dirección a Montreal.

Finalmente llegó al aeropuerto al amanecer. Disponía de un descanso de tres horas antes de que el vuelo de Air Canada saliera hacia Halifax de camino a St. Johns, en Terranova.

Designada como una de las cuatro esquinas del mundo por la Flat Earth Society [\[38\]](#), la costa nororiental de Canadá tiene dos partes bastante diferenciadas: la isla de Terranova, en el océano atlántico, en la desembocadura del río St. Lawrence, y su escarpada península costera, conocida como la provincia Labrador.

En el borde oriental del «escudo» de Canadá, Labrador está compuesta por seiscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados de granito que surgieron del océano hará unos ochocientos millones de años. Su accidentada línea costera, de más de veintiséis mil kilómetros cuadrados, sufrió el moldeado de continuas masas de hielo, masas que finalmente habían esculpido esas largas gubias en forma de dedo en su

masa rocosa. Continuando tierra adentro, Labrador se convierte en toda una sucesión de lagos, fiordos y valles profundos, una de las últimas grandes espesuras del planeta. Tres grandes cordilleras dividen el territorio: la cordillera volcánica Kaumajet, la Kiglapait y la enorme Torngat, la cordillera más grande al este de las Rocosas. Los bosques boreales producían el suficiente alimento como para mantener a una pequeña población. Más al norte, la línea forestal desembocaba en una amplia llanura conocida como la tundra, un lugar del que pocos humanos han visto fotos, y aún menos se han aventurado en su interior.

El hecho de que la civilización haya esquivado esta región no es ninguna sorpresa. Las condiciones meteorológicas son brutales: largos inviernos, placas de hielo costeras y temperaturas subárticas. La poca población que vive en la zona reside en seis comunidades localizadas en la parte más nororiental de la costa, aunque a ninguna de estas comunidades llega una carretera, lo cual obliga a los viajeros a depender de botes y aviones en verano, y de motos de nieve y trineos de perros en invierno. A pesar de estas brutales condiciones, la población de Labrador es la más antigua de Norteamérica, ya que su llegada precedió a la de Colón en más de cuatrocientos años.

Los aborígenes de Labrador son conocidos como los Innu. Los Innu eran tribus nómadas que emigraron a lo largo de todo el estrecho de Bering desde Asia y que con el tiempo se asentaron en el ártico de Norteamérica y en Groenlandia. El término Inuit significa «Gente de verdad», y el de Innu se traduce como «ser humano», y estas dos palabras suelen ser preferidas a las típicas referencias de «esquimal» o «indio nativo». A pesar del esparcimiento de su población a lo largo de todo el ártico canadiense, las tradiciones Inuitas han perdurado a lo largo de décadas, y aún hay tribus que viven en los grandes campos, cazando caribús en invierno y volviendo a los recursos del mar en los meses de verano, para pescar y cazar focas y ballenas.

Los Innu migratorios viven en iglús de hielo, o hacen tiendas con pieles de foca y morsa. Sus residencias de invierno están construidas de piedra, o de madera, y estructuradas por huesos de ballena cubiertos de césped y musgo. La adaptación con la cultura occidental ha transcurrido lentamente, pero los Innu de Labrador, ante la necesidad de tener algo que decir respecto a su propio futuro, se han visto obligados a aclimatarse a la cultura canadiense, por lo que existen asentamientos algo más modernos establecidos en Sheshatshiu, en la desembocadura de la Bahía Goose, y en Natuashish, en la costa norte, cerca de Hopedale.

Eran las tres de la mañana pasadas cuando el avión de Ace aterrizó en St. Jhon, la ciudad más grande y más antigua de Terranova. Desde allí, las instrucciones de Kelli eran las de volar hasta Hopedale, un pueblo perdido localizado a unos ochocientos kilómetros siguiendo el vuelo del cuerno hacia la costa norte de Labrador. Exhausto por no haber dormido en las últimas treinta horas, Ace sacó un billete para un vuelo



chárter que salía a las 10:20 a.m. Se registró en un hotel ya entrada la tarde.

Ace yace sobre una cama, mirando el reloj que hay en la mesita de noche, el cual marca las 8:35 p.m. La esencia a tapicería barata y a ropa de cama mohosa magnifica su desesperación. Se muere por llamar a los niños, tan sólo para poder tranquilizarles y asegurarles que todo va a salir bien, pero siguiendo sus propias instrucciones, no tiene manera de saber dónde están, o cómo ponerse en contacto con ellos. Sus párpados se cierran de puro cansancio mientras el resto de su cuerpo grita de dolor, pero a pesar de su extenuante fatiga, no puede quedarse dormido, su mente no cesa de parlotear incesantemente.

«¿Qué estoy haciendo aquí? Kelli está muerta, mi vida está vuelta del revés, y yo estoy cazando sombras. ¿Y si Schall tiene razón? ¿Y si me están engañando? ¿Y si ni tan siquiera fuera Kelli la persona que aparecía en esa cinta? ¿Y qué clase de padre deja a sus hijos a cargo de dos completos extraños durante ocho meses, después de que su madre haya sido asesinada?

¿Y si? ¿Y si? ¿Y si? Esto es una locura ¡Te estás volviendo loco! Nunca podrás entrar en el banco saudí, no digamos ya el descargar el gusano Promis. Los saudíes te arrestarán, te encerrarán y te torturarán hasta que confieses o mueras, lo que ocurra antes. Simplemente, desaparecerás del mapa, pero Leigh y Sam estarán pagando las consecuencias durante el resto de su vida.

Los echo tanto de menos... pero no puedo volver, no con el Departamento de Seguridad Nacional buscando cualquier excusa para ir a por mí y arrestarme, o algo peor. No cuando estoy yendo de culo y cuesta abajo. ¿Y quién será ese tío de Hopedale? ¿Por qué será tan importante encontrarlo? ¿Sabrá algo respecto al ataque nuclear? ¿Podrá ayudar a detenerlo?

Vuelve con tu familia, Ace. Deja de vivir la locura que fue la vida de Kelli.

Despierta, Futrell, te estás volviendo loco.»

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

A pleno grito, Ace lanza la almohada y hace aspavientos al aire mientras la habitación se le va haciendo cada vez más pequeña, a la vez que los muros se encogen.

—Tengo que salir... ¡Tengo que salir! ¡No puedo respirar!

Se viste y sale al exterior en menos de un minuto. Llena sus pulmones con el aire frío de la noche. Luego baja la escalera de metal y llega hasta la calle. Recorre el puerto, paseándolo, pero el frío le hace acortar por una callejuela, un pasaje peatonal que lleva directamente hacia un pub, el Duke of Duckworth. Desesperado, entra, para encontrarse con un muro de personas dentro, extraños de miradas lánguidas, amigos que nunca conocería.

«Sal de aquí.»

De nuevo en la noche, camina hacia el este a través del centro de St. Johns,

incapaz de escapar de esa sensación de vacío tan agobiante.

Gira siguiendo camino abajo la Military Road, con el rumbo totalmente perdido. El hotel parece ya una ficción remota en el interior de su cansada mente. Es Alicia a través de la madriguera de conejo, tragado por aquella ciudad, un refugiado perdido en una tierra extraña, con una identidad falsa y con su alma menguando tras cada doloroso paso que da.

La iglesia se alza ante él, auténtica piedra católica romana. Él está de pie ante tres portones cerrados, con la mente frenética.

Cerrada.

Cerrada.

El último portón chirría al abrirse, permitiéndole la entrada a la casa de oración. Ace dejó de ser creyente hace muchos años, pero es imposible mantenerse ateo cuando se está dentro de una trinchera, y él está metido en una, hasta las cejas.

El interior está vacío, iluminado por cirios que se están consumiendo rápidamente.

Ace se arrodilla en un banco y baja su cabeza hasta la altura de sus manos. Las palabras le salen estranguladas de la garganta.

—Dame fuerzas —dice antes de desmayarse y caer de bruces sobre el banco.

\* \* \*

—¿Hijo?

Ace, con mucho esfuerzo, abre sus ojos. La luz de la mañana se filtra a través del polvoriento cristal de las ventanas. Se sienta. Debe de haber echado una cabezada de diez horas en la madera pulimentada del banco.

La cara del sacerdote está curtida y gastada.

—Hijo, no puedes quedarte aquí. Hay una misión, calle abajo.

—No se preocupe, Padre, ya me voy.

## SPRINGFIELD, ILLINOIS

El mediodía despunta cuando Elliot Green llega a su casa tras la entrevista que ha mantenido con Charles Jones, el director del FBI de Springfield. Su esposa, Carol, abre la puerta incluso antes de que tenga la oportunidad de meter la llave en la cerradura.

—Vaya, que rápido. ¿Cómo ha ido? ¿Bien o mal?

Elliot voltea los ojos como respuesta mientras pasa por su lado.

—No ha sido suficiente el tener que atravesar ese edificio escuchando las risitas reprimidas ante la visión de mi nariz rota y la escayola de mi pecho, sino que encima

he tenido que presenciar cómo Adrian Neary le ha cantado las cuarenta a Chuck por el sin manos.

—¿El director de Chicago? ¿Y que tiene que ver?

—Lleva la oficina de contraterrorismo en Illinois. Gary Schafer le tiró ayer de las orejas desde el cuartel general, así que él ha hecho lo propio con Chuck.

—Espera... Creía que Chuck había mandado un memorando a Schafer sobre el tipo de UMBRA. ¿Cómo pueden echarte ahora la culpa de...?

—Las broncas siempre van cuesta abajo, Carol. El Departamento de Energía está bastante cabreado, Schafer se está cubriendo las espaldas, y los de Chicago están señalando con el dedo a Springfield para que me den la patada en el culo y reemplazarme por cualquiera. Lo verdaderamente problemático de todo esto es que el cuartel general se ha hecho cargo oficialmente del expediente de Bi, y yo estoy fuera del caso. Oh, claro, también me han mandado una reprimenda oficial que irá junto a mi expediente por permitir que el sospechoso huyera.

Con cara de preocupación, se dirige a la cocina. Su mujer le sigue.

—Pues acuérdate de que yo fui la que te pidió que no irrumpieras en esa casa. Si me hubieras escuchado, tu expediente aún estaría limpio. ¡Y yo no me hubiera perdido la boda de mi hermana!

—No lo pillas, ¿no? Bi se ha acabado. En la universidad dijo que su hermano había fallecido y que se iba a coger un año sabático para pasar más tiempo con su familia en Beijing. Sólo hay un problema. Bi no tiene ningún hermano. Los registros muestran que ni tan siquiera había dejado nunca su país, lo que significa que fuera lo que fuera en lo que estaba trabajando, todavía lo está haciendo, sólo que ahora le hemos perdido la pista... Además, los de UMBRA ya le dieron un buen susto.

—Tarde o temprano terminará apareciendo por algún lado.

—Es un experto en explosivos nucleares, Carol. La familia de la madre de Bi tenía una granja en Nagasaki. Me da a mí que éste tiene bastante rencor guardado. Si alguna bomba sucia hiciera explosión en alguna galería comercial, adivina quién sería el «chico del póster» para el FBI ese mes.

—Bueno, pues ve y encuéntralo.

—¿Es que acaso no me has oído? Estoy fuera del caso.

—Pues entonces tómate un permiso y encuéntralo por tu cuenta. Eres bueno rastreando a gente. Recuerda lo que conseguiste con aquel pedófilo, el que se hacía pasar por un psiquiatra infantil. El también salió huyendo, pero lo encontraste en Vancouver. Te llevó seis semanas hacerlo, pero finalmente, lo pillaste.

—Ocho, pero aquello fue con la ayuda de la Oficina. Esta vez, me han echado.

—¿Quién te ha echado? ¿Chuck Jones? ¿Adrian Neary?

—No, el director Schafer. Vamos, el jefazo.

—¿Y por qué al cabeza de la división antiterrorista del FBI va a importarle nada

de lo que hagas? A menos que tema que tú des con algo en lo que él esté involucrado.  
Al oír lo que le dice su esposa, los ojos de Elliot se abren de par en par.  
—Oye, oye... eso tiene mucho sentido.  
—De acuerdo —le contesta ella dejando el salón—, me tomaré eso como un «gracias».

## St. JOHNS/ COSTA DE TERRANOVA/ COSTA DE LABRADOR/ HOPEDALE

El charter de doble motor bota dos veces antes de alzar vuelo mientras sale de la pista del aeropuerto de Torbay, el aeropuerto más oriental de toda Norteamérica. Ace es uno de los tres únicos pasajeros que van a bordo. Está sentado en la zona de babor de la pequeña aeronave, que tiene aspecto de haber estado volando desde la época en la que Terranova era aún una colonia británica.

Su espalda se queja a causa del sueño que ha echado sobre el banco de la iglesia, pero, en realidad, esa noche de sueño le ha venido muy bien. Ahora ya no está preocupado por sus hijos. Está convencido de que se encuentran a salvo, por lo que su mente ahora mismo está completamente concentrada en su misión.

El avión asciende y asciende hasta alcanzar los seiscientos metros de altura, para luego virar al norte, siguiendo la espléndida línea costera de Terranova en su camino hacia Hopedale. Sobrevuelan Old Battery, una pequeña comunidad de casas desgastadas que parecen escalar la cara del acantilado, que surge de las aguas del mar como si fuera una montaña. Momentos después sobrevuelan el puerto de Grace, y Bahía Concepción, con sus aguas azules meciendo los barcos de vela. Más lejos, hacia el este, el mar se alza con una renovada furia y rompe contra los arrecifes de Cabo Buenavista, una meseta de roca coronada por un faro.

El avión asciende con el viento aullando junto a sus alas de aluminio. Volando por encima de las nubes, se puede ver a través de algunos claros ocasionales el continente, enmoquetado de pinos, mientras sobrevuelan L'Anse aux

Meadows, la comunidad situada más al norte de Terranova, una zona que antaño sirvió de asentamiento para los vikingos.

La costa de Labrador les saluda al sobrevolar el puerto de Henley, una vía de agua en la que incluso se pueden ver icebergs en los meses más fríos. Para cuando sobrevuelan St. Lewis, el acantilado encara una planicie bastante extensa, sin bosques, únicamente compuesta por roca desnuda. Georges Cove, el Puerto de Bateau, Grady Island, Cutthroat Island... cada uno de los territorios les indica que están más y más cerca de la tundra, mientras siguen su viaje hacia el norte.

Los grupos de población también van menguando. La costa norte fue una vez el hogar de multitud de comunidades pesqueras, pero ahora ese tipo de pueblos está en

vías de extinción, desde que en 1992 se aprobó la moratoria del bacalao. Las pequeñas embarcaciones independientes han quedado sustituidas por grandes flotas corporativas que son capaces de navegar cientos de kilómetros mar adentro para la pesca del cangrejo y la gamba.

Ace se ajusta aún más el cinturón cuando el avión comienza su turbulento descenso. En algún lugar en la distancia está Hopedale.

\* \* \*

Justo al norte de Labrador, en una de las bahías costeras más grandes que dan al mar Labrador, se fundó Hopedale, en el año 1782, como asentamiento Inuit. Originariamente, su nombre era Agvituk, un término Innu que significa «Lugar donde hay ballenas». Más tarde, el nombre cambió por el de Hopedale [39], bautizada así por los misioneros moldavos procedentes de Alemania. Hoy en día hay menos de 650 habitantes, el noventa por ciento de los cuales son Inuit, con el inglés como idioma predominante. Los Innu llamaban a su comunidad en Hopedale Natuashish, que significa «hermosa». Es una de las dos únicas comunidades organizadas de Inuit de Labrador, la otra es Sheshatshiu, sita tierra adentro, al sur de la Bahía Goose, hogar de la base de la fuerza aérea más grande de toda Norteamérica.

Ace agarra con más fuerza los brazos de su asiento al posarse y deslizarse las ruedas del avión sobre una autopista de gravilla de unos setecientos u ochocientos metros de longitud. Milagrosamente, el avión se detiene antes de llegar al mar. Instantes después, las puertas exteriores se abren y una bofetada de aire ártico que hace que el avión se balancee sobre su tren de aterrizaje invade la cabina.

Ace decide ponerse su chaqueta de cuero y baja la escalinata del avión. Una pequeña corriente de agua baja por la roca y el mar Labrador brilla bajo un cielo azul sin nubes.

El piloto saca toda la carga y el correo de la parte de atrás. Ace coge su bolsa de viaje, se la cuelga sobre el hombro y empieza a caminar hacia el camino principal, una polvorienta senda que rodea un campo constelado por piedras y que lleva a Hopedale, aproximadamente a medio kilómetro de distancia. No hay taxis, o coche alguno, tan sólo dos adolescentes en bicicleta. Se trata de dos muchachas Inuit de ojos típicamente esquimales y pelo negro, pómulos prominentes y cálidas sonrisas. Cada una de las bicicletas tiene acoplado un pequeño sidecar.

—¿Va a usted a Hopedale, señor? —le pregunta una de las dos jóvenes, aproximadamente de la edad de Leigh—. Mi hermana puede llevarle. Si lo hace, ¿le dará una buena propina?

Ace inspecciona el herrumbroso sidecar; no está muy seguro de su capacidad.

—¿Estás segura de que ahí podré ir?

—Por supuesto, señor. Es muy seguro.

Ace se introduce en su interior. El sidecar se resiente por su peso. La hermana mayor lucha por conseguir un punto de inercia, hasta que finalmente comienzan su travesía, deslizándose por una cuesta no demasiado pronunciada que lleva a Hopedale.

—Tal vez te pueda dar una propina aún más grande si me contestas a una pregunta. Estoy buscando a alguien. Su nombre es Casper.

La chica sigue pedaleando con una sonrisa en el rostro, pero sin decir nada.

—Es un nombre un poco raro, lo sé. ¿Lo has oído alguna vez?

Aunque insiste, no obtiene respuesta.

Finalmente, llegan a las afueras de una comunidad que parece haber sido sacada de un set de rodaje de un spaghetti western. Pasan junto a varias casas encaladas y una iglesia con una valla blanca de maderos puntiagudos. Junto a una enorme extensión de tierra empedrada hay un colegio modular, que más bien se asemeja a una agrupación de almacenes. Desde el sidecar, Ace oye a los niños que juegan fuera. Sus voces se extienden a través de toda la planicie.

Siguen pedaleando junto al mar y pasan una colonia de destartaladas cabañas de madera de una sola habitación erigidas sobre una serie de malecones de roca. Algunas están construidas tan cerca del agua que sus ocupantes bien podrían pescar desde su ventana abierta.

Hay Inuit por todos lados. Algunos hombres están cosiendo y reparando las redes; otros, descargando las capturas de la mañana de sus pequeños botes. Los niños juegan cerca de las cabañas mientras sus madres limpian pescado y pieles de foca. Algunos vecinos se quedan mirando a Ace, aunque sin interrumpir su labor.

Pero también hay otros nativo-americanos en Hopedale, y éstos no están tan ocupados con las tareas cotidianas. Algunos están tirados, bastante borrachos, mientras que otros se reúnen formando pequeños grupos, bebiendo y fumando. Algunos son adolescentes, otros son mujeres y hombres de mediana edad. Lo miran con ojos inertes, como si fueran almas perdidas.

La joven conductora de bicicleta frena justo delante de un enorme edificio de dos plantas con un cartel que lo identifica como el Hostal Amaguk.

—¿Aquí, vale? Diez dólares, por favor.

Ace sale del sidecar y deja su bolso de viaje en el polvoriento camino para sacar su billetera. Saca un billete de diez dólares, pero luego le enseña a la chica otro de veinte.

—Esto es para ti, si me dices dónde puedo encontrar a mi amigo Casper.

—Pregunta al Jefe. Él lo sabe todo.

Antes de terminar de hablar ya ha pillado el billete de veinte. Inmediatamente se pone a pedalear a toda velocidad, dejando una estela detrás.

—¡Qujannamiik!

—Sí, sí, un millón de gracias, sí... ¿Pero no me vas a dejar ni un recibo?

Ace coge su bolsa del suelo con una mano, sube los cuatro escalones de madera y cruza el porche de la entrada del hostel.

Más que un hostel o un sitio de hospedaje es una cabaña de cazadores, con muros revestidos de madera y cubiertos de fotos en blanco y negro enmarcadas que muestran partidas de caza, manadas de perros y piezas de pesca. El hostelero, medio innu medio canadiense, está sentando tras una mesa de despacho, arreglando una estufa portátil. Mientras Ace se aproxima, el hombre ni se molesta en levantar la cabeza.

—Supongo que usted será nuestro invitado australiano. Yo soy Frank Nasuti, el propietario.

—Murphy. Stephen Murphy. Soy originario de Canadá.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que le trae de vuelta al hogar?

—En realidad mi ciudad natal es Quebec, pero un amigo cercano pasó algún tiempo por estos lares. Me aseguró que éste era el mejor lugar para pescar salmón en el que había estado en su vida. Me encontraba en St. John, en viaje de negocios, y se me ocurrió volar hasta aquí y contratar un guía que me recomendó. Su nombre es Casper.

—No recuerdo ningún Casper, pero puedo buscarle uno sin problemas. ¿Durante cuánto tiempo se va a quedar usted aquí?

—No estoy seguro. Puede que un par de días.

—¿Necesita alojamiento?

—Hombre, estaría bien.

—Pues está de mala suerte. Sólo tengo doce habitaciones, y están todas ocupadas. La próxima vez llame con antelación. ¿Y comida? ¿Ha almorzado usted ya?

—Pues no, y estoy hambriento.

—El comedor está abierto, pero sólo es para los huéspedes. Pruebe en Sylvia, el puesto de comida para llevar. Está camino abajo, a la izquierda. También por ahí está la tienda de ultramarinos Big Land.

—¿Hay algún hotel en la ciudad?

—No, pero tengo un amigo cuya mujer murió el invierno pasado y al que no le importaría cederle una de las camas de su casa a usted...

—Es una oferta muy tentadora, pero...

—Piense en ello mientras come. Puede dejar su bolso en el salón.

Ace echa un vistazo al interior del salón, donde ve a un montón de viejos sentados alrededor de una televisión en color.

—Gracias, pero no. Sin embargo, creo que me tomaré un sándwich. Me ha dicho camino abajo, ¿no?

—A la izquierda.

Ace abre la puerta para salir de nuevo. Fuera se encuentra casi en un mar de niños, unos catorce en total, con edades que oscilan entre los tres y los ocho años. Dos mujeres los apartan, sonriendo y disculpándose, pero sus palabras quedan ahogadas por la rotura de la barrera sónica que realiza un escuadrón de cazas que pasan por encima de sus cabezas en su camino de vuelta a la base de la OTAN situada en Bahía Goose.

El contraste entre culturas no pasa desapercibido para Ace. La nueva era está solapando a la antigua, ya que su influencia, gradualmente, ha ido evaporando miles de años de tradición. Pronto, se imagina, un péndulo oscilará hacia el otro lado, y puede que sean los signos de que la cultura tradicional sobrevive al fin y al cabo.

El puesto de comida para llevar de Sylvia es una pequeña fonda con unas pocas mesas dispuestas en el interior. Ace pide un plato de pollo frito a la chica que está tras el mostrador y luego se sienta en la mesa que está en la esquina, fingiendo cierto interés por unos folletos que están clavados en un panel de anuncios.

El hombre que entra a continuación en el comercio ronda los cincuenta. Es alto, delgado y caucásico. Su cabellera gris está peinada hacia atrás y recogida en una coleta, y su barba y su mostacho crecen poblados sobre una complexión bronceada. La sudadera de tonalidades marrones está tan sucia de grasa que la insignia de la universidad a la que pertenece ha quedado ilegible. Más que entrar en el lugar, lo invade, haciendo que el polvo que cubre sus botas del ejército forme una nube a cada paso que da sobre los tablones. Cada una de las sílabas que suelta corta el aire.

—¡Duque, lo de siempre! ¡Y rapidito, hijo, que tengo prisa! Asegúrate esta vez de que todo sea fresco, sabes que puedo detectar la diferencia con facilidad. Saca esa bazofia que tienes congelada para los takungartut.

Su mirada se centra durante unos instantes en Ace. Estrecha los ojos mientras lo inspecciona.

—Vaya, vaya, vaya, mira lo que ha traído el gato. Carne fresca.

Deambula por un momento. Luego da una patada a la silla para sacarla de debajo de la mesa y se sienta en ella con el respaldo por delante.

—Mi nombre es Richard Lawrence, aunque los amigos me llaman Dick. Soy mecánico por vocación, y solitario por elección. ¿Tu quién eres, gringo?

—Stephen Murphy. Trabajo en una petrolera y he venido a pasar unos días por aquí a ver si la pesca es tan buena como me han dicho.

—Es aún mejor. Tengo una lancha costera de doce metros de eslora y doscientos caballos de potencia. En cuanto termine mi trago la voy a sacar a dar una vuelta. Es usted bienvenido si desea acompañarme. Por aquí últimamente no hay muchas oportunidades de hablar con el hombre blanco.

—Me encantaría acompañarle, pero le he prometido a un amigo que sería mi guía personal. Tal vez usted lo conozca. Su nombre es Casper.



—¿Casper? ¿El fantasma? Claro que le conozco, pero sólo los americanos le llaman Casper. Es un medio Inuit, parte aborigen, parte europeo. Se pasa la mayor parte del tiempo cerca de Nain, la siguiente comunidad que hay más al norte. El tipo caza ballenas y focas durante todo el verano, y luego, cuando empieza el frío, se va al interior. El muy loco vive en un iglú la mitad del año. No estoy muy seguro de que vaya a tener tiempo para llevarle de pesca, a menos que quiera cazar mamíferos.

—No, pero da igual, me encantaría conocerlo.

—Considérelo hecho. Oye, Duque, envuelve lo que le estés preparando a mi amigo para llevar, se viene conmigo.

—Gracias. ¿Qué era eso a lo que se ha referido...?

—Takungartut. Significa extraño. No se preocupe, esta gente trata a todo el mundo como si fuera un amigo personal. Somos nosotros los que les estamos jodiendo, obligándoles a meterse de cabeza en el siglo XXI. El gobierno provincial de Canadá los dejó políticamente huérfanos cuando empezaron a regularlos y a restringir su cultura. Demonios, esta gente estaba aquí mucho antes de que nuestros ancestros construyeran su primera embarcación. Nos ha llevado un poco de tiempo, pero al final hemos conseguido llevarlos a la ruina. Si a un pueblo le robas su cultura, le estás robando el alma. Dales nuevos instrumentos, nuevos cachivaches, y les estarás dando la soga con la que se ahorcarán ellos mismos. Literalmente. Natuashish no está tan mal. La verdad es que es una comunidad bastante amable y sencilla, pero en Sheshatshiu, que está pasando la base de la fuerza aérea, están teniendo verdaderos problemas de desempleo que los están llevando a tener la sensación de sentirse impotentes. Los Innu no están acostumbrados a sentirse inútiles, y no hay nada que pueda reanimar un alma decaída cuando ha tocado fondo. Estamos sufriendo el azote del alcoholismo. Los chicos ven que sus padres pierden el control, se deprimen y empiezan a esnifar gasolina. Un hábito letal. Los índices de suicidio entre los Innu están entre los más altos del mundo. Las cosas, de todas formas, están empezando a mejorar, pero se toman su tiempo. Todo se toma su tiempo... ¡Como nuestra puñetera comida! ¡Oye Duque! ¿Cómo va eso? ¿Crees que lo tendrás listo antes de que anochezca?

\* \* \*

La lancha costera Wellcraft 360 tiene tres asientos, más el del timonel, en la cabina abierta, y otros seis en el marco fijo [40]. Bajo la cubierta hay una galerada plenamente funcional, una suite principal, un entresuelo y la sala de máquinas, la cual alberga el motor doble Cummins Tw, de 600 caballos de potencia.

Tras desamarrar la proa y la popa, Ace sube a bordo con Dick Lawrence. La embarcación se aleja del muelle para dirigirse hacia el norte, siguiendo la costa del Labrador. La proa avanza saltando las olas mientras la helada espuma del mar moja a

Ace, que toma asiento en una butaca acolchada junto a la de su anfitrión.

—Entonces —dice Lawrence a gritos—. ¿A qué parte de Canadá quiere usted ir?

—A Quebec, en la parte sur de Montreal.

—Lo conozco bien. ¿Ha pasado alguna vez por pequeña Italia?

Las pulsaciones de Ace suben sin previo aviso.

—No mucho en los últimos nueve años.

—¿Cómo la llaman ahora los franceses?

—No sabría decirle. Mi familia es inglesa, nunca parle-vous demasiado, no sé si me entiende.

—Lo hago.

Ace observa la orilla de la playa, que desaparece rápidamente por popa.

—Creía que íbamos a seguir la costa hasta Nain.

—Casper nunca vuelve a casa hasta entrada la noche, pero, mientras, podríamos pescar un poco. He oído que hay un banco enorme no muy lejos de aquí. Sabe, si seguimos este rumbo, en pocas horas habremos llegado a Groenlandia.

Ace le responde con una sonrisa y asiente con la cabeza. De repente, una alarma empieza a sonar sobre su cabeza. Su acompañante se aferra con más fuerza al timón cuando el mar se embravece, haciendo que el buque salte tres cuartos por encima del mar.

—Si cree que este oleaje es duro, debería estar aquí en invierno. Olas enormes, icebergs y, sobre todo... frío. El frío es increíble. He servido en multitud de cargueros. El hielo se condensa en el exterior del navio. Me refiero a que se crean placas de hielo. Esas placas hacen que el navio alcance un peso muy peligroso, que no es para nada recomendable cuando la mar está muy gruesa. La primera vez que salí, el capitán nos dio a cada uno una de esas mazas tan pesadas de madera que ve ahí y nos ordenó que rompiéramos todas las placas de hielo. Imagine lo que es estar fuera, en cubierta, en condiciones bajo cero, con el viento aullando, con olas de siete metros, y tener que destrozar las toneladas de hielo que cubren los mamparos del barco mientras intentas no resbalar por toda la cubierta.

—¿Alguna vez vio caer a alguien al agua?

—De vez en cuando. El agua está tan fría que empieza a desconectar todos los órganos internos de tu cuerpo en menos de dos minutos. Una vez un tipo cayó por la borda y, aunque nos llevó pocos minutos encontrar dónde estaba, para cuando lo pescamos, ya se había ido.

—¿Y en verano? ¿Qué temperatura alcanza el agua?

—Buena pregunta —dice Lawrence mientras aminora la velocidad del bote hasta apagar momentáneamente los motores, dejando al barco encarado hacia las olas.

—¿Este es el punto?

—Éste es. Espere aquí, que voy a coger el equipo —dice Lawrence mientras se

dirige a la parte baja del barco.

Debido al continuo oleaje que golpea el barco, Ace debe agarrarse de nuevo a los brazos del asiento.

«Kelli, ¿en que me has metido esta vez?»

Dick Lawrence vuelve, y lleva una escopeta y una cuerda.

—¿Qué demonios pretende?

—Miente muy mal, señor. Mire, tengo unas cuantas preguntas, pero no todo el tiempo del mundo, así que lo vamos a hacer de esta manera. Se va a desnudar, le voy a atar con esta cuerda y se va a dar un chapuzón mientras le hago unas cuantas preguntas. Una vez me diga lo que quiero saber, podrá salir. Tendrá aproximadamente entre tres y cinco minutos antes de que se convierta en cebo para pescado.

—Está usted loco.

El disparo de escopeta retumba por todo el océano, y la carga que acaba de escupir hace saltar el agua.

—El chapuzón se lo puede dar con un agujero de más o no, usted elige.

Ace mira el cañón humeante de la escopeta antes de empezar a quitarse la chaqueta. Luego se quita los zapatos lentamente. Sus músculos tiemblan a causa de la adrenalina y el frío. El viento ártico lo muerde sobre la carne expuesta cuando se quita los calcetines y los pantalones, para luego deshacerse de su camiseta y la ropa interior.

Lawrence le lanza uno de los cabos de la cuerda.

—Asegúresela alrededor de la cintura. No me gustaría perderle en las fauces de alguna ballena asesina.

Ace se pasa la cuerda alrededor de la cintura y por debajo de las axilas. Cuando empieza a hacer los nudos, está hiperventilando. Su mente funciona a toda velocidad, intentando prepararse para el súbito shock que va a sufrir en pocos minutos.

—Bueno, y ahora ¡al agua!

Ace se posiciona en la barandilla. Pasa una pierna por encima, y luego, la otra. Por un larguísimo segundo, duda, pero luego, como la escopeta aún le está apuntando a la cabeza, finalmente, salta.

El gélido mar hace que su cuerpo se retuerza en espasmos, pidiendo a gritos que el aire llene sus pulmones. Intenta mantenerse a flote en unas aguas que apenas están a diez grados centígrados. Siente como si su sangre se estuviera coagulando y convirtiéndose en plomo. La agonía que producen mil agujas clavándose recorre toda su piel.

—Primera pregunta: ¿Cuál es su nombre real?

—Accceee Fuuutrellll.

Un dolor indescriptiblemente agudo atraviesa los dedos de sus manos y sus pies, como si Neptuno se los estuviera soldando con un soplete.

—¿Quién le ha mandado a buscar a Casper?

—Mmmiii muuuuujer... Kelli Doyle.

—¿Y dónde está ahora su mujer, señor Futrell?

—Muerta. As... ass... asesinada.

Ahora su sangre fluye a sus extremidades inferiores y sus brazos se mueven a cámara lenta, al mismo tiempo que su cuerpo empieza a hundirse.

Lawrence tensa en respuesta la cuerda.

—Han pasado dos minutos. Será mucho más fácil a medida que se le vaya entumeciendo el cuerpo.

Tras decir esto, el hombre alza su vista hacia el horizonte, casi con aburrimiento.

Los ojos de Ace se abren y sus dientes castañean sin control.

—¿Essso es tooOodo?

—¿Quién ha matado a su esposa? ¿De quién sospecha?

—Un agente.

En ese punto, Ace no está seguro de que su cuerpo se siga moviendo.

—¿Quiere decir un agente federal? ¿De su país o del extranjero?

—Extranjero.

Sus pulmones apenas le proporcionan el aire suficiente para que su voz resuene.

—¿Cómo lo sabe?

—Historia... muy larga.

—Sí, estoy seguro de que lo es.

Ahora el hombre mira su reloj.

—Seis minutos, es usted un hombre fuerte, señor Futrell. La mayoría de la gente no hubiera pasado de los tres minutos. Treinta segundos.

«¿Treinta segundos? —La voz de Lawrence resonaba en el interior de su cabeza—. Treinta segundos. Treinta segundos. De acuerdo, muchachos, tenemos el tiempo suficiente para hacer dos jugadas. Tres con un poco de suerte. ¡Vamos, Dawgs, vamos! Que Ace rompa su defensa y se mantenga en el centro. ¿Y la jugada? ¡Joder, te has olvidado de la jugada! Que le den, simplemente, detén a su quaterback. No puedo pensar... no puedo... ¡Hut! Hut! Hut!»

Dick Lawrence empieza a tirar de la cuerda para sacar a Ace del mar. Su piel está moteada y de color macilento. Dick se lo carga al hombro para llevarlo abajo, donde una nube de vapor caliente está saliendo del cuarto de baño. Con mucho cuidado, deposita a Ace, desnudo, en el suelo de la ducha para que el agua caliente, lentamente, lo reviva.

---

«Durante la segunda mitad de este siglo, será esencial para la especie humana tener una serie de iniciativas flexibles, equitativas e internacionalmente coordinadas

que vayan encaminadas a reducir la población mundial al menos en un ochenta por ciento.»

J. Kenneth Smail. Profesor de Antropología.  
Enfrentándonos a la Crisis Oculta del Siglo XXI:  
Reducir la Población Mundial en un ochenta por ciento.  
Mayo 1995.

«Las naciones del mundo deben desarrollar un plan para reducir su población de seis billones a dos billones de individuos.»

David y Marcia Pimental. Profesores de Ecología y  
Ciencia de la Agricultura.  
Comida, Energía y Sociedad, 2000.

## Capítulo 28

—Tenga, beba.

Ace coge con ambas manos la taza de chocolate caliente que Dick Lawrence le está ofreciendo. Sin embargo, los temblores de sus brazos dejan claro que todavía no están plenamente bajo control. Ace está vestido de nuevo, pero, aun así, y a pesar de que está envuelto en varias mantas de lana, sigue temblando.

Lawrence ha llevado el bote hasta Nain y lo ha anclado en una cala bastante aislada. Son las siete de la tarde, pero el sol sigue fijo en el horizonte. La versión Labrador de una noche de verano ártica.

—Hipodermia aguda. La condición se torna crítica si la temperatura del cuerpo baja de los treinta grados, el cuerpo se colapsa y comienza la demencia. Si algún día tengo que morir, espero que sea así.

—Pues no cuente conmigo para que le acompañe.

Lawrence contesta con una media sonrisa.

—Hay varias razones que justifican lo que he hecho. Primero, necesitaba averiguar qué era lo que usted sabía. Segundo, lo más importante, tenía un dispositivo de seguimiento microscópico insertado en su riego sanguíneo. Necesitaba desconectarlo.

—¿Dispositivo de seguimiento? ¿De qué demonios está usted hablando?

—Del último cachivache que ha sacado el gobierno federal para violar de una forma nueva nuestros derechos. Cada ciudadano contabilizado, cada extranjero vigilado; y los estadounidenses no se libran, siempre que estén dentro de la lista confeccionada por la Casa Blanca, y usted, obviamente, lo está.

—¡Esto es una locura! ¡Yo no tengo ningún dispositivo de seguimiento insertado!

—Sí, sí que lo tiene. Se lo inyectaron cuando pasó por la aduana en el aeropuerto Kennedy.

—¿Inyectado? No, aquello era una vacuna para prevenir...

—La gripe aviar. Sí, sí, claro, claro, y usted sabe que aquello era una vacuna porque ha hecho analizar lo que le inyectaron, ¿verdad? Para ser alguien que ha estado casado con una espía, es usted realmente tonto.

Lawrence aprovecha para servirse una taza de chocolate.

—Conocimiento Total de la Información. CTI, para abreviar. En sus televisores por cortesía de DARPA [\[41\]](#) y el Imperio Maligno. Hubo una época en la que la Constitución protegía el derecho de los ciudadanos a la privacidad, pero ahora los federales no se conforman con monitorizar las finanzas, los correos electrónicos, las llamadas de teléfono, los planes de viajes e incluso las páginas de Internet que visitan cada uno de los ciudadanos del país. No, ahora quieren ser capaces de meterse

realmente en nuestro interior, en nuestro propio ser biológico. Por ejemplo, el chip Mu, un pequeño invasor del tamaño de un grano de arena. Este chip permite que el gobierno nos pueda escanear, además de saber en todo momento nuestra posición, así como los materiales peligrosos con los que hemos entrado en contacto. La siguiente generación del Mu permitirá a Washington conocer todos y cada uno de los pensamientos que tengamos, sin que nos demos cuenta. Excitante, ¿verdad?

—Y el agua fría... ¿Los desactiva?

—Sí. El chip ha sido diseñado para que se adhiera por sí solo a la pared de una arteria. La energía la extrae de nuestro calor corporal. Si consigues que este calor baje de los 30 grados, lo cortocircuitas. Los federales le han estado siguiendo a usted durante meses. Lo han utilizado para seguirle y así poder dar conmigo. Bueno, de todas formas, yo soy Casper. El nombre fue idea de su difunta esposa. Le acompañó en el sentimiento. Su mujer era una buena persona. Si no fuera por ella, ahora mismo yo no estaría vivo.

Ace apoya su cabeza contra el sillón en el que reposa. Está exhausto físicamente, y sobrecogido mentalmente.

—Quién sea yo, carece de importancia. Quién fui, sin embargo...

Lawrence cruza la cabina hasta la pequeña barra que hay en el habitáculo y se sirve un trago.

—Le ofrecería uno, pero eso de que el alcohol aumenta la temperatura corporal es una falacia.

—Me conformo con que me conteste a la pregunta.

—Yo era microbiólogo. Dirigía un laboratorio especializado en vacunas antivirales. En 1997 empezamos a realizar un trabajo de campo muy extenso con el tema de la gripe aviar, un tipo de infección que suele originarse, como es obvio, en las especies avícolas. Los pájaros salvajes llevan un buen montón de virus en sus intestinos, transmiten, por tanto, el virus de la gripe a través de su saliva, sus heces y sus secreciones nasales. Hay más de una docena de subtipos de gripe, pero el virus nunca ha infectado seriamente a los seres humanos. La Gripe A, sin embargo, está evolucionando constantemente, y en 1997 empezamos a recibir noticias de casos confirmados en seres humanos. El culpable fue el H5N1, un subtipo que partió la barrera de defensa de las especies, acabando con el setenta por ciento de los individuos que se infectaron. La mayoría de las víctimas fueron niños y jóvenes. Y ahora viene lo que da miedo. Si el H5N1 adquiriera la habilidad, de un día para otro, de poder transmitirse de persona a persona, nos enfrentaríamos a una pandemia de gripe. En cualquier caso, el ARPA [\[42\]](#) se hizo con el control de mi equipo de investigación en Marzo del 2000, una iniciativa responsable, y cito textualmente, «De la dirección y la actuación de estos proyectos tan avanzados en el campo de la investigación y el desarrollo, que el Departamento de Defensa deberá, de tiempo en

tiempo, designar, ya sea mediante un proyecto individual, o de una completa categoría». El ARPA (a veces también conocido como DARPA, dependiendo de a quien pertenezca el culo que se sienta en el Despacho Oval) decidió que mi equipo creara una versión evolucionada del virus H5N1. En esencia, querían una cepa que realmente pudiera originar esa pandemia.

—¿Para qué demonios querían una cosa así?

—DARPA sostenía que aquello nos ayudaría a encontrar una cura, que acuciaría la necesidad de la creación de una vacuna, pero de una manera malvada. También les daba la capacidad de jugar a ser Dios. Aun así, trabajar con cepas letales no era nada nuevo, y de hecho teníamos las instalaciones apropiadas para contener ese tipo de virus, pero viniendo la petición como venía, del Departamento de Defensa, aún me causa escalofríos. Luego, al cabo de un año, nuestros pensamientos más paranoicos se volvieron reales cuando microbiólogos de todo el mundo empezaron a morir.

—¿Por la enfermedad?

—No, no, asesinados. Operaciones de castigo. La primera se realizó el 4 de octubre de 2001, menos de un mes después de los ataques del 11-S. El vuelo Air Sibir 1812 salió de Israel con rumbo a Novosibirsk, Siberia. El avión fue derribado, según dijeron más tarde, por un misil tierra-aire que erró su objetivo. Lo que pasa es que el misil erró de tal manera que desvió su rumbo en unos 160 kilómetros. Todos los que se encontraban a bordo murieron, incluyendo cinco de los mejores microbiólogos del mundo. Aproximadamente al mismo tiempo, otros dos científicos israelíes fueron asesinados, supuestamente, por terroristas árabes. Ocho meses después, Benito Que, un biólogo celular de la Universidad de Miami, fue encontrado muerto en las proximidades del departamento de hematología. La policía dijo que había sido un robo, incluso cuando se supo que no llevaba cartera en ese momento. Cuatro días después se denunció la desaparición de Donald C. Wiley, uno de los mejores microbiólogos, ganador del Premio Albert Lasker de Investigación Médica en 1995, después de servir de anfitrión en una cena en el Hotel Peabody, en Memphis. Más tarde encontraron su cuerpo colgado de un árbol del puente de Soto. Los investigadores cerraron el caso resolviendo que se trataba de un accidente de coche, a pesar de que su coche había sido abandonado en el puente sin daños estructurales aparentes.

—Joder...

—Espere, que se pone mejor. El 23 de noviembre, Vladimir Pasechnick, un desertor soviético experto en la secuenciación del ADN, apareció muerto en la entrada de su casa. Un día más tarde, se estrelló otro avión, esta vez de Swissair. A bordo iban Avishai Berkman, Amiram Eldor y Yaacov Matzner, directores del Departamento de Hematología del Hospital Ichilov, en Israel, de la Facultad de



Medicina de la Universidad Hebrea y del Departamento de Salud Pública de Tel Aviv, respectivamente. Dos semanas después, el 10 de diciembre, Robert Schwartz, miembro fundador de la Asociación de Biotecnología de Virginia y director ejecutivo de investigación y desarrollo del Centro de Tecnología Innovadora, fue encontrado muerto en su casa. No habían transcurrido veinticuatro horas, cuando el doctor Set Van Nguyen también obtuvo lo suyo. Nguyen supuestamente murió después de entrar en un almacén refrigerado en Geelong, Australia, sin haberse percatado de la fuga tóxica de nitrógeno líquido que había en su interior. Puede buscar todos estos nombres en Google si quiere, y decirme si le he mentado en algo.

—Creo que ya le capto...

—¿Sí? ¡Pues no hemos ni empezado! —dijo Lawrence—. El 8 de febrero, Victor Korshunov, director del Departamento de Microbiología de la Universidad Rusa de Medicina, falleció a causa de una herida mortal en la cabeza. Tres días después, fue el turno de Ian Langford. La policía inglesa dijo que no había encontrado nada sospechoso en su muerte, a pesar de que el cuerpo había sido hallado con una silla incrustada en la cabeza y su casa estaba totalmente revuelta y manchada de sangre por todas partes. Tanya Holzmayer recibió un disparo en la cabeza en Mountain View, California, el día 27, cuando abrió la puerta de su casa para pagar al repartidor de pizzas. Esa misma noche, en otra parte de California, el microbiólogo Guyang Huang recibió un disparo en la cabeza mientras hacía jogging en el parque de Foster City.

»Diecinueve científicos muertos en cuatro meses, todos expertos en el campo de la virología. Sin arrestos, todo invisible a ojos de la prensa, oculto debajo de la alfombra. ¿Coincidencia o teoría conspirativa? Dígame usted. Por si lo duda, aquí va otra coincidencia. Resulta que muchos de estos expertos en bioarmamento trabajaban para un centro de investigación que recibía fondos de, redoble de tambores, por favor, el Instituto Médico Howard Hughes, un grupo del que se sospecha desde hace tiempo por subvencionar «presuntamente» investigaciones biomédicas para las operaciones encubiertas de la CIA. Todo esto ocurrió después del 11-S, más o menos cuando se perdió esa partida de ántrax militar en las instalaciones de bioarmamento de Fort Detrick, en Maryland. Un complejo que, por otro lado, hace que Fort Knox parezca un 7-Eleven. Si lo recuerda, fue también la época en la que la administración Bush intentaba meterle la Ley Patriótica al Congreso por el esófago, con la única ayuda de sus brazos, sólo que los demócratas controlaban el

Senado por un voto, gracias al oportuno cambio de Jim Jeffords desde las filas republicanas a las independientes. Había dos demócratas con influencia para echar al traste esa ley: Tom Daschle y Patrick Leahy. Fueron los únicos de la Colina del Capitolio que recibieron paquetes de ántrax. El ántrax usado en esos paquetes fue rastreado hasta llegar a la cepa robada de Fort Detrick, sólo que John Ashcroft olvidó

seguir esa pequeña prueba. Todo esto está orquestado por un organismo de tal poder que parecería dirigido por la propia Mafia... pero, vamos, después de todo, yo soy tan sólo un teórico de la conspiración.

—¿Cómo terminó Kelli metida en todo esto?

—Su esposa se involucró en la siguiente operación de falsa bandera [43] de Neocon, un plan de contingencia radical para poder tratar el «Gran Cambio», o sea, el fin del petróleo. Ya sé que con esto no he descubierto América, pero el Gran Cambio es esencialmente un problema de matemáticas. Mire, aun teniendo petróleo, el planeta tan sólo tiene capacidad energética y alimenticia suficiente para dos billones de personas. Por ahora nos las arreglamos porque cuatro billones de nuestros congéneres humanos se están muriendo lentamente de hambre en África y Asia. Esto nos deja aproximadamente un billón o tal vez un poco más de afortunados, entre los que nos encontramos, disfrutando de una vida de encanto, pero las reglas cambian cuando las fuentes se agotan. Divida seis billones entre la poca comida y recursos que queden después del Gran Cambio y le dará una cifra de aproximadamente quinientos millones de personas. ¿No hay sustituto del petróleo? ¡No hay problema, hombre! Simplemente nos sentaremos a ver cómo mueren de hambre cinco billones y medio de personas. Lo que pasa es que los pueblos civilizados no suelen tirarse al suelo para ver cómo sus hijos, sus abuelas y sus amigos mueren. Primero, se vuelven locos. La anarquía es el verdadero problema al que se enfrenta este mundo, necesitamos un plan de contingencia... sólo por si acaso. Cuando se trata de enrarecer a las masas, no basta con soltar un par de bombas nucleares, o de iniciar una guerra más convencional, no sin gasolina, así que... ¿Cuál es la solución al caos global? Exacto. Una buena pandemia. En sus televisores por cortesía de DARPA, de la mano de los creadores del nuevo H5N1.

Ace contiene el vómito que amenazaba con subir por su garganta.

—¿Los científicos muertos?

—Premio. Ellos son los que hubieran encontrado la cura. Mire, cuando te metes hasta la cintura en algo como la organización de una pandemia, lo último que quieres es que los Jonas Salks [44] del mundo vayan por ahí curando tu enfermedad, así que lo mejor que puedes hacer antes de que esto ocurra es matarlos a todos. Kelli dio conmigo justo a tiempo. También salvó a algunos de mis colegas. Nos dio nuevas identidades y nos mantuvo a salvo. Así, cuando la pandemia finalmente haga acto de presencia, unas pocas compañías farmacéuticas podrán embolsarse otros cinco billones de dólares, mientras los poderes dirigentes dosifican el antídoto; pero claro, no todos los americanos recibirán la salvación. Sólo si eres un heterosexual, caucásico, cristiano y temeroso de Dios que cree en Jesús. Entonces sí. Felicidades. Su futuro pintará bien. A los negros y los hispanos, sin embargo, no les irá tan bien. ¿Judío? Vale, pero sólo porque el Nuevo Testamento dice que necesitamos tener de

nuestro lado al pueblo de Israel para completar la Revelación. ¿Homosexual? Perdona chato, pero no. De acuerdo con el discípulo de Jesús en la Tierra, Pat Roberson, Dios os quiere a todos muertos, sólo que Dios, en este caso en concreto, es una parca neoconservadora y capitalista que hizo que se hiciera efectiva una ley que permitía que se te inyectase un microchip diseñado para regular tu bioquímica personal. Ah, pero, al final, ¿sabe quien ríe el último? Sí señor, el Señor al final de la escalera blanca en persona, Dios Todopoderoso. Mire, todos esos hipócritas religiosos que rezan a Jesús y al amor por el feto, pero que odian la investigación con células madre van a seguir necesitando combustible. Y no pensará que van a empezar a utilizar energía eólica o solar, ¿no? No hombre, no. Van a usar el carbón. Las ruedas del comercio deben seguir rodando. Sólo que hay un pequeño problema. El carbón aumenta los niveles de dióxido de carbono y, a pesar de que George Dubuya y los intrigantes de los combustibles fósiles afirman totalmente lo contrario, la atmósfera de la Tierra se encuentra realmente en la cuerda floja en lo que se refiere a niveles letales por culpa de los gases que se producen con el efecto invernadero. Añade a eso más carbón, y el planeta sobrepasará sus límites de absorción. El calentamiento global se convertirá en un hecho. Los hielos árticos se derretirán como si estuvieran en el interior de un microondas, y toda esa agua fresquita inundará el Atlántico Norte, colapsando el sistema de cambio termal de los océanos. Norteamérica y Europa se convertirán en la tierra de Papá Noel, y entonces podremos decirle adiosito al hombre blanco. Pero oye, no hay de qué preocuparse. La raza humana perdurará, gracias a pueblos como el inuit, los mayas y las culturas aborígenes, que siempre han respetado la tierra, y nunca necesitaron la electricidad. Justicia poética, ¿no cree? El hombre blanco le roba la tierra a los indios, explota sus recursos, y su reinado termina muriendo debido a su ignorancia y autodestrucción. ¿Qué es lo que dijo Jesús? Y los mansos heredarán la tierra, ¿no? Qué tipo tan listo fue.

Ace aparta a Dick Lawrence de un empujón, apenas con tiempo de llegar al baño antes de devolver su almuerzo

---

«El Cuerpo de Ingenieros del Ejército, actuando con precipitación para cumplir la promesa del presidente Bush de proteger desde principios del año 2006 a la ciudad de Nueva Orleans de la nueva temporada de huracanes, instaló unas bombas defectuosas de prevención contra las inundaciones, a pesar de las advertencias que habían recibido de sus propios expertos, en las que se avisaba del posible fallo de aquel equipamiento en caso de tormenta. Las bombas del canal de drenaje estaban pobremente diseñadas y habían sido construidas bajo un contrato presupuestado de 26 millones de dólares, contrato que consiguió después de una disputada puja la Moving Water Industries Corp, de Deerfield Beach, Florida. La MWI pertenecía a J. David

Eller e hijos. Eller había sido socio del antiguo gobernador de Florida, Jeb Bush, en una aventura empresarial llamada Bush-El que comercializó las bombas de la MWI. Eller donó alrededor de ciento veintiocho mil dólares a los políticos. La mayor parte de esta cantidad fue a parar a las arcas del partido republicano, de acuerdo con el CRP [\[45\]](#).»

CAIN BUREAU, Associated Press,  
14 de marzo de 2007.

«¿Se acuerda de JFK? Cuando John F. Kennedy peleaba en la carrera presidencial, tuvo que convencer al público americano de que dejaría sus convicciones religiosas (católicas) en el banco de la iglesia. Hoy en día, los políticos deben llevar su religión a cuestras vayan donde vayan, porque "Jesús sabe quién quiere que sea bombardeado".»

Randi Rhodes. The Rani Rhodes Show.  
6 de junio de 2007.

«Los fascistas islámicos odian nuestra libertad. ¡Oodian todo lo que es nuestro o representamos! ¿Cómo entonces nos proponen que hagamos tratos con Irán? ¡No podemos negociar con un grupo religioso que ansia nuestra destrucción!»

TODD SCHNITT.  
The Schnitt Show,  
6 de junio de 2007.

# Capítulo 29

CONVENCIÓN NACIONAL DEL PARTIDO VERDE

Superdome de Nueva Orleans, Luisiana

25 de agosto de 2012

Alzado sobre doscientos diez mil metros cuadrados de terreno en el centro de Nueva Orleans, este palacio de acero y cemento sirvió, siete años atrás, como refugio para miles de personas que huían del huracán Katrina. Ahora, bajo la reparada cúpula de cuarenta mil metros cuadrados, capaz de aguantar vientos de hasta 220 km/h, miles de votantes independentistas se congregan como si fueran una única mente. El estadio rezuma excitación y ansiedad a la espera del candidato, con la esperanza, y casi el ruego, de que consiga realizar ese homerun que su campaña presidencial tan desesperadamente necesita, en lo que muchos consideran el discurso más importante de su vida política.

Desde uno de los habitáculos dispuestos para la prensa, Jennifer Wiener abre su portátil, lista para hacer un escrutinio sobre el discurso del senador Mulligan con un software de votación en tiempo directo.

—Compatriotas americanos, con ustedes, el senador Edward Randle Mulligan. ¡Próximo presidente de los Estados Unidos!

El senador Mulligan sale de detrás de los cortinajes y saluda con la mano al público. Estrecha manos a los VIP del escenario, luego abraza a su actual compañera, la congresista Cynthia McKinney, y finalmente se dirige al podio. Deja que los aplausos mueran antes de empezar.

—En el siglo XVIII, el poeta inglés Edward Young escribió: «Todos los hombres piensan que todos los hombres son mortales, menos ellos mismos». Damas y caballeros, estas elecciones no van a estar marcadas por las preferencias políticas o por el tema del aborto; tampoco por el derecho a tener armas o los derechos de las personas homosexuales; ni por la cuestión de qué candidato va más a menudo a la iglesia o da la mejor sonrisa en la televisión. Ni sobre vivir en un estado rojo o en uno azul. Ni tan siquiera por el hecho de estar viviendo en los Estados Unidos o no. Estas elecciones quedarán marcadas por una cosa: La Supervivencia. Nuestra supervivencia, la de las especies, y la del mundo que queremos legar a nuestros hijos. Tenemos dos opciones frente a nosotros. Dos caminos, dos destinos. Por uno o por otro, vuestro voto va a tener un enorme impacto en el camino que va a tomar finalmente la humanidad. Uno nos llevará a la esperanza, el otro, al olvido. Uno nos llevará a una economía limpia, independiente, capaz; el otro, a un planeta que se balancea en la amenaza del calentamiento global, la dependencia del extranjero y el caos que está por venir. Nuestra nación, fundada en los principios de la libertad y la

independencia, ha sido secuestrada por dos partidos de políticos que han utilizado sus influencias para pisotear nuestras libertades civiles y vender así nuestra independencia. A nosotros, al pueblo, protectores del presente y guardianes del futuro, nos han mantenido demasiado tiempo acallados mientras el poder desatado de unos pocos se ha mezclado con la codicia de muchos para hacerse con nuestras esperanzas y sueños. Las corporaciones, no los votantes, dan forma a nuestra vida política, mientras que las necesidades de nuestra nación quedan completamente ignoradas. Los miembros del Congreso, que cuentan con la confianza y el apoyo del pueblo americano para que constituyan las leyes que protegen a nuestras familias, nuevamente votan en su propio beneficio, sirviendo siempre a sus intereses. Los americanos verdaderos hemos visto con estupor y disgusto cómo a los piratas de Wall Street se les permite realizar verdaderas acciones de pillaje sobre las compañías y participar en el robo de los fondos de pensiones que os pertenecen. Las compañías farmacéuticas se han hecho propietarias de la Colina del Capitolio: se han promulgado leyes que les permiten multiplicar sus beneficios, mientras nuestros enfermos y mayores tienen que soportar mil carencias para poder costearse sus medicamentos mensuales. Las compañías como Monsanto controlan el stock de semillas y el suministro de alimentos, inyectando esteroides a nuestro ganado y bañando a nuestros cultivos con perniciosos pesticidas. Doce años atrás, nuestro país era un ejemplo económico, sobraban trabajo y fondos, y ahora, tres legislaturas más tarde, tenemos una deuda que durará generaciones, una carencia de empleo extrema, nuestras pensiones sufren continuos robos y estamos sumidos en una guerra que mutila y mata a nuestros hijos e hijas. Pero los que manejan los hilos se hacen más y más ricos. Esta noche, plantamos una pica, y yo, delante de todos vosotros, digo: ¡Ya está bien!

Un aplauso in crescendo inunda completamente el estadio.

Mientras tanto, Jennifer observa cómo las gráficas alcanzan picos en su portátil y aprovecha para tomar algunas notas.

—En 1973, el mundo árabe nos dio una primera imagen de lo que pasaría si dependíamos de otra nación o grupo de naciones para conseguir carburantes para nuestros coches, energía para nuestros hogares, comida para nuestra gente y, en definitiva, si dependíamos de otros para conducir nuestra economía. En lugar de aprovechar el momento, en lugar de emplear nuestros recursos en conseguir una tecnología que nos dejara utilizar una energía doméstica limpia y barata, nuestros líderes dejaron pasar el momento, haciendo más manifiesta nuestra necesidad de petróleo. Si pudiéramos dar marcha atrás al reloj y tomar otro camino, hoy no estaríamos en guerra en el Medio Oriente, ni sufriríamos la amenaza terrorista. Hoy no habría déficit, ni calentamiento global. Si se hubiesen sembrado nuestras semillas en una nueva y verde infraestructura, estaríamos recolectando frutas en lugar de

maniobrando ejércitos en el desierto para poder chupar las últimas gotas de crudo del Golfo Pérsico. Imaginemos por un momento cómo sería el mundo con los cambios que yo pretendo realizar como vuestro nuevo presidente. El primero y principal será la puesta en marcha de un plan de energía de veintiún puntos basado en la preservación y en la utilización de programas de energía verde. En lugar de tener un pensamiento nacional, intentaremos llevar a cabo estrategias locales. En la parte sur construiremos granjas solares. Junto a la costa construiremos plantas eólicas. Invertiremos en remodelar la infraestructura y las instalaciones eléctricas, así como en un nuevo sistema ferroviario, imitando el éxito de nuestros amigos japoneses. Daremos subvenciones a las granjas para que hagan crecer nuestra comida orgánicamente, restaurando así la tierra fértil, al tiempo que realizamos un mayor número de inversiones en nuestras comunidades. ¿Cómo vamos a pagar todos estos nuevos proyectos y programas? Esa pregunta es simple y manida. En mis primeros seis meses en el Despacho Oval, retiraré a todas las tropas americanas, así como a los ejércitos privados, de Irak, cerraré nuestras bases militares y comenzaré una retirada sistemática de Afganistán.

El senador Mulligan realiza una pausa y otro aplauso explota de una manera indefinida y ensordecedora.

—Imaginad lo que será viajar por nuestras costas y ver miles de torres eólicas retráctiles de última tecnología. Torres que recogerán la ilimitada fuerza de la naturaleza para energizar hogares y negocios con una electricidad limpia y barata. Torres de aluminio y acero forjado por obreros americanos, y erigidas por firmas constructoras americanas. Cuando mi administración promulgue las leyes que obliguen a que todas las nuevas construcciones lleven paneles solares, será el obrero americano el que ensamble las células foto-voltaicas, y será la familia americana la que se beneficie de una electricidad limpia y barata. Es labor del líder el que estos sueños se hagan realidad, y cambiar toda la infraestructura de una economía basada en la dependencia del carbón hacia una sociedad limpia y verde conlleva un gran esfuerzo, ¡y es por eso por lo que estoy aquí!

Nuevamente, un tronar de aplausos sacude el estadio.

—Conciudadanos americanos, tener visión no es suficiente. Puede que hayáis oído toda esta retórica anteriormente, pero esos intentos fueron vanos y vacíos, y sus repercusiones, inexistentes. No es suficiente con hablar y hablar, tenemos que arremangarnos y hacer que ocurra. Para conseguir cambiar el mundo, primero tenemos que cambiar nuestro rumbo y, para cambiar nuestro rumbo, primero tenemos que purgar al Capitolio de nuestra nación de todos esos que se interponen en nuestro camino, de todos los que están atados a la industria del combustible fósil, de todas esas candidaturas que han sido erigidas con la sangre de nuestros hijos. En los próximos setenta y cinco días, nuestra campaña identificará a todos esos políticos que

se mantienen junto a las compañías de petróleo y a aquellos que están de nuestro lado, y entonces no habrá estados azules o rojos, ¡sino tan sólo estados verdes!

Nuevamente, un enfervorizado aplauso. Jennifer sonrío de satisfacción al ver que el pronóstico de voto marca un nuevo pico.

—Sabemos dónde están ahora mismo Ellis Prescott y sus compinches. Sabemos de dónde proceden los fondos para su campaña, qué compañías petroleras firman los cheques, qué fanáticos alimentan los ataques que lanzan 527 organizaciones, organizaciones cuya única estrategia es maquillar las mentiras más escandalosas y repetirlas una y otra vez, hasta que las líneas de la verdad quedan totalmente difuminadas. No permitáis que el mensaje de los que sólo odian sea el mensaje de estas elecciones. No dejéis que la misma manida retórica del miedo os confunda. Estas elecciones no son sobre Dios, gays, armas, ni tampoco sobre robarles votos a los demócratas. Agradecemos los muchos años de servicio que los Clinton han otorgado a nuestra nación, pero ahora no es el momento de seguir con una política de centro-izquierda, ni tampoco de la política del terror y la corrupción ejercida por la derecha radical. Liberalismo no es una palabra de cuatro letras. Es un pensamiento Jeffersoniano que guiará a esta nación lejos de la arcaica política económica y energética que tan desastrosamente han sostenido tanto demócratas como republicanos. Esta noche ofrecemos a los americanos otra opción, una opción para destronar a las compañías petroleras y a la maquinaria militar, libre de las luchas internas que han maniatado los últimos cuatro años de la administración Obama. Los medios os dirán que no podemos ganar, pero os hablarán según dictados basados en sus propios intereses corporativos. No permitáis que el demonio, que robará vuestros votos aún más rápido que vuestros fondos de pensiones, os engañe. Preparaos para una guerra de palabras, porque a medida que se aproxime la fecha de las elecciones, mis oponentes irán cayendo más y más en la desesperación. Cada uno de nosotros debe conocer la diferencia entre la verdad y la serpiente petrolera que nos están vendiendo como verdad.

En este punto, el senador hace una pausa, esperando a que el aplauso se apague.

—Y hablando de la serpiente petrolera, a lo largo de los últimos años, el antiguo vicepresidente Dick Cheney ha iniciado su cruzada personal" para incitar al miedo, prediciendo otro ataque terrorista que podría, de alguna manera, justificar la ilegalidad que supone torturar a un ser humano, para así demostrar que su administración mantuvo a la nación a salvo. Pero al decir esto, el señor Cheney se olvida de apuntar el hecho de que los terribles sucesos del 11-S ocurrieron durante su vigilancia, que los avisos y advertencias de los servicios de inteligencia fueron deliberadamente ignorados, y que toda la investigación que se realizó fue inútil después de que las evidencias fueran destruidas y de que los testigos clave fueran excluidos de testificar bajo juramento. Nadie está por encima de la ley, señor Cheney.



Cuando sea elegido, crearé un comité de investigación del 11-S no-partidista, y esta vez no se va a escapar nadie. Esta vez, vamos a sacudir bien las mantas y llevaremos a los culpables ante la justicia.

La respuesta a eso es descomunal. Cynthia McKinney alza un dedo pulgar para mostrar su aprobación.

—Para todos aquellos que seáis aficionados al golf, sabéis lo que es un mulligan —dice el senador sonriendo ante el aplauso espontáneo—. Para aquellos que no lo sepan, un mulligan es un término que significa que la he pifiado y me gustaría repetir. Compatriotas, como nación, la hemos pifiado. Los demócratas la pifiaron porque, cuando fue preciso, no fuimos lo suficientemente fuertes y decisivos, y los republicanos la pifiaron porque permitieron que su partido quedara en las manos de los elementos más radicales de la derecha, que se amamantaban de la teta de un intolerante presentador de un talk show. Todos nosotros la pifiamos cuando confiamos en que nuestros líderes no llevarían a esta nación hacia una guerra de falsas pretensiones. La cagamos cuando confiamos en que nuestro gobierno constituiría fondos que nos ayudarían en caso de sufrir algún desastre natural. Ahora, tenemos que confiar en nuestros corazones en pos de decidir qué camino nos dirigirá a la gloria y cuál nos dirigirá a más mentiras y decepciones, a más dolor, a más angustia, a más dependencia de naciones del tercer mundo a las cuales no les gustamos. En la noche de las elecciones, vuestro voto se convertirá en un catalizador del cambio. No más estados rojos. No más estados azules. Esta noche, acepto este nombramiento en representación de todos los americanos que creen que la palabra «cambio» es un verbo, no un sustantivo: ¡El partido verde es ese cambio!

Los tres picos de colores en el monitor de Jennifer llegan a sus cotas más altas en las gráficas, mientras el estadio enloquece entre el estruendo de los aplausos y el tema musical I won't be Fooled Again, de The Who, que sirve como himno del Partido Verde.

## OCÉANO ATLÁNTICO

12 millas náuticas al noreste de Portland, Maine

25 de agosto de 2012

4:28 A.M. EST

El reflejo de la luna se extiende sobre una marejada de medio metro que lame la quilla de la embarcación. Ace, se relaja en el asiento del timonel, agradecido por ese momento de calma. Habían pasado dos semanas en el mar, siguiendo la costa sur del Labrador a través del estrecho de Belle Isle, pasando Quebec a través del estrecho de Cabot, antes de llegar a las embravecidas aguas de Nueva Escocia.

Dick Lawrence había empleado todo el tiempo, los elementos, e incluso las

consecuentes horas de mareo de Ace en su instrucción.

—Cuando le sumergí, estaba demasiado concentrado en ignorar el dolor. Fue demasiado fácil sacarle toda la información.

—No tenía ninguna razón para ocultarla.

—¿Y si le capturan los saudíes? Si quiere que ese plan suyo funcione, tendrá que agarrarse a su coartada y aguantar todo lo que sea posible.

—¿Y cómo voy a conseguirlo?

—Tiene que entrenarse a sí mismo para poder mantener la mente en un lugar al que no puedan llegar. Tendrá que desasociar su mente de la tortura física.

—La tortura... además de lo de andar por la plancha. ¿De qué tipo de cosas ha oído hablar?

—No le mentiré. Si esos tíos le capturan, la muerte sería la mejor de sus opciones. Los militares chilenos, financiados y entrenados por el gobierno de los Estados Unidos, solían hacer barbaridades con sus víctimas antes de que murieran. Descargas eléctricas o ácido en los genitales, bayonetas que atravesaban anos, partes del cuerpo mutiladas o atravesadas, dedos, lenguas y orejas cortadas. A las prisioneras se las violaba mientras obligaban a miembros de su familia a mirar, o las ponían ratas en la vagina y en la boca.

—¡Por favor, basta!

—Le estoy diciendo todo esto para que se prepare. Usted acudió a mí con una tapadera llena de agujeros. Su acento es el equivocado, sus conocimientos básicos, inexistentes. Necesita aprender, Ace. Necesita conocer su nueva identidad por dentro y por fuera. Si alguien le grita «ACE» desde el otro lado de la habitación, debe condicionarse a no mirar. Tiene que convertirse en esa persona, porque si ellos se percatan de algún resquicio de su personalidad, el dolor que le causarán será terrible. Le mantendrán vivo, al menos hasta que obtengan lo que ellos quieran de usted, y es por eso por lo que tenemos que prepararle. Si implora por vivir, será lo mismo que estar ya muerto, pero si ven que quiere morir, no lo harán. Es únicamente un simple ejemplo de psicología inversa, pero tiende a convertirse en realidad con mucha frecuencia.

La táctica de atemorizar a Ace surtió efecto. Practicó, creando recuerdos falsos para su nueva personalidad, ensayando lo que tendría que hacer en la aduana, cómo entraría en el banco saudí, qué tendría que decir y cómo reaccionar. Sabía que su falsa identidad nunca se sostendría en un interrogatorio, por lo que él y Lawrence idearon una razón legítima de por qué Ace tendría que estar buscando la ayuda de un banquero Saudí. Aquella nueva tapadera era más fuerte, y el entrenamiento que recibió le dio cierta confianza, de la misma manera que hace veinte años en aquel campo de fútbol. Después de dos semanas, estaba preparado para su «partido».

---

«Una investigación federal en las cuentas bancarias de la embajada saudí en Washington pudo identificar varias transacciones "sospechosas" por un valor total de veintisiete millones de dólares, entre las que se incluían varias transferencias de cientos de miles de dólares a varias asociaciones de caridad musulmanas, así como a varios clérigos y estudiantes saudíes que habían sido investigados por su posible relación con actividades terroristas. Estas investigaciones también destaparon una serie de enormes transferencias realizadas desde el extranjero por el embajador saudí en los Estados Unidos, el príncipe Bandar bin Sultan. Estas transacciones hicieron que el banco de toda la vida de la embajada, el Riggs Bank de Washington, dejara de contar con los saudíes como clientes, después de que varios oficiales de la embajada fueran "incapaces de dar una explicación satisfactoria", según dijo una fuente conocedora de los hechos.»

NEWSWEEK,

12 de abril de 2006.

«Los saudíes están activos en cualquier nivel de la cadena del terror, desde los que realizan los planes financieros, hasta los que son auténticos soldados de a pie, pasando por los ideólogos, e incluso las cheerleaders. Arabia Saudí apoya a nuestros enemigos y ataca a nuestros aliados.»

LAUREN MURAWIEC. Analista, Rand Corporation.

## Capítulo 30

### IRÁN AMENAZA CON REALIZAR ACCIONES DE REPRESALIA A TRAVÉS DE HEZBOLÁ

Associated Press. 28 de agosto de 2012

Mientras las tensiones entre Irán y los Estados Unidos siguen aumentando en Oriente Medio, los expertos del Departamento de Seguridad Nacional han dado a conocer sus preocupaciones respecto a la recién descubierta capacidad de armamento nuclear de Irán y a la posibilidad de que se pudiera sufrir un ataque en tierras americanas.

Sabemos que Irán apoya (a través del Líbano) a Hezbolá, organización con células en los Estados Unidos, al igual que Al-Qaeda, según dijo Patrick Blanchard, subdirector de la Unidad Antiterrorista del Departamento de Seguridad Nacional. El gobierno iraní ve esta Yihad islámica como una extensión de su propia política de estado. A diferencia de los ataques del 11-S en 2001, se podrían desplegar sin problemas uno o dos equipos operacionales armados con un dispositivo nuclear.

El gobernador Prescott dio a conocer estas preocupaciones en su discurso de ayer en Cleveland. Vivimos tiempos peligrosos. Creo que el público americano entiende y aprecia el hecho de que la administración Bush/Cheney haya sido tan dura contra el terrorismo. Rezo cada día para que nuestros conciudadanos no tengan que pagar el precio de la relajación que hemos sufrido al respecto durante los años de la administración Obama. Tal y como advirtió el vicepresidente Cheney en repetidas ocasiones, cerrar Guantánamo sería un error muy peligroso. Y en lo que respecta al candidato del tercer partido (el senador Mulligan), si bien es cierto que invertir en recursos para obtener energías alternativas es importante, la verdad es que no podremos optar a ningún mulligan cuando una bomba sucia, o una nuclear, explote en nuestro territorio. No hay nada más importante que proteger nuestra nación. En noviembre, creo que muchos americanos desearán un líder en la Casa Blanca que sea capaz de proteger a sus familias, no un candidato a quien le importen más los derechos de los terroristas, o a un hombre que se pase toda la candidatura construyendo molinos.

WASHINGTON D.C.

29 de agosto de 2012

Gary Schafer, el director del FBI, entra en el aparcamiento de la tienda de donuts mientras comprueba la hora en su reloj y verifica si aún es lo suficientemente

temprano.

A media manzana de distancia, Elliot Green aparca su coche en el borde de la acera. El agente del FBI suspendido ha estado siguiendo los movimientos de Schafer los últimos once días. Hoy es el primer día que el director de la agencia abandona la oficina durante el horario de trabajo, y Green duda que lo haya hecho por una necesidad imperiosa de azúcar.

Unos minutos después, Schafer sale de la tienda de donuts con un café. En lugar de volver a su coche, se dirige a la cabina telefónica que hay en el exterior del edificio.

Bingo. El corazón de Green se acelera mientras intenta sostener una antena parabólica del tamaño de un frisbee pequeño por la ventanilla del coche. El dispositivo de vigilancia electrónica amplifica los sonidos recogidos y los concentra en el centro del plato, desde donde son recogidos por un micrófono ultrasensible. Elliot se coloca unos enormes auriculares en los oídos, escucha y graba la llamada de Gary Lee.

—Soy yo. ¿Cuál es su situación?

[Pausa.]

Green coge una cámara con la mano que le queda libre y ajusta la lente para sacar unas cuantas fotos rápidas.

—¿Por qué el retraso? [Pausa.] Sí, pues ahora sí importa. Los de arriba están debatiendo si adelantar las fechas. [Pausa.] Pues porque nuestro amigo está subiendo en las encuestas, ¿o es que acaso no lee los periódicos? [Pausa larga.] Seis semanas, nueve como mucho. Estén listos para actuar. Le llamaré la semana que viene con lo que decidan.

Green recoge su equipo mientras Schafer vuelve a su coche y conduce hasta salir del aparcamiento. Espera otros treinta segundos antes de dar una carrerita hasta la cabina, seguidamente marca un número.

—Green, Elliot. Número de identificación 155-16533-17. Necesito el número de teléfono y la localización del último número marcado desde esta cabina.

RIYADH REY KHALED,  
AEROPUERTO INTERNACIONAL  
Riad, Arabia Saudí  
1 de septiembre de 2012

El vuelo comercial de Air France desciende sobre la infinidad del desierto. Los abruptos acantilados sobre las tierras altas de Twaiq aparecen en la periferia. Allí, en la distancia, el Aeropuerto Internacional Rey Khalid es un oasis de cemento y cristal que se extiende a lo largo de una planicie de ciento cincuenta kilómetros.

Antigua ciudad desértica, Riad se ha convertido en los últimos años en una de las ciudades más grandes de Arabia Saudí. La capital de la nación alberga dos universidades. La Universidad Sa'ud y la Universidad Islámica Imán Muhammad Ibn Sa'ud, así como el centro médico más sofisticado del reino. Riad también acoge a la Agencia Monetaria de Arabia Saudí, que funciona como banco central y como centro principal de inversiones.

El vuelo 737 se posa en el suelo, para luego dirigirse a la terminal designada. Ace Futrell saca el maletín del compartimento de equipajes que hay situado sobre su cabeza y sigue a los otros viajeros a través del puente portátil que les lleva hasta una escalinata dentro del corredor que desemboca en la aduana del aeropuerto.

Los rayos del sol atraviesan el techado estratificado, compuesto por setenta y dos paneles triangulares curvos. Varias cascadas artificiales de agua rompen en una serie de estanques. Incluso hay unos atrios ajardinados donde crecen higueras, entre otras setecientas cincuenta mil clases de plantas y tres mil variedades de árboles, arbustos y flores que han sido importados para adornar las terminales, galerías y pabellones del aeropuerto, así como una mezquita que puede albergar a más de cinco mil fieles. Esto, sumado al efecto creado por este jardín del edén, es abrumador.

—¿Está aquí por negocios o por placer, señor Murphy?

—Espero que ambas cosas.

Una vez sellado el pasaporte, el oficial de aduanas manda a Ace a recoger sus pertenencias. El conductor de la limusina está esperándole en la zona de equipajes, sosteniendo un cartel en el que se puede leer «Stephen Murphy».

Veinte minutos más tarde están en la autopista, en dirección al centro de Riad.

\* \* \*

—¿Por qué me llama?

Scott Santa siente que la satisfacción inunda su cuerpo al notar que la presión arterial de David Schall sube.

—Nuestro chico acaba de llegar a Riad. Supuse que querría saberlo.

—¿Qué? Espere un momento, no cuelgue.

Santa escucha cómo el director de la CIA se desplaza hacia otra habitación para conseguir más privacidad.

—¿Está usted seguro?

—Por lo visto olvida que aún soy empleado de aduanas. Está viajando con un alias, utiliza además un pasaporte canadiense. Las nuevas cámaras de seguridad escanearon su rostro. Ha dado una identificación positiva debido a una alerta que yo puse el pasado mes de marzo. Le dije a mi contacto que lo dejara ir.

—¿Por qué demonios ha hecho eso?

—Si insiste en buscarme, será mejor saber dónde está él.

—¡Esa estrategia es muy peligrosa! Le recomiendo que...

El ruso-americano cuelga el teléfono sin previo aviso, cortando así toda comunicación con el director de inteligencia. Sentado en el vestíbulo del Hotel Continental, en la calle Maazar, Santa observa con perversa diversión a Ace Futrell, que se dirige a recepción.

\* \* \*

—Bienvenido al Hotel Continental, señor Murphy. Le hemos reservado una habitación en la séptima planta. Todo ha sido pagado ya. ¿Podemos hacer algo por usted?

—Sí, estoy esperando un envío.

El recepcionista busca en su mesa y saca un paquete de Federal Express que contiene un CD-ROM.

GARY, INDIANA

1 de septiembre de 2012

Situada en la parte sur del lago Michigan, a cuarenta y cinco kilómetros del centro de Chicago, se encuentra Gary, Indiana, una ciudad que recibió su nombre de Elbert H. Gary, el Presidente de U.S. Steel, aunque es más conocida por ser la ciudad natal de la familia de músicos y cantantes Jackson.

Mitchell Wagner, antiguo compañero de colegio de Ace, es el vicepresidente del Gary Southshor Railcats, un equipo de béisbol de segunda división que compite en la Liga Norte, la cual se desarrolla en la mitad oeste de los Estados Unidos y las provincias canadienses de Manitoba y Alberta. Wagner sigue a Leigh y Sammy Futrell hasta su oficina. A través de la ventana principal de la habitación se puede ver la parte derecha del Campo U.S. Steel, el estadio de seis mil asientos de los Railcats.

—Sé que no es el estadio de los yankees, pero todavía podemos divertirnos un montón. Desde aquí podéis ver los partidos, o también podéis ir a nuestros asientos reservados, justo detrás de la zona de home [\[46\]](#). ¿Cómo lo ves Sam? Incluso quizá pueda hacer que entres como recoge pelotas.

—Quiero irme a casa.

Leigh abraza a su hermano, intentando consolarlo.

—¿Cuándo podremos volver a casa?

—Bueno, ya hemos hablado de eso. Tan pronto como tu padre lo considere oportuno, os llevaré en el siguiente avión a Nueva York. Hasta entonces, vamos a intentar pasárnoslo lo mejor posible.

—¿Y la escuela? Se supone que empezamos el colegio en un par de semanas.

—Contrataremos a un tutor. De nuevo os digo que creo que vuestro padre volverá tan pronto como...

—Pero ¿y si no lo hace? —dice Leigh, interrumpiendo a Wagner, el cual empieza a sentirse arrepentido por haberse hecho cargo de la responsabilidad que Ace le ha dejado—. ¿Y si le pasa algo malo? ¿Y si nunca vuelve?

Al oír a su hermana, Sam empieza a llorar otra vez.

—Yo iba a jugar el campeonato de rugby. Yo y Matthew Cubit ya nos habíamos inscrito.

—¡Los Bears! Tengo pases de temporada para los Bears.

Wagner busca en su mesa un sobre con varios pases en su interior.

—Mira, Sam, podríamos ir a verlos. ¿Qué te parece? Y mientras tanto, Leigh y la señora Wagner pueden ir de compras. ¿Has estado alguna vez en Chicago? Es una ciudad genial, con muchos museos y galerías comerciales. ¿Te gustaría ir?

—No me gustan los Bears, me gustan los Jets —contesta Sam, torciendo el gesto.

—¿Los Jets, eh? —dice ahora Wagner, buscando frenéticamente en el calendario de partidos de los Bears de Chicago—. Vaya, no jugamos contra los Jets este año. ¿Te gustan los Vikings o los Greenbay?

El chico le da una sorbida de mocos por respuesta.

—Oye, un segundo, ¿y los Giants? Mira lo que tenemos por aquí... Los Bears contra los New York Giants, y es este lunes por la noche. Guay, ¿no? Para entonces seguramente ya estaréis de vuelta en casa con vuestro padre, pero tendremos este plan en cuenta por si acaso, los cuatro. Pasaremos el día en la ciudad, y luego, al rugby. Los Giants sí te gustan, ¿no, Sam?

Sam mira a su hermana, ella le asiente con la cabeza.

—Genial —dice Wagner, subrayando la fecha con un círculo y preguntándose cuándo iba a dar señales de vida el padre de los chicos para hacer la transferencia de fondos prometida... si es que seguía vivo.

BANCO COMERCIAL NACIONAL

Sucursal de Gharnata, Khalid Bin Waleed Street

Riad, Arabia Saudí

3 de septiembre de 2012

10:27 A.M. Hora local

Éste fue el primer banco establecido en Arabia Saudí. Fue fundado en 1953, en base al Decreto Real promulgado por el último rey, Abdulaziz Bin Abdul Rhaman Al Saud. Con casi doscientas setenta sucursales y un capital excedente de 1.6 billones de dólares, es la institución financiera más poderosa y más grande de Oriente Medio.

Como la mayoría de los bancos de la NCB, la sucursal de Riad está dividida en



cuatro secciones diferenciadas. El área principal alberga un vestíbulo repleto de dispositivos electrónicos para que los clientes puedan realizar sus depósitos, retiradas de dinero, o para pagar recibos y facturas. La segunda sección es específicamente para la banca privada con los clientes, conocida con el nombre de Al-Weesam. La tercera sección es tan sólo para servicios individuales a los clientes. Y la última queda relegada a la atención al cliente para mujeres.

Ace entra en el edificio. Tiene la espalda de su camiseta empapada en sudor (que se enfría por el aire acondicionado del recinto) bajo un traje de color marrón. Da el nombre de Stephen Murphy en recepción y luego se sienta en el vestíbulo, con el maletín siempre a su lado. Está más excitado que nervioso.

Diecisiete minutos más tarde es recibido por el subdirector de la sucursal, el señor Ibrahim Al-Kuwaiz, un hombre achaparrado con perilla gris y cejas pobladas. Con un gesto amable, conduce a Ace hacia su despacho.

Al entrar, Ace cierra la puerta tras de él y se fija automáticamente en el terminal de ordenador que hay encima de la mesa.

—Bueno, señor Murphy, entiendo que conoce a nuestro amigo y cliente, el señor Daniel Pernini.

—El señor Pernini habla muy bien de su banco, y ése es el motivo por el que he abierto recientemente varias cuentas de negocios en su sucursal de París. Mi compañía planea expandir sus operaciones en el Golfo Pérsico, pero primero tengo algunas dudas que consultarles.

—Dígame.

—Primero, le pediría que accediera a mi cuenta a través de su ordenador —dice Ace, sacando un cheque en blanco, con los códigos de banco y el número de cuenta al borde.

Al-Kuwaiz introduce su información personal en el ordenador para acceder al sistema y luego teclea la información bancaria de Ace.

—Umm. Yankee Clipper Products. ¿Qué es lo que venden, señor Murphy?

—¿Ha oído hablar del Equipo de béisbol de los Yankees de Nueva York? Bueno, pues nosotros le confeccionamos todo. Souvenirs, programas... 200 millones de dólares al año de beneficios —contesta Ace, abriendo su maletín y sacando una gorra con el emblema de los Yankees—. Para usted.

—Oh, muchas gracias —dijo el subdirector, poniéndola a un lado.

—Tengo otro regalo, pero éste es bastante especial. Quiero su opinión al respecto. Es muy importante. El director del banco en París lo probó y le encantó, pero creo que el gusto saudí es diferente.

Ace saca un paquete de chicles con el emblema de los Yankees, coge uno y se lo da al señor Al-Kuwaiz.

—Es un nuevo sabor de chicle. Por favor, Pruébalo y dígame qué es lo que piensa.

—Bueno, en realidad no soy un gran aficionado a los chicles.

—Pero es un hombre de negocios. Mastique un par de veces y tendrá el aliento más fresco de todo el banco.

Al-Kuwaiz lo desenvuelve y, no sin dudar unos segundos antes, termina por introducir el rectángulo amarillo en su boca. Su perilla sube y baja al ritmo que masca.

Mientras Ace lo observa, la mirada de Al-Kuwaiz se torna más pesada y, de repente, sus mandíbulas dejan de mascar. El chicle estaba espolvoreado de Burundanga, un polvo soluble más conocido en Colombia como Polvo Zombi. Sintetizada de la planta de la borrachera, se dice que la Burundanga es la droga más peligrosa que existe, ya que deja a las víctimas en un coma virtual, impidiendo que el cerebro conserve cualquier tipo de recuerdo hasta horas después de que haya pasado su efecto.

—¿Señor Al-Kuwaiz ?

Silencio.

Al ver que no hay respuesta, Ace saca el CD-ROM de la funda de «Grandes éxitos de John Lennon», junto con el anuario de los Yankees. Coloca su silla junto a la de Al-Kuwaiz y finge leer el anuario junto al subdirector comatoso mientras sus ojos estudian el monitor. De forma disimulada, se agacha junto a la torre del ordenador, bajo el escritorio, y abre el lector de CD. Con un movimiento rápido, introduce el CD-ROM, el cual contiene un gusano Promis, y luego cierra la bandeja.

En la pantalla aparece una línea de comandos en árabe. Hace clic sobre el icono del CD. Su corazón se agita en el pecho mientras aparece la barra que indica el tiempo que falta para que el gusano se descargue.

Ace mira su reloj. Son las 10:38 a.m.

Como si fuera el Corán, acude de nuevo al anuario, con la intención de fingir que está mostrando capítulos a su zombi saudí mientras espera que el indicador de descarga señale finalmente que ha terminado. No se percata de que encima de su cabeza, instalada en el techo tras un motivo decorativo con espejos, la cámara de seguridad del banco está grabándolo todo.

\* \* \*

Scott Santa entra en el banco con unas gafas de sol oscuras y un sombrero panamá de color beige. Sonríe a la recepcionista y finge firmar, pero sus ojos estudian a toda velocidad la lista de personas registradas en busca del nombre de Stephen Murphy.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Sí, pero primero necesito tener acceso a Internet.

La recepcionista le señala una pequeña habitación junto a un pasillo.

—Sírvese usted mismo.

\* \* \*

—Y George Steinbrenner se vio obligado a abandonar después de padecer ciertos problemas respiratorios en el Campeonato de la Liga Americana en 2008, partido que perdieron contra los Tampa Bay Rays. Años antes, los Bronx Bombers habían perdido contra otro equipo de Florida, aunque aquello no fue ni la mitad de malo que perder contra los Red Sox.

Mientras lee, Ace comprueba de nuevo su reloj. 11:14 a.m. Sus ojos aún permanecen pegados a la barra de descarga cuando ésta alcanza el cien por cien

De repente, el monitor parpadea y el ordenador se resetea.

—Bueno, ha sido realmente divertido, pero debo irme —dice Ace sacando el disco de la unidad de CD y depositándolo entre las páginas del anuario. Luego coge su maletín y sale de la oficina, en ese momento todas las terminales del banco se resetean de forma simultánea.

Al atravesar el vestíbulo, Ace se esfuerza a ralentizar el paso mientras sale del banco... seguido por el asesino de su mujer.

Ace finalmente abandona el edificio y gira hacia la derecha. Sigue caminando hasta pasar otro bloque, y de nuevo gira al llegar a la esquina. Mientras, sus dedos buscan en el anuario. Se detiene, tira al suelo el disco y lo pisotea hasta partirlo en mil pedazos; luego los recoge y los deposita todos, a excepción de uno, en una papelera. A continuación llama a un taxi.

En veinte minutos está de vuelta en el Hotel Intercontinental, con la adrenalina corriendo por todas las venas de su cuerpo. Su vejiga palpita mientras cruza el vestíbulo que conduce a los ascensores. El ascensor sube lentamente antes de parar en un piso donde se bajan el resto de ocupantes. Finalmente llega a la séptima planta, abre la puerta de su habitación y corre hacia el baño para orinar y cambiarse. Se pone una ropa más cómoda y guarda lo que se acaba de quitar en su bolsa de viaje; saca el trozo que queda del CD-ROM y lo lanza por la ventana a los árboles de abajo, luego coge la bolsa y sale de la habitación.

En la puerta del hotel no hay ningún taxi. Hace señales a uno de los porteros y espera, recordándose a sí mismo lo que le había aconsejado Dick Lawrence.

No tengas ninguna prisa, simplemente, hazlo todo con calma.

Un taxi se mete en el carril de entrada al hotel. Se abre la puerta y Ace espera a que una pareja de media edad salga del vehículo para introducirse en él. Una vez dentro, cierra de golpe la puerta.

—Al aeropuerto, por favor.

Siguiendo la orden, el taxi se introduce en la marea de tráfico.

«El vuelo sale en dos horas. La cosa es sencilla, simplemente tienes que dirigirte

a la aduana, coger un sándwich y montarte en el avión. En tres horas haces escala en París y, después, directo a los viejos Estados Unidos. "Gracias, pero ya fui vacunado contra la gripe aviaria y tuve una reacción alérgica. Ahora, si no le importa, me gustaría ir a ver a mis hijos".»

Mientras piensa sus próximos movimientos, tararea una vieja canción de Diana Ross... Back in my arms again... so satisfied...

—Señor, ¿a qué línea vamos?

—Air France.

El conductor finalmente lo deja en la terminal internacional. Se abre camino a través del vestíbulo del Jardín del Edén y termina esperando en una larga cola que hay junto a la aduana.

Pasan veinticinco minutos y su nerviosismo va acrecentándose.

«¿Y si encuentran al tipo del banco antes de que se le pase el efecto de la droga? Tal vez debería haber cogido el vuelo fuera de Jiddah, o cruzar la frontera con Israel. No, eso hubiera sido demasiado peligroso.»

—Pasaporte, por favor.

Saca el pasaporte del bolsillo y se lo pasa al policía.

—Gracias. Ha sido seleccionado para un registro de seguridad al azar, por favor, acuda a la oficina seis.

«Ha dicho al azar. Mantén la calma. Esto te ocurre continuamente.»

Ace sigue sin vacilar al oficial de aduanas hasta una habitación totalmente iluminada.

«No, esto le pasa continuamente a Ace Futrell, no a Stephen Murphy.»

Hay cuatro oficiales. La vara del Muttawa es bastante larga, si bien el thobe de los policías religiosos es un tanto más corto de lo normal. Los otros tres hombres son oficiales de policía saudíes.

En ningún momento ve al quinto hombre, que es quien le da el golpe en la base del cráneo que le deja inconsciente.

---

«Robáis nuestras riquezas, nuestro petróleo, comprándolo a precios miserables por vuestras influencias internacionales y vuestras amenazas militares. Perpetráis el robo más grande jamás presenciado por los ojos de la humanidad en la historia del mundo.»

OSAMA BIN LADEN, «Carta al Pueblo Americano».

«El presidente Bush y el vicepresidente Dick Cheney autorizaron al asistente principal de éste último (I. Lewis Libby) a lanzar un contraataque de filtraciones

contra los críticos de la administración en Irak, suministrando información de inteligencia a los reporteros, de acuerdo con la documentación que citaba el testimonio de este asistente en el caso de las filtraciones en la CIA.»

Associated Press, 6 de abril de 2006.

«El extremismo es una cosa tan simple... cuando vas lo suficientemente lejos hacia la derecha, ves venir a los mismos idiotas desde la izquierda.»

Clint Eastwood.

# Capítulo 31

FILADELFIA, PENSILVANIA

4 de septiembre de 2012

4:27 P.M. EST

El parque industrial está situado en la Gran Avenida, la vía pública principal que comienza una vez pasada la entrada noroeste del aeropuerto de Filadelfia. Al igual que los otros edificios del complejo, el Bloque-22 es una estructura de ladrillo de tres plantas, divididas ocasionalmente por estrechos ventanales rectangulares.

Toda la planta superior del Bloque-22 está alquilada a una entidad llamada Fundación Johnston. Los folletos describen a la organización como una «Unidad Global que aúna esfuerzos para acabar con el sufrimiento infantil». En la portada del folleto se puede ver a un niño africano desnutrido y con el abdomen hinchado, y en la parte de atrás una dirección donde los particulares interesados pueden mandar donaciones deducibles de impuestos. No hay más información sobre el tamaño de esta fundación, o sobre a quiénes están ayudando concretamente.

Charles Wallace, conocido por sus empleados como CW, patrulla en el «toril»: siete filas de terminales, de ocho filas de profundidad. Cada uno de estos terminales está en continuo funcionamiento durante todo la jornada, en turnos de ocho horas, siete días a la semana, por tres equipos rotativos de técnicos en ordenadores.

«Los primeros», los que hacen el turno de mañana, crean nuevas cuentas de banco en varias instituciones financieras en países no enemigos a lo largo de todo el mundo. «Los segundos», que hacen el turno de tarde, mueven pequeñas cantidades de dinero para dejar un rastro de actividad en las cuentas. «Los terceros», que trabajan de noche, entrelazan juntos grupos de cuentas al azar antes de pasarlas a los «limpiadores», que, desde otro edificio, terminan haciendo «donaciones» a un receptor final.

Junto a la base de cada ordenador hay una caja negra del tamaño de un paquete de cigarrillos. En el caso de surgir algún problema, Wallace podría marcar un número programado en su teléfono móvil, e instantáneamente todos los ficheros de todas las bases de datos de los ordenadores quedarían borrados.

En la primera planta del Bloque-22, dos plantas por debajo de la Fundación Johnston, está la Brewer Travel. Esta agencia tiene el suficiente volumen de negocio como para mantener a su única agente de viajes, Betti Fortier, una mujer de cuarenta años madre de cuatro hijos. A Fortier le gusta su trabajo, y su paga, aunque le preocupa cuánto tiempo podrá mantener el dueño la agencia abierta. La lentitud del negocio nunca pareció preocupar a Lynn Brewer, quien pasaba la mayor parte de su tiempo tras la mesa de su despacho, frente al ordenador, bebiendo a sorbos una Pepsi

de vainilla Light tras sus persianas venecianas.

Brewer se autodescribe como «Una Irlandesa Hiperactiva más dura que la piedra». Anteriormente había sido una analista informática de sistemas que había pasado una década yendo de una contrata de defensa a otra, principalmente fabricando misiles, y siempre ganando dinero. Durante los últimos veinte años había programado software de rastreo y persecución de hackers, especializándose en los sistemas bancarios. Durante veintitrés días, la «Reina del COBOL» había estado rastreando al Promis, esperando que el gusano que había diseñado hacía unos meses apareciera por fin en la red.

Exactamente a las 4:53 p.m., su ordenador «parpadeó».

—Vaya, hola muchachote —dice ella, dejando a un lado la novelucha que había estado leyendo para teclear rápidamente una serie de contraseñas y comandos.

La pantalla cambia, comienza a mostrar franjas de datos que van de abajo hacia arriba. Brewer sonrío de satisfacción y marca un número en su móvil.

—¿Señor Keene? Soy Lynn Brewer, de Viajes Brewer. Si aún está interesado en comprar ese paquete para Maui, debería hacerlo pronto, parece que las tarifas aéreas van a subir de precio en breve.

## CENTRO DE INTERROGATORIOS MABAHETH

Riad, Arabia Saudí

La celda no tiene ventanas. Una única bombilla cuelga del techo, justo encima de una mesa de madera y unas cuantas sillas plegables. Ace está sentado muy derecho, con los brazos dolorosamente sujetos a la espalda por sus manos esposadas. Su cabeza late allí donde el bastón le ha golpeado, en el cráneo. Tiene el pelo apelmazado por la sangre seca. Le han quitado los zapatos y los calcetines. Sus pies desnudos, con grilletes en los tobillos, están apoyados y sujetos en la superficie de la mesa.

Un guardia está observando a Ace desde su altura, apoyado sobre una delgada varilla de bambú. El interrogador sigue haciéndole preguntas.

—¿Para quién trabaja, señor Murphy?

—Ya se lo he dicho, tengo asuntos en distintos negocios: una tienda de souvenirs...

—¿Y qué asuntos tenía que atender en el Banco Nacional?

—Estoy lanzando una nueva línea de productos en Oriente Medio. Un amigo me recomendó que moviera todos mis activos a ese banco. ¿Es acaso un crimen?

—¿Qué es lo que le hizo al subdirector, el señor Al-Kuwaiz?

—Nada, estuvimos hablando, y el tío se quedó como alelado. ¿Ha tenido un ataque o algo?

El interrogador asiente.

El guardia da un paso y se acerca a Ace, sonriendo, para luego darle un latigazo con la varilla de bambú en la planta de los pies.

Ace da un salto, aullando de dolor, mientras su cuerpo se convulsiona.

El interrogador sigue haciendo preguntas de forma tranquila.

—Usted insertó un CD-ROM en la terminal del ordenador del subdirector. ¿Qué era?

La bombilla oscila y se nubla ante la visión de Ace.

—Un videojuego, una simple muestra de mi mercancía. Me pidió... verlo.

El guardia sujeta de nuevo las piernas de Ace contra la mesa, mientras fustiga con la varilla repetidamente la planta de sus pies. Ace grita. Los huesos de sus pies están a punto de romperse. El puente empieza a inflamársele, y el dolor casi le provoca un desmayo.

—Lo llamamos la Falange. Lo que le espera hará que esto que está padeciendo ahora le parezca el abrazo amoroso de una mujer. Quiero serle muy claro, señor Murphy. Va a ser acusado de espionaje. No tiene derechos, ni un abogado, y la embajada americana no recibirá ningún tipo de información respecto a su paradero. Nadie va a intervenir en su favor. No va a haber ningún juicio. La pena por espionaje es la muerte por decapitación. En esta coyuntura en la que está, tiene dos opciones: puede contestar mis preguntas ahora, y ahorrarse una buena cantidad de sufrimiento, o puede seguir haciéndose el tonto. En este último caso, igualmente nos proporcionará la información que le pedimos, sólo que lo hará mientras es desmembrado lentamente.

Ace lanza un escupitajo de saliva al suelo antes de hablar.

—No... soy... un... espía.

El interrogador coge a Ace por el pelo, le echa la cabeza hacia atrás y le mira directamente a los ojos.

—Muy bien, señor Murphy. Esto hasta ahora ha sido el cielo. Ahora va a descender a los infiernos.

Asintiendo de nuevo al guardia, le da una orden.

—Limpiadlo y trasladadlo a Inakesh. Lo quiero en Jiddah antes de que anochezca.

\* \* \*

El viaje dura seis horas. Ace duerme la mayor parte del trayecto en el suelo de la furgoneta. Se dirigen al oeste por una autopista de dos vías que cruza el desierto. Fuera está oscuro, más oscuro que en cualquiera de los sueños de Ace.

Alguien lo despierta de malas maneras, entonces se sienta dolorosamente para ver unos muros altos, imponentes, como los de un palacio. A medida que se acercan,



puede ver que estos muros son de cemento, y el palacio, una prisión. Unas puertas de acero enormes se abren y la furgoneta entra. Las luces de los focos de seguridad cortan la noche del desierto, escoltando al vehículo mientras éste realiza un recorrido circular hacia la entrada rectangular de un edificio de tres plantas.

A Ace lo sacan a rastras de la furgoneta, para luego subir los escalones de granito que hay frente a los enormes portones de la cárcel. Dos guardias de la Fuerza Nacional lo desnudan. Luego lo visten con un desgastado uniforme de prisionero. Seguidamente lo conducen a través de una estrecha escalinata de catorce peldaños de cemento hasta un corredor subterráneo. El pasadizo está iluminado por una serie de bombillas desnudas, colgadas del techo, y todo aquello despiden un eterno hedor a sudor y heces humanas. Hay celdas a su izquierda y a su derecha, pero Ace no está seguro de si están ocupadas o no.

Se detienen frente a la penúltima puerta de la izquierda. El guardia abre la puerta de la celda y le muestra un habitáculo de apenas un metro y medio de ancho por dos de largo. En el suelo hay un catre. También hay un retrete, sin tubería de desagüe, simplemente encima de un agujero en el suelo. El olor a descomposición que sale de aquella taza de váter es sobrecogedor.

Un enorme anillo de metal está sujeto a la pared que hay junto a la puerta a la altura del tobillo. El guardia, un beduino de piel oscura que parece un luchador de lucha libre, quita el grillete de la mano izquierda de Ace y lo vuelve a enganchar al anillo de metal.

Una vez hecho esto, el beduino sale de la celda y cierra la puerta tras de sí ruidosamente.

Ace Futrell se enrosca en posición fetal sobre el catre. El miedo hace que su cuerpo se convulsione incontrolablemente. Cierra los ojos para no ver la fría celda iluminada por una única bombilla que cuelga desde el techo encima de su cabeza.

Lentamente, los sonidos se van difuminando hasta desembocar en un silencio sepulcral. Las garras de una alimaña rascan el cemento de alguno de los muros. Los insectos revolotean alrededor de su cabeza, zumbando. Susurros de gente hablando en árabe se filtran a través del ventanuco enrejado de la puerta de acero; son los gemidos de algunos presos y el lamento de los que, comprensiblemente, han perdido el juicio.

Ace ha entrado en su purgatorio, lo que le espera es el infierno.

«Tenemos una idea bastante general de la estructura y las estrategias de la organización terrorista Al-Qaeda. Sabemos y advertimos que este grupo está planeando un ataque a gran escala.»

James Pavitt, Director General de Operaciones de la CIA.

«Osama bin Laden no comprende que lo único que consigue con sus acciones es reforzar los intereses americanos... Si uno estudia el mapa de las bases militares americanas construidas para la guerra, se da cuenta del hecho de que siguen una ruta idéntica a la que cubre la red de tuberías petrolíferas que van desde Afganistán hasta el Océano Índico. Si creyera en la teoría de la conspiración, pensaría que Bin Laden es un agente americano. Puesto que no soy uno de estos creyentes, sólo me queda pensar que es una coincidencia.»

Uri Averbach, antiguo miembro del Knesset Israelí y actual columnista del Ma'ariv,  
14 de febrero de 2002.

Extracto del libro:

Al Borde del Infierno:

Una Disculpa a los Supervivientes

Por Kelli Doyle

Consejera de Seguridad Nacional de la Casa Blanca  
(2002-2008)

El esquema del 11-S, la invasión de Irak del 2003 y el ataque nuclear que está por llegar convergen en dos sucesos: El advenimiento de una crisis del petróleo y el final de la primera guerra del Golfo.

En 1992, el Presidente George H.W. Bush estaba finalizando su primer (y único) periodo legislativo cuando el Subsecretario de Estado, Paul Wolfowitz, un joven neoconservador, supervisó el borrador de una nueva declaración política titulada «Guía de Planificación Defensiva» (GPD). Escrito también por I. Lewis (Scooter) Libby, el documento era esencialmente un informe detallado de cómo América debería aumentar su ventaja militar respecto al resto del mundo con el fin de evitar el surgimiento de una nueva gran superpotencia. El plan se abrió camino hasta las más altas instancias del Pentágono, y con el tiempo sufrió una «filtración» a la prensa. El secretario de Defensa, Dick Cheney, se vio obligado a «suavizar» algunas partes del documento. Los aliados nombrados en dicho documento como rivales potenciales no quedaron en absoluto satisfechos con este informe, y el Congreso lo etiquetó de exagerado. Con las elecciones encima, el presidente Bush finalmente rechazó implementarlo.

Cuando Bill Clinton ganó su paso a la Casa Blanca, el GPD quedó enterrado por la nueva administración, la cual prefería recortar los gastos en defensa tras el colapso de la Unión Soviética.

En los seis años que siguieron, los informes de inteligencia enviados por la división del departamento de la CIA en el Golfo Pérsico me condujeron hasta un

núcleo fuerte de Neoconservadores dirigidos por Dick Cheney, Paul Wolfowitz, Richard Pearle, Jeb Bush y Donald Rumsfeld, todos miembros de una organización que se llamaba a sí misma «Proyecto para una Nueva Era Americana» (PNEA). Utilizando la «Guía de Planificación Defensiva» como esquema a seguir hacia un nuevo futuro para América, el grupo creó su propio documento de estrategia militar, titulado «La Reconstrucción de las Defensas Americanas». Además de reprender a la administración Clinton por su adherencia al tratado MAB [47] de 1972 y por recortar el gasto militar, su plan abarcaba una estrategia amplia y estudiada que postulaba una nueva posición para América como única superpotencia. Con el fin de frustrar cualquier tipo de ataque procedente de las «naciones del mal» como Irán, Irak o Corea del Norte, países a los que años después el presidente George W. Bush se referiría como «Eje del Mal», el informe pedía la centralización inmediata del estamento militar, el aumento y expansión del poder nuclear, el desarrollo de plataformas de defensa espaciales con misiles antibalísticos, la reimplantación de bases en el Golfo Pérsico, así como el incremento de la eficiencia militar en el campo de batalla, aumentando el número de tropas desplegadas. De acuerdo con ese documento, los Estados Unidos no tendrían que responder de sus acciones ante nadie, y eso incluía a la OTAN y a la ONU, y, además, se autoadjudicarían la responsabilidad de tomar un papel importante en la seguridad del Golfo Pérsico.

En Septiembre del 2000, el PNEA publicó un informe de noventa y seis páginas titulado «La Reconstrucción de las Defensas de América: Estrategias, Fuerzas y Recursos para una Nueva Era». El capítulo V se titulaba «Crear la fuerza dominante del mañana» y afirmaba, textualmente: «El proceso de transformación, a pesar de los cambios revolucionarios que conllevará, será similar a un largo y catastrófico proceso catalizador, tal y como si se tratara de un nuevo Pearl Harbor».

Meses después, con la ayuda del hermano Jeb en el gobierno de Florida, se malversó el voto de cuarenta mil votantes pertenecientes a minorías, los cuales compartían similitud en sus nombres con delincuentes encarcelados, consiguiendo así desbancar a Al Gore en las elecciones. De esta forma, George W. Bush se convirtió en el siguiente huésped de la Casa Blanca.

En los meses siguientes, el vicepresidente Dick Cheney mantuvo varias reuniones con algunos de los mayores inversores (y contribuyentes) en combustibles fósiles e industria nuclear. Mi papel era el de suministrar mapas de las principales extracciones iraquíes de gas natural y petróleo, así como de la localización de tuberías, refinerías y terminales. Por supuesto, todo tenía que ver con los planes previstos para después de la invasión. Ken Lay, de Enron [48], presionó a la administración para que suavizara los planes de regulación de polución de las plantas de energía, mientras que los ejecutivos de las empresas petroleras se repartían las Zonas Protegidas de la Vida Salvaje del Ártico como si les pertenecieran.

Pero lo que verdaderamente importaba a la mayoría de los participantes en esas reuniones secretas era la cuenca del Mar Caspio.

Tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, las mayores compañías de petróleo de los Estados Unidos, entre las que se incluían la Texaco, Unocal, BP Amoco, Exxon Mobil, Shell y la empresa energética Enron, gastaron billones de dólares en donaciones (y sobornos) para asegurar los derechos de equidad de los yacimientos de petróleo y gas de Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán, todas naciones de Asia Central. La clave para poder sacar provecho a esas futuras reservas de energía, de las que se preveían unos beneficios que superaban los seis trillones de dólares, era construir y asegurar una red de tuberías que cruzara Afganistán y Pakistán.

Afganistán es una región montañosa cuya principal exportación es la heroína. En aquel entonces, el país estaba controlado por los caciques de la droga y los talibanes, los cuales, ayudados por Arabia Saudí, tomaron la ciudad de Kabul en 1996. Diez años antes, Osama bin Laden y su guerrilla construyeron un sistema de cavernas a través de las montañas para combatir al ejército soviético. El sistema lo realizó el Grupo de Construcción Binladin, sito en Arabia Saudí y fundado en parte por la misma CIA.

En diciembre de 1997, algunos inspectores de la Unocal [49] se reunieron con representantes talibanes en Tejas para cerrar el trato de dos billones de dólares respecto a la construcción de la red de tuberías petrolíferas. Tan sólo había una condición: los Estados Unidos deberían reconocer a los talibanes como el gobierno oficial de Afganistán. A pesar de los ruegos del vicepresidente de la Unocal, el Congreso rechazó el trato, y al poco tiempo, Al-Qaeda perpetró sendos atentados en las embajadas americanas de Tanzania y Kenia. La red de tuberías se escurrió rápidamente por el desagüe.

Avancemos ahora hasta mayo de 2001.

El vicepresidente Cheney lanzó su plan de energía nacional, en el cual se anunciaba que los Estados Unidos deberían buscar «Vías alternativas de suministro de petróleo» para así satisfacer las crecientes necesidades de la nación, incluso, a pesar de la posible resistencia extranjera que pudiera encontrarse. Las prospecciones en los estados caspios estaban produciendo una cantidad de petróleo y gas que ni tan siquiera se aproximaba a lo prometido por las compañías estadounidenses, y las negociaciones quedaron definitivamente rotas entre la Unocal y los talibanes que apoyaban a Al-Qaeda.

Tal y como he dicho, Afganistán es el mayor productor de amapolas de opio, utilizadas luego para sintetizar heroína. Se estima que, anualmente, alrededor de quinientos billones de dólares discurren desde los campos de amapolas afganos hacia las calles de los Estados Unidos y otros países occidentales. El dinero resultante de los beneficios se blanquea a través de las redes bancarias del planeta.

Fácil y sencillo. La droga remienda los libros de contabilidad amañados de los bancos, así como la deuda mundial.

A principios de 2001, los talibanes decidieron lanzar un contraataque a la economía de occidente destruyendo sus propias cosechas de opio, y para finales del verano de ese mismo año, el índice Dow Jones estaba por debajo de 7.300. Mientras el mercado bursátil caía en picado, las agencias de inteligencia de todo el mundo empezaron a advertir un más que posible ataque de Al-Qaeda contra territorio norteamericano. La inteligencia alemana avisó a nuestros propios servicios de que en una semana tendría lugar el ataque. Putin mandó a una delegación rusa a advertir a la Casa Blanca que el World Trade Center recibiría un ataque por parte de aviones de aerolíneas de transporte comercial secuestrados. Estos avisos no sólo fueron ignorados, sino que nadie de la administración Bush admitió haberlos recibido... incluso después de que Putin apareciera en la MS-NBC, el 15 de septiembre, dando detalles de estas advertencias.

El 2 de agosto de 2001, Christina Rocca, la Directora del Departamento de Estado para Asuntos Asiáticos, se reunió de forma secreta con el embajador talibán, pero de nuevo no se consiguió llegar a un acuerdo respecto al trato de la red de tuberías. Treinta y cinco días después, los aviones impactaron sobre el Pentágono y el World Trade Center y, así, el PNAE ya tuvo su nuevo Pearl Harbor.

Afganistán fue invadido y el régimen Talibán cayó en pocos meses. Uno de los primeros movimientos de la CÍA fue «liberar» a tantos caciques del opio como pudo, siempre que accedieran a «cooperar» con las tropas norteamericanas, a las que se les pedía que hicieran «la vista gorda» ante la producción de los campos de amapolas en suelo afgano, que volvía a estar en marcha. En un año, las exportaciones de heroína aumentaron de la bajísima producción de 180 toneladas del 2001 a las 3.700 toneladas del 2002. En el 2003, los registros indicaban que las ventas del opio cosechado daban más beneficios que la ayuda internacional que se estaba recibiendo. Hamid Karzai, un antiguo empleado de la Unocal, se convirtió en el presidente de Afganistán, mientras que otro representante de Unocal, Zalmay Khalizad, asumió el puesto de representante de la administración Bush en Afganistán.

Meses después, George Bush y sus consejeros neoconservadores, todos miembros del PNAE, usaron una serie de falsas pruebas para conectar los sucesos del 11-S con Saddam.

En menos de un año, las tropas norteamericanas estaban invadiendo Irak.

OTOÑO 2012

---

«El quinto ángel tocó su trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo a la

tierra. A ella se le dio la llave del túnel que lleva al Abismo profundo. Y cuando la estrella abrió el túnel del Abismo, de allí salió humo, como de un horno muy grande, y el humo oscureció el sol y el aire»

Apocalipsis 9:1-2

«Trabajaremos codo con codo con Afganistán para desarrollar una economía que pueda alimentar a su gente.»

Presidente George W. Bush, abril de 2002.

[La Casa Blanca fracasó a la hora de reconstruir Afganistán tras sus planes de presupuestos de enero (un fracaso que tuvo que enmendar el Congreso).

Más tarde, la administración Bush rebajó la ayuda de setenta y cinco millones de dólares que el Departamento de Estado había solicitado para continuar la lucha contra el narcotráfico afgano hasta una cifra final de cuarenta millones de dólares.]

«Afganistán es tan inestable como lo era antes de la aparición de la coalición americana. Ahora mismo, hay poco que demuestre que las cosas hayan mejorado.»

Tamara Makarenko, experta en crimen de Asia Central,  
Universidad de St. Andrews, en Escocia.

«El Servicio de Inteligencia Pakistani, el ISI, creador de los talibanes y férreo aliado de la CIA y Al-Qaeda, transfirió cien mil dólares a Mohammed Atta justo antes del 11 de Septiembre, tal y como informó el agente del ISI Omar Sabeed Sheik (quien más tarde fue arrestado por el asesinato de Daniel Pearl, el periodista del Wall Street Journal que estaba investigando las conexiones del ISI con Al-Qaeda). Esto fue ignorado por la investigación del Congreso sobre el 11-S, a pesar de que el senador y el congresista que se encargaban de la investigación, Bob Gram y Porter Goss, respectivamente, estaban reunidos con Mahmud Ahmed, Jefe del Isis, en Capitol Hill la mañana del 11S. Alrededor del veinticinco por ciento del informe de la Junta de Investigación del Congreso ya había sido redactado, incluyendo largos pasajes respecto a cómo el ataque (o la red que se escondía tras ellos) había sido financiado. Más tarde, Gram admitió que varios aliados extranjeros estaban involucrados en la financiación de una red del terror consolidada, pero que todo esto tan sólo saldría a la luz dentro de treinta años.»

911truth.org

«No hay nada que puedas saber que sea desconocido.»  
John Lennon.

## Capítulo 32

PAGHMAN, AFGANISTÁN

5 de septiembre de 2012

La ciudad de Paghman se alza en las colinas que hay a las afueras de Kabul. Está gobernada de facto por Abdul Rabb al-Rasul Sayyaf, un islamista fundamentalista ultraconservador que mantiene lazos con grupos extremistas saudíes. Una vez fue líder muyahidín y luchó contra las fuerzas ocupacionales de los Estados Unidos que combatían contra los talibán. Ahora, Sayyaf se ha convertido en una fuerza que conduce a la política afgana de vuelta a la edad de piedra, pero para occidente sigue siendo la mayor influencia para ir hacia una nueva constitución. En realidad, la propia ausencia de leyes es la que está diezmando el país. Él personalmente es el que ha nombrado a la mayoría de los jueces afganos, y sus subco-mandantes dirigen auténticos cárteles de la extorsión y el secuestro dentro y fuera de Kabul. Un señor del crimen que dirige con mano férrea e intimidación incluso al presidente Karzai. Sayyaf profesa una estricta doctrina Wahhabi islámica, manteniendo a la mujer bajo las mismas restricciones que utilizaban los talibanes que le ayudaron a subir al poder. Frente a los periodistas occidentales, a menudo predica las virtudes de la democracia, pero al mismo tiempo sus hombres interrumpen en las bodas donde se toca música y hacen redadas en locales donde se estén escuchando radiocasetes. Al igual que la realeza Saudí, vive en la hipocresía, y sus riquezas le proporcionan mansiones, sirvientes y coches caros.

Todo esto está a punto de acabar.

Sayyaf camina a trompicones a través del jardín de su casa enrejada, mareado, con una mano cubierta de sangre con la que apenas puede sostener la pistola que lleva, la otra mesa su espesa barba cerrada. Los cuerpos, aún calientes, de los cadáveres desangrados se apilan a lo largo de toda su propiedad, manchando las alfombras persas que hay sobre las baldosas de cerámica blanca. Algunos son criados que fueron incapaces de huir de su furia. Otros eran subcomandantes cuya lealtad, o la que él creía que le profesaban, había sido comprada hacía mucho tiempo. Dos de los muertos eran paquistaníes, miembros del ISI, que habían sido arrastrados a primera hora de la mañana, cuando las noticias respecto al robo salieron a la luz.

Todo se había esfumado, cerca de doscientos millones de dólares, extraídos de cuentas bancarias a las que le juraron era imposible seguir el rastro.

«¿Habrán sido los Karzi y los americanos? ¿Habrán sido las Naciones Unidas?»

Presiente a los militares antes de escuchar el primer jeep. En pocos minutos habrán rodeado la casa. Tal vez intenten cogerlo vivo.

Sayyaf sonrío al pensarlo mientras abre la oxidada verja de hierro y se dispone a



enfrentarse a las fuerzas armadas, apuntando con su pistola al primer comando que ve. El simple movimiento inicia un coro de disparos. El aire se llena de balas. Su cuerpo se desangra cuando las balas destrozan su carne, y su ya cadáver danza un poco antes de derrumbarse en el suelo. No es más que un montón de trozos ensangrentados, dispersos por el camino de la entrada pavimentada.

## IJAMSVILLE, MARYLAND

A cincuenta y cinco kilómetros al norte de Washington D.C., el Club de Golf Whiskey Creek es un campo con un par de setenta y dos que le ofrece a los clientes de alto standing del club, mientras conducen desde las sendas que salen del bosque de pinos hasta los pintorescos greens, unas sorprendentes vistas de las montañas Catoctin..

Entre los invitados de Scott Swan están James Raue y su hijo mayor, Adam, Directores Ejecutivos de una planta de Acero en Grand Rapids, Michigan. También está Jeffrey Alien, abogado de la aseguradora de Mitchell, Nebraska. Los cuatro están jugando en el hoyo doce, uno con un par 4 de cuatrocientos metros.

Raue padre tiene el honor de salir primero, pero sólo debido a su prestigio, no al último hoyo conseguido. Realiza un saque complicado, haciendo que la bola vuele unos cincuenta y cinco metros antes de chocar contra un árbol.

—¡Maldita sea!

—Haz un mulligan —le contesta Scott—. Tienes todo el derecho.

—Sí, creo que sí. Esto no me convierte en un liberal, ¿verdad?

Todos ríen ante el comentario.

El teléfono de Scott vibra anunciando una llamada. El ejecutivo de la Tech-Well lo saca del carrito de golf y se aparta un poco del grupo antes de contestar.

—Swan. Será mejor que sea importante.

—Soy Brian Westly, estoy en el banco. ¿Hay algo que deba saber?

—Westly, ahora mismo estoy un poco ocupado...

—¿Has hecho una transferencia de 448 millones de dólares y estás demasiado ocupado para decírmelo?

El corazón de Swan de repente empieza a latir a toda velocidad.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Esta mañana se ha realizado una transferencia bancaria. Si estás comprando un 747 a tus amiguitos árabes, te aseguro que no tienes por qué liquidar tanto dinero.

—Westly, qué...

De repente, baja la voz, sonriendo mientras saluda con la mano al grupo que le espera.

—¿De qué transferencia me estás hablando? Yo no he autorizado ninguna

transfe...

—Cuatro Carlyle abrieron de manera privada varias cuentas de inversión. Tus contraseñas y códigos de autorización han sido utilizados para hacer una transferencia de fondos.

—¡Yo no he autorizado ninguna puta transferencia! Llama a Carlyle y...

—Ya lo he hecho. Tampoco saben exactamente qué es lo que está pasando, pero por lo visto sus cuentas también están sufriendo hemorragias.

—Será mejor que encuentres dónde está ese dinero Westly...

—El dinero ha desaparecido. Hemos podido seguir su rastro hasta una cuenta en Groenlandia, en la que estuvo durante unos cuantos nanosegundos antes de dividirse en el ciberespacio. Será mejor que vengas, Scott. Este asunto es muy serio.

## JIDDAH, ARABIA SAUDÍ

Todas son chicas americanas, las diecisiete. La mayoría son adolescentes, y las más bonitas apenas llegan a los dieciocho. Han sido drogadas desde que subieron al jet privado, vestidas con trajes árabes, para ser presentadas frente a un grupo de príncipes saudíes, los mejores compradores de esclavas de entre la élite del Reino.

\* \* \*

Aunque la mayoría de las naciones han participado de una manera o de otra en la esclavitud, tan sólo Arabia Saudí y un puñado de naciones islámicas continúan con la práctica. El presidente Bush condonó todas las sanciones económicas que Arabia Saudí tenía, a pesar de que sus autoridades no realizaban todos los esfuerzos posibles para detener el tráfico humano, y al presidente Obama no le dio tiempo a abarcar el tema durante su primer mandato.

Y aunque el tráfico de esclavos saudíes es bien conocido entre los círculos de poder de Washington, se hace una tolerante vista gorda desde que el rey Fahd y sus hijos forman sus propios círculos pedófilos en sus mansiones privadas de Beverly Hills. A través de una red de proxenetas y pornógrafos, chicas americanas (y, ocasionalmente, también chicos) son «reclutados» mediante falsas agencias de modelos, o por anuncios de periódicos en los que se busca a bailarinas o mujeres que acepten hacer servicios de escort. Se hacen vídeos con las postulantes, para luego enviarlos a los potenciales compradores saudíes. Las adolescentes seleccionadas son luego invitadas para hacerles una «prueba» en algún hotel; otras son secuestradas directamente en galerías comerciales, salas de videojuegos, restaurantes de comida rápida y demás sitios donde los adolescentes se reúnen. Una vez retenidas, las víctimas son llevadas de manera oculta a aeropuertos y trasladadas en aviones saudíes

privados (inmunes a los registros aduaneros) antes de que la policía local haya iniciado tan siquiera las diligencias para iniciar una búsqueda en «personas desaparecidas».

Muchas organizaciones de niños desaparecidos han rehusado admitir que este tipo de actividades están produciéndose por miedo a perder sus subvenciones gubernamentales. En las raras ocasiones en las que un príncipe saudí o uno de los sobrinos del rey es pillado con las manos en la masa, el Departamento de Estado interviene oficialmente para dejar libre al saudí debido a su inmunidad diplomática. Si lo que se descubre es una de estas redes sexuales internacionales, Washington deja que los que han sido apresados salgan libres sin cargos criminales o civiles, proporcionándoles un estatus retroactivo de inmunidad diplomática, o dándoles una protección del Departamento de Estado bajo la Ley sobre Inmunidades del Estado Soberano [50]. Los padres de los niños secuestrados quedan atrapados en interminables encerronas burocráticas dispuestas por el Departamento de Estado, el cual controla todas las investigaciones en las que están involucrados los saudíes. Los «Saudicuestrados» de Washington son tan sólo uno de los muchos tratos que se han firmado con el diablo para que el petróleo siga fluyendo.

\* \* \*

En menos de una hora, las más jóvenes son seleccionadas por sus nuevos amos. Las «afortunadas» terminarán como esposas, ya que la ley islámica permite que un hombre se case con sus esclavas, pero primero cada príncipe tiene que arreglar el tema con «el banco».

El banquero, un Bagowi extranjero contratado por la realeza para hacer el trabajo sucio, está etiquetando los primeros lotes del príncipe, para luego acceder a su cuenta bancaria.

Accede una segunda vez. Luego una tercera. A medida que pasan los segundos, la tez del banquero va palideciendo más y más.

El príncipe, un sobrino segundo del rey Sultan, empieza a perder su paciencia.

—¿Qué?

—Alteza, no lo entiendo, los fondos...

El Príncipe mira la pantalla. Su cuenta, la que hace muy poco excedía de los 782 millones de dólares, ahora presenta un balance de cero dólares.

—¡Maldito hijo de chacal! ¿Qué has hecho con mi dinero?

—¡Alteza, le aseguro que yo no he hecho nada!

El Príncipe, enfurecido, coge un cuchillo de uno de los guardias de palacio, y lo asesta repetidamente al banquero en el pecho y en el cuello mientras la sangre de aquel hombre salpica el mármol pulimentado del suelo.

## WEST PALM BEACH, FLORIDA

El rascacielos de oficinas se encuentra en el centro de la ciudad, en una estrecha avenida situada entre el Océano Atlántico y la vía fluvial Intercostera. Los cuarteles generales de «Ciudadanos por una Sociedad Verde», una organización política exenta de impuestos, ocupan la mayor parte de la decimotercera planta.

Desde la esquina de la oficina, Jennifer Wiener puede ver la bruma del océano azul en la distancia. Rara vez mira el panorama, pues suele fijar su atención en el mapa de los Estados Unidos que hay a lo largo de la pared, con un sistema de colores que representa a los congresistas y a los candidatos que optan por un puesto en las elecciones. Las banderitas verdes designan a los políticos que apoyan una legislación de energías alternativas (sus campañas reciben 527 dólares del CSV), las azules son para los demócratas y los republicanos que todavía tienen que decidirse. Las rojas señalan al enemigo, ultraconservadores que apoyan a la industria del combustible fósil, o demócratas que temen ser otra cosa que centristas.

Jennifer mira el mapa tal y como hace cada día desde que empezó la segunda mitad de agosto. En su mesa de despacho hay dieciséis guiones de dos páginas, pertenecientes cada uno a un spot publicitario de sesenta segundos en espera para ser filmado. En su pared, pegada con cinta adhesiva, hay una lista, en orden de preferencia, de las ciudades más indicadas para emitir estos anuncios, así como un registro de los índices de audiencia de las televisiones locales que emitirán estos anuncios. En la estantería que hay junto a la ventana hay una foto enmarcada de hace seis años en la que se puede ver a sí misma junto a Kelli.

No pasa un día en el que no le hable a la foto. No pasa una hora en la que no piense en Ace, preguntándose qué le habrá pasado, y si seguirá vivo.

Silenciosamente, maldice a su primo. Al oír la llamada a la puerta que realiza Collin Bradley, su ayudante, levanta la cabeza. Bradley es un ex oficial de policía del Capitolio que conoció hace algunos años, cuando ella estaba en un puesto dentro de las Cámaras del Senado. Con licencia para portar armas, Bradley hace también las veces guardaespaldas personal para ella.

El hombretón le sonríe.

—El banco acaba de llamar. Están recibiendo transferencias a la cuenta. Bueno, están recibiendo cientos de ellas.

Jennifer vuelve a abrir su portátil para entrar en Internet y ver el estado de la cuenta bancaria de la compañía.

Los depósitos aumentan a una velocidad vertiginosa, la mayoría ingresos de entre veinte mil y cincuenta mil dólares, aunque también cuenta al menos ocho ingresos de más de seis cifras. El balance de la cuenta ya supera los cinco millones de dólares.

—Contacta con Kreg Lauterbach de Ratio Films, en San Antonio. Dile que

empiece a filmar todos esos anuncios. Pásame luego con todos los afiliados a la Fox y la ABC que haya en Cleveland —dice, guiñándole un ojo a su ayudante—. Parece que el Partido Verde entra en juego.

---

«Los Estados Unidos no autorizamos la tortura, la condenamos, al igual que el transporte de detenidos de un país a otro con el propósito de hacer interrogatorios en los que se utilice la tortura.»

Condoleeza Rice, secretaria de Estado de los Estados Unidos.

«No tengo la más mínima duda de que la planificación filosófica, así como la guía de acción, vio su origen en la oficina del vicepresidente de los Estados Unidos. El que en este caso la implementó fue el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld.»

Larry Wilkerson, coronel retirado del Ejército Americano, Jefe de Personal del antiguo secretario de Estado, Collin Powell, en lo concerniente a la política de los Estados Unidos respecto a la tortura.  
CNN.com, 20 de Noviembre del 2005.

«Creo que es muy, muy importante que tengamos un claro entendimiento de que lo que ha pasado aquí ha sido una honorable aproximación hacia la defensa de nuestro país, y que no ha habido nada sucio, decepcionante, deshonesto ni ilegal respecto a lo que se ha hecho.»

Dick Cheney,  
respecto a las torturas mediante ahogamientos.

«Es como ahogarse. Sientes exactamente lo mismo que al ahogarte. No es para nada algo bueno ni agradable. Mira, te lo explicaré de la siguiente manera. Si me das una toalla, a Dick Cheney y el agua suficiente, haré que se confiese culpable del asesinato de Sharon Tate. Es torturar, Larry. Simple y llanamente, torturar.»

Jesse Ventura,  
en Larry King Live, 12 de Mayo de 2009.

# Capítulo 33

## PRISIÓN DE INAKESH

Arabia Saudí

Su mente nada entre las febriles aguas del delirio. Los monstruos siguen amamantándolo. Puede sentir sus garras hundiéndose en la piel de su espalda, con todo su peso presionando su destrozada columna, mientras unos dientes mastican lo poco que queda de su carne...

\* \* \*

Han venido a por él en sueños una docena de veces antes de que los dos guardias beduinos abrieran la celda de su puerta. El más bajito de ellos apunta a Ace con un arma automática mientras el otro le aprieta los tobillos con unos grilletes, usando una herramienta especial para ajustar los tornillos. Cuando acaba, el guardia abre las esposas que sujetan la muñeca izquierda de Ace al muro de la celda, y luego articula algo que supone es una orden de que se vista con el uniforme de la prisión que ha estado usando como sábana.

Ace se pone la camisa de mangas largas y nota cómo el pesado material con el que está confeccionada cae hasta llegar a sus rodillas. Descalzo, sigue a los dos guardias fuera de la celda.

Cada paso es incómodo y engorroso. Debido al peso de la cadena, los afilados bordes de los grilletes rozan e hieren sus talones. Mientras pasa cojeando frente a una fila de celdas, se da cuenta de que otros prisioneros lo miran tras los pequeños rectángulos enrejados de las puertas de sus celdas, con ojos hundidos, oscuros y deprimidos.

Al llegar al final del corredor, Ace sube los escalones lentamente, contando hasta catorce antes de llegar a la planta baja y salir a la cegadora luz del día. El guardia de mayor envergadura lo arrastra a través del portal enrejado. Dos Mutawa, la policía política, le lanzan una mirada vacía. Una ráfaga de aire ardiente atraviesa su cuerpo mientras cruzan el patio para entrar en otro edificio.

Un vestíbulo de losetas cubiertas de arena termina frente a una puerta de madera de roble. Uno de los guardias la golpea con los nudillos, esperando una respuesta en árabe desde el interior. Luego la abre y empuja a Ace al interior.

La habitación tiene el tamaño de un gimnasio pequeño. El suelo, de cemento, tiene manchas de sudor y de sangre. Hay una manguera de jardín conectada a un grifo, y muchos sumideros con rejillas. Una pared de escayola está «adornada» con látigos de cuero y varas de bambú de diferentes tamaños y densidades. Sobre una

mesa de aluminio hay una bandeja llena de agujas y brocas con restos de sangre por todas partes. Solamente hay dos sillas en toda la habitación, ambas ancladas al suelo. Una está posicionada hacia la mesa de aluminio. En los brazos y las patas tiene sujeciones de velero. La segunda silla está situada junto a un grupo de baterías de coche y tiene un extra que asusta bastante: le falta el asiento.

En la parte central hay una mesa de trabajo con una serie de sondas de las que se utilizan para inyectar fluidos en las cavidades corporales. También hay un par de enormes tenazas, diseñadas para arrancar uñas, y una cajita de toallitas faciales. Colgadas de un gancho, al otro lado del muro, hay todo un muestrario de sogas de ahorcamiento, junto con un par de esposas que cuelgan de una polea sujeta en el techo.

La visión de la sala de torturas provoca náuseas a Ace.

«Son sólo juegos psicológicos de intimidación. No te dejes engañar.»

Los guardias lo empujan a través de otra puerta que lleva al despacho de alguien importante. Tiene aire acondicionado. Sentado tras una mesa de metal barata hay un hombre con un uniforme de color caqui. Su cabeza está pulcramente afeitada, y tiene un grueso y puntiagudo bigote.

Detrás de él, hacia un lado, hay una mujer. Ronda los treinta años. Es una belleza arábiga de piel oscura, pómulos prominentes, labios carnosos, y pelo negro y largo oculto tras una pañoleta. Se puede percibir que es alta y delgada, aunque su físico, está oculto tras el tradicional burka negro que llevan las mujeres saudíes; pero sus ojos son diferentes a cualquier cosa que Ace haya visto antes. Son unos ardientes ojos verde avellana con vetas doradas. Unos ojos salvajes que parecen contener una furia interior.

Los ojos lo siguen cuando los dos guardias lo empujan hasta sentarlo en una silla plegable frente a la mesa del hombre uniformado.

La que habla es ella. Su inglés es como terciopelo helado, con un levísimo acento inglés.

—Estás en presencia del general Abdul-Aziz. Es el director de ésta, la prisión de Inakesh. Yo haré las veces de traductora.

Uno de los guardias acerca una pequeña mesa de aluminio junto a la silla de Ace. Del único cajón que tiene saca un kit de detección de mentiras. Sube la manga derecha a Ace y le pone con firmeza un medidor de presión sanguínea alrededor del bíceps mientras el otro guardia le coloca dos tubos neumógrafos, uno alrededor del pecho y otro sujeto a su abdomen. Luego le pone dos clips en el dedo índice y anular. Son galvanómetros diseñados para medir la transpiración.

«Ha llegado la hora.»

Ace cierra los ojos, con el deseo de calmarse. Ninguna máquina puede detectar las mentiras. El polígrafo es simplemente un dispositivo que monitoriza y registra

respuestas fisiológicas involuntarias que se producen en el cuerpo de un individuo cuando esa persona está sujeta al estrés.

«Mi nombre es Stephen Murphy. Mi nombre es Stephen Murphy. Mi nombre es Stephen Murphy.»

El general lanza una orden en árabe, diciéndole a la mujer que comience.

—Por favor, díganos cual es su nombre.

—Stephen Murphy.

—¿Es usted americano?

—Canadiense.

—¿Cuál es su ocupación?

—Tengo negocios en la industria del petróleo, entre otras cosas.

—¿Con qué motivo acudió al Banco Nacional?

—Tenía la intención de realizar una serie de transferencias.

Las respuestas, ensayadas, fluyen con facilidad. Han sido construidas alrededor de una serie de medias verdades.

«Con un poco de suerte...»

—¿Qué había en el CD-ROM que introdujo en el ordenador del subdirector del banco?

—Era un videojuego, una idea que estoy desarrollando, parte de la razón por la que quiero montar una tienda en el Medio Oriente. El subdirector quería ver el juego, lo que pasa es que nunca pudo arrancarlo. Aparentemente, no era compatible con su ordenador.

El guardia más bajito, que está monitorizando las pruebas del polígrafo, le dice algo al director.

El general asiente.

Antes de que pueda reaccionar, una férrea mano sujeta a Ace por la garganta, lo saca de la oficina y lo lleva a la cámara de torturas.

Otro guardia baja las esposas del techo mediante la polea y se las coloca a Ace.

—¡Esperen! ¡Estoy diciendo la verdad!

Ignorando sus protestas, los árabes le quitan el uniforme de la prisión y los pantalones.

Queda desnudo, de pie frente a la mujer, con los brazos totalmente estirados por encima de la cabeza y la cara sonrojada por la humillación. Los ojos verdes parecen absorberlo todo, aunque su expresión permanece austera y fría.

—Todos los prisioneros deben aprender que las mentiras son un veneno, y que sólo la verdad los liberará de la agonía que ahora usted va a sufrir.

\* \* \*

Todas las cabezas se giraron cuando entró el torturador. Era un beduino



corpulento y bajito de casi setenta años, con una larga barba gris rizada y unos ojos negros y fríos, como los de un tiburón. Ésa era «su sala de torturas», y su mera presencia en sus dominios ya imprimía cierto aire de peligro. Cada uno de sus movimientos revelaba una actuación que databa de décadas.

Era el mal personificado, una sombra arábica del sadismo. Incluso los guardias parecían intimidados.

Sus oscuros ojos porcinos atravesaron la psique de Ace, evaluándolo. Luego, «el maestro» se dio la vuelta para dirigirse al muro más lejano y seleccionó el látigo más grueso de los que había en la pared. Lo comprobó con varios golpes que tan sólo un experto sabría dar. Se quitó la túnica ceremoniosamente, para quedarse tan sólo con una camiseta interior de manga corta que se estiraba elásticamente sobre su panzuda cintura. Cogió una toalla y con ella limpió el mango del látigo. Después colocó de forma pulcra su túnica en una de las sillas. Finalmente, asintió a los guardias.

Ace fue alzado violentamente desde el suelo. Las esposas se le incrustaron en las muñecas, iniciando un tsunami de dolor, tan increíble como instantáneo. La agonía de sus brazos y hombros le arrancó el aire de los pulmones. Su columna vertebral crujió, al igual que los músculos de su espalda, mientras sus omóplatos saltaron espasmódicamente, amenazando con desprender los ligamentos del hueso.

Bañado en lágrimas y gritando, Ace consiguió articular unas palabras.

—¡Confesaré! ¡Diré todo lo que sé!

El mercader de la muerte se le acercó. Su aliento rancio le inundó los sentidos mientras le daban la vuelta lentamente, hasta dejarlo de cara a una pared totalmente salpicada de sangre seca.

Ace respiraba lanzando cortas y rápidas bocanadas. Sus torturados músculos se estremecieron con la adrenalina que los inundaba.

El látigo chasqueó primero en el aire y luego en la carne. Ace gritó con toda la fuerza que le permitieron sus cuerdas vocales. El sudor le supuraba por cada poro de una piel que estaba siendo arrancada de la parte baja de su espalda. Su cuerpo se sacudió con fuerza en mitad del aire cuando una segunda lacerada impactó sobre su estirada y dolorida zona dorsal, arrancando algo de piel y carne de su caja torácica.

«¡No más gritos! ¡No debo gritar otra vez!», pensó.

—¡Aaah! —dijo mientras se balanceaba colgado como un trozo de carne en un matadero. Las salpicaduras de su propia sangre redecoraron la pared, mientras que una y otra vez el látigo volvía a golpear. Sus gritos se fueron convirtiendo en gruñidos, y los gruñidos en resoplidos, hasta que, al final, tan sólo se escuchaba el chasquido del látigo.

El carnicero se detuvo. Se pasó una toalla por el cuerpo y se giró para mirar a los demás.

Totalmente consciente, Ace abrió los ojos. Sus iris marrones buscaban los ojos de

aquel que le estaba causando aquel tormento.

—¿Eso es lo mejor que puedes darme, gordito?

Los guardias se miraron entre sí, incrédulos. El director, con los ojos como platos, se giró hacia un aturrido torturador, que ya estaba cogiendo otro látigo de la pared.

Ace se giró por sí mismo; la rabia y la adrenalina alimentaban su determinación en aquel inesperado juego de voluntades. Su mente se separaba del dolor y su ego rechazaba permitirse sucumbir a la inconsciencia.

¡Whap!

El nuevo látigo, más ligero, lanzaba un aguijonazo mucho más mortífero, haciendo que las lágrimas brotaran de nuevo en sus ojos.

¡Whap! ¡Whap! ¡Whap!

«Vamos, gordito. ¡No me haces daño! ¡Yo ya estoy muerto!»

Se sucedieron diecisiete latigazos más antes de que lo sacaran de la inconsciencia a la fuerza con un cubo de agua helada.

El sádico torturador lanzó el cubo vacío contra la pared más lejana, maldiciendo en árabe. Los dos guardias se escabulleron de la sala.

La mujer habló.

—¡Su nombre!

—Ashley Futrell —dijo con una voz irreconocible.

—¿Es usted americano?

Ace asintió con la cabeza.

—¿Cuál es su profesión?

—Geólogo petrolero.

—¿Por qué fue al Banco Nacional?

—Dinero... los federales... amenazaron con llevárselo todo.

—¿Y el CD-ROM?

—Transferencias de valores.

El general ladró una orden en árabe.

—El general Abdul-Aziz dice que usted está mintiendo. Dice que es un espía.

Ace miró al director a través de sus ojos hinchados.

—Dígale a su general que me toque los cojones.

Las palabras salieron entre unas sonoras carcajadas. El látigo volvió a golpear su abdomen, a punto de impactar en sus genitales. Su cuerpo se convulsionó una vez más mientras su mente huía de nuevo de aquel lugar, acudiendo de nuevo a aquella zona oscura de su mente.

\* \* \*

Ace abre los ojos, espantando a los monstruos.

Está de vuelta en la celda, vestido con el uniforme de la prisión. Su cuerpo está

febril y tiembla. Su estómago está sumido en las náuseas, pero no se atreve a vomitar, ni tan siquiera a moverse, temeroso de abrir de nuevo las enormes heridas de su espalda, las cuales parecen estar rellenas de sal.

Una oleada de dolor le atraviesa y le arrastra de nuevo a la oscuridad.

\* \* \*

—Beba esto. Le aliviará la fiebre.

La hermosa mujer de ojos salvajes está inclinada sobre él y vierte en su boca un líquido cristalino. Ace se lo traga, se atraganta, tose y luego bebe un poco más. La joven saca un estetoscopio de un bolsillo oculto de su burka y comprueba su ritmo cardíaco.

—Tiene suerte de estar vivo. Ningún prisionero ha permanecido consciente después de tantos latigazos. Su fortaleza ha enfurecido a Ali Shams. Debo limpiarle las heridas. Esto le va a doler.

Con mucho cuidado, le quita el uniforme empapado en sangre. La mujer se sobresalta al ver la proporción de las heridas.

—Déjeme morir.

—Es la voluntad de Alá. Mis órdenes son la de mantenerle vivo. Si muere, yo ocuparé su lugar.

De otro de sus bolsillos saca un ungüento y extiende un poco sobre sus dedos.

Su cuerpo se convulsiona al tacto de los dedos en su espalda.

—Lo siento, pero debe hacerse.

—Espere.

Los dedos de Ace tiemblan mientras se coloca la manga de su camisa en el interior de la boca y la muerde.

Esta vez, la sacudida de dolor hace que caiga al suelo, y de ahí, a un mar de negrura.

\* \* \*

Ace abre los ojos.

Su cabeza está reposando sobre el regazo de ella. La parte superior de su cuerpo está envuelta en gasas. Lo peor del dolor había pasado y había sido sustituido por una tremenda presión, como si algo estuviera tensando la herida abierta.

De repente, se sienta, se desplaza casi a gatas hasta el agujero del suelo y vomita una y otra vez hasta que las convulsiones quedan reducidas a secos esfuerzos.

Totalmente exhausto, Ace se hace un ovillo sobre el catre mientras su cuerpo se convulsiona incontrolablemente.

La mujer se acurruca junto a él, con la espalda apoyada sobre su pecho,

colocándole el brazo alrededor de la cintura.

—Así conservará el calor.

Presionando la cara contra la parte de atrás del cuello de ella, vuelve a sumirse en la inconsciencia.

\* \* \*

Ace se remueve y se despierta. Han pasado muchas horas. Su fiebre ha desaparecido, también la mujer. El dolor es soportable si no se mueve. Con mucho cuidado, coge la botella medio vacía de agua que hay a su alcance y sorbe los restos. Su estómago, vacío, le duele.

Oye a alguien al otro lado de la puerta de la celda. Las llaves tintinean en la cerradura.

La que entra es ella.

—Ha estado inconsciente durante dos días. Nadie confiaba en que sobreviviera.

Se arrodilla junto a él y comprueba su pulso.

—Bien, su ritmo cardíaco se ha estabilizado.

—¿Es usted... doctora?

—No, pero he recibido instrucción sanitaria. ¿Cree que será capaz de comer algo?

—Todavía no —dice sorbiendo algo más de agua—. ¿Cómo se llama?

—Nahir.

—Es usted una mujer muy hermosa, Nahir.

Tras decir esto, Ace se echa de nuevo en el catre y cierra los ojos.

—¿Qué hace una mujer tan hermosa en un lugar tan horrible como éste?

—Si soy hermosa, lo considero una maldición. Durante muchos años, mi padre fue el chófer de alguien de la realeza, un príncipe. Al principio, el príncipe fue generoso con nuestra familia, le pagaba lo suficiente a mi padre para poder vivir cómodamente, y para mandarme a mí a la escuela. Durante tres años asistí a la Universidad de Cambridge, donde cursé estudios sanitarios. El verano de mi graduación volví a casa para ayudar a mi madre. Cuando el príncipe me vio, se quedó prendado de mí e insistió en que me convirtiera en su esposa. El príncipe tenía docenas de esposas y aún más esclavas. Yo tenía un novio en Londres. Le dije a mi padre que no quería casarme con el príncipe. En respuesta, el príncipe hizo que a mi padre le dieran una paliza, y luego lo encarceló. Acordé casarme con el príncipe sólo si lo liberaban. Pasaron los años. Él era muy ambicioso y decidió acercarse al trono con la intención de envenenar a su hermano mayor. El asesinato fue un fracaso. Como castigo, la realeza lo sentenció a que pasara diez años en prisión, pero la realeza nunca va a prisión, señor Futrell. Yo lo tuve que sustituir. Cuando el general Abdul-Aziz supo que yo sabía inglés, me nombró su traductora oficial. De eso hace tres años. El director ha sido muy generoso. Tengo una habitación junto a la sala de

interrogatorios para mí sola, y se me permite moverme libremente por toda la prisión. En algunas ocasiones especiales, incluso puedo salir, siempre que sea con vigilancia.

—¿Los guardias la dejan sola?

Aquellos ojos verdes advierten su mirada.

—Y si yo muero, usted muere —dice él.

—Al Said le teme por alguna razón, señor Futrell. ¿Por qué?

Ace cierra entonces sus ojos.

—No tengo ni idea.

---

«Durante dos años, el periodista independiente Daniel Hopsicker no sólo aportó información adicional respecto a lo que ya se sabe sobre la instrucción militar que recibieron los secuestradores del 11-S, sino que también afirmó que algunos de los secuestradores, asociados con acaudalados floridianos, tenían también contactos tanto con el servicio de inteligencia como con la familia Bush. Hopsicker también afirmó que, en las horas que siguieron a los ataques, el Gobernador de Florida, Jeb Bush, tenía un avión militar Hércules C-130 en el aeropuerto de Venice (Florida), con un camión en su interior cargado hasta los topes con los registros de la Huffman Aviation, academia donde Atta y Alshehri recibieron el entrenamiento. El C-130 despegó inmediatamente.»

Michael C. Ruppert.

Cruzando el Rubicón.

«No preguntéis por cosas que, si se os dieran a conocer, os dañarían.»

Corán 5:101-102

# Capítulo 34

PASEO DES ANGLAIS

Niza, Francia

11 de septiembre de 2012

La Riviera francesa, en el mar Mediterráneo, a lo largo de toda la costa suroriental de Francia, es uno de los destinos vacacionales más caros y lujosos del mundo. Conocida por sus azules orillas, sus bellísimas mujeres, las playas de topless, los yates de lujo, las dársenas privadas y, sobre todo, por su vida nocturna, en la que se ven acompañados restaurantes de cinco tenedores y glamurosos casinos, la Riviera francesa se ha convertido en el destino de los ultrarricos y superfamosos, muchos de los cuales se congregan en Cannes cada primavera para asistir al famoso festival de cine.

Scott Swan pasea por el Paseo des Anglais entre parejas vestidas de esmoquin y trajes de noche. Sigue todo el muelle hasta llegar al Hotel Negresco. Construido en 1912, ese palacio de color rosa domina toda la bahía des Anglais. Todas y cada una de sus suites están ambientadas de una manera única, conservando los diferentes estilos de decoración estilo Luis XIII del renacimiento francés.

El Director Ejecutivo entra en el gran vestíbulo, pasando junto a un monstruoso candelabro diseñado originariamente por un zar ruso. Tras comprobar la hora en su reloj, decide hacer una parada rápida y entra en el lavabo de caballeros.

«11 de Septiembre, de todos los días que hay en el año para tener una cita con estos payasos... tiene que ser éste.»

El lavabo está sacado directamente de la época napoleónica. Las lámparas de la pared están hechas con cascos. Primero mira el mural que hay representando una batalla, y luego usa el urinario.

«Maldita decadencia europea. Donde se ponga el Hilton de Hawai...»

Ignorando al asistente de las toallas, sale de nuevo al vestíbulo, para luego entrar en el ascensor que le llevará a la última planta.

Swan es recibido por dos miembros de la policía nacional francesa. Uno le cachea buscando armas mientras el otro comprueba su pasaporte. Luego verifican su cita a través de un teléfono de línea cerrada. A continuación, le conducen al final de un largo pasillo, hasta la puerta de una de las suites más caras del hotel.

Un miembro de la guardia nacional saudí lo escolta desde allí hasta el interior de un recibidor decorado al estilo barroco del siglo XVII. Swan lo sigue luego a través de unas puertas que lo llevan finalmente hasta un comedor.

Están sentados alrededor de una enorme mesa de madera de cerezo sobre la cual hay un candelabro de diez brazos. Las paredes están cubiertas de un fino papel color

rojo satén. Una única pintura de Napoleón, enmarcada en oro, domina todo la pared principal.

El rey Sultan bin Abdel Aziz está sentado en el extremo de la mesa. Va vestido con un traje negro y lleva un ghotra blanco en la cabeza. Su hijo, el príncipe Bandar bin Sultan, embajador en los Estados Unidos, está a su derecha, y el Ministro saudí de Finanzas a su izquierda. Swan se sorprende al ver que al Ministro le falta la mano izquierda y que tiene el muñón envuelto en unos sanguinolentos vendajes.

El resto de las sillas están ocupadas por tres generales, todos de uniforme. Swan se sienta en una silla que está frente al rey. El tono de piel del hombre es de un gris pastoso, y su expresión hace que por la frente de Scott caigan gotas de sudor. Los contactos de Swan en el Grupo Carlyle han estado enviándole informes diarios respecto a la intranquilidad que reina entre la población de Arabia Saudí, de ahí que el rey eligiera la Riviera francesa para prolongar sus vacaciones.

—Llega usted tarde, señor Swan. ¿Qué es lo que tiene que decir al respecto?

—Le pido disculpas. Nuestro avión se vio retrasado debido a las medidas de seguridad.

—¡Me refiero a nuestro dinero!

Swan toma una profunda bocanada de aire.

—El grupo Carlyle está investigando esa retirada de fondos. Lo que complica el asunto es que todas las contraseñas y códigos han sido robados, y que todas las cantidades han sido redirigidas desde el Banco Nacional Saudí y dispersadas por cuentas desconocidas. Me doy cuenta de que seiscientos ochenta millones de dólares es mucho dinero, sin embargo...

—¡Seiscientos ochenta millones! ¿Cree acaso que estaría gastando tan siquiera mi saliva para hablar de tan nimias cantidades?

El rey Sultan se gira hacia el príncipe Bandar.

—¡Cuéntaselo!

Bandar abre una carpeta y lee un extracto de un documento.

—En los últimos veintidós días se han extraído 493 billones de dólares desde cuentas saudíes, y un tercio de estos fondos desde bancos americanos.

La sangre sube de golpe hacia la cabeza de Scott Swan.

—¿Dónde está el señor Baker? ¿Dónde está el señor Bush? ¿Por qué se ignoran mis llamadas telefónicas? Si no les conociera bien, señor Swan, diría que su país se está preparando para una invasión.

—Excelencia, por favor, estoy tan sorprendido como usted ante estas circunstancias. Las cuentas de mis negocios también...

—¿Acaso se cree que soy idiota?

El rey Sultan se pone de pie y avanza lentamente alrededor de la mesa hacia su invitado americano.

—En el 2001, dos días antes del 11 de septiembre, la administración Bush nos hizo llegar un documento de veintisiete páginas de alto secreto en el que se detallaba un plan de batalla para la invasión de Irak. ¿Acaso existe otro documento parecido para la invasión de Arabia Saudí?

—No —dice Swan automáticamente.

—Estos robos están teniendo severas repercusiones en cada institución financiera del reino —dice el Príncipe Bandar—. Los bancos saudíes informan de pérdidas por valor de quinientos billones de dólares. El setenta y tres por ciento de estos fondos están directamente relacionados con la realeza, el dieciocho por ciento afecta a corporaciones privadas. El grupo Bin Laden se ha declarado en bancarrota hace seis días, después de que se realizara una transferencia por valor de veintisiete billones de dólares desde sus cuentas de ahorro. Nuestra economía se está colapsando y, si esto sigue así —dice el rey, poniéndose tras Swan—, tres cuartos de trillón de dólares habrán sido robados, sin poder seguir su rastro, señor Swan, y aun así, el Banco Mundial no ha actuado, y los Estados Unidos no han dicho nada. ¿Por qué? Wall Street no ha sufrido el golpe. Aún no, al menos. Así que éste es el mensaje que quiero que le lleve al vicepresidente Biden: la Tesorería de Estado de los Estados Unidos y el Departamento de Defensa deberán aunar esfuerzos en pos de detener los ataques a nuestras cuentas bancarias, así como garantizar la devolución de cada uno de los dólares extraídos a la casa Saudí, con intereses. Si no se cumplen estas condiciones, el 15 de Octubre la OPEP declarará un embargo de petróleo a occidente, momento en el que exigiremos la retirada de todas las tropas americanas de territorio saudí para que sean reemplazadas por bases militares chinas permanentemente.

—Si la Casa Saudí cae, señor Swan, les vamos a arrastrar con nosotros.

DESPACHO OVAL, CASA BLANCA

Washington D.C.

17 de septiembre de 2012

—Esas cuentas no han sido objetivos al azar —dice Leonard Snyder, el Consejero Jefe de la Casa Blanca—. Al menos la mitad de las cantidades fueron sustraídas de las comisiones que la Casa Saudí se lleva de los contratos armamentísticos. Misiles Patriot, F-15s, AWACS, Fragatas Halifax Canadienses, Torpederos Helec, los contratos Yamama con Gran Bretaña... así como algunos tratos «no oficiales» que datan casi de la era Reagan. El gusano también ha esquilado cuentas de Hamas y Hezbolá, así como las redes de satélites utilizadas por los musulmanes para ladrar el odio que sienten hacia Israel y Occidente. Naturalmente, los franceses y el resto de la Unión Europea han acusado rápidamente a Israel de ser la mente detrás de toda esta maniobra, sólo se han convencido de lo contrario cuando han visto que los bancos israelíes también han perdido varios billones.

Howard Lowe, el Jefe del Departamento de Seguridad Nacional, da su opinión al



respecto.

—Los robos han seguido aun cuando los bancos han transferido los fondos hacia nuevas cuentas con nuevas identificaciones corporativas. Sea lo que sea ese virus-gusano, tiene la habilidad de aferrarse a su objetivo y seguirlo a través de cualquier sistema operativo. Los Directores Ejecutivos de la industria de defensa se han vuelto bastante paranoicos y están sacando todo el efectivo que pueden, tanto bonos, como fondos de pensiones, y eso está causando severos daños en toda la comunidad financiera.

—No lo entiendo —dice Joe Biden—. ¿Cómo pueden desvanecerse un trillón de dólares?

—No se han desvanecido —responde Snyder—. Simplemente, se han extraído electrónicamente, se han limpiado las huellas y luego se han distribuido en vaya-usted-a-saber-donde. Quienquiera que haya sido el autor de todo esto, lo ha dispuesto todo de manera muy inteligente. Cuando le roban a Peter para pagarle a Paul, mantienen las transacciones equilibradas, y es por eso por lo que la mayoría de las instituciones financieras todavía permanecen intactas. Ha sido una operación muy compleja y muy bien planeada. ¿Pueden ser todos esos fondos recolocados? Lo dudo, al menos en esta coyuntura.

David Schall se masajea el doloroso pulso que punza su cuello mientras piensa a toda velocidad.

«Promis... Futrell... debe de ser él...»

El vicepresidente mira de repente al director de la CIA.

—Director Schall, ¿tiene algo que añadir?

—Perdone, señor, simplemente, estaba pensando... quienesquiera que sean los ladrones, han conseguido dar con cuentas bancarias utilizadas por organizaciones terroristas y cárteles de la droga para blanquear el dinero. Aparte de la situación saudí, puede que podamos darle la vuelta a esto.

—¿Acaso está diciendo que el Grupo Carlye... que los Haliburtons y los Brown, y los Roots del mundo son organizaciones terroristas?

—Por supuesto que no, señor.

—Entonces, volvamos al problema que tenemos entre manos. Wall Street ha encajado el golpe, pero parece que ha surgido otro. La principal emergencia es que solucionemos el asunto del embargo de petróleo. Señora secretaria, ¿cómo propone que mediamo el problema con los saudíes?

La tensión entre Biden y Hillary Clinton es más que palpable en el ambiente. La antigua senadora de Nueva York y ex Primera Dama había sido elegida en lugar del vicepresidente para la candidatura presidencial democrática.

—Arabia Saudí está encarando dos de sus mayores amenazas. Su economía se está colapsando, y la realeza está viéndose amenazada por su propio pueblo. Eso nos

da dos opciones. Podemos negociar una serie de préstamos, o podemos dejar que ocurra lo inevitable. A menos que atrapemos a esos ladrones informáticos, negociar una serie de préstamos significa que nada parecido puede volver a ocurrir. Si dejamos que Arabia Saudí se colapse, esto creará un poderoso vacío de poder por el que competirán los radicales islámicos, Irán y Ashraf. Ya que esta situación dejaría a la realeza en la peor de las situaciones, podemos ofrecerles la oportunidad de permanecer en el poder como un gobierno marioneta mientras estabilizamos sus fronteras, de dentro y de fuera.

—Nunca funcionaría —dice Leonard Snyder—. La Casa de Saud le echa las culpas a los Estados Unidos de sus pérdidas.

—Vamos al menos a intentar hacer una negociación al respecto —dice Howard Lowe, volviéndose hacia Joseph Kendle—. En treinta días pueden ocurrir muchas cosas. ¿No está usted de acuerdo, general?

—Sí, señor —dice el secretario de Defensa—. Lo estoy.

FLAGSTAFF, ARIZONA

10:23 PM. MST

Michael Tursi descuelga el teléfono de la cabina después del primer timbrado.

—Hable.

—La paciente ya está de parto.

—¿Tan pronto?

—Sí, rompió aguas muy pronto. ¿Está listo el doctor para atender el parto?

—Está listo. He oído que son gemelos. ¿En que hospital será?

—St. Mary.

—El St. Mary es muy caro. ¿Quién pagará la factura del hospital?

—Se ocuparán de ella.

Y con esto se corta la comunicación. El Turco sale de la cabina de teléfono mientras su corazón bombea a toda velocidad.

\* \* \*

El sistema de vigilancia graba las últimas palabras que dice el hombre. Elliot Green coloca el pequeño plato en el interior de su coche. Ese agente del FBI corrupto ha estado visitando aquella cabina en Flagstaff desde que llegó a Arizona el 2 de septiembre, y esta noche es la noche clave.

Gracias a una lente telescópica, Green puede conseguir un primer plano de la matrícula del coche de Tursi mientras éste se aleja a toda velocidad. Pacientemente, espera hasta que la nube de polvo se asienta, luego enciende su coche y recuerda en su mente la conversación.

«La paciente... ya está de parto... el ataque seguro que va a ser inminente.  
¡Despierta Elliot! ¡Que no se te escape ese tío!»

Una vez en la carretera, acelera para perseguir a su sospechoso.

---

«Varios investigadores encubiertos compraron los elementos radioactivos necesarios para fabricar una bomba sucia que luego intentaron pasar por los controles aduaneros. Cuando los detectores de radiación del Departamento de Seguridad Nacional dieron la alarma, los investigadores mostraron a los Agentes del Servicio Aduanero falsas licencias gubernamentales. Los agentes miraron en el interior de los coches, revisaron la documentación y, finalmente, dieron a estos investigadores el visto bueno para que pasaran el material dentro del territorio americano.»

USA Today,

28 de marzo de 2006.

«No hay aliados ni enemigos permanentes. Lo único que verdaderamente permanece son los intereses.»

Lord Palmerston.

Mandatario Británico del siglo XIX.

«El cambio se precipita sobre nuestras cabezas, y la mayoría de la gente no está en absoluto preparada para soportarlo.»

Alvin Toffler.

«Future Shock»

# Capítulo 35

## PRISIÓN DE INAKESH

Arabia Saudí

Cuando se está encerrado y solo, no hay día ni noche, únicamente dolor y depresión. Un vacío que puede desgarrar a un hombre más que cualquier otra herida física. Para Ace Futrell, la soledad era un vacío inconmensurable de tiempo, y si bien las heridas de su primera sesión de tortura iban gradualmente sanando y cerrándose, su espíritu seguía debilitándose.

A través de febriles momentos de sueño, solía volver a la niñez en sueños, para ver de repente como la escena quedaba destrozada por algún acto violento: una bomba que volaba el interior de una galería comercial, una ola gigante que rompía en su playa privada, un tornado que se llevaba por delante su casa. En aquellos sueños siempre notaba la presencia de Kelli, pero sólo de una manera periférica, nunca como su esposa. Cuando intentaba concentrarse en su rostro, sus rasgos siempre se transformaban en los de Jennifer.

A veces se levantaba desorientado, a veces gritando, con todos sus sentidos asaltados por los eternos gemidos y gritos de los otros prisioneros, que gritaban en árabe, maldiciendo y golpeando sus puertas. Había un constante hedor a heces, como si estuviera incrustado en los ladrillos de los muros que lo rodeaban. A veces oía susurros, su mente siempre andaba perdida, y aunque pareciera imposible, parte de él agradecía estar allí. Al menos allí estaba a salvo. Al menos allí, no lo torturarían.

Lo alimentaban una vez al día. Un cuenco de arroz y algo de carne irreconocible. La primera semana apenas podía digerirla, pero gradualmente se fue obligando a comer.

No volvió a ver a la mujer hasta el decimosexto día... el día que volvieron a por él.

\* \* \*

Lo está esperando en la sala de interrogatorios, con sus ojos fríos y penetrantes, igual que la primera vez que se vieron. Una vez más, dos guardias lo desnudan completamente, pero esta vez lo sientan en la silla sin asiento. Sus genitales quedan colgando hacia abajo. Sus muñecas y sus tobillos son sujetados con velcro a la silla. Todos sus miembros tiemblan.

Su Ángel de la Muerte habla mientras el torturador al que ella se refirió como Ali Shams se agacha junto a la silla de Ace y le cuelga una toalla húmeda en los testículos.

—Voy a hacerle unas cuantas preguntas respecto a sus negocios en Arabia Saudí. Si contesta diciendo la verdad, no recibirá ningún castigo.

Una oleada de náuseas atraviesa su estómago hasta llegar a su garganta. Cada poro de su cuerpo suda mientras nota cómo unos clips de metal se quedan enganchados a sus genitales.

—Si miente, señor Futrell, sufrirá un terrible dolor.

El director de la cárcel entra en la sala. Se sienta junto a Nahir y lo mira desde una cómoda silla de oficina.

«¡Concéntrate en la tapadera! ¡Tienes que resistir! ¡Hazlo por Leigh y por Sam! ¡Hazlo por...!»

—¿Cuál es su nombre?

—Ashley Futrell.

Nota su cabeza ligera. Está mareado, casi es incapaz de respirar.

—¿Qué asuntos le llevaron al Banco Nacional?

—Transferir... quería transferir unos fondos a mi...

«¡AAAhhhh! Dagas... llamas... mis genitales... ardiendo... profundamente... dolor blanco... ¡No puedo respirar!»

Y para.

—UUgghh

El vómito sale de la boca de Ace y cae sobre el suelo de cemento, salpicándolo. Luego se deja caer hacia atrás en la silla, mientras su cuerpo, empapado en sudor, queda inclinado hacia un lado, entre las convulsiones de sus músculos y la vibración incontrolada de sus nervios.

Da un respingo cuando el sádico torturador le empapa con agua de la manguera de jardín.

Ace gime, mueve su dolorida cabeza de lado a lado. Sus terminaciones nerviosas aún están al rojo vivo, retorciéndose. Esto hace que sus extremidades se tensen y muevan incontrolablemente. Ante sus ojos aparecen unas motas púrpuras.

«Maldita sea, están jugando contigo. Esto es un juego de hombres, y tú eres tan sólo un niño. No puedes ganar, no puedes responder a los ataques.»

—¿Cuál es su nombre?

Sus ojos se voltean, las palabras surcan su mente a través de un mar febril antes de llegar a su boca.

—¿Cuál es su nombre?

—Acefew... trell.

«Tu hijo Sam va a morir.»

—¿Que...?

«Leigh también, saben dónde viven.»

—¿Qué asuntos le llevaron al Banco Nacional?

«Sam y Leigh tendrán una muerte horrible.»

De repente, sus ojos se abren de par en par.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Ella se sorprende de su repentina ferocidad.

—Le he preguntado qué asuntos le llevaron al banco.

—¡Ha dicho algo de mis hijos! ¿Qué es lo que ha dicho?

—No he dicho nada de...

La mujer mira al director, no sabe qué hacer.

—¿Qué es lo que ha dicho!

El general la coge por el brazo, gritándole unas órdenes en árabe.

—Señor Futrell, que asuntos le llevaron a...

—¡Cómamela! ¿Sabe lo que significa eso? ¡Significa que puede agacharse debajo de esta silla y comerme la polla! ¡Vamos, tradúzcaselo a su general!

Los ojos de la mujer se abren, llenos de temor.

—¡Vamos, dígaselo!

El puñetazo que recibe le rompe la nariz, pero le aclara la cabeza. Se vuelve hacia Ali Shams y le lanza un escupitajo de sangre a su limpia camisa arábiga.

—¡Tú sigue, gilipollas! ¡Eso es, sonríe, maldito bastardo! ¿Acaso te crees que te tengo miedo? La muerte no me asusta. El dolor no me...

El cuerpo de Ace salta de la silla. Las sujeciones que tiene en sus brazos y piernas amenazan con romperse. El voltaje parece sostenerlo en mitad del aire. Su mente se ve atrapada en la resaca de una enorme ola que lo mantiene hundido, sin permitirle respirar, mientras su cuerpo es despedazado en pequeños trozos y lanzado después hacia un millar de agujas que...

Y para.

Nuevamente, se derrumba en la silla, más muerto que vivo.

Esta vez, la manguera no sirve para despertarlo. El general le grita a la mujer. Esta corre hacia Ace. Le inspecciona las pupilas. Le comprueba el pulso. Sacudiendo su cabeza, dice que no.

Ali Shams empuja a la mujer a un lado. Coge a Ace por el pelo y...

—¡La!

Con una palabra, el director ordena al enfurecido torturador que se vaya.

\* \* \*

El mar está en calma. Él está flotando, de espaldas. El sol brilla, de vez en cuando pasa una nube. Puede sentir cómo los rayos calientan su piel, alguien le habla.

«No, simplemente, déjame flotar.»

Una ola lo mece, haciendo que se despierte.

Abre los ojos.

Está de vuelta en la celda, sobre el catre. Su muñeca izquierda está de nuevo sujeta al anillo de hierro. Su brazo está totalmente estirado, con la palma hacia arriba. La mujer le aguanta el antebrazo con el pie desnudo y le clava una aguja. Sujeta la inserción en su vena y luego cuelga en el lavabo una bolsa intravenosa que comienza a gotear lentamente.

Demasiado débil para oponerse, sigue de espaldas mientras nota una sensación fría y calmante. Sea lo que sea aquello que le ha puesto se extiende por su riego sanguíneo.

—¿Qué es eso?

—Una solución electrolítica.

Sus ojos se cierran.

—Por favor, déjeme morir.

—No parece un hombre dispuesto a morir. Es un toro, siempre listo para luchar. Sin embargo, debe rendirse. La próxima vez, Ali Shams le matará.

—Bueno. Mejor morir ahí arriba que aquí abajo.

—¿Cuántos hijos tiene, señor Futrell?

De nuevo, sus ojos se abren de par en par, alertados.

—Lo siento, no pretendía insinuarle nada con eso. Tal y como le he dicho, yo también soy una prisionera.

—Eso no quiere decir que confíe en usted.

La mujer se pone de pie, con una mirada desafiante en sus ojos verdes.

—Cuando Ali Shams le desnudó ante mí, le humilló. Lo pude ver en sus ojos. Puede que yo tenga una manera de aliviar su vergüenza.

Ace se queda mirando cómo la mujer se quita el velo que tiene en la cabeza, dejando que su largo pelo negro caiga libremente. Luego desabrocha su burka y se quita la prenda, dejando su cuerpo desnudo completamente y mostrando una figura tersa y perfectamente formada, envuelta en una piel de terciopelo de color moca. Sus pechos son pequeños, pero firmes. Con su mano izquierda cubre su sexo.

Ace logra sentarse mientras su corazón bombea a toda velocidad en el interior de su pecho.

Ella se aparta un poco, para darse la vuelta lentamente y mostrar unas anchas cicatrices cruzadas que llenan su espalda.

—Ahora somos hermanos de espíritu, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dice él. Sus músculos tiemblan y se deja caer de nuevo de espaldas mientras ella se vuelve a vestir.

—Desprecio y odio a Al Saud, señor Futrell. Desprecio lo que me han hecho, lo que le han hecho a mi familia. ¿Por qué impide Alá que seamos libres? ¿Por qué bendice a los espíritus malignos que están en el poder?

—No lo sé. En mi país pasa lo mismo. Los ricos se vuelven poderosos, los pobres

quedan abajo, bajo la suela de sus zapatos, y las masas lo aceptan.

—Usted no es un espía.

—No.

—¿Por qué...?

Ace toma aliento profundamente, intentando concentrarse a pesar del dolor.

—Mi especialidad es el petróleo. Fui contratado para supervisar las reservas de Aramco Saudí. Los hombres que me emplearon tienen muy buenos contactos. Si no vuelvo a los Estados Unidos antes de las elecciones presidenciales, esos hombres harán un anuncio público informando de que las reservas saudíes tan sólo durarán cinco años más.

—Pero eso no es verdad, ¿no?

—No —dice él, mintiendo—. Las reservas por ahora son más que suficientes.

—¿Y el banco?

—Una maniobra secundaria algo arriesgada. Tenía que recibir mi paga en fondos blanqueados de un socio de Oriente Medio. La transferencia, por lo visto, tuvo problemas. Ahora estoy sin blanca y en prisión.

—Esos hombres para los que trabajaba... ¿Tenían buenos contactos políticos?

—Sí.

—Si pudiera hacer llegar un mensaje a la Embajada Americana, si pudiera sacarle de Inakesh... ¿Me llevaría con usted?

—Sí, por supuesto.

Ella se detiene un momento, meditando el asunto.

—Entonces le ayudaré.

---

«Los envíos de ántrax por correo que provocaron una suspensión de las investigaciones del 11-S fueron rastreados hasta llegar a un almacén del ejército de los Estados Unidos. Justo después de que los ataques comenzaran en Octubre del 2001, el FBI aprobó la destrucción de las muestras originales de la variante de Ames [51], eliminando así una de las evidencias más identificativas de la procedencia de los patógenos utilizados en los envíos. ¿Estaban estos ataques con ántrax sincronizados con la invasión de Afganistán? ¿Por qué tan sólo se les enviaron cartas a figuras de los medios y a los líderes de la oposición en el senado que se habían opuesto a la Ley Patriótica?

911 Thruth.org

«Richard Bergendahl (55) lucha en la guerra contra el terrorismo desde Los Ángeles, por 19.000 dólares al año, como guardia de seguridad, mal pagado y peor



entrenado, de una de esas empresas de vigilancia privada que protegen uno de los muchos posibles objetivos de los terroristas. Bergendahl, destinado a un edificio de cincuenta y dos plantas cerca del U.S. Bank Tower, nos dijo que su entrenamiento consistió sobre todo en que un agente inmobiliario le leyera unas cuantas medidas de seguridad cada pocos meses. En su edificio pocas veces se realizaban prácticas de evacuación. ¿Y supervisión? Los supervisores simplemente querían que llevara su chaqueta correctamente abotonada, y que sus zapatos estuvieran limpios.»

Larry Margasak.

Associated Press,

30 de mayo de 2007

## Capítulo 36

U.S. Bank Tower  
Los Ángeles, California  
27 de septiembre de 2012  
11:33 P.M. Pacific

Alzándose setenta y tres pisos sobre el nivel del suelo, el U.S. Bank Tower, o como comúnmente es conocido, el Edificio de la Biblioteca, es el rascacielos más alto al oeste de Chicago. Años antes, el público supo (después de los hechos) que aquel edificio había sido el objetivo original de Al-Qaeda durante los ataques del 11 de Septiembre del 2001. Después sufrió un ataque fallido a mediados del 2002. Los controles de seguridad para la gente que visita el edificio son bastante férreos, y a los que trabajan o tienen negocios en él se les aconseja que realicen estudios exhaustivos del curriculum de todos sus nuevos empleados.

La investigación de rutina que la compañía había realizado sobre Omar Kamel Radi había sido redirigida hacia una compañía fraudulenta administrada por el supervisor de Marco Fatiga, Jeff Anders, en la División de Apoyo Estratégico del departamento de Defensa.

Omar se quita el uniforme sucio, y con él su tarjeta identificativa. Sale luego en dirección al vestíbulo principal. Susan Campbell lo estaba esperando.

—¿Cómo ha ido el trabajo?

—El trabajo es trabajo —dice, besando a la instructora de aeróbic—. Quiero ducharme antes de cenar, ¿vale?

—Ven conmigo y duchémonos juntos —dice ella, tomando su mano y llevándoselo, delante de Marco Fatiga, que ha estado viendo toda la escena.

PRISIÓN DE INAKESH, ARABIA SAUDÍ  
28 de septiembre de 2012  
7:45 A.M. Hora local

Ace se levanta al escuchar el escándalo que tiene lugar en el corredor que hay tras su puerta. Se rasca la barba, pensativo, y luego se sienta, dolorosamente, justo cuando la puerta de su celda se abre. Su guardia, un enorme beduino llamado Hasan, le suelta las esposas y le lanza montón de ropa. Es el traje que llevaba en el banco.

«¡Me sueltan! ¡Nahir lo ha conseguido!»

Se viste rápidamente. Su corazón se acelera mientras introduce sus temblorosas piernas a través de las perneras del pantalón. Luego, le esposan de nuevo las manos,

esta vez a la espalda, pero cuando sale de su celda, su momento de exultación queda hundido por una ola de ansiedad.

En el corredor de las celdas hay tres prisioneros: dos hombres y una mujer, todos vestidos con trajes de calle, de rodillas, implorando a los guardias que les permitan volver a sus celdas. Los guardias les gritan, les golpean con varas de bambú y los arrastran de los pies hacia los escalones de cemento.

Ace se gira para mirar al guardia. Hasan lo está mirando con una siniestra sonrisa en su rostro.

\* \* \*

Ace es conducido hacia el patio. El sol, en su punto álgido, los castiga desde un cielo azul sin nubes. El calor es abrasador. A los otros ya los han metido en la parte de atrás de un camión. Uno de los guardias cubre la cabeza de Ace con una ghutra negra, bajándosela hasta la parte inferior de la cara antes de ponerle una venda fuertemente sobre los ojos.

Ace siente que las fuerzas abandonan su cuerpo, hasta tal punto que el guardia tiene que cargarlo para llegar al camión. Lo lanza al interior con brutalidad. Ciego y de rodillas, utiliza su frente para encontrar un sitio donde sentarse. Se sube a un asiento que hay junto a otro prisionero mientras el vehículo acelera por el patio de la prisión.

Es la prisionera. Está llorando. Los hombres rezan.

—Marhaba. ¿Puede alguien hablar inglés?

Uno de los hombres contesta.

—¿Americano?

—Sí—dice Ace—. Por favor, dígame, ¿a dónde nos llevan?

—Hoy es viernes. A los que seleccionan los viernes se los llevan a Jiddah para las ejecuciones públicas. Hoy vamos a morir.

Ace se remueve en su asiento. Cada uno de los baches que hay en aquella asimétrica carretera hace que la parte de atrás de su cabeza golpee el interior de aluminio del camión. Las lágrimas caen a través de la venda que cubre sus ojos hasta llegar a su cuello, no porque tema morir, sino por el profundo pesar que siente por sus hijos. Después de perder a su madre, después de ser abandonados... Todo, ¿para qué? Las emociones se le atraviesan en la garganta mientras recuerda la última noche en el lago George, el momento en que abraza a su hijo y le desea buenas noches, y cuando luego promete a su hermana que volverá en unas semanas.

¡De eso hacía ya cuarenta días, tal vez más!

«Les mentiste. Te has mentido a ti mismo.»

Lleno de furia, golpea con fuerza la parte de atrás de su cabeza contra el interior de aluminio de nuevo, apretando sus dientes y maldiciendo su existencia.

«¡Debí haberlo sabido! ¡Nunca debí dejarlos! ¿Por qué la escucharía? ¡Te odio Kelli, te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!»

\* \* \*

El camión se detiene. Después de un momento, la puerta de atrás se abre. Espera hasta que uno de los guardias lo saca a rastras del vehículo. Se une a la pequeña procesión mientras los mirones ocasionales observan la escena desde el aparcamiento. Los músculos de sus piernas tiemblan y va dando tropezones por los escalones de piedra. Por la dirección en la que está escuchando el bullicio, puede adivinar que está siendo conducido a través de un enorme mercado.

Reconoce la voz del general Abdul Aziz dando órdenes. Alguien le retira la venda de los ojos, así como el ghotra, y por fin puede volver a ver.

Están en una plataforma alzada, situada justo en el centro de una enorme plaza. Al otro lado de la calle hay un hotel. Los huéspedes miran el espectáculo desde los balcones privados. La gente se reúne alrededor con rapidez, uniéndose a los cientos de mirones que ya había.

A unos tres metros y medio, el verdugo les espera, con una enorme espada de acero afilada y brillante. Es un hombre enorme, con un espeso mostacho, perilla y un par de ojos psicóticos. Su uniforme, de color caqui, tiene manchas de sudor; el ghotra que tiene en su cabeza está también empapado. Por la manera que mira y hace gestos al público, parece disfrutar bastante de su trabajo.

«Por favor, Dios, haz de mí lo que quieras, pero por favor, no permitas que a mis hijos les ocurra nada raro, es todo lo que pido.»

Con esto, Ace cierra sus ojos, apagando todos sus sentidos mientras su cuerpo se queda como muerto.

El general se les acerca y elige al hombre que está a la derecha de Ace. Dos guardias lo cogen y lo llevan sujeto por los brazos, arrastrándolo hacia el ejecutor. El hombre cae de rodillas mientras un juez islámico, un clérigo Wahhabi, usa un micrófono para leer los cargos al gentío.

El mercado permanece en silencio. En el aire casi puede notarse el ansia de sangre. La gente incluso se encarama al techo de algunos coches para ver mejor.

El condenado llora, agachando su cabeza en dirección a la Meca.

Ace abre los ojos. No quiere mirar, pero no puede evitarlo.

El verdugo alza su espada por encima de la cabeza y luego, realizando un fortísimo arco hacia abajo, la hoja de la espada pasa por la base del cuello del hombre.

El gentío grita. El cuerpo cae a un lado, mientras que la cabeza rueda hacia el lado contrario. Ace tiene una arcada y mira hacia otro lado. Su interior se retuerce entre espasmos.

A continuación, se leen más acusaciones. La mujer situada a su izquierda llora contra su hombro. El general la empuja al suelo, mostrándola al gentío, y luego le dispara dos veces en la cabeza, salpicando a los mirones más cercanos con una neblina sanguinolenta.

El cadáver de la mujer cae a los pies de Ace.

Nuevamente, una algarabía de gritos resuenan por el aire. Quedan dos prisioneros, y ahora quieren al americano.

Desde un balcón en un segundo piso, Scott Santa informa en directo de la escena al Director de la CIA, David Schall, vía telefónica.

Ace es alzado y llevado ante el ejecutor. Lo colocan de rodillas. Todo sonido cesa. Todos sus músculos tiemblan sin que pueda evitarlo.

Oye el bullicio, los gritos, y, de repente, empieza a susurrar el clásico cántico de ánimo de los Georgia Bulldogs.

—¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos muchachos!

El verdugo se detiene, sin saber muy bien qué hacer.

Ace alza más la voz.

—¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos Bulldogs! ¡Vamos muchachos!

De repente, una voz de mujer resuena en el interior de su cabeza. Por un momento, se imagina que está con Kelli, sólo que le habla en árabe. Instintivamente, se gira hacia la izquierda.

Nahir le está señalando y le habla rápidamente al general.

El verdugo empieza a tomar posición, colocando la cabeza de Ace. La sombra de la espada que se alza le atraviesa...

---

«Creo en Dios, pero no como un uno, no como un anciano sentado arriba, en los cielos. Yo creo que lo que la gente llama Dios es algo que todos tenemos en nuestro interior. Creo que todo lo que Jesús, Mahoma y Buda decían era cierto. Lo que pasa es que lo que decían quedó mal traducido.»

John Lennon.

«La gente que lleva camisetas con la efigie de Cristo y vota contra los que quieren ayudar a la gente son los mayores hipócritas.»

Charlie Melancon, congresista por Luisiana,  
después de que la Casa Blanca rechazara una serie de ayudas  
para reparar los muelles de Nueva Orleans.

«No temáis lo que vais a padecer. El diablo os encerrará para ponerlos a prueba.»  
Apocalipsis 2:10

# Capítulo 37

GARY, INDIANA

29 de septiembre de 2012

1:27 A.M. EST

Un grito rompe la noche y saca a Mitchell Wagner de un profundo sueño. Al hombretón le lleva dos minutos despertarse completamente y salir de la cama para llegar hasta la habitación de invitados, donde se encuentra con su mujer. Para entonces, los dos niños Futrell están llorando.

Yvonne está junto a la cama de la chica, abrazándola con fuerza contra su pecho. Sammy, al ver a su hermana tan asustada, ha comenzado a llorar.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba soñando. Llévate a Sam a la cocina para que tome un poco de leche.

—¿Y con qué estaba soñando?

—Sammy, ve con el tío Mitch. Hay brownies recién hechos en la nevera.

—Pero ¿qué ha sido? ¿Una pesadilla?

Yvonne le lanza una mirada a su marido. Una orden silenciosa para que salga de la habitación.

Leigh alza la cabeza, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Papá ha muerto.

JIDDAH, ARABIA SAUDÍ

Nahir se sienta en la parte de atrás del camión, con las manos dolorosamente sujetas a su espalda por unas esposas. La capucha negra de su cabeza cae cuando levanta la cabeza.

La puerta trasera se abre. Alguien lanza a Ace Futrell al interior.

Espera a que el vehículo empiece a avanzar camino abajo antes de acercarse.

—¿Ashley?

—¿Nahir?

Se coloca de rodillas y le da la espalda para intentar quitar la venda de los ojos con sus dedos.

Ace la mira, parpadeando a causa de las lágrimas

—Me has salvado.

—Y tú me has salvado a mí.

Se sienta, dolorosamente, retorciéndose entre las cadenas que lo sujetan. Nahir se inclina sobre él hasta que sus mejillas se tocan y sus labios se encuentran. Se besan frenéticamente, no por la pasión, sino por la necesidad primaria de sentir.

De repente, el camión gira bruscamente, haciendo que rueden por el suelo. Ella se acerca a él de nuevo, pero esta vez Ace se aparta. Atormentado por su cercanía a la

muerte, está emocionalmente exhausto. Oleadas de náuseas recorren su cuerpo.

—Nahir, no puedo. Te estoy muy agradecido, pero todo lo que ahora puedo ver y sentir es la muerte.

—Necesito sentirte, Ashley, aunque tan sólo sea un momento.

—No puedo.

—¿Preferirías estar muerto?

—Estoy muerto. Estoy muerto para aquellos a los que importo.

—A mí me importas.

—Lo sé. ¿Qué le dijiste al general?

—Le repetí lo que me dijiste en la celda. Sabía que eso le iba a hacer reaccionar. Algunos dicen que la revolución está a la vuelta de la esquina, otros creen que será una invasión. Esos que sirven a la Casa Saud temen las represalias. No estoy segura de qué es lo que el general va a hacer ahora, pero estoy segura de que querrá respuestas. Al final, puede que únicamente te haya causado más perjuicios. Tal vez estarías mejor muerto.

Acercándose aún más, frota su mejilla contra la suya.

—Sin embargo, estoy vivo, eso es lo que cuenta.

FLAGSTAFF, ARIZONA

3 de octubre de 2012

3:20 A.M. MST

Las dos furgonetas de color blanco aceleran mientras se alejan del aparcamiento del EconoLodge. Shane Torrence y Michael Tursi están en uno de los vehículos. Marco Fatiga está en el otro.

Elliot Green espera treinta segundos antes de salir de la habitación de su hotel para seguir a las dos furgonetas en su coche alquilado.

Los dos vehículos blancos se dirigen hacia la ciudad, realizando una tortuosa ruta antes de terminar desviándose hacia un aparcamiento desértico de un antiguo taller de reparaciones. Tiene tres accesos, con cada una de las tres vallas de entrada bajadas. Michael Tursi sale de la furgoneta por la puerta del pasajero y abre la valla de en medio, permitiendo así la entrada a los otros dos vehículos. Mientras éstos entran, el Turco mira a su alrededor, comprobando que están completamente solos. Cuando queda satisfecho, también entra en el aparcamiento. Luego cierra la valla tras él.

Elliot Green mira a través de sus gafas de visión nocturna desde el supermercado de 24 horas que hay al otro lado de la autopista de cuatro vías.

Dentro del aparcamiento, el profesor Eric Mingyuan Bi sale de un bunker subterráneo que hay en el extremo más alejado y sube con dificultad la escalera que asciende desde las profundidades. Está vestido con un traje de protección completo.



—Llegan pronto. Dijeron que la cita era a las cuatro en punto.

Tursi ignora las quejas.

—¿Dónde están las gemelas?

Bi se quita el casco y los guantes, y luego activa el ascensor que tiene a su derecha. Las planchas que sellan el agujero subterráneo se abren y un ascensor con forma de «I» mayúscula asciende desde la parte subterránea.

Sujetas a la plataforma de hierro hay tres cajas de plomo.

Torrence duda.

—¿Qué pasa con la radiación? Nosotros no tenemos trajes de protección.

—Las cajas de plomo minimizan el nivel de exposición. No hay peligro —dice Bi—. Échenme una mano.

Los cuatro aúnan esfuerzos para sacar las dos cajas de metal de sesenta y cinco kilos de peso, así como la tercera, que es algo más pequeña, del ascensor. Los físicos nucleares quitan las tapas de los dos contenedores más pesados. Dentro hay otras dos cajas de metal más pequeñas, de un color verde militar y del tamaño de una taquilla de gimnasio. Una antena telefónica de unos veinte centímetros sobresale de cada una de las bombas.

El profesor Bi sonríe ampliamente.

—Tal y como prometí, dos Explosivos Especiales de Demolición Atómicos. EEDA, para resumir.

Tursi saca una de esas cajas fuera de su contenedor de protección de plomo y abre los cierres, dejando expuesto el interior de la bomba para así poder inspeccionarla.

Dentro hay un dispositivo con forma de campana que alberga una especie de lata cilíndrica. Los cables van de la parte superior del dispositivo a la parte de atrás de un teléfono móvil.

El profesor Bi apunta.

—La batería del teléfono está conectada al detonador en el cilindro principal. Cuando se marque el número de teléfono, el tono mandará la suficiente potencia al detonador como para que éste explote el C-4 que hay dentro del cilindro. Esto reventará un trozo de uranio enriquecido tras otro, comenzando una reacción en cadena que terminará en una explosión nuclear.

Torrence parece preocupado.

—¿Y si alguien, por ejemplo una empresa de telemarketing, marca el número de teléfono de una manera automática?

—Los teléfonos permanecerán apagados hasta que ustedes estén listos para usar el dispositivo. Nadie más tiene acceso a estos números.

—¿Y dónde están los números de teléfono? —pregunta Tursi.

El profesor Bi se desabrocha el traje de protección y saca un sobre de un bolsillo de sus pantalones. Se lo ofrece a Tursi.

—La cuenta de mi banco y mi número de contacto. En cuanto el pago llegue a mi cuenta, los llamaré para darles los números de teléfono.

La cara del Turco se torna roja de ira.

—¿Por qué deberíamos fiarnos de usted?

—No se equivoque, la pregunta correcta es ¿por qué debería fiarme yo de ustedes? Les he entregado las gemelas, tal y como me pidieron. Incluso he incluido un tercer contenedor de elementos radioactivos para que puedan dejar un rastro falso. El éxito de esta misión está en que tanto usted como yo podamos desaparecer en las sombras, y yo quiero que la misión tenga éxito. Recuerde que fue su gente la que «limpió» la mina, pero tenga esto en cuenta: no permitiré que usted me quite a mí de en medio también, no si quiere que las gemelas exploten.

El corazón del científico se acelera, pero se mantiene firme.

El momento es tenso. Los ojos de Tursi se quedan fijos en los del profesor.

—Mañana por la tarde. Será mejor que me dé esos dos números antes de que transcurran dos minutos desde el momento en el que la transferencia se haga efectiva.

—Los tendrá, se lo aseguro.

Tursi se gira hacia Torrence y Fatiga.

—Cargadlas y salgamos de aquí.

Los cuatro hombres llevan la pesada carga hasta las furgonetas. Uno de los EEDA queda bien sujeto dentro del vehículo en el que va Fatiga; el otro, junto con el contenedor pequeño que contiene partes radioactivas, va en la furgoneta de Torrence.

Tursi se queda un momento a parte del resto con Marco Fatiga.

—He recibido confirmación de nuestra gente en Bagdad. Han acabado con los hermanos de Omar esta mañana. Los asesinos iban vestidos como soldados americanos. La noticia recorrerá la Hermandad Musulmana hasta llegar a tu chico en un par de días.

—Eso le enseñará a enamorarse en mitad de una misión.

El profesor Bi guarda su traje de protección en un compartimento del aparcamiento.

—He llenado el agujero de TNT y gasolina. Esperaré veinte minutos antes de detonar el dispositivo.

Tursi asiente.

—¡Un momento, por favor! —dice Bi corriendo hacia Tursi mientras éste está abriendo la puerta de la furgoneta de Torrence.

—Los objetivos, ¿cuáles son?

El Turco sonríe y no dice nada.

—Al menos dígame qué día nacerán las gemelas...

Michael Tursi entra dentro de la furgoneta y cierra la puerta de un portazo. Shane Torrence arranca y aprieta el acelerador, y mientras se aleja del lugar, la furgoneta de

Marco Fatiga le sigue.

## PRISIÓN DE INAKESH, ARABIA SAUDÍ

Los ojos de Ace Futrell casi se salen de sus órbitas y las venas de su cuello se hinchan

Nahir no puede hacer otra cosa que apartar los ojos.

—El general Abdul Aziz le ha perdonado la vida. Ahora quiere saber cuál es su contacto en el Golfo Pérsico.

Ali Shams aprieta aún más la soga. La cuerda empieza a cortar la piel del cuello de Ace y se tensa en sus brazos, los cuales están totalmente doblados sobre su espalda y sujetos hacia arriba por la cuerda de una polea. Una segunda cuerda está atada alrededor del pene de Ace, impidiéndole orinar.

Su vejiga está a punto de estallar.

Su cara está empezando a adquirir un color púrpura. Ace gruñe, apretando los dientes.

La tensión se afloja, y él deja escapar un respiro.

—¿El nombre del contacto?

—Santa —dice apenas sin resuello—. Scott Santa. Ruso-americano, vive en Jiddah, trabaja en Riad. Por favor, libéreme, se lo contaré todo.

Nahir traduce, y el general asiente con la cabeza.

Ace cae sobre sus rodillas cuando queda liberado de las cuerdas. Con dedos temblorosos, le da la espalda a Nahir mientras suelta la sujeción de su pene. Luego suelta una meada sanguinolenta que cae sobre el suelo de cemento.

—El general está esperando.

—Es más alto que yo, caucasiano, pelo oscuro, cejas espesas. La última vez que nos encontramos fue en Nueva York, justo antes de Navidad. Trabaja en el Grupo Vinnell, y ha sido entrenado por la guardia saudí. Ahora trabaja por su cuenta, realizando trabajos como agente liberado para la CIA. Yo sé de petróleo... Santa... sabe de todo.

---

«El vicepresidente Dick Cheney lanzó varias advertencias respecto a que hay "altas probabilidades" de que los terroristas intenten realizar un ataque biológico o nuclear en los próximos años, añadiendo que teme que la política de la administración Obama provoque que dicho ataque tenga éxito. Cheney defendió inquebrantablemente el apoyo que la administración Bush ofreció a la prisión de Bahía de Guantánamo, así como los interrogatorios realizados a los sospechosos de

terrorismo.»

Político, 4 de febrero de 2009.

«El Cuerpo de Operaciones Especiales Unificado era una división especial e independiente del Cuerpo de Operaciones Especiales, el cual no tenía supervisión departamental ni congresista. Fue creado después del 11-S, y sus miembros respondían tan sólo ante el vicepresidente Cheney, que los utilizaba como brazo ejecutor asesino, seleccionando qué enemigos de los Estados Unidos debían ser eliminados, tanto dentro como fuera del país. Bajo la autoridad del Presidente Bush, realizaron misiones en el extranjero, sin hablar con el embajador o el jefe de la CIA del lugar. Buscaban a las personas indicadas en una lista, para luego eliminarlas y salir del país.»

Seymor Hersh, 11 del marzo de 2009.

## Capítulo 38

Auditorio McAlister, Universidad de Tulane

Nueva Orleans, Luisiana

3 de octubre de 2012

8:04 P. M. EST

—Buenas tardes desde la Universidad de Tulane, en la revitalizada ciudad de Nueva Orleans. Soy Katie Couric, y me gustaría darles la bienvenida al primero de los debates presidenciales de este año, en el que participarán la secretaria de Estado, Hillary Rodham Clinton, como candidata por el partido demócrata; el gobernador Ellis Prescott, candidato por el partido republicano, y el senador Edward Mulligan, candidato por el partido verde. Esta noche, el debate se desarrollará durante noventa minutos, siguiendo unas reglas de turnos aprobadas por los representantes de los tres candidatos. Los asuntos a debatir se centrarán en la política de exteriores y la seguridad nacional. Todas las preguntas que se formularán han sido ideadas por mí, y no han sido discutidas con anterioridad con los candidatos. Cada una de estas preguntas tendrá un turno de respuesta de dos minutos, y otro de refutación por parte de los otros dos candidatos de noventa segundos. Además, si yo lo decido así, el tema tendrá una extensión de un minuto más para profundizar en la discusión. Como regla, los candidatos no se podrán realizar preguntas directas entre ellos. El debate terminará con un turno de dos minutos para cerrar temas. Senador Mulligan, la primera pregunta va dirigida a usted.

»Senador, han pasado once años de los ataques de Al-Qaeda en territorio estadounidense. Desde entonces, se han sucedido tres intentos fallidos de derribar aviones comerciales nuestros, y dos intentos de atentando con bombas, uno de ellos hizo explotar un tren de metro entero. A lo largo de las últimas dos semanas, en Internet se han encontrado extractos de unas memorias no publicadas escritas por la difunta Kelli Doyle, ex Consejera de Seguridad Nacional en la administración Bush, la cual fue asesinada el pasado mes de diciembre. Estos extractos aluden a un ataque nuclear sobre territorio estadounidense que podría preceder a la invasión de Irán. Mi pregunta es, senador: ¿Le da credibilidad a esas memorias? Y si es así, ¿por qué cree que haría un mejor trabajo que el gobernador Prescott y la secretaria Clinton a la hora de prevenir estos ataques?

—Gracias, Katie. Primero, me gustaría decir que todos en Capitol Hill estamos bastante preocupados por la información que ha surgido, así como por las acusaciones vertidas por el movimiento neoconservador. La posibilidad de que una bomba sucia, o un arma biológica, cayera en manos de los terroristas siempre ha sido uno de nuestros mayores temores. Cualquier grupo o individuo que apoye o trabaje

para provocar una situación tan horrorosa como ésa debería ser colgado del cuello por traición. En lo que respecta a esa información, es muy difícil darle credibilidad a un informe cuyo autor no se encuentra entre nosotros para poder presentar evidencias de lo que dice. La señora Doyle era una neoconservadora de pura cepa, y esto bien podría ser una táctica diseñada para crear miedo y para influir en nuestra gente. Nuestro ex vicepresidente Cheney nos ha dado claros ejemplos de este tipo de tácticas multitud de veces desde que el presidente Obama subió al poder. ¿Que si creo que podría hacer un mejor trabajo que mis dos directos competidores a la hora de prevenir ese tipo de ataques? Absolutamente. Las últimas dos administraciones nos han estado hablando de lo peligroso que es todo, pero no han querido apoyar económicamente la seguridad de nuestros puertos y aeropuertos de la manera adecuada. Osama bin Laden seguramente ha muerto, y jamás fue capturado, y el Golfo Pérsico sigue siendo un hervidero que sólo ha empeorado desde que invadimos Irak. Como presidente, mi objetivo primordial sería liberarnos de esas tensiones. Primero, ideando una estrategia de salida que sacara a todas nuestras tropas de lo que esencialmente se ha convertido en una guerra civil Sunita-chiita. Segundo, desintoxicaré a la economía estadounidense de su adicción al combustible fósil de una vez por todas. La invasión de Irak no tiene nada que ver con el 11-S, sino más bien con un plan neoconservador que busca controlar todo Medio Oriente y sus reservas de petróleo. Invadiendo Irak, tan sólo hemos aumentado la amenaza que representan los islamistas radicales, si bien después del 11-S podríamos haber hecho uso de la buena voluntad mundial para aislar a los extremistas. Nuestros dos últimos presidentes han hablado de apoyar el uso de energías alternativas durante sus Discursos del Estado de la Unión, aunque finalmente nunca se ha trabajado para conseguir nada parecido, y la legislación vigente ha hecho muy pocos progresos en lo que a consumo de gas se refiere para reducir el calentamiento global, dejándolo siempre todo para más adelante. Al mismo tiempo, los precios de los carburantes siguen subiendo vertiginosamente, y las compañías de petróleo ganan billones de dólares cada semana. Bueno, pues yo tengo otra línea a seguir. Una diferente a entrar en un ejercicio de retórica interminable. Juntos podremos seguir los pasos necesarios para que, de una vez por todas, vivamos en una nación libre de su adicción al petróleo, y eso, Katie, es lo que hará de nuestro país un país más seguro.

—¿Gobernador Prescott?

—Katie, hay una razón muy sencilla por la que nuestro país no ha sufrido un ataque mayor desde el 11 de Septiembre del 2001, y es gracias a la administración Bush, respaldada por el partido republicano y el senado. Durante esa legislatura, se ideó un plan de medidas para ir a por los malos, y nuestra nación permaneció protegida y segura. El presidente Obama canceló muchas de esas medidas, y además cerró la prisión de Guantánamo. Mis oponentes podrán decir que las escuchas y las

tarjetas identificativas no son más que una invasión de la privacidad, que esa parte de la Ley Patriótica era una infracción a nuestro derecho a vivir en una sociedad libre, y si usted les cree, entonces el 8 de noviembre debería darle su voto a los demócratas, o desperdiciarlo dándoselo al partido verde. Personalmente, como ciudadano que respeta la ley, les doy las gracias a los republicanos por hacer su trabajo cuando Al-Qaeda estaba herido, y respecto a esos últimos rumores, Kelli Doyle sirvió a su país honorablemente, pero veo demasiado conveniente el adjudicarle esa información a una mujer que ha fallecido, especialmente justo antes de las elecciones presidenciales. Personalmente, creo que esa información ha salido a la luz de la mano de algunas organizaciones libres de impuestos, con lazos dentro del departamento liberal del partido demócrata. Cuando leo un correo electrónico que involucra a patriotas americanos, como el anterior vicepresidente, Dick Cheney, con ataques nucleares... bueno, simplemente me asquea ver que los miembros de nuestro partido y sus familias quedan expuestos por culpa de maniobras políticas deshonestas como ésta.

—¿Secretaria Clinton?

—Como ex primera dama, y como senadora de Nueva York, y tras servir con orgullo como secretaria de Estado junto al presidente Barack Obama durante estos tres largos años, he visto de primera mano cómo la diplomacia, apoyada por un fuerte compromiso con la seguridad nacional, ha mantenido a nuestro país libre, sin que nuestra moralidad se viera afectada. Como presidente, continuaré con la doctrina Obama al mismo tiempo que reforzaré nuestros límites de seguridad.

—¿Senador Mulligan?

—El gobernador acusa a los demócratas de realizar una política deshonesta. Cuando se trata de política deshonesta, Karl Rove escribe el libro, y los republicanos lo publican, y en lo que respecta a la Ley Patriótica, todavía estoy esperando evidencias que indiquen que esas leyes impidieron un ataque, o que ayudasen a la captura de un único terrorista. Lo que la Ley Patriótica ha hecho es reírse de nuestra Constitución. Si el pueblo americano supiera qué es lo que hay escrito en este documento tan difícil de consultar, ya estarían marchando hacia Washington. Simplemente, veámoslo de este modo. La Ley Patriótica legalizó tácticas dignas de la Gestapo, permitiendo que el gobierno federal investigara a cualquiera, por cualquier razón, sin importar las pruebas. Y, si estabas siendo investigado, había una cláusula que te impedía hablar de la investigación. El hecho de que la Ley Patriótica pasase por encima de los miembros de nuestro Congreso sin tener tan siquiera la oportunidad de leerla permitió que la Casa Blanca la utilizara como herramienta para monopolizar su poder. El presidente Obama prometió transparencia en la Casa Blanca cuando salió elegido, pero eso nunca se ha hecho realidad. El gobierno sigue realizando escuchas y actuando en secreto, y todas las páginas web de la administración Obama en las que

se detallaba ese estímulo de un trillón de dólares han sido cerradas durante el primer año de mandato.

—¿Gobernador Prescott?

—Una vez más, el senador muestra la diferencia entre la visión liberal del mundo y las acciones necesarias para proteger nuestra democracia de aquellos que nos atacarían. La situación más clara y a la vez temible del mundo en el que vivimos es que hay una secta de islamistas radicales que están listos y dispuestos a atar bombas a su pecho con el fin de matarnos, y eliminar el petróleo de nuestra economía no va a hacer que cambien de opinión. Sabemos de lo que son capaces. Hemos visto más de una vez sus ansias de asesinato y destrucción. Añada a eso un gobierno traicionero y villano como el de Irán, enriqueciendo uranio para crear bombas nucleares, y tendrá la receta precisa para crear un buen desastre. Recuerde, tenemos que afrontar desafíos y superarlos a la perfección, continuamente. Ellos tan sólo tienen que tener éxito una vez. La Ley Patriótica es una herramienta esencial para acabar con los malos, fin de la historia.

SMOKEY HILLS, KANSAS

6:49 P.M. MST

El agente especial Elliot Green está llenando el tanque de gasolina de un Honda Accord en una estación Exxon. Sus ojos están enrojecidos y se mantienen fijos en una furgoneta blanca que avanza hacia la entrada de un McAuto que hay al otro lado de la autopista. Luego ve que un hombre baja corriendo hacia el lavabo de caballeros, dejando la furgoneta en la ventanilla de pago del McAuto.

Cierra el tanque y vuelve al interior del coche alquilado. Una vez dentro, sube el volumen de la radio para escuchar el debate presidencial.

En la calle, la furgoneta sale de la entrada del McAuto y se dirige a la Estatal 83, hacia el sur. El vehículo del agente del FBI se mantiene a siete coches de distancia.

\* \* \*

Elliot Green había estado siguiendo de cerca la furgoneta conducida por Michael Tursi y Shane Torrence durante dieciséis horas. Después de dejar el aparcamiento abandonado de Flagstaff, los dos sospechosos había cogido rumbo este hacia la Interestatal 40, saliendo de Arizona. Para cuando entraron en Nuevo México, Green estaba hablando por teléfono con la oficina del FBI en Phoenix.

Phoenix no era la oficina del FBI más cercana a Flagstaff, pero era en la única que Green confiaba. En julio del 2001, dos meses antes de los ataques del 11-S, Kenneth Williams, un agente especial del Departamento Antiterrorista del FBI de



Phoenix, había alertado al cuartel general del FBI de que un grupo radical de musulmanes estaba tomando clases de vuelo en Arizona. El informe de Williams al director Robert Mueller del FBI mencionaba específicamente la posibilidad de que se produjese un secuestro de avión. Williams solicitó la vigilancia de todas las escuelas de aviación del país para intentar discernir un patrón, pero su requerimiento fue rechazado. Durante la subsecuente investigación, el director Mueller clasificaría el informe, negándose a mostrarlo a los miembros de la comisión del 11-S del senado.

Green le había dado al FBI de Phoenix la localización del aparcamiento, junto a la matrícula de la furgoneta. También le había hablado de las llamadas que Schafer, el director del FBI, le había hecho a Michael Tursi.

Mientras tanto, la furgoneta seguía su rumbo hacia el norte, entrando en Colorado, zigzagueando y callejeando antes de seguir su camino hacia la Interestatal 70. El director de la oficina de Phoenix había telefoneado a Green para informarle de que el aparcamiento había explotado y ardido hasta los cimientos. Ya que el agente especial había sido suspendido, el director de Phoenix se vio obligado a dar esa misma información a sus propios superiores.

La tarde del miércoles ya estaba dando paso a la noche cuando una furgoneta blanca entraba en Kansas. Por un momento parecía que iba a seguir en la Interestatal 70, pero finalmente el sospechoso sale hacia la 83 y se dirige al sur atravesando Kansas.

Elliot está exhausto. No ha dormido más de dos horas en las últimas semanas, temeroso de que pudiera perderle la pista a Michael Tursi. Se está quedando sin cafeína, sin adrenalina, incluso sin miedo... miedo a una explosión nuclear inminente, miedo a que un solo error pudiera costarle la vida a millones de personas.

Había escuchado una y otra vez la conversación telefónica entre el Director Schafer y Michael Tursi docenas de veces mientras conducía, desesperado por descifrar su clave.

—La paciente ya está de parto.

«Eso significa que el ataque será inminente.»

—¿En que hospital será?

—En el Hospital de St.Mary

—¿Tan pronto?

«Eso indica que el nombre del hospital indica la fecha»

—¿Está listo el doctor para atender el parto?

«Se refieren al profesor Bi.»

—Está listo. He oído que van a ser gemelas.

«Bi ha construido dos bombas, listas para ser depositadas en los objetivos. Dos furgonetas, dos bombas. Para evitar a la segunda, debo detener la primera.»

\* \* \*

La necesidad de orinar se hace insoportable. Elliot aprieta sus piernas, la una contra la otra. Su vejiga parece estar a punto de explotar. Había empezado a echarse a un lado de la carretera, cuando la furgoneta blanca, sin previo aviso, gira hacia la izquierda para dirigirse hacia el este a través de Jayhawk Road.

Entran en un valle desértico conocido como Smoky Hills. Ésta fue la primera zona seleccionada por el Departamento de Interior de los Estados Unidos para declarar reserva natural. Las planicies que la componen datan de un millón de años atrás, del periodo cretácico, cuando Kansas estaba cubierta de aguas revueltas y pobladas por plesiosauros de quince metros y otros monstruos prehistóricos. Ahora, el valle es un desierto fosilizado, con enormes formaciones calizas que llegan a los doscientos metros de altura mezcladas con colinas y arcos de arenisca.

Elliot mira el calendario que ha comprado hace tres paradas.

«La paciente está de parto... ¿Qué fecha sería? ¿Una festividad?»

Pensando esto, comprueba de nuevo el calendario.

«Tal vez Halloween... espera, el lunes es el Día de la Hispanidad. ¿Tan pronto? ¿Y qué tenía que ver el hospital de St. Mary con el Día de la Hispanidad? Cristóbal Colón. 1492. Tres Naves... ¿Qué nombres tenían? La Pinta, la Niña...»

—¡La Santa María! [\[52\]](#) ¡En el Hospital de St. Mary! ¡El ataque será este mismo lunes!

Casi se sale de la carretera, al mismo tiempo que la furgoneta gira de nuevo, esta vez, en dirección sur. Green sigue adelante. De repente entra en una parte más estrecha de la carretera. La furgoneta y su coche alquilado son los únicos vehículos que hay en las inmediaciones.

«Ten cuidado Elliot...»

Aminorar la velocidad, pero no hay ningún lugar en el que ocultarse. Una nube de polvo se retuerce justo delante de él cuando la furgoneta sale de la carretera por un lado.

«Mierda... ¿Se han dado cuenta de que yo... ? Demasiado tarde, sigue adelante y date la vuelta cuando puedas.»

Green oculta el equipamiento electrónico y las evidencias que incriminan a Schafer bajo su asiento. Luego pisa el acelerador hasta ver pasar a la furgoneta a su izquierda, manteniendo la vista fija hacia delante... sin darse cuenta de la presencia del tirador que está apuntando apoyado sobre una de sus rodillas en el lado derecho.

Una ráfaga de disparos entra por la ventanilla del lado del pasajero. Las balas impactan en la cabeza de Elliot Green, salpicando todo el salpicadero con sus sesos. El coche alquilado termina saliéndose por el lado izquierdo de la carretera y sigue unas cuantas decenas de metros antes de pararse.

Shane Torrence se acerca corriendo hacia el tarmac, uniéndose a Michael Tursi. Los dos oficiales de AE se aproximan al vehículo parado, con las armas apuntando.

Tursi abre la puerta del conductor. Devuelve de un empujón el cadáver hasta su asiento.

Torrence mira la cara ensangrentada de Green. Los ojos del hombre aún están abiertos como platos, por la sorpresa.

—Oh, mierda.

—¿Qué? ¿Conoces a este tipo?

—Es un agente del FBI, el que andaba tras la pista de Bi.

—¿Lo ha enviado Schafer?

—¿Quién si no?

—¡Bastardo incompetente!

El Turco dispara sobre el pecho de Green cuatro veces, haciendo que Torrence se eche a un lado buscando protección.

—¡Tranquilízate Turco!

Con el cañón de su pistola, Torrence rebusca entre las ropas de Green. Finalmente, localiza su teléfono móvil en uno de los bolsillos de su pantalón. Con mucho cuidado, lo extrae y limpia los restos de sangre que tiene en la camiseta del agente muerto.

—Bueno, comprueba las llamadas que ha hecho, veamos con quién ha estado hablando.

—Sí.

Tursi mira a su alrededor. La llanura se extiende interminablemente, rodeando aquí o allí algunas enormes rocas dispersas.

—Deshazte de él mientras cambio la matrícula de la furgoneta —dice Tursi, señalando al sudeste.

Torrence asiente y se pone a buscar en el suelo. Coge varias piedras grandes mientras Tursi se dirige hacia la furgoneta y saca una nueva matrícula envuelta de debajo de su asiento. Es de Ohio. Coge un destornillador de la caja de herramientas, quita la antigua matrícula y la cambia por la de Ohio. Mientras, Torrence arranca el coche de alquiler del policía y ajusta el volante para que se dirija hacia la llanura abierta. Luego, sujeta el acelerador con las piedras que ha recogido y mete la primera marcha, para así mandar los restos de Elliot Green hacia un mar de arena sin fin.

---

«¿Dónde estaban los militares? El general Richard Myers y Mike Snyder (Portavoz del NORAD [\[53\]](#)) afirmaron que ningún avión militar despegó hasta después del ataque al Pentágono (9:38). Aun así, el vuelo 11 de American Airlines mostró dos de los más claros signos que evidencian un secuestro a las 8:15. Eso significa que los procedimientos que normalmente se ponen en marcha en diez minutos, esta vez no lo hicieron hasta pasados ochenta minutos. Ese enorme retraso

sugería una contraorden que cancelaba los procedimientos estándar.»

Profesor David Ray Griffin.

«Las Increíbles Historias de la Comisión del 11-S»

«Un informe de Kenneth Mead, inspector general del Departamento de Transporte, decía que el encargado del centro de control de tráfico aéreo de Nueva York pidió a los controladores que hicieran un informe de su experiencia horas después de los ataques, pues creía que podrían ser de ayuda para las autoridades. En algún momento entre diciembre de 2001 y febrero del 2002, un inspector de calidad de la aseguradora de la Administración Federal de Aviación sin identificar estrujó el casete con sus manos y cortó la cinta magnética en pedacitos pequeños que luego desperdigó por diferentes papeleras, según decía su informe. El inspector dijo que había destruido la cinta porque violaba la política de la FAA, en la que se prohibía a los controladores que hubieran intervenido en el accidente de un avión que realizaran cualquier tipo de registro o grabación privada.»

Leslie Miller.

Periodista de Associated Press.

6 de mayo de 2004.

## Capítulo 39

HOTEL PALACE DEL MAR ROJO

Jiddah, Arabia Saudí

6 de octubre de 2012

Sábado, 1:26 A.M. Hora local

Una brisa fresca sopla a través de las puertas abiertas del balcón, que ofrece unas preciosas vistas del mar Rojo. Scott Santa yace con los brazos abiertos encima de una de las camas de matrimonio de la habitación. Apura un porro mientras ve la retransmisión en directo del debate presidencial. En la segunda cama hay un par de prostitutas asiáticas, abrazadas la una a la espalda de la otra como si fueran cucharas. Una de ellas empieza a roncar, así que le sube el volumen al televisor.

Unos nudillos golpean la puerta de la habitación.

—Servicio de habitaciones.

—Ya era hora.

Deja la colilla del porro en el cenicero y se pone unos calzoncillos para abrir la puerta. La policía saudí entra en tropel en la habitación, con sus armas apuntándole a la cara.

—¡Al suelo! ¡De rodillas!

—¡Americano! ¡Soy americano! ¡Mi compañía trabaja con...!

—¡Silencio! —dice uno de los policías, golpeándole con una porra en la parte de atrás de su cabeza.

Las dos mujeres desnudas se cubren mientras a su cliente lo sacan a rastras y esposado de la habitación.

REFINERÍA DE PETRÓLEO ABQAIQ

Arabia Saudí

4:16 A.M. Hora local

—¡Hoy vamos a cambiar la historia! ¡Primero, reclamaremos los recursos que han sido robados de nuestra nación, y luego reclamaremos la nación árabe al completo!

Cuatro mil trabajadores, la mitad de ellos nacionalistas extranjeros, vitorean la retransmisión en directo por Internet del príncipe Alwaleed bin Talal y sus seguidores, miembros del movimiento Ashraf.

Desde el 2005, Al-Qaeda y otros grupos extremistas islámicos han lanzado una docena de ataques fallidos contra la refinería de Abqauq, el sitio más seguro y

protegido de toda Arabia Saudí. El ataque de esta noche ha sido el más efectivo. La combinación de ocho meses de propaganda revolucionaria a los trabajadores (los cuales siempre han despreciado a la Casa de Saud) y tres semanas de trabajo sin cobrar por culpa de unos «Problemas técnicos» en el Banco Nacional ha dado fruto.

Ahora, horas después de la toma, los alzados se han reunido por cientos en el complejo, muchos con armas, lanzando vítores ante la llegada del ejército Saudí y sus vehículos militares.

En Arabia Saudí, la Guardia Nacional, formada por beduinos leales, es quien se ocupa de la protección de la realeza y de las ciudades más importantes del reino. La Fuerza Armada Saudí, mucho menor en número de tropas, está ubicada intencionadamente fuera de los principales centros gubernamentales, para dificultar un posible golpe de estado militar.

Sin embargo, el hecho de que se mantenga a estas levas de soldados descontentos aisladas sólo facilita que los líderes de Ashraf se los lleven a su bando. Con la toma del complejo Abqaiq, los militares se han movilizado, mandando docenas de máquinas de guerra Bradley, así como otros vehículos blindados que entran a través de las puertas abiertas de la refinería.

Mientras tanto, en un edificio de la administración fuertemente protegido, Ramzi Karim tiene una reunión con los consejeros militares que están coordinando la revolución.

—El complejo está asegurado —informa el general al Jaber—. Siete heridos, nada serio, todos miembros del Ministerio de Interior. Los trabajadores americanos siguen retenidos en sus dormitorios, tal y como acordamos. El personal de Aramco que ha mostrado lealtad o simpatía a la realeza ha sido separado del grupo y está bajo vigilancia en la cafetería.

Ramzi asiente.

—¿Y la infraestructura?

—Estamos colocando explosivos en las estaciones de separación y las plantas de gas natural —dice Mohammed Zayed, otro oficial saudí de Aramco descontento—. Los equipos de demolición están saliendo ahora mismo hacia las estaciones de bombeo.

—Asegúrense de que los equipos de televisión graben esto cuando lleguen. Ahora infórmenme sobre las bases militares.

—El mando de la zona oriental informa de que Dhahran ha quedado asegurada.

—El mando de la zona norte en Hafr al-Batin informa de lo mismo. Cuatro pilotos saudíes han sido arrestados, y el resto de los miembros de la realeza no se han presentado a sus puestos desde que las cuentas de banco fueron purgadas.

Ramzi sonrío.

—¿Y que hay de las bases en Tabuk y Khamis Mushayt?

—Los centros de mando de las zonas noroeste y sudeste han quedado asegurados, creemos que las bases no serán un problema. ¿Cómo responderán los clérigos?

—Esperarán y verán que pasa.

—Todavía tenemos a nuestro favor el factor sorpresa —le recuerda el general—. Puede que debamos considerar hacer un movimiento en Riad, con el rey y los ministros en Francia...

Ramzi niega con la cabeza.

—Si entramos en Riad ahora, estaremos invitando a las Fuerzas Armadas estadounidenses a entrar en juego, y una confrontación directa es lo último que queremos. La refinería puede que sea nuestra moneda de cambio, pero esto es tan sólo una batalla, y hay asuntos en América que deben quedar resueltos antes de que demos el siguiente paso en nuestra revolución. La última cosa que necesitamos es parecer un régimen de islamistas radicales. Dejemos hacer ver que la realeza está desesperada. Nuestro primer objetivo será ganar la batalla ante los medios de comunicación occidentales y la confianza de nuestro propio pueblo.

BOCA RATÓN, FLORIDA

6 de octubre de 2012

7:40 A.M. EST

Jennifer Wiener conduce hacia el sur a lo largo de la interestatal A1A. El brillante y azulado Océano Atlántico está a su izquierda, mientras que los condominios están a su derecha. Está feliz de ver el esfuerzo empleado en su campaña, pero aún falta algo para sentirse plenamente satisfecha.

Las últimas encuestas indican que el senador Mulligan ha aumentado su diferencia sobre la secretaria Clinton en un treinta y nueve por ciento, y el gobernador Prescott les sigue a la zaga con un veintiuno por ciento. El cinco por ciento restante corresponde a los indecisos. Aún más importante, el país apoya el retiro inmediato de las tropas destinadas en el Medio Oriente y, además, está de acuerdo en seguir un plan de energía verde.

Pero claro, los datos de las encuestas no significan nada cuando estás tratando con el sistema «haz-como-que-ganamos-siempre», un sistema en el que ella sabe que es capaz de ganar con su propia «Sorpresa de Octubre» en cualquier momento.

\* \* \*

La «Sorpresa de Octubre» originaria data de las elecciones presidenciales de 1980, cuando la liberación de los rehenes americanos de Irán iba a garantizar la reelección al demócrata Jimmy Carter, cuya administración estaba preparando un

segundo intento de rescate.

Cuando la noticia del intento de rescate llegó a oídos de la campaña Reagan-Bush, éstos realizaron una maniobra publicitaria, lanzando una advertencia al pueblo en la que se decía que el presidente Carter estaba preparando una «Sorpresa de Octubre» solamente con el fin de ganar las elecciones. Mientras tanto, el antiguo director de la CIA, George Bush, y otros miembros del equipo Reagan se reunieron en secreto con un representante iraní y otro israelí en un hotel de París, forjando un acuerdo en el que se prometía recompensar a Irán con armamento y repuestos militares a cambio de no liberar a los rehenes americanos hasta después de las elecciones.

El 21 de octubre, Irán rompió las negociaciones con la administración Carter y dispersó a los rehenes en diferentes localizaciones con el fin de disuadir otro intento de rescate. Dos días después, una carga de ruedas de avión F-4 llegó a Irán desde Israel sin que la administración Carter supiera nada. Reagan ganó las elecciones y los rehenes fueron liberados el 21 de enero de 1981, tan sólo minutos después de que el candidato republicano hubiera jurado su cargo como Presidente.

\* \* \*

Tras dejar la A1A en Palmetto Park Road, Jennifer aparca frente a una charcutería. Entra para encargarse un sandwich y un café que le servirán de desayuno, y luego sale a pasear. Llega hasta un pabellón frente al océano para disfrutar de su comida.

Hay una docena de bancos. Uno está ocupado por una pareja que rondará los setenta, otro por una joven corredora apenas vestida que atiende a su perrito en miniatura. Los adolescentes pasean junto a la orilla, observando a los surfistas. Playa abajo está acabando una clase de yoga, con una meditación ante el sol naciente.

Jennifer se sienta en un banco vacío y comienza a comerse su sándwich.

Pasan veinte minutos.

—¿Puedo?

Sin esperar una respuesta, Kenneth Keene Jr. se sienta al otro extremo del banco. Se quita su casco de bicicleta y saca una botella de agua y un plátano de su mochila.

—Pausa para tomar potasio.

—Llegas tarde.

—Hay anuncios del senador Downing cada hora. Es como una puñetera telenovela. Estoy enganchado, no me los puedo perder. El último muestra registros médicos privados del aborto que tuvo su mujer hace seis años, sólo que entonces no era su esposa, sino una bailarina exótica.

—Supongo que un candidato que aboga por la libre elección prefiere limpiar su armario por su cuenta.



—Me sorprende hasta dónde llegan con esas cosas. Es como... es como si pudieran leer su mente.

—¿Algo sobre nuestro chico?

—Nada, tan sólo rumores, nada sólido. Creo que vamos a abandonar, las cosas se están poniendo muy tensas.

La mujer se queda mirando al océano.

—Antes de que lo hagáis, necesito que localices a alguien. Su nombre es Armond Proctor, su apodo es Dale. Caucásico. Acabando los cincuenta, un antiguo marinero que trabajaba con explosivos en instalaciones petrolíferas de ultramar para Dresser Atlas en Luisiana. Iba a trabajar para la NSA como analista de sistemas en el 94. Pasó cinco años en distintos sitios antes de que Diebold lo contratara. Desapareció durante las elecciones del 2000.

—¿Estás segura de que está vivo?

Al oírle, la mujer se pone de pie, apuntándole con un trozo de sándwich.

—Está vivo. Quiero que lo encuentres, antes de las elecciones.

MONUMENTO DE WASHINGTON

WASHINGTON D.C.

6 de octubre de 2012

7:38 A.M. EST

La torre blanca del obelisco mide unos ciento setenta metros. Su imagen se refleja en las aguas del estanque que se extiende hacia el oeste, en dirección al Lincoln Memorial.

Scott Swan ve a Howard Lowe sentado en un banco del parque leyendo un periódico. El director del Departamento de Seguridad Nacional no levanta la vista cuando el contratista de Defensa se sitúa a corta distancia y finge hablar por su teléfono móvil.

—Escucho.

—Tengo información —dice Lowe—, pero tiene un precio.

—Dígalo. Sultan está desesperado.

—No es sobre Sultan. Esto tiene que ver con usted. Doscientos de los grandes.

—¿Doscientos mil? Está loco.

Lowe sigue leyendo.

Swan maldice al teléfono.

—De acuerdo, dígame lo que tiene.

—Hemos calculado que la cifra en fondos robados es casi de un trillón de dólares. La mayor parte es dinero sucio, así que las instituciones siguen calladas, al menos las de occidente. En alguno de estos países, los banqueros están volviendo en bolsas de

cadáveres.

—¿Y cómo han sido transferidos los fondos?

—Promis. Alguien ha creado un gusano muy inteligente. ¿Se acuerda de Kelli Doyle?

—¿La del NSA? Pensaba que había sido eliminada.

—Sí, pero no antes de que le pasara el Promis a su marido. Maldita puta sabionda. A él lo hemos pillado dos veces, y las dos se nos ha escapado. Le perdimos la pista en Canadá. No tenemos ni idea de dónde están sus hijos. Hace siete semanas apareció en Riad, en el Banco Nacional.

—¡Maldita sea! ¿Tiene idea de...?

—Sí.

—¿Puede revertirse el proceso? ¿Seguir el rastro del dinero?

—No sin el gusano.

—¿Y ahora, dónde está el marido de Doyle?

—Lo tienen los saudíes. No saben quién es, o lo que ha hecho.

—Dime dónde está ahora.

—En Inakesh.

---

«Hemos descubierto cómo golpear a los judíos allí donde más les duele. Los judíos aman la vida, así que eso es lo que les quitaremos. La victoria es nuestra, porque ellos aman la vida, y nosotros, la muerte.»

Sheik Hassan Nasrallah, líder de Hezbolá

(la Unión Europea ha rechazado en repetidas ocasiones incluir a Hezbolá en su lista de organizaciones terroristas).

«Hemos fracasado a la hora de conseguir que nuestros hijos amen la vida. Les hemos enseñado a morir por Alá, pero no les hemos enseñado a vivir en la gloria de Alá.»

Abd Al-Hamid Al-Ansari, ex Decano de la Ley Islámica,  
Universidad de Qatar, 2005.

«Son un grupo muy persistente. Siguen insistiendo cuando creen que han tenido una buena idea.»

Steven Simon, antiguo oficial de Seguridad Nacional de la Casa Blanca y autor del libro *The Next Attack*, en referencia a Al-Qaeda y los yihadistas islamistas, después de su intento fallido de hacer explotar

varios aviones comerciales estadounidenses que salían de Londres.  
Newsweek, edición del 21 al 28 de agosto de 2006

## Capítulo 40

PRISIÓN DE INAKESH, ARABIA SAUDÍ

Sábado, 6 de octubre de 2012

La cara del extraño está degradada y escuálida, con los ojos hundidos en sus cuencas. Tiene el pelo largo y muy encanecido por los lados, y el bigote y la barba revueltos, con caóticas mechadas de color plata.

Ace se encuentra mirando su propio reflejo en el espejo del cuarto de baño. Se encoge de hombros.

El guardia le acerca la cuchilla, empujándola con el fusil.

«Bueno, al menos has sobrevivido otro viernes.»

Con mano temblorosa, Ace empieza a afeitarse.

\* \* \*

Veinte minutos más tarde, termina de darse la primera ducha en dos meses. Sus cicatrices se esconden bajo un traje limpio y planchado. Libre de esposas y ataduras, es conducido a través del patio a otro edificio de administración diferente, uno reservado a los visitantes.

Ace huele una fragancia de aftershave europeo que se le hace familiar un momento antes de entrar en la pequeña sala de conferencias.

Al lado de la puerta hay un guardia con aire de estar aburrido.

El director mira la escena a través de un cristal espejo, como los que usan en las salas de identificación policiales.

El asesino de Kelli Doyle está sentado al otro extremo de la mesa, fumándose un cigarrillo. El hombre mira a Ace y fuerza una sonrisa mientras se levanta.

—Aquí lo tenemos... ¿Has perdido un poco de peso, no, campeón? Apuesto a que estás loco por volver a casa.

Ace no dice nada, pero sus ojos se clavan en la cara del asesino. La adrenalina recorre su cuerpo, haciendo que cada uno de sus músculos se tense.

La boca de Scott Santa se tuerce en un gesto nervioso.

—He hablado con la policía saudí. Han aceptado tu confesión. He venido a sacarte de aquí. Si eres listo, en un par de horas estaremos en un avión de vuelta a casa, listos para ver a Leigh y a Sammy.

A la simple mención del nombre de sus hijos, Ace salta por encima de la mesa, derribando al hombre de nuevo sobre su silla. Sus manos encuentran su garganta, aprieta la carne con sus pulgares y presiona la tráquea.

## DESPACHO OVAL DE LA CASA BLANCA

Washington D.C.

Sábado, 6 de octubre de 2012

9:46 A.M. EST

El Director del Departamento de Seguridad Nacional, Howard Lowe, entra en el Despacho Oval. El presidente en funciones, Joe Biden, ya se encuentra allí, reunido con Joseph Kandle. El secretario de Defensa ha llevado las últimas fotos de Arabia Saudí recogidas por los satélites de reconocimiento.

Biden alza la mirada.

—¿Te has enterado?

—Lo he visto en la CNN. ¿Dónde está la secretaria de Estado?

—Probablemente por ahí, besando algún bebé. ¿Qué es lo que quieren esos rebeldes de Ashraf?

—Una democracia libre de realeza.

—Qué locos.

—Sultan me ha llamado esta mañana. Exige que empecemos a mandar tropas de los Estados Unidos para allá, o cortará el suministro de petróleo.

—Sí, lo que pasa es que Ashraf controla su mayor refinería —dice el secretario de Defensa. Si hiciéramos ahora un transporte de tropas, volarían toda la infraestructura. Tardaríamos años en reconstruirla.

Howard Lowe le lanza una rápida mirada al secretario de Defensa.

—Señor Presidente, es sábado. Vaya a Camp David y deje que su nuevo secretario de Prensa se encargue de este asunto. Anuncie que ya ha hablado con Sultan y que su guardia nacional ha estabilizado la situación. Que apoyamos a nuestros aliados, bla bla bla, pero que no hay necesidad de involucrarnos militarmente en este asunto.

—Bien, bien, tiene razón. Necesito un descanso. Hay un par de partidos importantes este fin de semana. Los Redskins juegan contra los Cowboys.

Lowe asiente.

—Intente descansar un poco, señor. Va a ser una semana de mucho trabajo.

## TERMINAL MARINA DE DUNDALK

Baltimore, Maryland

6 de octubre de 2012

El Chevy Trailblazer del 2009 atraviesa las puertas de seguridad. Su ocupante muestra rápidamente su tarjeta de identificación al guardia.

Jamal al-Yussuf sigue circulando a través del acceso que hay junto al río, para

terminar estacionando el vehículo en una plaza de aparcamiento. Había estado haciendo el turno del cementerio los últimos dos meses.

Esta noche sería la última en aquel maldito puerto.

La «entrega» se había realizado dos horas antes de lo previsto, en una furgoneta de color blanco que había aparcada bajo un paso alzado en la interestatal 95. Jamal había sacado un pesado maletín y una bolsa de deporte de su coche, junto con una copia del Corán que su «contacto» le había dejado allí.

Elige una plaza de aparcamiento cerca de su destino. Coge la bolsa de deportes del asiento de atrás y registra su interior mientras mira por encima de su hombro. Luego se enciende un cigarrillo para calmar los nervios y se dirige hacia los muelles del puerto.

El contenedor amarillo chillón había llegado la pasada noche. La grúa lo había sacado de la zona de carga de la nave y Jamal le indicó al operador que lo dejara en un sitio en el que sabía que habría poco tráfico en el turno de noche.

El contenedor de acero tenía doce metros de largo por dos y medio de alto y ancho, y una capacidad de carga máxima de veinte toneladas. Ocupaba la base de un grupo de cuatro contenedores.

Las autoridades que rastrearán sus últimos movimientos sabrán que procedía de Teherán, que había sido cargado desde la República Islámica de Irán en un barco en el puerto de Imam Khomeini, en el Golfo Pérsico. Luego había sido trasladado por el servicio indochino, haciendo paradas en Hong Kong y Singapur, antes de llegar a su primer destino, en Filipinas, donde la documentación del envío fue sustituida por otra falsificada. Desde allí, el contenedor había viajado a través del Canal de Panamá, hasta, finalmente, llegar a la costa de los Estados Unidos, y a su destino final, en Baltimore.

Jamal verifica que nadie esté en los alrededores antes de abrir la puerta del contenedor.

Está lleno hasta el máximo de su capacidad con cajas de cartón dispuestas del suelo al techo en un lado y largos cilindros formados por alfombras persas envueltas en plástico en el otro. Empieza a sacar primero las cajas, tal y como se le ordenó, abriéndose paso hacia el centro, donde encuentra la caja de plomo, atornillada al suelo. Le quita la tapa para ver su interior.

Está vacía.

Al abrir su bolsa de deporte, Jamal deja caer todo lo que hay en su interior en la caja de metal atornillada. Herramientas, cables, tenazas, todo cubierto con un más que evidente residuo radioactivo.

Luego cierra la caja y vuelve a dejar las cajas, tal y como se le ordenó. Al terminar, corre al borde del muelle y lanza la bolsa de deporte, ahora vacía, hacia el Río Patapsco. Ve como se llena de agua, para luego hundirse.

Una hora después está viajando hacia el norte por la interestatal 83, hacia la carretera que le llevará a Pensilvania.

PLAYA VENICE, CALIFORNIA

7 de octubre de 2012

Domingo, 11:15 A.M. PST

El bohemio paseo está alineado por enormes palmeras. El bullicio de última hora de la mañana ha dado un respiro y ahora se puede disfrutar de las actuaciones callejeras, y quedarse boquiabierto por las mujeres (y hombres) escandalosamente vestidas con bikinis o bañadores, con el cuerpo empapado en sudor debido al intenso calor californiano.

Omal Kamel Radi va de la mano de Susan Campbell. Pasean por el Paseo Ocean Front. La instructora de aeróbic de treinta y seis años y de ojos verdes pasa el brazo alrededor del que es su fornido novio desde hace dos meses y nota que cuando él se tensa.

—¿Omar, te pasa algo? Has estado muy callado.

—He recibido una carta desde casa. Mis dos hermanas han sido asesinadas por tropas americanas.

—¡Dios mío! ¿Cómo no me has contado algo así? ¿No estaban en El Cairo?

—En Bagdad —responde él, limpiándose las lágrimas—. No soy de Egipto, Susan. Soy de Irak. ¿Crees que eso puede suponer un problema para nosotros?

—Lo que me importa es que me mintieras.

—La gente siempre tiene prejuicios.

—Yo no. Mi primo está allí, luchando por la libertad de tu pueblo.

Los ojos de Omar se entrecierran de furia.

—¿Libertad? ¿Sabes acaso lo que estás diciendo? Porque creo que no lo sabes.

—Tal vez no debiéramos hablar ahora.

—¡No! ¡Hablemos ahora!

La gente se gira al oír el grito del hombre.

Susan se aleja, caminando deprisa, pero Omar la sigue.

—¡No sabes nada de lo que queremos, Susan! ¡Nunca os pedimos ayuda, ni que nos liberarais! Tan sólo queríamos seguridad. Tan sólo queríamos ser capaces de tener un espacio y vivir nuestras vidas.

—Cálmate.

—Tal vez haya sido tu primo el que ha tiroteado a mis hermanas, ¿no crees? Puede que creyera que eran un peligro.

—No digas eso. Mi primo nunca sería capaz de dispararle a un civil indefenso. Nunca.

—¿Cómo lo sabes? Vuestro ejército suelta bombas que matan a familias enteras. ¿Es ésa la libertad de la que hablas? Los chiitas toman el control de nuestras ciudades. Matan a civiles. ¿Es ésa la libertad de la que vosotros gozáis? No tienes ni idea de lo que pasa en la guerra. Eres una mujer ignorante, sin entendederas, que simplemente baila, conduce su coche y surfea. ¿Has pasado alguna vez por alguna experiencia sangrienta para ganarte la libertad? ¿Qué es lo que sacrificarías por mantenerla?

—Amo a mi país

—¿Que amas a tu país? ¡Yo también amo a mi país! ¿Qué es lo que harías, Susan, si un puñado de soldados extranjeros entrara en tu casa y mataran a tiros a tus parientes? ¿Sonreirías a los liberadores mientras acribillan a tus hermanas pequeñas? ¿O a tu abuela indefensa en su silla de ruedas? ¿Acaso les darías las gracias cuando esos carniceros te ofrecieran a cambio una disculpa y veinticinco mil dólares por cada miembro de la familia muerto?

Los ojos de ella se llenan de lágrimas.

—Omar... lo siento, no sabía que...

—No, lo que en realidad quieres decir es que te gustaría no haberlo sabido. No, mientras no te afecte a ti, y tengas gasolina para alimentar a tu coche y enfriar tu apartamento, el precio por la libertad iraquí es asequible.

La mujer se acerca al hombre, pero éste se aparta, perdiendo la voz al decir lo siguiente.

—Te quiero... pero mira, esto no puede ser. Han pasado muchas cosas, muchas muertes.

Corre un tramo, para luego volverse, con los ojos enrojecidos por la furia.

—¿Quieres saber de verdad qué es la libertad, Susan Campbell? La libertad es el poder de infligir justicia sobre tus enemigos. Eso es la libertad.

La mira por última vez, antes de echar a correr playa abajo, alejándose.

WASHINGTON D.C.

7 de octubre de 2012

Domingo, 4:17 P.M. EST

—Y los Cowboys recuperan el balón de las manos de los Redskins en la línea de yarda 35. Eso debería...

Los parroquianos abuchean. El local se va vaciando poco a poco para evitar el tráfico de media tarde.

Howard Lowe le da un par de golpecitos a Gary Schafer en el hombro.

—El partido ha terminado, vamos a dar un paseo.



\* \* \*

Los dos hombres caminan alrededor del monumento a Jefferson, por un paseo plagado de cerezos. Aquellos árboles eran un regalo del gobierno japonés que databa de 1912.

El dirigente del FBI masajea la tensión que tiene recogida en su cuello.

—¿Cuándo contactó tu amigo contigo?

—Anoche. Gary, deberías haberme dicho lo de Springfield. Las órdenes de El Coronel eran bastante claras.

—Howard, te lo juro, creí que lo tenía todo bajo control.

—Pues no lo tenías. Green contactó con Phoenix y ahora también ellos están involucrados, lo que significa que algo debe hacerse, un sacrificio, para proteger a tu oficina y al resto de nosotros.

—Te escucho.

El director del Departamento de Seguridad Nacional se detiene para coger unas cerezas de uno de los árboles.

—Gary, ¿te acuerdas aquella película, La Decisión de Sophie? El personaje de Meryl Streep era una superviviente del holocausto. Realizó una interpretación brillantísima en aquella película.

—Es ésa en la que tuvo que elegir, ¿no? Entre sus dos hijos.

Lowe asiente.

—Una de las gemelas vivirá, la otra morirá. Contacte con nuestro amigo para comunicarle su decisión... salve a una de las niñas... personalmente.

---

«Tengo un gran pesar por aquellos prisioneros que han sido tratados de la manera en la que han sido tratados.»

Presidente George W. Bush.

Respecto a las torturas realizadas  
en la prisión de Abu Ghraib

(más tarde amenazó con vetar una enmienda a la factura de gastos militares por valor 450 billones de dólares, porque se adhería a la prohibición de la tortura según la Convención de Ginebra).

«En un memorándum fechado el 19 de Enero del 2002, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, ordenó al director del Estado Mayor Conjunto que informara a los comandantes de que "los individuos pertenecientes a Al-Qaeda y a los talibanes" no eran considerados prisioneros de guerra dentro de los términos acordados en la

Convención de Ginebra de 1949. También ordenó a los comandantes que "deberían" tratarlos humanamente, y con el nivel de acción y consistencia que "creyeran conveniente, siempre actuando consecuentemente a esta Convención de Ginebra". Esas órdenes le daban a los comandantes el poder, según fuera la necesidad militar de adherirse o no a la Convención de Ginebra.»

Ley Internacional de la Asociación Bélica.

# Capítulo 41

## PRISIÓN DE INAKESH, ARABIA SAUDÍ

—¿Acaso no entiende lo que le estoy diciendo, Ashley? Ese hombre es amigo de Al Saud. Será a usted a quien torturen hasta la muerte, no a él.

Ace está de nuevo en la habitación de la muerte, desnudo, con sus pies y manos sujetos a la silla sin asiento.

Nahir se arrodilla ante él, rogándole que confiese. Él, sin embargo, está mirando directamente hacia delante, con la mirada fija no en la mujer, sino en el general Abdul Aziz, que se encuentra ocupado en su oficina con la visita de dos príncipes y toda su cohorte de guardaespaldas. Los miembros de la realeza le gritan y maldicen en árabe, exigiendo respuestas. Ace puede entender cada una de las palabras que dicen.

Durante nueve semanas se ha hecho el tonto, ocultando que podía hablar árabe. Ahora, mientras los miembros de la realeza saudí hablan a gritos sobre los billones que les han robado, oye una palabra que le indica que todo se ha perdido, una palabra que sale de la boca de uno de los miembros de la realeza. La palabra es Promis.

«Lo saben. Alguien les ha ido con el cuento a los saudíes, y ahora lo saben...»

Los músculos de sus piernas se tensan bajo las sujeciones de cuero mientras inhala aire al borde de un ataque de estrés.

—Ashley, he visto lo que Ali Shams es capaz de hacer. Empezará arrancándote cada una de tus uñas, y luego empezará con tus ojos. Diles lo que quieran saber y tendrás una muerte misericordiosa.

«Saben lo que he hecho, ¿qué más podré decirles entonces?»

—Ashley, ya te has demostrado dos veces a ti mismo lo que eres capaz de aguantar, pero, esta vez, el juego ha cambiado. ¡Por favor, Ashley!

«Quieren ver su dinero de vuelta. Me torturarán hasta que se den cuenta de que el dinero se ha perdido para siempre, y entonces, simplemente me mantendrán vivo tanto tiempo como puedan, a menos que...»

—No me creerían, Nahir.

—Cuéntamelo a mí, y yo haré que se lo crean.

«Envuelve la mentira con un poco de verdad.»

—El hombre al que intenté estrangular, Scott Santa, trabajaba con mi esposa, Kelli Doyle. Antes era una consejera de Seguridad Nacional que trabajaba con la CIA. Fue asesinada hace nueve meses. Scott Santa vino a mí y me dijo que los hombres que la habían asesinado eran Nacionalistas Saudíes, miembros de la Guardia Real. Scott me dijo que sabía una manera de dañar a aquellos que me habían dañado a mí, así que introduje un programa especial que diseñó para mí en una terminal de

ordenador del Banco Nacional en Riad, para así obtener mi venganza.

—¿Qué había en el CD?

—No lo sé, se negó a decírmelo.

—Usted lo atacó, ¿por qué?

—Mientras estaba en prisión, tuve tiempo de pensar. Ahora me doy cuenta de que he sido utilizado, que los asesinos de Kelli no fueron los saudíes, que ese hombre... es un asesino de la CIA.

—Ashley, ¿estás seguro de eso?

Él le responde mirándola fijamente a los ojos.

—Sí.

Ella se levanta y se va. Se dirige a toda prisa a la oficina del director. Llama a la puerta y luego empieza a hablar de forma apresurada, señalando a Ace.

Los hombres la escuchan atentamente. Luego, el general marca un número en el teléfono de su despacho.

Minutos después, Scott Santa es conducido a la sala. Lleva la garganta vendada.

—¿Y ahora qué? Oh, Príncipe Turki, perfecto. Tal vez pueda explicarles...

Los guardias le obligan a sentarse ante el director. Un hombre fija un medidor de presión sanguínea alrededor del brazo de Santa, mientras el otro conecta el resto de cables al monitor de un detector de mentiras.

—¡Príncipe Turki! ¿Así es como tratáis a un amigo? ¡Príncipe Turki! ¡Minfadlik! ¡Minfadlik!

El director golpea la mesa con la palma abierta

—¿Ma ismok?

—Santa, Scott J. Soy ciudadano americano, subcontratado por la Casa de Saud para entrenar...

El director lo interrumpe y lanza una frase en árabe.

—¿Su esposa?

Santa mira por encima de su hombro a Ace. Su expresión decae mientras se plantea contestar.

—Sí, la conocía.

El guardia que supervisa las lecturas del detector de mentiras asiente. Ali Shams cruza la sala y entra en la oficina del director, como un depredador acechando a su presa.

El general Abdul Aziz realiza otra pregunta.

El ruso-americano se queda mirando al torturador saudí, con el miedo en los ojos al ver el par de tenazas que éste sostiene en su mano izquierda.

—¿CD? ¿Qué CD?

El guardia niega con la cabeza.

Ali Sham sonrío.

Ace abre los ojos de par en par cuando el sádico agarra la mano izquierda del ruso, le separa el dedo medio y coloca las tenazas de modo que, al cerrarse, le muerdan.

—¡Aaaahhh! ¡Futrell, eres un bastardo! ¡Estúpido!

Más árabe sale de la boca del director.

—¡No... espera! Sí, de acuerdo, estaba esa mañana en el banco, pero no tengo nada que ver con el plan para robar todo su dinero, alteza. ¡No, por favor!

Ace se gira. Los chillidos del torturado retumban en sus oídos.

\* \* \*

En los cuatro billones de años de historia terrestre, tan sólo una especie le ha infligido daño y sufrimiento a un similar de su raza. ¿Esto es evolucionar? ¿Esto es tener inteligencia? Si estábamos hechos a imagen y semejanza de nuestro creador... Entonces, ¿Dios es un tirano?

Para la madre que se ve obligada a ver como su hijo muere de hambre, no hay Dios. Para la familia que es azotada por fanáticos religiosos, nada es sagrado. Para la madre del soldado que ha perdido su vida en una batalla injusta y sin sentido, no hay ataúd con bandera que pueda consolarla.

Para muchos de los que se enfrentan al abuso inhumano, tan sólo la muerte es humana.

Para Ashley «Ace» Futrell no hay lógica ni esperanza, no hay razones para musitar una oración. Es la promesa de la liberación lo que vendrá después de una dolorosa muerte.

La habitación retumba con los gritos de Scott Santa. La mente de Ace trabaja a toda velocidad, buscando un recuerdo al que se pueda aferrar, un salvavidas al que agarrarse en este mar de locura.

Recuerda estar en el patio de atrás de su casa, cuando era niño, dándole patadas a un balón, junto a su padre, Brownie...

Ahora avanza en el tiempo, está junto a la rubia de quince años que conoció en el campamento, su primer beso...

El instituto, su primer uniforme de rugby de verdad. El primer partido...

La emoción cuando lanzó aquel pase de touchdown.

Los gritos aumentan, haciendo que sus recuerdos se empiecen a despedazar.

«¡Piensa en el instituto! No, directamente, pasa a la universidad, la vida en Georgia. Cuando entraste en el equipo, cuando jugasteis el primer partido. Los gritos de los fans. ¡Los dos touchdowns! Cuando conociste a Kelli. Fue amor a primera vista. Cuando fuisteis al Tasty World, o cuando tomabais aquellos margaritas por cinco dólares en el Blind Pig, o cuando hacíais el amor en el asiento delantero de aquel viejo Chevy Malibu...»

Gritos de hombres y maldiciones en árabe lo vuelven a sacar del ensimismamiento de sus pensamientos.

«Concéntrate en la imagen de Kelli, la verás pronto. Puede que sea joven de nuevo, sin cáncer, sin dolor.»

Sus ojos atisban por un momento la imagen de la mesa de aluminio que está a pocos centímetros de su muñeca izquierda, no viendo nada y viéndolo todo. Los aullidos de Scott Santa inundan sus oídos. De nuevo, centra su mirada en la bandeja, con aquellos instrumentos de acero tan sólo a unos centímetros. Destornilladores de doce centímetros diseñados para causar dolor, o liberar el alma de uno. Luego mira las tres cicatrices blancas que recorren su muñeca, recordándole el pasado.

«El suicidio es tu mejor opción.»

Con un último esfuerzo, dobla y flexiona su antebrazo izquierdo por entre las sujeciones de cuero y velcro, consiguiendo unos valiosos centímetros de movimiento. Sigue retrayéndose y flexionándose hasta que su muñeca... ¡Queda libre! El resto de su brazo sigue sujeto a la silla, pero sus dedos llegan a la bandeja, los estira para poder coger uno de aquellos instrumentos. Su segundo y tercer dedos ya tocan uno, casi levantándolo de la bandeja, pero cae. Seguidamente lo intenta con otro...

«Tranquilo Ace... ¡Lo conseguí!»

Ahora mueve su dedo índice hacia el destornillador que está más cerca, mientras con el dedo medio tira del acero, arrastrándolo hacia él.

Flexionando de nuevo el antebrazo, consigue finalmente soltarse de la sujeción de su hombro, lo suficiente para llegar a su garganta y clavar el instrumento en su vena carótida.

El ruso grita de nuevo.

«¡Hazlo! ¡Un último esfuerzo y estarás en casa!»

«De eso hace mucho tiempo Leigh, no tienes de qué preocuparte.»

Ace se queda bloqueado por un momento.

«Volveré Leigh, te lo prometo. Cuida de Sammy, ¿de acuerdo?»

Ace gime, incapaz de hacerlo, incapaz de romper la promesa que le hizo a su hija.

«Está bien, pequeña... tal vez haya otra manera.»

Los gritos cesan.

«¡Vienen a por ti! ¡Esconde el destornillador!»

Ace se queda mirando sus tres cicatrices. Aprieta los dientes mientras posiciona aquel instrumento de dolor en su mano. Luego empuja su filo de acero contra la carne que hay en su muñeca. La herida apenas sangra. Ace utiliza la sujeción de su muñeca como palanca para incrustarlo un poco más profundamente en su piel, luego, lentamente, introduce el instrumento de perforación de doce centímetros enteramente dentro de su brazo, justo por debajo de la piel.

Ace mete de nuevo su brazo izquierdo dentro de la sujeción de velcro, con la

palma hacia abajo, mientras se llevan el cuerpo ensangrentado de Scott Santa fuera de la oficina del director.

Ahora es su turno.

«Una vez más, Ace. Estás a un paso. Dios te está dando esta oportunidad para volver al juego. Todo lo que tienes que hacer es sobrevivir.»

---

«Mañana es la hora cero.»

«El partido está a punto de empezar.»

Mensajes en árabe interceptados por la NSA el 10 de septiembre del 2001 y traducidos el 12 de septiembre.

«Cometer un asesinato en masa a una escala inimaginable.»

Paul Stephenson,

vicecomisionado de Londres, tras el intento por parte de radicales islámicos de explosionar varios aviones sobre el Atlántico, Newsweek, 28 de agosto de 2006.

«Y el sexto ángel tocó su trompeta, y oí una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres.»

Apocalipsis 9:13-15

# Capítulo 42

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE FILADELFIA

Filadelfia, Pensilvania

8 de octubre de 2012 (Día de la Hispanidad [\[54\]](#))

Lunes, 10:38 A.M. EST

—Aruba... Jamaica... oooohhh quiero llevarte a las Bermudas, a las Bahamas... vamos nena, enróllate, Cayo Largo, Montego. ¡Nena!, ¿por qué no vamos y nos metemos unas rayas bajo aquel cocotero?

Michael Tursi se ríe de su propia variación de la canción, siguiendo el ritmo de los Beach Boys mientras da golpecitos en el volante y sigue la señal que le indica el camino hacia la zona de devolución de coches alquilados del aeropuerto. Sonríe a la empleada de Avis y en el autobús que va hacia la terminal le ofrece su asiento a una madre afroamericana y sus dos pequeños hijos, para luego darle los «buenos días» a los agentes de seguridad del aeropuerto.

Llega con noventa minutos de adelanto al vuelo que le va a llevar a las Caimán. Se compra una rosquilla salada, un tarro de crema de queso y el Philadelphia Inquirer, y se sienta a disfrutar de su desayuno en la puerta de embarque E-22.

Después de unos cuantos minutos, Tursi dobla el periódico por la mitad. Su mente está demasiado confusa, está demasiado nervioso como para leer.

«Veintidós millones en el banco, y todo va sobre ruedas. Si Rummy me hubiera escuchado hace diez años, ahora habría un McDonalds en cada esquina de Bagdad.»

Como un niño en la mañana de Navidad, abre su portátil y accede a Internet. Entra en su cuenta de banco una vez más, introduciendo su código y su contraseña.

Balance: \$0.00

—¿Qué demonios...?

Lo intenta de nuevo, tecleando nerviosamente.

—¡Joder!

Ante el impropio, algunas cabezas se giran y miran al hombre.

Tursi se pone histérico. Reinicia el portátil y marca el número de atención al cliente del banco desde su móvil. Maldice e insulta al sistema de contestador automático, casi golpeando con su puño el teléfono mientras marca de nuevo su número de cuenta. Presiona luego cero una y otra vez, y un sudor frío empapa de repente todo su cuerpo, hasta que el servicio de atención al cliente de la zona de la India finalmente responde.

—Buenos días, ¿cómo puedo...?

—Mi cuenta, ¡necesito saber el balance ahora mismo!

—Enseguida señor, pero antes tendré que realizarle un par de preguntas de



seguridad.

Le dice su nombre, su número de cuenta, el nombre de soltera de su madre...

—Gracias, señor Tursi. Su saldo es de cero.

—¿De qué coño está hablando, Ghandi? Mira el historial de la cuenta, ¿acaso no hay un depósito reciente por valor de veintidós millones de dólares?

—Sí, señor. Esta mañana se ha realizado una transferencia por valor de 22.347.890 dólares, siguiendo sus instrucciones.

—Yo no... —dice, bajando la voz al ver que dos policías se aproximan—. ¡Yo no he transferido ni un centavo! ¡Ni un centavo, maldita estúpida!

De repente, la línea se corta.

Tursi lanza otra palabrota y marca el número de Gary Schafer, para escuchar el mensaje «esta línea está fuera de conexión...». Casi vomita su desayuno.

Corre hacia el servicio de caballeros, se para frente al lavabo y se refresca la cara con manos temblorosas.

«Piensa, Turco, piensa. No puedes contactar con El Coronel, y él nunca me la jugaría... nunca. Eso nos deja con Schafer. Puerco incompetente, está cubriéndose las espaldas, dejándome a mí con el culo al aire.»

El Turco se queda mirando su pálido reflejo en el espejo.

—Esto todavía no ha acabado. Ni hablar.

Michael Tursi sale del cuarto de baño a toda velocidad y se dirige hacia el mostrador de la línea aérea que hay una planta más abajo para cambiar su pasaje por uno hacia un nuevo destino.

## CHICAGO, ILLINOIS

—¿Qué os dije chicos? Sue es el T-Rex más grande del mundo.

Mitch Wagner hace de guía a Leigh y Sam Futrell a través del Field Museum de Chicago mientras su esposa, Yvonne, se encuentra en la taquilla.

—Sammy, ¿qué opinas? Está guay, ¿no?

—Sí, si viajáramos veinte años en el pasado, antes de que se estrenara Parque Jurásico.

—¿Qué? ¿Ni tan siquiera vas a darle una oportunidad y echar un vistazo?

—Ya hemos estado aquí.

—De hecho, es la tercera vez para mí —dice Leigh.

Yvonne se une al grupo.

—De acuerdo. ¿Estamos listos?

—Ahora no quieren ir.

—¿De qué estáis hablando? Acabo de comprar las entradas para el IMAX. Misión

en las Profundidades: Las Fosas Marianas. Se supone que está muy entretenido.

—Ya vimos esa película el año pasado, con la escuela —dice Sammy—. Ya se lo dije ayer al tío Mitch.

—Bueno, es que nosotros, los viejos, sufrimos de un mal que se llama NRM... No Recuerdo una Mi...

—¡Mitch! —dice Yvonne, dándole unos toquecitos a Sam en el hombro—. Ve con tu tío Mitch y devolved estas entradas mientras tu hermana y yo pensamos qué hacer hasta que empiece el partido.

## LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

1:45 P.M. PST

Susan Campbell entra en el estudio. Su nivel de azúcar ha bajado, ya que esta mañana ha dado cuatro clases de aeróbic. Coge una botella de zumo de naranja de la nevera y da unos cuantos tragos seguidos. Mientras lo hace, se da cuenta de que en la puerta de la despensa hay una nota pegada.

Susan:

Por favor, perdóname. Nunca debí perder la compostura de esa manera contigo. Tengo algo muy importante que decirte. Me gustaría que nos pudiéramos encontrar en el zoo de San Diego a las 5:30, en la zona de los gorilas. Te lo explicaré todo, y te estaré eternamente agradecido. Tráete equipaje para una noche, tengo una sorpresa especial para ti.

Te quiero,  
Omar.

## SOUTH BEND, INDIANA

4:37 P.M. EST

Shane Torrence conduce con una mano mientras sostiene una lata de gaseosa con la otra. Tiene la esperanza de

que el azúcar y la cafeína le den las fuerzas suficientes para aguantar. El oficial del Departamento de Apoyo Estratégico está agotado. Ha estado siguiendo a Jamal al-Yussuf en su Chevy Trailblazer desde hace doce horas, a lo largo de mil doscientos kilómetros, los últimos ochenta a través de la Interestatal 80. Hacia el Oeste, las carreteras de peaje delimitan la frontera entre Ohio e Indiana antes de empezar a girar hacia Chicago. La Ciudad del Viento está a otras dos horas, y es el momento de más tráfico.

Torrence tiene dos teléfonos móviles encima. El número que hará detonar las EEDA está guardado en la agenda de teléfonos de ambos, por si acaso.

Las señales hacia South Bend van pasando mientras él, instintivamente, repasa su línea de actuación desde cero.

«Las haremos detonar a las 8:11. Para eso aún quedan tres horas y media, tiempo más que suficiente para coger el 65-Sur que sale de Gary, incluso en hora punta. A menos que haya un accidente. Si hay un accidente, la habré cagado, pero tendría que tener un accidente muy, muy gordo para no moverme durante horas. ¿Y el viento? Si los vientos soplan del sur, puede que la radiación me alcance. Aun así, para entonces estaré muy, muy lejos, por lo menos en Indianápolis. Eso tendría que ser distancia suficiente.»

Acelera y acorta la distancia con el coche de Jamal, que está a seis vehículos.

«Maldito bastardo, me pregunto si aún cree que se trata de una bomba sucia. Deja el coche, busca cobertura y disfruta del espectáculo. Si se imaginara lo que va a pasar... La explosión barrerá a Masoud Ali Masoud y al resto de los musulmanes... de rebote. Malditos islamistas radicales ateos.»

## SOLDIER FIELD

Chicago, Illinois

5:05 P.M. CST

Dough Dvorak conduce su carrito de golf a través de una multitud de descerebrados, manteniéndose alerta de los fans excesivamente borrachos. La Policía de Aurora había supervisado la seguridad en todos los partidos de los Bears durante los últimos tres años, trabajando a la vez para el Departamento de Seguridad Nacional. Nunca había vigilado el partido de los lunes por la noche, pero le habían dicho que aquel bullicio de 61.500 personas sería mucho más ruidoso que el de los partidos de los domingos.

Además, había un extra. El presidente Obama y su familia asistirían al partido. Aquella noche sería la primera vez que el presidente haría una aparición pública desde su ataque. Aún se mueve en silla de ruedas, y sus palabras resultan casi incomprensibles, a pesar de que su recuperación supera los mejores pronósticos de su médico. Además, es fan de los Bears.

Doug comprueba la hora en su reloj. Las 5:15. Todavía faltan tres horas para el saque, y aquello ya parece un zoo. Acelera el carrito de golf a través de las filas de hinchas y se dirige hacia la parte sur, para comprobar el Parking de Waldron. El tráfico en las afueras del estadio está de bote en bote.

U.S. BANK TOWER  
Los Ángeles, California  
3:37 P.M. PST

La furgoneta blanca conducida por Marco Fatiga entra en el aparcamiento subterráneo del edificio. El agente sigue bajando la rampa hasta llegar al nivel inferior. Luego se vuelve hacia una plaza vacía, próxima a unos bidones de basura, apaga el motor del vehículo, abre las puertas traseras y se dirige hacia un Lincoln Town de color plateado aparcado a unas cuantas filas de distancia. Introduce la llave y baja un poco el asiento del conductor, sin dejar de vigilar el montacargas.

«El tráfico que salga a esa hora de la ciudad pondrá las cosas más difíciles. Suma a eso dos horas hasta San Diego... Joder, ¿dónde demonios se ha metido?»

Pasan quince minutos hasta que las puertas del montacargas se abren para dejar salir a Omar, que empuja un bidón de basura de cuatro ruedas. A continuación, lanza un montón de bolsas de basura en su interior, y luego empuja de nuevo el bidón hasta la furgoneta blanca. Mira a su alrededor antes de abrir la puerta trasera.

Un momento después, el iraquí saca una de las EEDA del vehículo. La envuelve con tres bolsas de basura y luego la deja en el fondo del bidón, donde la cubre con otro montón de bolsas.

Omar empuja entonces el carro hasta el montacargas y presiona el botón de llamada.

Cuando llega, el coche plateado ha desaparecido.

SOLDIER FIELD  
Chicago, Illinois  
6:22 P.M. CST

El pulso de Jamal al-Yussuf se acelera al salir de la autopista Dan Ryan hacia la carretera Lake Shore. Mira maravillado el enorme estadio que se alza ante él. Sus luces brillantes crean casi un efecto de halo sobre la estructura, gracias a la oscuridad del cielo que la rodea.

«Esta noche moriré shahid. Esta noche iré al lugar que me corresponde en el cielo, junto a los otros mensajeros de Dios, y a pesar de que pereceré, mi cuerpo no se enfriará, ni se pudrirá. Seré conducido al paraíso, donde setenta y dos vírgenes me estarán esperando para servir a cualquiera de mis necesidades por toda la eternidad.»

Ignorando el bramante claxon de un conductor furioso, Jamal recita el sura Aal-e-Imran del Corán, en el verso 169.

—No pienses en esos que mueren por Alá tan sólo como en muertos. De ningún modo, pues viven, encontrando su sustento en presencia de su Señor.

\* \* \*

A dos coches de distancia, Mitch Wagner pulsa de nuevo el claxon. El tráfico se mueve lentamente.

Yvonne le lanza una mirada.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo? Estoy intentando aparcar el maldito coche.

—Te dije que deberíamos habernos ido antes del restaurante.

—Bueno, yo ni tan siquiera quería irme. Estaba dándome un festín.

En el asiento de atrás, Sammy mira a su hermana, sintiéndose un tanto perdido.

Leigh le aprieta la mano en respuesta.

U.S. BANK TOWER

Los Ángeles, California

4:25 P.M. PST

El montacargas se detiene en la planta cincuenta. Omar empuja el bidón fuera del vestíbulo. Las últimas veinte plantas son sólo accesibles a través de otro grupo de ascensores.

—¡Oye, tú!

Omar se da la vuelta y se encuentra de frente a su supervisor, Cleve Wilson.

—¿Dónde has estado? Te he estado llamando por el walkie-talkie durante veinte minutos. Vuelve a la inmobiliaria que hay en la planta treinta y seis. Hay un extintor que se ha disparado solo y lo ha dejado todo hecho un estropicio.

—Sí, señor —contesta él, empujando el bidón de nuevo en el montacargas.

—Bueno, hombre, deja el bidón de basura aquí. ¡Te necesitan ahí abajo ahora mismo!

Omar asiente.

—Deje que aparque esto en su sitio antes.

Sin esperar una respuesta, empuja el bidón a lo largo de un corredor hacia la zona de descanso. Abre una de las taquillas de mantenimiento y rebusca luego entre las bolsas de basura para sacar el pesado maletín. Esconde el maletín en el interior de la taquilla.

AEROPUERTO INTERNACIONAL DE LOS ÁNGELES

Los Ángeles, California

4:43 P.M. PST

El jet Lear toma suelo, frena y gira rápidamente hacia un helicóptero de los SWAT Momentos después, la puerta se abre y el Director del FBI Gary Lee Schafer baja corriendo la escalinata.

J.C. Rodríguez, el Director del FBI de Los Ángeles, estrecha la mano de su supervisor mientras éste le dirige hacia el helicóptero.

—Hemos sellado un área de dos manzanas. Nadie podrá entrar o salir. Señor, ¿cómo está usted seguro de que...?

—Hemos estado siguiendo a los sospechosos desde hace diez meses, coordinando sus actividades con mensajes interceptados desde Teherán. Tuvimos que esperar hasta estar seguros de cómo y de dónde iban a venir las bombas. Han llegado en un contenedor hace dos días, desde el puerto de Baltimore. Perdimos a los sospechosos por veinte míseros minutos.

Los dos hombres suben a bordo del helicóptero y se colocan unos auriculares para facilitar la comunicación mientras el helicóptero toma vuelo.

—Señor, discúlpeme, pero ¿está usted absolutamente seguro de la hora de la detonación? Porque aún estamos a tiempo de realizar una evacuación...

—A las seis y once según la hora del Pacífico, 9:11 según la hora de la costa este, y sí, estamos seguros. Hemos interceptado una comunicación entre los dos sospechosos hace alrededor de dos horas. Además, necesitaría un mínimo de doce horas para evacuar Los Angeles, con todos los problemas de tráfico que sufre la ciudad.

—Señor... ¿Y respecto a la segunda bomba?

SOLDIER FIELD

Chicago, Illinois

7:26 P.M CST

Jamal al-Yussuf avanza con su todoterreno. Baja la ventanilla para hablar con el guardia de tráfico.

—Disculpe, quisiera buscar aparcamiento en esta zona.

—El párking del muelle está lleno. Vaya a la zona sur.

—Pero es que debo...

—¡Zona sur, por ese camino! Muévase amigo, está bloqueando el tráfico.

A unos tres metros, Doug Dvorak observa al conductor del Trailblazer. Su piel tiembla por una súbita subida de adrenalina.

«Mierda, ¡es él!, ¡el iraquí!»

Con tres pasos rápidos, Doug se acerca un poco más mientras el conductor vuelve al tráfico, siguiendo rumbo sur hacia la carretera de Lake Shore.

— ¡Ey! ¡Deténgalo! ¿Hacia dónde se dirige ese coche? —pregunta Doug,

girándose hacia el policía.

—Hacia la Zona sur.

Doug ahora corre hacia su coche de seguridad y envía un mensaje por radio.

—Central, aquí unidad Uno. ¡Código Rojo! El sospechoso es un hombre árabe de veintipocos años que conduce un Chevy Trailblazer negro. La última vez que ha sido visto se dirigía con rumbo sur hacia la carretera Lake Shore, con destino al parking de la Zona Sur. La posibilidad de que se produzca algún acto terrorista es alta, repito. ¡Alta!

Dvorak acelera su carrito de golf en dirección sur a lo largo del paseo peatonal, con sus luces intermitentes encendidas y tocando el claxon.

—Unidad Uno, aquí Unidad Siete, dirigiéndonos hacia la entrada sur.

—Central, aquí Unidad Uno. Avise a la policía, y que lleven una unidad de artificieros al parking de la Zona Sur.

—Uno, aquí Siete. Estoy a la entrada de Lake Shore. No hay signos de ningún Chevy Trailblazer, debe haberse desviado.

—¡Maldita sea!

U.S. BANK TOWER

Los Angeles, California

5:48 P.M. PST

Solo, en el interior del ascensor, Omar mira la hora en su reloj, maldiciéndose a sí mismo. Va con retraso, después de haber tenido que pasar la última hora limpiando el desastre de la planta treinta y seis.

El ascensor se para en la azotea. Omar empuja el bidón de basura a lo largo de todo el helipuerto, con el perímetro perfilado por una enorme «corona» de cristal, que se asienta en lo alto de la torre mientras sus luces iluminan la noche. Acelera el paso y se aproxima a una serie de antenas parabólicas situadas en la parte más alejada de la azotea. Con esfuerzo, saca el pesado maletín del bidón.

—Buenas noches.

Michael Tursi sale de detrás de las antenas parabólicas, con el silenciador de su arma apuntando a Omar.

—Llegas tarde.

La pistola escupe tres resplandores de luz que impactan en el pecho de Omar. El iraquí, aturdido, observa la pechera de su uniforme, donde se agrandan tres manchas de color escarlata. Las piernas del ya cadáver se doblan y el cuerpo se derrumba inerte sobre el suelo.

El Turco escupe sobre el cadáver.

—Si quieres que algo salga bien, no se lo confíes a un árabe.

## SOLDIER FIELD

Chicago, Illinois

7:56 P.M. CST

—A todas las unidades, tenemos un Código Rojo. Estamos buscando a un hombre de raza árabe, de veintipocos años, que conduce un Chevy Trailblazer color negro. Toda la policía y el personal de seguridad del estadio están barriendo la zona del aparcamiento y las calles contiguas, en un radio de cinco manzanas desde Soldier Field.

Doug Dvorak está en la Zona Sur, aproximadamente a un kilómetro de la entrada sur del estadio. Una docena de policías inspeccionan concienzudamente la zona a través de las filas de coches.

«Algo va mal. Ya deberían haberlo encontrado. ¡Piensa! Suponiendo que sea una bomba sucia, querrá llevarse por delante a tantas personas como le sea posible, así que eso significa que...»

—¡Debe haber vuelto hasta una posición más cercana al estadio!

Dvorak acelera el carrito de golf y sale disparado en dirección norte por el paseo del Museo.

\* \* \*

El Chevy Trailblazer está aparcado al lado de una boca de incendios junto al Soldier Field, con el parachoques apuntando hacia oriente, hacia la Meca.

Jamal al-Yussuf comprueba la hora en su reloj. 8:04. Siete minutos. Sigue rezando a voz en grito.

\* \* \*

—Esos cuatro de ahí, chicos —dije Mitch Wagner mientras señala cuatro asientos vacíos que hay a su derecha—. Justo en la línea de treinta y cinco yardas. No está mal, ¿eh, Sammy? Apuesto a que a tu viejo le hubiera encantado ver este partido.

—¡Mitch!

Al oírle, los ojos de Sammy se llenan de lágrimas.

—Oh, caray —dice Wagner, apretándole el hombro al chaval—. No quería decir eso, tío. Estoy seguro de que verás a tu padre muy pronto. Oye, mira, en la pantalla gigante, es el presidente Obama.

La gente ovaciona a Barack Obama cuando éste saluda con la mano desde su silla de ruedas. Su familia se reúne tras él, todos vestidos con trajes de noche.



\* \* \*

A ciento cincuenta kilómetros de distancia, al sur, Shane Torrence saca su coche de la autopista y se dirige hacia una zona de descanso, preparándose para realizar una llamada de teléfono que hará historia.

\* \* \*

—Salga del coche. ¡Ahora! —dice Doug Dvorak mientras incrusta el cañón de su revólver contra la ventanilla del conductor del vehículo, apuntando al rostro de Jamal al-Yussuf.

El iraquí observa la cara del policía, totalmente sorprendido, mientras en su boca se dibuja una media sonrisa que muestra sus dientes.

Dvorak dispara a la ventanilla. Ésta estalla en pedazos por todo el asiento delantero. Con un solo movimiento, saca al sospechoso de su coche y lo tira contra el asfalto. Inmediatamente le esposa las manos a la espalda.

—Unidad Uno a Central, tengo al sospechoso. En el Paseo del Museo, a unos cien metros al norte de Waldron.

Doug inspecciona los asientos delanteros mientras el sospechoso yace a sus pies. A su alrededor se empieza a congregarse una multitud.

—¡Que todo el mundo se mantenga apartado! —dice Dough al mismo tiempo que sale por la puerta del conductor. Luego, coge al iraquí por la parte de atrás del cuello y le aplasta la cara contra el lateral del todoterreno. El iraquí queda bastante aturdido y Dough aprovecha para inspeccionar la parte trasera del vehículo.

La multitud se queda boquiabierta. Algunos empiezan a grabar la escena con sus teléfonos móviles.

Doug aparta varias mantas y deja al descubierto el maletín de plomo. Lo alcanza y saca la pesada EEDA de la parte de atrás del vehículo.

—Uno a Central, ¡necesitamos una unidad de artificieros cuanto antes!

—¡Es una bomba!

La noticia se extiende rápidamente y, con la misma velocidad, la multitud se dispersa.

Dvorak deja la bomba en la parte de atrás y vuelve a apuntar a la cara del árabe con su arma.

—¿Tiene un temporizador o se detona por radio? ¿Cuándo va a explotar?

Los ojos de Jamal miran a Dvorak.

—Sonuva...

Doug le golpea en la cara. Le rompe la nariz y lo deja inconsciente. Vuelve a centrar toda su atención en la EEDA y abre el maletín.

—¡Dios me asista!

8:09

El rugido de la multitud enardece el estadio cuando los Gigantes hacen el saque.

Dough Dvorak examina el dispositivo nuclear. Ve el teléfono móvil que tiene conectado...

8:10

E, instintivamente, lo apaga.

## U.S. BANK TOWER

Michael Tursi aparta el cadáver de Omar Kamel Radi a un lado, abre el EEDA y apaga el teléfono móvil. Cierra de nuevo el maletín y lo vuelve a meter en el bidón de basura, mientras el estampido de unos rotores retumba por la azotea en todas direcciones.

El Turco mira hacia arriba. Las siluetas oscuras llegan a toda velocidad desde el suroeste, pero el sol de poniente apenas le permite ver bien la escena.

—¡Moveos!

Al empujar el bidón tan rápido como puede a lo largo del helipuerto, el peso del maletín nuclear hace que el bidón se tumbe hacia un lado y bolsas de basura caen por todos lados.

—¡Maldita sea!

Intenta coger de nuevo el maletín, pero algo le muerde en el tendón. Intenta cogerlo de nuevo, pero de repente está boca abajo en el suelo y la sangre empieza a derramarse en grandes cantidades bajo su cuerpo. El helicóptero de los SWAT aterriza y bolsas llenas de basura se esparcen a lo largo de toda la azotea, como si fueran hojas de otoño, pero de plástico.

Los minutos pasan. Una bota militar le da la vuelta. Al mirar hacia arriba, ve los rostros que lo rodean. Entre ellos puede ver el de Gary lee Schafer y el de Marco Fatiga.

El equipo SWAT conversa sobre el agente, pero Tursi tan sólo puede oír el machaqueo de las aspas rotativas. Uno a uno, se dan la vuelta para examinar la bomba, dejando allí tan sólo a Marco Fatiga, que se agacha junto a la cara de Tursi.

El Turco se atraganta con un borbotón de sangre

—¿Por qué?

Marco se acerca al oído del moribundo para hablarle.

—Una llamada de última hora. Imagina, yo haciendo de héroe... ¿Qué coño estabas haciendo tú aquí?

—Schafer, nos la ha jugado... nos ha robado todo el dinero...

La cara de Fatiga se torna gris macilenta.

El equipo de expertos en demoliciones del SWAT abre cuidadosamente el maletín de plomo.

—Dios bendito... esto no es una bomba sucia, ¡esto es una bomba nuclear! ¡Qué todo el mundo apague sus radios, no queremos activar este cachivache!

—¡Espere! ¡Deje que le eche un vistazo!

Marco Fatiga se abre paso entre el grupo, y luego, sin mirar. ¡Enciende el teléfono móvil!

Gary Schafer mira a Michael Tursi, quien tiene una siniestra sonrisa en su rostro. Su mano derecha busca algo en su bolsillo, y luego empieza a marcar el número preprogramado en su propio móvil...

Asustado, escucha que el móvil de la EEDA suena una sola vez, parando el tiempo.

---

«El séptimo ángel tocó la trompeta, y se levantaron grandes voces en el cielo... y hubo relámpagos, gritos y truenos, un terremoto y una fuerte granizada.»

Apocalipsis 11: 15, 19

# Capítulo 43

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

6:14:36 P.M. PST

Vivimos. Somos concebidos en un instante, nacemos en un instante y en un instante morimos. Nuestra vida son esos preciosos momentos que hay entre ellos.

En la primera millonésima parte del segundo que comprende la detonación de la EEDA, la chispa del circuito que hace sonar el teléfono de la bomba explota su carga de explosivo plástico C-4, creando una reacción en cadena que discurre a la velocidad de la luz y que explota una pequeña porción del uranio enriquecido dentro de una cantidad más grande de U-238... concibiendo diez trillones de calorías de energía en un intenso y segador fogonazo, cinco mil veces más intenso que la luz del sol. El asfalto se derrite, la pintura se cae de las paredes, el metal cede hasta que la fisión da su primer hálito de vida, una aspiración que un milisegundo más tarde captura todas las moléculas de aire que hay en treinta kilómetros a la redonda. Los árboles y los postes de teléfono son arrancados de cuajo, las ventanas explotan en sus marcos. El centro de Los Ángeles queda totalmente succionado en un vórtice que forma una nueva zona cero, la cual se convierte en un enorme hongo de color púrpura gris, con un corazón de color rojo fulgurante. Su núcleo se sobrecalienta, formando una bola de fuego, una masa procedente del infierno, tan caliente que pronto llega a alcanzar una temperatura de un millón de grados centígrados, cinco veces la temperatura del núcleo del sol.

El «postparto» de la fisión es un pulso electromagnético, el PEM, que se crea cuando la radiación gamma de la explosión nuclear golpea las moléculas del aire, despegando los electrones «libres» y produciendo varios campos eléctricos y magnéticos que dañan todos los sistemas electrónicos con los que entran en contacto. Y esto incluye los aviones que están aterrizando o despegando a kilómetros de distancia del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

\* \* \*

—Damas y caballeros, les habla el capitán Primosch desde la cabina de vuelo. Estamos comenzando la maniobra de aproximación hacia Los Ángeles. Tenemos cielo despejado y vientos suaves, con una temperatura de 22 grados. Ha sido un placer tenerlos a bordo. Gracias por volar con USAirways, y esperamos volver a verlos pronto. En pocos minutos, tomaremos tierra.

Holly Owen, una profesora de instituto, se remueve en su asiento y lanza una mirada nerviosa a su acompañante. El asiático que está a su lado ha sudado

copiosamente desde que el avión salió de Phoenix, pero ahora, además, su rostro está macilento.

—¿Señor, está bien?

—¿Eh?

—Casi hemos llegado a Los Ángeles, tan sólo faltan unos minutos para que aterricemos.

El profesor Eric Mingyuan Bi mira a la mujer, que ve el temor en sus ojos.

—He sido un idiota, tendría que haber ido a San Francisco, pero había que hacer un trasbordo de tres horas.

Ella lo mira, sin entender nada. Luego, se desentiende, devolviendo su atención a los documentos que tiene en la mano.

Desde la cabina del avión, Ian Primosch y su primer oficial, Robert Slack, gozan de una vista espléndida de la costa del Pacífico. El LAX [55] queda al este, y la autopista ya está a la vista. La ciudad de Los Ángeles se agrupa más al norte, junto a las Montañas de San Gabriel.

¡FLASH!

La explosión de luz ilumina el cielo de un blanco brillante, cegando instantáneamente a los pilotos. Ambos se cubren los ojos, con las retinas completamente fritas. Un segundo después, el 727 da un bandazo de lado, como si hubiera caído dentro de un huracán. El capitán Primosch, valerosamente, lucha por mantener el control del avión, a pesar de que ya no puede ver. Intenta activar el piloto automático, pero nunca llegará a saber que el pulso de la explosión nuclear ya ha inutilizado todo el sistema electrónico del avión.

El aparato se apaga por completo.

Durante interminables segundos, el avión se desliza dentro de un tobogán de silencio, y luego un coro de gritos llena el interior de la nave, que cae de morro desde el cielo, como un ave herida de un disparo.

\* \* \*

Infancia. Comienza en la segunda millonésima parte de un segundo, como una fina capa de gas a presión antes de explotar en una llamarada de un kilómetro de diámetro. La fuerza vaporiza la U.S. Bank Tower, formando un cráter de trescientos metros de profundidad. El monstruo rugiente se expande a una velocidad de mil doscientos kilómetros por hora, creando un viento deflagrador que incinera todo lo que toca en un radio de tres kilómetros y un polvo incandescente. Tan sólo quedan en pie las más fuertes estructuras de hormigón. A lo lejos, los coches salen lanzados por el aire como hojas en un día de ventisca; vuelan en llamas entre mini-explosiones. La ola del infierno avanza arrasando a la velocidad del sonido, sobrepasando el campus de la USC y toda Koreatown, luego el estadio de los Dodger y Hollywood, a

temperaturas tan altas que incinera los ataúdes que están enterrados y los restos de los fallecidos. Más adelante, bajando Le Brea Avenue, los lagos de brea prehistóricos salen ardiendo, produciendo un humo negro, pegajoso y denso que torna el día en noche. Los vehículos que van por las autopistas se empujan unos a otros como piezas de dominó.

Dexter Khan y su esposa, Brenda, están en el atasco de la autopista que va a Santa Mónica cuando la pareja, naturales de Trinidad y Tobago, es engullida por el fuego. Su vehículo sale despedido de la carretera, junto con los diez mil pasajeros que van en los otros cinco mil coches. Todos mueren incinerados antes de que sus coches impacten sobre el suelo incandescente.

Los segundos se transforman en minutos, la fisión entra en su niñez, alimentada por una gran cantidad de energía termal. Vecindarios enteros son arrasados por las llamas. Beverly y Watts, la UCLA y Cal State, Sherman Oaks y West Hollywood, y las decenas de kilómetros cuadrados que hay entre ellos, todo convertido en un gran infierno. A esas grandes cantidades de aire supercaliente se suma el aire frío atraído desde el Pacífico, creando una acción de succión que termina originando vientos de fuerza huracanada que aumentan la lluvia de fuego. Las estructuras se colapsan, añadiendo más material inflamable en el ya de por sí holocausto infernal en que se ha convertido Los Ángeles.

De vuelta en el LAX, un aturdido P.J. Walther mira hacia fuera desde los restos de su torre de control de setenta metros, que ahora está en llamas. Las zonas de aterrizaje que miraba tan sólo hace unos segundos han sido barridas hasta convertirse en escombros, y todo lo de alrededor está al rojo vivo. El supervisor de vuelo ha perdido la mayor parte de su capacidad auditiva, aunque sus oídos aún retumban como si una fila de aviones comerciales dispuestos sobre la autopista hubieran explotado en una cascada de poderosas explosiones que reverberan en la negrura de un aire lleno de humo. Walther nota su piel pesada y caliente, pero su estado de shock le impide ver que, en realidad, ha sufrido quemaduras de tercer grado por todo el cuerpo. Su piel está calcinada más allá de cualquier tipo de reconocimiento. Sus compañeros yacen muertos por el suelo.

Se unirá a ellos antes de que el día acabe.

A kilómetros de distancia, en una zona segura de la EMP que se está produciendo, el resto de los aviones que iban a aterrizar en el aeropuerto han roto su formación. Sus pilotos realizan las maniobras de emergencia, haciendo ascender sus jets a altitudes mayores mientras esquivan el gigantesco hongo que ahora se alza como un genio malevolente en el horizonte.

En Venice Beach, los surfers han salido despedidos de sus tablas por una matriz supercaliente de moléculas en la que ahora se mezclan los restos subatómicos de cientos de bañistas. El surfero Theron Turman está bajo el agua, ya que acaba de caer

de su ola hace unos segundos, antes de que el viento abrasador azotara. Al salir contempla una escena sacada de una película de Terminator, con una línea de playa repleta de cuerpos calcinados. El paseo marítimo es un infierno en llamas.

En el horizonte de oriente se ondulan nubes negras de humo.

Bill Douglas y Angela Wong Douglas, cofundadores del World of Tai Chi y del Qigong Dai, estaban atendiendo su reunión habitual de aficionados, con doscientos practicantes, como parte del «Evento de Sanación Global» que se celebra anualmente, cuando el infierno llegó rugiendo del este. Tan fuerte fue la ola incandescente que incineró la carne mientras marido y mujer estaban haciendo la posición del «Agarre de la cola al pájaro». La temperatura subió tanto que convirtió la arena en cristal, preservando los pies de los activistas al convertirse éstos hasta el tobillo en material fundido.

Un monumento en memoria espantoso para aquellos que estaban buscando la paz.

En el muelle de Santa Mónica, Sharon Harris-Hill estaba mirando el mar cuando el cielo se iluminó con un blanco letal. Gritó de horror al ver que un enorme avión comercial se desplomaba sobre el Pacífico a tan sólo medio kilómetro de distancia. Su último pensamiento fue que los terroristas estaban utilizando misiles para echar aviones abajo; después, Sharon, madre de tres hijos, se giró para ver el enorme hongo nuclear de quince kilómetros de altura que se levantaba sobre el centro de Los Ángeles, un segundo antes de que un muro de gas caliente, empujado por vientos de fuerza huracanada, impactara sobre el mar, destrozando el muelle bajo sus pies como si fuera de arena.

\* \* \*

A dos horas al sur de Los Ángeles, Susan Campbell espera en la zona de los gorilas, dentro del zoo de San Diego. Está buscando a Omar desde hace una hora, y, en ese instante, su excitación inicial por aquel encuentro se está convirtiendo en rabia. Llama de nuevo a su móvil, pero sigue sin obtener respuesta. No sabe que las nubes de la tormenta nuclear que se está formando en el horizonte contienen los restos de su novio.

\* \* \*

Las etapas pasan al igual que los minutos, y la fisión irrumpe en su adolescencia. Desde su concepción, hace doce minutos, más de un millón de personas han muerto calcinadas. Ahora, dentro de un perímetro mortal, la onda expansiva está dejando más de un millón de almas yaciendo en el suelo en una insoportable agonía. Muchos están ciegos. Y todos están sufriendo una experiencia de extrema tortura; su carne se ha ido transformando en un millar de ampollas supurantes y heridas sangrantes. Para estas

víctimas no habrá recuperación. Todo lo que hay a su alrededor es un erial de escombros radioactivos. La ayuda nunca llegará, ya que los equipos de personal médico, muy mal equipado, temerán entrar en la zona radioactiva. Sufren quemaduras muy graves, y sus órganos quedarán enlazados con partículas radioactivas. Los que tengan más suerte de esos muertos vivientes caerán en coma hasta que finalmente la muerte los alivie de su existencia.

Pasa la primera hora; nuestra explosión nuclear es ya adulta. Aquellos asustados habitantes del sur de California que están lejos de la onda expansiva saldrán temerosos de sus casas para presenciar un maelstrom atmosférico. Después se darán cuenta de que se trata de una tormenta de lluvia púrpura, compuesta por las partículas radioactivas de polvo y escombros que descienden de los cielos, una lluvia que quemará su piel y abrasará sus ojos mientras aspiran las toxinas hacia sus pulmones. A los afortunados, la muerte les sobrevendrá de veinticuatro a setenta y dos horas. A otros, el cáncer les comerá lentamente durante los pocos años que les quedan de vida.

La Zona Cero es ahora tan sólo ceniza.

El monstruo de la fisión ha atacado América. Su legado, una cicatriz radioactiva que permanecerá en las décadas venideras.

---

«El gobierno está formado por un grupo de hombres exactamente iguales a usted y a mí. Hablan los unos con los otros, y no tienen ningún talento especial, ni para los negocios, ni para gobernar. Tan sólo tienen el talento de haber podido hacerse con una oficina.»

H.L. Mencken.

«El Presidente Bush realizó varias proclamas en las que afirmaba que la más que posible amenaza de un ataque nuclear fue lo que inició la guerra en Irak, pero luego acordó, violando de manera evidente los acuerdos internacionales cimentados desde hace muchas décadas por la política bipartidista de los Estados Unidos, permitir que India doblara, e incluso triplicara, su producción de armas nucleares.»

Bob Herbert.

New York Times,

11 de marzo de 2006.

«Yo categorizaría la actual política estadounidense respecto al armamento nuclear como inmoral, ilegal, militarmente innecesaria y tremendamente peligrosa.»

Robert McNamara, ex secretario de Defensa.



Foreign Policy Magazine,  
Mayo/Junio de 2005.

«Ningún copo de nieve en una avalancha se siente responsable.»  
Anónimo.

# Capítulo 44

WEST PALM BEACH, FLORIDA

8 de octubre de 2012

9:22 P.M. EST

Jennifer Wiener está en su oficina, revisando una serie de vuelos de asociaciones exentas de impuestos, cuando su ayudante, Collin Bradley, irrumpe con rudeza, apaga el DVD y sintoniza la CNN

—El dispositivo nuclear explotó a las 6:14 hora de la costa oeste, hace tan sólo ocho minutos, destruyendo la mayor parte del centro de Los Ángeles.

Jennifer se queda aturdida.

—No...

—El presidente Biden no se ha pronunciado todavía, pero nuestra corresponsal Teri Smith está ahora frente a la Casa Blanca. Teri, ¿sabe ya el presidente que ha habido una explosión?

La reportera de pelo rojo parecía estar llorando.

—Katherine, acabamos de recibir la información que nos dice que el presidente acaba de ser informado del ataque, y que tanto él como su familia están siendo trasladados a unas instalaciones más seguras. Comparecerá ante la nación tan pronto como sepa más de lo que ha ocurrido.

—¿Algún indicio de que se trate de un ataque de Al-Qaeda?

—Lo único que se nos ha dicho es que ha sido un ataque terrorista en el que se sospecha que están implicados varios extranjeros que vivían en nuestro país, y que...

—Teri, mantente... estamos recibiendo ahora una noticia de última hora en la que se nos dice que un segundo ataque terrorista puede haberse visto frustrado. Bill West en Chicago... ¿Bill?

El corresponsal es una isla de calma entre un caos de decenas de miles de fans del fútbol saliendo en desbandada del Soldier Field.

—Katherin, aún nos estamos enterando de qué es lo que está pasando, pero esto es lo que sé por ahora. Aproximadamente a las 5:30 de esta tarde, hora local, un oficial del Departamento de Seguridad Nacional reconoció a un sospechoso con una orden de búsqueda del FBI. El sospechoso es un árabe que ronda los veinticinco años de edad. El oficial siguió el vehículo del hombre, lo detuvo y desactivó un tipo de explosivo. No se nos ha comunicado si se trataba de una bomba nuclear, sólo que había podido ser desactivada. Como precaución, el partido entre los Bears y los Giants ha sido suspendido, pero la gente ha empezado a irse en cuanto la noticia del ataque en Los Ángeles ha llegado a Internet.

—Bill, quiero que te mantengas ahí. Hablando con nosotros vía satélite. Desde su

casa en San Diego tenemos al Analista de Terrorismo Dr. John Rogers. Doctor Rogers, usted vive a dos horas de Los Ángeles. ¿Ha podido ver la explosión?

—No, estaba en mi oficina en ese momento, pero algunos de mis vecinos vieron el hongo nuclear. Ahora mismo, si observa, detrás de mí, el horizonte está cubierto por un humo espeso y negro procedente de los incendios descontrolados. Con los vientos prevalecientes que vienen del noroeste, tendremos que ser evacuados tan al este como sea posible para huir de la lluvia radioactiva.

—Doctor, acabamos de enterarnos de que en Chicago han conseguido abortar un ataque similar. ¿Están siendo nuestras ciudades asediadas?

—Bueno, no me había enterado de lo de Chicago, pero, si es cierto... sí, es más que posible.

El analista de repente se ha puesto muy pálido.

—A lo largo de este último mes en Internet ha habido una miríada de blogs y avisos anónimos que predecían este ataque, apuntando como culpables al movimiento neoconservador y su influencia en el medio oriente.

—Katherine, creo que no sería correcto intentar buscar culpables aún; todavía no conocemos todos los hechos. En esta situación, nuestra primera responsabilidad es confirmar que todas nuestras ciudades están seguras y que nuestros puertos están siendo registrados.

—Con el debido respeto, ¿no es eso lo que hicimos en el 2001?

—Sí, absolutamente. Los expertos han estado avisándonos de esto desde hace años, pero el Congreso ha rechazado repetidas veces aceptar la situación o subvencionar debidamente la seguridad portuaria. Ha preferido concentrar su atención en la guerra de Irak. Esta noche, por lo visto, hemos pagado un muy alto precio por tener unas miras tan cortas.

—Una última pregunta, doctor Rogers, sé que tiene que dejarnos. ¿Tiene idea del tamaño que podría tener un dispositivo nuclear que causara esa explosión y cuánta gente puede haber muerto en ella?

—Hasta que inspeccionemos el lugar, no podemos predecir cuán grande era la bomba, pero en bases comparativas, el dispositivo que fue lanzado sobre Hiroshima era una bomba de quince kilotones, y luego hubo otra que impactó sobre Nagasaki con una fuerza de veinte kilotones. Veinte kilotones equivaldrían a veinte mil toneladas de TNT. Compare esto ahora con nuestras bombas de hidrógeno modernas, las cuales tienen la capacidad de destrucción de cincuenta millones de toneladas de TNT, y se podrá hacer una idea del peligro potencial que significa una guerra nuclear. Basándome en los daños que he visto, pondría la explosión de Los Angeles dentro del grado de la de Hiroshima. Tenga en cuenta que las explosiones japonesas fueron en el aire, con bombas lanzadas desde aviones. Éste ha sido un claro impacto terrestre, y los efectos, así como la concentración de radiación, son totalmente diferentes. Los

muertos se podrán contar... por millones.

## BLUEMONT, VIRGINIA

El helicóptero de transporte que lleva al presidente Biden, al Director de Seguridad Nacional, Howard Lowe, a Joseph Kendle y al secretario de Defensa se dirige rumbo oeste hacia la ciudad de Bluemont y Virginia por la carretera 601. En la distancia, las luces del puesto de aterrizaje iluminan la noche, guiando al helicóptero hacia un complejo enrejado.

Esto es Mount Weather, una base militar de alto secreto sita a setenta y cinco kilómetros a las afueras de Washington D.C. y dirigida por el Departamento de Seguridad Nacional. Se encuentra dentro de un perímetro de trescientos cincuenta mil metros cuadrados que contienen una auténtica ciudad subterránea, con apartamentos, cafeterías y hospitales, así como sistemas de purificación de agua y conducción de aguas residuales, una planta de energía, un sistema de tránsito masivo, un sistema de comunicación por televisión, e incluso un lago subterráneo. Si bien ningún miembro del Congreso ha reconocido públicamente la existencia de estas instalaciones, muchos representantes de la Casa son, de hecho, miembros con contrato fijo de esa capital subterránea del «Gobierno en espera». Nueve departamentos federales han sido replicados dentro de este complejo, así como cinco agencias federales. Secretamente, varios oficiales de alto rango sirven por periodos indefinidos, sin la aprobación del Congreso, y lejos de los ojos del público. Su propósito, gobernar los Estados Unidos en el caso de que hubiera un ataque nuclear masivo.

El helicóptero se posa. El equipo de Biden es escoltado a través de un edificio de seguridad. Luego montan en un ascensor que desciende hasta las entrañas de las instalaciones. Los ojos del presidente están enrojecidos por la emoción. Sabe que su familia está a salvo en otra parte de la ciudad subterránea, y que los Obama están en camino, junto al resto de su gabinete. A pesar de que no tiene tiempo de diseccionar la situación, también sabe que el mundo ha cambiado, y que la respuesta a esta crisis tendrá efectos devastadores.

Apenas saluda a la gente mientras sale del ascensor; deja que el director Lowe lo conduzca a través del equivalente del Ala Oeste de la Casa Blanca de Mount Weather, hacia su «Despacho Oval».

Joseph Kendle cierra la puerta tras él.

El presidente en funciones por fin reacciona.

—Quiero saber quién ha perpetrado este desastre. ¿ Ha sido Al-Qaeda? ¿Terroristas domésticos? ¿O tal vez ha sido algún ataque de falsa bandera, de esos nazis neoconservadores, tal y como anunciaban esos rumores en Internet?

Kendle y Lowe intercambian miradas.

—Señor, los informes preliminares indican que hay dos terroristas, ambos entrenados, financiados y armados por las fuerzas Qod de Irán. Nuestros expertos están examinando los residuos de partículas de la detonación de Los Ángeles, junto al uranio enriquecido encontrado en la bomba capturada. Si rastreamos la procedencia del uranio y éste nos lleva hasta un reactor nuclear iraní, entonces se tratará de un ataque terrorista subvencionado por Teherán.

—¿Y si ése fuera el caso?

—Entonces usted comparece ante la nación, conecta los puntos y desmilitarizamos Irán de una vez por todas, señor, cambiando el mundo.

—¿Cambiar el mundo? ¿Cómo Bush y Cheney lo cambiaron? ¿Es que acaso no hemos aprendido nada del 11-S?

Ahora es el general el que reacciona.

—Con el debido respeto, señor, un recuento preliminar estima que en Los Angeles han podido perder la vida más de dos millones de personas. Añada otro millón por aquellos que se vean expuestos a la lluvia radioactiva, eso sin contar la radiación, ni el hecho de que una de nuestras más grandes ciudades ha sido destruida.

Lowe interviene.

—Señor, estamos tratando con regímenes militares islamistas que controlan una parte muy significativa de las reservas petrolíferas del mundo. Estados que nos desafían suministrando material nuclear a los terroristas. Necesitamos actuar de manera decisiva inmediatamente, antes de que más bombas caigan sobre Londres y Tel Aviv, o en otra docena de ciudades americanas más, haciendo que nuestra economía se colapse.

—El director Lowe tiene razón, señor. Puede apostar que tanto Clinton como Prescott, como el pueblo americano al completo, exigirán una respuesta militar. Será mejor que actuemos según las variantes que tenemos disponibles, o nos veremos abocados a convertirnos en una de las suyas.

El presidente mira a su alrededor, en aquella habitación sin ventanas.

—Odio este lugar. Al menos déjenme hablarle a la nación desde el verdadero Despacho Oval.

Lowe niega con su cabeza.

—Estamos siendo atacados, seguimos el protocolo. La última cosa que necesitamos es otro incidente como el de los niños en la lectura de aquel cuento junto a Bush. El pueblo americano necesita ver que su líder está plenamente activo en momentos como éste. Necesitan de su fuerza, señor.

Biden asiente.

—De acuerdo —dice mirando a Kendle—. Deme un informe completo de la Operación Libertad Reinante.

—Si señor.

## ARABIA SAUDÍ

Andando a gatas, Ace avanza a través del desierto, delirando por la fiebre, muy próximo a morir. La arena arde bajo sus pies desollados mientras las ampollas de sus dedos se abren y explotan. El sol despiadado quema la piel de su espalda desnuda, y su brazo izquierdo le arde como si estuviera metido en ácido.

Finalmente cae, rodando sobre su espalda, cuando el dolor se hace indescriptible.

—Futrell

No, déjame morir.

—¡Futrell!

Ace abre los ojos. Está de vuelta en su celda. Su mano derecha está vendada, pulsando de dolor. Las uñas de tres de sus dedos han sido salvajemente arrancadas con unos alicates.

—¿Futrell? Sé que aún estás vivo, te he oído gemir.

La voz del hombre suena de detrás del muro.

—Vete al infierno.

—Ya estamos en el infierno.

Scott Santa yace en un catre en la celda contigua. Tiene ambas manos vendadas, y la cuenca, ahora vacía, de su ojo izquierdo está rellena con una gasa sanguinolenta.

—Yo no la maté, Futrell.

—Estaba allí, yo te vi —dice Ace, examinando su brazo izquierdo. El pincho aún se encuentra allí, oculto bajo su piel. Apretando los dientes, empieza a sacarlo muy lentamente de la profunda herida que él mismo se ha causado.

—Escúchame. ¡Ella me pagó para que lo hiciera! Era parte de su plan. Una farsa para hacer que tú llevaras el balón hasta la línea de gol. Ésas fueron exactamente sus palabras.

Ace se queda helado por un momento. Su pulso se acelera.

—¡Estás mintiendo! ¡Ella nunca haría algo así!

—Estaba muriendo, Futrell. El cáncer ya le había llegado al cerebro. Tan sólo le quedaban días, tal vez una semana. Quería que su muerte tuviera significado. Quería que te motivara, que te provocara para que terminaras lo que ella había empezado.

—¡No! —dice Ace mientras saca completamente aquella especie de espeto para torturas del interior de su cuerpo.

A pesar del dolor, se coloca de rodillas para gritarle al muro

—¡Nunca me utilizaría de esa manera! ¡No te creo!

Scott Santa cierra el ojo que le queda, sintiéndose mareado.

—Piensa. Sabía cómo atraparlos, cómo vencerlos. Lo dejó todo dispuesto. El Promis. Ramzi. Su propia muerte. Incluso tiró de los hilos durante años para que subieras de escalafón en la línea de mando en PetroConsultants.

—¿Qué...?

—¿No lo sabías? Eso sí que es gracioso.

Santa empieza a toser descontroladamente mientras Ace gira sobre sus rodillas. Golpea el muro de granito con su cabeza, recordando cómo había ascendido «milagrosamente» dentro de PetroConsultants. Incluso fue idea de Kelli el que se presentara para el puesto, ya que, en primer lugar, él nunca había querido viajar tanto, pero ella insistió, diciéndole que la oportunidad era demasiado buena como para dejarla pasar.

Pensamientos dispersos pasan por su mente a toda velocidad.

«Su prima... Jennifer... ¿Estaría también implicada?»

Santa gime.

—Butch y Sundance. Ellas lo planearon todo.

Unas lágrimas de ira recorren las mejillas de Ace.

—Mujeres... Son tan sutiles como los gatos, e igual de peligrosas. Si les das la mano, te la cogerán y te dirán que bailes, y tú lo harás. Gracias a ti, la Casa de Saud se está desmoronando, y al final todo seguirá el plan preestablecido por los neoconservadores. Irán será arrasada con bombas químicas que barrerán las guaridas de los extremistas mientras el petróleo queda intacto, y así las tierras saudíes serán nuestras.

Ace está demasiado débil, tanto física como psíquicamente, como para poder contestar.

—Tú y yo... estamos en una situación que es peor que la muerte. Nos mantendrán vivos y nos torturarán durante semanas. El gordo... es bueno haciendo su trabajo. Y la chica...

En ese punto, la voz de Santa baja de tono hasta silenciarse.

—¿Qué pasa con la chica?

El agente de la CIA murmura algo, antes de desplomarse, víctima de la inconsciencia por el dolor.

Ace mira el pincho de acero durante un buen rato. Finalmente, limpia la sangre del instrumento y comienza a trabajar en la cerradura de la puerta de la celda.

---

«La mente política es el producto de los hombres de vida pública que han sido doblemente perjudicados, ya que han recibido demasiadas adulaciones y demasiados abusos. Con ellos, nada es natural, sino todo lo contrario, sumamente artificial.»

Presidente Calvin Coolidge.

«Para aquellos que asustan a la gente que desea la paz con el fantasma de la

pérdida de la libertad, mi mensaje es éste: "Vuestras tácticas tan sólo ayudan a los terroristas".»

John Ashcroft, Fiscal General.

«Sólo mediante el respeto de las leyes será posible que los hombres libres vivan en paz y progresen... La ley es la fuerza adhesiva que se encuentra en los cimientos de la sociedad, la que convierte el caos en orden, y la anarquía en coherencia.»

Presidente John F. Kennedy.



# Capítulo 45

RESIDENCIA PRESIDENCIAL

Despacho Oval, Mount Weather

8 de octubre de 2012

11:17 P.M. EST

—Y si algo hemos aprendido desde el 11 de septiembre del año 2001 es que los terroristas saben aprovechar la libertad de América como arma contra nosotros. Esta noche, nuestros enemigos han puesto en su punto de mira dos de nuestras ciudades más importantes. Gracias a la inteligencia de la comunidad y a la heroicidad de un miembro del departamento de la policía de Illionis, uno de esos ataques quedó frustrado. Sin embargo, no ha sido suficiente. Deberíamos habernos esforzado más en evitar esta catástrofe. Cuando se trata de combatir al enemigo, no puede haber piedad. Os prometo que daremos con aquellos que se encuentran detrás de estos diabólicos actos para que reciban su castigo. Hasta entonces, nuestra prioridad debe ser la de asegurar nuestra nación, y para tal efecto he declarado la máxima prioridad en nuestra alerta antiterrorista disponiendo un Código Rojo. Hasta nuevas órdenes, todas las fronteras y los puertos de los Estados Unidos permanecerán cerrados. Todos los contenedores que estén en el interior de nuestra nación serán inspeccionados de arriba abajo. Todos los vuelos previstos permanecerán en tierra. A partir de ahora, queda declarada la ley marcial, con un toque de queda para toda la nación que comenzará a las diez de la noche. Los militares establecerán bloqueos en todas las autopistas más importantes del país, y todos los vehículos que pasen por ellas serán registrados. Finalmente, por la Directiva Presidencial de Seguridad Nacional número 51, y por la Directiva Presidencial de Seguridad Nacional número 20, cancelo las elecciones nacionales previstas para el día 8 de Noviembre hasta que se haya reestablecido un nivel de seguridad aceptable. Como patriotas americanos, sé que la secretaria de Estado, Hillary Clinton, el gobernador Prescott y el senador Mulligan aceptarán y apoyarán estas medidas para que podamos seguir adelante como una nación unida en los días y las semanas que nos quedan por delante, para mantener la seguridad y el bienestar de todos los americanos. Gracias, y que Dios bendiga a América.

WEST PALM BEACH, FLORIDA

Jennifer Wiener lanza su reloj de mesa hacia la televisión. La pantalla de plasma queda destrozada mientras su ayudante se cubre, asustado del impacto.

—¡Malditos neoconservadores!

—Tranquilízate, jefa —dice Collin Bradley, sacudiéndose el pelo para quitarse las partículas de cristal.

—Esos bastardos neoconservadores lo manipulan todo. ¡Todo esto no es más que una farsa!

—Debes decírselo a los medios, la prensa no dejará que escapen indemnes.

La mujer se gira hacia él, con los ojos llenos de ira.

—¿Es que acaso no lo entiendes? Ya no importa quién esté en el despacho. Al detonar una bomba nuclear antes de las elecciones, obligan a los Estados Unidos a afrontar el problema iraní de una vez por todas. Biden no se echará atrás, ni Clinton, y Prescott es tan sólo otra marioneta de los neoconservadores.

—De acuerdo, pues acordemos algo con Mulligan y los demócratas, marchemos hacia Washington.

—Esas cosas tan sólo funcionan en una sociedad abierta, Collin. Sin embargo, Biden ha dado una Orden Ejecutiva, está haciendo uso de los poderes establecidos por Bush para actuar en caso de emergencia. Y esos poderes permiten al Presidente saltarse esencialmente toda la Constitución y hacer lo que él quiera. Si piensas que lo que pasó tras el 11-S fue malo, espera y verás que no fue nada comparado con lo que va a pasar aquí. Esta vez los disidentes no serán abucheados cuando suban al podio, esta vez serán arrestados para ser trasladados a campos de internamiento secretos. Antes del fin de semana, la Casa Blanca presentará un paquete de pruebas falsas al pueblo americano, y antes de que esos incendios de California hayan sido siquiera controlados, habremos bombardeado Irán con armas químicas y le declararemos la guerra a un billón de musulmanes.

Jennifer sacude su cabeza, incrédula.

—Estamos presenciando otro paso en la historia, Collin, el fin de la democracia, y el nacimiento de los Estados Corporativos de América.

FBI-CHICAGO

Chicago, Illinois

9 de octubre de 2012

La limusina blindada hace que la gente se aparte mientras la policía escolta al vehículo por una rampa de acceso hacia un garaje subterráneo.

El Director del FBI, Adrian Neary, saluda al director del Departamento de Seguridad Nacional, Howard Lowe, estrechándole la mano cálidamente.

—Howard, me alegro de que estés aquí. Como has podido ver ahí fuera, se ha extendido el rumor de que tenemos al sospechoso aquí. Estamos haciendo todo lo posible para contener a la multitud.

—Lo trasladaremos a unas instalaciones más seguras tan pronto como podamos.

Éste es el agente especial Shane Torrence. El agente Torrence nos ha sido cedido desde el AE. Es el que estuvo siguiendo el paradero de los dos sospechosos, coordinado por el director Schafer.

Neary estrecha la mano de Torrence.

—Siento mucho lo de Gary

Torrence asiente.

—A veces la vida depende de algo que es cuestión de pocos centímetros. El último informe que recibimos decía que los SWAT de Los Ángeles habían eliminado al sospechoso de la azotea. Gary quería coordinar el arresto, quería estar allí, por alguna razón.

Lowe le aprieta el brazo a Torrence.

—Murió como un héroe. Asegurémonos de que su pérdida no fue en vano.

Neary conduce a los dos hombres hasta el interior.

—El oficial que lo arrestó está esperando arriba, en mi oficina. El sospechoso está en una celda. Podemos trasladarlo a la sala de interrogatorios.

—No será necesario —dijo Lowe—. El Agente Torrence hablará con el prisionero mientras yo hablo con el teniente Dvorak.

\* \* \*

Doug Dvorak está esperando en la oficina del director Neary vestido con su uniforme. No ha dormido desde hace treinta y seis horas, y la adrenalina que surcaba su cuerpo hace doce ha sido sustituida por oleadas de auténtico terror mientras mira las crudas imágenes que empiezan a retransmitir todos los canales de televisión.

El satélite de reconocimiento utiliza sensores termales para atravesar la densa capa de humo y muestra unas imágenes fantasmales de la Zona Cero.

Un enorme cráter es la marca más clara, ya que todavía está incandescente debido al calor radioactivo. Hay ocho kilómetros cuadrados alrededor del enorme agujero que han sido reducidos a polvo, entre un verdadero bosque urbano petrificado formado por escombros de hormigón y esqueletos de acero. Los helicópteros vierten enormes cantidades de agua, centrándose en los ardientes pozos de brea, y varios aviones antiincendios empapan la periferia a cincuenta kilómetros a la redonda, intentando detener el avance de los incendios.

Tal vez las imágenes más terroríficas sean las que proceden de las unidades de salvamento que han sido dispuestas en las zonas grises, esas que están entre la zona de la explosión y la población superviviente. El personal médico, envuelto en trajes de radiación, trata a los miles de moribundos. Hombres, mujeres y niños, en un número abrumador, están colocados en enormes hileras en la calzada calcinada, con goteros de morfina y pentotal sódico, un anestésico que también minimiza los efectos de la radiación. Cuando las cámaras de la CNN enfocan a un niño que sufre

quemaduras por todo su cuerpo, Doug apaga el televisor, incapaz de soportar más.

«¿En que clase de mundo vivimos? ¿Qué clase de locos... ?»

—¿Teniente Dvorak?

El director Neary entra en la oficina con su invitado.

—Éste es Howard Lowe, director del Departamento de Seguridad Nacional.

—Es un placer, teniente. Por favor, siéntese —dice, asintiéndole a Neary, que deja la oficina—. Lo que ha hecho... su país está en deuda con usted. Nos gustaría que se reuniera con nosotros en Washington para que el presidente pudiera condecorarle con la medalla al honor.

Doug, de repente, rompe a llorar.

—Lo sé, es duro pensar en ese tipo de cosas cuando estamos rodeados de tanta muerte, pero su presencia nos ayudaría a aliviar el daño.

Doug asiente.

—Le tengo que hacer un par de preguntas importantes... respecto a Jamal al-Yussuf.

\* \* \*

Varios agentes fuertemente armados del FBI vigilan desde la mesa de un punto de control. A Shane Torrance le confiscan su arma mientras escanean su cuerpo utilizando un detector de metales. Un circuito cerrado de TV revela el interior de una celda, con un hombre boca abajo sobre un catre.

Un agente del FBI dirige a Torrance por un corredor hacia la puerta de la celda.

—Las drogas que le inyectamos al principio le hicieron hablar. Nos dijo que había recibido entrenamiento en Irán, y empezó a mencionar algo sobre una colaboración con una célula durmiente en Baltimore, pero luego se quedó muerto. Íbamos a meterle más drogas cuando desde Washington ordenaron detenerlo todo.

Torrance asiente.

—Encontramos más efectivo que se utilicen los mismos interrogadores en cada proceso. El sospechoso termina formando lazos con ellos.

—Entiendo —dice el agente, dejando la habitación.

Torrance alcanza una de las sillas.

—Jamal, levántate y anda.

Jamal se despierta y se sienta en la cama. Está vestido con el uniforme típico de prisionero de color naranja fluorescente. No lleva ni zapatos ni calcetines. Tampoco cinturón. La cama está atornillada al suelo, y el lavabo carece de espejo.

—Tenías a Setenta y dos vírgenes esperándote en el paraíso, Jamal. Las tenías todas para ti, pero... fallaste.

\* \* \*

—¿Está seguro de que el sospechoso no ha dicho nada?

Dvorak se frota los párpados con el pulgar y el índice, intentando recordar.

—Estaba concentrado en la bomba. Para cuando la desactivé, la policía de Chicago ya había llegado. Nos aseguramos de que el sospechoso estuviera controlado y salimos de la zona. No hubo tiempo de preguntarle nada.

El director Lowe sonrío... aliviado

—Hizo lo correcto. Vaya a casa y descanse. Haré que el director Neary disponga para usted un vuelo que le lleve directamente a Washington en un avión privado.

\* \* \*

Jamal se acerca a los barrotes, manteniéndose tan sólo a centímetros de Torrence.

—¿Cómo puedo morir shahid? Dígamelo.

—Morirás shahid impidiendo que los americanos te interroguen y transformen tus palabras en mentiras.

—Quiero morir. ¿Me ayudará?

Torrence se pone de pie, usando su cuerpo para ocultar sus movimientos del circuito cerrado de televisión. Busca con sus dedos entre el doble forro de su traje, de donde extrae una hipodérmica vacía con una aguja. Se la pasa a través de los barrotes.

—Espera unas cuantas horas, luego llena la hipodérmica con aire y pégate un chute en la vena. Hazlo muchas veces, y luego ocúltala en el colchón cuando la cámara no te esté enfocando. Cuando abras los ojos, estarás en el paraíso.

DESPACHO OVAL, CASA BLANCA

Washington D.C.

El rey Sultan bin Abdel Aziz y su hijo, el príncipe Bandar, se sientan incómodamente en el sofá frente al nuevo secretario de Estado del presidente Biden, Richard Diefendorf. El ex fiscal de Arizona y antiguo ejecutivo de la United Standard Oil esboza una rápida y falsa sonrisa a sus invitados.

—Alteza, lo que siempre ha separado a Arabia Saudí del resto de las naciones árabes ha sido su habilidad para mantenerse flexible durante los malos tiempos. Es esa flexibilidad la que ha permitido a nuestras dos naciones servirse la una a la otra tan bien, como buenos socios en un negocio, durante los últimos setenta años, y además...

El rey Sultan lo interrumpe con un movimiento de su mano.

—A la Casa de Saud le han robado un trillón de dólares. Los rebeldes controlan nuestra mayor refinería, lo cual ha paralizado nuestra economía. La revolución ruge por nuestras calles. ¿Qué tipo de socio permite que eso ocurra? Estoy aquí por petición de su presidente, pero mi paciencia tiene un límite. Si los Estados Unidos no remedian esta situación, los chinos lo harán.

Diefendorf habla.

—Alteza, los Estados Unidos no son responsables de esas transferencias ilegales que han afectado a su nación, al igual que a la nuestra. Siete de nuestros quince primeros contratistas de defensa han sufrido de esos robos, junto con una docena de nuestras más importantes instituciones, así como un sinnúmero de negocios privados. Cada una de nuestras agencias de inteligencia está trabajando en este problema, así como nuestros bancos. Lo que les proponemos le otorgará un soplo económico a su país a la vez que permitirá a la monarquía Saudí permanecer en el poder en las generaciones venideras, sin temor a ninguna invasión islámica hostil.

—Prosiga.

—Los Estados Unidos responderán al ataque del Día de la Hispanidad bombardeando las instalaciones militares iraníes, los campos de entrenamiento para terroristas y los silos nucleares. Los rebeldes de Ashraf que han ocupado las refinerías también se convertirán en nuestro objetivo. El Aramco saudí podrá entonces hacerse con los pozos de petróleo iraníes, vendiendo el barril a treinta y cinco dólares.

Al oír eso, al príncipe Bandar se le ponen los ojos como platos.

—A cambio de un préstamo de 100 billones de dólares, el setenta por ciento de los cuales deberá redirigirse a la economía saudí, la Casa de Saud garantizará el ochenta por ciento de su producción actual de gas natural y petróleo a los Estados Unidos. Los términos de este préstamo y del contrato se extenderán durante veinte años, con opciones en el precio.

Diefendorf se sienta y espera, con la oferta encima de la mesa.

Sultan niega con la cabeza, con sus mejillas de querubín vibrando de ira.

—Roban nuestro dinero, roban nuestro petróleo, ¿ya cambio nos ofrecen que alquilemos nuestro país durante veinte años?

El secretario de Estado se pasa una mano sobre su calva afeitada.

—Con el debido respeto, Alteza, nosotros no le hemos robado su dinero. Les hemos comprado el petróleo durante todos estos años, y les hemos convertido en billonarios. Les hemos vendido armamento de alta tecnología, y les hemos permitido a sus agentes reales que se embolsen billones más en comisiones ilegales. Además, hacemos la vista gorda cuando ustedes violan los derechos humanos de su población, cuando sus arcas reales subvencionan a grupos radicales islámicos que atacan a nuestra gente. Lo que le ofrecemos no es un arrendamiento de veinte años, sino una solución definitiva que eliminará a Irán de la ecuación del Medio Oriente, el último desafío hacia su soberanía.

El príncipe Bandar habla con el rey Sultan en árabe.

—Esto es un insulto. Veremos qué tienen que decir los chinos al respecto, seguro que su oferta será mejor.

Diefendorf se echa hacia delante, con una expresión inteligente, mientras dice en

árabe:

—Sí, por supuesto que cambiará, Excelencia, pero no de la manera que piensa. En el momento en que se reúna con los chinos, nuestros servicios de inteligencia descubrirán evidencias que relacionarán a la Casa de Saud con un suministro de uranio que alimentó las barras utilizadas en la bomba que destruyó Los Ángeles. Reconoceremos a los líderes Ashraf como fundadores de una nueva democracia saudí y su familia será acusada con cargos criminales, como los de conspirar por el asesinato de millones.

Diefendorf se echa hacia atrás en el sillón, disfrutando al ver la cara de aturdimiento de los dos árabes.

—¿Más décadas de decadencia, o una ejecución pública? Piénselo, Alteza, pero el presidente comparecerá ante el mundo en seis horas, y yo necesito conocer su decisión antes de que deje esta habitación.

## PRISIÓN DE INAKESH

El sudor mana de cada uno de los poros de la cara de Ace mientras sigue hurgando en la cerradura de su puerta con el punzón de acero, sin estar muy seguro de lo que está haciendo. El maldito pincho no termina de encajar. Después de veinte minutos, se detiene. Su mano derecha palpita de dolor por el esfuerzo.

«No te des por vencido, si no puedes abrir la puerta, inténtalo de otra manera.»

Vuelve a examinar la pesada puerta de metal, centrando su mirada en las tres bisagras.

«Puede que...»

Mira alrededor de su celda, buscando algo que pueda usar junto con el pincho para hacer las veces de martillo y cincel, pero no hay nada, ni una roca, ni un trozo de argamasa, tan sólo el agujero de defecar del suelo. Camina hasta el lavabo, y luego, sin ninguna ceremonia, salta en el aire para aterrizar sobre él con su coxis, desenchajando la pieza de cerámica casi completamente de la pared. El agua fría sale en un fino chorro de una única tubería, pero, aun así, el lavabo no cae al suelo. Coge la tubería con ambas manos y tira con todas sus fuerzas. Encuentra demasiada resistencia, así que se pone debajo del lavabo medio desenchajado, de espaldas, y empuja con sus pies desnudos. Finalmente consigue que el lavabo salga disparado.

Ahora el lavabo yace sobre su estómago, y el agua sale en grandes cantidades de la tubería. Lo deja en el suelo, vuelve a la puerta y echa un vistazo a través del ventanuco cerrado.

Mira. Escucha. Ni un alma.

Vuelve al lavabo, lo levanta sobre su cabeza y lo lanza contra el suelo de cemento.

El lavabo se parte en una docena de trozos.

Selecciona un trozo del tamaño de una pelota de béisbol con el filo romo, revisa de nuevo el pasillo y comienza a trabajar sobre la bisagra del medio, colocando el pincho de acero sobre la parte de abajo del tornillo que sujeta a la bisagra y golpeándolo desde abajo con el trozo de lavabo. Oxidada por el tiempo, la bisagra no cede, pero luego, lenta y gradualmente, la cabeza del tornillo va separándose cada vez más de la bisagra. Una docena de golpes después, ¡lo termina sacando!

El corazón de Ace se acelera por la adrenalina. Continúa con la bisagra inferior. La golpea una y otra vez, hasta que también le saca el tornillo.

—¡Futrel!

La voz del ruso-americano le asusta.

—¿Qué estás haciendo?

—Dejando mis iniciales para la posteridad. No levantes la voz.

Ace sigue golpeando el tornillo inferior, hasta que también sale y cae al suelo. Se dispone a hacer lo mismo con la bisagra superior, la única que lo separa de salir liberado de aquella celda.

—Futrell, ¡llévame contigo!

Ace lo ignora y continúa golpeando el tornillo, que sale despedido.

—¡Necesitarás mi ayuda! Puedo conducirte a un lugar seguro.

Ace finalmente saca el tornillo superior. La pesada puerta se tambalea, sujeta tan sólo por un único tornillo. Empuja la parte suelta, haciendo que ésta se termine por ceder, pero la coge antes de que caiga de plano contra el suelo del corredor.

Scott Santa mira por el ventanuco enrejado de su puerta.

—Sorprendente. Ahora sácame de aquí.

Ace vuelve a poner la puerta de su celda en su sitio. Comprueba que no hay nadie.

—No tengo las llaves, y aunque las tuviera, ¿por qué debería salvarte?

—Todavía no has salido, y dos siempre serán mejor que uno. Puedo hacer que nos lleven a Ramzi.

¡Pasos! Alguien baja las escaleras del corredor.

Ace vuelve de nuevo al interior de su celda. Mantiene la puerta sobre su marco, sujetándola a través del ventanuco enrejado con los dedos de su mano izquierda para mantener el equilibrio. Al mismo tiempo sostiene en su mano derecha el trozo de porcelana, como si fuera un arma, listo para atacar.

Los pasos se aproximan.

El guardia se detiene junto a su puerta e introduce la llave de bronce en la cerradura.

«¡Ahora!»



Ace empuja todo el peso de su cuerpo contra la puerta y sobre el guardia, escuchando un pesado «¡Thung!» con el golpe. Luego, se dispone a darle al árabe con el trozo de porcelana y...

—¿Nahir?

La mujer está vestida con un burka negro y una capucha a juego en la cabeza. De su nariz, rota por el golpe, mana bastante sangre.

Ace la sienta.

—Nahir, ¿estás bien?

—¡No hay tiempo para eso! —susurra Santa con urgencia—. ¡Coge la llave y libérame!

—¡Cállate!

Los ojos de la mujer se abren, pero Nahir está aún aturdida.

—Nahir, vamos a salir de aquí.

Los ojos almendrados vuelven a recobrar la visión.

—¿Cómo has salido?

—Te lo explicaré luego. ¿Dónde están los guardias? ¿Están apostados arriba?

Nahir se pone en pie, apartándose un poco de Ace.

—Futrell, no confíes en ella. ¿No ves que es una de ellos?

Mientras habla, Santa presiona totalmente su cara contra los barrotes del ventanuco.

Ace mira a los ojos de Nahir, que ahora son los de un depredador nervioso.

—¿Nahir?

De repente, la mujer se da la vuelta y corre.

—¡Detenía!

Sin pensarlo, Ace le lanza el trozo de porcelana como si fuera una bola rápida. La piedra impacta mortalmente en la nuca de la cabeza cubierta de Nahir. La mujer cae al suelo como si hubiera recibido un disparo.

—Bien hecho, ahora, cógele las llaves.

Ace levanta la pesada puerta, encuentra las llaves y libera a Santa.

—¿Cómo lo sabías?

—Es un truco muy viejo. Utilizar a una mujer para ganarse la confianza del prisionero.

Ace se arrodilla junto a Nahir para comprobar que todavía respira.

—Vendrá con nosotros.

—Estás loco. Tendremos suerte si conseguimos llegar al patio.

—He dicho que viene con nosotros.

—De acuerdo, haz tu papel de Sir Galahad si quieres, pero, si nos la llevamos, ocúpate de que se mantenga en silencio, o lo haré yo.

Ace carga a la mujer sobre su hombro y camina hasta el final del corredor. Santa

le hace una señal para que espere mientras sube los escalones para echar un vistazo.

El ruso vuelve momentos después.

—Parece que tenemos a la suerte de nuestro lado. Fuera está oscuro, debe ser tarde. Tan sólo hay un guardia apostado en la puerta, y encima se la han dejado abierta. Hay otro guardia haciendo rondas. Está dos edificios más allá. Eso nos da de tres a cinco minutos para actuar. Hay un buen montón de furgonetas aparcadas a unos cincuenta pasos de este edificio, pero están al descubierto en un descampado, sin medio de llegar hasta ellas sin cruzar el patio. ¿Alguna idea?

\* \* \*

Ace se queda en la entrada del bloque prisión mirando al patio. Está vestido con el burka y la capucha de Nahir. El vestido suelto de la mujer le queda muy corto y apretado por los hombros, el pecho y los brazos. Espera a que el guardia entre en el siguiente edificio antes de salir de entre las sombras. Tiene metidas las manos en los bolsillos del burka, y, con la cabeza agachada, avanza encorvado hacia la furgoneta, intentando disimular el hecho de que va con los pies descalzos y que tiene las pantorrillas expuestas.

Está a mitad de camino del vehículo más cercano cuando un hombre vestido con una camiseta negra sale del edificio del cuartel al otro lado del campo.

Ali Shams se ilumina la cara al encenderse un cigarrillo.

Ace sigue caminando, intentando parecer pequeño y pasar desapercibido.

El torturador lo ve y lo llama, hablándole en árabe.

—Nahir, ven aquí, necesito que camines sobre mi espalda.

«Veinte metros...»

Ace finge no oír al sádico.

—¡Nahir, maldita zorra! ¡No pretendas ignorarme! —dice Ali Shams, empezando a caminar hacia las furgonetas—. ¡Nahir!

Ace acelera el paso. Llega a la furgoneta más próxima y abre la puerta del conductor.

—¡Maldita puta descerebrada! ¿Qué estás haciendo?

Ace va a darle al contacto... cuando ve que no hay llaves. Mira en el protector solar, el asiento, el suelo... nada.

—¿Quieres que te castigue?

Ali Sham está a diez pasos de la puerta del pasajero de la furgoneta, cuando se da cuenta de que algo pasa.

—¿Qué está pasando aquí?

Ace finalmente abre el cenicero... ¡Encuentra las llaves! Las coloca en el contacto y enciende la furgoneta.

—¡Oye, oye!

Ace aprieta con su pie descalzo el acelerador y cambia de marcha. Las ruedas traseras del vehículo derrapan haciendo un giro cerrado de vuelta hacia el bloque prisión. Aminora la velocidad cuando Scott Santa sale de entre las sombras, arrastrando el cuerpo semidesnudo de Nahir con él. El ruso lanza a la mujer a través de la puerta de atrás y luego salta dentro, a la vez que Ace acelera de vuelta al campo. El patio de la prisión se ilumina de repente con luz.

Ali Shams corre hacia la entrada. Le grita algo al guardia que hay allí vigilando. Los faros de la furgoneta se encienden, iluminando la enorme barriga del árabe que corre. Ace vira un poco hacia él, apretando aún más el acelerador mientras persigue a su torturador.

Ali Shams se gira justo cuando el parachoques de la furgoneta se incrusta en su cuerpo a ochenta kilómetros por hora, destrozando su caja torácica antes de empalarlo con el adorno del capó.

El guardia de la puerta, el cual los está apuntando con su rifle de asalto AK-47, se queda helado.

La furgoneta vira hacia el petrificado guardia, y luego atraviesa la puerta de la prisión, destrozando la verja de cadenas que rodea el complejo.

De la boca de Ali Sham sale un vómito de sangre que salpica todo el parabrisas antes de que su cuerpo se suelte del adorno. Luego es arrastrado durante unos cincuenta metros antes de soltarse del todo... y ser atropellado.

Ace intenta mantener el control cuando el vehículo aplasta la cabeza del torturador, haciendo saltar el ojo de la cuenca izquierda en el proceso.

Libres del cuerpo del árabe, Ace acelera hacia la autopista principal para dirigirse hacia el este.

---

«La democracia no puede existir como forma permanente de gobierno. Tan sólo puede existir hasta que los votantes descubren que pueden votar en su propio beneficio económico a expensas del tesoro público. Desde ese momento en adelante, la mayoría siempre votará a los candidatos que les prometan más beneficios procedentes de las arcas del estado, y, como resultado, la democracia se colapsará sobre la política fiscal, seguida automáticamente del mandato de un dictador. La media de edad de las civilizaciones más grandes de la historia es de doscientos años. Este tipo de naciones progresan siguiendo este patrón: Del vínculo a la fe espiritual, de la fe espiritual al coraje. Del coraje a la libertad, de la libertad a la abundancia, y de la abundancia al egoísmo. Del egoísmo a la apatía, de la apatía a la dependencia, y de esa dependencia de nuevo al vínculo.»

Alexander Fraser Tytler.

La Decadencia y Caída de la República Ateniense,

publicado en 1776.

«No busquemos la respuesta republicana o demócrata, sino la que sea la respuesta correcta. No intentemos soliviantar las culpas del pasado. Aceptemos nuestra propia responsabilidad para el futuro.»

Presidente John F. Kennedy.

«Todos la temían, todos la vieron llegar... y la guerra llegó.»

Abraham Lincoln.

# Capítulo 46

EDIFICIO DEL CAPITOLIO

Washington D.C.

12 de octubre de 2012

8:07 P.M. EST

—Señor presidente, miembros del Congreso, conciudadanos americanos. El 11 de septiembre del 2001, los enemigos de la libertad cometieron un acto de vileza sin parangón por aquel entonces contra nuestro país y todo lo que representamos. Esto inició una guerra contra el terror, una guerra que nos ha costado miles de vidas de hombres y mujeres americanos, y casi un trillón de dólares, una guerra que no nos podíamos permitir perder. Y ahora, todos nosotros sabemos por qué. Hace cuatro días, un día que servía como homenaje y conmemoración al valeroso explorador que descubrió nuestra nación, nuestro enemigo atacó de nuevo. Cuatro días después, mientras el mundo sigue estupefacto, acudo a vosotros para contestar algunas preguntas. Los dos hombres involucrados en las atrocidades del día de la Hispanidad eran radicales islamistas yihadista que habían sido reclutados en Irak y entrenados por miembros de las fuerzas Qod iraníes para que realizaran su mortífera misión suicida. Jamal al-Yussuf llegó a los Estados Unidos a principios de febrero de 2011. Omar Kamel Radi lo siguió unos cuantos meses después. Los dos se encontraron a finales de septiembre de 2011 en Aurora, Illinois, lugar donde recibieron instrucción, y financiación, de células durmientes iraníes. Estas células hicieron que Jamal al-Yussuf obtuviera un trabajo como guardia de seguridad en el Puerto de Baltimore, mientras que Omar Kamel Radi se trasladó a California para trabajar como técnico de mantenimiento en el U.S. Bank Tower de Los Ángeles. Lo que ahora es la zona cero. Dejad que os lo repita. Los dos hombres involucrados en la masacre del Día de la Hispanidad fueron reclutados por la Guardia Islámica Revolucionaria Iraní, conocida como la Fuerza Qod. En lugar de iraníes, los iraquíes fueron específicamente seleccionados porque procedían de una tierra liberada de la opresión, lo cual les permitiría entrar en los Estados Unidos sin levantar sospechas. En los campos de entrenamiento Qod, los instructores les lavaron el cerebro para hacerles creer que la muerte de millones de americanos inocentes serviría a su pueblo. Mientras recibían la instrucción, el gobierno iraní que subvencionaba esta misión suicida encargó que se construyeran dos dispositivos nucleares usando el uranio-238 enriquecido recogido de barras de uranio gastadas.

El uranio enriquecido utilizado en la construcción de ambas bombas coincidía con el uranio tomado del reactor nuclear iraní. Ahora sabemos que las bombas, o EEDA, llegaron al puerto de Baltimore el 5 de octubre. Hemos encontrado el contenedor en

el que llegaron, así como el residuo radioactivo de la bomba. Rastreamos el envío de esos contenedores y descubrimos que venían del puerto de Irán. No hay duda de quién está detrás de estos ataques. Cualquier fiscal que tuviera estas pruebas les diría que este caso está cerrado. Y todos hemos visto esas imágenes del pueblo iraní regocijándose en las calles de Teherán mientras Los Ángeles ardía. A lo largo de siete años, el presidente de Irán, Mahmoud Ahmadinejad, y el Líder Supremo que apoyó su amañada reelección en el 2009 han desafiado continuamente al mundo desarrollando armas nucleares. Además, los líderes de Irán han amenazado con utilizarlas contra Israel, América, Inglaterra y nuestros aliados de Medio Oriente y Europa. Ahora, los seguidores de su gobierno maligno nos han golpeado. Me gustaría enviar un mensaje a todos aquellos árabes y musulmanes amantes de la paz con los que compartimos el mundo. Respetamos su fe, muchos de nuestros conciudadanos siguen las enseñanzas del Islam, pero el odio no puede tener lugar en el Islam, no más que en el cristianismo, el judaísmo, el budismo, o cualquier otra religión. El odio rara vez comienza siendo un hervidero. Al contrario, es algo que se cuece a fuego lento, algo que se enseña en las comunidades cuando éstas no pueden mantenerse juntas contra la opresión. Los radicales han alterado las enseñanzas de Mahoma. Lo que nosotros pedimos al mundo islámico moderado es que condenen las acciones de los elementos radicales de su cultura que han provocado los atroces sucesos del 8 de octubre, para dirigir su intolerancia hacia la libertad que tiene una sociedad abierta a todos, excepto hacia aquellos que te hacen vivir en el terror. Esta noche tenemos el honor de tener con nosotros al teniente Douglas Dvorak, del Departamento Aurora de la Policía. El teniente Dvorak salvó la vida de millones de personas cuando él personalmente detuvo a Jamal al-Yussuf, tan sólo minutos antes de que éste pudiera detonar el dispositivo nuclear. Comandante, como he dicho antes, es un honor tenerlo entre nosotros.

En este punto, las cámaras se giran para enfocar a un avergonzado Doug Dvorak, quien saluda desde su asiento junto a la Primera Dama y su hijo pequeño, Simos, mientras recibe una ovación de sesenta segundos.

—A todos los americanos, os pido que sigáis ayudando en todo lo posible a las víctimas de esta tragedia, tanto con vuestras contribuciones, como con vuestras oraciones.

También os pido paciencia a la hora de asumir las restricciones que van a empezar a tomar efecto. La ley marcial dejará de tener vigor dentro de poco, pero, mientras tanto, sufriremos los retrasos e inconveniencias que acompañan a un endurecimiento de la seguridad. Nuestra economía está reflatando después del 8 de octubre, y se fortalecerá de nuevo. Para tal efecto, tenemos el honor de tener con nosotros al rey Sultan bin Abdel Aziz de Arabia Saudí y a su hijo, el Príncipe Bandar. El rey ha acordado ayudar a este reflatamiento de nuestra economía reduciendo el

costo por barril de petróleo, al menos hasta que nos recobremos de los efectos del ataque del Día de la Hispanidad. Gracias, rey Sultan. Es un verdadero aliado, y un querido amigo.

El rey medio saluda al público que aplaude.

—Finalmente, a la nación que planeó y ejecutó la acción que provocó la muerte de dos millones de conciudadanos nuestros, les envío este decreto: Ciudadanos de Irán, vuestros autoproclamados líderes y mullahs os han descarriado, vuestro consentimiento ante su puño de hierro les ha dado el poder para conducirlos al camino oscuro, un camino que os llevará a vuestra propia destrucción. Alzaros contra vuestros opresores, o sufrid las consecuencias de sus acciones.

Al oír esto, la sala irrumpe en aplausos.

---

«¿Qué fue lo que se discutió en las reuniones del Grupo Energético durante el mandato Bush/Cheney en el 2001? ¿Por qué la documentación de esas reuniones todavía sigue sin estar disponible? ¿Era el precio máximo del petróleo un motivo de los ataques del 11-S?»

911Truth.org

«Durante la reunión secreta mantenida el año pasado por el consejero de Seguridad Nacional con más experiencia del gabinete Bush, uno de los temas tratados fue cómo reescribir las reglas de la Guerra Fría... otro de los asuntos a tratar fue el hacer llegar una advertencia mundial a todas las naciones del mundo: si un arma nuclear fuera detonada en territorio americano, se realizarían pruebas a los restos para rastrear su procedencia; y se haría "plenamente responsable" de las consecuencias de la explosión al país del que procedieran.»

David E. Sanger & Thom Shanker.

The New York Times,

8 de mayo de 2007.

«Tenemos un problema, que no es otro que el de hacer nuestro poder creíble, y Vietnam es el sitio donde conseguir este propósito.»

Presidente John F. Kennedy.

## Capítulo 47

### LA MAYORÍA DE LOS ESTADOUNIDENSES, A FAVOR DE UN ATAQUE NUCLEAR

Associated Press, 13 de Octubre de 2012.

Una reciente encuesta muestra que la mayoría de norteamericanos está a favor de realizar un ataque nuclear contra Irán en respuesta al ataque terrorista de Los Ángeles.

«Irán entrenó a esa gente, Irán envió las bombas, y, en lo que a mí respecta, Irán merece ser atacada con armas nucleares», dijo Lynn McDonald, una profesora de Houston, Texas. «Sé que hay gente inocente viviendo en Irán... familias enteras, pero como ciudadano no puedes quedarte sentado y ver que tu gobierno hace ese tipo de atrocidades.»

### IRÁN RESPONDERÁ CON MISILES SI ES ATACADA

New York Times, 14 de Octubre de 2012.

TEHERÁN - Como respuesta al discurso del Presidente Biden en el Capitolio, el presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad respondió amenazando con realizar un ataque con misiles nucleares sobre Israel y Arabia Saudí si resultaba atacado. «La gran nación del Islam no es responsable de la devastación de Los Ángeles. Si Estados Unidos cree que pueden inventar nuevas mentiras para justificar otra invasión como la que realizaron sobre Irak, entonces están cometiendo un gran error. A la primera señal de ataque, lanzaremos un misil Shahab sobre las ciudades sionistas, y también sobre la Zona Verde americana de Bagdad.»

El Primer Ministro israelí respondió a la amenaza iraní constatando que las Fuerzas de Defensa Israelíes han sido actualizadas hace dos años con sistemas de defensa balísticos Arrow 3, y afirmó que, al despegue del primer misil nuclear iraní, tuviera éste éxito o no, responderían «significativamente».

Con el nombre clave HOMA, el Arrow 3 tiene dos baterías desplegadas, una cerca de Tel Aviv y una al sur de Haifa. El sistema de misiles anti-misiles ha completado con éxito dieciséis pruebas de interceptación. Se cree que las fuerzas iraníes están en posesión de una docena de misiles nucleares, mientras que el arsenal nuclear de Israel supera las doscientas cabezas.

### BASE AÉREA DE AL UDEID



Qatar

17 de octubre de 2012

La base aérea de Al Udeid, en Qatar, es el cuartel general más avanzado del Centro de Mando Estadounidense (CENTCOM). Es el grupo de Mando Unificado Combatiente responsable de realizar los posibles despliegues tácticos de fuerzas militares estadounidenses en el Medio Oriente, África oriental y Asia central.

El comandante del CENTCOM, el general Mike Tristano, empezó su carrera militar en las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos. A diferencia del presidente y el secretario de Defensa, este general curtido en mil batallas piensa que los planes de invasión de Irán son demasiados ambiciosos, especialmente teniendo en cuenta que sus tropas están ya de por sí demasiado ocupadas. Sabe que la opción de un ataque nuclear sobre Irán está sobre la mesa, pero es un plan de ataque que todavía está por estudiarse.

Tristano entra en la sala de guerra y se une a su Jefe de Mando, el capitán general Ben Serviss. El vicealmirante Brandon Herbert supervisa las operaciones del Golfo Pérsico, junto con la general Cynthia J. Zizzi, directora de operaciones terrestres y la oficial al mando femenina de mayor rango de las fuerzas armadas.

Un detallado mapa del Medio Oriente llena la pared principal de la sala. Presidiendo la mesa de conferencias, que es el centro de la habitación, hay una pantalla transparente digital de dos metros y medio de alto que ofrece información a tiempo real de la posición de las unidades amigas y hostiles, las de apoyo aéreo, las condiciones atmosféricas y la localización del superportaaviones USS Ronald Reagan y su grupo de batalla, el cual ahora se dirige hacia el noroeste por todo el Golfo Pérsico.

El general ocupa su sitio en el extremo de la mesa.

—¿Tenemos una lista actualizada de objetivos?

—Sí, señor.

La general Zizzi teclea en su portátil y seguidamente aparece una lista de objetivos, dispuestos por categorías, sobre el mapa computerizado.

El general Tristano se quita la gorra y se masajea el cuello, donde se acumula toda su tensión.

—Estamos atascados, señores. El secretario de Defensa aún no ha informado de nuestra presencia, y, la verdad, eso me está crispando los nervios. Ataque aéreo... ataque nuclear... nadie dice nada, pero venimos arrastrando esta operación desde el 2003, y ahora la Casa Blanca salta sobre ella sin pensar antes lo que está haciendo.

—Kendle ha servido en Irak. Él sabe de sobra que no tenemos suficiente personal para ocupar otra nación de forma hostil.

El vicealmirante Herbert interviene.

—Esto producirá muertes a escala masiva, hagamos lo que hagamos. Incluso si

no realizamos el ataque nuclear, bombardear un reactor nuclear con armas convencionales es todavía una acción muy peligrosa. General Zizzi, usted viene de Los Álamos. ¿Qué dicen los empollones?

—Están de acuerdo en lo que respecta al ataque nuclear, incluso un ataque con Tomahawks sobre una instalación nuclear crearía una nube radioactiva parecida a la de Chernobyl. El Océano Indico está aún en su temporada del monzón. Incluso una pequeña tormenta llevaría la lluvia radioactiva a todas las ciudades de la costa sudeste. Calcuta, Rangún, Dhaka, Mumbai, Chennai... todas quedarían expuestas a la radioactividad, con un alto índice de humedad ambiental para empeorar aún más las cosas.

Obviamente, las cosas empeorarían si Kendle persuadiera a Biden de realizar un ataque táctico nuclear contra Teherán. La lluvia radioactiva podría afectar tanto a la India como a Pakistán, incluso podría moverse hasta China, Rusia, y el lado más oriental de Japón. El gobierno de Musharraf está ya metido en problemas con Pakistán. Un ataque nuclear certificaría su muerte política, y quedaría reemplazado casi con toda probabilidad por un gobierno de islamistas radicales. Eso provocaría una respuesta militar de la India. También estamos sopesando un ataque de represalia por parte del comandante Shia desde Irak, una vez comience la invasión.

—General Serviss, ¿qué nivel de eficiencia nos da Inteligencia respecto a la marcación como objetivos de los silos de misiles iraníes?

—En esta coyuntura, confían en una efectividad de un setenta y cinco por ciento. El Shebab-III tiene un alcance máximo de mil doscientos kilómetros. Si intentan realizar un lanzamiento, sus objetivos más probables son la base de Camp Doha en Kuwait y la base aérea de Al Seeb en Omán, cualquiera de los objetivos disponibles de Arabia Saudí y las ciudades israelíes de Tel Aviv, Eilat, Haifa, Beersheba y el complejo nuclear de Dimona. Los israelíes tienen el sistema defensivo ARROW, pero los otros objetivos seguirán expuestos al ataque. Oh... por supuesto, están nuestras propias instalaciones en Qatar.

—¿Y los chinos?

—Creo que deberíamos esperar algún tipo de respuesta. Irán y China son los segundos importadores de petróleo del Medio Oriente. También usan la terminal iraní para exportar el gas natural desde Turkmenistán. Una invasión a gran escala significaría también el fin de la OTAN.

—Malditos políticos, que se pudran todos en el infierno —dice el general Tristano, comprobando que son las 8:12 p.m.—.Tengo una reunión con el secretario de Defensa Kendle dentro de veintiuna horas. Reanudaremos la sesión entonces.

El Jefe de Mando del CENTCOM sale de la sala.

El general Tristano agarra del brazo al almirante, con la intención de que no abandone la sala todavía.

—¿Qué es lo que ha oído? Y no me venga con idioteces, Brandon, ya hemos llegado demasiado lejos.

—He hablado con Fisher, el capitán del Ronald Reagan. Esta mañana ha llegado un barco de suministros con una entrega, órdenes directas de Kendle.

—¿Qué tipo de entrega?

## GOLFO PÉRSICO

17 de octubre de 2012

10:28 P.M. Hora local

El portaaviones de los Estados Unidos Ronald Reagan (CVN-76) avanza a través del Golfo Pérsico a una velocidad constante de cincuenta nudos. De trescientos metros de eslora y noventa y siete mil toneladas de peso, la fortaleza de acero flotante se alza por encima de veinte plantas sobre el nivel del mar. Su presencia gigantesca sobre el horizonte árabe presagia la muerte.

Escortando al portaaviones hay dieciséis barcos de combate, diez naves de apoyo y dos submarinos clase Los Ángeles. Dos destructores clase Ticonderoga de ciento cincuenta metros flanquean al portaaviones, cada uno equipado con un Sistema Defensivo Aéreo de Gran Altitud Aegis, un sistema de combate muy sofisticado diseñado para proteger al portaaviones de cualquier tipo de ataque. Los dos Ticonderogas también están equipados con misiles crucero tipo Tomahawk, proyectiles de larga distancia capaces de destruir objetivos a más de mil seiscientos kilómetros de distancia.

El capitán Scott James Fisher, oficial al mando del portaaviones, ha pasado la mayor parte de las últimas veinticuatro horas en el Centro de Información de Combate (CIC), el centro neurálgico de la nave.

Dentro de esta oscura sala repleta de aires acondicionados, docenas de técnicos centran su atención en las pantallas de los ordenadores tácticos, monitorizando la posición del grupo de combate del portaaviones, las zonas defensivas colindantes... y las emisiones electromagnéticas que emanan de las fuerzas enemigas de la zona.

El capitán parece una roca desde fuera, pero sus pensamientos están con su familia, en casa, con sus padres, sus hermanas, los vecinos de Ventura, California... todos desaparecidos.

El comandante Tony Ordoñez, el primer oficial de Fisher se abre camino hasta la sala de ordenadores con órdenes selladas. Al llegar, le pasa el mensaje al capitán.

Fisher mira la nota.

—Convoque a los oficiales.

Diez minutos después, el capitán se reúne con los oficiales del barco en una pequeña sala de reuniones adyacente al CIC. La lista de objetivos de la tarde está

dividida geográficamente.

—Allá vamos. La primera oleada de disparos saldrá a las 0-300. La segunda, seis horas después. ¿Preguntas?

—Capitán, ¿la segunda oleada de disparos lleva... una carga nuclear?

El comandante Ordoñez ha hecho la pregunta que todo el mundo quiere saber.

Fisher duda.

—Oficialmente, la decisión todavía está siendo meditada por los burócratas que parlotean en la ONU, pero mis fuentes me han dicho que un ataque nuclear contra Teherán se ha descartado completamente. Las repercusiones de la lluvia radioactiva son demasiado arriesgadas.

Fisher mira las caras de sus oficiales.

—Vamos a utilizar armas químicas, gas nervioso VX. Los rebeldes que capturaron la refinería saudí lo probarán de primera mano a las 0-300.

Los oficiales asienten. Todo el mundo nota cómo la adrenalina recorre sus venas a toda velocidad.

Fisher agacha la cabeza.

—Lo que pasó en Los Ángeles, lo que casi ocurrió en Chicago, nos afectó a todos. A nadie le gusta la guerra, caballeros, pero cuando a uno lo atacan, cuando se derrama sangre en tu patria...

El capitán mira a sus hombres, las lágrimas se mezclan con el odio de sus ojos.

—Esta noche les daremos una lección. La venganza es un plato que se sirve frío.

## REFINERÍA DE PETRÓLEO ABQAIQ

Arabia Saudí

1:07 A.M. Hora local

Durante semanas, la Guardia Nacional Saudí ha tomado posiciones fuera de los portones fortificados de la refinería

Abqaiq y se ha enfrentado contra un pelotón muy bien armado de rebeldes Ashraf. No se ha disparado un solo tiro, ya que el hecho de que la refinería esté repleta de explosivos colocados por los rebeldes ha dejado la situación en un punto muerto.

Dentro del campo, los carros de combate Bradley y los tanques Abrams, robados del arsenal personal de la Casa de Saud, hacen guardia alrededor del perímetro de la verja, los edificios de la administración y los dormitorios. La revolución, que en su momento tuvo sus apoyos, los ha ido perdiendo desde el ataque nuclear a Los Ángeles, un suceso que hizo que la Casa de Saud tildara a los rebeldes de Ashraf como otra organización terrorista.

\* \* \*

Un movimiento reflejo saca a Ace de un sueño sin descanso. Durante lo que parece una eternidad, mira a su alrededor, hasta que reconoce la enfermería.

Han pasado nueve días desde que Ace, Scott Santa y la mujer saudí escaparon de la prisión de Inakesh. Se dirigieron a toda velocidad hacia el este, por la autopista de Riad, antes de parar en una estación de servicio para cambiar de vehículo. Santa le hizo el puente a un coche mientras Ace vigilaba a Nahir.

Por la noche habían llegado a las inmediaciones de la refinería de petróleo.

Los hombres de Ramzi interrogaron a Nahir. Santa estaba en lo cierto, ella había estado mintiendo. Años atrás había sido arrestada por oficiales Saudíes debido a su implicación en el anillo de contrabando de vodka, ya que el alcohol estaba prohibido en el reino saudí. Sus cicatrices eran por la pena de azotamiento público a la que la condenaron. Su padre, el general Abdul Aziz, el director de Inakesh, había conseguido conmutar su sentencia de cárcel a cambio de que trabajara en prisión. Formaban un equipo bastante efectivo, Ali Shams, el torturador sádico, y la bella y compasiva Nahir Abdul Aziz, que ofrecía su hombro al prisionero para que pudiera confesar sus pecados. Incluso lo de aquel viernes de ejecución había sido una farsa para hacerse con la confianza de Ace.

Luego la encerraron bajo llave.

Día a día, las peores heridas físicas de Ace se fueron sanando. Ahora era capaz de comer alimentos sólidos, y la medicación intravenosa había eliminado casi por completo la infección y la fiebre que había desarrollado después de que le arrancaran tres de sus uñas.

Lo que más estaba tardando en sanar eran sus heridas emocionales. Su mente era incapaz de escapar de los horrores de los dos últimos meses.

Rara es la vez que duerme más de unas pocas horas seguidas. Los momentos más profundos de sueño sin haber entrado en estado rem le conducen a horribles terrores nocturnos que hacen que se despierte gritando.

Además del desajuste mental estaban las escenas de devastación que estaban siendo emitidas desde Los Ángeles, junto al sobrecogedor pensamiento de que sus hijos podrían haber perecido si la segunda bomba de Chicago no hubiera sido desactivada. A pesar de sus esfuerzos, a pesar de la tortura, tenía que resistir. Los peores temores de su esposa se estaban haciendo realidad. América estaba bajo asedio, y los neoconservadores una vez más estaban manejando las cuerdas de la política exterior de los Estados Unidos. Iban a atacar Irán de manera inminente, y la rebelión Ashraf casi había terminado.

Mira el reloj para comprobar la hora. 1:22 a.m. Incapaz de dormir, se pone las botas color caqui que los rebeldes le habían dado, la chaqueta a juego, y sale al exterior.

La Luna está plena, en lo alto, sobre el desierto. Su luminiscencia proyecta una tenebrosa luz sobre los vehículos blindados del campo. Tarda un buen rato en darse cuenta de una cosa.

¡La Guardia Nacional Saudí se ha ido!

\* \* \*

Ace localiza a Ramzi Karim en el sótano de uno de los edificios de administración. El líder Ashraf está junto a sus comandantes, discutiendo el porqué de la retirada de las fuerzas saudíes. Scott Santa está allí también. El agente de la CIA no para de fumar y escuchar. Un parche cubre su cuenca ocular izquierda, ahora vacía.

—La retirada de la Guardia Nacional sólo puede significar una cosa. Los americanos atacarán esta noche —dice Ramzi, resumiendo lo hablado para poner al día a Ace—. Tenemos que estar preparados.

—No creo que bombardeen el campo —dice uno de los rebeldes más jóvenes—. Los americanos no pueden permitirse el perder la refinería.

—Puede que no usen explosivos, Khaled, pero nos atacarán con armas químicas o biológicas. Aún hay miles de familias, y hablo de mujeres y niños también, en los dormitorios de Abqaiq. Si nos quedamos en el campo, nos barrerán.

—Tenemos una docena de trajes protectores —recordó uno de los generales—. Si se lo damos a mi escuadrón, podremos mantener el perímetro de los portones. El resto, dirigios en éxodo hacia el desierto.

Ramzi asiente.

—Khaled, organiza la evacuación. Debéis marchar antes del amanecer. Yo me quedaré junto al general.

—Esperad —dice Ace, interrumpiendo de repente al grupo—. Quizá podáis sobrevivir a este ataque, pero eso no cambiará nada. Estáis quedándoos sin provisiones, y la Casa de Saud obviamente hizo un trato con Biden. ¿Cuánto creéis que podréis resistir?

—Cuanto más aguantemos, más fuertes seremos ante los ojos de nuestro pueblo. Las rebeliones tan sólo tienen éxito cuando la voluntad del pueblo se alza sobre la de uno. Una vez estuvimos cerca. El ataque americano puede que sirva para ganar apoyos.

—Los mártires no encabezan rebeliones, Ramzi. Si quieres recuperar tu país, tienes que hacerlo ahora, exponiendo la verdad de los ataques a Los Ángeles. Tenemos que unir los puntos para los medios. Incriminar a los neoconservadores, darle al pueblo americano lo que necesita para empezar su propia rebelión.

—Ace, sus mentiras son mucho más poderosas que cualquier evidencia que nosotros podamos demostrar. Esa gente no juega con nuestras mismas reglas, harán lo

que sea por mantenerse en el poder.

«Harán cualquier cosa por mantenerse en el poder.»

Una semilla de idea germina. Ace cierra los ojos, mientras su mente lucha por encender sus recuerdos más distantes.

«Cualquier cosa por mantenerse en el poder... ¿Dónde he escuchado eso antes? ¡Jennifer! Aquel día... ¡En el apartamento!»

«El 11-S fue la mayor cagada del servicio de Inteligencia de toda la historia. ¿Cómo es que no rodó ninguna cabeza? Mi amigo está muerto porque mucha gente la pifió, y ahora mi esposa está muerta por lo que sabía, y ahora todo resulta que es porque la gente en el poder hará cualquier cosa por mantenerse ahí. ¿Sabes cómo ganan los neoconservadores, Ace? Empiezan con un mensaje, una mentira que puedan vender. El mensaje hace que los candidatos sean elegidos. No la verdad, no la política, ni los currículums, ni las medallas ni las guerras, tan sólo... el mensaje.»

—Ramzi, no necesitas pruebas, tan sólo tenemos que enviar el mensaje correcto. El asesinato de Kelli, el rastro del dinero, los enlaces del material nuclear con Irán, y el ataque... ponédme en contacto con los medios, y yo se lo contaré todo.

—Eso no detendrá la invasión.

—No, pero obligará a los medios americanos a exponer el caso. Lanzará la duda sobre a quién echarle la culpa. Después del 11-S, todo el mundo cuestionaba a Bush, y aquellos que alzaron sus voces fueron públicamente vilipendiados, señalados como traidores, pero si sacamos ahora las mentiras a la luz, utilizando lo que ya hemos difundido en Internet...

Ramzi mira a sus comandantes.

—¿Dónde están los periodistas?

—Se han ido, la Guardia Nacional les obligó a abandonar la zona.

—Creo que sé una manera de traerlos de vuelta.

---

«Se había programado un simulacro de emergencia a las 9:00 a.m. del 11-S en el que se simularía el accidente de un pequeño jet corporativo contra un edificio del gobierno. El ejercicio se iba a efectuar en Chantilly, Virginia, a tan sólo 8 kilómetros del Aeropuerto Internacional Dulles, en Washington, el mismo aeropuerto del que despegó el vuelo 77, y a 50 kilómetros del Pentágono. Dicho simulacro iba a tener lugar en las Oficinas de Reconocimiento Nacional (ORN), y sus empleados fueron reemplazados por personal de la CIA y militares. Durante el simulacro, el jet fingiría problemas mecánicos y se estrellaría contra una de las cuatro torres de la ORN. Con el fin de simular el daño producido por el choque, algunas escaleras y puertas serían cerradas, lo que obligaría a los empleados de la ORN a encontrar otras vías de evacuación del edificio. Sin embargo, de acuerdo con lo que afirmó el portavoz de la

agencia, "Tan pronto como comenzaron los acontecimientos reales, se canceló el ejercicio". Después de los ataques al WTC, la mayor parte de los 3000 empleados de la agencia fueron enviados a casa.»

Associated Press, 21 de agosto de 2002.

«Siempre habrá voces disidentes, voces que expresen su oposición sin ofrecer alternativas, que siempre encuentren faltas y nunca ofrezcan favores, que vean la desesperanza en todas partes y busquen la influencia, sin asumir responsabilidad.»

Presidente John F. Kennedy.

Discurso para Dallas, Texas,

22 de noviembre de 1963

(nunca expuesto).



# Capítulo 48

SMOKEY HILLS, KANSAS

6:32 A.M. MST

El helicóptero del sheriff desciende formando un pequeño tornado de polvo y aterriza junto al camping. El sheriff Caleb Kennedy-Smith deja que el polvo se asiente antes de salir del vehículo para encontrarse con las dos parejas reunidas en la base de una enorme roca de caliza.

La rejilla del parachoques del Honda Accord está incrustada profundamente en la roca. El sheriff mira dentro del coche, a los restos corruptos de Elliot Green. Sonríe.

—De acuerdo, ¿quién hizo la llamada?

Uno de los hombres, un ciclista vestido con todo el equipo, levanta la mano.

—Mi esposa y yo estábamos dando una vuelta cuando vimos el coche. Le dije que no tocara nada, pero puede que haya dejado una huella o dos en la puerta.

—De acuerdo, señor, por favor, espere en el camping, les tomaré declaración en un minuto.

Seguidamente, el Sheriff habla por su radio.

—Base, aquí 902. Estoy en Smokey Hills, aproximadamente a doce kilómetros al norte de Jayhawk Road. Tenemos un cadáver. Un hombre caucásico, rondará los cuarenta. Tiene múltiples impactos de bala. Voy a necesitar al FBI.

A BORDO DEL RONALD REAGAN

Golfo Pérsico

1:38 A.M. Hora local

El capitán Fiches está en la armería. La armería es una sala de alta seguridad situada en las entrañas del portaaviones. Tal y como ordenó el secretario de Defensa, el oficial al mando debería elegir un puñado de hombres que se encargaran de montar y cargar la docena de bombas químicas especialmente diseñadas. Una vez acabado el trabajo, los proyectiles deberían ser cargados en el montacargas de la fragata adjudicado a la oleada programada para bombardear la refinería Abqaiq, donde se encontraban los rebeldes extremistas.

Un centenar más de armas de destrucción masiva están alineadas en la armería, listas para ser lanzadas sobre otro objetivo... La población de Irán.

REFINERÍA DE PETRÓLEO ABQAIQ

1:43 A.M. Hora local

La explosión crea una onda expansiva que atraviesa el campo petrolífero, tornando la noche en día, en una terrible detonación que puede ser vista a kilómetros de distancia. Las detonaciones secundarias que le siguen son como piezas de dominó. Los depósitos de gas natural líquido prenden fuego, lanzando hongos ígneos hacia el firmamento.

Seis hombres, vestidos con trajes de protección, miran los fuegos artificiales desde uno de los hoyos del campo de golf que hay en el extremo del complejo. Ramzi se quita la parte superior del traje para hablar con Ace.

—Se puede sentir el calor incluso a esta distancia. Imagina qué pasaría si detonáramos la refinería entera.

—Con esto bastará por ahora. Y esa llamada, ¿qué tal va?

Ramzi busca en uno de sus bolsillos superiores y le pasa a Ace su teléfono móvil.

—Recuerda que la NSA está escuchando. Tienes tres minutos antes de que intercepten la llamada.

Ace marca un número internacional.

\* \* \*

—¿Hola?

—¿Jen?

Jennifer Wiener casi se sale de la carretera al oír la voz.

—¡Ace! ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—En Arabia Saudí, en la refinería Abqaiq. Jen, escúchame atentamente. ¿Dónde está Mulligan?

—Está reunido con los miembros del Congreso. Cheney lleva todo el día apareciendo en la televisión, exigiéndole a Biden que barra Teherán, y con ella a los mullahs responsables del atentado en Los Ángeles. Todavía no se ha tomado una decisión.

—¿Qué hora es ahí?

—Casi las nueve.

—Contacta con Mulligan. Dile que convoque una rueda de prensa para las diez de la noche. Dile que voy a dar un mensaje en directo dentro de una hora para presentar pruebas incriminatorias contra los neoconservadores, pruebas que los involucran en el ataque sufrido en Los Ángeles. Luego llama a nuestro hombre en Atlantic City. ¿Hola? ¿Jen? ¿Hola?

La comunicación está perdida.

A BORDO DEL RONALD REAGAN

Golfo Pérsico

2:54 A.M. Hora local

Una vez finalizada la exposición de la misión, los equipos de pilotos salen de las instalaciones de su escuadrón y se unen al caos controlado que es la rampa de lanzamiento de dieciséis mil metros cuadrados.

La teniente Rudi Anger sube al interior de su F-35C Joint Strike Fighter (JSF), una carísima máquina de matar de 28 millones de dólares, diseñada con la aviónica más avanzada, al igual que sus sistemas de propulsión y armamento. La cabina de vista panorámica tiene una matriz de cristal líquido, todo enlazado informática y electrónicamente con el casco de la teniente.

Mientras la piloto estudia su lista de objetivos, los encargados de cargar el armamento montan una docena de bombas binarias especiales en las dos secciones paralelas localizadas frente al tren de aterrizaje. Un mecánico le indica al piloto que puede encender los motores. La cabina está herméticamente cerrada. La piloto hace una última inspección general. Las señales manuales avisan al equipo de pista de que el avión ha encendido propulsores mientras el controlador de pista hace la señal que indica que «Todo está listo».

Segundos después, el JSF despeg verticalmente hacia la noche. A ciento cincuenta metros de altura, los propulsores auxiliares se encienden, impulsando a la máquina de guerra hacia el oeste, directa a Arabia Saudí.

## REFINERÍA DE PETRÓLEO ABQAIQ

2:57 A.M. Hora local

El equipo de la CNN es el primero en llegar.

La reportera Rebecca St.Croix está realizando su primer trabajo en el Medio Oriente. Su cámara, Larry Kelly, actúa como director mientras su hermano pequeño, Sean, hace las veces de técnico de sonido. Mientras Larry graba el escenario, las puertas del campo petrolífero se abren y son recibidos por Ramzi Karim, todavía vestido con su traje de protección.

—Mi nombre es Ramzi Karim. Soy un ex miembro de la CIA y uno de los líderes de Ashraf. Tenemos con nosotros a un ciudadano norteamericano que tiene pruebas que demuestran que una facción neoconservadora está implicada en los atentados de Los Ángeles y Chicago.

Los ojos gris-azulados de Rebecca se abren de par en par.

—¿Dónde está? ¿Nos dejará entrevistarle?

—Sí, pero tendrá que ser una entrevista en directo. ¿Podrá realizarla?

Antes de que pueda responder, Larry Kelly está realizando una llamada.

\* \* \*

Ace, vestido también con un traje de protección, entra en el sótano del edificio de la administración donde Nahir Abdul-Aziz está cautiva, encerrada en una sala de reuniones. Abre la puerta y entra en la sala.

La mujer está sentada en una silla de oficina. Su burka ha sido sustituido por un uniforme naranja de trabajador. Su pelo largo está recogido sobre su espalda. Los ojos verde-almendrados suavizan la mirada cuando ven quién es el que entra en la habitación.

—Ashley... ¿Estás aquí para matarme?

—No.

—Entiende que no había nada que yo pudiera hacer. Las mujeres saudíes no tienen ningún poder ni elección. Las que estamos marcadas como yo no somos más que escoria.

—Entiendo.

—Inakesh es un lugar terrible. Yo también era una prisionera allí... yo...

—He dicho que lo entiendo. Nahir, por la razón que fuera, tú fuiste la que me mantuvo vivo, la que curó mis heridas. En medio de aquella locura, tú eras mi única esperanza. Durante un tiempo, una parte de mí... bueno...

—¿Te enamoraste?

—No lo sé, puede.

—Era parte de la farsa, Ashley. Créeme, no soy digna de tu amor.

—La gente puede cambiar.

—No estoy tan segura.

—Si eso es cierto, entonces nuestra civilización ya ha llegado a su fin —dice, pasándole la llave de la puerta—. He venido para liberarte. Ashraf está abandonando el campo. Hay aviones americanos en camino. Puedes seguir a los otros hacia el desierto, y luego, todo dependerá de lo que hagas.

—¿Y tú?

—Yo me voy a quedar. Voy a reunirme con dos periodistas para intentar detener un holocausto nuclear.

—Si te parece bien, me quedaré contigo —dice ella, apretándole la mano.

Scott Santa entra en la habitación. También lleva un traje de protección.

—¿Conspirando con el enemigo?

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar contigo, a solas.

Ace asiente con la cabeza a Nahir, y ésta abandona la habitación.

—Piensa en lo que vas a hacer, Futrell. Piensa en las repercusiones.

—Ya lo he hecho.

—No, no creo.

Santa le da la vuelta a la mesa de reuniones, con su único ojo enrojecido de furia y moviéndose de manera nerviosa.

—Estás a punto de anunciar al mundo que varios miembros de un partido político conservador planearon la masacre de Los Ángeles para el Día de la Hispanidad con el fin de bombardear Irán.

—El mundo necesita saber la verdad.

—¿La verdad? ¡Tú no tienes ni idea de cuál es la verdad! ¿Entiendes tan siquiera sobre lo que va este conflicto?

—Sobre el petróleo.

—El petróleo no es más que un subproducto. Hay dos ideologías diferentes. Una es una sociedad abierta en la que se disfruta de libertad y comercio, y la otra es una sociedad cerrada, dominada por fanáticos religiosos que matan indiscriminadamente con el fin de controlar a su propia población. Esa gente vive y muere, Futrell. Han sido instruidos para odiar desde que nacen. Es todo lo que saben. No puedes razonar con terroristas que han sido convencidos de que hacer volar a inocentes por los aires es el modo de conseguir su billete al paraíso.

Santa para de hablar durante unos instantes.

—Escucha.

Ace oye a lo lejos un sonido retumbante, bombas explotando en la distancia.

—Ya ha empezado. Esta noche le cortaremos la cabeza al «islamofascismo». Suelta tu pequeño discurso y deshonrarás la muerte de aquellos americanos que sacrificaron su vida con tal de conducirnos a un bien mayor.

—El fin no justifica los medios. ¿Qué tipo de democracia da a su presidente y consejeros un poder absoluto sobre la población, porque ellos por sí mismos hayan decidido que es el mejor curso de acción?

—Esto no tiene nada que ver con la democracia, sino con la guerra... la guerra contra el terror.

—¡No existe tal guerra contra el terror! Los lunáticos del PNSA soñaban con la posibilidad de que hacerse con el Medio Oriente y así perpetuar su régimen militar. Ahí fuera hay inocentes, familias que no tienen ningún interés en saber cuáles son nuestras reglas de conflicto, o la idea que tú tienes de la democracia. Simplemente quieren vivir sus vidas en paz. Son los moderados que quieren una existencia civilizada, pero son las acciones de nuestro imperio las que los empujan a aceptar el radicalismo islámico. Obama tenía razón. Ganarte su corazón es la llave para acabar con el radicalismo. Deberíamos estar apoyando sus esfuerzos, y no masacrándolos.

—En la guerra, a veces mueren inocentes, pero lo que la historia recuerda es la causa.

—¿Qué causa? ¿El capitalismo? ¿Ésa es tu justificación para la muerte de millones?

Santa niega con su cabeza.

—No sabes nada de la situación actual del mundo. Millones mueren cada año. Nosotros, simplemente, ignoramos los titulares. Mueren a causa de la guerra, de los abusos, del hambre y de la enfermedad. Los americanos ignoramos sus súplicas, y lo dejamos como otra causa global de la que se deben encargar los famosos. Mis ancestros eran de Rusia, de la época de los zares. No tienes ni idea de lo que es vivir bajo un régimen opresivo. He servido en La Compañía, la CIA, desde que tenía veintiséis años. Lo que tú llamas asesinato, yo lo llamo liberación de sociedades, y eso es lo que vamos a hacer esta noche. Sí, el coste será alto, pero si no hacemos nada, el coste se multiplicará por cien. ¡Piénsalo! Un mundo lleno de regímenes opresores. Radicales islámicos que no dudan ni un solo momento en llevarse por delante a todos los occidentales que puedan. ¿Qué es lo que pasará cuando un chalado como Ahmadinejad o sus secuaces de Hezbolá lancen una WMD, no un maletín de diez kilotones, sino una verdadera cabeza nuclear de cincuenta kilotones? Puede que acaben de una sola vez con Israel. ¡Puede que borren del mapa la isla de Manhattan! ¿Qué es lo que dirás entonces?

Ace se abre las primeras sujeciones de su traje.

—Estoy de acuerdo en el hecho de que hay una verdadera amenaza, pero con la manera de actuar actual únicamente estamos empeorando las cosas. Invadiendo Irak, obligamos a los musulmanes moderados a elegir, en lugar de pedirles que nos ayuden a aislar a los extremistas. Las acciones de hoy marcarán el comienzo oficial de una guerra santa que tan sólo acabará con la destrucción de nuestra civilización. La violencia nunca detiene verdaderamente a la violencia. Tan sólo la paz puede hacer eso.

Santa lanza un bufido ante ese comentario.

—¿Paz? La paz es una ilusión. Esto es el bien contra el mal, blanco sobre negro, y aquellos de nosotros que vemos el mundo tal y como es no nos podemos permitir el perdernos dentro de las grises sombras liberales.

Ace mira por encima del hombro de Santa y luego vuelve a mirar al único ojo fijo y frío del hombre.

—Antes de que fuera asesinada, mi mujer me dijo que los neoconservadores habían dispuesto un plan en el que se realizaría un atentado nuclear, para luego culpar a los iraníes. El atentado de Los Ángeles es simplemente un ataque de falsa bandera, al igual que el 11-S.

—Los ataques de falsa bandera indican la implicación del algún gobierno. Lo que tú llamas neoconservadores son los que hacen que el mundo se mueva, los que deciden controlar los sucesos antes de que ellos nos controlen a nosotros. El primer Bush accedió a desmilitarizar a Saddam, pero al final no quiso terminar el trabajo. Clinton también se negó a hacerlo. Después de eso, dejamos de preguntar. Si quieres

hacer una tortilla, tienes que partir algunos huevos. El 11 de septiembre fue diseñado para cambiar las reglas. El ataque del Día de la Hispanidad, sin embargo, se ideó para acabar con la amenaza nuclear que es Irán. Sin el apoyo estatal, el fanatismo islámico terminará por desaparecer.

—¿Y la Casa de Saud?

—En su momento

—Te olvidas de Venezuela

El ojo del ruso-americano se abre, esgrimiendo una agria sonrisa.

—El petróleo es el catalizador, una razón para la acción. La nación de Chávez será etiquetada como el eje de la guerra contra la droga. A él también van a tener que terminar controlándolo.

—¿Quieres decir como a los caciques de la droga que la CIA controla en Afganistán? Mira, el problema de tus teorías es que, intentando controlar al monstruo, te conviertes en uno. Convencido de que el fin justifica los medios, vendes drogas en Nueva Orleans para financiar a los Contras, asesinas a los líderes de naciones extranjeras, cambiando un régimen de opresión por otro, sin dudar ni un momento el dejar de hacer tratos con el diablo. Pues bueno, ¿sabes qué? Te has convertido en un demonio. Tú y tus compañeros hipócritas a los que no les importa un carajo la democracia. La única causa que comprendéis es el dinero. El dinero y el poder.

Santa saca una pistola de 9mm semiautomática del interior de su traje.

—Tu mujer una vez compartió los mismos ideales que el PNSA, ¿lo sabías? Fue el cáncer lo que cambió su modo de ver las cosas. La hizo débil, un sufrido corazón liberal. Me encantó poder acabar con sus miserias.

El agente apunta a Ace a la cabeza, y en una décima de segundo, su ojo bueno explota en un estallido de sangre y hueso, cuando una bala le destroza la parte de atrás del cráneo.

Ace se gira y ve a Ramzi, que sostiene un arma, humeante todavía. Está fuera de la sala de reuniones. Nahir y el equipo de la CNN están con él, también con trajes de protección.

—Vaya, Nazir, ¿no crees que eso ha estado un poco cerca?

—Su charlatanería hubiera estropeado la entrevista —dice, recargando el arma.

El cámara de la CNN sigue grabando, mientras el técnico de sonido le pone un micrófono a la mujer, la cual está aún en estado de shock. Finalmente, recupera la compostura.

—Señor Futrell, soy Rebecca St.Croix, de la CNN. ¿Podría decirnos quién era ese hombre?

Ace toma aliento, intentando controlarse.

—Su nombre era Scott Santa, un asesino entrenado por la CIA que asesinó a mi mujer, Kelli Doyle, ex consejera de seguridad de la administración Bush. Los dos

estuvieron involucrados en la creación de un plan en el que unos terroristas podrían realizar un ataque nuclear sobre una ciudad americana, para así tener una excusa para desarmar a Irán. Mi esposa recopiló información sobre todo este plan. Hemos estado mandando pruebas de todo a través de Internet a los medios de comunicación de más repercusión. Biden tiene que dejar de escuchar a los neoconservadores de su gabinete antes de que esos lunáticos le convenzan para que inicie la Tercera Guerra Mundial.

\* \* \*

El caza Joint Strike atraviesa el desierto a toda velocidad en dirección a una estructura que está en llamas, en la distancia. El sistema electromagnético de localización de blancos del avión configura los distintos blancos mientras una portezuela se abre en la panza del aparato, eyectando su carga mortífera.

Ace, Nahir, Ramzi y el equipo de la CNN miran hacia arriba instintivamente cuando las bombas explotan a cien metros sobre la refinería, bañando aquella pequeña ciudad con gas nervioso VX.

Extracto del libro:  
Al borde del Infierno:  
Una disculpa a los supervivientes  
por Kelli Doyle,  
Consejera de Seguridad  
Nacional de la Casa Blanca  
(2002-2008)

La solución de los neoconservadores de desarmar una Irán nuclear se entremezcla con otra preocupación global que ha aparecido rápidamente en el horizonte... el fin del petróleo.

En lo que se refiere al ecosistema humano, la energía lo es todo. Las sociedades, en última instancia, tendrán éxito, o fracasarán, basándose en su habilidad para procesar la energía. El hecho de que la explosión demográfica del planeta coincidiera con la revolución industrial no es una simple coincidencia. Ambas cosas están intrínsecamente unidas, y fueron el resultado del impacto de los combustibles fósiles... concretamente, del petróleo.

Una rápida pero vital lección: son el petróleo y sus subproductos los que permiten que las máquinas realicen tareas que antiguamente eran realizadas valiéndose del poder muscular de los humanos o los animales. Hace un siglo, los caballos y los humanos tenían que vivir de las cosechas que sembraban, y la capacidad de la tierra que trabajaban era bastante limitada. Fue el advenimiento de los vehículos



alimentados por gasolina, y su introducción en la agricultura, lo que de repente permitió a la industria arar, plantar y cosechar cantidades ingentes de tierra de un modo rápido y económico, haciendo posible que un dos por ciento de nuestra población alimentara a todo un país... y permitiendo así que la civilización se expandiera.

Las granjas industrializadas dependen del petróleo. Se usa en los abonos y en pesticidas, y el diesel permite la producción agrícola a gran escala. Sin gasolina, los productos no podrían ser transportados en camión hasta los puntos de recogida y procesado centrales, y los perecederos no podrían ser distribuidos hasta las ciudades de áreas lejanas. Sin petróleo, no podríamos poblar amplias regiones de nuestro propio país. Imagínate viviendo en un estado desértico como Arizona, o Nuevo México, o en las áreas frías del norte, como Minnesota y Wisconsin, sin energía para enfriar o calentar nuestros hogares, alimentar la población o proveer bienes y otros servicios. El petróleo hace posible todo esto.

Lo que la mayoría de la gente no entiende es que se necesita energía para conseguir energía, gasolina para perforar un pozo petrolífero, electricidad para manufacturar un panel solar fotovoltaico. ¿Podemos reemplazar el petróleo? No para el transporte. La energía nuclear es cara, y crea peligrosos residuos radioactivos. La energía eólica, aunque es una efectiva fuente alternativa de electricidad en algunas regiones, no puede hacer que un camión lleve perecederos al mercado. Los fotovoltaicos, poco financiados, siguen siendo muy caros. El hidrógeno no es una fuente de energía. Es un medio de almacenamiento de energía, pero la producción de hidrógeno exige combustibles fósiles. El gas natural se está agotando, y, una vez más, no puede utilizarse de un modo económico.

La dura realidad es que, en lo que se refiere a la producción de energía y al ratio de beneficios, nada puede competir con el precio del petróleo... La razón fundamental es que América ha fracasado al no invertir en otras fuentes de energía alternativas. Combina este hecho con la todopoderosa industria de los combustibles fósiles, que usa sus miles de millones de beneficios para influir en los políticos, y tendrás una inclinada montaña que hay que subir si quieres efectuar algún cambio.

Que el petróleo se está agotando no es un gran secreto, aunque los economistas seguirán debatiendo eternamente el año exacto en el que se extraerá la última gota económicamente rentable. Controlar esa última gota ha sido siempre la clave del «Proyecto para el Nuevo Siglo Americano» de los neoconservadores, pero el súbito descubrimiento de que las reservas de petróleo iraquíes (y otras) han sido muy exageradas, ha obligado a la derecha radical a reajustar sus planes... y a considerar otra dura realidad:

¿Cuántos de nosotros podemos, realmente, existir en este planeta, al mismo tiempo, sin combustibles fósiles?

La ley de la conservación de la energía establece que una economía creciente puede llegar a consumir más energía de la que produce. Las reservas mundiales de petróleo tuvieron su pico en el 2005, y el consumo está disparándose, por lo que, efectivamente, la vela se está quemando por ambos extremos. Los efectos ya se están sintiendo. Más de tres mil millones de personas de todo el mundo están malnutridas y viven en la pobreza. La producción de grano y la tierra cultivable per capita han estado aminorando a ritmo constante desde 1984, así como la población de peces, y la producción de fertilizantes que son esenciales para la producción de comida. Por el contrario, la polución del agua, el aire y la tierra se ha incrementado, así como el calentamiento global. Como ha señalado la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos, la humanidad está acercándose a un punto crítico.

Durante décadas, la capacidad de sustento de la tierra ha sido artificialmente incrementada debido a la abundancia de petróleo... petróleo que apoyó la agricultura industrial y los avances tecnológicos en los sectores clave, incluidas las redes de transporte, la sanidad y los cuidados médicos. Ahora que nuestra fuente de energía principal se está agotando más rápido de lo que habíamos previsto, nuestros líderes se enfrentan con una realidad que hace pensar... Con las reservas actuales, hay demasiada gente viviendo en nuestro planeta para poder alimentarlos y alojarlos a todos.

Aquí está la ecuación básica: hoy día existimos seis mil millones de personas, y ese número debe ser reducido en un sesenta y seis por ciento durante las siguientes dos décadas, o una hambruna severa, provocada por el final del petróleo, lo hará por nosotros.

Por eso, cuatro mil millones de personas deben ser estratégicamente eliminadas, para evitar la anarquía.

Y los glotones de la sociedad han ideado su propio plan de contingencia, uno que no es exactamente el que publican en su página web. En lugar de ahorrar energía y desenganchar a América y a la sociedad occidental de los combustibles fósiles, la élite mundial ha decidido buscar métodos alternativos para «reducir la manada» selectivamente, mientras sus empresas hacen incluso más dinero.

Los dos métodos más efectivos para reducir los centros de población son la pandemia y la guerra. Mientras escribo este párrafo, epidemias genéticamente manipuladas están siendo desarrolladas en laboratorios controlados por el gobierno, así como sus curas, que serán selectivamente administradas por sus aliados de la industria farmacéutica. Y en cuanto a esos científicos entrometidos que podrían potencialmente «curar» una pandemia futura... muchos de estos individuos ya han sido «eliminados».

Después de la ocupación (y las revueltas resultantes) de Irak, y enfrentados a la realidad de las agotadas fuerzas armadas americanas, se ha creado una nueva

doctrina. En esencia, establece que «el modo más efectivo para invadir y controlar un territorio extranjero es emplear inicialmente métodos que reduzcan radicalmente la población, sin afectar a la infraestructura del país».

Traducción: en lugar de invadir un país tercermundista hostil con tropas, hay que usar armas químicas para destruir la voluntad del enemigo... y su población.

Si se pretende asesinar sistemáticamente y en masa a los seres humanos, sin afectar a los edificios ni a los pozos petrolíferos, no hay nada tan letal o efectivo como un agente químico nervioso. Los agentes nerviosos son toxinas diseñadas para interrumpir la transmisión de colinesterasa, una enzima que las células nerviosas usan para librarse de la acetil-colina, el químico que provoca la contracción de los músculos y glándulas. Al inhibir la colinesterasa, los músculos del diafragma se contraen incontrolablemente, llevando a la muerte por asfixia.

La familia de agentes químicos más letal jamás creada es la serie V... diez veces más tóxica que el gas sarín. El VX es el peor del grupo... una sustancia oleosa sin olor y sin color que no se elimina fácilmente. Incluso una pequeña dosis de VX sobre la piel, o inhalada, puede provocar convulsiones graves, parálisis respiratoria y la muerte en cuestión de minutos.

Debido a la peligrosidad del VX, el departamento de Defensa debe utilizarlo en bombas binarias... envases diseñados con cámaras separadas que contienen los dos precursores químicos del VX. Cuando son disparadas o lanzadas desde cierta altura, la aceleración de la bomba provoca que la partición en el interior de la cápsula se rompa, que el gas nervioso se mezcle y que fluya hasta las víctimas previstas.

El fin del petróleo.

Una Irán nuclear, dirigida por un extremista con un plan en mente.

La amenaza del Islam radical, alimentada por el odio a la sociedad occidental.

Una confabulación neoconservadora, respaldada por los elitistas que buscan un único gobierno mundial.

Las variables de la destrucción están todas en sus puestos, las piezas del juego están haciendo sus últimos y fatales movimientos, dando jaque mate a nuestra civilización, tal como la conocemos.

---

«El presidente tiene el poder de confiscar propiedades, organizar y controlar los medios de producción, confiscar instalaciones, asignar fuerzas militares en el extranjero, llamar a las fuerzas de reserva (que sumarían dos millones y medio de hombres), instituir la ley marcial, confiscar y controlar todos los métodos de transporte, regular todas las iniciativas privadas, restringir los viajes, y, en una plétora de modos concretos, controlar las vidas de todos los americanos. La mayor parte de estas leyes continúan siendo una fuente potencial de poder virtualmente ilimitada

para un presidente que eligiera ponerlas en acción. Es posible que algún presidente futuro ejerza su amplia autoridad en un intento de colocar a los Estados Unidos bajo un gobierno autoritario. A pesar de que el peligro de una dictadura presentada a través de medios legales puede parecerse remota hoy día, la historia reciente nos recuerda que Hitler se hizo con el control a través del uso de las provisiones de emergencia contenidas en las leyes de la República de Weimar.»

Senadores Frank Church (D-ID) y Charles McMathias (R-MD),  
30 de septiembre de 1973.

«El vicepresidente Dick Cheney defendió entusiastamente un programa secreto que examinaría los archivos bancarios de los americanos, y otros, en una amplia base de datos internacional, y criticó duramente a los medios de comunicación por revelar una operación que él llamó legal y "absolutamente esencial" para combatir el terrorismo.»

New York Times, 24 de junio de 2006.

«Seremos juzgados más por lo que hacemos en casa que por lo que predicamos en el exterior.»

Presidente John F. Kennedy.

# Capítulo 49

WASHINGTON D.C.  
17 de octubre de 2012  
10:06 P.M. EST

El senador Mulligan está ante el estrado, con los puños apretados por la rabia, cuando la retransmisión en directo de Ace Futrell y Scott Santa se corta bruscamente... ¡segundos antes de que Ace sea entrevistado!

El candidato del Partido Verde se gira para dirigirse al grupo de periodistas que se ha reunido apresuradamente.

—Los rumores de Internet eran ciertos... el ataque de Los Ángeles fue una operación de bandera falsa perpetrado por la derecha radical. Esta noche llamaré a todos los miembros del Congreso para que se reúnan conmigo en una sesión nocturna de emergencia en Capitol Hill. Debemos investigar qué cargos de esta administración y de la administración Bush estuvieron directamente involucrados en el ataque del Día de la Hispanidad. ¡Esta noche pediré al Congreso que recupere el control de nuestro país antes de que nuestro ejército cometa una masacre!

BASE AÉREA AL UDEID, QATAR  
3:51 A.M. Hora local

El general Mike Tristano, comandante del CENTCOM, escucha al vicealmirante Brandon Herbert mientras éste ladra órdenes a través del videófono al capitán James Fisher, a bordo del portaaviones Ronald Reagan.

—Exactamente, ¿cuántas bombas binarias ordenó el ministro de Defensa que llevaran a bordo, capitán?

Fisher, en el monitor, palidece.

—Algo más de trescientas, señor.

El general Tristano maldice entre dientes.

—Capitán, no se va a cargar ninguna bomba VX más en ninguna otra nave, ¿entendido? Es una orden directa.

—Señor, el ministro de Defensa Kendle ha ordenado lo contrario.

—Capitán, el ministro de Defensa está bajo sospecha de traición —contesta el almirante—. Si se pone en contacto con usted, debe redirigirlo hacia mí. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Comandante Zizzi, ¿cuál es el estado de los objetivos de la Fase I?

—Los objetivos nucleares han sido destruidos y las Fuerzas Aéreas Iraníes han

sido inmovilizadas. Catorce destacamentos están aproximándose ahora a los campamentos de instrucción.

—Capitán Fisher, complete la Fase I de la misión, y después espere órdenes del CENTCOM.

—Sí, señor.

OESTE DE PALM BEACH, FLORIDA

11:35 P.M. EST

Jennifer Wiener está viendo la CNN en su teléfono móvil cuando su ayudante le grita desde el exterior de su despacho.

—¡Jen, pon la CBS, tienen una nueva noticia!

Cambia a ese canal y encuentra una retransmisión en directo desde los cuarteles generales del FBI en Chicago, donde el director Adrian Neary está siendo acorralado por la prensa.

—El sospechoso, Jamal al-Yussuf, ha sido encontrado muerto hace apenas dos horas. La autopsia preliminar indica que fue un ataque al corazón.

—Señor, el sospechoso tenía veintiocho años. ¿Cómo es posible...?

—Como he dicho antes, estamos investigando todas las posibilidades, incluyendo que fuera provocado intencionadamente.

—¿Alguien visitó al sospechoso antes de su muerte?

Neary piensa su respuesta cuidadosamente.

—Lo siento, no puedo hacer comentarios en este momento.

—¡Acabas de hacerlo! —Jennifer abraza a su ayudante cuando éste entra en la habitación—. ¡Está pasando de verdad, Collin! ¡Todo se está viniendo abajo como un castillo de naipes!

La expresión de Collin Bradley la hace detenerse. El joven le tiende el teléfono.

CAPITOL HILL

Washington D.C.

12:12 A.M. EST

La presencia policial es gigantesca. Los oficiales y Seguridad Nacional arrestan a cualquier disidente, incluso por llevar una camiseta contra la guerra. Los medios de comunicación están vetados... no se permite ninguna cámara en un radio de cuatrocientos metros del edificio del Capitolio.

En el interior, un tembloroso senador Joseph Mulligan mira la cámara vacía, mientras un ayudante se aproxima apresuradamente.

—Diecisiete demócratas, tres republicanos... eso es lo único que se sabe. Seguridad Nacional los ha arrestado a todos, señor.

Las puertas se abren de golpe y tres agentes armados de Seguridad Nacional avanzan hacia ellos desde el pasillo central.

—Éste es un día triste —dice el senador Mulligan—. Un día triste para la democracia.

—Senador Mulligan, está usted detenido bajo acusación de traición. De acuerdo con los estatutos de la Ley Patriótica, no tiene derecho a un abogado. Será detenido sin ninguna notificación adicional.

## BASE AÉREA AL UDEID, QATAR

4:22 A.M. Hora local

Los policías militares entran, con las armas preparadas.

El general Mike Tristano los mira desde su escritorio, con la sangre a punto de ebullición.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Guarden esas armas!

—Lo siento, señor. Está arrestado.

—¡Arrestado! ¿Con orden de quién?

—Del presidente de los Estados Unidos.

## REFINERÍA DE PETRÓLEO ABQAIQ

6:47 Hora local

La primera luz de la mañana revela un paisaje de muerte... miles de cadáveres... el último aliento de aquellos

moribundos cuyos pulmones ya no pueden respirar, los nervios envenenados aún retorciéndose de los fallecidos.

Protegidos por sus trajes protectores, los miembros del equipo de la CNN se mueven cuidadosamente entre los caídos mientras graban la descorazonadora masacre: ciudadanos... padres e hijos, madres abrazadas a bebés... todos parte de un éxodo que comenzó demasiado tarde.

Ace se hiperventila detrás de la mascarilla de plástico de su traje antirradiaciones mientras avanza tambaleándose a través de la refinería, con sus entrañas emocionalmente devastadas. Su furia crece ante el sinsentido de un acto que no fue capaz de prevenir. Nahir está a su lado, con el traje antirradiación de Scott Santa.

Ramzi Karim va de un cuerpo a otro, cogiendo a niños medio asfixiados en sus brazos y llevándolos al interior de algún edificio, un acto de desesperación que llega

demasiado tarde contra la toxina elaborada por el hombre.

Llegan al lugar más equipos de noticias, todos con trajes protectores. En cuestión de horas, sus estremecedoras imágenes aparecerán en las noticias de todo el mundo.

DESPACHO OVAL, CASA BLANCA

Washington D.C.

El presidente en funciones Biden está sentado tras su escritorio, retorciéndose las manos mientras mira la emisión de las noticias de Abqaiq.

—¿Esto es muy malo?

—Mucho. —Jim Miller, el nuevo secretario de Prensa de Biden, apaga el sonido del televisor.

El ministro de Defensa Kendle entra.

—CENTCOM está de nuevo bajo control. Me he visto obligado a arrestar al general Tristano.

Biden está pálido.

—¡No puede hacer eso sin consultarlo conmigo!

—Tristano se había insubordinado, canceló la Fase II.

—¿Qué es la Fase II? —pregunta el secretario de Prensa.

—Nuestra respuesta a lo de Los Angeles —contesta Lowe—. La destrucción de los principales centros de población iraníes.

—La destrucción, ¿cómo?

—Con gas nervioso VX.

Jim Miller hace una mueca, y, de repente, se pregunta por qué acepto el puesto de secretario de Prensa.

—Señor presidente, con la detención del senador Mulligan y esas imágenes de niños muertos que están llegando de Abqaiq, le recomiendo encarecidamente que suspenda ese ataque.

—Imposible. —El ministro Kendle mira al secretario de Prensa, un hombre que tiene la mitad de su edad—. Tengo dieciséis buques de guerra en el Golfo Pérsico...

—Que han destruido con éxito las bases militares y las instalaciones nucleares iraníes. La amenaza ha terminado, la misión ha finalizado. Detenga la guerra ahora, y ganaremos el combate en la política global. Masacre a decenas de millones de civiles iraníes, y declararemos la guerra públicamente a mil millones de musulmanes.

—¡Ya es suficiente! —escupe Kendle—. Eres el secretario de Prensa, no estás aquí para dictar política. Gente con mucha más experiencia que tú ha dedicado la mayor parte de sus carreras a planear una estrategia...

—¿Para hacer qué? ¿Invadir Irán a costa de neutralizar a su población? Está por todo Internet... matar a los radicales y llevarse el petróleo. ¡Un plan brillante! Bueno,



en el 2003 no funcionó, y...

—¡Cállese! —El director de Seguridad Nacional señala la televisión y sube el volumen.

Es un reportero de la CNN, en directo desde Phoenix.

El director regional del FBI, Marc McDuff, está hablando frente a un estrado.

—Coordinando nuestra investigación con los agentes de Kansas, hemos podido identificar el cadáver del agente del FBI Elliott Green. El agente Green estaba involucrado en la vigilancia de un físico nuclear, el profesor Eric Mingyuan Bi. Después de registrar el vehículo, los agentes de FBI han podido recuperar varias grabaciones de conversaciones telefónicas efectuadas por el agente Green al director del FBI, Gary Lee Schafer, y a un sospechoso terrorista aún por identificar. Debo señalar que el director estaba, de hecho, en Los Ángeles, el día 8 de octubre, justo antes de la detonación del arma nuclear, y que murió en el ataque.

Joe Biden mira fijamente la televisión, con el corazón desbocado y la piel bañada por un sudor frío. Ha dedicado toda su carrera política a preservar la libertad y proteger los derechos del ciudadano, y ahora se ha dejado arrastrar por una mentalidad linchadora donde la venganza ha reemplazado a la Constitución.

—Señor ministro... haga que los destacamentos retrocedan.

El rostro del general Kendle enrojece.

—Señor, no tiene ni idea...

—¡Ahora! Director Lowe, libere a todos los detenidos, y quiero su dimisión sobre mi mesa antes de una hora. La suya también, general. Señor Miller, convoque una conferencia de prensa para las nueve de la mañana. Voy a pedir una investigación completa sobre la masacre del Día de la Hispanidad, y, esta vez, el comité tendrá poder de citación.

---

«Sería injusto para todos aquellos musulmanes liberales, demócratas, modernos, que quieren vivir una vida civilizada... arrojarlos a los bárbaros, porque ellos están en el lado correcto, más aún, tienen mucho que ofrecer en la guerra contra el Islam militante.»

Daniel Pipes, director del Forum de Oriente Medio.

«Pero todos somos capaces de aniquilar. En ese sentido, no hay diferencia entre "nosotros" y "ellos". Todos nosotros contenemos la esencia, que nos permite matar. Nadie sugiere que no matemos al enemigo. La diferencia yace en qué instrumentos de acción tienen nuestros sistemas, y cómo se realiza esa acción cuando es necesario. La diferencia está en la calidad de las jaulas en las que residen nuestros monstruos

durante el resto del tiempo. La diferencia subyace en nuestra disposición para mirar, para ver, para juzgar y actuar, cuando un monstruoso individuo cae en nuestras manos. Éstas no son diferencias creadas por la existencia de la convención de Génova, sino diferencias evidenciadas por la estructura y el comportamiento del ejército estadounidense y su descuido civil.»

Seymour Hersch, 17 de mayo de 2004.

«Si no podemos eliminar nuestras diferencias, al menos podemos ayudar a que el mundo sea seguro para aquellos que son diferentes.»

Presidente John F. Kennedy.

OTOÑO  
2012

# Capítulo 50

BASE DE LAS FUERZAS AÉREAS DOVER

Dover, Delaware

24 de octubre de 2012

9:38 A.M. EST

El gigantesco Galaxy C-5, de setenta y cinco metros, rodea la base de las Fuerzas Aéreas Dover antes de aterrizar. Ace Futrell está sentado en la cubierta superior, junto a sesenta y dos soldados heridos y una carga compuesta por los ataúdes de los muertos, envueltos en banderas.

Los últimos siete días habían sido una vorágine de reuniones de espionaje y tratos secretos. La acción militar estadounidense en el Golfo Pérsico fue suspendida tras el éxito en la destrucción de las instalaciones nucleares iraníes, así como de sus bases militares y los centros de instrucción Qod. Después de las negociaciones, el Consejo de Seguridad de la ONU anunció un alto al fuego, al acordar con los mullahs iraníes la toma de medidas drásticas contra todas las sectas radicales islámicas y el corte de todas las ayudas militares y financieras de los insurgentes en Irak. Irán y Siria, además, estuvieron de acuerdo en detener su colaboración militar con Hezbolá y otras organizaciones terroristas, con la «promesa» de las Naciones Unidas de mantener a las naciones culpables bajo estricta vigilancia.

Al menos ésta era la historia «oficial».

Después de la masacre de Abqaiq, el movimiento Ashraf se había extendido, liderando olas de manifestaciones en Jiddah y las provincias del este. La realeza continúa en el poder... por ahora.

En Estados Unidos, todos los «detenidos políticos» habían sido liberados, y el estado de alerta roja del país se había reducido a naranja. El presidente en funciones, Biden, había retrasado las elecciones hasta noviembre, en espera de una investigación completa de la masacre del Día de la Hispanidad.

En cuanto a Ace, ha llegado a su propio acuerdo con los poderes fácticos y ha accedido a acallar las memorias de Kelli a cambio de recuperar su vida. Si una «muerte inesperada, desaparición o causa de fuerza mayor» se llevara su vida, o la de un miembro de su familia, los hombres de Ace difundirían la información a través de Internet.

Y así, vuelve a Estados Unidos, con su mente aún en estado de shock por todo lo que ha sucedido. No puede concebir la devastación de Los Angeles, y forcejea con la idea de que su esposa estuviera involucrada en el complot. A veces la desprecia, a veces se pregunta si sus esfuerzos habrían cambiado el mundo. Física, mental y espiritualmente quemado, ya no se preocupa por el petróleo, ni por la política, ni por

el caos mundial o las ruinas de su vida. Ya no se pregunta por qué lo sacaron de la cámara de tortura en Inakesh, ni por qué sigue aún vivo. Cuando se mira en el espejo, queda desconcertado por la persona a la que ve.

Nahir es un recuerdo que se va apagando. Al quedar libre de su vida en la prisión de Inakesh, había decidido mudarse a la India, donde vive la familia de su madre. Ace la había dejado marchar, decidiendo que era mejor cerrar ese capítulo de su vida.

\* \* \*

El transporte militar rueda por la pista y se detiene en uno de los hangares abiertos. Ace mira a la multitud por la ventanilla... familiares y seres queridos de los heridos y muertos americanos.

Él ha viajado a través del infierno, pero el viaje aún continúa para muchos otros.

Piensa en sus hijos. Se pregunta cómo podrá ponerse en contacto con ellos después de tan larga ausencia. ¿Le reconocerán? ¿Le perdonarán?

La limusina gubernamental negra se detiene detrás de la multitud. Ace ve a David Schall saliendo del vehículo y caminando hacia el C-5, acompañado por dos policías militares fuertemente armados.

«Así que esto es lo que va a pasar...»

Nueve meses antes, Ace había bajado de un avión en Nueva York, ansioso por ver a su esposa, inconsciente de la tormenta que se estaba formando en su horizonte. La tormenta había estallado y se había alejado, dejando todo lo que era su vida hecho un desastre.

«¿Cómo recojo los trozos?»

Sale del avión, a la luz solar, y mira a la multitud: a la viuda que espera los restos de su marido, a los niños que tendrán que seguir adelante sin su padre, al padre que ha perdido a un hijo. Al veterano de combate que ha sacrificado una pierna...

Se traga las lágrimas, sintiéndose avergonzado.

David Schall lo recibe cuando baja la escalerilla.

—Camina conmigo.

—¿Tengo elección?

David Schall ve sus ojos vidriosos. Despide a la policía militar y dirige a Ace por la pista hasta el vehículo gubernamental que les espera.

—Algunas de las cosas que han pasado entre nosotros... he tenido que guardar las apariencias. Comprende que no ha sido nada personal. En cuanto a lo que pasó en Arabia Saudí, yo no tuve nada que ver con eso. Sólo quería que lo supieras.

Ace no dice nada.

—Tu esposa y yo éramos amigos. Tú estabas de viaje cuando Kelli descubrió que el cáncer se había extendido. Decidió ocultártelo. Seguramente no te contó que fui a verla el día que recibió su sentencia de muerte. Recuerdo la mirada vacía de sus ojos,

la misma que tienes tú ahora.

Se detiene, agarrando a Ace por el brazo.

—Un hombre no está terminado cuando es vencido. Está terminado cuando abandona. ¿Sabes quién dijo eso? Nixon. Justo después del escándalo del Watergate.

—¿Me has traído hasta aquí para darme una lección de historia?

—Estoy aquí para hacerte comprender. Durante los últimos dieciocho meses de Kelli... ella sabía que había perdido la batalla, pero nunca se rindió. Siguió luchando. Hizo que cada día mereciera la pena.

Ace entorna los ojos.

—Tú estabas metido en eso, ¿no? En su plan para hacer descarrilar a los neoconservadores.

—¿Quién crees que le dio acceso a Promis?

Ace sigue caminando, mientras su presión sanguínea se eleva.

Schall lo sigue hasta la puerta.

—Le di lo que necesitaba... una razón. Una segunda oportunidad. El mundo es un caos, Ace, pero al menos nosotros vemos los problemas tal como son, y eso es un paso hacia delante... o, al menos, es un comienzo. Lo que habéis hecho vosotros dos... ha sido algo bueno.

—¿Algo bueno? —Ace se gira para mirarlo—. Diles a las miles de víctimas del cáncer que sufrirán hasta el día en el que mueran que esto ha sido algo bueno. Díselo a los seres queridos de las víctimas. A ver si ellos están de acuerdo contigo, pero yo creo que no.

—No lo dudo, pero podría haber sido peor. Era necesario distender la situación.

—¿Sabes cuál es tu problema, y el de Kelli, y el de Cheney, y el del resto de chiflados del PNAC, del CFR y de la Comisión Trilateral? No importa lo feas que se pongan las cosas, no importa cuántas veces la pifiéis, siempre creéis que tenéis razón. Bueno, ¿pues sabes qué? No habría habido extremistas islámicos si no nos hubiéramos hecho adictos al petróleo. Si no hubiéramos creado una resistencia afgana contra los soviéticos, Al-Qaeda no habría existido. Saddam nunca habría sido una amenaza si nosotros no lo hubiéramos armado, ni Irán, ni el resto de gobiernos-marioneta que la CIA ha preparado para que todas las administraciones desde el asesinato del presidente Kennedy pudieran manejar sus cuerdas. Somos los Estados Unidos, Schall. ¡Se supone que somos los buenos! ¿Y si nuestros líderes promovieran el respeto de los derechos humanos y la responsabilidad civil en lugares como Arabia Saudí, en lugar de preocuparse sólo por su petróleo? Mejor aún, ¿y si el Congreso y la Casa Blanca se unen y deciden librar a nuestro país de los combustibles fósiles de una vez por todas? Al diablo con el petróleo, al diablo con los Halliburton y los bancos federales. Reinventemos la rueda, y, esta vez, hagámoslo bien. Imagínate qué distinto sería el mundo en el que estaríamos viviendo ahora. Te lo garantizo, Schall,

Los Angeles sería una zona más verde.

—Ése es un gran discurso, Ace. Quizá deberías practicarlo en Farsi.

—Que te den por el culo, Schall. —Ace pasa junto a la limusina, camino de la salida del aeropuerto y la Ruta 1.

—¡Papá!

Se detiene y se gira, con el corazón saltando en su garganta. Sam sale de la puerta de atrás de la limusina y corre hasta sus brazos. Lágrimas de alegría manan de sus ojos mientras abraza a su hijo. El vacío de su alma de repente rebosa de emoción.

Leigh se aproxima, insegura.

Sam rodea con sus brazos el cuello de Ace, en un abrazo de oso.

—¡Papá, te vimos en las noticias! Papá... ¡saliste en las noticias!

Su hija lo mira fijamente, sintiéndose aún traicionada.

—¿Papá? ¿Qué te han hecho? Mírate... es como si te hubiera pasado un tren por encima.

—Me siento como si hubiera sido así. Chicos, siento mucho haberos dejado, os prometo que no lo volveré a hacer. Jamás. ¿Me perdonáis?

Sammy asiente.

El rostro de Leigh se rompe en sollozos mientras lo abraza.

—No pasa nada, cariño. Papá está en casa otra vez. Estoy en casa.

---

«El hombre nunca antes ha tenido tal capacidad de control sobre su entorno, para terminar con la sed y el hambre, para desterrar la pobreza y la enfermedad, para eliminar el analfabetismo y la miseria humana. Tenemos el poder de hacer que ésta sea la mejor generación de la humanidad en la historia del hombre... o de hacer que sea la última.»

Presidente John F. Kennedy.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más.»

Apocalipsis 21:1

«Los sesenta nos mostraron las posibilidades y la responsabilidad que todos nosotros teníamos. No eran la respuesta. Sólo nos dieron un atisbo de la posibilidad.»

John Lennon.

# Epílogo

MONTAUK, NUEVA YORK

15 de marzo de 2013

El camión de la mudanza está lleno hasta el techo, y los propietarios están reuniendo sus últimas pertenencias. Leigh y Sam están fuera, diciendo adiós a sus amigos. Sus abuelos están en el interior, hablando con el agente inmobiliario.

Jennifer aparca en la entrada. Se pone una bufanda alrededor del cuello antes de dirigirse a la casa.

—Ey, chicos, ¿dónde está vuestro padre?

—¿Dónde va a estar? —dice Leigh—. Despidiéndose.

\* \* \*

Un áspero viento de marzo recorre el Atlántico, agitando su superficie en infinitas olas coronadas de espuma. Ace se ajusta el cuello de la chaqueta, mirando el océano... preparado para seguir adelante.

Su familia y él han pasado la mayor parte de noviembre en Washington. Ace tenía que testificar para el Senado por el ataque del Día de la Hispanidad. Como se esperaba, la investigación pública había implicado a Irán y a la Casa de Saud en la destrucción de Los Ángeles... previniendo la anarquía en Estados Unidos y las hostilidades en el mundo árabe.

Siete miembros de Apoyo Estratégico fueron finalmente señalados por «fracasar en la protección de los ciudadanos de Estados Unidos». El director de Seguridad Nacional, Howard S. Lowe, y el secretario de Defensa, Joseph Kandle, dimitieron por «razones familiares». Los detalles de cómo llegaron realmente las dos bombas a los Estados Unidos nunca fueron publicados, y tampoco el proceso de reclutamiento de Jamal al-Yusaf y Omar Kamel Radi.

Los miembros del Congreso estuvieron de acuerdo en mantener esos secretos para «preservar el estado de unión», a cambio de algunos cambios en el proceso de las elecciones. Se prohibieron las contribuciones de campaña. A partir de ahora, todo el dinero será reunido en un fondo común federal, que se dividirá en partes iguales entre los partidos y sus candidatos, basándose en cantidades predeterminadas asignadas al puesto concreto por el que estén haciendo campaña. No se permite ninguna otra financiación, el 527 fue proscrito... junto con el resto de pertenecientes a algún lobby. Se estableció un impuesto para la guerra, impidiendo que las compañías privadas recogieran beneficios. Había más cambios en el horizonte, pendientes de la venidera elección presidencial.

A últimos de diciembre, después de una «donación» anónima, un hombre llamado Armond Proctor, «Dale», fue arrestado en las Islas Caimán por los agentes de la CIA. Proctor, más tarde, entregó pruebas que inculpaban a dos fabricantes de máquinas de voto que lo habían contratado para alterar el conteo en los condados clave de Florida y Ohio durante las elecciones presidenciales de 2000 y 2004. El testimonio de Proctor condujo a una nueva ley que obligaba a que todas las máquinas de voto con pantalla táctil estuvieran equipadas con urnas para papeletas.

El 22 de febrero (el día del aniversario del nacimiento de George Washington), el senador Edward R. Mulligan fue elegido presidente número cuarenta y cinco de los Estados

Unidos. Su primera acción fue aprobar un nuevo impuesto energético diseñado para reducir la dependencia americana de los combustibles fósiles. Su segunda acción fue incrementar la velocidad a la que las tropas se estaban retirando de Irak.

Las tropas de paz de las Naciones Unidas tomaron el relevo en las bases militares estadounidenses en Arabia Saudí... para preparar las primeras elecciones democráticas del antiguo reino. El gobierno provisional (encabezado por Ramzi Karim) fue financiado con seiscientos mil millones de dólares a fondo perdido que habían sido retenidos de cuentas bancarias privadas de todo el mundo.

Tras aceptar un pequeño «acuerdo», los miembros de la familia real abandonaron sus palacios y se trasladaron a Europa.

Ahora que los mullahs radicales se habían visto obligados a dejar el poder, los estudiantes iraníes, una vez más, comenzaron a organizar manifestaciones políticas contra los partidos políticos gobernantes. Poco después, el presidente de Irán murió de lo que se informó que había sido un derrame cerebral.

\* \* \*

—¡Ace!

Jennifer se une a él, con los lóbulos de las orejas enrojecidos por el frío.

—Hace muchísimo frío, abrígame. —Jen engancha su brazo al de Ace y mete la mano, de nuevo, en el bolsillo de su chaqueta, utilizando el cuerpo del hombre para bloquear el viento—. ¿Te has enterado de lo último? Han decidido convertir Los Ángeles en un parque de secuoyas. Dicen que reducirá significativamente los niveles de radiación.

Ace no dice nada, sus ojos siguen fijos en el horizonte.

—Entonces, Florida, ¿eh? Supongo que estaremos cerca. ¿Por qué has...?

—La central de energía eólica sureste me ha ofrecido un trabajo. Supongo que el cambio nos vendrá bien a todos.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Soy parte de ese cambio?

Ace no contesta.



—Ace... aquella noche, en la playa... Me refiero a lo que dije... sobre lo que sentía por ti. ¿Crees que cuando estés en Florida...?

—Siempre serás parte de nuestra familia, Jen.

—¿Y nada más?

—¿Tú que crees? —Ace se gira para mirarla—. Kelli y tú... ambas me engañasteis.

—Fue idea de tu mujer, no mía.

—Pero tú participaste. Me mentiste.

—Sí. Sí, tienes razón, y lo siento. Siento todo lo que has tenido que pasar. Créeme, si hubiéramos sabido...

—Para.

Continúan mirando el océano en silencio. El disco solar atraviesa una nube gris y se refleja, intermitentemente, sobre la superficie del agua.

—Ace... lo siento mucho, de verdad.

Él traga saliva con dificultad.

—En la universidad, la primera vez que vi a Kelli, la primera vez que me encontré con ella... fue amor a primera vista. Supongo que el primer amor es especial, en ese sentido. Cuando nos encontramos años después, quizá yo estaba buscando algo que había perdido. Quizá ambos lo estábamos. —Aparta un mechón de cabello oscuro de los ojos de Jennifer—. Ya no estoy buscando eso, Jen. Esa persona se ha ido hace mucho. ¿Sabes lo que quiero decir?

Ella asiente, con lágrimas en los ojos.

—Que tengas un buen viaje. —Ajustándose la bufanda, se aleja por la playa.

Ace la observa mientras se marcha, y después vuelve a mirar el mar.

Su nuevo hogar está en el mismo océano, a dos mil quinientos kilómetros en dirección sur. El agua es distinta, el Atlántico es azul celeste. Sí, como su suegro le ha advertido repetidamente, de vez en cuando sufrirán la amenaza de algún huracán, pero, aun así, ningún mar permanece en calma para siempre, ningún paraíso se mantiene intacto. Añorará Montauk, y la casa que él y su esposa convirtieron en un hogar.

«Los cambios son duros.»

La compañía para la que trabajará es una de las que Kenneth Keene había financiado, en secreto, con el dinero de la Casa de Saud. Ace es socio de la firma, el director ejecutivo.

«Del petróleo al viento... a veces los cambios son buenos.»

El movimiento verde está iniciándose en América, estimulado, sin duda, por la devastación nuclear de Los Ángeles. Para finales de 2014, se espera que broten molinos de viento de alta tecnología a lo largo de las costas del Atlántico, el Golfo y el Pacífico. Para el 2017, estas máquinas proveerán electricidad limpia y asequible

para casi el treinta por ciento de los hogares de Estados Unidos, lo que ayudará a aliviar la dependencia americana de los combustibles fósiles. También están planeadas granjas solares y eólicas financiadas por el estado, y un incremento de los subsidios para las granjas agrícolas locales. Los científicos esperan que los niveles de dióxido de carbono caigan significativamente, reduciendo los efectos del calentamiento global y mejorando la calidad del aire, que ha estado provocando graves problemas de asma entre los niños que viven en zonas ubicadas cerca de plantas alimentadas por carbón.

Ace recuerda los últimos momentos con su esposa en el monumento a John Lennon.

«Imagina...»

Secándose una lágrima, echa una última mirada hacia el este, y después camina de vuelta a la casa, ansioso por comenzar su nueva vida.

---

«En chino, la palabra "crisis" se compone de dos caracteres. Uno representa peligro, y el otro representa oportunidad.»

Presidente John F. Kennedy.

«Estoy intentando decíroslo... ¡sed parte del cambio! Nadie más va a hacerlo. Los políticos están paralizados. Nuestra democracia no está funcionando demasiado bien... ésa es mi opinión. Hemos cometido un montón de errores políticos graves. Pero es demasiado simple y sesgado culpar a la administración Bush-Cheney. Tenemos división de poderes, un sistema judicial independiente, libertad de prensa, un Congreso... ¿todos ellos nos han fallado? ¿No nos habremos fallado nosotros mismos?».

Antiguo vicepresidente Al Gore, 2007.

«Sé el cambio que quieres ver en el mundo.»

Mahatma Gandhi.

Extracto final:

Al borde del infierno:

Una disculpa a los supervivientes

por Kelli Doyle,

Consejera de Seguridad Nacional de la Casa Blanca

(2002-2008)

¿Dónde estarás cuando el mundo cambie? ¿Cuando las colas en las estaciones de servicio tengan una longitud de kilómetros, y las estanterías de los supermercados se queden vacías? ¿Cómo te las arreglarás? ¿Tienes tierra para sembrar tus propias cosechas? ¿Y los medios para protegerla?

¿Cómo reaccionarás cuando las armas nucleares reemplacen a los aviones comerciales como nueva amenaza terrorista, y la primera nube atómica aparezca en el cielo? ¿Te verás atrapado en la tormenta? ¿Estarás de viaje por negocios? ¿En casa, con tus seres queridos? ¿Pasando la noche fuera? Si vives en una gran ciudad, ¿te quedarás en casa, o huirás? ¿Meterás tus pertenencias en el coche y correrás hasta la interestatal, sólo para descubrir que está atascada por el tráfico...?

¿Volverás a confiar alguna vez en los líderes a los que elegiste?

¿Volverás a sentirte a salvo?

¿Qué harás cuando la civilización y la cordura desaparezcan entre la radioactividad, cuando cualquiera que parezca musulmán sea arrastrado a la calle y linchado hasta la muerte? ¿Y cuando se establezca el toque de queda a las nueve de la noche, y el Gran Hermano sea el nuevo soberano, y nuestras fronteras permanezcan permanentemente cerradas para todo el mundo, excepto la élite?

¿Cómo te sentirás cuando comiencen las represalias? ¿Cuando setenta millones de iraníes paguen el precio final por haber nacido bajo un régimen opresor... por las mentiras con las que los alimentaron desde su nacimiento, por el odio disfrazado de religión que han interiorizado?

¿La amenaza será arrastrada por la lluvia ácida? ¿El mundo se dará por satisfecho entonces?

¿Aprenderemos alguna vez?

Kelli Doyle-Futrell

9 de diciembre de 2011

Esta novela está dedicada a la memoria de mi suegro

JAMES FRANKLIN ROOF

(11 de julio de 1933 - 19 de junio de 1996)

Sirvió orgullosamente en Corea entre 1950-1954

y fue condecorado con dos Corazones Púrpuras

y

a mi amigo y editor técnico

CHARLES EUGENE JONES, «CHUCK»  
(28 de mayo de 1962 - 29 de diciembre de 2006)  
Sirvió orgullosamente como oficial de policía  
y técnico de misiles balísticos.

## Realidad o ficción

Aunque *Al borde del infierno* es una obra de ficción, algunos de los pasajes y retazos de información más perturbadores de la trama son, efectivamente, reales. Aunque no puedo comenzar a citar cada referencia usada en cada detalle del manuscrito (sólo los estudios y artículos publicados suman más de seiscientos), he incluido (a continuación) comentarios sobre algunas de las referencias más controvertidas que aparecen en la novela. Como autor, me he reservado la libertad de seleccionar aquellas referencias (y el enfoque) que me permitían hacer avanzar la historia; sin embargo, a diferencia de la elección selectiva de información llevada a cabo por la administración Bush, las referencias citadas están al servicio de la verdad, y no de una planificación oculta.

«Numerosas fuentes» significa que las referencias son demasiado numerosas para listarlas, y que el tema tratado puede ser fácilmente encontrado a través de una búsqueda en Internet. «Bibliografía» se refiere a la lista de libros claves. «Clasificado» es una fuente confidencial que ha solicitado no ser identificada. Para los temas que no he cubierto, sugiero una búsqueda en Internet.

Para aquellos de vosotros que busquéis respuestas más detalladas sobre los hechos no revelados tras los ataques del 11 de septiembre, recomiendo visitar [www.911truth.org](http://www.911truth.org), así como [www.ae911truth.org](http://www.ae911truth.org). *Crossing the Rubicon*, de Michael C. Ruppert, es de obligada lectura. Es un perturbador y bien documentado relato que deja en evidencia lo que los involucrados no querían que el público supiera. Además, recomiendo el nuevo trabajo de Ruppert, *An American Energy Policy*, que explica detalladamente la amenaza de la Crisis del Petróleo y lo que tenemos que hacer para poder sobrevivir. Visita su blog en <http://mikeruppert.blogspot.com>.

Para aquellos de vosotros que aún tengáis comentarios o preguntas, mi dirección personal de correo electrónico está disponible en [www.stevealten.com](http://www.stevealten.com).

# Comentarios de capítulos

«Informé de que Bin Laden había escapado a Haudhramaut, en Yemen, y de que estaba siendo protegido por los sayyides.»

Referencia: clasificado.

Nota: Aunque es imposible, en este momento (junio 2009), saber si esto es verdad, no tengo ninguna duda de que la fuente musulmana de Oriente Medio que me lo contó estaba diciéndome lo que creía que era cierto.

«¿Y los soldados de la guardia nacional y de las reservas? Qué agradable sorpresa no decirles que el despliegue no comienza oficialmente hasta que sus botas golpean la arena, y eso quiere decir que los seis meses que su unidad pasó en la base de operaciones no cuentan.»

Referencia: soldados estadounidenses.

Nota del autor: Tan perturbador como los informes de depresiones y suicidios entre nuestras tropas es el hecho de que a los soldados estadounidenses que vuelven de Irak y Afganistán no se les da el tiempo suficiente para «desintoxicarse» antes de ser reintegrados en la sociedad. No tienen disponible la necesaria ayuda psiquiátrica. Ésta es una peligrosa realidad que está impactando en nuestros veteranos y en sus familias. Les debemos algo mejor que esconder esta realidad.

«Roosevelt sabía que los japoneses estaban preparando un ataque sobre Pearl Harbor, y, adivine qué... ¡Permitió que ocurriera!»

Referencia: numerosos documentos históricos.

## Capítulo 1

«No estoy seguro de que nosotros seamos demasiado distintos. Después de todo, ¿cuántos miles de millones de dólares de las ayudas a Nueva Orleans fueron desviadas en secreto para reconstruir las plataformas petrolíferas dañadas por el huracán Katrina?»

Referencia: clasificado.

Las estadísticas y las referencias sobre el uso del petróleo pueden ser encontradas en numerosas fuentes y bibliografía.

## Capítulo 3

Puede encontrarse información sobre las fuentes de energía alternativa y el petróleo en numerosas fuentes y bibliografía.

«El combustible sintético no es más que un enorme truco creado por un puñado de compañías avariciosas que encontraron en ello un modo de aprovecharse de un incentivo fiscal promulgado por el Congreso en la década de los ochenta.»

Referencia: ver referencias en el texto.

#### Capítulo 4

«Todo aquello fue una iniciativa conservadora, impulsada por Dick Cheney, que creía que la Irán-Contra fracasó sólo porque la CIA y el Pentágono estaban involucradas, y el secreto no pudo mantenerse.»

Referencia: OP-ED (31 de marzo de 2007), escrito por Jim Mullins, socio mayoritario del Centro de Política Internacional de Washington, y respaldado por numerosas referencias.

#### Capítulo 5

«La escena de apertura, tomada por una cámara de mano, es una clase de escolares árabes de entre cinco y siete años de edad... cantando una canción. Neary escucha atentamente. Traduce: "Los árabes son amados, y los judíos son perros".»

Referencia: Obsession: Radical Islam's War Against the West.

#### Capítulo 7

Información sobre el Grupo Carlyle: House of Bush, House of Saud, de Craig Unger, así como otras fuentes.

#### Capítulo 8

«Seguridad Nacional no necesita tener orden de registro cuando se refiere a actos que pretenden intimidar o coaccionar a la población civil.»

Ver la Ley Patriótica.

#### EXTRACTO DE KELLI DOYLE

«El día de los ataques, la junta directiva, bajo la dirección personal del vicepresidente Cheney, planeó y dirigió cinco ejercicios de instrucción bélica que deliberadamente apartaron a los cazas interceptores del corredor aéreo noroeste. Se insertaron señales falsas en las pantallas de tráfico aéreo para simular, qué casualidad, aviones comerciales secuestrados. Los cazas militares que normalmente interceptaban aviones en cuestión de minutos fueron retrasados unos inconmensurables ochenta minutos. La mayoría ni siquiera entraron en la refriega.»

Referencia: numerosas fuentes y Crossing the Rubicon: The Decline of the

American Empire at the End of the Age of Oil, de Michael C. Ruppert.

«Un día antes de los ataques, los inversores locales y extranjeros colocaron un número de "puts" (apuestas financieras de que un stock va a caer) sin precedentes en las compañías aéreas y en otras que sufrirían pérdidas devastadoras; en algunos casos más de noventa veces por encima de lo normal. Estas transacciones financieras significaron más de quince mil millones de dólares en compra/venta de acciones con información privilegiada, hecho que fue investigado con poco entusiasmo antes de ser descartado por los investigadores y los medios. Estos últimos, manipulados por la Administración Bush, estuvieron dictando qué historias extender y cuáles ahogar. Mientras tanto, los miembros clave del Congreso que se oponían a los planes de la administración recibieron por correo paquetes de ántrax, cuyas esporas letales, según se determinó más tarde, no se habían originado al otro lado del charco, sino en laboratorios de la CIA.»

Referencia: numerosas fuentes, entre ellas, Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil, de Michael C. Ruppert.

«En un esfuerzo por bloquear a los chiitas tanto en Irak como en el Líbano, la Administración Bush comenzó a encauzar en secreto miles de millones de dólares para la "reconstrucción" hacia los grupos de resistencia sunita... también conocida como Al-Qaeda.»

Artículo del 5 de marzo de 2007 en el New Yorker, por Seymour Hersh.

## Capítulo 9

«Los alistados que no lo soportan son enviados a casa. Demasiado a menudo, un par de chicos se suicidan para no cargar con la vergüenza del abandono. Durante las ocho semanas que pasó Tursi allí, su escuadrón sufrió una tentativa de suicidio y un éxito, cuando un recluta se lanzó desde la ventana de la tercera planta durante la formación matinal.»

Fuente: Confidencial (recluta de las Fuerzas Aéreas).

## Capítulo 10

«Ley Patriótica, artículo 213: Cualquier agencia de orden público puede entrar en cualquier hogar o negocio, esté el propietario en el interior o no, haya sido notificado el propietario o no, y usar cualquier prueba confiscada para arrestarlo con cargos. Es legal. El artículo 202 establece que los federales pueden leer tus mensajes de correo electrónico, el artículo 216 les permite interceptar las llamadas telefónicas.»

Fuente: Ley Patriótica.



## Capítulo 11

Toda la información citada sobre el asesinato de Meir Kahane, sobre la célula terrorista que planeó el asesinato y sobre la planificación final del primer ataque al World Trade Center, que debía haber sido prevenido, es real, y está respaldada por numerosas fuentes.

## Capítulo 13

El incidente descrito en la base de las Fuerzas Aéreas Little Rock que casi borra del mapa gran parte de Arkansas es real.

Fuente: confidencial (uno de los TAMB que fue testigo del suceso).

### EXTRACTO DE KELLI DOYLE

La información histórica presentada sobre Ibn Saud y la historia de la Casa de Saud, así como sus compras de armamento estadounidense, es real, y está respaldada por numerosas fuentes, entre las que se incluye The House of Saud, de Said K. Aburish.

## Capítulo 16

«Como parte de un programa de satélites altamente clasificado, y conocido colectivamente como Future Imaginery Architecture (FIA), ONYX fue duramente criticado hace siete años por miembros del Comité de Selección del Senado, por su alto precio (cuarenta mil millones de dólares), y por su incapacidad para penetrar los bunkeres subterráneos donde Irán y Corea del Norte alojan sus instalaciones nucleares. A pesar de estas objeciones, el programa fue financiado por los comités correspondientes tanto de la Cámara como del Senado.»

Referencia: numerosas fuentes y Space Review.

## Capítulo 17

Masacre de Haditha: Revista TIME y numerosas fuentes.

### EXTRACTO DE KELLI DOYLE

La información histórica sobre la Irán-Contra, sobre la guerra entre Irán e Irak, Kuwait, etc.: numerosas fuentes.

«Cuando [April Glaspie, embajadora de Estados Unidos en Irak] preguntó al dictador qué más quería, Saddam contestó que la voluntad de su país era reclamar Shatt al Arab, una región de Irak que era entonces parte de Kuwait.

La respuesta de Glaspie fue que "Kuwait no tiene relación con América". En resumen, Estados Unidos acababa de dar a Saddam luz verde para invadir Kuwait.»

Referencia: numerosas fuentes.

## Capítulo 21

La información histórica sobre PROMIS es real. Referencia: Numerosas fuentes, y *Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil*, de Michael C. Ruppert.

## Capítulo 22

«Cuando estuve en Teherán escuché rumores sobre que muchos de los Diecinueve Magníficos estaban aún vivos. Mohamed Atta y Salem Al Hazni... esos hombres ni siquiera estuvieron en los aviones. Habían estado viajando con pasaportes falsos, y tenían órdenes de aparecer la noche antes en público, ebrios y gritando insultos a los infieles, para atraer la atención sobre ellos. Nos dijo que esos hombres no eran tontos, que habían permitido a propósito que sus permisos de conducir fueran fotocopiados, que incluso utilizaron ordenadores de bibliotecas públicas para enviar correos electrónicos usando mensajes sin encriptar, todo para dejar pistas falsas al FBI.»

Licencia del autor: no está basado en ningún hecho. Informes parecidos han salido a la luz en numerosos sitios web y blogs, entre ellos [www.whatreallyhappened.com](http://www.whatreallyhappened.com) y [www.madcowmorningnews.com](http://www.madcowmorningnews.com).

## Capítulo 28

«Por ejemplo, el chip Mu, un pequeño invasor del tamaño de un grano de arena. Este chip permite que el gobierno nos pueda escanear, además de saber en todo momento nuestra posición, así como los materiales peligrosos con los que hemos entrado en contacto. La siguiente generación del Mu permitirá a Washington conocer todos y cada uno de los pensamientos que tengamos, sin que nos demos cuenta.»

Referencia: numerosas fuentes.

«Diecinueve científicos muertos en cuatro meses, todos expertos en el campo de la virología. Sin arrestos, todo invisible a ojos de la prensa, ocultado debajo de la alfombra.»

Todo esto es verdad.

Referencia: numerosas fuentes, entre ellas *Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil*, de Michael C. Ruppert.

«Había dos demócratas con influencia para echar al traste la Ley Patriótica, Tom Daschle y Patrick Leahy. Fueron los únicos de la Colina del Capitolio que recibieron paquetes de ántrax. El ántrax usado en esos paquetes fue rastreado hasta llegar a la cepa robada de Fort Detrick, sólo que John Ashcroft olvidó seguir esa pequeña prueba. Todo esto está orquestado por un organismo de tal poder que parece dirigido

por la propia Mafia...»

Referencia: numerosas fuentes, entre ellas Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil, de Michael C. Ruppert.

#### EXTRACTO DE KELLI DOYLE

«Un núcleo fuerte de neoconservadores dirigidos por Dick Cheney, Paul Wolfowitz, Richard Pearle, Jeb Bush y Donald Rumsfeld, todos miembros de una organización que se llamaba a sí misma "Proyecto para el Nuevo Siglo Americano" (PNSA). Utilizando la "Guía de Planificación

Defensiva" como esquema a seguir hacia un nuevo futuro para América, el grupo creó su propio documento de estrategia militar, titulado "La Reconstrucción de las Defensas Americanas". Además de reprender a la administración Clinton por su adherencia al tratado MAB de 1972 y por recortar el gasto militar, su plan abarcaba una estrategia amplia y estudiada que postulaba una nueva posición para América como única superpotencia.»

Referencia: numerosas fuentes, incluyendo los dos documentos citados.

«En los meses siguientes, el vicepresidente Dick Cheney mantuvo varias reuniones con algunos de los mayores inversores (y contribuyentes) en combustibles fósiles e industria nuclear. Mi papel era el de suministrar mapas de las principales extracciones iraquíes de gas natural y petróleo, así como de la localización de tuberías, refinerías y terminales.»

Licencia del autor (¡pero lo contaré si Dick Cheney lo cuenta!).

«Afganistán es el mayor productor de amapolas de opio, que son utilizadas luego para sintetizar heroína. Se estima que, anualmente, alrededor de quinientos billones de dólares discurren desde los campos de amapolas afganos hacia las calles de los Estados Unidos y otros países occidentales. El dinero resultante de los beneficios se blanquea a través de las redes bancarias del planeta.»

Referencia: numerosas fuentes, entre ellas Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil, de Michael C. Ruppert.

Nota del autor: De acuerdo con el informe del FMI de 1996, el blanqueo de dinero procedente de las drogas y otras actividades delictivas suma entre el dos y el cinco por ciento del PNB (de unos ochocientos mil millones a dos trillones de dólares).

#### Capítulo 32

«Y aunque el tráfico de esclavos saudíes es bien conocido entre los círculos de poder de Washington, se hace una tolerante "vista gorda" desde que el rey Fahd y sus hijos forman sus propios círculos pedófilos en sus mansiones privadas de Beverly Hills.»

Fuente: documentado en varias referencias, negado por el Departamento de

Estado.

### Capítulo 33

Prisión de Inakesh, Arabia Saudí.

Referencia: The Defilers: Sowing the Seeds of Terrorism, de El Sirgany.

### Capítulo 34

«Al menos la mitad de las cantidades fueron sustraídas de las comisiones que la Casa Saud se lleva de los contratos armamentísticos. Misiles Patriot, F-15s, AWACS, Fragatas Halifax Canadienses, Torpederos Helec, los contratos Yamama con Gran Bretaña... así como algunos tratos "no oficiales" que datan casi de la era Reagan.»

Referencia: The House Of Saud, de Said K. Aburish, y respaldada además por múltiples fuentes.

### Capítulo 39

«La "sorpresa de Octubre" originaria data de las elecciones presidenciales de 1980, cuando la liberación de los rehenes americanos de Irán iban a garantizar la reelección del demócrata Jimmy Carter, cuya administración estaba preparando un segundo intento de rescate. Cuando la noticia del intento de rescate llegó a oídos de la campaña Reagan-Bush, éstos realizaron una maniobra publicitaria lanzando una advertencia al pueblo, en la que se decía que el presidente Carter estaba preparando una "Sorpresa de Octubre", solamente con el fin de ganar las elecciones. Mientras tanto, el antiguo director de la CIA, George Bush, y otros miembros del equipo Reagan, se reunieron de manera secreta con un representante iraní y otro israelí en un hotel de París, forjando un acuerdo en el que se prometía recompensar a Irán con armamento y repuestos militares a cambio de no liberar a los rehenes americanos hasta después de las elecciones.»

Referencias: múltiples artículos y libros publicados.

Nota del autor: Esto es muy controvertido y ha sido objeto de varias investigaciones, cuyos resultados están divididos. Si eres demócrata, seguramente estarás de acuerdo en que sí ocurrió, pero si eres republicano lo llamarás «conspiración». Mi opinión es que ambas partes estaban realmente intentando «dar la vuelta» a la situación de los secuestrados en Irán para intentar ganar las elecciones. Ganó Reagan. Tú decides.

### Capítulo 45

«Las órdenes ejecutivas que Biden acaba de aprobar son poderes de emergencia, establecidos por Bush, que permiten que el presidente pase por alto la Constitución y haga lo que quiera.»

Referencia: Directiva Presidencial de Seguridad Nacional, números 51 y 20.

# Notas

[1] Al relacionarse el rojo con el comunismo, el rosa sería un tipo más suave de comunismo. Este término era usado peyorativamente para referirse a aquellos que, teóricamente, apoyaban el comunismo desde otras ideologías.

[2] Programa de contrainteligencia

[3] Ronald Ernest Paul es un médico y político del Partido Republicano de los Estados Unidos que aboga por una política exterior no intervencionista.

[4] Las operaciones de bandera falsa son operaciones encubiertas, conducidas por gobiernos, corporaciones y otras organizaciones, pero diseñadas para que parezca que otras entidades son las que las llevan a cabo.

[5] Guardián Alerta.

[6] Federal Aviation Administration, el organismo que controla el tráfico aéreo en los Estados Unidos.

[7] Defense Policy Board.

[8] Lema del regimiento 187 de infantería de la división aerotransportada 101 del Ejército de los Estados Unidos. Se les llama «los Rakkasans», palabra que significa paraguas en japonés.

[9] Técnicas usadas para influenciar en el sistema de valores o creencias, emociones, motivaciones o comportamiento. Se emplean para conseguir confesiones o reforzar actitudes favorables a los objetivos del ejecutor.

[10] Se refiere a Eduardo I de Inglaterra.

[11] El agua pesada es agua formada con átomos de deuterio (es decir, hidrógeno pesado).

[12] Agencia de noticias estadounidense.

[13] Siglas de Cable-Satellite Public Affairs Network, una cadena americana de televisión por cable que emite una cobertura continua de los procedimientos gubernamentales y otros sucesos de interés público.

[14] Estimated Ultimate Recovery: un término usado por algunos analistas de crudo en referencia a la cantidad total producida por un campo de petróleo concreto.

[15] Saudi Aramco es la empresa con mayores reservas de crudo probado y con mayor producción.

[16] Marca de edulcorante artificial.

[17] Turd Blossom es una expresión tejana para una flor que crece en un montón de excrementos de vaca.

[18] Departamento de Control de Alimentación y Fármacos.

[19] La Ley Patriótica (Patriot Act) es un texto legal estadounidense promulgado el

26 de octubre de 2001 que fue aprobado por una abrumadora mayoría después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. El objetivo de esta ley es ampliar la capacidad de control del Estado en aras de combatir el terrorismo, pero ha sido duramente criticada debido a la restricción de libertades y garantías constitucionales que ha supuesto para los ciudadanos.

[20] Proyecto para el Nuevo Siglo Americano.

[21] Escuela de negocios privada.

[22] Presidential Daily Brief, un boletín alto secreto elaborado diariamente para el presidente.

[23] Chico Gordo.

[24] Se refiere al profeta fundador del Islam, Mahoma. Muhammad es su nombre en árabe.

[25] Ulema es la comunidad de estudiantes legales del Islam y la Sharia.

[26] RFID (siglas de Radio Frequency IDentification, en español identificación por radiofrecuencia) es un sistema de almacenamiento y recuperación de datos remoto.

[27] Rub al-Jali (Lugar vacío, en árabe) es uno de los mayores desiertos de arena del mundo, con una extensión de 650.000 kilómetros cuadrados.

[28] Vehículo militar multipropósito con tracción a las cuatro ruedas.

[29] Siglas de Armored Medical Treatment Vehicle.

[30] Kellogg, Brown & Root, actualmente KBR, es una compañía de ingeniería y construcción, antiguamente una subsidiaria de Halliburton.

[31] Tomografía Axial Computerizada.

[32] Organización para la Liberación Palestina.

[33] Gentilicio de los residentes de Indiana, ciudad con una gran tradición deportista universitaria.

[34] Lenguaje Común Orientado a Negocios.

[35] Magellan es una empresa fabricante de GPS.

[36] El neoconservadurismo es una ideología marcada por los objetivos políticos y las ideas de los «nuevos conservadores» en Estados Unidos.

[37] Es el lugar donde está situado el Despacho Oval, la sala de reuniones del Gabinete y la Sala de Situaciones. Es el lugar de trabajo diario del Presidente de los Estados Unidos de América y de los miembros más importantes de su administración.

[38] Flat Earth Society, Sociedad de la Tierra Plana, es una organización originaria de Inglaterra, aunque posteriormente establecida en Lancaster (California), que defiende la creencia de que la Tierra no es esférica, sino plana. Dado que ningún científico ni grupo religioso actual ha expresado su apoyo a esa creencia, esta sociedad se ha convertido popularmente en un referente a la hora de referirse al pensamiento dogmático y la adherencia irracional a las tradiciones.

[39] Del inglés «Valle de Esperanza».

[40] Mamparo transversal casi vertical en la popa.

[41] DARPA en el original inglés, Agencia de Proyectos de Investigación Defensiva Avanzada.

[42] ARPA en el inglés original, Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada

[30] Las operaciones de bandera falsa son operaciones encubiertas conducidas por gobiernos, corporaciones y otras organizaciones, diseñadas para aparecer como si fueran llevadas a cabo por otras entidades.

[44] Descubridor de la vacuna de la polio.

[45] El CRP (Center for Responsive Politics) es un grupo sin fines de lucro que realiza un seguimiento de las contribuciones económicas aportadas a las campañas

[46] Es la almohadilla, normalmente hecha de goma, que el jugador debe pisar para marcar una carrera.

[47] Anti-Ballistic Missile Treaty (ABM en el original) - Tratado sobre los Misiles Antibalísticos firmado por los Estados Unidos y la Unión Soviética en 1972 respecto a la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos utilizados para la defensa de posibles ataques con armas nucleares. Se mantuvo vigente durante los siguientes treinta años, hasta que ambas naciones decidieron rescindirlo, hecho que se produjo en el año 2002.

[48] Corporación Enron, antigua compañía de productos de energía y servicios que se declaró en bancarrota hacia fines del año 2001.

[49] Union Oil Company of California - Una de las compañías petroleras más grandes de California.

[50] La Ley sobre Inmunidades del Estado Soberano dispone que la propiedad de un estado extranjero no puede ser embargada y ejecutada a menos que sea utilizada para actividades comerciales.

[51] Ésta es una de las ochenta y nueve variantes que existen de la bacteria del ántrax.

[52] St. Mary es Santa María en inglés.

[53] North American Aerospace Defense Command - Centro de Defensa Aeroespacial Norteamericano.

[54] La conmemoración del descubrimiento de América, aunque en España y Latinoamérica se celebra el 12 de octubre, fecha del avistamiento de Rodrigo de Triana, en América se estableció el segundo lunes de octubre. (N.de T.)

[55] Aeropuerto Internacional de Los Ángeles



# Bibliografía sugerida

Aburish, Said K. *The House of Saud*. Nueva York: St. Martins Press, 1994.

Brock, David. *The Republican Noise Machine: Right-Wing Media and How It Corrupts Democracy*. Nueva York: Crown Publishers, 2004.

Campbell, C.J. *The Corning Oil Crisis*. Essex, UK: Multi-Science Publishing Company & PetroConsultants S.A., 1988.

Diamond, Jared. *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*. Nueva York: Penguin, 2005.

El Sirgany, Emad. *The Defilers: Sowing the Seeds of Terrorism*. Summer Publishing House, 2004.

Hall-Jamieson, Kathleen. *Deception, Distracion & Democracy*. Nueva York: Oxford University Press, 1992.

Heinberg, Richard. *The Party's Over - Oil, War and the Fate of Industrial Societies*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers, 2003.

Heinberg, Richard. *Powerdown: Options and Actions For a Post-Carbon World*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers, 2004.

Johnson, Chalmers. *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*. Nueva York: Metropolitan Books, 2004.

Kane, Michael. *Elephants in the Barracks: The Complete Failure of the 9-11 Commission*. Centro para la Investigación sobre Globalización, 27 de marzo de 2004. [www.globalresearch.ca/articles/kan403a.html](http://www.globalresearch.ca/articles/kan403a.html).

Klare, Michael T. *Resources Wars - The New Landscape of Global Conflict*. Nueva York: Henry Holt, 2001.

Kunstler, James Howard. *The Long Emergency: Surviving the Converging Catastrophes of the Twenty-first Century*. Boston: Atlantic Montly Press, 2005.

Mooney, Chris. *The Republican War on Science*. Jackson, Tennessee: Perseus Books Group, Basic Books, 2005.

*Obsession: Radical Islam's War Against the West* ([www.obsessionthemovie.com](http://www.obsessionthemovie.com))

Packer, George. *The Assassins' Gate: America in Iraq*. Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2005.

Pimental, David y Marcia: *Food, Energy & Society*, revista Bioscience. Mayo de 2000.

Ruppert, Michael C. *Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers, 2004.

Ruppert, Michael C. *An American Energy Policy*. Cabot, Arkansas: Variance Publishing, 2009.

Smail, Kenneth J. *Confronting the 21st Century's Hidden Crisis: Reducing Human Numbers by 80%*. NPG Forum Series. Kenyon College, mayo de 1995.

Unger, Craig. House of Bush, House of Saud: The Secret relationship Between the World's Two Most Powerful Dynasties. Nueva York: Scribner, 2004.

Webb, Gary. Dark Alliance. Nueva York: Seven Stories Press, 1998.

Yergin, Daniel. The Prize: The Epic Quest for Oil, Money & Power. Nueva York: Free Press, 1991.

# Reseñas

«Steven Alten demuestra su versatilidad en su último thriller, *Al borde del infierno*, una novela vertiginosa donde se entremezclan temas como el petróleo, la política y la situación actual mundial. A partir de un meticuloso trabajo de investigación capaz de levantar más de una ceja en Washington, Alten ha desarrollado un thriller político tan deslumbrante como aleccionador, y repleto de sorprendente y reveladora controversia. Cualquier persona interesada en el laberíntico mundo de la política, el arte de la manipulación internacional y el control del petróleo necesita leer este libro», James Rollins, autor del best seller *The Judas Strain* y colaborador del *New York Times*.

«Tanto si estás de acuerdo con él como si lo rechazas, *Al borde del infierno* no puede, y no debe, ser ignorado. Hasta la fecha, éste es el libro más atrevido y valiente de Steve Alten. Está escrito sin miedo, y sus habilidades narrativas no deslucen. *Al borde del infierno* te deja destrozado, furioso y demandando cambios», Andrew Tallackson, editor de entretenimiento de *News Dispatch* en Michigan (Indiana).

«Una intensa novela de acción e investigación política. *Al borde del infierno* es una intrigante mezcla de ficción y realidad que seguramente inquietará a los practicantes del juego, porque hará que los lectores se paren a pensar acerca de la política exterior americana en el Medio Oriente», Richard Folsom, *Washington Daily News*.

«Para aquellos que se han revelado contra la maquinaria, este libro contiene algunos valiosos trocitos de verdad, esperanza y perspicacia. Para aquellos que pretenden evitar el próximo 11-S y la Cuarta Guerra Mundial, esta novela es una genial oportunidad para el diálogo sobre las dolorosas verdades y realidades de las que la mayoría de los periodistas y políticos no se atreven a hablar. Para aquellos que niegan las noticias, se concentran en sus realidades personales y se sienten aislados de las dificultades de la mayoría de la gente, este libro será un desafío para su percepción de la realidad, y quizá los animará a dejar de ser espectadores y a reconocer su propia responsabilidad y poder para cambiar el futuro. Recomiendo la lectura de esta novela, y espero que los lectores indaguen en las obras que se han usado como fuentes y echen una mano al autor para la prevención del próximo 11-S», Carol Liane Brouillet, activista del 11-S.

«¿Y si las reservas de petróleo que pensamos que están repletas estuvieran a punto de quedarse secas? ¿Y si un grupo secreto de funcionarios del Estado ideara un plan para permitir que los terroristas usaran ADM en territorio americano, proporcionando así una razón para lanzar una invasión a gran escala en Oriente Medio (como si fueran represalias) que asegurara los últimos yacimientos petrolíferos y el final de la amenaza de los radicales islámicos de una vez por todas? ¿Y si la salvación de América, y posiblemente de gran parte del mundo civilizado, estuviera en las manos de un hombre cuya vida se hubiera truncado repentinamente con la adquisición de este devastador conocimiento? Todo esto parece sacado de una novela de conspiración, algo que ha sido soñado por gente que ve secretos y sombras donde no hay nada, donde reina la paranoia y nadie es de fiar, y menos el gobierno. Al borde del infierno, de Steve Alten, es una novela espléndida que aún, de hecho, todos estos elementos, pero la cuestión que hace sobresalir este libro sobre otras obras similares es que este relato es realmente creíble, y eso es lo que lo hace tan aterrador», Craig Harvey, Movement Magazine.

# Agradecimientos

Doy las gracias, repleto de orgullo y cariño, a aquellos que han contribuido a la culminación de *Al borde del infierno*.

Primero, y ante todo, muchas gracias a mi amiga y productora Belle Avery, de Apelles Entertainment, a mi representante literario, Danny Baror, de Baror International, y a mis geniales publicistas, Trish Stevens de Ascot Media y Monica Foster de Reliant Public Relations.

Muchas gracias a la maravillosa gente de Sweetwater Books, que creyeron en este proyecto y desarrollaron un nuevo sello para respaldarlo. Mi gratitud a Lyle Mortimer, Lee Nelson, Bryce Mortimer, Heather Holm y Liz Carlston por su dedicación y amistad. Gracias también a Tim Shulte, Barbara Becker y Jerry Williams.

Aunque esto es una novela, hay mucha verdad en los detalles. Mi gratitud a aquellos contribuyentes que generosamente me ofrecieron relatos privados de sus propias vidas para añadir autenticidad y riqueza a la historia. Gracias a las inestimables contribuciones de Richard Lawrence, Charles Jones, Nathalie Tarabadi (Enyotic Designs Ltd.), Dino Garner, Ian Primosch, Mike Worley ([www.PolicePractices.com](http://www.PolicePractices.com)), a los servicios sísmicos de Gref Croft y a Kevin Lasagna. Aunque mi investigación incluye más de cuarenta libros publicados y dos archivadores de documentos, quisiera dar las gracias a dos extraordinarias fuentes: el increíble *Crossing the Rubicon: The Decline of the American Empire at the End of the Age of Oil*, de Michael C. Ruppert, y su último trabajo, *An American Energy Policy*.

Muchas gracias a aquellos individuos que han preferido que sus nombres no se hagan públicos, pero cuya información y asistencia han sido de un valor incalculable... mi más sincera gratitud.

Gracias también a mi ayudante, Leisa Coffman, por su talento y pericia en la actualización así como por su trabajo en el programa *Adopta a un Autor*, y a Erik Hollander, por su formidable diseño de portada y su maestría gráfica.

Por último, pero no menos importante, a mi esposa y compañera, Kim, por su amor y apoyo; a mis padres, que siempre me han animado a seguir adelante; y a mis lectores: gracias por vuestro apoyo, cartas y contribuciones. Vuestros comentarios siempre son bienvenidos, vuestras aportaciones significan mucho, y seguís siendo la gran baza de este autor.

***Steven Alten, Ed. D.***